

Adrián Aguirre Benavides



Madero el immaculado

Historia de la Revolución de 1910



200 | 100
Independencia | Revolución



C O L E C C I O N

2

Madero el immaculado

Historia de la Revolución de 1910

Adrián Aguirre Benavides



© Gobierno del Estado de Coahuila
© Consejo Editorial del Estado

Madero el immaculado

Historia de la Revolución de 1910

Adrián Aguirre Benavides

200|100
Independencia | Revolución
Colección

No. 2

Producción



Cuauhtémoc sur 349, zona centro
Saltillo, Coahuila

Primera edición, Diana, México, 1962
Segunda edición, Coahuila, México, 2010

Impreso en Saltillo, Coah., México



HUMBERTO MOREIRA VALDÉS
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO

ARMANDO LUNA CANALES
SECRETARIO DE GOBIERNO

ARTURO BERRUETO GONZÁLEZ
DIRECTOR DEL CONSEJO EDITORIAL

Presentación

LOS HÉROES DE LA REVOLUCIÓN lo fueron por diversas vías. Para algunos su escenario natural fueron las armas puestas en juego en los campos de batalla; unos dirigieron las contiendas, otros fueron tropa y otros más, observadores de los acontecimientos que tiñeron de sangre el suelo mexicano a partir de 1910.

El escenario de Francisco I. Madero no fue ninguno de ellos, tan estrechos en sus alcances. El suyo fue el de las ideas, desplegadas a lo largo y ancho de su capacidad intelectual para pensar con rigor a la hora de trazar el mapa renovador de todas las estructuras que sostenían el peso de la nación mexicana.

En ese contexto, podría decirse que Madero fue un héroe mayor pues logró trascender los linderos de ese escenario reducido, que es el campo de batalla, y ubicarse en otro donde era posible concebir una patria con rumbo diferente, en el cual su ciudadanía pudiera cumplir todas y cada una de las expectativas que se había hecho en torno a la existencia en un suelo que le negaba sistemáticamente esa posibilidad.

Hombre de conciencia social e inteligencia superior, supo interpretar con claridad y eficacia los signos de su tiempo, descifrar sus códigos y entender la necesidad de configurar un discurso coherente que estuviera destinado a propiciar transformaciones

de fondo en una realidad que, asfixiada por la inmovilidad, reclamaba ya urgentes cambios.

Su interpretación fue exacta y la trama de su discurso se concretó en *La sucesión presidencial en 1910*, un documento iluminador en el que, a partir del análisis de la historia nacional, intentaba explicarse la situación por la que atravesaba el país, de cara a las elecciones presidenciales en puerta y que fue el primer paso para imprimir su huella en la caminata larga que le esperaba en el horizonte de la historia.

De inmediato su pensamiento se convirtió en el ideario de todo un movimiento organizado en cuyo telón de fondo era posible vislumbrar la fuerza de un proceso reflexivo encaminado a crear una conciencia nueva en los ciudadanos de entonces.

Y ésa es, en realidad, la trascendencia de Francisco I. Madero, haber sembrado la semilla que fructificó en la mentalidad de un pueblo, hasta esos momentos adormecido por la estabilidad y el progreso porfirista, aunque fundados en la intransigencia política, la explotación de los recursos naturales en manos de extranjeros y la pobreza de la mayoría de los habitantes de ese país y una paz impuesta por el terror.

Ningún esfuerzo será jamás menor cuando se intente dar a conocer a las figuras que forjaron el México contemporáneo. Por esa razón, en el marco de los festejos conmemorativos del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, el Consejo Editorial del Estado, publica *Madero el immaculado*, de Adrián Aguirre Benavides, un libro que da razón de un capítulo importante de la Revolución contada por uno de sus protagonistas.

Además, el libro se significa por el hecho implícito de acentuar los ideales maderistas, que son los mismos de los grandes hombres de la historia: libertad irrestricta del individuo, respeto a la voluntad popular como factor constructivo de sociedades igualitarias y justas, pero por encima de todo, el respeto a la vida humana. Con todo ello el autor exalta la figura del iniciador de la Revolución de 1910.

Constituye un privilegio contar de nuevo con esta obra, tan esencial para trazar el mapa completo de lo que fue el movimiento revolucionario iniciado por un hombre cuyo escenario no era el campo de batalla sino el de las ideas.

Profr. Arturo Berrueto González
Director General del Consejo Editorial



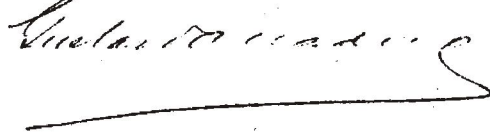
Agencia del Gobierno Provisional de Mexico
en San Antonio, Texas

San Antonio, Abril 21 de 1911.

La presente sirve para hacer constar que el Lic. Dn Adrian Aguirre Benavides ha recibido de esta Junta la mision de trasladarse a Laredo Tex. y Brownville del mismo Estado, para procurar la organizacion de los elementos con que el Gobierno Provisional cuenta en aquellos lugares. Se ruega a todos los correligionarios y simpatizadores que pres-
ten al Sr. Aguirre la cooperacion que les sea posible.

Sufragio Efectivo. No Reeleccion.

El Jefe Interino de la Junta.



Cuartel General, orillas del Bravo, frente á
Ciudad Juárez, 26 de Abril de 1911.

Sr. Lic. Adrián Aguirre Benavides,

Fagle Pass.

Muy querido pariente y amigo:

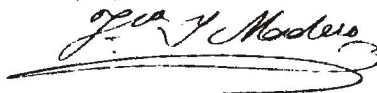
A mi llegada á ésta recibí tu grata, cuya fecha no tengo presente
pues no tengo tu carta á la vista, y que lei con positivo interés.

Me imaginé que estabas en San Antonio y te mandé hablar, pero sabien-
do que te encontrabas en una misión en Fagle Pass, dije que se te diera
contra-orden, pues realmente hubiera aprovechado tus servicios aquí cer-
ca, pero lejos y en una misión importante, no quise hacerlo.

Te adjunto copia de una carta que escribo al Lic. Emilio Vásquez,
que contesta igualmente la tuya y te dará una idea de mis miras sobre la
cuestión de la paz.

Entre tanto, sigan Uds. sus operaciones, pues el armisticio sólo cu-
bre una parte del Estado de Chihuahua y mientras mayores sean los triun-
fos que obtengan los nuestros, podré ser más exigente .

Sin otro particular, quedo tu amigo que te aprecia y tu atto. S.S.,





En nombre de la República y en uso de las facultades de que estoy investido, en atención á las circunstancias que en usted concurren, tengo á bien autorizarlo para que conjuntamente con los señores Gustavo A. Madero, Alfonso Madero, Juan Sánchez Azcona, Ernesto Ferrández y Lic/ Federico González Garza, gestione de cualquiera persona ó personas, con excepción de todo gobierno extranjero, la obtención de empréstitos en las mejores condiciones posibles que á la vez sean compatibles con la dignidad nacional; en la inteligencia que el monto total de los empréstitos parciales reunidos, no podrá exceder de la suma de cinco millones de dólares, siendo necesario para la validez de las obligaciones ó bonos respectivos, que éstos vayan firmados por el Sr. Gustavo A. Madero y por otros dos miembros que él podrá elegir libremente entre los que forman la Comisión.

Lo que comunico á Ud. para su satisfacción y fines consiguientes.

SUPRAGIO EFECTIVO. NO-REPLACION.

Guadalupe, Distrito de Bravos, Chihuahua, México,
á 15 de Febrero de 1911.

El C. Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, Jefe de la Insurrección.

Gustavo A. Madero

El C. Secretario General.

Fed González Garza

Al C. Lic. Adrián Aguirre Benavides,

SAN ANTONIO, TFX.



En atención á las circunstancias que en Ud. concurren he tenido á bien nombrar á Ud. miembro de la Junta Consultiva de la Insurrección Nacional creada por acuerdo de esta fecha.

Espero de su patriotismo el eficaz cumplimiento de esta comisión y le reitero las seguridades de mi atenta consideración.

SUPRAGIO EFECTIVO. NO-REELECCION.

Campamento del Ejército Libertador, Márgenes del Bravo, frente á Ciudad Juárez, á 7 de Mayo de 1914.

EL PRESIDENTE PROVISIONAL DE LA REPUBLICA MEXICANA.

El C Secretario General.

Al C. Lic. Adrián Aguirre Benavides,

P R E S E N T E.

ADRIÁN AGUIRRE BENAVIDES

Madero el immaculado

Historia de la Revolución de 1910

*A la verdadera memoria de don Francisco Madero a
quien quise como a un padre y quien me quiso como a
un hijo.*

*"Los espíritus más justos y eminentes, se asombrarán un
día hasta el éxtasis, de la ideal perfección de Madero".*

Pierre Lamicq (Crater)

Palabras previas

A LOS CINCUENTA años del glorioso amanecer de la Revolución Mexicana y a los ochenta y uno de mi vida, escribo, con el corazón todavía encendido en la pasión sectarista, este libro para aportar datos y documentación que los historiadores no han tenido en cuenta porque quizá yo sea de los pocos supervivientes de aquella gloriosa epopeya que por razones de intimidad con Madero los tuviera a mi alcance, y no quiero morirme sin hacerlos conocer.

Confieso que el largo tiempo transcurrido no ha serenado mi espíritu y anticipo honradamente a los lectores, que ésta es una obra partidarista.

Sigo odiando los procedimientos inquisitoriales con que gobernó treinta eternos años el dictador, detestando “la paz impuesta por el terror”, la esclavitud de la peonada de las haciendas, el encarcelamiento de los periodistas de oposición, el asesinato, los homicidios preventivos (Francisco Bulnes), de los patriotas sospechosos de tratar de derrocar al tirano, los privilegios a los ricos, hacendados y extranjeros, y sigo odiando a los reaccionarios que, soñando en una restauración imposible y ferozmente vengativos, derribaron y asesinaron a Madero por haber tenido la osadía de derrumbar de su trono al ídolo zapoteca.

Y a medio siglo de distancia, cada día más ardorosamente enamorado de los nobles ideales que proclamó Madero: libertad individual (libertad irrestricta de expresión y de prensa), respeto a la voluntad popular “Sufragio Efectivo” (justicia igualitaria), mejoramiento y perfeccionamiento de los “de abajo”, y por encima de todo y sobre todo, respeto a la vida humana.

Este libro persigue fundamentalmente exaltar la figura inmaculada del iniciador de la Revolución, sin ocultar sus yerros y sus deficiencias, que en nada desmerecen la grandeza de su obra patriótica.

Como no faltará quien considere mis elogios a Madero y mis inculpaciones al viejo dictador como interesados o apasionados, nada tiene más valor comprobatorio que los que se ven obligados a rendirle sus propios enconados enemigos y por eso más que con complacencia, con verdadero orgullo, esta obra lleva múltiples inserciones de las alabanzas que le tributan el doctor Lara Parra, el ingeniero Francisco Bulnes, el traidor Manuel Calero y otros de menor cuantía, así como también tiene más fuerza comprobatoria de las arbitrariedades del régimen porfirista, que las confesiones de sus acérrimos partidarios y por tal razón las innumerables citas a este respecto.

Rindo, así, un humilde tributo a Madero en el quincuagesimo aniversario del 20 de noviembre de 1910.

CAPÍTULO PRIMERO

Pródromos de la Revolución

GEMÍA EL PAÍS bajo la férrea y oprobiosa dictadura del general Díaz; un gobierno oligárquico de los ricos, por los ricos y para los ricos, mantenido en el poder por la fuerza y, en los casos necesarios por el terror. El lema de gobierno era “pan o palo”.

El general Díaz era, sin duda alguna, un hombre muy inteligente, muy vigoroso, que tenía un conocimiento admirable de los hombres y muchísimo tino para seleccionar a sus colaboradores que fueron en su totalidad hombres de muy alta capacidad. Héroe de la guerra contra la intervención y el imperio; uno de los dirigentes en la histórica batalla del 5 de Mayo; victorioso en Mihuatlán y La Carbonera; capturó también la plaza de Puebla el 2 de abril de 1865 y poco después el 15 de mayo la propia capital de la República. Patriota y ambicioso, se sublevó contra Juárez al amparo de la bandera de la “No Reelección”, con el Plan de la Noria, siendo derrotado en Icamole, por lo que se le llamó *el Llorón de Icamole*, y más tarde, en esta ocasión triunfante, se levantó en armas con Fidencio Hernández, proclamando la “No Reelección” con el Plan de Tuxtepec, y así, por medio de las armas, conquistó el poder que fue toda su vida su ambición suprema y se mantuvo en el poder por largos treinta y cuatro años, hasta que prácticamente vencido por la Revolución de 1910, huyó del país en el Ipiranga.

El general Díaz se mantuvo en el poder por el terror: el terror contra la clase popular: la multa, la cárcel, el asesinato, “el terror patriótico”. Mantenerse en el poder era necesario para la paz. Si faltaba, el país se precipitaría en el abismo, como afirma Bulnes en *El verdadero Porfirio Díaz*.

En la primera etapa de su gobierno el 25 de junio de 1879, mandó asesinar a un grupo de patriotas que se disponía a combatirlo, haciéndose famosa la orden telegráfica al general Luis Mier y Terán a Veracruz, que contenía la frase que se hizo histórica: “Capturados infraganti, mátalos en caliente”, y cayeron, bajo las balas asesinas: Vicente Company, doctor Ramón Albert Hernández, Luis G. Alva, Jaime Rodríguez, Antonio Ituarte, Lorenzo Portilla, Francisco Cueto, teniente Caro y García, y subteniente Rubalcava.

Por lo demás, no fueron los asesinados en Veracruz los primeros que sacrificara el general Díaz en aras de su ambición al poder; ya en esto de matar era un experto. Su biógrafo, doctor Fortunato Hernández, relata que en su juventud, siendo jefe político de Tehuantepec, derramó la sangre a torrentes.

Es responsable de la muerte de Ramón Corona, Trinidad García de la Cadena y su grupo, en Gruñidora, el 1º de diciembre de 1884; del general Canuto Neri y sus acompañantes que se habían sublevado y se rindieron con la condición de ser amnistiados, y a pesar de haberse admitido, fueron fusilados por el entonces coronel Huerta, por orden directa del general Díaz, en noviembre de 1893; Catarino Garza y el doctor Martínez, en Laredo, y los periodistas Ordóñez, Olmos y Contreras; Carrasco Valadés y Rodríguez; en total, cinco periodistas en 34 años de terror. A este respecto dice Bulnes:

Un tirano que en 34 años extermina a cinco periodistas, es una oveja dulce en la raza de los emperadores absolutos [y agrega]: Durante los 34 años de régimen tuxtepecano, deben haber sido exterminados por la ley fuga, para limpiar de bandidos la República, no menos de 10 000 personas, distinguiéndose en esa labor el general Bernardo Reyes. Los sucesos trágicos de Monterrey el 2 de abril de 1903 con motivo de la manifestación popular hostil a su candidatura para el gobierno de Nuevo León. El principio de autoridad del dueño de la nación debía salvarse sin atender al costo de sangre que mide cualquier clase de inmoralidad. La figura del general Díaz en esta escena, es repugnante sin ser contraria a las leyes de la dictadura y merma su fealdad y mal humor de tirano, el hecho de que se opuso a que el general Reyes ejerciera las atroces venganzas que con singular aliento de rencor ya tenía resueltas y hasta abiertas las fosas destinadas a los cadáveres, finalmente mutilados de sus enemigos. El general Díaz acostumbraba medir la sangre derramada con *el litro de lo indispensable*, mientras el general Reyes se desbordaba. Matando, era un poeta histérico inspirado por Huitzilopochtli. El general Díaz, al limpiar el país de bandidos, por bandidos, quedó justificado con su admirable obra de seguridad pública. Hizo justicia de califa, no lo niego, pero no había otra posible.

El propio general Díaz, sin el menor embarazo, paladinamente, confiesa que no tuvo menor escrúpulo en “matar”, porque lo consideraba necesario para mantener la paz, y puedo citar por lo menos dos declaraciones suyas a este respecto. En una dijo:

Hemos preservado la forma de gobierno republicano y democrático (?). Hemos defendido y conservado intacta la teoría, pero adoptando una política *patriarcal*, en la actual administración de los negocios de la nación, *guiando y restringiendo* las tendencias populares, con una fe en que una paz forzosa harían a la educación, la industria y el comercio, desarrollar elementos de estabilidad y unidad en un pueblo naturalmente inteligente, suave y sentimental. Hemos sido severos algunas veces, *severos hasta llegar a la crueldad*; pero ha sido necesario obrar así, por la vida y progreso de la nación. Si ha habido crueldad, los resultados lo han justificado. Ha sido mejor *derramar*

poca sangre para salvar mucha. La sangre derramada ha sido *sangre mala*, y buena y generosa la salvada. La paz, *aun una paz forzada*, era necesaria para que la nación tuviera tiempo de trabajar y reflexionar. La educación y la industria han completado la tarea comenzada por el ejército.

Y en la famosa conferencia Creelman, destinada a circular en el extranjero, declaró sin tapujos:

He creído y creo aún en los principios democráticos, aunque las condiciones *me han impelido a usar severas medidas* para asegurar la paz y el desarrollo que debe preceder necesariamente al gobierno democrático. *Meras teorías políticas, no crearían nunca una nación libre*. La experiencia me ha convencido de que un gobierno progresista, debe tratar de satisfacer las ambiciones individuales, tanto como sea posible (la política de “pan”) pero de que *al mismo tiempo, debe poseer un extinguidor* para usarlo sabia y firmemente cuando la ambición personal ande con demasiada viveza, con peligro para el bienestar común (la política del “palo”).

Cosío Villegas en su obra *La República Restaurada*, considera al general Díaz “modelo de gobernante consumado, además de patriota austero y honrado”, pero fiel a la verdad, confiesa que el gobierno del general Díaz resultó tiránico y central, y que el país estuvo pronto a sacrificar la libertad en aras de la paz.

El general Díaz mató todas las libertades: la libertad política en primerísimo lugar. Durante los 34 años que se mantuvo en el poder, las elecciones fueron una farsa, y designaba a su antojo a los gobernadores de los estados, que muy pocas veces eran removidos y ejercían el poder con la misma suma de facultades que disfrutaba el dictador, pero interpretando sabiamente los lineamientos marcados por éste. Los gobernantes a su vez designaban a los jefes políticos, presidentes municipales y

ayuntamientos, acatando ciegamente cualquiera designación directa del Presidente. Los hacendados en los campos eran los colaboradores más fieles del régimen; los jueces auxiliares, recomendados por ellos, recibían su nombramiento de la autoridad política, y así había un engranaje de arriba a abajo, sumisa y fielmente dedicado al mantenimiento del régimen en el poder. Había instituciones odiosas para esta finalidad y de paso para mantener la paz. Las “acordadas”, dedicadas en principio a perseguir abigeos, ladrones y toda clase de transgresores de la ley, servían principalmente para mantener el terror. Ellos, de acuerdo con los amos de las haciendas, hacían la leva para engrosar el ejército que en su totalidad estaba integrado por “forzados”, yendo en la punta los alborotadores, peones poco sumisos, o los que se atrevían a no ser complacientes con el amo. En la época del general Díaz imperaba en las haciendas, y en esto no hay exageración, la esclavitud que prevalecía desde la época colonial, ya que la libertad de los esclavos proclamada por el *Padre de la Patria* en Guadalajara, fue desgraciadamente un anhelo, un grito del pueblo adolorido en demanda de la libertad humana. Completaban este cuadro de venganza y de horror las maldecidas cuerdas, que no eran otra cosa que remesas que los jefes políticos hacían, por tierra, de reos o delincuentes que eran llevados por las “acordadas” a la capital del estado, y que se utilizaban principalmente en matar en el camino a los marcados con cruz en las listas de las remesas. Los hacendados, herederos legítimos de los encomendadores coloniales, eran verdaderos y positivos señores feudales, sátrapas dueños de vidas y haciendas, a quienes la peonada besaba la mano, entregaba el honor de su hija y daba el sudor de su frente trabajando de sol a sol agotando la vida, por un salario ínfimo que apenas alcanzaba para mal vivir, y todavía menoscabado en la tienda de raya. A causa de lo raquítrico del

salario, era usual que para celebrar matrimonios, bautizos o entierros, los peones se endrogaran con el amo y estaba instituido que los hijos de los peones heredaban sus deudas. Por este sistema los peones quedaban definitivamente arraigados a la hacienda, al grado de que esto constituía un capital, porque mientras mayor fuera el número de trabajadores, más rica era la hacienda. Era extraordinario el caso de que los peones huyeran porque la represión era tremenda, pues el peón fugado era, si salvaba la vida, cogido de leva y mandado a las guerras del Yaqui o a perseguir a los mayas alzados de Yucatán y Quintana Roo.

En todas las haciendas había galeras destinadas a prisión de los peones: la “tlapisquera”, es decir, tenían su cárcel propia. Los mayordomos o capataces usaban a discreción del machete y de la cuarta (látigo) para azotar a los peones, y esto aun en las zonas como La Laguna, donde el cultivo del algodón y su proximidad con la ya floreciente Torreón, en donde por el contacto con el mundo civilizado debería suponerse que se opusieran a tales prácticas. A este respecto traigo a colación, por la resonancia que el episodio originó, que cuando el general Villa ocupó esa región, expulsó a todos los españoles en masa porque ellos eran los dueños de muchas de las haciendas más ricas y eran sus capataces gachupines que se distinguían azotando y cintareando con crueldad a la peonada.

No hay en el cuadro anterior exageración tendenciosa. El escritor don Genaro Raygoza, consuegro de don Porfirio, fuente que está muy lejos de ser sospechosa, dice al respecto que “la situación del peón *era peor que la del esclavo*”.

Era tan dura, tan penosa, tan inhumana, tan vergonzosa la condición del peón en las haciendas, que hasta uno de los corifeos del Partido Científico, el eminente abogado don Joaquín Casasús, levantó en la Cámara su voz airada contra tan tremendas injusticias; y la voz insospechable del historiador Cosío Villegas dice: "... pero este tipo de quejas *nunca merecieron la atención del régimen*". Cosío Villegas en su precioso *Porfiriato*, en los párrafos "El Peón Encadenado" y "Tlapisquera y Garrote", invoca como prueba de la esclavitud en Yucatán el siguiente aviso publicado en *La Revista de Mérida*:

Juan N. Durán, sirviente de la finca Chaba de la propiedad de mi señora madre doña Servila Conde de P., ha abandonado el servicio de dicha finca, adeudando una cantidad de consideración. Gratificaré a la persona que sepa de él y me dé noticias de su paradero así como *perseguiré conforme a las leyes al que lo oculte*.

Y menciona que en una polémica sobre este tema que sostuvieron en los periódicos *El Siglo XIX*, *El Tiempo* y *El Imparcial*; este último paladinamente insistió *en que la esclavitud era una forma de progreso económico*, blasfemia que horroriza, y que en Yucatán parecía el mejor ejemplo para probar su aserto, pues el progreso del henequén se debía a la esclavitud de los mayas. El propio Cosío Villegas señala estos casos dantescos que horrorizan por su crueldad:

Por los ochenta, el administrador de la hacienda de Ullapa (Tetepango, Hidalgo) intentó meter en bartolinas de seis metros cuadrados a las familias de los peones castigados, pero como éstas se negaron a cambiar sus jacales por las nuevas pocilgas, el administrador pidió auxilio al Ejército Federal. Acto seguido una partida de soldados amenazó de muerte a los renuentes y destruyó 230 jacales habitados por 700 gentes ... En Campeche *era usual que los hacendados exigieran por la vía penal* el reconocimiento de sus derechos sobre las personas de sus sirvientes adeudados... Gran escándalo causó la

denuncia de que el propietario de la hacienda campechana Yax acostumbraba propinarles de 25 a 150 latigazos a sus peones... Pedro Clin, jornalero del ingenio de San Antonio, murió a consecuencia de la flagelación que le impuso el mayordomo de la hacienda donde trabajaba.

A principios del siglo se acusó a los hacendados yucatecos de marcar con un hierro candente a los trabajadores chinos [Don Olegario Molina –años después ministro del general Díaz– se hizo portavoz de la respuesta de los hacendados, asegurando que] Los chinos recibían buen salario y trato... Un diario católico recogió en 1905 la denuncia del peón yucateco Antonio Caché contra el *caballero* propietario Audomaro Molina, hermano del célebre Olegario. Por la naturaleza de los cargos y las personas implicadas en ellos, conviene explicarlo en detalle. Diariamente los trabajadores de la hacienda, *de las cuatro a las siete de la mañana* desempeñaban un trabajo forzoso y gratuito conocido como fajina. A partir de esa hora se iniciaba propiamente la tarea de limpiar dos mecates –404 metros cuadrados por mecate–, y hasta las tres de la tarde terminaban el primero y a las siete de la noche el segundo [¡Quince horas diarias de trabajo!]

Debo hacer mención de la protección que el general Díaz impartía a los hacendados, muy especialmente en favor de los españoles Íñigo Noriega, Saturnino Sauto, y mil como ellos, en perjuicio de los pueblos de indígenas. Sucedió que una gran mayoría de las haciendas colindaba con pueblos de indígenas y los dueños de las haciendas perseguían sin piedad a los indios obligándolos a huir o bien mandándolos de soldados, y así incorporaban a sus feudos las tierras que abandonaban sus propietarios legales, o acudían a pretextos de límites o artimañas de cualquier orden, habiéndose llegado en infinidad de casos al extremo de que la hacienda abrazaría totalmente al pueblo. A mí personalmente me consta el caso de la lucha de Cuencamé, Durango, entre el hacendado don Ladislao López Negrete y el pueblo de Ocuila. El defensor de los indios era un tinterillo inteligente, muy denodado y tenaz, a quien

tuve el gusto de asesorar; era el que más tarde fue general Severino Ceniceros que se levantó en armas en 1910, junto con los generales Antonio y Calixto Contreras, el primero de los cuales murió en uno de los primeros combates con las fuerzas federales.

John Zind, en su obra *El pueblo mexicano*, dice a este respecto:

El fértil estado de Morelos era propiedad de 27 privilegiados... en la horda que manda Zapata revienta sus grilletes de cuatro siglos un pueblo sin hogar. Los indígenas que ocupaban las tierras fueron entregados a los conquistadores como siervos, más tarde fueron libertados nominalmente, pero carecían de medios de subsistencia y de hogar dónde establecerse, excepto las miserables casuchas agrupadas detrás de los amurallados recintos dentro de las grandes haciendas; como salario se les pagaban 25 centavos por día y se les daba una ración de una pinta –medida americana– de maíz, se les permite poseer unas gallinas y en ocasiones una cabra, pero si revelan inclinaciones a aumentar su fortuna, se les detiene en el camino. El peón es deudor toda la vida del terrateniente y sin saldar la deuda, no encontraría trabajo en otra hacienda. Las deudas de los peones se consideran como bienes raíces y forman parte del inventario y se agregan al juicio de venta de las haciendas.

Comentando don Francisco Bulnes la miseria del campesinado mexicano procedente desde la conquista, asienta:

Al llegar la dictadura a su apogeo, la mayoría del pueblo mexicano se aproximaba al Nadir sepulcral por la miseria más que nunca cruel y desvergonzada. Tanto el general Díaz como el señor Limantour, cometieron el grave error de expulsar de su pensamiento y de su sentimiento a las clases pobres populares; para ellos no existían. De tanta omnipotencia jamás salió una ley a favor de los desamparados; se concebía el progreso, pero *sin los miserables*, y para ellos en 34 años no hubo ni un aumento de salario ni un aumento de piedad.

Otra grave fuente de malestar nacional era sin duda la firme y decidida protección que el gobierno del general Díaz impartía a las empresas industriales con menoscabo de los obreros, protección que culminó con los asesinatos proditorios perpetuados en Orizaba, Velardeña y Cananea y en el encarcelamiento de los poquísimos dirigentes que escaparon de la muerte. En Cananea, Plácido Ríos, único superviviente y los más tarde distinguidos generales Manuel M. Diéguez y don Esteban Baca Calderón, sufrieron largos años en las tinajas de San Juan de Ulúa, de donde los rescató el triunfo de la Revolución de Madero el 7 de junio de 1911. En Cananea el gobernador Izábal tuvo la desvergüenza de solicitar del gobernador de Arizona el auxilio de los *rangers* para llevar a cabo la matanza de obreros mexicanos en apoyo a la negociación americana *Cananea Copper Co.* Entre los *supervivientes* del paro de Orizaba se encuentran las figuras inmaculadas y gloriosas de los generales Cándido Aguilar y Heriberto Jara.

Los favores, concesiones, contratos y privilegios que el dictador dispensaba a sus amigos y partidarios, todos ellos ricos y poderosos, fueron causa de desequilibrio económico y malestar general que ahondaban la marcadísima división de clases que separaban a los pobres de los ricos, originando en los primeros no propiamente odio ni envidia, sino reacción de defensa contra el abuso en la distribución de la riqueza dándola sólo al rico, y porque además es congénito aunar el privilegio con el abuso que se hace efectivo contra el menesteroso. El general Díaz, dueño de vidas y haciendas, repartió la riqueza nacional sin tasa ni medida, y pasamos a dar un detalle de estas generosidades: Las obras del puerto de Veracruz se contrataron a través de don Guillermo de Landa y Escandón y los abogados don Genaro Raygoza, consuegro del general Díaz, y don Luis Riba y Cervantes, pariente de Landa y Cervantes.

La concesión del ferrocarril del Istmo de Tehuantepec se le dio al mismo contratista Pearson a través del español don Delfín Sánchez. El edificio del correo al ingeniero de Estado Mayor, don Porfirio Díaz Jr. y al ingeniero Gonzalo Garita. El monumento de la Independencia al ingeniero Antonio Rivas Mercado. El correo contratado en los ingenieros Contri y Boari. El Ministerio de Justicia y la Escuela Normal a Porfirito. El Palacio del Ministerio de Relaciones Exteriores al ingeniero Mariscal y Piña, sobrino del ministro don Ignacio Mariscal, uno de los pocos hombres puros y honrados del régimen. Era proveedor de la Secretaría de Guerra otro español protegido del general Díaz, don Juan Llamedo, hasta que el general Manuel Mondragón, de infausta memoria –cuartelero y negociante–, le dio el contrato a la compañía francesa Saint Chaumont.

El famoso negocio de Tlahualilo, en La Laguna, se le dio también a Llamedo y al conuño del general Díaz, don José de Teresa y Miranda. La concesión para la hidroeléctrica del estado de Hidalgo, se le dio a través de la compañía que al efecto se formó para favorecer al tesorero general de la federación, don Francisco Espinosa. La desecación de la laguna de Zacapu, a don Edmundo Noriega, a través de don José Sánchez Ramos. Los terrenos de la Ciudadela se le dieron al mismo señor porque él manejaba los asuntos financieros del dictador, que manejaba sus negocios por terceras manos para aparecer como hombre honrado, falsedad que todo el mundo en aquellos años aceptaba cándidamente. La consolidación de las líneas férreas nacionales se llevó a cabo a través de los licenciados Pablo Macedo y Pablo Martínez del Río.

Durante el régimen del general Díaz, los tribunales de justicia, desde la Suprema Corte hasta el juez del pueblo más humilde de

la República, estuvieron sometidos al sistema abominable de la consigna que ejecutaban desde el Presidente de la República y los gobernadores de los estados hasta los jefes políticos y los presidentes municipales. Así se creó un grupo de abogados favoritos que explotaban y negociaban con la justicia y se llegó a tal desprestigio que se hizo famosa la frase de “tenga usted fe en la justicia”, que tuvo su origen en un caso que fue escandaloso: Un proceso por rebelión contra un hijo del coronel Clodomiro Cota, quien acudió al general Díaz con la esperanza de salvar la vida de su hijo, que fue condenado a la pena de muerte y fusilado. Tener, pues, fe en la justicia, no era otra cosa que resignarse a ser su víctima. Y era tan clamoroso el grito implorando justicia, que uno de los más distinguidos miembros del régimen, de los muy pocos de aquel entonces que han pasado a la Historia con aureola de pureza, honestidad y el cariño del pueblo, nada menos que don Justo Sierra, hombre patriota, maestro de la juventud, en un arranque de valor y de entereza, dejó esculpida la famosa frase: “El pueblo tiene hambre y sed de justicia”. A este preclaro maestro y ciudadano lo distinguió y honró la Revolución. Fue el único del gobierno del general Díaz que la Revolución acogió con orgullo. Madero lo nombró embajador de México en España, en donde murió y sus restos fueron traídos a México con los máximos honores y en el Paraninfo de la escuela preparatoria de San Ildefonso se le rindió cálido homenaje presidiendo el duelo el presidente Madero y pronunciando la más sentida oración fúnebre su admirador y discípulo predilecto Chucho Urueta, quien contra su costumbre de improvisar, leyó su discurso aduciendo que, de no hacerlo así, sus palabras las hubiera ahogado el llanto.

No puedo dejar escapar esta oportunidad y debo transcribir lo que sobre este suceso escribe Vasconcelos en *Ulises criollo*:

Y nunca desperdició la ocasión de hacer prevalecer los valores de la mente sobre los impulsos del instinto. Entre los hombres del porfirismo, salvó a Justo Sierra, lo hizo ministro de México en España. Y al ocurrir su muerte, honró al educador por encima del guerrero.

Dijo el discurso oficial Urueta. Recordando su protección, comparábalo a la de aquel elefante de la India que vigila a los niños cuando juegan y los recoge con la trompa al ser amenazados por las fieras. Urueta lloraba al terminar su discurso que conmovió al auditorio profundamente, y Madero secó en público sus lágrimas. Nada le debía a don Justo, pero rubricaba el esfuerzo del patriota que persistió en su tarea no obstante el medio impuro que hubo de tolerar. La gente se sorprendía de ver al Presidente llorando y no pocos siervos murmuraron que “aquello era contrario a la dignidad del cargo”. Echaban de menos las salvajes caras protervas de nuestra galería presidencial. Otros recordaron al tirano de ayer que lloraba cuando le comunicaban el cumplimiento de sus propias órdenes de fusilamiento. Un buen número de personas, sin embargo, comprendió la trascendental diferencia de las maneras de llanto y su patriótico voto asoció los nombres de Justo Sierra y Madero.

La injusticia es una de las causas que determinan la Revolución. Sometido al Ejecutivo el Poder Judicial, no era bajo la dictadura más que un simple instrumento de despojo y de exacción. El juez de México se llamaba Íñigo Noriega; el de Veracruz, Dehesa; el de Orizaba, Gómez; el de Río Blanco, Reynaud, pues la industria de Orizaba era todopoderosa, etc., Madero quería jueces honrados y comenzó por emanciparlos, devolviendo al Poder Judicial el pleno ejercicio de su soberanía.

El País, de 26 de septiembre de 1913, publicó una declaración de su enconado enemigo político, Querido Moheno, que dice:

Cuando gobernaba el señor Madero, el Poder Judicial recobró su independencia, la que volvió a perder por completo al asumir la cartera de justicia el licenciado Rodolfo Reyes. La Suprema Corte es menos respetada ahora que un juzgado de paz. El licenciado Reyes debió habernos dicho cómo ha dignificado a la justicia, que hoy es tan asquerosa como en tiempos de la dictadura porfiriana.

Como consecuencia del carácter vigoroso, dominante hasta la tiranía del general Díaz, todas las gentes de su alrededor eran sumisas hasta extremos humillantes. Su cara agria, adusta, petrificada de ídolo zapoteca, reveladora de una conciencia atormentada, imponía más que respeto, miedo. Su manera de actuar correspondía a tal temperamento, circunspecto, serio, sin movimiento los brazos, ni las manos, sin la menor expresión, enigmático, casi una escultura labrada en piedra; jamás sonrió, nunca demostraba afecto, ni gusto, ni contento. Y naturalmente, todos los que lo trataban tenían que estar de acuerdo, en una atmósfera pesada, falsa, hipócrita, toda vez que era forzada y consiguientemente no había “expansión”. Esta atmósfera lo seguía de su casa a palacio y se acentuaba más en las ceremonias públicas. Poned esta fisonomía atormentada al lado de la sencilla, sonriente, jovial de Madero, y así se explica que mientras el uno inspiraba “terror”, el otro nunca inspiró ni siquiera respeto, así lo mereciera el altísimo cargo de Presidente de la República.

Por esas características tan acentuadas del general Díaz, se explica que la aristocracia, la falsa, la cimarrona aristocracia mexicana, lo acogiera y endiosara en forma que contribuyó a su exaltación. Un hombre así, no podía humanamente rozarse con el pueblo; su figura repulsiva, se exaltó desorbitadamente y el servilismo llegó a tales extremos de bajeza, que el acaudalado don Miguel de Cervantes, con ocasión de la manifestación que hicieron los ricos

extranjeros respaldando la convención de 1896 que acordó la tercera reelección del general Díaz, se arrodilló ante él y pretendió *besarle la mano*, lo que olímpicamente rehusó el general Díaz.

Para sarcasmo y por fidelidad al jefe supremo, había una afinidad perfecta en todo el régimen porfirista: gobernadores, jefes políticos, todos eran disciplinados alumnos en despotismo y asesinatos. Don Manuel Calero, en *Un decenio de política mexicana*, nos cuenta esta anécdota sobre el despotismo del vicepresidente don Ramón Corral:

Un día del año de 1906 me encontraba en las oficinas del Distrito Federal tratando un asunto con el gobernador, cuando de súbito nuestra conversación fue interrumpida por la presencia de uno de los ayudantes. El diálogo que ocurrió ha quedado grabado en mi memoria con tanta precisión, que creo poder reproducirlo con exactitud casi perfecta. El ayudante empezó diciendo que acababa de presentarse el comisario de la octava demarcación trayendo un hombre a quien debía consignar al servicio de las armas por orden de don Ramón Corral, vicepresidente de la República y ministro de Gobernación. ‘Pero, ¿qué hizo ese hombre?, ¿quién es?’, preguntó el gobernador. ‘No lo sé’, contestó el ayudante, ‘parece que es un carpintero que hacía trabajos en la casa del señor Corral, pero no sé por qué motivo el señor Corral se disgustó con él y dispuso que se le consigne al ejército’. ‘Está bien’, observó el gobernador, ‘diga usted al secretario *que lo saque en el sorteo*’. ‘Señor’, replicó el ayudante, ‘sírvese usted ver que hoy es lunes y que no habrá sorteo sino hasta el sábado’. ‘Entonces dígame usted que lo incluya en el del sábado pasado’; y el gobernador reanudó su conversación conmigo. Relato este incidente porque es de alta significación, o como se usa ahora, porque tiene su *filosofía* y concretémonos a observar que la ocurrencia descubre el fondo moral de dos hombres, el pomposo gobernador don Guillermo de Landa y Escandón, y el otro el vicepresidente don Ramón Corral, personalidad fuerte y con notorias excelentes cualidades, que revela en este incidente lo que en el fondo fue toda su vida. Un hombre de temperamento despótico para quien no contaban los derechos de los humildes.

Ya lo he dicho repetidas veces; había una afinidad admirable en el equipo humano que encabezaba el general Díaz; y así como todos ellos eran discípulos disciplinados en despotismo y asesinatos políticos, lo eran también en comportamiento social. Calero en su ya citada obra *Un decenio de política mexicana*, dice de las maneras aristocráticas del señor Limantour:

Nunca supo lo que era ser pobre, jamás tuvo que resolver el problema de ganarse el pan con el sudor de su frente. Dotado de glacial, refinada cortesía, para tomar la mano que le tiende el pobre, tiene que hacerse violencia que procura ocultar tras una forzada sonrisa.

Todos sus ministros, desde su suegro don Manuel Romero Rubio y su aristocrática familia, el pomposo general don Francisco Z. Mena, el general don Carlos Pacheco, don Manuel González Cosío, don Joaquín Baranda, don Enrique Creel y el clan Terrazas, el rico y fastuoso hacendado don Olegario Molina, todos, todos, viven y se mueren en un ambiente de lujo y ostentación. Ninguno de ellos, absolutamente, sabe de las miserias y los dolores de los de abajo. Sobre este tema de la aristocratización del César, nos dice Bulnes:

Todo plebeyo en el poder respira en atmósfera aristocrática, porque el poder, mientras más personal es, más posee esencia de aristocracia. La aristocratización del general Díaz era inevitable, biológica, pues hasta los animales se aristocratizan cuando su posición alta los distingue de sus semejantes. Aristocratizado el plebeyo César, debía llenar los deberes impuestos por su nuevo rango social; proteger a las clases privilegiadas que se imponen por su lujo, su elegancia, su educación, sus perfumes, sus sentimientos éticos y sus costumbres castellanas... El principio de autoridad personal del dueño de la nación que no disponía de derechos, sino de las mercedes que graciosamente goteara la mano imperial.

La fastuosidad, el esplendor imperial del régimen, culminó en las suntuosas fiestas del Centenario de la Independencia Nacional, con olvido total de las miserias del pueblo. Todas las naciones de la Tierra, reyes y emperadores, presidentes de las repúblicas grandes, como los Estados Unidos; chicas, como las centroamericanas, rendían tributo y pleitesía al tirano. Eran sus grandes y buenos amigos; festejaban la falta de virtudes humanas y cívicas, su ostentosa figura de ídolo zapoteca y mandaron embajadas que lo aclamaran. Ya todas, sin excepción, lo habían condecorado antes con medallas y estrellas, que lucía orgulloso en su levantado pecho.

El formidable político inglés Cecil Rhodes, lo había declarado oficialmente “el primer obrero de la civilización”; el multimillonario yanqui, Rockefeller, “el Moisés y Josué de su pueblo”; el gran novelista humanitario Tolstoy, “un prodigio de la naturaleza”. El Káiser alemán le regaló su retrato con una dedicatoria que decía: “al bienhechor de América”; la Emperatriz de la China, *La Orden del Dragón*; Francia, *La Gran Cruz de la Legión de Honor*; el Emperador del Japón, dos sables; la reina María Cristina de España, una banda; el Zar de Rusia, una placa; Italia, una cinta; Portugal, una medalla; Austria, un cordón: la Gran Bretaña, *La Orden del Baño*, y la Universidad de Boston –la Atenas de América–, nada menos que el título de *Doctor Insigne*.

¿Serían acaso los jefes de las naciones agasajadoras, de igual moral y de igual relajamiento que el agraciado?, o acaso, ¿simple y repugnante servilismo al gran matón conculcador de las libertades de los pobres mexicanos? Cualquiera que fuera la razón o el motivo para ese ensalzamiento de un verdadero criminal, como lo fue el general Díaz, merece el desprecio de la gente sana y honrada, y obliga a considerar muy bajos y muy ruines, a los

grandes dirigentes de las naciones del mundo, porque cada una de esas bajezas eran bofetadas infligidas a todos los mexicanos que gemían víctimas de los atropellos sin límite del gran tirano. El baile en palacio la noche del 15 de Septiembre de 1910, fue un alarde de exhibición de la riqueza de los magnates porfirianos, que soñaban en la perpetuación de aquel régimen paradisiaco. Y para que el lector se dé cuenta del derroche y gala que hacían de sus enormes fortunas, voy a hacer una relación del atuendo y alhajas que, según la crónica del *Imparcial*, ostentaban aquellas linajudas damas: La señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz, ostentaba riquísimo vestido seda oro de maravillosos cambiantes, velado con sobrefalda de igual color; oro líquido parecía a plena luz, oro viejo a la media sombra. El corpiño y la falda adornados con perlas y canutillo de oro; en el centro del corpiño un gran broche de diamantes. Gruesas perlas en hilo iban de un lado a otro. Diadema de brillantes en el tocado y un “collar de Chien” de perlas y brillantes en el cuello. La señora Amparo Escalante de Corral, lucía rico traje de color azul, adornado con encaje inglés y aderezo de perlas y brillantes. La señora Terrazas de Creel, de mesalina de seda, adornado con bordado salpicado de plata y rabioso aderezo de brillantes. Sofía Cosío de Landa, riquísimo *toilette*, de valiosos encajes antiguos y echarpé de encaje valiosísimo; varios hilos de perlas cruzaban el corpiño, llegando hasta los hombros y espalda que semicubrían, un collar de brillantes en el cuello, y en el peinado una diadema de las mismas piedras. La señora Catalina Altamirano de Casasús vestía de seda color heliotropo; el corpiño con bordados realzados de plata, diadema de brillantes en la cabeza y collar de perlas en el cuello. Josefina Martínez Campos de Pimentel y Fajoaga, de chantu rosa pálido, corpiño y falda adornados con drapería de plata y riquísimo aderezo de perlas. Doña Prida de Núñez, de libverty oro viejo, collar y

diadema de brillantes. La señora Raygoza de Díaz, de mesalina de seda azul y collar y diadema de brillantes. ¡Deslumbrante, milianochesco!... Y en vísperas del estruendoso derrumbe.

Esta fastuosidad, esta exuberante exhibición de orgullosa riqueza y poderío, me brinda la oportunidad de hacer una honrosísima comparación con la modesta, casi humilde manera de vivir del patricio de la Reforma, el inmortal Benito Juárez. Nada menos que el propio Bulnes, nos dice:

El presidente Juárez vivía en un modesto entresuelo del Palacio Nacional. Su círculo de familia, de la clase media, era vista con horror por los ricos. La familia de don Benito, que no tenía coche propio, asistía a las óperas sin alhajas, con trajes sencillos, decorosos, correctos.

Y terminaremos dando algunos “toques” sobre la cacareada honradez del tirano, con datos ministrados por el propio Bulnes, quien le dedica un capítulo especial en su obra *El verdadero Díaz*, titulado “El general Díaz como ladrón”, en el que asienta:

Los defensores del César, preguntan con acento airado a los que lo acusan: ‘¿Dónde está esa gran fortuna?’... Y contesta: ‘Es tan extravagante preguntar si el general Díaz robó, como si un católico preguntara a otro: ¿cree usted que Dios haya robado al universo, o que se propuso robarlo?’ El general Díaz era un autócrata efectivo y estaba en su derecho para disponer a su antojo de las rentas públicas. Y si se enriquece guardando la forma de Presidente democrático, honrado, dotó a su país de excelente administración, lo hace prosperar y su enriquecimiento es irreprochable ante las leyes del país impotentes para descubrir y probar delitos, entonces el dictador queda a salvo de todas las responsabilidades como tal dictador, sin perjuicio de dar cuenta de su conducta como hombre obligado a la moral.

Y en la página 98 asegura que no se ha probado que el general Díaz robara, y agrega:

Que haya o no robado, no es problema desde el momento en que ante la ley efectiva, natural, sociológica del país, los dictadores pueden constituir sus fortunas particulares dentro de los límites fijados por esas mismas leyes patrias y prácticas.

[y en la página 141 relata]: El monopolio del papel de rotativa, disfrutado por la Compañía de San Rafael, fue concesión especial del general Díaz en favor de su amigo íntimo don Tomás Braniff, norteamericano; y del español don José Sánchez Ramos, encargado de sus negocios particulares; además todo mundo sabía que al general Díaz le había sido regalado el 12% de las acciones de la empresa en calidad de completamente liberadas [y en la página 144, dice]: El monopolio del vestuario y equipo del ejército debe considerarse como un negocio íntimo del bolsillo del dictador [y en la página 129 del capítulo “Liquidaciones de Responsabilidades” –las del general Díaz y las de Limantour–, asienta]: La responsabilidad por la protección de los fraudes en la quiebra de Jacobi es exclusiva del general Díaz y la protección no fue al judío sino al Banco de Londres y México, de cuya institución era socio importante el general Díaz. En este lance perdió el erario federal, el golpe fue contra los particulares, sin mala intención.

Y para fin y remate, en la lista de millonarios favoritos del régimen que figura en esa obra de Bulnes, el nombre del general Díaz figura en primera línea con la anotación de “multimillonario”.

Y yo agregó que no se ocultaba ni siquiera por pudor, sino que se hacía gala año por año, el 16 de julio, día del santo de doña Carmelita, de que todos los favoritos, ministros, gobernadores, jefes de armas, banqueros, senadores y diputados, vaciaban las joyerías de La Esmeralda y La Perla para obsequiar a la señora esposa del César; regalos que valían millares de pesos y que el general Díaz recibía complacido de la gentileza de sus amigos y admiradores.

En 1908, a los 34 años de su gobierno tiránico, tenían agotado de sufrimiento al pueblo de la República. No había libertad, no había justicia; se mantenía la paz impuesta por el terror. Las cárceles estaban abarrotadas de opositores que valientemente censuraban al dictador. Los asesinatos políticos perpetrados por todas las autoridades que tenían mando, eran incesantes. En el campo era institucional la esclavitud. Los obreros igualmente subyugados con salarios de hambre. Sólo los ricos asociados al régimen gozaban del apoyo ilimitado de la autoridad para extorsionar y matar de hambre a los de abajo. Nadie se atrevía a enfrentarse al tirano, reinaba la cobardía colectiva.

Para que se aprecie debidamente el patriotismo, el valor, la osadía de Madero acaudillando una Revolución integrada por campesinos, civiles, que derrocó al tirano, transcribo las palabras candentes y crudas con las que gustaba zaherir al pueblo, por su falta de civismo y cobardía reinante, el ingeniero Francisco Bulnes:

En 1908, había tal costumbre de obedecer, tal aplanamiento de los caracteres, tal cobardía inyectada por un terror de 30 años, tal destrucción de fibras eréctiles, tal agotamiento de nervios macerados en desvergüenza, tal empobrecimiento de dignidad, tal ausencia de ambición animal humana, tal vicio de degradarse experimentando espasmos de canallismo, tal pavor ante la sangre seca que manaba la mano de hierro y ante los deshuesamientos realizados por sus masajes, que se admitía antes de la conferencia Creelman, la casi segura imposición de Corral, la que se sancionaba con la frase de muchedumbre con alma de sardina: *Qué se ha de hacer, nada es posible contra la voluntad de ese hombre...* Nadie se atrevía a pensar en derrocar a un coloso nadando en oro, custodiado por guerreros incorruptibles y crueles, que podían elevarse a medio millón, disponiendo de la elocuencia de todos los altos intelectuales y de todas las injurias y calumnias de la apachería mental y de la inmensa turba de granujas; disponiendo además del apoyo del clero, de la

banca, de la agricultura, de la industria, del comercio, de cuatrocientos jefes políticos que mantenían al país en estado de catalepsia, y sobre todo, de Washington, que si era necesario, apoyaría al *predilecto* con quince millones de soldados, cien mil cañones y torrentes de oro para comprar y matar rebeldes [y agrega]: Mientras *él* viviera, no había temores de derrocamiento ni de que siquiera fuera sacudido ligeramente. *El Imparcial* anunciaba que seguía siendo el César un roble. En ese periódico de vértigos y de nirvanización en el éter que brota de la persona divina, el dictador todo lo puede; el crimen que concibe, es al momento ejecutado, el desatino que suelta, aplaudido; la baba que se le cae, recogida y arrojada en el cáliz de la comunión de los leales; el reblandecimiento moral es deseado, el escupitajo de lo alto, bebido; la desvergüenza, honrada como pudor; el cieno, lamido como néctar, todos se sienten canallas y se aprueban, se sonríen, les sudan las manos, se les enfrían las rodillas; es que han entrado en el paroxismo estercoreal. Y es cuando en los brindis *se ofrece ir con el César a la ignominia*; lo que no agrada a los concurrentes, porque equivale a dudar de que llevan ya mucho tiempo de estar en ella.

Así fue como el pueblo aprovechó la feliz ocasión que impensadamente le dio el propio general Díaz en la Conferencia Creelman que le concedió en El Paso, Texas, al celebrarse la entrevista que tuvieron en aquel lugar los presidentes Díaz y Taft en octubre de 1909.

La Conferencia Creelman, en la que como se sabe, el general Díaz declaró que el pueblo mexicano estaba ya apto para la democracia, y que él vería con gusto que el pueblo eligiera a su sucesor, dio lugar a que los políticos ambiciosos de llegar al poder iniciaran desde luego actividades políticas. Los reyistas principalmente creyeron que efectivamente el general Díaz dejaría en libertad al pueblo para designar Vicepresidente y se apresuraron a organizar un partido político que denominaron “Democrático”, integrado en su inmensa mayoría por gente destacada que gozaba

de alto prestigio; todos ellos, en el fondo porfiristas, pero enemigos de los científicos y de Corral. Los principales organizadores fueron Manuel Calero, Jesús Urueta, Diódoro Batalla, que en sus mocedades de estudiante había combatido la deuda inglesa; Rafael Zubarán, Benito Juárez, Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, Alfonso Mariscal y Piña, José Ferrel, periodista independiente; Heriberto Barrón, con el pasado vergonzoso de haber sido instrumento del general Reyes para desbaratar el núcleo liberal independiente de San Luis Potosí, acaudillado por Camilo Arriaga, Joaquín Clausel, Gustavo Zuzarte Campos, José Peón del Valle, Joaquín Baranda McGregor, Gabriel González Mier, quien cantara a don Sebastián Lerdo de Tejada, ya caído, E. Robirosa Andrade, José P. Meza, José G. Ortiz, Francisco de P. Sentíes, Manuel E. Alegre, José García Medrano, Agustín Pérez, Juan Sánchez Azcona, José Ma. Nájera, Salvador Milanés, Alfredo Robles Domínguez, Adolfo M. de Obregón, E. Lavallo Carvajal, Francisco Cossío Robelo, Daniel Reyes Retana, a quien su padre, el licenciado Tomás Reyes Retana, obligó a retirarse por sus vínculos con Limantour y los científicos; Manuel Gutiérrez G., Ramón Cosío González, doctor Francisco Martínez Baca, Antonio Valero, Jesús Guzmán y R. G., Urbano M. Balmaceda, Roberto García, Gabriel Robles Domínguez, Salvador Reséndiz, Pablo de la Cruz y Carrillo, Gustavo Lara, Atanasio García Suárez, Silvestre Anaya, Conrado Muzza, Rafael Villanueva, Inocencio Arreola, periodista independiente director del *Tercer Imperio*; José López, Alfredo Flores, Edelmiro Campos, Julián Rosas, Jesús M. Ríos, Jesús García Portillo y Salomé Botello. El licenciado Rodolfo Reyes que fue un agitador incansable, propagandista de la candidatura de su padre, el general Bernardo Reyes, no quiso figurar en el cuadro de los organizadores del Partido Democrático, escondiendo su actuación, pero fue uno de los principales organizadores del

mismo. Con fondos de Rodolfo se organizó y se mantuvo el periódico *La Protesta*, dedicado a propagar la candidatura del general Reyes. Figuraban en primer término como escritores de combate, el propio Rodolfo Reyes, siempre disfrazado, Salomé Botello y Rafael Zubarán, que aguzaron sus plumas para zaherir a los científicos y hacer blanco directamente contra Corral y Limantour. La agresividad de *La Protesta* originó que los reeleccionistas corralistas contraatacaran fundando el libelo más sucio y asqueroso de la prensa de México en todos los tiempos, una verdadera letrina, una cloaca: *El Combate*, con el lema mortal de: “Ojo por ojo, diente por diente”. Era redactado por un grupo de jóvenes intelectuales educados en la escuela de la ignominia por el maestro licenciado Pablo Macedo, y sus nombres no deben ser olvidados para eterno baldón: director, Guillermo Pous; colaboradores, Luis del Toro, Francisco González Mena, José Ma. Lozano, Manuel Puga y Acal, Francisco M. Olaguíbel, Manuel H. San Juan, Telésforo Ocampo, Luis A. Vidal y Flor, Ricardo R. Guzmán, Emilio Valenzuela, Ignacio R. del Castillo, Julián Morineau, Constancio Peña Idiaguez, Manuel M. Uruchurtu y Ángel Pola.

La guerra entre estos dos bandos fue a muerte. La simpatía popular se inclinaba a favor del Partido Democrático; entre Corral y el general Reyes, franca y abiertamente se declaró a favor del último, porque los científicos representaban el lado más sucio. El pueblo esperaba que el general Reyes si llegaba al poder, limpiaría un poco el pudridero que corroía al otro grupo. En el fondo, la gente sensata y patriota eludía a uno y a otro. Si Reyes no se había destacado como ladrón, tenía bien ganada la fama de “matón”.

Los reeleccionistas Díaz-Corral, intentaron hacer su propaganda en todo el país, pero ni contando con el apoyo descarado de los

gobiernos locales y jefes de las armas, pudieron tener éxito; su acción se limitó a Guanajuato, en donde el mitin acabó en escandaloso desorden, y en Guadalajara, donde el fracaso fue estruendoso, al grado de que el vestíbulo del carro especial que conducía a los reeleccionistas ostentaba un llamativo letrero en negro que decía: *Viva el general Reyes*; y fueron recibidos por una multitud de más de dos mil almas que lanzaban vivas al general Reyes. El fracaso había sido rotundo.

En este ambiente de lucha, entre dos facciones porfiristas, surgió con templanza, con energía, con cordura y con el más alto sentido de patriotismo, el Partido Antirreeleccionista.

Madero fue el alma de ese partido, pero antes de entrar a narrar esta época, precisa decir que a Madero desde hacía años –1904–, le preocupaban hondamente las cuestiones políticas del país y siempre operó en plan de independencia u oposición. Su primer esfuerzo fue combatir la reelección del gobernador de Coahuila, licenciado Miguel Cárdenas, y para ese efecto organizó en San Pedro de las Colonias el club democrático “Benito Juárez” y entró en franca actividad con los elementos disidentes del gobierno, proclamando la candidatura del licenciado Frumencio Fuentes, movimiento que fracasó porque al candidato que tenía fuertes vínculos de amistad con elementos políticos porfiristas del estado, como el licenciado Praxedes de la Peña, licenciado Luis García de Letona, Andrés Garza Galán, etc., lo presionaron para que retirara su candidatura y el gobierno central impusiera una vez más al licenciado Miguel Cárdenas. Más tarde hizo un esfuerzo semejante en las elecciones municipales de San Pedro de las Colonias, oponiendo a la candidatura oficial de don Adalberto Viezca, la de don Francisco Rivas. En esta ocasión la actividad

desplegada por Madero, tuvo un resultado brillante, pues a pesar de los abusos de todo género de la policía del lugar, los independientes ganaron la mayoría de las casillas de San Pedro y de los ranchos del municipio, pero el colegio electoral que haría el cómputo, fue disuelto a la fuerza, y como de costumbre se consumó la imposición.

Madero inició sus actividades políticas para combatir la última reelección del general Díaz, publicando en octubre de 1908 *La Sucesión Presidencial en 1910*, que mereció calificativos despectivos de los corifeos porfiristas, desde el portentoso intelectual don Francisco Bulnes, los diarios metropolitanos y de provincia, hasta los (lambeaches) de menor cuantía; pero es innegable que movió a las multitudes, porque habló con la verdad y uno de sus más enconados detractores, el doctor Luis Lara Pardo, se ve obligado a decir:

El libro exhala patriotismo, el patriotismo irreflexivo que se aprende en las escuelas públicas ... El libro de Madero apareció en el momento más interesante de la campaña electoral. Su aparición había sido calculada con justicia y las circunstancias venían a ayudarlo admirablemente. En las manos del autor caía un fruto maduro ... Para toda aquella multitud, comprometida y desamparada –los reyistas y del Partido Democrático–, la oposición de Madero fue una tabla de salvación. Presentábase con un programa burgués y demostraba tener la decisión que a Reyes le había faltado. En muy poco tiempo el número de sus partidarios creció en una manera extraordinaria ... Madero aprovechó admirablemente el estado de espíritu preparado por la campaña reyista. La aprovechó tanto más que desplegó actividad y vigor en contraste evidente, manifiesto, con la inacción y timidez de Bernardo Reyes. El éxito le sirvió de estímulo poderoso. Su audacia fue en un crescendo continuo. Su objetivo fue avanzado.

Y el ingeniero Francisco Bulnes, con la crudeza cortante de su verbo, dice sobre *La Sucesión Presidencial* de Madero:

Al libro del apóstol de la anarquía, hay que calificarlo de mamarrachada jacobina de lo más vulgar ... Sirvió para devolver al vulgo la confianza en las palabras del general Díaz de que ya el pueblo estaba apto para la democracia ... Siendo el libro una requisitoria de enorme efecto popular, la dictadura no debió permitir su circulación y debió haber castigado ejemplarmente al autor. El libro trascendente más que todo lo que se había publicado contra el César, porque admite lo que se desempeñaban en negar *El Imparcial* y todos los gobiernistas: la posibilidad de la revolución, peor aún, admite el triunfo de esa revolución; y todavía peor, amenaza al César con la revolución si no respeta el voto del pueblo [y adelante agrega]: Fue el reactivo que puso en claro la pequeñez del coloso. Era el momento en que el general Díaz debió haber procedido con todo rigor contra Madero y su familia, como estaba obligado por el código muy conocido de los dictadores. Era el momento de aplicar al revolucionario y a su familia que lo apoyaba, toda la maquinaria terrorífica: el terror judicial y fiscal; el terror del matonismo por duelistas y rijosos, y si no se serenaba el ánimo público, la ley fuga.

Y el distinguido escritor Andrés Iduarte, juzgando a posteriori al libro y al hombre, dice:

No lo entendieron quienes no tenían sus quilates, y lo siguen ignorando quienes no lo han leído. ¿Cuántos recuerdan su libro inteligente, penetrante *La Sucesión Presidencial*? No fue un erudito, no era escritor, pero sí un hombre, ¡qué hombre tan alto, tan hondo!, de los hombres que saben más y escriben mejor que los eruditos y los escritores; llegan arriba y adentro, al cielo y al corazón, y él llegó a los del pueblo. La jauría lo mordió y él no tuvo mas que compasión por la jauría; a mil codos de ella no la temía sino la amaba, triste parte, pero parte al fin de la humanidad, que era su arcilla [¡Qué palabras tan hermosas!].

Madero con la sinceridad y sencillez que le son características, empieza diciendo en ese “mamarracho” demoledor:

Los negocios públicos poco me interesaban y menos aún me ocupaba de ellos, pues acostumbro a ver en mi derredor que todos aceptaban

la situación actual con estoica resignación, seguía la corriente general y me encerraba, como todos, en mi egoísmo [Y agrega]: Por otro lado consciente de mi poca significación política y social, comprendía que no sería yo el que pudiera iniciar un movimiento salvador, y esperaba tranquilamente el curso natural de los acontecimientos, confiado en lo que todos afirmaban: que al desaparecer de la escena política el general Díaz, vendría una reacción en favor de los principios democráticos o bien que alguno de nuestros prohombres iniciara alguna campaña democrática para afiliarme a sus banderas [y luego dice]: En nuestra patria sólo tiene eco la verdad; sólo ella conmueve los ánimos, despierta las conciencias dormidas, encendiendo el fuego del patriotismo que por fortuna aún se encuentra latente en las masas profundas de la nación, a donde no ha llegado la corrupta influencia de la riqueza y del servilismo. Por este motivo espero que mi voz será oída, porque será la voz de la verdad; será la voz de la patria afligida que reclama de sus hijos un esfuerzo para salvarla. Me repugna hablar de mi humilde personalidad, y en el curso de este libro lo haré sólo cuando sea indispensable; creo sin embargo, que en este lugar debo hacer una declaración, pues antes que todo debo ser leal; pertenezco por nacimiento a la clase privilegiada: mi familia es de las numerosas e influyentes en este estado, y ni yo ni ninguno de los miembros de mi familia, tenemos el menor motivo de queja contra el general Díaz ni contra sus ministros, ni siquiera contra las autoridades locales. Por lo expuesto, ningún odio personal, ni de familia, ni de partido, me guía a escribir este libro. El único sentimiento que me guiará será el amor a la patria, y aunque es casi siempre vehemente y entusiasta, procuraré reprimir mis impulsos de vehemencia y entusiasmo para no parecer exagerado a pesar de este propósito, dudo mucho *que al describir algunas de nuestras llagas pueda contener las amargas quejas de mi alma, que al hablar de las grandes infamias que se han cometido bajo este régimen, pueda comprimir la irritada vehemencia de mi indignación.*

Y termina el prólogo afirmando que no hay ninguna libertad; que nuestra Constitución es burlada; que nuestras instituciones son holladas; que la opresión ejercida por el gobierno es insoportable y que

en esos casos supremos, cuando la libertad pelagra, cuando las instituciones están amenazadas; cuando se nos arrebatara la herencia que nos legaron nuestros padres y cuya conquista les costó torrentes de sangre, *no es el momento de andar con temores ruines, con miedo envilecedor* hay que arrojarse a la lucha resueltamente, sin contar el número ni apreciar la fuerza del enemigo; de esta manera lograron nuestros padres conquistas tan gloriosas, y necesitamos observar la misma conducta, siguiendo su noble ejemplo para salvar nuestras instituciones del naufragio con que las amenazan las embravecidas olas de la tiranía que pretenden hacer de ellas su presa, y sumergirlas en el abismo del olvido.

Antes de proseguir esta narración paso a hacer *una semblanza de Madero y a presentar a su abuelo y a su familia.*

Semblanza de Madero

Antes de hablar de la personalidad moral y espiritual del *Apóstol*, de sus ideas e ideales, de sus planes y propósitos, de su misión redentora y de su destino histórico, encauzado por la Providencia, es conveniente hacer una semblanza de su persona física, asiento y componente de su ser.

Era de estatura baja sin llegar a ser lo que nosotros los mexicanos llamamos muy expresivamente “chaparro”. Si las personas que lo rodearon le decía *el Chaparrito*, ello era más bien por cariño y simpatía que precisamente por su estatura. Sin embargo, su estatura era en verdad más baja que la regular; sus facciones no eran hermosas, pero sí agradables. Diríamos que era una fealdad muy varonil. Abultada y alta la frente; los ojos pardos, muy vivaces y expresivos. Desde su juventud dejó crecer su barba, hasta usarla al estilo francés, de piocha. Su pelo era de color castaño, sedoso y lacio. Desmedrado, de fuerte complexión, verdaderamente vigorosa. Muy ágil de movimientos y de tipo marcadamente castizo, predominante en su familia. Sus ademanes eran característicamente norteños: ásperos, bruscos, arrogantes. Su hablar era fuerte y claro; la espina dorsal, erecta, como de hombre no acostumbrado a las inclinaciones y genuflexiones. Su temperamento era nervioso, lo que percibían fácilmente los que lo trataban y adolecía de un “tic” nervioso que consistía en levantar el hombro izquierdo. Gran caminante, gustaba de emprender largos recorridos. Jinete, a caballo, era incansable. Era, además, un gran nadador. En este tipo vigoroso, enérgico y decidido, afloraba como sorprendente contraste, una expresión clara y nítida de bondad y de dulzura. Si los ojos son la ventana del alma, los suyos dejaban

ver un alma grande, noble, pura, capaz de todas las empresas, de las más sublimes decisiones, de los más aquilatados sentimientos, de los más grandes ideales. Su rostro, en fin, transpiraba la expresión del amor a todo lo bueno, santo y puro. Su vigor corporal, era la garantía completa de la fuerza de su bondad y pureza. El físico de Madero garantizaba el asiento de su alma iluminada. A toda virtud, a toda expresión espiritual, correspondía una cualidad física, excepto una: su corta estatura no correspondía a su alma de gigante.

Desde la más temprana edad, cuando tenía trece años, en el internado del Saint Mary's College inmediato a Baltimore, Maryland, Estados Unidos, él mismo cuenta este episodio:

De la época en que estuve en aquel colegio conservo el recuerdo de paseos en trineo, ya tirados por caballos o de pequeños trineos en los cuales nos sentábamos y bajábamos las pendientes con vertiginosa velocidad; tampoco se me ha borrado el recuerdo de uno que otro asalto de box a puño pelón. Una vez sostuve un asalto de esa naturaleza con uno de mis condiscípulos americanos durante 15 minutos, que fue lo que duró el recreo. Todos los estudiantes formaban círculo a nuestro alrededor, y al llegar uno de los *hermanos* que nos vigilaban, suspendimos momentáneamente el asalto, pero él dio su consentimiento para que continuáramos y tanto él como otro *hermano* de jerarquía superior, que llegó después, no sólo eran espectadores de ese asalto, sino que nos incitaban a no desmayar. Recuerdo que mi contrincante estaba en un rincón más alto que el punto en donde yo me encontraba, lo cual es muy ventajoso para esa clase de asaltos; algunas veces me quedaba en mi lugar, con la esperanza de que él me atacara y proseguir la lucha en condiciones más ventajosas para mí, pero él nunca abandonó su lugar y yo fui el que tuve que atacarlo constantemente, incitado por los *buenos padrecitos* que casi nos daban lecciones prácticas de moralidad. Terminado el recreo terminó el asalto; los dos teníamos los ojos inflamados, las narices chorreando sangre y la cara llena de contusiones. Fuimos a la pila a darnos una buena refrescada y muy cortésmente nos ofrecimos el primer lugar. Un cordial *shake hands* puso término a nuestra rivalidad.

Madero tenía una resistencia física inagotable. En la época del litigio contra “Las Filipinas”, que se convirtió, como en su oportunidad lo relataré, en un episodio de trascendencia histórica, tuvimos ocasión de recorrer a caballo una distancia de no menos de cincuenta kilómetros a través de una serranía abrupta cubierta por raquílica vegetación del sotol, lechuguilla, guayule y una que otra gobernadora. Salimos del rancho de San Luis, en Puerto Antonio, antes del alba, habiendo tomado antes de la salida un frugalísimo desayuno consistente en una taza de café, con dos o tres tortillas de harina. Era un grupo formado por el juez de Parras, su secretario y abogados e ingenieros de todos los predios colindantes; más de 30 personas. Madero iba al frente del grupo montando una mula tejana, trotona y granalzada; caminamos todo el día sin comer, al rayo de un sol canicular, de tal modo sofocante, que el licenciado Alfonso M. Siller, más tarde subsecretario de Relaciones Exteriores en la época de Carranza, estuvo casi a punto de sufrir una insolación y tuvo que apearse del caballo para meter la cabeza bajo la escasísima sombra de un “chaparro” que no tenía más de un metro de altura. Ya metida la noche llegamos al “tanque de Calaveras”, pila de agua rebotada para el ganado, que a pesar de estar tan sucia, la utilizamos para tomar un baño refrescante. Allí cenamos lomo de venado que había matado en el camino Manuel Madero, representante de la hacienda de San Lorenzo y compañero de edad y estudios de Francisco, en Francia, pues era medio tío de Madero. No debo omitir hacer saber a la posteridad, un pequeño incidente que eleva a Madero por sus sentimientos caritativos a la altura de San Francisco de Asís. El secretario del juzgado de Parras, era un muchacho extraordinariamente travieso Roberto J. Robledo, que llegó a ser coronel del Ejército Constitucionalista. Iba montado en una mula y llevaba atravesando la cabeza de la silla, un cuero casi

seco de venado, con el cual azuzaba a la mula, a la que acosó tanto, que empezó a reparar y tumbó a Robledo, que cayó de nalgas precisamente en una nopalera, clavándosele tantísimas espinas que empezó a gritar casi llorando de dolor. Madero, que aficionado a la homeopatía llevaba su estuche de curaciones y pinzas apropiadas para sacarle las espinas, en vez de ordenárselo a alguno de los muchachos mozos que iban en la expedición, personalmente le sacó una por una, a la vista de todos los que componíamos el grupo, labor que en esta pícara vida sólo hacen los que aman a sus prójimos, como a sí mismos. Santidad porque Madero, si no hubiera sido espiritista, ya estaría en los altares. ¡Hombre santo!

Recuerdo con fruición aquella agotadora jornada. Otra ocasión, caminando en diligencia por aquellos andurriales del rancho de Australia, se nos atascó el vehículo en un lodazal y los mozos y el sota, no podían desatascarla hasta que Madero se descalzó y los ayudó a empujarla vigorosamente. Además, Madero era también un gran nadador; en 1897, cuando estudiaba en Francia, fue a pasar unas vacaciones en Royan, en la desembocadura del Gironda, en compañía de su tío Manuel que era casi de su edad. Nadaron de ida y vuelta a una isla de más de tres millas de distancia de la playa, o sea más de 10 kilómetros. Alguna vez, y en asunto profesional, lo acompañé a la hacienda de San Enrique, que era de su propiedad, situada a la orilla del río Bravo; yendo a caballo tuvimos que atravesar el río que iba crecido, él nadó a brazo partido, el cochero y su sota agarrados de las colas de las mulas, y yo para no soltarme, así la cola de mi mula. El cochero Higinio Hernández se soltó de la cola del animal, lo que pudo advertir Madero, que ya estaba en el otro lado. Con la rapidez del rayo, característico de su temperamento, se lanzó al agua hasta alcanzarlo

y sacarlo a la orilla, sano y salvo. Sé de una vez que en pleno invierno, atravesó tres veces el río, hazaña que heredó de su abuelo, don Evaristo, que por siete veces hizo lo mismo, estando el río congelado y con la circunstancia de llevar bultos.

Madero era sobrio y frugal en la comida; como era vegetariano, los únicos alimentos animales que comía eran huevo y leche; gustaba mucho de las frutas frescas y secas, particularmente las regionales, como pasas de higo, de membrillo y durazno, nueces y cacahuates que ordinariamente llevaba en un morral en sus correrías por el campo.

Era limpio como una gota de agua; en los días calurosos se bañaba dos veces al día y se cambiaba ropa diariamente; su atuendo era sencillísimo; comúnmente usaba, cuando vivía en San Pedro de las Colonias, trajes blancos o bien pantalones ajustados y camisolas, sombreros de charro sin ningún adorno, o casco saracof al que era muy afecto para contrarrestar el vigoroso calor de la región lagunera. Aunque era sano, padecía frecuentemente jaquecas que lo obligaban a recluirse en un cuarto oscuro hasta que le desaparecía el dolor.

Espiritualmente Madero era de una perfección extraordinaria, su conducta privada era de una pureza inmaculada, limpio de espíritu, sin mancha, ni pecado. Casi en plena juventud, años antes de casarse, sin el menor esfuerzo, como la cosa más natural del mundo, se abstuvo del cigarro, los licores y las mujeres; y esto era conocido por toda la gente de su pueblo.

Nunca supo lo que era orgullo, ni odio, ni pasiones. Era de una modestia rayana en humildad. Sencillo, abierto, veraz, jamás mintió

y tenía el valor de decir siempre la verdad, sin medir siquiera las consecuencias; tolerante en sumo grado de las opiniones ajenas, pero no se abstenía de discutir las y discutía hasta acaloradamente con su hermano Emilio, católico exaltado y proselitista empeñado en que Madero fuera católico practicante, que nunca lo fue, pero sí admitía de buen grado que su familia lo fuera.

Ferviente defensor de la libertad religiosa, pensaba que las leyes de Reforma, fruto de la exaltación anticatólica de aquella lucha, habían impuesto cortapisas que debían de desaparecer.

Madero era un hombre de buen humor, afable y bondadoso con todas las personas, ponía énfasis en su trato con los humildes; jovial, con la sonrisa a flor de labio, todo esto fruto de una conciencia limpia, tranquila, en paz con Dios y con los hombres.

La cualidad preponderante de Madero, que hasta sus más enervados enemigos y detractores han tenido que reconocer fue su bondad; la firmeza rayana en tenacidad de no apartarse del camino del bien, llegando en muchas ocasiones hasta el heroísmo. A Madero, de suyo valiente, nada le arredraba para mantenerse en esa línea de conducta; sin alardes, sin ostentación, sin que blasonara de ello, con la más sencilla naturalidad y espontaneidad, porque la virtud en él era temperamental. La práctica del bien en Madero era una función biológica. Esa bondad originó que sus detractores y enemigos políticos, principalmente los porfiristas reaccionarios, lo tildaran de ingenuo, inocente y tonto. Para los que sólo buscan en la vida la satisfacción de los placeres mundanos, las comodidades de la vida regalada, e ignoran la dulzura de los dones del espíritu, para los malvados y los pícaros la bondad es atributo de los tontos.

Vasconcelos en *El desastre*, dice:

Valentía hace falta para decidirse a ser bueno, que es como decidirse a ser uno mismo en lo que tiene más profundo en el ser. Grande es el valor que prescinde de todas las máscaras, pues es una máscara nuestra arrogancia y es una máscara el ímpetu agresivo, máscara que oculta el miedo: y si fuésemos así desnudándonos de todos los artificios de la lucha biológica, en la esencia del alma que es sencilla, sólo hallaríamos una firme voluntad del bien y una fuerza como la del agua que es mansa y sin embargo taladra rocas y sobrevive a los cambios.

Ciertamente, Madero carecía de malicia, de sagacidad, de suspicacia, facultades, cualidades o atributos, llámeseles como quiera, esenciales en política, en nuestra política a la mexicana, pero la carencia en Madero de esas facultades es perfectamente explicable porque son facultades, cualidades o capacidades, diametralmente opuestas a “la bondad”. Decía atinadamente Calero: “Madero tenía los defectos propios de sus virtudes”.

Repugnaba la mentira, la hipocresía, la violencia y la injusticia. No le importaba el halago. Cuando escaló el poder y abundaron los aduladores, él se mantenía imperturbable. No ambicionó el poder ni hizo el menor esfuerzo por llegar a la Presidencia de la República como meta de ambiciones personales; la admitió y desempeñó cumpliendo un deber patriótico, sólo por realizar los nobles ideales que lo llevaran a la lucha. Es una verdad que para él, la suprema magistratura no fue sino fuente de desazones, penalidades, sufrimientos y amarguras; obró siempre inspirado por el más sano y limpio patriotismo aferrado tenazmente al amplio y debido cumplimiento de los principios que proclamó, sobre todo el de la libertad individual y de expresión irrestricta, que en la prensa se convirtió en el más sucio libertinaje para execrarlo,

calumniarlo, vejarlo, insultarlo y ridiculizarlo, soportando injustamente todas las majaderías de que fue víctima.

Y no se diga del respeto a la vida humana, pues llegó hasta exponer la suya propia a manos de sus exaltados partidarios para salvar la vida ajena. El único Presidente, el único en toda la historia de la vida nacional, desde Iturbide hasta nuestros días, que no mató a sus enemigos levantados en armas. El único que respetó la libertad electoral dejando llegar con beneplácito a sus más encarnizados enemigos, a los gobiernos de los estados y al Congreso de la Unión. Ya en su lugar entraremos en los detalles.

Y si Madero no tuvo ambiciones de poder, ni de mando, ni siquiera de gloria, es una mezquindad decir que no supo qué era la ambición de dinero ni de satisfacciones mundanas.

Madero era un idealista, un espíritu soñador enamorado de su patria, enamorado del mejoramiento de los humildes, enamorado de la perfección humana.

Recibió una educación muy amplia; estudió la instrucción primaria en Parras, en escuelas rudimentarias; las primeras letras las aprendió con doña Albinita Maynes y más tarde con don Manuel y doña Chonita Cervantes. A los 10 años ingresó en el internado del Colegio de San Juan Nepomuceno, en Saltillo, manejado por padres jesuitas; a los doce fue a estudiar al Saint Mary's College, en el pueblito de St. Mary, inmediato a Baltimore, estado de Maryland, Estados Unidos, en donde estuvo en compañía de su hermano Gustavo y los medios hermanos de su papá, casi de su edad: Ernesto, Manuel y José; el año de 1887 fue mandado a Francia e ingresó al Liceo Hoche, situado en Versalles, y más tarde a la

escuela de altos estudios comerciales, en la Plaza Malesherbes de París, en donde estuvo hasta el año de 1892 o sean más de cinco años en escuelas francesas. Finalmente sus últimos estudios los hizo, como toda su carrera, en compañía de su hermano Gustavo en la Universidad de California en Berkeley, en donde conoció a Sarita Pérez que había de ser su esposa y quien estudiaba en aquella ciudad junto con las hermanas de Madero, Mercedes y Magdalena, en el colegio de “Notre Dame”. Como consecuencia de sus estudios, Madero hablaba francés e inglés. Terminando sus estudios el mes de octubre de 1893, se radicó en San Pedro de las Colonias quedando a su cargo las fincas algodoneras de su padre denominadas Porvenir, Buenavista, Tebas y Palmira, que tenían 30 lotes de 100 hectáreas, o sean 3 000 hectáreas, las cuales administró hasta el año de 1909 en que decidió apartarse de los negocios para entrar de lleno a las actividades políticas.

En la vida de campo se levantaba antes del amanecer, para llegar a las labores a la salida del sol, a tiempo de empezar el trabajo del día; en aquel entonces, se trabajaba en el campo de sol a sol, con un descanso al mediodía para comer. Madero soportaba al rayo del sol, el calor sofocante de La Laguna; durante su vida de soltero se llevaba en la mañana su comida en un morral colgado a la cabeza de la silla de montar, y gustaba de comer con sus peones que le calentaban sus gordas en las brasas. Así fue como Madero compartió su vida entera de trabajo en comunión diaria, íntima con sus peones, conociendo sus necesidades y miserias que siempre remedió en cuanto pudo entre otras, ministrándoles medicinas, y quizá por esto se aficionó a la homeopatía, pues así él mismo podía curar las enfermedades de sus trabajadores y familiares, de tal modo que cuando creía no poder ayudarlos, los mandaba al doctor por su cuenta.

Madero era sumamente caritativo; en San Pedro todos los menesterosos sabían que en él encontrarían alivio. El guerrillero antimaderista, miembro de la acaudalada familia chihuahuense Luján, Che Campos, decía sobreponiéndose a su antagonismo: “No hay mejor amigo, ni hombre más bueno, ni más virtuoso, que Pancho Madero, en toda La Laguna”.

Y el coronel don Carlos Herrera, de la época de “La Chinaca”, porfirista y corralista au-trance, decía de Madero, criticándolo por haberse metido en política: “Pobre Pancho; todo lo tiene para ser feliz: sano, modesto, rico, sin vicios, es el hombre más dichoso de todo San Pedro. Y vive como un pobre y da dinero a todos los pobres”. Madero inició entre las clases ricas de la comarca, la idea de fundar un comedor público para el sostenimiento de innumerables personas, aparte de la comida que en su casa daba diariamente a los pobres. Contribuía con la cuota más alta al sostenimiento del hospital del lugar, con la cooperación de ricos de la región, pero él a la cabeza; estableció un colegio comercial en el que sólo los hijos de los ricos pagaban cuota; de allí salieron Elías de los Ríos, que fue su taquígrafo, y Chole González, que fue secretaria particular del general Calles cuando fue Presidente de la República y se casó con el distinguido cirujano también de San Pedro, doctor Abraham Ayala González; Chole vino a México al triunfo de Madero y vivió con él y Sarita en el Castillo de Chapultepec. Pero Madero no solamente hacía la caridad dando dinero y cooperando al sostenimiento de institutos de servicios sociales; sentíase obligado a servir al necesitado dando su esfuerzo total y fue así como recogió y trató como hijos a seis muchachitos huérfanos hijos de sus peones de a tres reales; eran dos grupos de tres hermanitos uno, y de dos el otro: Aniceto, Margarita y Manuel Espinosa, y Josefina y Catalina Lira; los dos muchachitos cuando

estuvieron en edad, se incorporaron a las fuerzas del general Villa y los dos dieron su vida a la causa que había acaudillado su protector; estos niños, en la casa de Madero, no solamente recibieron casa, vestido y sustento, sino cariño, atenciones personales de él y Sarita, estando a la cabeza de su cama cuando enfermaban y comían en su mesa, recibiendo tratamiento de hijos.

Otra extraordinaria cualidad de Madero, reconocida por partidarios y enemigos, era el valor de que dio prueba en varias ocasiones que se relatarán oportunamente en el curso de esta historia. De esta prenda como de todas sus cualidades y virtudes, jamás hizo gala u ostentación. Estaba muy lejos de su temperamento hacer alarde de su hombría; era valiente cuando la necesidad de serlo se imponía; con sencillez y naturalidad, características de su manera de ser, y hay que repetirlo una y otra vez: a Madero no le importaba la vida, como no le importaban los bienes terrenales, ni las dulzuras y los placeres humanos; era un espíritu superior que aspiraba a cumplir su deber y su misión. Nada más.

Madero, en materia de honradez, era un immaculado: a pesar de pertenecer a una familia que se ha distinguido por haber sabido enriquecerse, Madero no tuvo ambiciones de dinero, él nunca se preocupó por la riqueza y los bienes terrenales, y tanto tuvo capacidad para enriquecerse, que en los 16 años que administró las fincas algodoneras de su padre, hizo una fortuna de alrededor de \$600,000.00 que en aquellos años equivalía a 300,000 dólares, cantidad que íntegra gastó en su campaña política; y debo agregar, por ser la verdad, que también su padre don Francisco y su hermano Gustavo, vaciaron sus arcas en pro de la causa que acaudilló Madero y acabaron con sus riquezas, quedando sin cosa alguna. Cuando Madero llegó el 1º. de noviembre de 1911 al Palacio

Nacional ungido por el voto de sus conciudadanos, no tenía un solo centavo y cuando Madero murió en holocausto a su santa causa el 13 de febrero de 1913, tampoco tenía un solo centavo. El capital de su padre estaba cercenado y Gustavo, que llegó a tener más de un millón de pesos, estaba en estado de quiebra. A su muerte únicamente dejó a su viuda una póliza de seguro de vida por la modesta suma de cien mil pesos, que la Compañía de Seguros pagó cuando ella con la familia vivían en los Estados Unidos en el destierro, que duró hasta el año de 1920, en que cayó Carranza, porque no los dejaba volver en castigo de que Emilio y Raúl se quedaron del lado del general Villa. En esos siete años de destierro y para que toda la familia pudiera subsistir, Sarita le prestó a don Francisco el importe de la póliza, y quiero contar que en tiempo de Calles y por gestiones de su secretaria Cholita González que había sido educada en San Pedro de las Colonias por Madero, Calles mandó pagar a Sarita esa suma, a cuenta de los perjuicios que la Revolución causó a don Francisco Madero. Sarita, con ese dinero, compró su casita de la esquina de Córdoba, que a su muerte dejó a sus cuñados Alfonso, Emilio y Raúl. Cuando Madero cayó, Huerta no permitió que Sarita recogiera del Castillo de Chapultepec ni su ropa y se apoderó de un caballo árabe tordillo tostoneado que Madero casi acababa de comprar, caballo en el que aparece retratado en la Avenida Juárez cuando en la mañana del 9 de febrero de 1913 y escoltado por los cadetes del Colegio Militar, hizo su recorrido de Chapultepec al Palacio Nacional.

Quiero presentar a la faz del mundo, porque es lo debido, para justificar la immaculada honradez de Madero y su familia, un cuadro completo de su posición económica y de las vicisitudes que sufrió hasta su completa ruina, como sabiamente lo vaticinó

el abuelo, cosa que me es dable, porque creo haberlo ya dicho, fui abogado de los negocios de los señores Madero desde que me recibí el 3 de febrero de 1902. El año de 1909 tenía el patriarca don Evaristo una fortuna de cerca de \$80'000,000.00 y no debía nada; era enemigo de contraer deudas a pesar de las grandes facilidades bancarias de que disponía. Era dueño de las haciendas del Rosario y San Lorenzo en los alrededores de Parras. Fundador de las bodegas de vinos de la Sociedad “Ernesto Madero y Hermanos”, sus hijos, antecesores de la ahora poderosísima Casa Madero. Dueño de las haciendas ganaderas de San José y Sabanilla en el distrito de Parras; de la hacienda ganadera de “Cerro Azul”, en el distrito de Río Grande, y en esas estancias tenía miles de reses y ganado mular. Fundador y dueño absoluto de las minas de carbón de la Rosita, negocio que giraba bajo el nombre de Compañía Carbonífera de Sabinas, S.A., y que por una mala racha que en los negocios sufrió don Ernesto, se vendió en mayo de 1920 a la American Smelting and Refining, Co.; fundador del primer banco que hubo en la frontera del país, el Banco de Nuevo León y el más fuerte accionista del mismo, al frente de cuya institución, puso como gerente a su cuñado don Antonio V. Hernández. Fundador y uno de los accionistas más fuertes de la Compañía Metalúrgica de Torreón, de la que hizo presidente a su hijo predilecto don Ernesto y gerente al ingeniero Felicitas Villarreal, que más tarde fue ministro de Hacienda del fugaz gobierno de la Convención, presidido por el inmaculado general Eulalio Gutiérrez. Y por último, la fábrica de hilados y tejidos “La Estrella”, en Parras. Estas propiedades valen ahora miles de millones de pesos. Los hijos de don Evaristo, quedando fuera don Francisco con su familia, aún conservan la Compañía Industrial de Parras y “Casa Madero”, cuyo principal producto lleva el nombre del viejo fundador “Evaristo 1º”, negocio de vinos que el año

pasado vendió \$120'000,000.00. Don Evaristo el grande, el formidable abuelo, también sufrió en sus intereses la acometida del odiado dictador, pues el gobierno se incautó el Banco de Nuevo León durante el periodo de la Revolución de 1910, poniendo de interventor a un sátrapa, don Javier Larrea, con la consigna de perseguir, como deudores que muchos de ellos eran, a los numerosos familiares de Madero.

Y ahora vamos a escribir cómo se realizó el augurio del viejo abuelo, causando las actividades políticas de Madero la completa ruina de su padre. Tenía don Francisco, en 1909, “en tiempos de don Porfirio” (¡oh, recuerdos románticos de la dictadura, de los vales y operetas... del Jockey Club... de la fastuosa y hñera aristocracia!...), una fortuna que valía de cinco a seis millones de pesos. En San Pedro de las Colonias los ranchos algodóneros del Porvenir, Buena-Vista, Tebas, Palmira, que sumaban tres mil hectáreas, o sean 300 lotes de a cien hectáreas cada lote; la hacienda de San Enrique, ganadera, en el margen del río Bravo, inmediata a Laredo; el rancho del Colorado, cerca de San Pedro, negocio de leña seca de mezquite. Los terrenos guayuleros de Australia que compró Panchito para explotación del ganado y que para entrar en la política vendió don Francisco. La explotación de este negocio se hizo organizando una sociedad anónima, que se llamó Compañía Ganadera de la Merced. Una fábrica de hule de guayule en Cuatro Ciénegas. Acciones en el Banco de Nuevo León y en la Compañía Industrial de Parras; accionista de la Compañía Minera de la Paz de Matehuala, San Luis Potosí, y casas propias en Parras, Monterrey y México. Ciertamente que don Francisco siempre tuvo un pasivo más o menos considerable, porque las siembras del algodón requieren mucho dinero, lo mismo que la explotación de guayule; pero a pesar de eso, su posición económica era brillante y como lo llevo dicho, su fortuna no valía menos de cinco a seis millones de pesos.

La primera acometida que el gobierno del general Díaz labró contra los intereses de don Francisco Madero con el ánimo de quebrantar los bríos del mismo, fue aprovechando un litigio que sobre una zona de cerca de 60 sitios de ganado mayor de ricos terrenos guayuleros en “Australia”, que se extiende desde la punta de la Sierra de la Punta, Cuchilla de García, al poniente, hasta Puerto Antonio en el oriente. Ésta es toda una historia que merece ser conocida y que paso a referir con todos sus detalles en el momento adecuado de esta obra, limitándome ahora a decir que como consecuencia de la primera infamia que perpetró el gobierno del general Díaz contra don Francisco Madero, éste dejó de percibir, desde el 20 de diciembre de 1909 y hasta que vino la Revolución, no menos de doscientos mil pesos mensuales que valía el guayule que de allí se extraía.

Seguimos narrando cómo se esfumó la riqueza de don Francisco Madero, durante la Revolución de 1910. El gobierno del general Díaz buscó a un acreedor de los Madero flexible a la consigna gubernamental: un francés que había hecho un contrato con Gustavo para la construcción de un ferrocarril llamado del Centro, en el que aparecía don Francisco como consejero y por consiguiente no era personalmente responsable de crédito alguno a cargo de esa compañía ni de los personales de Gustavo. Este francés promovió, en los juzgados de Monterrey, la declaración de quiebra de los señores don Francisco y don Gustavo, y así se incautaron durante la Revolución, de todos los bienes de dichos señores Madero. Publico toda la documentación judicial del caso, para que se vea la arbitrariedad tan grande que se cometió:

SEÑOR JUEZ PRIMERO DE LO CIVIL. Charles E. Carbonneau, por las Sociedades Anónimas “Ferrocarril Mexicano del Centro” y

“Compañía Constructora Nacional Mexicana”, como lo compruebo con los testimonios de poder que acompaño, y pido se me devuelvan previa toma de razón por necesitarlos para otros usos, ante usted como mejor proceda, expongo: Que como Apoderado de la primera de dichas Compañías, ocurri a ese Juzgado de su digno cargo, con fecha veintiocho del mes próximo pasado, solicitando con calidad de providencia precautoria, el *secuestro* de los bienes que tuvieran en el Estado y fuera de él los señores *Francisco Madero* padre, y *Gustavo A.* del mismo apellido, expresando que ese secuestro era para garantizar la suma de \$578, 131.17, quinientos setenta y ocho mil ciento treinta y un pesos, diecisiete centavos, *que tenía que demandar* (???) a dichos señores y más la suma de \$200.000.00 doscientos mil pesos, en que estimaba los daños y perjuicios.

Prevía la información de la Ley, ese juzgado de su digno cargo decretó el secuestro solicitando de los bienes y derechos que listé entonces.

Al ejecutarse esa providencia, desgraciadamente se ha tropezado con algunas dificultades para hacerla efectiva, puesto que ya resultan algunos de esos derechos que sólo son acciones al portador, dadas en garantía prendaria a personas indeterminadas o en pago de obligaciones verdaderas o simuladas; o ya que el importe de las hipotecas de los bienes raíces, es superior al que se creyó al tiempo de pedir y decretar dicha providencia.

Esto, por sí solo, es demasiado elocuente *para demostrar que económicamente andan muy mal los expresados señores Madero*, agregado a la circunstancia altamente significativa de haberse ausentado violentamente del país, sin dejar al frente de sus establecimientos persona o personas que puedan cubrir los créditos vencidos de su pasivo y los que en lo sucesivo se vencieren, presta *suficiente motivo legal para declararlos en estado de quiebra, que de seguro será fraudulenta*, toda vez que de esas dos negociaciones indicadas al principio, o sean las Compañías del “Ferrocarril Mexicano S.A.” y “Compañía Constructora Nacional Mexicana, S.A.”; en las que tuvieron ingerencia directa e indirectamente, no abrieron los libros para la contabilidad o contabilidades respectivas, y si los abrieron, los han hecho desaparecer o se los llevaron consigo al fugarse de esta Ciudad, donde las mismas Compañías tenían su domicilio legal para, de esta manera, ocultar por más o menos tiempo la conducta incorrecta y maliciosa de esos mismos señores, en espera probablemente de

algún acontecimiento incierto que les evitara el naufragio de sus negociaciones financieras, llevándolos a puerto seguro, debido a que ese acontecimiento incierto tomara la forma real que ellos soñaron.

En otros términos: La suma que yo reclamo de \$578.131.17 quinientos setenta y ocho mil ciento treinta y un pesos diecisiete centavos, y las otras muchas que seguramente han dejado estos señores Francisco y Gustavo A. Madero, quedarán completamente insolutas a causa de las maquinaciones de los propios señores Madero, quienes, ayudados eficazmente por algún miembro de su familia, están a toda prisa traspasando sus derechos a terceras personas, algunas de ellas, poderosas Compañías extranjeras, si, con toda eficacia y prontitud, no se toma una medida seria de las que el derecho establece, a cuyo fin me permito proponer al Juzgado y solicitar del mismo, que *se declare que dichos señores se hallan en estado de quiebra*, cuya declaración procede conforme a las fracciones II del artículo 951 y IV del 952 del Código de Comercio, en relación con el 1415 del mismo Código, puesto que en cierto modo han abandonado su activo, y de parte mía hay la solicitud formal a que se refiere la fracción II de esta última disposición legal.

Para acreditar mi calidad de acreedor, o de que las Compañías que represento son acreedoras de los señores Francisco y Gustavo A. Madero acompaño una *copia certificada en la que constan algunos de los créditos* activos de mi representación, protestando que no son todos y que precisaré su monto cuando sea llegado el caso de presentar tales créditos. Ahora lo hago sólo con los contenidos en la mencionada copia, por la necesidad legal que tengo de justificar de algún modo, mi derecho de pedir la quiebra a que vengo refiriéndome; y como la repetida copia certificada la necesito para otros fines, pido a ese Juzgado que se sirva mandarla compulsar en autos y devolvérmela.

En esta virtud, fundado en las razones expuestas, en las prevenciones legales citadas y además en los artículos 1416-1417-1419-1430-1431 del Código de Comercio y demás relativos, suplico al Juzgado se sirva dictar las providencias que esas disposiciones señalan para el aseguramiento de los bienes de los quebrados, y su administración provisional, así como mandar hacer las publicaciones legales, con la declaración expresa de que nadie podrá hacerles pagos ni entrega de efectos a los deudores comunes, so pena de doble pago y nulidad de

los que hagan, así como librar orden para la correspondencia que a dichos señores les pueda llegar a cualquiera de las administraciones de correos de las principales plazas donde tenían negocios, como son: Monterrey, Parras, Saltillo, San Luis Potosí, Zacatecas, Ciudad Juárez, Laredo (México), Tampico y México, no se entregue sino al Síndico del Concurso de dichos señores.

Para los efectos legales y especialmente para juzgar de la validez o nulidad de algunas enajenaciones, y la corrección o fraudulencia de las mismas, espero que en su oportunidad se fije la fecha de la quiebra. Estimo que por lo que respecta a las sumas debidas al Ferrocarril Mexicano del Centro S.A., *son solidariamente responsables los señores Francisco y Gustavo A. Madero*, en razón de que en el tiempo que dispusieron de los fondos de dicho ferrocarril, ambos *eran miembros del Consejo de Administración*, el primero como *Presidente*, y el segundo como *Vocal y Gerente*, y, por lo tanto, para cuando se llegue el caso, me reservo el derecho que por *esa mancomunidad* (???) me concede la ley, para ejercitarlo contra ambos o contra uno de ellos, como mejor me parezca.

Siendo llana mi solicitud,

A Usted C. Juez, suplico se digne proveer de conformidad, por lo que respecta a don Francisco Madero, en lo que recibiré justicia que protesto con lo necesario en derecho.

Monterrey, N.L., Marzo *veinte de mil novecientos once*.

Monterrey, *veintitrés de Marzo de mil Novecientos once*.

A sus antecedentes; y como se solicita, se trajo a la vista el juicio de quiebra del Sr. Gustavo A. Madero en el cual obra agregado un certificado expedido el día veintidós del actual por el Sr. Juez Primero de Letras del Ramo Penal de esta Ciudad; y apareciendo de dicho certificado que hace prueba plena por ser instrumento público, de acuerdo con los Arts. 427 Fracc. II y VI y 531 del Código de Procedimientos Civiles, 1051, 1237 y 1292 del Código de Comercio, justificadas las causales a que se refieren los Arts. 951 fracción II y 952 fracción IV de este último Ordenamiento, con fundamento en la fracción II del Artículo 145 del mismo Código y con apoyo además de los Arts. 1416, 1417, 1418 y en el 1475 Frac. VII y demás relativos del propio ordenamiento *se declara al Sr. Francisco Madero Padre, en estado de quiebra*; en consecuencia y de conformidad con el

Artículo 1429 del citado Código de Comercio procédase al aseguramiento de los bienes del deudor previa su especificación por el ocurrente, en esa Ciudad y en las de Parras y Saltillo, del Estado de Coahuila, de San Luis Potosí, en el Estado del mismo nombre; Ciudad Juárez, Chihuahua; Laredo y Tampico, del Estado de Tamaulipas; y México, Distrito Federal, expidiéndose al efecto, los exhortos respectivos con los insertos necesarios, a las Autoridades competentes, y nombrándose desde luego a los Sres. Licenciados Eulalio Sanmiguel y Antonio de la Paz Guerra como Síndico e Interventor provisionales respectivamente, a quienes se les dará conocimiento y con su simple aceptación y protesta se les tendrá por disternido el cargo. Prevéngase al fallido no haga pagos ni entrega de efectos y sí que al Síndico, entregue los bienes que constituyen su negociación, bajo el apercibimiento de segunda paga en el primer caso, y declarar en el segundo al deudor culpable de ocultación. Publíquese ese auto y el precedente por tres veces consecutivas en el Periódico Oficial del Estado; y por último hágase saber al Administrador de Correos de esa Ciudad y a los demás puntos indicados, que en lo sucesivo toda la correspondencia del Sr. Madero sea entregada al Síndico Provisional, nombrándose como Ministro ejecutor para el aseguramiento de los bienes en esa Capital, al C. Secretario de ese Juzgado. Notifíquese. Lo decretó y firmó el C. Juez Primero de Letras Interino del Ramo Civil. Doy fe. Así como de que se hace constar que las disposiciones del Código de Comercio citadas en el presente Auto son las relativas al correspondiente de la edición oficial. Doy fe. Bajo el apercibimiento de declararlo culpable de ocultación hágase saber la prohibición de hacer pagos o entregar efectos al deudor común bajo el apercibimiento de doble pago. No Vale E.S.– y sí que al Síndico entregue los bienes que constituyen en negociación bajo el apercibimiento de segunda paga en el primer caso, y de declararse en el segundo, al deudor culpable de ocultación. Vale. –Doy fe. – E.S.– En el 1475 fracc. VII. Vale.: Doy fe. Lic. José Juan Vallejo. – Lic. A. Canales Cadena.– Rúbricas.

Monterrey, junio cinco de mil novecientos once

Vistos los presentes Autos de la quiebra del Sr. Francisco Madero, para resolver el incidente promovido por este señor, representado por el Lic. Jesús L. González, sobre revocación del Auto que fue

declarado su estado de quiebra, pronunciado en veintitrés de Marzo último, por el señor Juez Primero de lo Civil de esta primera fracción judicial, a solicitud del Sr. Charles E. Carbonneau por la Sociedad Anónima “Ferrocarril Mexicano del Centro” y “Cía. Constructora Nacional Mexicana” incidente cuya sustanciación se ha entendido con el Síndico provisional de la misma quiebra, Lic. E. Sanmiguel y resultando: que el Sr. Charles E. Carbonneau, en veinte de Marzo próximo pasado, se presentó al Juzgado Primero de lo Civil de esta primera fracción judicial refiriendo en su escrito de esa fecha que como apoderado de la Compañía del Ferrocarril Mexicano del Centro, había ocurrido al Juzgado con fecha veintiocho del mes de Febrero último, solicitando en calidad de providencia precautoria el secuestro de los bienes que tuviera en el Estado y fuera de él los señores Francisco Madero padre y Gustavo A. del mismo apellido, expresando que ese secuestro era para garantizar la suma de \$578.131.17 quinientos setenta y ocho mil ciento treinta y un pesos, diez y siete centavos, y más la suma de \$200,000.00 doscientos mil pesos cero centavos, en que estimaba los daños y perjuicios que decretado el secuestro solicitado de los bienes y derechos por él litigados, al ejecutarse esa providencia, desgraciadamente se ha tropezado con algunas dificultades para hacerla efectiva, puesto que ya resultaban algunos de esos derechos, que sólo son acciones al portador, dadas en garantía prendaria a personas indeterminadas y en pago de obligaciones verdaderamente simuladas o ya que el importe de las hipotecas de los bienes raíces es superior al que se creyó al tiempo de pedir y decretar dicha providencia que este por sí solo era demasiado elocuente para demostrar que económicamente andaban muy mal los expresados señores Madero, agregando a la circunstancia altamente significativa de haberse ausentado violentamente del país, sin dejar al frente de sus establecimientos persona o personas que pudieran cubrir los créditos vencidos de su pasivo y los que en lo sucesivo vencieran, presta suficiente motivo legal para declararlo en estado de quiebra, que de seguro será fraudulenta, toda vez que esas negociaciones indicadas al principio, o sean las: Cía. del Ferrocarril Mexicano del Centro, S.A. y Cía. Constructora Nacional Mexicana, S.A., en las que tuvieron ingerencia directa e indirectamente no a los libros para la contabilidad o contabilidades respectivas y si los han hecho desaparecer o se los llevaron consigo al fugarse de esta Ciudad, donde las mismas

Compañías tenían su domicilio legal, para de esta manera ocultar por más o menos tiempo la conducta incorrecta y maliciosa de esos mismos señores en espera probablemente de algún acontecimiento incierto que les invitara al naufragio de sus negociaciones financieras llevándoselas a puerto seguro, debido a que ese acontecimiento tomara la forma real que ellos soñaron. En otros términos, la suma que reclamara el ocurrente de \$578.131.17 y las otras muchas que seguramente han dejado estos señores Francisco y Gustavo A. Madero, quedarán completamente insolutas a causa de las maquinaciones de los propios señores Madero quienes ayudados eficazmente por algún miembro de su familia, están a toda prisa traspasando sus derechos a terceras personas, algunas de ellas, poderosas Compañías extranjeras, si con toda eficacia y prontitud, no se toma una medida seria de las que el derecho establece, a cuyo fin proponía al Juzgado y solicitaba que se declarara que dichos señores se hallaban en estado de quiebra, cuya declaración procedía conforme a las fracciones 4 del Art. 951 y 952 del Código de Comercio, en relación con el 1415 del mismo Código, puesto que en cierto modo han abandonado su activo y de parte del ocurrente hay la solicitud formal a que se refiere la fracción II de esta última disposición legal. Para acreditar el Sr. Carbonneau su calidad de acreedor o de que las Compañías que representa eran acreedores de los señores Francisco y Gustavo A. Madero, acompañó una copia certificada en la que constan algunos de los créditos activos de su representación y pidió se tuvieran a la vista una copia expedida por el C. Juez Primero de lo Civil que obra en el juicio de quiebra de Don Gustavo A. Madero que pide en el mismo Juzgado concluyendo con pedir, fundándose en los arts. 1416, 1417, 1419, 1429, 1430 y 1431 del Código de Comercio, se servirá el Juzgado dictar las providencias que esas disposiciones señalan para el aseguramiento de los bienes de los quebrados y ser administración provisional con los demás trámites legales del caso.

Resultando: Que en vista de los documentos presentados y con fundamento en los Arts. 951 Fracc. II, 952 Frac. IV, 1415, 1417, 1418 y 1475 fracción VIII del Código de Comercio, el Sr. Juez Primero de lo Civil por Auto de fecha veintitrés de marzo último declaró en estado de quiebra al Sr. Francisco Madero padre, nombrando Síndico e Interventor provisionales respectivamente a los Licenciados E. Sanmiguel y Antonio de la Paz Guerra contra este Auto interpuso el

recurso de revocación el Lic. Jesús L. González como apoderado del señor Francisco Madero, en su notificación de fecha veintisiete del mismo mes.

Resultando: Que mandarle formar el incidente por cuerda separada, se exceptuó al personal del Juzgado pasándose los Autos al conocimiento del suscrito, donde mandaron radicar y corrido el traslado respectivo del incidente al Síndico Lic. E. Sanmiguel no lo evacuó por lo que a petición del ocurrente por no haber solicitado prueba se citó para sentencia, de cuya determinación quedaron legalmente notificados los interesados.

Considerando: Que estableciendo los arts. 1415 fracc. II y 1475 del Código de Comercio, la forma y requisitos que deben concurrir para que se declare a un comerciante en estado de quiebra el mismo Código determina en sus artículos relativos que el juicio de quiebra, puede iniciarse por solicitud de uno o varios acreedores, y que cuando se inicia de este modo, esto es, por gestión de acreedor o acreedores, hay lugar al concurso necesario; pero éste se podrá formar cuando concurren las circunstancias que menciona el artículo 952 del Ordenamiento citado. Ahora que examinando debidamente el texto de los artículos 1475 y 952, este último en que fundó su promoción el Sr. Carbonneau, se supone desde luego la idea de que no es constante para declarar a un deudor comerciante en estado de quiebra, el hecho aislado de que un acreedor así lo solicite, sino que se requiere que la cantidad que reclame proceda, o de sentencia basada en autoridad de cosa juzgada o de Auto formal de ejecución, en virtud de título que lo apoya; en otros términos es preciso que la ejecución arranque en su origen título que por su naturaleza preconstituya la prueba de la obligación en su esencia y en sus detalles, que sea positivamente un crédito que deba figurar en el pasivo de la contabilidad de mi comerciante; pero la certificación de hechos deducidos de la averiguación que se instruye al señor Madero por el C. Juez 1º de Letras de lo Penal, que *no se apoya en documentos algunos y mucho menos que amerite mi juicio ejecutivo, ciertamente no puede ser prueba de la existencia de obligaciones exigibles, líquidas y de plazo vencido, que amerite falta de solvencia del deudor*, que dé margen a la declaración de estado de quiebra por carecer de elementos con que cubrir sus compromisos.

Considerando: Que por otra parte el hecho de *que un comerciante*

ande fuera del lugar de su residencia, no es el caso a que ahí se dice que se refuta un estado de quiebra al comerciante que se oculta o ausenta sin dejar el establecimiento o negociación de su propiedad a cargo de una persona que pueda cubrir los créditos de su pasivo, pues no aparece de autos probados que el Sr. Madero se haya ocultado o ausentado rehusando el cumplimiento de obligaciones adquiridas con relación a la negociación o extrañas a ellas, sino que por el contrario resulta comprobado que dicho señor tiene representantes legítimos en esta Ciudad para todos sus negocios.

Por lo expuesto y con fundamento en las disposiciones legales citadas y en el Art. 1483 del repetido Código de Comercio, se resuelve:

PRIMERO: Que es de revocarse y se revoca la declaración de estado de quiebra del señor Francisco Madero, que se hizo por Auto de fecha veintitrés de Marzo último, a instancia del señor Charles E. Carbonneau, en consecuencia:

SEGUNDO: Se declaran insubsistentes las providencias acordadas en aquel Auto y

TERCERO: Por no estimarse que haya habido temeridad o mala fe no se hace condenación de costas. Notifíquese. Así lo resolvió y firmó el C. Juez 2º de Letras del Ramo Civil. Doy fe. E.S. – Vale indirectamente. En Título – No vale – inmediatamente – estando: Doy fe:

Lic. Daniel Morales (rúbrica)

C. JUEZ SEGUNDO DE LETRAS DE LO CIVIL

Eulalio Sanmiguel, como apoderado de la Compañía del Ferrocarril Mexicano del Centro, en los Autos del concurso del Sr. D. Francisco Madero, que penden ante el conocimiento de ese Juzgado de su merecido cargo, como mejor proceda, comparezco y expongo:

Que a instancias del apoderado principal de dicha Compañía, se declaró el estado de quiebra de dicho Señor Madero; *pero como posteriormente cambiaran las condiciones económicas de dicho señor y fuera evidente su solvencia*, celebré con el señor Gustavo A. Madero representante del señor su padre D. Francisco, un convenio por el cual se estipuló que yo me apartaría con el expresado carácter del mencionado juicio de quiebra a reserva de que en lo particular se arreglaría como fuera justo la cuenta que el referido Ferrocarril reclamaba.

Cumpliendo, pues, con ese convenio, me aparto de los repetidos Autos de quiebra; y como hasta ahora no hay ni ha habido otro parte o gestiones, pido que con conocimientos del Agente del Ministerio Público, se dé por terminado ese juicio y se mande archivar. El convenio a que me refiero fue denunciado en forma ante el Juez Primero de Letras de lo Civil de esta fracción, así se estipuló que presentaría yo este recurso ante el de su merecido cargo, como lo verifico, esperando que se provea de conformidad, por ser de justicia que protesto con lo necesario.

Monterrey, Noviembre diez y siete de mil novecientos once.

E. Sanmiguel (rúbrica)

Fue síndico de ambas quiebras, el licenciado Eulalio Sanmiguel, quien al triunfo de la Revolución se reveló temeroso de justas represalias imposibles en el temperamento benévolo de los señores Madero.

Los señores Madero, con su característica bondad, nada reclamaron, y el francés huyó a su patria.

Será preciso, ¡oh, Dios mío!, ser malo, vengativo, perverso, ladrón, asesino, para salvarse siquiera del estigma de tonto.

Pero sigamos adelante; *Huerta se apoderó en septiembre de 1913 de la cosecha de algodón de ese año ya despepitado y embalado, cosecha que valía tres millones de pesos. Y Carranza, a título de que Emilio y Raúl se habían quedado al lado de Villa, castigó al padre y se apoderó en septiembre de 1915 de la cosecha de aquel año en iguales condiciones y valiendo otro tanto. Y todavía algo más: Confiscó don Venustiano la finca de Australia para regalarle sus productos: guayule, ixtle, candelilla, al general Toribio de los*

Santos, que había sido mayordomo de aquella finca en tiempo de Madero.

Y así fue cómo la sucesión, pues don Francisco ya había muerto, se vio en el caso de no poder pagar las deudas y entramos Alfonso y yo en arreglos con los acreedores, para pagarles con los bienes, y a ese efecto se organizó un Comité que se denominó “Comisión administradora y realizadora de los bienes de la intestamentaría de don Francisco Madero”, que fue presidida por el licenciado Ismael Palomino en representación del Banco Central Mexicano. Se vendieron todas las haciendas; al Banco de Nuevo León se le pagó con “Australia” y lo único que logramos salvar, fue la Casa Morada de la hacienda del Rosario y la preciosa huerta de la granja que se fraccionó entre los herederos. El sabio vaticinio de don Evaristo también abarcó la completa ruina de su hermano Gustavo “la cabeza de turco”, que recibió todos los trancazos del furioso enemigo reaccionario que se engolosinó con la sangre de los dos hermanos. Gustavo tenía, al empezar la Revolución, una fortuna saneada, ganada con el sudor de su frente de no menos de dos millones de pesos, de aquellos pesos, que valían medio dólar; y a su muerte no dejó ni con qué pagar las deudas que tenía con los bancos. Su riquísimo suegro, el licenciado don Viviano L. Villarreal le aconsejó a su hija Carolina, la esposa del mártir, que se presentara en quiebra, y Carolina, a pesar de ser sumamente respetuosa de su padre, se rehusó a hacerlo; con sus propios bienes afrontó la situación pagando hasta cuentas prescritas. No he querido afirmararlo y que se me crea bajo mi palabra; traigo aquí una prueba valiosísima de una personalidad de honradez y consagrada y de la más elevada categoría social y profesional, el distinguido doctor en derecho, don Roberto Esteva Ruiz, director por muchos años de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y

académico de número, quien tuvo la gentileza de contestar la carta que le escribí sobre su intervención profesional para hacer efectiva una deuda con el Banco Central Mexicano que transcribo.

Noviembre 22 de 1960. –Sr. Lic. don Adrián Aguirre Benavides. – Tlacoquemécatl No. 76 Bis. México, D. F. –Muy estimado compañero y amigo: Como diversas circunstancias hicieron que me llegara con demora sus apreciable carta de 31 de octubre último, no se la contesto sino hasta ahora.

Me pide usted que le diga lo que yo recuerde en relación con el juicio ejecutivo mercantil que el Banco Central Mexicano promovió contra la sucesión de don Gustavo Madero ante el Juzgado 4º de lo Civil, y que terminó por una transacción que usted y yo firmamos.

En mi bufete no hay antecedentes porque la documentación relativa se entregó al banco por su liquidación definitiva, y me parece que los archivos quedaron en su poder del Sr. Lic. Ismael Palomino, y después pasaron al Sr. Lic. Antonio Montañó.

Me indica usted que desea los datos que yo pueda proporcionarle *para fines históricos, y en defensa de la maltrecha honorabilidad de Don Gustavo, a quien la reacción infamemente calumnió de ladrón.*

1.- Me tocó presenciar el triunfo de Don Francisco I. Madero, y aún me correspondió ser Presidente Instalador del Primer Colegio Electoral (porque entonces la elección era indirecta), en el Edificio de la Academia de Bellas Artes.

También conocí las dificultades entre el señor Madero y el *Doctor Francisco Vázquez Gómez*, con motivo de Don José María Pino Suárez. Hubo la coincidencia de que muchos de los que coadyuvaron en la Revolución desempeñando funciones públicas de alta categoría en el nuevo Gobierno, eran amigos míos desde la infancia, como el Ingeniero *Eduardo Hay*, o condiscípulos como los Licenciados *Luis Cabrera*, *Federico González Garza*, *Rafael Hernández Madero*, *Jesús Flores Magón* y otros, quienes me encomendaron algunas comisiones, entre ellas, la que empezó a estudiar el restablecimiento del Municipio.

2.- La relación indirecta que tuve así con el Gobierno, a la vez que mi alejamiento de la política, lo cual me ponía en contacto con la clientela de mi bufete particular, que eran gentes del comercio y hombres de negocios, mexicanos y extranjeros, me permitió conocer, tanto las

calumnias que se propalaban contra Don Gustavo Madero, a quien atribuían operaciones que, de ser ciertas, le habrían producido varios millones de pesos, así como las explicaciones que ponían de manifiesto la falsedad de los rumores y los hechos que probablemente se aprovecharon desfigurados para dar materia a las difamaciones.

Desde entonces estaba yo convencido de que Don Gustavo Madero era víctima, no solamente de la reacción como usted dice, sino de maniobras de enemigos políticos de Don Francisco I. Madero, que buscan todos los medios posibles para desprestigiarlo.

De paso diré a usted que Don Francisco era un idealista de la mejor fe del mundo, y de carácter bondadoso que lo condujo a la debilidad administrativa, cosa que aprovecharon gentes que aparentaban ser amigos suyos.

Acaso usted sepa que nada menos que Luis Cabrera fue a hacer una visita a don Francisco I. Madero, para llamarle la atención acerca del error en que se le tenía sobre la realidad pública; pero no quería restringir libertades, y esto lo perdió.

3.- Nada quiero comentar sobre la Decena Trágica ni sobre el horror de la forma en que se relata que asesinaron dentro de la Ciudadela a Don Gustavo Madero, y que indignó a la opinión pública aún entre los que no simpatizaban con el régimen; pero lo aludo porque la viuda de Don Gustavo; o sea doña Carolina Villarreal de Madero con sus dos hijos quedaron en la pobreza, y se trasladaron al Norte para vivir con el afamado general Villarreal, millonario de abolengo, padre de doña Carolina.

En aquel entonces, no supe que se pudieran identificar bienes de Don Gustavo, ya fuesen raíces, o ya depósitos en los bancos.

4.- Por los años de 1926 a 1927, como apoderado del Banco Central Mexicano, intervine en el juicio que usted menciona, y por más investigaciones que los Gerentes y después los Liquidadores del Banco hicieron, fue imposible encontrar bienes de Don Gustavo para embargarlos.

5.- Se trataba de UN PAGARE (cuya cuantía no recuerdo), sobre el cual estaba haciendo abonos Don Gustavo, y cuyo pago no pudo demandar el Banco, primeramente por falta de localización de bienes, y después por la incautación que llevó a cabo el Gobierno.

Una vez levantada la traba de referencia y que el Banco se la entregó

al señor André Guie, como Gerente que era, se acordó proseguir el juicio que me fue encomendado.

Como supe que doña Carolina Villarreal Vda. de Madero había heredado a su señor padre, le dirigí una carta para preguntarle si estaba dispuesta a un arreglo sobre el Pagaré; y entonces, ella vino a México en unión de sus dos hijos. Bajo el patrocinio de usted, pactó la transacción que unos días después firmamos, usted como apoderado de la Sucesión de don Gustavo y yo como apoderado del Banco.

Doña Carolina, según dicho antes, había heredado al señor Villarreal; así es que ella pagó con peculio propio, la cantidad estipulada en la transacción sobre el Pagaré de Don Gustavo, no obstante que, además, estaba prescrito por el tiempo transcurrido, no tan sólo desde que Don Gustavo murió, sino después de iniciado el juicio ejecutivo.

6.- Espero que estos datos, sin fechas ni cantidades precisas, en razón de que los expongo de memoria por no poder tener documentos a la vista, le sean útiles a usted en su labor histórica justiciera.

Quedo de usted como siempre, Afmo. Amigo, Atto. Compañero y S.S.- *Roberto A. Esteva Ruiz.*

Queda así, para la historia, la prueba plena de la immaculada honradez de don Gustavo, canallescamente vilipendiado de “ladrón” por aquella gentuza.

No debo dejar de publicar esta valiosísima carta de don Francisco Madero escrita a sus hijos el último año de su vida con ocasión de las felicitaciones de Navidad y Año Nuevo, cuyo documento más que ninguno demuestra la conformidad con que toda su familia cooperó en la Revolución y agotar su bien ganada riqueza con motivo de ella.

Nueva York, Enero 25 de 1916.

Muy queridos hijos e hijas:

Dispénsenme que a todos les escriba en conjunto; pero a todos tengo que decirles lo mismo, fuera de algunos asuntos particulares de que le

hablaré a cada quien separadamente.

Todos y cada uno me han mandado sus cartas para Noche Buena y Año Nuevo, que les agradezco en el alma, y a mi vez he hecho votos porque Dios los cuide y bendiga en el presente año. También todos se han conolido por la intervención que han hecho con mis propiedades y me han ofrecido cada quien su ayuda en la medida de sus facultades. Esto se los agradezco en alto grado, particularmente a Sarita y a Carola, que no obstante estar ellas tan afligidas con los recuerdos de sus queridos desaparecidos, me ofrecieron inmediatamente hacer uso de la influencia que pudieran tener para que cesara esa injustificada persecución; persecución que no recibí ni de don Porfirio y Huerta, y que más me ha afectado por venir de personas a quienes consideraba como amigos, que seguían los ideales de mis inolvidables hijos; los que desde el cielo reprobarán estos procedimientos tan contrarios a los principios que ellos profesaban.

Sólo diré a Uds. que después de los sufrimientos tan horribles que hemos pasado, esa injusta persecución me ha encontrado casi inservible, pues casi está atrofiado mi corazón, con tantas penas. A la vez he recibido un gran alivio al ver el interés que todos y cada uno de Uds. ha tomado en consolarme y ayudarme en la medida de sus facultades, a salir de la terrible crisis que nos amenaza de vernos sin recursos en un país extranjero. Pero para que se tranquilicen debo decirles: PRIMERO: que desde que mi hijo Francisco inició su revolución contra don Porfirio, hice el sacrificio de todos mis bienes, en lo que tuve la satisfacción de ver la cooperación unánime de todos Uds. que no se arredraron con la miseria y antes con entusiasmo ofrecieron trabajar personalmente (hasta las mujeres) para sostenernos en el extranjero. Esto, como saben, fue una de las grandes satisfacciones que tuve entonces en medio de las tribulaciones porque pasamos, y me sirvió para sobrellevar éstas con paciencia. SEGUNDO: que donde todo falta, Dios asiste, pues tanto en aquella época como en la presente, me han llegado, por decirlo así de lo ALTO, recursos con que no contaba y que nos han permitido vivir por acá, aunque algunas veces nos vimos reducidos a la mayor extremidad. TERCERO: gracias a esta alta ayuda, puedo decir que cuento con lo necesario para pasar una larga temporada por acá. Pero si se me agotaran éstos, tengo el propósito de mandar a mi familia a Monterrey, para que vivan como puedan y yo quedarme con mis hijos excluidos también de su patria a

vivir por acá como Dios nos dé a entender, pues no creo que en este país se nos niegue el trabajo que solicitamos. Por lo demás, por acá se nos han presentado negocios de alguna perspectiva, que vienen a justificar el epígrafe con que empieza el segundo párrafo. CUARTO: Para su tranquilidad les diré que he encontrado un gran consuelo en mis ratos amargos al ver el noble comportamiento de todos Uds., pues la abnegación de Sarita y Carolina me emocionó mucho y me ha causado gran satisfacción ver que Alfonso ha estado trabajando con excelente criterio algunos negocios delicados y ha desarrollado su estilo epistolar a un grado que me encanta. Emilio, Gabriel y Tito, nos tienen contentísimos con sus frecuentes cartas y porque se dedican también a hacer su lucha por su lado; Julio hizo toda la campaña contra Huerta en el Estado Mayor de Obregón, al lado de las eminentísimas figuras de Pancho Serrano, Manuel Pérez Treviño, Luis L. León, Marte Gómez y Aarón Sáenz; ha estado haciendo muy eficaces agencias dentro del país, que tal vez logren que se repare la injusticia que se ha cometido conmigo y sus hermanos: Carlos también me ha dejado muy complacido, por ver el favorable cambio que se ha operado en él convirtiéndose de gastador y despilfarrado en económico y arreglado; Magdalena y Papela me han traído mucho alivio con sus frecuentes y cariñosas cartitas. Por todos estos beneficios doy gracias a la Providencia, a la que pido resignación para todos Uds. y para los otros hijos que están por acá, para sobrellevar las pruebas a que ha querido sujetarnos.

Todas las anteriores consideraciones han traído a su mamá y a mí, no sólo consuelo, sino satisfacción, al ver que la desgracia ha venido a estrechar aún más los vínculos que han unido a todos Uds., y a hacer patente el desprendimiento y generosidad recíprocos que he visto en varios de Uds. Si las dificultades porque hemos pasado han contribuido a esto, benditas sean ellas.

No crean que porque he dejado de escribirles, me he olvidado de Uds., pues al contrario, casi todas las noches al acostarme y las mañanas al levantarme he pensado en Uds. y en el propósito que me hacía de escribirles contestando sus cariñosas cartitas. Pero las preocupaciones diarias, agregadas a ligeros quebrantamientos de salud, me han impedido emprender una tarea que no sabía por quién comenzar, hasta que me he resuelto escribirles a todos a la vez, como lo hago por la presente, para resolver el problema.

Su mamá se une a mí en un todo a las ideas que les ha manifestado, así como para mandarles nuestras bendiciones, haciéndolas extensivas a los hijos de aquellos que los tengan.

¡Quedó así consumado el sabio vaticinio del abuelo! Se acabó en la Revolución la cuantiosa fortuna de don Francisco Madero, el padre del *Apóstol*. Es así incommovible mi afirmación sobre la honradez de Madero.

Y tan admirable como es su honradez, es su desprendimiento. En un año que duró la campaña política acabó con sus ahorros de dieciséis años de trabajo al rayo del sol, del alba al ocaso, y en cinco años que duró la lucha armada, se convirtió en ceniza la fortuna de seis millones del padre. Dinero sobradamente bien empleado porque Madero conquistó la redención del peón esclavizado, la libertad del pueblo de México y su derecho por medio del voto público de regir sus destinos. París bien vale una misa. Y yo pregunto, ¿será la honradez atributo de los tontos?

Madero, como todo el mundo lo sabe, era *espiritista*, lo que le valió más que críticas y censuras que contribuyeron a ridiculizarlo, llegando hasta lo que los mexicanos llamamos “choteo”. La reacción aprovechó cuantos elementos podía para desprestigiarlo. En su oportunidad, estudiaremos en toda su amplitud esa negra, sucia, verdaderamente asquerosa “reacción” con todas las fatales consecuencias que tuvo para Madero y para la patria. Nosotros tenemos el deber puesto que nos hemos metido a historiadores, de presentar a la consideración pública esta fase del hombre. Madero, desde que estudió en Francia y siguiendo las inclinaciones paternas, se aficionó a esta disciplina espiritual y con el ahínco que puso en todas sus inclinaciones, estudió a León Denis y Allan Kardek y las publicaciones periódicas francesas e inglesas. Leyendo sus

notas sobre la materia, fácilmente se descubre que fueron dos motivos los que lo impulsaron a esta actividad. El uno la atracción que ejerció en su espíritu el misterio insondable de la “siquis”, de la mente; le cautivaba todo lo que tendiera a descubrir el “más allá” y las relaciones que hubiera entre “vivos y muertos” y el otro móvil, el humano, que tanto le preocupaba y a cuya finalidad tendían todos sus anhelos: “el perfeccionamiento del hombre”. El espiritismo tiene como base la tesis de la reencarnación de las almas. Sostiene que el alma que muere anida en un nuevo cuerpo; las almas así, a través de lo infinito, van pasando siempre de un vaso a otro, de un cuerpo que muere a un cuerpo que nace, carrera que no tiene otro objeto que ir buscando la perfección humana, hasta llegar a la santidad. Esta tesis, cierta o falsa, tontería o ciencia, llenaba el espíritu de Madero porque para él el fin, el objeto de la humanidad, es encontrar la perfección del hombre. Y esta tendencia esta inclinación, este afán inextinguible de “perfección”, de “bien”, no es, no debe ser vituperable. Si no merece admiración porque malévolamente quiera encontrarse en esta actividad espiritual “magia” y “brujería”, debe respeto porque es en sí sana, pura y bien intencionada, dígase lo que se diga.

Para alguna gente, espiritismo significa hechicería, fantasmas, duendes, brujería, magia, espíritus chocarreros. ¿Simples? ¿ignorantes?, ¿tontos? Tontos de verdad.

Lo real, lo verdadero, es que hombres de ciencia de primera categoría, sabios consagrados por la humanidad, se han dedicado al estudio de los asombrosos fenómenos del espíritu, que existen instituciones y publicaciones científicas sobre la materia, y una amplísima bibliografía.

Esta actividad científica comprende el estudio serio de los fenómenos de la telepatía, clarividencia, lucidez, alucinaciones, premoniciones, apariciones, escritura automática, xenoglosía o sea el estudio de la facultad de que una persona se comunique con otra en un idioma que no conoce, estados de trance, éxtasis, abstracción, sicometría, cryptestesía, etcétera.

Los hombres más prominentes que se han dedicado al estudio y a las prácticas o experimentos espiritistas son: el sabio astrónomo italiano Camilo Flamarión; el sabio penalista también italiano César Lombroso; el sabio francés Charles Bidet; el holandés Van Shemeneck Notring; Gustave Geley; J. W. H. Myers, Edmund Gurney, Alfred Rusell Wallace, William Barret, Henry Sidgnick, Schiappanelli, Sir Oliver Brooks, Sofía de Morgan's, Gerald Massey; el popular escritor autor de las grandes obras *Sherlock Holmes*, *La Batalla de Waterloo*, *La Gran Guerra Boer*, Conan Doyle y otro autor popularísimo que alcanzó el Premio Nobel en 1911 Mauricio Maeterlinck, por sus brillantes y sugestivas obras que se leerán por los siglos de los siglos *El pájaro azul*, *Anabella* y *El poder de la muerte*.

Entre las instituciones científicas dedicadas al estudio del espiritismo, sobresalen la “London Spiritualist Alliance” la “Society for Psychical Research”, el “Institut Metopsychique de París” y la “American Society for Psychical Research”, así como la “Seybert Comission in the United States”.

Entre las obras más sugestivas de la inagotable bibliografía espiritista, cautivan *Las facultades sobrenaturales del hombre*, de Eugene Osty; *La disasociación de la personalidad*, de Morton Prince, *Cuerpo y espíritu*, de Rudolf Fischner; *Telepatía y*

clarividencia, de Gustav Geley, *Ocultismo y ciencia moderna*, de Traingott Osterreich; *Supervivencia del hombre muerto*, de C.H. Osterreich; *En los umbrales de lo desconocido*, de William Barret y la encantadora y fantástica obra maestra del astrónomo Camilo Flamarión, *Después de la muerte*.

¿Verdad?, ¿fantasía?, ¿entretenimiento del espíritu? Es posible. Pero ni maldad, ni tontería. En el fondo, noble anhelo de conocer lo desconocido y de mejorar la humanidad.

No debo terminar esta reseña sobre la personalidad de Madero, sin hacer mención de que fue a la lucha política y fue a la Revolución, absolutamente seguro del éxito de su labor, porque *más que fe, se sintió real y verdaderamente un predestinado para llevar a cabo la libertad del pueblo mexicano. Fue un vidente, se consideró un predestinado*; tenía la convicción íntima de la justicia de la causa por la que iba a luchar y sabía que el pueblo de México respondería a su llamado, como fue. Para los que somos admiradores de Madero, son conmovedoras las cartas a sus padres en que, en la intimidad y sinceridad de hijo, vacía sus más recónditos pensamientos y les dice:

Y yo que debo representar un papel de importancia en esa lucha, pues he sido elegido por la Providencia para cumplir la noble misión de escribir este libro: Yo, que en el entusiasmo y la fe que siento, reconozco la ayuda de ella...

Papacito querido: hazme el favor de invocar con todo fervor a Dios que está en el Cielo y de tu mamá Rafaelita a fin de que seas iluminado y comprendan el mal tan grande que harás no dejándome en libertad para cumplir la misión que la Providencia me ha impuesto...

Seguramente que habrá quienes se burlen y hasta ridiculicen este fervor de Madero; pero sería cobardía mía pasar en silencio esta

predestinación que arraigó en su mente por temor a tales críticas. Yo debo describir a Madero como fue. Y confío en que la posteridad aprecie su grandeza. Uno de sus más enconados detractores, el doctor Luis Lara Pardo, dice sobre este punto:

No hay duda que Madero creía en la posibilidad de conocer el porvenir y en la predestinación del hombre. Creo que Madero creyó sinceramente servir a la patria. Pienso que fue afectado por el espectáculo de un país sumido en la ignorancia de una dictadura vitalicia, llegada a la corrupción, tuvo la ilusión que tantos otros participaron de que esa dictadura, con todas sus lacras, no tenía más origen que la ambición de un hombre. Desaparecido él todo iría a cambiar, bastaría que Porfirio Díaz dejara al pueblo elegir a su sucesor, para que el feudalismo agrario se desvaneciera como una pesadilla y el régimen tiránico de 30 años se convirtiera en una Arcadia. ¡Creyó tener en sus manos la clave de la democracia y se puso manos a la obra... [Y más adelante, consumado su martirio, añade]: Madero pasa por nuestro martirologio como una figura apacible y dulce de hombre rico, bondadoso, respirando euforia, que, en medio del clamor de un pueblo desesperado, *creo oír como Juana de Arco voces celestes llamándolo a redimir a la patria. ¿Cómo? Ni él mismo lo sabe, pero acude ya lleno de fe, dispuesto a todo. Su lema es la confianza.*

El sabio filósofo señor ingeniero Francisco Bulnes, que supo penetrar en la límpida siquis de Madero, dice en su obra *Revolución social*, página 417: “Un precioso elemento para la Revolución: don Francisco I. Madero, dotado de *condiciones místicas* para despertar pueblos de idólatras”.

Y su traidor ministro Calero que llegó a conocer su mente como a sus propias manos, asienta: “Insigne soñador a quien maestros de ultratumba, los espíritus, *le hablaban de redención* de los humildes...”

Y su insigne admirador Márquez Sterling, comentando la osadía de Madero yendo sólo en su coche con dos amigos, en pleno cuartelazo hasta Cuernavaca en busca del general Ángeles, dice: “... y resolvióse Madero a una de esas aventuras propias de su valor estupendo y *de su fe en la Providencia* que imaginaba siempre de parte suya...”

Virtud poco apreciada y hasta malévolamente mal interpretada, quizá porque se desconocen todas las circunstancias del caso, fue la obediencia paterna, lo que dio lugar a que la mezquindad de sus gratuitos detractores encontraran en ella motivo de solaz, declarándolo loco o con signos de infantilismo; esta luminosa virtud culminó cuando pidió a sus padres permiso para lanzarse a la azorada lucha política, para poner término a la prolongada dictadura porfirista. Debo explicar que Madero no quiso aventurarse en esa peligrosa actividad sin la anuencia de sus padres, porque sabía muy bien que la persecución del gobierno porfirista contra sus opositores, no se detendría en perseguir solamente al actor, y en su afán de someterlo y acallararlo, se haría extensiva la persecución a toda su familia y su intereses; y así sería seguro que el gobierno haría principalmente blanco en los cuantiosos bienes familiares: riqueza, ganada a base de trabajo, de economía y de capacidad y así fue. No estaban, pues, en juego solamente la persona y los intereses exclusivos de Madero; de sobra sabemos que él estaba pronto a sacrificar su vida y por cuanto a sus propios intereses, no le preocupaba defenderlos. Otra causa más para que requiriera la autorización de sus padres, era que sabía que sus actividades políticas, por sí religiosas, necesariamente los afectarían y que estarían intranquilos y preocupados sufriendo moralmente por la suerte de su hijo; esto sería quizá más serio que las consecuencias de perder bienes terrenales. Otro motivo muy serio, quizá el más

fuerte de todos, que lo obligaba a obtener el consentimiento de sus padres para lanzarse a la lucha, era que la persecución del gobierno podría muy bien encaminarse contra los bienes de los demás familiares, los del abuelo, don Evaristo, que era el más rico de todos, y sus tíos paternos y maternos, todos o casi todos, gente rica y todas ellas suponiéndose blanco de la persecución del gobierno que les ocasionaría, como así sucedió, querellas, recriminándole a don Francisco el consentir que Madero, con sus “locuras”, pusiera sus intereses en peligro. Ésta fue, efectivamente, una fuente fecunda de conflictos familiares y lo más triste es, que precisamente los familiares acobardados fueron los que calificaron a Madero de “tonto” y de “loco”, porque nada más un “tonto” y “loco” era capaz de soñar en derrumbar al dictador, lo que dio lugar a que después los enemigos de su causa, porfiristas y reaccionarios, acogieran con beneplácito la infamia de su “desequilibrio mental”.

Vamos ahora a presentar la recia figura del abuelo.

El abuelo

Los primeros Madero que vinieron a México fueron don Alejo de Bernabé Madero y su esposa doña Francisca Laviada, naturales el primero del Puerto de Santa María, y doña Francisca, de Cádiz, con ellos vinieron sus hijos Francisca, casada con el español don José Marrugat y Roldán, y Joaquín Madero y Laviada.

Don José Francisco Madero, el padre de don Evaristo, fue el primer Madero nacido en el país y vivió la mayor parte de su vida en Chihuahua, pero después se radicó en Rosales, Coahuila.

El ilustre historiador Carlos Pereyra que tenía un odio ancestral a los Madero, inventó la especie de que eran judíos de origen portugués. Como eran y muchos de ellos siguen siendo gente rica, le acomodó la judería para conquistarles el odio que persigue a esa raza.

El distinguido historiador don José C. Valadés asienta, mal documentado (páginas 18 al 21), que los primeros Madero que vinieron a México, se radicaron en Parras dedicándose al cultivo de la vid y elaboración de vinos. Don Evaristo Madero fue el primer Madero que pisó Parras y como después lo diré, tenía un tren de carros de carga que transportaba mercancías de San Antonio, Texas, hasta San Luis Potosí, siendo Parras uno de los puntos que tocaba en su carrera. Don Evaristo llevaba algodón a Parras para surtir la fábrica de hilados y tejidos La Estrella, que era propiedad de mi tío, don Rafael Aguirre, casado con doña Refugio Santos Coy; de Parras transportaba a Monterrey, Saltillo y San Luis las telas ya elaboradas en aquella fábrica y los vinos que producía

don Rafael Aguirre en su hacienda del Rosario inmediata a Parras. Muerto don Rafael Aguirre, la heredera señora Santos Coy, pues no tuvieron hijos, llegó a deber a don Evaristo por fletes, una gran cantidad de dinero y con la hacienda y la fábrica, le pagó a don Evaristo la deuda, recibiendo todavía en pago de esos bienes una fuerte cantidad de dinero, muriendo aún rica en San Luis Potosí adonde al deshacerse de sus propiedades en Parras, trasladó su domicilio. Estos hechos ocurrieron el año de 1870.

Don Evaristo Madero fue el fundador de esta numerosa familia. Nació en Rosales, Coah., inmediato a Gigedo –dos pueblos, divididos por una calle, que siempre vivieron a la greña y por lo que el general Manuel Pérez Treviño, cuando fue gobernador del Estado, animado del deseo de que vivieran en paz, tuvo la feliz idea de formar de los dos pueblos uno solo, que ahora se llama Villa Unión, que dio fin a las rencillas–. El padre de don Evaristo fue don Francisco Madero que figuró como miembro del Primer Congreso del Estado de Coahuila y Texas, y quien comisionado para colonizar Texas, fundó entre otros pueblos de aquel estado ahora de la Unión Americana, el pueblo de Victoria, y Santa Rita de Morelos, Coah. La madre de don Evaristo fue doña Victoriana Elizondo, hija de don Nicolás Elizondo, pariente de don Ignacio Elizondo que desempeñó un papel trascendental en la Guerra de Independencia, pues fue él quien capturó en Norias de Baján al padre Hidalgo y su comitiva, y a quien injustamente se le ha motejado de traidor, siendo así como lo ha probado el distinguido historiador Vito Alessio Robles, no hizo más que cumplir con su deber porque el capitán Elizondo pertenecía a las fuerzas del Ejército de la Colonia. A Elizondo se le ha hecho aparecer como afiliado al Ejército Insurgente y traidor a la causa de la Independencia, pero repito, la documentación que dio a luz Alessio

Robles, prueba que era capitán del Ejército Realista. Era don Evaristo un hombre extraordinariamente vigoroso, alto, fornido, verdaderamente corpulento, blanquísimo, de barba de perilla ya blanca desde cuando yo lo conocí en mi niñez, de ojos azules sumamente expresivos. Impresionaba la extremada limpieza de su atuendo, pues se bañaba y se cambiaba de ropa diariamente. Tenía una voz áspera y fuerte y tosía estentóreamente. Lara Pardo, el gratuito detractor de Madero, lo describe con acierto: “Gran señor, riquísimo, emprendedor, severo y poderoso”. También lo calumnia llamándole “cacique”, que nunca lo fue, en el sentido que le da la política mexicana, ni cuando fue gobernador, porque nunca, jamás en su vida ni con sus propios peones, ejerció una autoridad arbitraria y despótica que es el atributo característico del “cacique”. Mucho menos a partir del 1884 en que concluyó su periodo de gobierno y asumió la Presidencia de la República el general Díaz que nunca lo quiso por juarista y amigo de don Manuel González. Don Evaristo, a decir verdad, no era del tipo de los amos esclavistas; en sus haciendas no había tiendas de raya. Nunca, ni de su amigo don Manuel González, recibió concesiones, tierras baldías, favores ni privilegios, tampoco tuvo litigios ante los tribunales, lo que deben tener en cuenta los lectores de su detractor, el doctor Lara Pardo. Era un trabajador infatigable. Se levantaba antes del amanecer y hasta las altas horas de la noche llamaba por teléfono a sus empleados pidiendo razón exacta de hasta qué lugar había llegado el riego y si ya había parido la vaca pinta, porque tenía todos los detalles de la marcha de su negocio en la mente, sin que jamás olvidara o descuidara cosa alguna por insignificante que apareciera. Su instrucción había sido mínima porque no había en aquellos pueblos y en aquella remota época, más que escuelas rudimentarias; pero ansioso de saber, siempre fue un lector asiduo y recuerdo que era un ferviente

admirador de Benjamín Franklin, cuyas obras mandó editar cuando era gobernador del estado, y de Juan Jacobo Rousseau, cuyo retrato tenía en su oficina.

Se casó muy joven con doña Rafaela Hernández, del vecino pueblo de Río Grande, ahora Guerrero, y tuvo con ella los siguientes hijos: don Francisco, casado con doña Mercedes González Treviño, padres del *Apóstol*; doña Prudencia, casada con don Lorenzo González Treviño; doña Carolina, casada con el licenciado Bibiano L. Villarreal; doña Victoriana, casada con el doctor Melchor Villarreal y don Evaristo Madero Hernández, casado con doña Avelina Treviño.

Cuando don Evaristo quedó viudo de su primera esposa, se casó con doña Manuela Farías Benavides, de cuyo matrimonio nacieron don Ernesto, casado con doña Leonor Olivares; Manuel, casado dos veces, la primera con doña Delfina Garza y la segunda con doña Irene Garza; José, que se casó con su sobrina carnal Magdalena Madero, hermana del *Apóstol*; Salvador, casado con doña Concepción González Sada; María, la primera esposa de don Rodolfo J. García; Alberto, que se casó en Chihuahua con doña Luz Zuloaga; Barbarita, casada con don Rodolfo M. Garza; Benjamín, que se casó con María Belden, y Daniel, con doña Nieves Muñoz, de la stirpe Terrazas. Todos ellos con hijos muy numerosos.

Don Evaristo, en su juventud, tuvo un tren de carros con el que hacía el servicio de transporte de mercancías que tocaban desde San Antonio, Texas, hasta San Luis Potosí, pasando por Monterrey, Saltillo y Parras. Era a mediados del siglo pasado, todavía en la época en que había incursiones de los indios salvajes, las distancias

eran enormes e imperaba en los campos desoladora soledad y absoluta falta de garantías. Tenía que dormir siempre con la carabina al lado, ordinariamente a la intemperie, usando como colchón las mantillas del caballo y como almohada la silla de montar. Así, en esta vida montaraz, en este yunque, se forjó ese extraordinario hombre, de un carácter férreo, de una tenacidad en la lucha indomable, de un vigor físico de piedra de roca, de una energía y de un amor inextinguible al trabajo; y tan recto en su conducta, tan cumplido en todos sus deberes, de tan nobles sentimientos, tan generoso de corazón y tan sano de la mente, como del cuerpo. Don Evaristo fue un hombre muy generoso y muy desprendido para ayudar a formar a sus familiares, y así fue como entre otros muchos mandó a su cuñado don Antonio V. Hernández y a su medio hermano don Raymundo Navarro a estudiar a Bélgica, para utilizar después sus servicios en sus empresas; a don Antonio Hernández lo hizo gerente del banco de Nuevo León y a don Raymundo, gerente de la fábrica de hilados y tejidos de “La Estrella”, propiedad actualmente de la Compañía Industrial de Parras.

Debo decir cuáles son mis vínculos con don Evaristo y su familia, tanto para justificar mi conocimiento de los hechos de este relato y se me considere como una fuente auténtica, como porque me satisface hacer público mi cariño y gratitud a ese gran hombre.

Mi madre era sobrina carnal de la primera esposa de don Evaristo y habiendo quedado huérfana de madre cuando tenía 8 años, fue recogida y tratada por don Evaristo y doña Rafaelita como si fuera su propia hija, mandada a educar junto con sus hijas Carolina y Victoriana, a los Estados Unidos. Mi madre, que era extraordinariamente querendona, veía a don Evaristo como a un

padre y nos enseñó a sus hijos a respetarlo, quererlo y besarle la mano como a un abuelo.

Más tarde se fortaleció ese vínculo por la amistad que hubo desde la escuela entre mi padre y don Francisco Madero, el padre del *Apóstol*; fueron condiscípulos en una escuela situada en Pesquería (hoy Villa García) entre Saltillo y Monterrey, regentada por don José María Treviño Garza, bisabuelo del *Apóstol* y más tarde ambos encarrilados en la vida de los negocios, fueron socios y compadres.

Precisa decir, porque la maledicencia de los enemigos de Madero han sostenido que “se metió” a la Revolución para salvar del naufragio sus cuantiosos intereses que andaban en malas condiciones, que todos y cada uno de sus familiares se encontraban no en buenas condiciones pecuniarias, sino real y positivamente ricos. La posición económica de la familia Madero era boyante al empezar la Revolución en noviembre de 1910. En el lugar oportuno de esta obra, doy un detalle de los bienes que tenía entonces.

Don Evaristo Madero y sus hijos y yernos, eran hombres de negocios dedicados exclusivamente a ellos. Eran completamente ajenos a la política, aun cuando hay que decir que don Evaristo nunca descuidó servir a su patria. Sirvió como militar a las órdenes del general Juan Zuazua en la lucha contra la intervención y el imperio. Fue amigo de Juárez a quien se presentó en su paso por Monterrey, y prestó ilimitada ayuda económica a los generales Escobedo, Treviño y Naranjo, como lo prueba la copiosa correspondencia que se cruzó con ellos en aquella época aciaga y que obra en su archivo. Fue gobernador de Coahuila en la época de don Manuel González y fue notable entonces el incremento de

la instrucción pública en Coahuila, en donde aún subsiste en Saltillo el Instituto Madero. Nunca cobró su sueldo de gobernador que dedicaba al fomento de la educación de la niñez. Don Porfirio nunca lo quiso, aunque lo respetaba por su preponderante posición económica, y no lo quería por juarista y amigo de don Manuel González, y porque cuando lo derrotaron en Ycamole, les sugirió a Treviño y Naranjo huir rumbo a Parras y esos distinguidos jefes fronterizos le dijeron: “No, porque don Evaristo nos colgaría”. Al sobrevenir, pues, la campaña política de Madero contra don Porfirio, don Evaristo reprochó su actitud, y a decir verdad tampoco simpatizaron con ella ninguno de sus hijos. No eran ciertamente porfiristas; propiamente eran apolíticos. Don Evaristo murió en Monterrey el 7 de mayo de 1911, cuando ya las bandas de guerra del ejército de la Revolución lanzaban al aire la *diana* triunfal y fue llevado a sepultar en su panteón de los Cipreses en su amada hacienda del Rosario. Dejó al morir una fortuna de más de ochenta millones de pesos, una de las más grandes de aquella época.

Es interesantísima la correspondencia que se cruzaron abuelo y nieto, con motivo de su determinación de introducirse a la política y publicación del libro de Madero sobre *La Sucesión Presidencial en 1910*, que fue el prólogo de sus actividades patrióticas.

He aquí lo que le escribió Madero al enviarle su libro *La Sucesión Presidencial*:

Muy querido papacito: Usted ha sido en este caso el digno representante de la Providencia, pues con su ojo previsor y con su energía, ha contribuido poderosamente a enderezar el rumbo por donde marchan todos sus descendientes, hacia un fin noble y elevado. He visto tan palpable la mano de la Providencia protegiendo a nuestra familia, que creo firmemente que la protección que nos ha impartido no es

más para que nosotros disfrutemos de ella sino para que extendamos sus beneficios hasta donde nos alcancen nuestras fuerzas. Usted nos ha dado un vivo ejemplo de ello, pues mientras fue posible que los hombres honrados pudieran intervenir en los asuntos públicos, no dejó usted de trabajar por el bien de su Estado, y ahora que con el régimen de gobierno establecido, es tan difícil para los hombres rectos tomar parte en la política, se ha ocupado usted en obras de beneficencia dando así empleo a su prodigiosa actividad y satisfacción de los nobles sentimientos de su alma. Yo por mi parte quiero seguir su ejemplo y cumplir con los altos deberes que tenemos para con la patria, y con ese fin pienso trabajar próximamente y el principal paso que pienso dar en esa nueva vida, es la publicación de un libro en el cual, con toda serenidad y guiado únicamente por el más puro patriotismo, estudio nuestra situación actual de luchar porque el pueblo haga uso de sus derechos... Este libro se llama *La Sucesión Presidencial en 1910*, lo he terminado y aunque tengo algunos ejemplares encuadernados, no pienso darlo a la publicidad sino hasta mediados de enero, por razones que sería largo enumerar.

Don Evaristo contestó, exponiendo sus desconfianzas, con las dos siguientes cartas:

“Metiéndose en las patas de los caballos”.

Muy querido hijo: Correspondo a tu grata del 30 del pasado, manifestándote con grande disgusto que te andas metiendo en las manos de los caballos, pretendiendo meterte a redentor cuando debes saber que éstos salen crucificados. También recibí un libro que has publicado, pero dices que no lo has repartido porque deseas que nadie lo sepa hasta que lo consideres conveniente, pero si como me lo mandas a mí lo haces con varios otros como me lo han dicho algunos, de seguro que ya lo sabe todo el mundo. Apenas puede creerse que un hombre como tú que te consideras un buen hijo, expongas a un fracaso los intereses comprometidos de tu buen padre, pues no se te oculta que aunque la tal publicación la hagas contra mi voluntad y la de tu padre, y que sean todas creaciones tuyas, no podrán creer que dejemos nosotros de tomar parte activa en esa publicación porque deseamos y pretendemos obtener colocación por lo cual nos

comprometes a todos; en un descuido eres la causa de la ruina de tu buen padre. Por supuesto que tendrás varios compañeros que te pongan por las nubes porque tú pones el cascabel al gato y te dirán que lo haces como uno de los mejores reformistas, subiéndote a las nubes y comparándote con el gran Demóstenes y no sabes que se burlan de ti. Apenas puede creerse que un hombre como tú que debías ayudar a tu padre a enderezar sus negocios, vengas a servirle de rémora y aun a contribuir para su ruina. Se conoce que eres un niño que no piensa ni quiere consultar a nadie para entrar en asuntos tan graves como el de que se trata. Cada vez que reflexiono sobre tu conducta, me temo hasta que hayas perdido la cabeza, supuesto que no consultas opiniones de personas sensatas y siento que te hayas metido en cabeza de once varas, por no decir en camisa. Tú eres uno de tantos que han metido a tu padre en dificultades y en lugar de ayudarlo a salir de ellas contribuyes a su ruina. Apenas puede creerse lo que pasa y sólo porque se ve, quedo muy espantado de lo que está pasando. El resultado de todo es que después de ponerte en ridículo, expones el bienestar de tu padre. Sin tiempo para más, que Dios te colme de bien en el año que empieza, junto con Sarita, con la bendición de tu papá.

La otra carta rezaba:

Muy estimado hijo: He leído algunos capítulos de tu libro y aunque todo me parece bien escrito, no creo que fuera prudente su publicación, porque han de creer que son inspiraciones mías y de tu papá, aunque te diré la verdad, yo no te considero capaz para escribir un libro semejante y deseo saber quién te ayuda a escribirlo y si todas son producciones tuyas porque encierran una recopilación de datos que yo que soy más viejo no los tendría presentes. Aunque a don Porfirio le pones una de cal y otra de arena, te faltaron en mi concepto, dos cosas: la una, hacer una comparación con los grandes hombres que han regido los destinos de los Estados Unidos como Washington y otra, el de haber premiado a algunos gobernadores ladrones, en lugar de relegarlos al desprecio. Sin duda que al general Díaz nadie le puede tachar de que disponga de las rentas públicas como propias, pues es honrado a carta cabal. Pero es el caso que ha consentido una porción de gobernantes ladroncísimos y no se han robado al Estado porque

no pueden cargar con él. Sin tiempo para más y deseándote todo bien, recibe un fuerte abrazo de tu papá que te quiere.

Madero se apresuró a responder a su abuelo lo que sigue:

Muy querido papacito: El domingo, ya para tomar el tren para Ramón Corona, recibí su grata del 2 del actual y ayer, a mi regreso, la del 5 del mismo las cuales paso a contestar: No le ocultaré que la primera me causó una penosa impresión, la cual se ha desvanecido por completo con su última, pues veo que al leer usted parte del libro que tuve el gusto de mandarle, lo ha encontrado digno de su atención. La opinión de usted es para mí de mucho peso, pues además de su experiencia y su rectísimo criterio, tiene para mí la condición que la hace de más valor, que es la sinceridad. Absolutamente nadie me ha ayudado a escribir mi libro, y son raros los párrafos que he llegado a reformar por indicación de algún amigo mío. En cuanto a los datos, hace mucho tiempo que los he estado recogiendo, y las conversaciones que he tenido con usted, con mi tío Bibiano, con el Gral. Treviño y con los demás conocidos que vivieron aquellas épocas, me han servido de mucho para poder formar un criterio exacto de aquellos acontecimientos. También he encontrado algunos datos en las memorias de Don Sebastián Lerdo, que aunque apócrifas, parece que los episodios que cuenta son exactos. Algo dije en el curso de mi libro, de lo que usted me indica y si no hablé con más claridad es porque me ha parecido conveniente emplear ese lenguaje a fin de causar mejor efecto en los ánimos de todo el mundo pues con los cargos que le hago a la actual administración, me parece suficiente para desarrollar la idea, que consiste en culpar de todos nuestros males al actual régimen de poder absoluto implantado por el Gral. Díaz. En el plan que me había hecho del libro, había reservado un capítulo especial en que se pensaba tratar extensamente los puntos que usted me indica y comparar al general Díaz, no solamente con Washington, sino muy especialmente con el Mikado del Japón, que en 10 años ha hecho más por el Japón que ningún otro gobernante del mundo por su patria en igual periodo de tiempo; pero ese capítulo no era indispensable; mi libro hubiera resultado mucho más grande y hubiera tenido que entrar en consideraciones muy desfavorables para

el Gral. Díaz, las cuales preferí evitar a fin de darle a mi libro un sello de imparcialidad que hará tener mucho más peso en todas las conciencias. Hace mucho que el Gral. Díaz sabe que en cuestiones políticas tengo yo ideas mucho más radicales que usted y mi papá, y sabe muy bien que en la campaña pasada me metí sin consentimiento de ustedes, y que si hago cualquier cosa ahora será del mismo modo, así es que él nunca creará que yo lo haga por instigación de ustedes y por ese motivo no creo que los vaya a perjudicar mi libro. Además no veo de qué modo puedo perjudicarlos, pues desde el momento que ninguno de ustedes necesita nada del gobierno, no pueden sufrir ningún perjuicio de él, a menos que recurriera el Gral. Díaz a medidas violentas, lo cual no me parece creíble, pero aún en ese caso, esas medidas violentas serían exclusivamente contra mí y para ello estoy perfectamente bien preparado, pues desde el momento en que he escrito este libro y pienso seguir adelante en la obra que él entraña, lo he hecho con todo conocimiento de causa y sé que me expongo a grandes peligros, pero considero que la patria pasa actualmente por circunstancias en que necesita urgentemente de la ayuda de sus hijos y, por mi parte, no he de vacilar en tomar mi determinación. Lucharé dentro de los terrenos de la ley y de la justicia, hasta donde mis fuerzas alcancen, sin preocuparme de las consecuencias que esto me pueda acarrear. Como ha sido imposible guardar reserva sobre este libro, y hay muchas personas que lo saben, me he resuelto publicarlo el día 15 del actual, y pienso mandar un ejemplar a cada uno de todos los periódicos de la República, así como a todos mis amigos que se interesen en cuestiones políticas, a fin de que en un momento dado, circule por todas partes a la vez y ya no sea posible que eviten su circulación, pues por lo menos habrá llegado a manos de todos los intelectuales y de todos los políticos de la República.

Las cartas del abuelo, escritas por un viejo de mucha experiencia y conocimientos del mundo y de la política mexicana, merecen ser comentadas. Con verdadera clarividencia le hace un vaticinio trágico: “Te andas metiendo en las manos de los caballos pretendiendo meterte a redentor cuando debes saber que éstos salen crucificados”. “Meterse en las patas de los caballos”, significa

meterse en una lucha en la que no se tiene defensa y conscientemente se admite ir al sacrificio. Trágico vaticinio del sabio abuelo, que tuvo realización la tenebrosa noche del 22 de febrero de 1913 en que fue vilmente asesinado; vaticinio que por cuanto a la ruina de su padre, también tuvo realización como oportunamente relataré.

Los ricos señores Madero fundadamente temían que el ingreso de Madero a la política de oposición, les ocasionaría grandes perjuicios y hasta la ruina, por lo que es lógico y natural que no quisieran exponer su fortuna hecha en tantos años de trabajo, privaciones y sacrificios. Además don Evaristo que había sido liberal, juarista y amigo y partidario del general Manuel González en cuya época fue gobernador de Coahuila (1880-1884), nunca fue porfirista y por esa razón temía el abuelo que el general Díaz le atribuyera a él la actitud política del nieto. Por esto, insisto, Madero quería, rogaba, exigía a sus padres que le diesen el anhelado consentimiento y su bendición para entrar de lleno a la lucha política.

He aquí las conmovedoras cartas que escribió Madero a sus padres pidiéndoles su consentimiento para lanzarse a la lucha política.

Muy querido papacito: Antes de salir para Cuatro Ciénegas te escribí una carta larga en la cual te exponía las importantes razones que me obligaban a publicar mi libro a más tardar el 25 del actual. Yo esperaba que mi carta te había hecho meditar sobre el verdadero objeto de la vida y que, comprendiendo que a este mundo venimos a cumplir una misión relacionada con nuestra vida eterna, debíamos de dar más importancia a esa misión que a las pequeñas peripecias de la lucha, peripecias que llegan a embargar todos nuestros sentidos si no nos elevamos en alas de nuestras nobles tendencias, a las serenas alturas del espíritu, desde donde podremos apreciar en su justo valor todas las pequeñeces de este mundo, y comprender claramente que nuestro

paso sobre él es transitorio y el objeto que nos trae a él, bien determinado. Creo que estas consideraciones te darán el valor suficiente para arrostrar los peligros que puedan sobrevenirte porque yo, en cumplimiento de aquellos altos deberes, me lancé a la lucha que tiene por objeto conquistar para mi patria la libertad, única que permitirá que nos salvemos de la decadencia moral que todo lo invade y que podamos legar a nuestros hijos, una patria próspera, feliz, grande; un medio en donde puedan desenvolverse libremente, en donde puedan evolucionar con facilidad a fin de que puedan cumplir con sus grandes destinos. Esos peligros que tú corres, son hipotéticos, pues si bien es cierto que la lucha va a estar ruda, los elementos que nos secundan serán poderosos y si una puerta se cierra, se abrirán cien. Además ya están las cosas demasiado avanzadas, mi libro ya impreso, todo el mundo lo sabe y cree que está mucho más duro de lo que realmente está; es muy difícil que no lo sepa ya don Porfirio y entonces sí podrá tirarte a mansalva y sin que tú te des cuenta de ello; además de que yo corro un peligro inminente mientras no dé a la luz mi libro, pues bien pueden temer que sea algún libro incendiario para que yo mismo no me atreva a publicarlo. Pues bien, México está amenazado de un peligro inmenso, pues si dejamos las cosas como van, el poder absoluto se perpetuará en nuestro país, la corrupción será aún mayor y en vez de que nuestra patria pueda cumplir con los designios de la Providencia sirviendo de madre a generaciones de hombre virtuosos, tendrá que sucumbir víctima de la debilidad y de la corrupción de sus hijos. El libro está ya escrito, todos están alerta; la lucha se inicia por todas partes, pues en Saltillo, en Oaxaca, en Morelia y en esa Capital se han iniciado movimientos de importancia. Y yo, que debo de representar un papel de importancia en esa lucha, pues he sido elegido por la Providencia para cumplir la noble misión de escribir ese libro; yo que en el entusiasmo y en la fe que siento reconozco la ayuda de ella y que en este Estado soy reconocido como jefe por todos los que quieren luchar, sentirme detenido en medio de mi carrera, sentir que una fuerza poderosa detiene mi brazo y me inutiliza para el combate, ¿podrás imaginarte cuál es mi angustia? ¿Y cuál es esa fuerza que me detiene? ¿Cuál esa voluntad que quiere oponerse a que yo cumpla con la misión que me ha impuesto la Providencia? La única que podría hacerlo; pues si bien es cierto que no me arredra ni la pobreza, ni la prisión, ni la muerte, sí me arredra desobedecer a mi

padre, pues me imagino que al lanzarme a una lucha tan azarosa sin llevar la bendición del que la Providencia me dio como padre, tendré que fracasar, porque me faltará la fuerza moral necesaria para sostenerme. Papacito querido: hazme favor de dirigirte con todo fervor a Dios que está en el cielo y de tu mamá Rafaelita evoca su ayuda, a fin de que seas iluminado, a fin de que comprendas el mal tan grande que harás no dejándome en libertad para cumplir con la misión que la Providencia me ha impuesto, y a fin de que tengas valor y energía para cumplir tú también con tu misión, que en el caso actual, consiste en no entorpecer mi acción, en no desviarme del recto camino que llevo en cumplimiento de mi deber, en no hacer que fracase en mi empresa, pues si emprendo la lucha debilitado por tí, fracasaré y pagaré hasta con mi vida mi fracaso, pues ya lo sabes, a los que emprendemos estas luchas por la libertad, invariablemente nos espera una corona, pero el éxito hará que sea de laurel, la derrota que sea de espinas. Considera con toda calma tu determinación: yo, de todos modos me lanzo a la lucha pues compromisos anteriores lo hace inevitable. Mañana voy a Torreón a una junta política, vamos a mandar una circular a todo el Estado para que principie la campaña, yo tendré que organizar en ésta, un club a más tardar la semana entrante y empezar con un periódico, así es que es inevitable que me lance a la lucha; por complacerte he retardado la publicación de mi libro, a pesar de que ya *contaba con tu aprobación para publicarlo*, pues el día que te fuiste para esa Capital, cuando íbamos en coche para la estación y ya en ella antes de salir el tren, me dijiste que estaba bien que lo publicara. Por lo demás, será imposible dejar de publicarlo en lo absoluto y publicándolo tarde, perderemos todas las ventajas que nos puedan resultar y aumentaremos las desventajas y sobre todo, habrás perdido un tiempo precioso arrullado por ilusiones que en esa Capital se encargarán de hacerte concebir, para darte el golpe más seguro si es que te lo han de dar. Ya ves pues la alternativa: o entrar a la lucha francamente, con vigor, con audacia, desconcertando al enemigo por nuestros golpes y preparándonos a toda eventualidad con todo conocimiento de causa; o entrar a la lucha débilmente procurando ocultar nuestros movimientos (esto seguramente sin éxito) y facilitando a nuestro enemigo los medios de caer en una emboscada que él nos prepara pacientemente y sin enseñar la mano. En el primer caso, todas las probabilidades de obtener la victoria, en el segundo corriendo a un fracaso inevitable.

Mi muy querido papacito: Ayer llegué de Torreón y me encontré con tu telegrama en que me permites que obre libremente y me mandas tu bendición y la de mi mamá. No puedes imaginarte cuán grande ha sido la satisfacción, el orgullo y la emoción, de agradecimiento inmenso para ti y para mi adorada mamacita. En la mañana de ayer, poco antes de levantarme, soñé que te había visto con ese semblante cariñoso que tienes cuando te diriges a nosotros, y con una mirada llena de dulzura y de confianza en el porvenir, me habías dado la autorización y la tan deseada bendición. Esta circunstancia que no puedo considerar casual, ha aumentado mi emoción y mi satisfacción, pues me confirma más en la idea que siempre he tenido de la nobleza de tus sentimientos, de la grandeza de tu alma. Papacito querido: demasiado comprendo que al darme tu bendición has obedecido a un arranque de generosidad, de grandeza de alma en que, elevándote a las altas regiones del espíritu, has hecho que sólo tengan eco en ti las más nobles aspiraciones, y dominado por esos bellísimos sentimientos, no vacilaste en cumplir con tu deber con una abnegación admirable, con una serenidad que sólo pueden abrigar los hombres superiores, con una fe en el porvenir, que sólo anima a los creyentes cuando tienen la conciencia tranquila, pues en estas circunstancias descansan por completo en la Providencia Divina. Debo de agregar que tengo la seguridad absoluta que a pesar de lo que puedan creer las personas que juzgan todo superficialmente, no deben esperar que yo les dé ningún dolor de cabeza y más bien pueden estar asegurados que obraré de tal modo, que les causaré la más legítima satisfacción, el más noble orgullo, haré de modo que ustedes se sientan orgullosos de mí, como yo me siento orgulloso de tener unos padres tan nobles, tan grandes, tan buenos. Ahora sí ya no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me protege visiblemente, pues en el hecho de haber recibido su bendición, veo su mano, en la circunstancia de haberlo presentado tan claramente distingo su influencia, percibo su modo de guiarme, de dirigirme y de alentarme, pues si el laconismo forzoso del telegrama sólo me trajo su resolución definitiva, la visión que tuve antes, me reveló que esa resolución era sin violencia, obedeciendo a sus más nobles sentimientos y aunque hacían un sacrificio sublime, se quedaban llenos de confianza en el porvenir, aceptaban con noble serenidad las consecuencias de la nueva vida de actividad y de lucha que se inicia.

Mi adorada mamacita: Aunque por el telegrama de papá comprendí cuál sería tu estado de ánimo, al mandarme por telégrafo la gratísima noticia de que me autorizaban para obrar libremente y que me mandaban su bendición, esperaba tus lindas letritas, para escribirte. Directamente a ti. No puedes imaginarte lo feliz que me siento al ver lo que me dices en tu querida cartita. Yo nunca dudé de que tú y papá obrarían de esa manera, pues conozco demasiado la grandeza de su alma y la nobleza de sus corazones. Ahora sí me siento seguro de mí mismo y con una firmeza inquebrantable para emprender la ardua empresa que he acometido. No se me escapa que pasaré días amargos, pero la satisfacción de cumplir con mi deber me reanimará: tendré momentos de desfallecimiento, pero la Voluntad Divina me levantará las fuerzas y me dará energía para seguir marchando hacia el fin lejano que persigo y que vea cada vez más claro, gracias a la ley que proyecta en mi camino sus bendiciones. En cuanto a papá, no temas nada por él. Hemos llegado a cierta época en que nadie se atreverá a cometer algún atentado contra él. En las actuales condiciones de efervescencia popular, sería locura ir a exasperar al pueblo. Te aseguro que es increíble el entusiasmo por la lucha: mi libro hará que ese entusiasmo se multiplique. Nosotros en Coahuila, ya dimos principio a nuestra campaña y el 5 de febrero saldrá a luz el primer número del “Demócrata”, en el cual pienso apoyar las ideas emitidas en mi libro. Ah, papacito: he sabido que desde hace más de un mes el general Reyes conoce mi libro y, sin embargo, ya ves cómo no ha intentado hacer nada. Creo que te demostrará que no debes temer nada por mí tampoco. Para mis trabajos políticos tengo precisión de ir a México a fines de febrero y voy a arreglar que sea a principios de marzo para pasar con ustedes el día 11, que cumple papá sesenta años, pues tengo verdaderos deseos de pasar con ustedes esos días. A Sarita también la llevaré y permaneceremos a su lado unos 20 días...

Son conmovedores los comentarios de Pierre Lamicq sobre esta casi extraña virtud de la obediencia paterna de Madero, extraña, porque es despreciada, y es comúnmente desusado que los hijos en cuanto llegan a hombres, consideran humillante hincarse a los santos pies de sus padres para pedir la bendición al ir a emprender

una actividad peligrosa; y no puedo resistirme a transcribir los bellos conceptos de Lamicq a este respecto, cartas que exhiben el corazón de oro puro de Madero, y que tienen tanta mayor fuerza ante el público que los juzgue, por ser íntimas y no haber sido escritas para su publicidad.

¿Qué piensan los padres severos de este hijo que, casado, mayor de edad, implora la bendición de su padre para cumplir con lo que él llama una misión impuesta por la Providencia? ¿Qué piensan los soldados valientes, los abnegados predicadores, los grandes caritativos de este hombre a quien en plena opulencia, en plena dicha no arredran *ni la pobreza, ni la prisión, ni la muerte*, pero sí arredra desobedecer a su padre? ¿Qué piensan los contemporáneos de este héroe cuyo incomparable valor lo hizo afrontar mil veces la muerte, que jamás temió a nadie, ni a nada y se pone a *derramar abundantes lágrimas* cuando recibe la bendición de sus padres? ¿Qué pensarán Licurgo, Catón, Juana de Arco y Francisco de Asís? Escribir a su padre en tan terribles condiciones sin hablarle de intereses terrenos, sin pretender halagarle siquiera con la gloria y el lustre de su apellido, ¿hay algo más sublime que estas sencillas cartas en las que ni un solo instante se alude a otros intereses que los de la libertad y la salvación de la patria? ¡Atrás, ojo maligno! ¿Dónde está el menguado que osó argüir *la bancarrota de la familia*? ¡Calumniadores, morder el polvo! ¡Qué espectáculo para el mundo! Un rollito de papeles ahumados que viene a consagrar la santidad del más gran calumniado después de Cristo. ¿Cristo? Sí. La doctrina y la conciencia de Madero, lo afirmo ante los siglos, no fueron menos puras. El incendio de la casa del padre es el principio de la glorificación del hijo. Sin tan terrible contingencia, los viejos progenitores, que ignoran este hallazgo, jamás habrían quizá consentido en la divulgación de santas intimidades y hasta hubiera podido dudarse de la pureza hoy innegable de su origen. El autor de estos apuntes intentó bautizar sus primeras secciones con este rubro: *Un Santo Laico*. Pero la fuerza de su sinceridad, no basta a los hombres comunes para afrontar la crítica o la sonrisa estúpida de una sociedad sin honor ni fe. Cuando acaben los odios, cuando se marchite la frondosa impostura, cuando la mentira vuelva al oscuro rincón del

cual surgió, cuando se dignifiquen las conciencias, cuando los mexicanos no estén enloquecidos contra el *loco*, cuando la razón sea razón, el error error y la conciencia conciencia, cuando brille la verdad por nuestros cuatro horizontes, comprenderán –¡ay!, tarde– la magnitud del crimen que todos por igual, como los judíos, pagaremos cruelmente. Pero el hombre que nosotros, modernos cristianos, dejaremos a nuestros hijos será siempre para ellos el mejor galardón de su orgullo, en tanto que los hijos o los nietos de los que con su acción o su aprobación, clavaron su lanza en el Gólgota mexicano, ¡los maldecirán por los siglos de los siglos!

La familia

Las dos ramas de las que proviene don Francisco I. Madero, son verdaderamente prolíficas. Por la parte paterna, el abuelo don Evaristo, a quien se considera justamente como el fundador del patriarcado, tuvo una única hermana de padre y madre; doña Jesusita que se casó con don Gregorio Cárdenas y tuvo medios hermanos paternos y maternos, los segundos fueron doña Refugio y don Raymundo Navarro, y por parte paterna, a doña Jesusita, que vivió siempre a su lado en su Casa Morada de la hacienda del Rosario. Eran hombres de negocios, casi todos ricos por su propio esfuerzo, aunque algunos hayan recibido el impulso de la ayuda de sus progenitores; todas gentes sanas de cuerpo y espíritu; algunas de ellas se han destacado en sus actividades comerciales y científicas debiendo citar a don Rodolfo Y. García, banquero de Monterrey, primo hermano de Madero; ingeniero José Treviño García, a quien se debe la prosperidad de la Compañía Industrial de Parras y es un matemático distinguido; los hermanos Fernando y Carlos González, el primero presidente del Banco de Londres y México, y el segundo, de la poderosa Industria Vidriera de Monterrey; los profesionistas muy destacados doctor Fernando Valdez Villarreal, su hermano el ingeniero Viviano y el licenciado Raúl. En esta numerosa familia no hay haraganes, ni pícaros, ni cobardes, ni pobres. Real y positivamente es una familia privilegiada.

Vamos ahora a entrar en detalle con la familia íntima de Madero. Sus padres: don Francisco y doña Mercedes González, que sin exageración fue una santa. Fueron sus hermanos, por orden de edades: Mercedes, casada con Antonio Canalizo que se unió a la Revolución y fue diputado renovador. Gustavo, que tuvo una

actuación destacadísima en la Revolución, hombre vigoroso de gran carácter, resuelto y patriota. Gustavo no fue revolucionario por seguir a su hermano Francisco, era un espíritu rebelde y combativo que abiertamente estuvo en contra del general Reyes en Monterrey y contra don Porfirio. Si la Revolución no hubiera sido acaudillada por Madero, Gustavo hubiera estado con cualquiera que la encabezara. Por razón de lo vigoroso de su personalidad, fue el blanco de todos los ataques y las más perversas calumnias de los reaccionarios que lo temían, porque a decir verdad, si él hubiera podido obrar, sin la menor duda habría sometido los libertinajes de la prensa partidaria del caído dictador y hubiera metido en orden a los alzados matando y matando; le sobraba energía para eso, pero... el gobierno de Madero hubiera sido una mala copia del dictador; y Madero triunfó para implantar sus ideas, sus principios: libertad absoluta de expresión, respeto a la vida humana, respeto a la voluntad del pueblo, *costara lo que costara, según la consagrada frase de Huerta, pero en sentido inverso*. Esto es, aunque él sacrificara su bienestar, su tranquilidad y su propia vida. Como fue.

Los enemigos de la causa han propalado que Madero se dejaba influenciar por su familia, y ésta es la oportunidad para esclarecer este punto. Infortunadamente para la Revolución y el prestigio de Madero, Vázquez Gómez fue el primero que lanzó esta calumniosa especie. Vázquez Gómez, a quien se le había confiado la representación de la Revolución en Washington, se acobardó, como todos nosotros, al ocurrir el desastre que sufrió Aquiles Serdán en Puebla; puso hielo en nuestras venas y dimos por perdida la causa, pero él, que en el fondo no era revolucionario y que era más miedoso que nosotros, se escondió en Washington y sólo se comunicó con el grupo cuando ya se hizo sentir la fuerza

de la Revolución. En tanto, Gustavo, Sánchez Azcona y Vasconcelos, destacados también en Washington, asumieron esa representación con valentía y entereza. Con este motivo surgió una serie de desavenencias entre Vázquez Gómez y las personas citadas, más acentuada entre él y Gustavo. Por otra parte, y lo digo con desagrado, Vázquez Gómez siempre se consideró a sí mismo más capacitado que Madero, a quien menospreciaba y no perdía ocasión en hacerlo sentir sin el menor embozo. Este estado psicológico de Vázquez Gómez propició que, al venir las gestiones para la paz que inició Limantour al regresar de un viaje a Europa y se pusiera en contacto con don Francisco Madero que se encontraba en Nueva York, con Gustavo y Vázquez Gómez en Washington, este último aprovechara la “ocasión” para desahogarse contra los Madero, aduciendo que a él, como representante oficial que en realidad era de la Revolución, le incumbía tratar el asunto con exclusión de los señores Madero, *porque no eran asuntos de familia*. Vázquez Gómez obraba así, o más propiamente dicho reaccionaba así contra los Madero, lo que dio pábulo a la maledicencia que acogía con fruición todo lo que tendiera a desprestigiar a Madero.

Todas estas cosas, bien sabidas por mí fueron expuestas con abundancia de detalles en la Convención del Teatro Hidalgo del Partido Constitucional Progresista, al discutir las relaciones de Madero y Vázquez Gómez como candidatos a la Presidencia de la República. Desde luego hay que decir que solamente sus padres y sus hermanos intervinieron en la política. El resto de la familia se mantuvo alejada de la política. Los padres jamás hicieron otra cosa que aprobar y comentar favorablemente sus decisiones que siempre merecieran su aprobación, pudiendo agregar que ellos nada sugerían. Lo cual sé, porque siempre estuve cerca,

íntimamente con ellos, desde que Madero inició sus actividades políticas hasta su muerte. Don Francisco fue representante de Madero en los Tratados de Paz de Ciudad Juárez, pero se limitó a un papel decoroso, pasivo, haciendo lo que Madero disponía. Las hermanas Mercedes y Angelita fueron revolucionarias exaltadas que lo que hacían, era darle impulso a la acción de Madero. Papela (Rafaela), casada con el ingeniero Antonio Zirión Sarabia, llegó en su exaltación revolucionaria a inmiscuirse en un complot que organizó el ingeniero Alfredo Robles Domínguez y que fracasó por haber sido descubierto. De los hermanos entraron en la lucha armada Emilio y Raúl, y más tarde, muerto ya Madero, Julio en el Estado Mayor de Obregón. Alfonso desempeñó un gran papel en la organización de la Revolución, porque habiendo fracasado la primera entrada de Madero a los alrededores de Piedras Negras, entonces Ciudad Porfirio Díaz, y teniendo necesidad de estar escondido para que sus partidarios ya en armas no atribuyeran que no estuviera en el país en la lucha armada por huir o escapar del peligro, y por otra parte estando Gustavo en Washington, fue él quien asumió la dirección de la organización del movimiento en San Antonio, Texas. Tampoco los hermanos de Madero osaron nunca marcarle a Madero la ruta a seguir; todos aprobaban de todo corazón lo que él hacía y disponía. Y no ciertamente porque Madero fuera autoritario y quisiera imponer su opinión, sino porque ellos sabían que a él le correspondía la dirección. El único de la familia que sí trató de imponerse a Madero en aquella época era Gustavo, lo que debo decir con franqueza y honradez de narrador, aun cuando no tenga título ni pretensiones de historiador. Y no lo hacía con criterio de hermano que quisiera sobreponerse al hermano sino, y es la verdad, porque se sentía tan revolucionario como Madero y se creía con derecho como tal para exponer sus ideas. A este respecto relato este incidente: Cuando Madero estaba

escondido en San Antonio, en diciembre de 1910 o enero de 1911, una tarde reunidos en la casa de la calle de Main, estando presentes la mamá, los hermanos, Alfonso y yo, Gustavo le sugirió a Madero que se mandara un propio al norte de Coahuila, en donde ya había tropas armadas con órdenes para que volaran el puente del río Sabinas y así se paralizara de golpe el movimiento ferrocarrilero en toda la República porque entonces todos los trenes se movían con carbón procedente de las minas de Rosita. Madero no aprobó la idea aduciendo que era antipatriótico y se hacía un enorme daño económico a todo el país que no era necesario hacer. Discutieron, se exaltaron y, para poner fin, Madero nos dijo: “Yo ahora, como jefe de la Revolución y más tarde como Presidente si llego a serlo, no imitaré a Luis XVI que se dejó gobernar por su familia, y quiero que lo sepan”. Y ya Madero en la Presidencia, Gustavo le sugirió varias veces, en honor a la verdad bien pocas, medidas enérgicas para dominar a la prensa y a la rebelión, lo que nunca aceptó Madero. Gustavo buscaba que yo lo acompañara cuando quería platicar con Madero. La última vez, a fines de enero de 1913, fuimos a verlo a Chapultepec procurando llegar cuando él acabara de almorzar y lo acompañábamos a caminar a pie por el bosque como era su costumbre.

Gustavo le dijo enfáticamente a Madero, que hasta las piedras sabían que Reyes y Félix Díaz fraguaban un levantamiento de las fuerzas federales y en la forma más enérgica y persuasiva que pudo, lo conminó a que tomara providencias para evitarlo y pusiera a la policía en estado de alerta. Madero, con su habitual jovialidad, le dijo que estaba viendo moros con tranchete; que todos eran cuentos y fantasías; que además, fundamentalmente el pueblo –los de abajo–, estaban con él y en ellos apoyaba su fuerza y el poder.

Llegó Gustavo, ya exaltado, a decirle que era un ciego, que no veía, que no quería ver, que los porfiristas reaccionarios contaban con el Ejército y que ésa era la fuerza en la ciudad; y por último le dijo textualmente: “He venido a tratar de despertarte para que salvemos la vida y si te aferras a no obrar vamos los dos, tú y yo, a acabar colgados de los árboles del Zócalo; si no estuviera mi vida de por medio no hubiera venido”. Madero, imperturbable, le contestó: “Me dolería tu muerte; a mí nunca me ha importado morir”. Y Madero cayó gloriosamente con su hermano, cuya muerte supo antes de morir, llorándolo toda la noche que precedió a su trágico fin.

Capítulo especial entre los miembros de la familia Madero, merecen Ernesto Madero, medio hermano de don Francisco y por tanto tío de Madero y Rafael Hernández, que era su primo hermano, porque los dos fueron llevados a su gabinete, Ernesto a Hacienda y Rafael primero a Justicia, más tarde a Agricultura y por último a Gobernación.

Como estoy para decir la verdad, debo decir que ninguno de los dos eran revolucionarios ni propiamente porfiristas; los dos amigos y simpatizadores de Limantour y, desde luego, absolutamente leales a Madero. Cuando Madero hizo esta designación, yo, entre otros muchos de los parientes y correligionarios, le hicimos saber que esos nombramientos eran un error, pero él les tenía confianza absoluta y pensaba que aunque no fueran simpatizadores de la Revolución, no serían capaces de contrariar su política, y consciente y deliberadamente nunca lo hicieron; pero no cabe la menor duda de que esos nombramientos afectarían muy seriamente su prestigio revolucionario. Desde luego no prescindieron, y acaso no era ni correcto desde su punto de vista personal, que lo hicieran, de sus

amistades y relaciones con gente rica que francamente simpatizaba con los personajes del antiguo régimen, que abominaba de la Revolución y que no se abstenía de censurar a Madero. Así propiamente estaban en desavenencia, los dos, Ernesto y Rafael con los elementos de la Revolución, a tal grado que Gustavo se alejó de ellos en forma radical. En rigor, la labor de ambos en sus ministerios como oficinistas o altos funcionarios y apartándolos de la Revolución en sí, no puede menos que considerarse digna de elogio. Los dos hombres honestos a carta cabal, cumplidos en sus labores, justos, rectos y honorables desde cualquier punto de vista que les aprecie.

En su oportunidad veremos por qué Madero los llevó al Ministerio.

No debo terminar mi relación sobre la familia de Madero sin hacer saber que algunos de ellos, cuando Madero se lanzó a la lucha política, lo criticaban abiertamente sin siquiera guardar la discreción necesaria en pláticas de familia y aun con extraños y, causa dolor decirlo, hasta lo ridiculizaban considerando que era una “locura” que un hombre como él, rico, trabajador y “decente”, se metiera en política y se atreviera a enfrentarse al general Díaz. Por supuesto que tales apreciaciones no eran exclusivas de los familiares de Madero, les parecía una locura que surgiera nada menos que un rico con semejante audacia. Juzgaban que el carácter de Madero no era el apropiado para sobrellevarse y sostener con éxito las actividades de suyo malvadas, corrompidas, sucias, de la política mexicana. Más tarde, ya Madero en el poder, sus deturpadores aprovecharon, tergiversándolas malvadamente, estas críticas de sus propios familiares para declararlo “loco”, “esquizofrénico”, siendo así que el verdadero sentido que le daban a su “locura” no era otro que el de temerario, atrevido, osado.

Perfectamente aplicable, porque en el ambiente de aquella época solamente un “loco” así, podía tener la osadía de enfrentarse al dictador.

Madero, al resolverse a abandonar su vida de negocios para dedicarse de manera exclusiva a actividades políticas, vendió a su padre, don Francisco, la participación que tenía en los terrenos ganaderos y guayuleros de Australia, que giraban bajo la razón social de la Compañía Ganadera de la Merced; con ese dinero y sus ahorros de 15 años administrando las fincas algodonerías de su padre, tenía a su disposición, para los costos de la campaña, más de medio millón de pesos *que no vaciló en dedicar a su patriótico anhelo.*

Desde el otoño de 1908, cuando Madero escribió *La Sucesión Presidencial*, encaminó sus esfuerzos para organizar un partido político de oposición, y con actividad inagotable empezó a relacionarse ya personalmente o por medio de correspondencia, con las personalidades más destacadas como opositores del general Díaz. A uno de los primeros a quienes invitó a entrar a la lucha fue a don Victoriano Agüeros, director del periódico *El Tiempo* de tendencias católicas moderadas y tibio opositor del régimen porfiriano. Le decía:

Cada vez se nota más fuerte la reacción contra la apatía de 33 años, con el objeto de lograr que en la próxima campaña electoral, la voluntad nacional sea tenida en consideración. Con un puñado de patriotas del calibre de usted, no hay que perder las esperanzas de que México llegue a constituirse de modo que pueda asegurar para siempre sus libertades.

Y en igual forma se dirigía a don Fernando Iglesias Calderón, Camilo Arriaga, licenciado Toribio Esquivel Obregón, los hermanos Emilio y Francisco Vázquez Gómez, Francisco de P. Senties,

ingeniero Manuel Urquidi y otros muchos. Sintió muchísimo que su viejo amigo de Francia, Juan Sánchez Azcona, se hubiera aliado al grupo del Partido Democrático y sostuvo con él nutrida correspondencia tendiente a atraerlo a su grupo.

Buscó también laboriosamente a los opositores del gobierno en todos los lugares del país, incitándolos a que formaran clubes que se adhirieran al Partido Antirreeleccionista que estaba en formación, y fue así como obtuvo la colaboración de patriotas que más tarde, a la hora de la Revolución, fueron figuras heroicas.

En Sonora respondieron a su llamado en primerísimo lugar, Maytorena, y con él Adolfo de la Huerta, Benjamín Hill y Juan Cabral. En Chihuahua el inmortal don Abraham González, a quien califica Roque Estrada como “hombre de mediana ilustración, talento práctico admirable, de energía poco común, sereno, valiente, honesto” y a quien el porfirista y alto intelectual Manuel Calero, ministro traidor de Madero, juzga así:

Debo rendir un respetuoso homenaje a la memoria del hombre que, por la malevolencia de los detractores de Madero, pasó a la historia con el despectivo nombre de *Ñor Abraham*; contra lo que yo esperaba y me imaginaba, el señor González resultó un patriota animado del más vehemente deseo de acertar en sus difíciles funciones; era además humilde y comedido con todos;

el profesor don Braulio Hernández, Juan Bracamonte, don José de la Luz Soto, Guillermo Baca, Manuel Chao, en Coahuila. En Saltillo, Adolfo Huerta Vargas, Luis Petijean, los hermanos del doctor Rafael Cepeda, Serapio Aguirre, Eulalio Gutiérrez, Ildefonso Ríos, Francisco Coss, Urbano Flores. En Torreón el licenciado Francisco Martínez Ortiz, Manuel N. Oviedo, el doctor José Ma.

Rodríguez, Manuel López Ortiz y sus hermanos Mariano y Antonio, y Orestes Pereyra, que era un humilde hojalatero. En San Pedro de las Colonias, don Catarino Benavides, don José Ma. Hernández, y los propios hermanos de Madero, Alfonso y Emilio. En Parras, el grupo lo encabezaba su hermano Gustavo, que era gerente de la Compañía Guayulera, que giraba bajo la denominación de la Compañía Explotadora Coahuilense, Feliciano Tavera y Leopoldo Urbina. En Nuevo León, Alfredo Pérez, Francisco Naranjo, Vidal Garza Pérez y el licenciado Jesús M. González. En Veracruz, Gabriel Gavira y Cándido Aguilar.

En Guerrero, el profesor y más tarde distinguidísimo general Ambrosio Figueroa y sus hermanos Francisco e Ignacio, don Julián Blanco, también después general. En Oaxaca, Manuel García Vigil, también después general y gobernador del estado, así como Rubén Morales. En Yucatán, Pino Suárez y Delio Moreno Cantón. En Durango, don Emiliano Sarabia, el ingeniero Carlos Patoni y el ingeniero Pastor Rouaix. En Aguascalientes, Alberto Fuentes Dávila. En San Luis Potosí, el doctor Rafael Cepeda y Pedro Antonio Santos. En Sinaloa, el ingeniero don Manuel Bonilla.

El Partido Nacional Antirreeleccionista, al organizarse, lanzó el siguiente manifiesto:

Mexicanos: Se acerca uno de los momentos más solemnes de nuestra historia. El año entrante cuando nuestra Patria cumpla cien años de haber proclamado su independencia, deberemos resolver un problema trascendental de cuya solución dependerá nuestro porvenir como nación libre y soberana. Para conquistar la independencia nacional nuestros antepasados acometieron sangrienta lucha en contra de sus opresores. Su esfuerzo fue coronado con la victoria; pero una vez obtenido el triunfo, una vez que México apareció en el mundo como nación independiente sufrió un doloroso aprendizaje, y por cerca de

sesenta años su suelo estuvo convertido en inmenso campo de batalla. En medio del estruendo del combate, sus hijos más preclaros lograron promulgar un admirable Código de Leyes que vino a ser el pacto solemne entre todos los mexicanos. Desde que apareció la Constitución de 57, como el iris de paz en medio de nuestras tempestades políticas, fue considerada por todos los partidos como la fórmula que había de conciliar todos los intereses, y dar satisfacción a las ambiciones legítimas y realizar la felicidad de la Patria. A pesar de todo, la Constitución no dio desde luego el fruto esperado porque los rencores y odios que dividían a los partidos contendientes, no pudieron extinguirse sino por medio de las armas. En el Cerro de las Campanas se desarrolló el último acto de tan sangriento drama. Los enemigos de la Constitución, vencidos para siempre, reconocieron que la mayoría del pueblo mexicano aprobaba sin reserva alguna nuestro pacto constitucional. Desde entonces todos los partidos políticos imploran con su más bello ideal, el reinado de la Constitución. Por tal razón algunas infracciones cometidas por el Gobierno de Lerdo de Tejada, dieron fuerza al movimiento revolucionario, encabezado por nuestro actual Presidente, que proclamaba como principios salvadores: la libertad de sufragio, la fiel observancia de la Constitución y la no reelección. Triunfó la revolución, y a pesar de tan halagüeñas promesas, la Constitución no ha sido observada por el Gobierno que dimanó de Tuxtepec, la promesa de respetar el sufragio libre, nunca se ha cumplido, y el principio de “no-reelección”, hábilmente burlado durante el tiempo que fue precepto constitucional; desapareció muy pronto para permitir la indefinida reelección del actual Presidente. Hace más de 30 años que el Gral. Díaz se encuentra al frente de los destinos de la Nación, y como resultado de las frecuentes reelecciones ha concentrado en sus manos un poder absoluto, que si bien usado con relativa moderación, ha traído al país los grandes males que siempre dimanaban de tal régimen de gobierno. – A esto debemos atribuir que ahora la justicia ampara al más fuerte; que la instrucción pública se imparte sólo a una minoría de quienes la necesitan; que los mexicanos son postergados a los extranjeros aún en compañías en donde el Gobierno tiene el control, como en los Ferrocarriles Nacionales; que los obreros mexicanos emigran al extranjero en busca de más garantías y mejores salarios; que se han emprendido guerras sangrientas, costosas e inútiles, contra los yaquis y los mayas; que se

han hecho concesiones peligrosas al extranjero, como la relativa a la Bahía de Magdalena; y por último que el espíritu público está aletargado, el patriotismo y el valor cívico deprimidos, y no debemos olvidar que el ideal de los pueblos debe ser fomentar esas virtudes, únicas capaces de salvarlo en las grandes crisis. – Lo que actualmente pasa en nuestro país, causa pena y vergüenza. – Los mexicanos tienen miedo de ejercitar sus derechos, por creer que las autoridades no lo permitirán. Este miedo que por tantos años ha paralizado las manifestaciones del valor cívico, paralizará igualmente las del patriotismo, y el día en que la Patria esté en peligro no encontrará defensores que la salven. – Situación tan triste no hará sino agravarse con la continuidad de este régimen, pues la corrupción en las esferas oficiales aumentará a medida que aumente el servilismo del pueblo; y de seguir así, sin duda alguna vamos rápidamente a la decadencia o a la anarquía. Aun la conquista de que tanto nos ufamamos: nuestra riqueza pública, será dilapidada por algún gobierno poco escrupuloso si no existen cámaras independientes que se lo impidan. – Para remediar esta situación, los que amamos a la Patria debemos unirnos, luchar porque sean respetados nuestros derechos políticos, confiar en nuestras propias fuerzas, y no esperar nada de los actuales mandatarios, puesto que a ellos debemos el actual régimen y lo único que han de procurar es prolongarlo, para afianzar en sus manos el poder absoluto y disfrutar tranquilos, a su sombra, de la mayor impunidad, al dar rienda suelta a sus pasiones. – Problema de tan grave importancia habremos de resolverlo muy en breve, puesto que el año entrante deben ser electos por el pueblo los mandatarios que regirán por seis años más los destinos de la República. – De la actitud que asuma el pueblo en la próxima contienda electoral dependerá su porvenir, porque en ella se decidirá si ha de conquistar su soberanía o si ha de seguir doblegado ante sus mandatarios, tolerando que las cadenas del absolutismo se consoliden. – Si el pueblo mexicano se deja imponer servilmente las candidaturas oficiales, debemos considerar como definitivo el triunfo del absolutismo y para siempre proscrita de nuestro suelo la libertad; y nuestro destino quedará sujeto al capricho de un hombre que, como Santa Anna, podrá vender impunemente parte de nuestro Territorio, sin que se levante ninguna protesta de indignación. – En cambio, si el pueblo recordando lo que vale, reconociendo sus fuerzas, se levanta activo y vigoroso dispuesto a conquistar sus libertades, indudablemente lo

conseguirá, pues el reducido grupo de plutócratas que nos domina, no tendrá fuerza suficiente para sostener su poderoso empuje. – Es cierto que ese grupo pretenderá apoyarse en el Gral. Díaz y en el Ejército, para obtener su objeto, pero debemos no dejarnos engañar. El Gral. Díaz ha manifestado el deseo de que la Nación haga uso de sus derechos y externó la opinión de que el pueblo está ya apto para la democracia. Si sus declaraciones son sinceras como lo demuestra la libertad de que empezamos a disfrutar, indudablemente el Gral. Díaz estará con nosotros. – En cuando al Ejército, bien sabemos que forma parte del pueblo y siempre está con el pueblo. Su misión es defender la integridad de la Patria y el imperio de la ley, y no constituirse en verdugo e instrumento ciego de quienes pretenden oprimir al pueblo y debilitar a la Patria, arrancándole sus libertades y ahogando sus virtudes cívicas. – Ante consideraciones tan graves hemos resuelto lanzarnos a la lucha para combatir el absolutismo, y con el fin de agrupar a nuestro derredor los elementos independientes proclamados principios muy amplios dentro de los cuales encontrarán satisfacción todas las aspiraciones nobles y sanas. – Los principios que enarbolamos como bandera son: SUFRAGIO EFECTIVO, NO REELECCION. – El primero, para salvar a la República de las garras del absolutismo, volver a los Estados su soberanía, a los Municipios su libertad, a los ciudadanos sus prerrogativas, a la Nación su grandeza. – El segundo, para evitar que en lo sucesivo se adueñen del poder nuestros gobernantes y establezcan nuevas dictaduras; y por lo pronto, para obtener una renovación en el personal del Gobierno, llevando por miras que quienes rijan los destinos de la Patria en el próximo periodo constitucional, sean los más aptos y dignos y puedan dar satisfacción a las ardientes aspiraciones de los mexicanos, que quieren estar gobernados por la ley y no por un hombre. – Para llegar a tal resultado, este Partido se impone la misión de trabajar en los próximos comicios por la no reelección del mayor número posible de mandatarios, a reserva de luchar cuando sea oportuno, porque el principio de la no-reelección sea adoptado en nuestra Constitución. – A fin de no dejar, dentro de las bases constitutivas de este partido, traba alguna que nos impida servir, en cualquiera forma, a los intereses nacionales, declaramos solemnemente que, para lograr tal objeto, aceptaremos la ayuda de todos los buenos mexicanos y no vacilaremos en contraer alianzas o celebrar arreglos con los demás partidos políticos nacionales.

– A pesar de haber adoptado principios tan amplios, comprendemos lo arduo de nuestra empresa. – Efectivamente, en el pueblo mexicano predomina gran escepticismo sobre la virtud de las prácticas democráticas, pues ha llegado a considerar como inevitable el fraude en las elecciones llevado a cabo por el elemento oficial. – Por otra parte, aunque consciente de su fuerza, no quiere recurrir a medios violentos por consideraciones altamente patrióticas. – Tampoco puede resignarse el sufrido pueblo mexicano, a la pérdida de sus derechos, permitiendo que el actual Presidente nombre a su sucesor, y traspase íntegro el poder absoluto, porque sería lo mismo que establecer una dinastía autocrática. – De este conflicto de ideas, pueden surgir serios trastornos que tarde o temprano alteren la ley y el único medio de evitarlos, es que todos los mexicanos sin distinción ninguna, respetemos lealmente el pacto solemne encerrado en nuestra Constitución y reconozcamos como árbitro supremo a la voluntad nacional. – Mexicanos: con la mayor concisión posible hemos expuesto los peligros que corre el país si se prolonga el actual régimen de cosas, así como el gran problema que el año entrante hemos de resolver en los comicios. – Ese día solemne se aproxima rápidamente y urge organizar las fuerzas de todos los que queremos ser gobernados por la ley y no por un hombre; de los que queremos erigir sobre las ruinas del absolutismo, un templo a la ley y un monumento a la libertad. – Siempre que la Patria ha invocado la ayuda de sus hijos, los ha encontrado dispuestos para volar a su defensa. Pues bien, ahora, por nuestro conducto, hace ansiosamente un llamamiento a todos los buenos mexicanos para que se apresten a la lucha en contra del absolutismo, en defensa de la libertad. – Nosotros, resueltamente, empuñamos el glorioso pendón independiente, en que hemos inscrito los principios que encierran las aspiraciones de todos los buenos mexicanos y estamos resueltos a luchar vigorosamente por su triunfo, sin que nos arredren los mayores peligros, ni la perspectiva de una derrota...

Tenemos conciencia de servir a los intereses del pueblo y en él confiamos. – Para principiar nuestros trabajos, los que suscribimos, hemos instalado el CENTRO ANTIRREELECCIONISTA DE MÉXICO, e invitamos a nuestros conciudadanos para que instalen Clubs Antirreeleccionistas en toda la República y se pongan en relación con nosotros. – Cuando este Centro lo crea oportuno, convocará a

una Convención a la que concurrirán delegados de todos los clubs antirreeleccionistas, y en la cual se determinará quiénes serán los candidatos de ese partido para los puestos de Presidente y Vicepresidente de la República y Magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Actualmente la opinión se divide entre varios grupos personalistas, sin más bandera que su candidato ni más programa que el representado por sus antecedentes, puesto que, el único medio de que un gobernante cumpla con el programa de sus partidarios, es que el candidato surja del partido, y no que éste se forme por la agrupación de sus miembros alrededor de aquél. – Se ha organizado un partido de principios: “El Democrático” con tendencias semejantes al nuestro, pero llegado el momento de la lucha electoral, este partido no podrá obrar con la independencia y energía necesarias debido a las ligas que con el gobierno tienen sus directores. – Sin embargo, llegado el caso, aceptaremos su ayuda así como el contingente de todos aquellos, que por encima de las personas, ponen los principios, aunque actualmente por las necesidades del momento, se encuentran filiados a los diversos partidos personalistas. – Todo lo manifestado hace creer que en esta vez, por medio de las prácticas democráticas, la voluntad nacional logrará imponerse y la Constitución recobrará todo su imperio. – Para lograr tal objeto, no olvidemos que en las elecciones generales del año entrante, el triunfo de las candidaturas oficiales significará el triunfo del absolutismo y que la independencia de los tres poderes y la libertad en los Municipios, son la base más firme de nuestras instituciones. – Por tal motivo, esforcémonos en elegir libremente nuestras autoridades municipales y judiciales sin respetar la consigna oficial. – Procuremos elegir como representante en las Cámaras de la Unión y en las legislaturas locales, a quienes nos inspiren mayor confianza y residan en sus respectivos distritos, a fin de que mejor conozcan y puedan remediar sus necesidades. – Por último, tengamos la virilidad suficiente para depositar el mando supremo de la Nación en quien creemos con mejores aptitudes para llevar a la Patria por el sendero que le marca la Constitución.– MEXICANOS: Ya conocéis nuestra bandera. Os invitamos a alistaros en nuestras filas, a fin de salvar nuestras instituciones que peligran, haciendo que la ley recobre su prestigio y el pueblo sus libertades. – Esperamos ser eficazmente ayudados, a fin de que, al celebrar el glorioso Centenario de la Independencia

Nacional, celebremos igualmente el triunfo de la libertad y de la ley, para que, en lo sucesivo, ellas puedan normar nuestros actos y ser respetadas por gobernantes y gobernados.

SOCIOS FUNDADORES:

J. M. Goríbar y Arizpe, J. Huelgas y Campos, J. Morfin Deforme, Luis Rojas, R. Ávila jr., Joaquín Sandoval Vargas, Juan T. Reynoso, T. Morales, Alfonso García, Daniel B. Islas, Pedro del Rey, Eugenio Villa, J. Urquide, Luis T. Navarro, C. Rodríguez Tejada, Alfredo Ortega, Ramón T. Peña, Víctor N. Becerril, J. D. y Ramírez Garrido, E. Cabrera, Arturo Chávez Trujillo, Mauricio Téllez, A. Elorduy, Porfirio C. Orosio, J. Moreno, Joaquín Rojas, M. J. D. Garduño, Luis C. del Rosal, Alex Michenney, A. Quesnel, Fernando Laredo, M.N. Robles, Francisco de P. Sentíes, J. F. Reynoso, Carlos Rodríguez Tejana, J. Morfín, E. Bedolla, Antonio Loria, Ricardo Palacios A., Fernando Rodarte, Pastor Huacuja, Manuel Martínez, E. Endraga y A., L. E. Rendón, M.T. Buib, B.L. Lara, Eduardo T. Hay, Fernando Sáyago, Modesto C. Rolland, Marcos C. Nava, Joaquín Santaella, Ramón Balarezo, Arturo Oliver Trujillo, L. Fernández Sánchez, Manuel Samaniego, Macario Rivera, Juan Fernández, Federico García, Alfredo Huerta Álvarez, Rodolfo Ávila jr., Manuel Ceballos, Alfredo Cousenel, Manuel Martínez F., Manuel T. Busto Callo, Daniel Zamarripa, Rafael S. Sosa, José Calvo, José Juan Luna, F. Garza González, T. del Castillo, L. E. Rendón, Carlos Robert, Antonio M. Ángeles, Luis M. Uriste, J.J. Hilar y Haro, R. Estrada y José María Troncoso.

MESA DIRECTIVA:

Presidente: Emilio Vázquez.

Vicepresidentes: Francisco I. Madero, Toribio Esquivel Obregón.

Secretarios: Filomeno Mata, Paulino Martínez, Félix Palavicini, José Vasconcelos.

VOCALES:

1º. Luis Cabrera, 2º. Octavio Bertrand, 3º. Bonifacio J. Guillén, 4º Felipe Xochihua.

TESORERO:

Manuel Urquidi.

El resultado de la lucha enconadísima entre corralistas, científicos y el general Reyes, fue funesto para el segundo, pues los primeros lograron todo el apoyo del dictador. Éste eliminó cruelmente al general Reyes, a quien el general Díaz le había dado el mando supremo de los estados fronterizos de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, confiriéndole poderes absolutos. El general Reyes, oriundo de Jalisco, era relativamente joven por los años del 84 y 90; tenía mucho prestigio como militar y el general Díaz sabía que era capaz de mantener la paz por el terror, la cárcel y el asesinato. El déspota siempre vio con desconfianza al grupo de los generales Escobedo, Treviño y Naranjo, y nadie más apropiado que Reyes para vigilarlos y tenerlos a raya. Como Díaz era diabólico, cuando quiso eliminarlo, en 1909, acudió a Treviño, a quien hizo comandante militar entregando el gobierno de Nuevo León al general José Ma. Mier, adicto del general Treviño para que se vengasen de su antiguo perseguidor. El general Reyes, que quizá pensó en sublevarse al entregar el poder, partió para la sierra de Galeana, pero no se resolvió a enfrentarse con las armas a su jefe, alegando que no mancharía su hoja de servicios con una defección. Así fue que se rindió en una forma vergonzosa como lo vamos a ver. Por una parte, dirigió el siguiente telegrama a un club que lo postulaba en Aguascalientes:

Agradezco infinitamente el honor que se me hace, pero proponiéndome sostener la candidatura del señor don Ramón Corral, secundando incondicionalmente al señor general don Porfirio Díaz, ruego a todos los que me postulan para Vicepresidente de la República secunden esa política, y voten por el señor Corral para Vicepresidente.
B. Reyes.

Y como el general Treviño había circunvalado a Galeana con tropas para amedrentarlo y tenerlo a su merced, el general Reyes tuvo verdadero pánico, temiendo que le hicieran lo que él sin embarazo hubiera hecho con Treviño en otros tiempos; y optó por abandonar su refugio y por conducto de Manuel Calero pedirle gracia al *demiurgo*, lo que fácilmente logró, obteniendo que lo mandaran en comisión militar a París y el dictador lo humilló en la peor forma del mundo, previniéndole que arreglara la cuestión de dinero con su más furioso enemigo, el señor Limantour, llegando Reyes, en su desvergüenza, hasta a pedirle que hiciera el favor de que se le comprara la casa que había adquirido en la avenida de La Reforma, cuando vino a México como secretario de Guerra. El desprestigio y la desvergüenza de Reyes no tiene paralelo.

El resultado de este sainete, porque es el nombre que le corresponde a este final de aquella algarada ambiciosa de poder, fue que la inmensa mayoría, por no decir que la totalidad de los reyistas, se incorporaran a Madero. Mientras aquél huía y buscaba para su sabor y placer el sibaritismo parisién, Madero, sin alardes ni flaquezas, se encaraba al coloso.

El Partido Antirreeleccionista convocó a todos sus miembros para elegir los Candidatos a la Presidencia y Vicepresidencia de la República que se celebró el día 15 de abril de 1910 en el Tívoli del Eliseo.

El general Díaz, insistentemente aconsejado por los políticos más hábiles de su régimen encabezado por don Rosendo Pinera, en el sentido de que extremara la persecución contra Madero, dio órdenes al nuevo gobernador de Coahuila, don Jesús de Valle, para que se aprovechara el artificioso proceso contra Madero por robo de guayule, que ya se había inventado para despojar a don Francisco Madero de un ingreso mensual de doscientos mil pesos, con este pretexto, mandar aprehenderlo precisamente la víspera de la convención, impidiéndole así que figurara como candidato a la Presidencia de la República. ¡Se urdía un espectáculo teatral! Éste es un episodio que merece capítulo especial.

El proceso de robo del guayule La convención del Tívoli del Eliseo La grandeza de los padres de Madero

El año de 1907 don Francisco I. Madero compró a don Fernando Doucet, en Torreón, Coahuila, una vasta extensión de terreno de agostadero denominado “Australia”, ubicado al norte de Parras y San Pedro de las Colonias, para destinarlo a ganadería.

Al año siguiente compró a los señores Ladislao López Negrete y su cuñado don Javier Icaza y Landa, otro terreno contiguo, formando así con estas dos adquisiciones un enorme continente de sitios de ganado mayor, ubicado en pleno desierto.

Estos terrenos se denominaban primordialmente “Alamitos” y “Don Pedrote” y fueron adjudicados por la Corona de España, según título expedido el 29 de noviembre de 1756, en la época colonial, al sargento mayor reformado José Andrés de Velasco y Restán, y pasando los años fueron adquiridos por don Juan Francisco Flores, de Durango.

Al concertarse la compra, tanto con don Fernando Doucet como con los señores López Negrete e Icaza, se pactó que el precio que se fijaba por hectárea, se pagaría según la extensión del terreno y para ese efecto, se pactó que se haría un apeo y deslinde judicial con la intervención consiguiente de ingenieros para determinar esa extensión.

Con ese motivo yo, como abogado y apoderado de don Francisco I. Madero, promoví en el Juzgado de Parras, entonces denominado de “Letras” el apeo de referencia.

Hicieron la medida del terreno los siguientes ingenieros: Carlos Patoni y Pedro Bartenche y concurren a la diligencia el licenciado Alfonso M. Siller, como abogado de “Las Filipinas”, colindante por el oriente; el licenciado Emiliano Saravia por los señores López Negrete e Icaza, el licenciado Salvador Cárdenas Peña por los ingleses señores Cloete, colindantes por el norte, y don Manuel Madero y el licenciado Sóstenes Charles por los señores Ernesto Madero y hermanos, colindantes por el sur. El juez era el licenciado Jacobo Vélez.

Como resultado del apeo, se descubrió una superposición de títulos de propiedad en una extensión aproximada de sesenta sitios de ganado mayor, al oriente del terreno, esto es, en la colindancia con “Filipinas”, cuya sociedad controlaban don Fernando Pimentel y Fagoaga, su hermano Joaquín, don Manuel Stampa, un rico francés propietario de ricas haciendas en Michoacán, don Carlos Markasusa y el doctor Rousseau.

Los terrenos de “Filipinas”, entonces rancho de San José de la Paila, al pie del cerro del Sombrerillo, fueron primordialmente del licenciado don José María Aguirre, mi tío abuelo según título expedido por el estado de Coahuila, y no abarcaba más de *diez sitios* de ganado mayor. Más tarde los adquirieron don Jacobo Sánchez Navarro, quien promovió una “composición” en la época de despilfarro y desorden en que fue ministro de Fomento don Carlos Pacheco y así fue, como por arte de magia, que se convirtió a cargo de las propiedades vecinas –Cloete al norte y Australia al oeste– en un *enorme latifundio* de 340 *sitios* de ganado mayor.

Transcurrieron plácidamente los años de 1907 y 1908 tramitándose el interdicto de apeo en la forma normal, siendo todas las

resoluciones judiciales favorables para nosotros, dada la abrumadora justicia que nos asistía.

Para desarrollar ampliamente el negocio de ganadería, en el que se iban a aprovechar los terrenos adquiridos por don Francisco I. Madero, constituyó éste, con su padre don Francisco, una sociedad anónima que se denominó Compañía Ganadera de la Merced.

Apenas se habían adquirido estos terrenos cuando surgió la riqueza guayulera y se descubrió que en ellos, principalmente en la zona oriental de “Australia” colindante con “Filipinas”, había guayule en gran abundancia.

Como claramente advertí al conocer la superposición de títulos, que tarde o temprano sobrevendría un litigio con “Filipinas”, inmediatamente nos apresuramos a ejecutar actos de posesión en la zona afectada, estableciendo allí un rancho y cortes de guayule.

Las “Filipinas” reaccionaron abriendo de la noche a la mañana, con la celeridad inusitada característica de la mala fe, una brecha que partía de la Cuchilla de García, en la punta de la Sierra de la Paila para terminar en Puerto Antonio, extremo de nuestra propiedad al oriente, para tratar de comprender dentro de sus límites la rica zona guayulera.

Con motivo de la apertura de esta brecha, que no pudimos impedir porque como llevo dicho, se llevó a cabo con rapidez inusitada y a grandísimo costo, promoví inmediatamente en el Juzgado de Parras un interdicto de Retener la Posesión de la zona en disputa, posesión amenazada con dicha brecha.

Sobrevino el azoroso año de 1909. Madero recorría primero con la compañía de Félix Palavicini y después con la de Roque Estrada, todo el país del uno al otro confín, predicando la democracia, haciendo prosélitos, propagando el antirreeleccionismo, exponiendo su vida en Mazatlán, Hermosillo y muchos otros lugares, donde las autoridades locales extremaban la persecución haciendo gala de abusos y atropellos para congraciarse con el dictador y sus secuaces.

Don Porfirio, y más aún Corral, azuzado por los científicos, ordenó al gobernador de Coahuila, Miguel Cárdenas, que se perjudicara y persiguiera sin piedad a los Madero, con la mira de que viendo amenazados sus intereses, su abuelo, el gran patriarca don Evaristo y su padre don Francisco, presionaran a Madero a que desistiera de su resuelta y patriótica actitud, considerando que de no ceder, él sería el responsable del menoscabo o la pérdida de sus cuantiosos bienes.

En “Las Filipinas”, el avorazado político don Fernando Pimentel y Fagoaga, aprovechó la brillante oportunidad que se les ofrecía para, por una parte, obtener una cuantiosa ganancia apoderándose del guayule que estaba explotando la Ganadera de la Merced, y por otra parte servir los viles intereses del gobierno, brindándole una excelente oportunidad para perseguir a los Madero.

Fue así como en el año de 1909, “Las Filipinas” acusaron a Madero de robo de guayule, perpetrado en la zona litigiosa y de cuya zona estábamos en pública posesión, pues precisamente allí había varios cortes de guayule, en los que bajo la dirección de don Felipe Iduñate, trabajaban más de mil hombres con su equipo de burros para el transporte de la yerba. Esta acusación fue hecha ante el

juez del Ramo Penal de Saltillo, licenciado Herminio Siller, de infausta memoria.

Precisa decir que cuando Madero resolvió llevar a cabo su propaganda política con la finalidad altamente patriótica de que al desaparecer el general Díaz, se implantara en México un régimen institucional que aseguraba los cambios de gobierno de una manera pacífica y estable, abandonó totalmente sus negocios y le vendió a su padre don Francisco, la parte que representaba en la Compañía Ganadera de la Merced.

El día 3 de junio de 1909, el juez Herminio Siller consumó el incalificable atentado. Se trasladó al terreno, la zona oriental del predio Australia, ubicado en la *jurisdicción del Juzgado de Parras, fuera de su jurisdicción*, dio fe de la existencia de los diversos cortes de guayule que tenía establecidos la Compañía Ganadera de la Merced sobre la Sierra de la Paila, en los cuales había más de mil hombres trabajando, y suspendió esos cortes de guayule.

A las 24 horas, “Las Filipinas”, capitaneadas por sus esbirros Juan Camargo y Felipe de J. Ortega, que gozaban con el apoyo de la autoridad local persiguiendo cruel y despiadadamente a todos los sirvientes o adictos a los Madero, continuaron, para su provecho, los mismos cortes de guayule que el juez Herminio Siller acababa de suspender. El dinero, más de doscientos mil pesos mensuales durante dos largos años, o sean cuatro millones ochocientos mil pesos, afluyó a las bolsas de los instrumentos de la persecución oficial contra los Madero: Los Pimentel, Markasusa, Rousseau, Manuel Stampa. Ocioso sería decir que no valieron quejas ni recursos. El amparo que interpuse, lo resolvió la Corte sarcásticamente a nuestro favor, después del triunfo de la

Revolución que derrocó al general Díaz justamente el *16 de junio de 1911, días después de la entrada triunfal de Madero a México* cuando ya los perseguidores desesperada y afanosamente nos buscaban para rendirse a nuestros pies. Tuvo don Francisco Madero la grandeza de alma de no perseguirlos ni reclamarles nada.

A don Miguel Cárdenas le repugnaba ser instrumento de la injusta y cruel persecución contra los Madero y deseoso de quitarse esa mortificación, nos llamó al licenciado Alfonso Siller, apoderado de Las Filipinas y a mí, para ver la posibilidad de una transacción. En aquella conferencia me exalté y dije algo que le dolió al gobernador y, no pudiendo dominarse, bruscamente cortó la conferencia arrojándome –así fue– de su casa.

Con relación a este incidente, quiero contar que a raíz del triunfo de la Revolución, en julio o agosto de 1911, lo encontré a bordo del tren de Saltillo a Piedras Negras. Apenas me vio, se levantó de su asiento y apresuradamente trató de llegar al W. C. para ocultarse; yo rápidamente lo alcancé y lo abracé, quedando así él tranquilo. Quizá temió alguna intemperancia de mi parte.

En septiembre de 1909 don Porfirio se deshizo del general Reyes, puso en Nuevo León en su lugar a sus enemigos los generales Jerónimo Treviño y José María Mier, y en Coahuila provisionalmente al licenciado don Praxedis de la Peña.

El licenciado de la Peña era mi tío y yo había sido su apoderado de un litigio que sobre límites de su hacienda de El Pilar, tuvo con mi amigo don José María Luján.

En estas condiciones, sabiendo la bondad y gran sentido de justicia del licenciado de la Peña, lo vi para pedirle que se sobreyera el escandaloso proceso por robo de guayule contra los Madero. Peña acababa de recibir el poder, todavía no había recibido órdenes para perseguir a los Madero, pero muy sagaz, abiertamente me dijo que si no recibía órdenes expresas del “Centro”, tuviera yo la seguridad de que se sobreyería ese proceso que era una vergüenza.

Pocos días después me llamó a Saltillo y me mostró carta de Corral escrita en clave, en la que le daba órdenes enérgicas y terminantes para perseguir sin piedad a los Madero, y agregó que como él los estimaba muchísimo, me rogaba que yo los viera comunicándoles todo sin reservas y que les aconsejaba por mi conducto, que si querían tener tranquilidad y asegurados sus intereses, convencieran a “Panchito” que abandonara su “descabellado” propósito. El licenciado De la Peña, aunque no era político ni anhelaba el poder, era un porfirista convencido. Pocos días después dejó el gobierno en manos del licenciado Jesús de Valle.

Don Francisco Madero se encontraba a la sazón en San Antonio, Texas, atendiendo a la muy delicada salud de su esposa, mi tía doña Mercedes. Le escribí informándole y acto seguido me telegrafió llamándome a San Antonio.

Era diciembre de 1909. La familia se hospedaba en el Hotel Hutchins, que después sirvió, en octubre y noviembre de 1910, de Cuartel General en donde se organizó la Revolución.

El estado de salud de mi tía doña Mercedes llegó a ser de gravedad y la enfermedad duró más de dos meses. Don Francisco tenía que

tomar una decisión definitiva y quería obrar de acuerdo con su esposa. Hubo que esperar que ella estuviera en condiciones de salud para poder afrontar el grave problema, pero como no se veía ninguna mejoría, don Francisco se resolvió a tratar con ella el asunto. Había que escoger entre resolverse a perder los cuantiosos ingresos mensuales que producía el guayule, dejando en libertad a su hijo Francisco para proseguir su campaña política, o intervenir impidiéndolo para así salvar los grandes intereses en juego. Los señores Madero se pusieron de acuerdo y resolvieron dejar en plena libertad a su hijo para seguir adelante en su patriótica hazaña, sacrificando así sus intereses pecuniarios.

Don Francisco me hizo saber esa determinación y me dijo que lo habían resuelto así, porque no se creían autorizados para desviar la actitud de Madero porque no era reprobable, aun cuando esto significara perjuicios irreparables, los sufrirían, pues por encima del dinero, estaba su tranquilidad espiritual y su respeto a la conducta irreprochable de su hijo. Y agregó que yo como abogado, hiciera lo que pudiera, sabiendo bien que era imposible oponerse a las terribles órdenes del gobierno.

Más tarde, el 13 de abril de 1910, providencialmente llegué a Saltillo procedente de Mazapil, a las 3:30 de la tarde. Tomé un baño y a las 5 de la tarde, al bajar las escaleras del hotel Coahuila, encontré que iban subiendo el licenciado Manuel Macías y don Juan Camargo. Inmediatamente comprendí que iban a algo grave, a cometer un nuevo atentado. Esa misma tarde, poco después, recibí un telegrama urgente de Torreón, transcribiéndome un telegrama en clave de Madero, diciéndome que Macías y Camargo, habían salido de México para Saltillo con el objeto de hacerlo aprehender por robo de guayule, para frustrar que en la convención

que se *celebraría el 15 en el Tívoli del Eliseo*, fuera postulado Madero candidato del Partido Antirreeleccionista a la Presidencia de la República. Me pedía que hiciera todo lo posible para siquiera demorar la orden de aprehensión, con la confianza de que una vez celebrada la convención y electo candidato a la Presidencia, no se atreverían a consumarla.

Macías presentó al juzgado un escrito pidiendo la aprehensión de Madero.

Como relámpago, vino a mi mente que estaba pendiente de *fallar el viejo Interdicto de Retener la posesión* que había promovido en Parras, con motivo de la *apertura de la brecha*. Como los contrarios y el gobierno habían concentrado *la atención en el proceso por robo de guayule*, habían descuidado *ese Interdicto y no habían dado consigna alguna al juez Cisneros Cantú*.

También providencialmente, en aquellos días, estaba estableciendo don José Madero y don Luis Lobo, un teléfono entre Parras y Saltillo que ya podría dar servicio. En el acto hablé por teléfono con un tinterillo muy apreciable, Teófilo Acosta, amigo íntimo del juez, y le rogué que hiciera el mayor esfuerzo y consiguiera que el juez *dictara la sentencia, precisamente al día siguiente 14 de abril*.

El día 14 telegrafíé en clave a Madero, diciéndole que era imposible impedir o detener la orden de aprehensión, que le aconsejaba esconderse y que esperara un nuevo aviso mío que sería salvador.

Madero, según supe después, se escondió en la casa de una hermana de Federico y Roque González Garza, madre de los ya distinguidos

ingenieros Bartneche. Yo tenía amistad muy íntima con el juez penal, que con el cambio de gobierno era el licenciado Lucio Berlanga, en vez del nefasto Herminio Siller, a quien premió “Las Filipinas” haciéndolo su abogado. Además, todo el personal del juzgado, desde el secretario, tenían por nosotros grandísima simpatía, lo que me sirvió para que se demorara la salida del telegrama a México, ordenando la aprehensión hasta las últimas horas del *día 14 de abril*.

Aquella tarde me habló por teléfono Acosta, comunicándome que el juez Cisneros Cantú acababa de firmar la sentencia en el Interdicto, manteniéndonos en la posesión.

Resulta así que mientras el juzgado de Saltillo declaraba ladrón de guayule a Madero, el juez de Parras lo declaraba poseedor legítimo. El gobierno del general Díaz fracasó y quedaba en ridículo, lo que no me perdonó como contaré después.

Inmediatamente telegrafíé a Madero dándole la noticia y aconsejándole que desafiara al gobierno y se presentara en la convención, lo que hizo, siendo electo candidato a la Presidencia de la República.

También telegrafíé informándole a nuestro abogado en México, Rafael Hernández, quien después me contó que inmediatamente que recibió el mensaje, ya entrada la noche, vio al ministro Limantour, quien por teléfono en su presencia, comunicó al presidente Díaz la noticia y ordenó que no se aprehendiera a Madero.

Era juez en turno de la ciudad de México aquel día, el licenciado Rodríguez Miramón, quien atendiendo órdenes superiores, se

rehusó a obsequiar el exhorto telegráfico ordenando la aprehensión de Madero, porque *el juez requeriente no protestó ser autoridad competente*, pretexto cuya futilidad comprueba que la verdadera razón que detuvo al gobierno, fue el miedo al ridículo por la sentencia del juzgado de Parras, en el Interdicto de retener la posesión.

Madero me escribió las cartas que exhibo en copias fotostáticas. El epílogo de esta anécdota de mi vida profesional, que tuvo tremenda trascendencia histórica en la vida del país, fue un encarcelamiento por 80 días en Piedras Negras, Coahuila, acusado de difamación por los dirigentes de “Las Filipinas” con motivo de alguna frase picante (?), en un telegrama que dirigí a México Nuevo, diciendo que Madero no era ladrón de guayule, y antes bien el juez de lo Civil había mantenido a la Compañía Ganadera de la Merced (léase Madero), en la posesión de sus terrenos guayuleros.

Salí de la cárcel el 10 de octubre de 1910, para irme a incorporar con Madero a la Revolución.

Triunfante el movimiento, apenas llegué a México mis acusadores me buscaron, me ofrecieron compensaciones, granjerías, halagos de todo género, que rehusé; se desistieron de la acusación contra mí en forma humillante. Tranquilicé su desasosiego por el temor a nuestras represalias, que era lo que los movía a esas indignidades, asegurándoles que yo, como Madero, estaba muy por encima de todo espíritu de venganza.

Y triunfante la Revolución, ¿cuál fue la reacción de don Francisco Madero, contra estos dóciles y aprovechados instrumentos de que

se valió el general Díaz para abatir a Madero? No habrá nadie que suponga que nuestra “tontería”, “esa clásica tontería” que se le atribuye a Madero, llegara hasta el extremo de que ignoráramos que dueños del poder, podríamos perseguirlos civil y penalmente por la infamia que se habían prestado a cometer contra nosotros; reclamaciones perfectamente fundadas y justas, y que como eran contra gente rica y acobardada y sin ninguna dignidad, se habrían apresurado ellos mismos a satisfacer con largueza... *y bien, una vez más cándidos, inocentes, ingenuos, tontos, tontos de remate de verdad, don Francisco ni vaciló. Ninguna persecución. Cada cual con su conciencia... y amén.*

Publico a continuación la documentación relacionada con esta escandalosa acusación por robo del guayule, que hicieron los corifeos del general Díaz contra Madero, comprobatoria de mis afirmaciones.

Sr. Juez de Letras del Ramo Penal.

MANUEL MACÍAS, Apoderado de la Compañía Guayulera Mexicana, S.A., como lo acredito con el testimonio que debidamente requisitado acompañó en tres fojas útiles, ante Ud., en las diligencias de averiguación criminal que por robo de guayule promovió el Licenciado Alfonso M. Siller, como apoderado de la susodicha compañía, con el debido respeto y salvas las protestas más oportunas, comparezco y digo: que de las diligencias por ese Juzgado del muy digno cargo de Ud., aparece perfectamente comprobado el cuerpo del delito de robo de guayule materia de ellas, toda vez que los documentos exhibidos acreditan plenamente el derecho de propiedad que a mis mandantes asiste sobre el guayule existente en la Hacienda “Nuevo Yucatán”, y una parte del cual, en cantidad considerable, ha sido extraído sin derecho y sin consentimiento de mis repetidos mandantes, como con todo valor probatorio lo establecen las mismas diligencias.

De las mismas aparece igualmente que dicha extracción se ha estado

verificando por cuenta de la Compañía Ganadera de La Merced, S.A. y orden de sus gerentes o representantes legítimos y del señor licenciado Adrián Aguirre Benavides.

La existencia de tales órdenes, está acreditada con la carta del señor licenciado Aguirre Benavides que obra en autos y con las que en tres fojas presentó dirigidas por don Francisco Madero a “Las Filipinas”, S.A. De estas dos últimas cartas, aparece en efecto que el señor don Francisco Madero y su hijo don Francisco I. Madero, son quienes han ordenado juntamente con el señor licenciado Aguirre Benavides, la extracción fraudulenta del guayule de referencia.

Por lo tanto, señor Juez, estando comprobado el cuerpo del delito y *apareciendo como autores y responsables de él los señores Francisco Madero, Francisco I. Madero y licenciado Adrián Aguirre Benavides*, me permito rogar a Ud, se sirva *dictar las órdenes respectivas de aprehensión* por disponerlo así expresamente la ley, y practicar todas las demás diligencias que estime conducentes al esclarecimiento de la verdad.

El señor don Francisco Madero se encuentra actualmente en San Antonio, Texas, territorio de los Estados Unidos Americanos, por lo que procede se expida su extradición conforme a derecho.

Don Francisco I. Madero vive en la ciudad de México y como tengo fundados temores de que se oculte, *pido se libere la orden de aprehensión telegráficamente.*

El licenciado Aguirre Benavides aun cuando tiene su domicilio en Torreón, se encuentra de paso en esta ciudad, en el hotel Coahuila. Protesto dejar a salvo los derechos de la Compañía que represento en contra de las personas que en el curso del proceso aparecieren en él complicadas, ya sea como autores materiales, cómplices o encubridores. Protesto igualmente que por el ejercicio de mi mandato, no revoco ni modifico en manera alguna el poder que mi representada tiene conferido al señor Lic. don Alfonso M. Siller.

Todo lo que pido es de justicia que protesto con lo necesario.

Saltillo, abril 14 de 1910.- Lic. Manuel Macías.

Saltillo, abril 14 de 1910.

Apareciendo de todo lo actuado méritos suficientes para suponer como responsables del delito de que se queja la Compañía Guayulera Mexicana, S.A., a los señores Francisco Madero y FRANCISCO I.

MADERO, Gerentes que han sido de la Compañía Ganadera de La Merced, S.A., por cuenta de la que se sustrajo el guayule a que se refieren los quejosos en su escrito de denuncia; y apareciendo igualmente por carta que a fojas diecisiete de este proceso, que el licenciado Adrián Aguirre Benavides, ordenó el corte del guayule en los terrenos a que también se refieren los quejosos en su escrito relativo, sin saberse las facultades con que obró de esta manera, y siendo deber de la Autoridad instructora, asegurar el resultado de la instrucción de cualquier proceso, poniendo bajo la conveniente seguridad a aquellas personas de quienes se tiene sospechas o datos suficientes para suponerlos responsables del delito que se averigua, con fundamento en lo dispuesto por los Artículos 170, 178, 179 y 195 del Código de Procedimientos Penales, SE DECRETA LA APREHENSIÓN DE LOS SEÑORES FRANCISCO MADERO, FRANCISCO I. MADERO Y LIC. ADRIÁN AGUIRRE BENAVIDES, para cuyo efecto se librarán las órdenes y exhortos correspondientes, *disponiéndose que para la aprehensión de FRANCISCO I. MADERO, residente de la Ciudad de México en la casa número 429 de la calle de Berlín, se use la vía telegráfica, remitiéndose en su oportunidad el exhorto correspondiente, por las causas que se expresan en el escrito de los quejosos de fecha catorce del corriente mes; y expídase también por los conductos legales el despacho necesario de la Ciudad de San Antonio, del Estado de Texas, U.S.A.; librándose las órdenes necesarias a la Inspección General de Policía, para la aprehensión del Licenciado Adrián Aguirre Benavides.*— Lo proveyó y firmó el C. Licenciado Lucio Berlanga, Juez de Letras del Ramo Penal.— Doy fe y de que se agregue el poder presentado por el señor Licenciado Manuel Macías, mandando se le tenga como apoderado.— Doy fe.

México, Distrito Federal el 16 de abril de 1910.

Recibí en Saltillo Juez de Letras del Ramo Penal.

Recibido mensaje telegráfico referente a robo Compañía Guayulera Mexicana. Falta requisito de protesta que orden de arresto procede de autoridad competente. Por este motivo, con fundamento en los Artículos 9 y 23 de la Ley Reglamentaria del Artículo 113 Constitucional no puede obsequiarse exhorto.

El Juez Séptimo de Instrucción. — E. R. Miramón.

NOTIFICACION al Sr. Lic. Alfonso M. Siller apoderado de la Compañía “Las Filipinas”, S.A. en liquidación. En el interdicto de reponer la posesión por el Sr. Lic. Adrián Aguirre Benavides, como apoderado de la Compañía Guayulera de la Merced, S.A. se ha dictado una sentencia, cuya parte resolutive dice así:

Parras de la Fuente, Abril 14 de mil novecientos diez.

Primero.- El actor probó bien y cumplidamente la acción entablada.
Segundo.- Manténgase a la compañía Ganadera de la Merced, S.A. en la posesión de los lotes 2, 3, 4 y 5 (dos, tres, cuatro y cinco) de los terrenos de los “Alamitos” y “Don Pedrote”.

Tercero.- Háganse las intimaciones necesarias a la parte demandada “Las Filipinas”, S.A.” por haber intentado turbar la posesión a la compañía Ganadera de la Merced, S.A.

Cuarto.- Se reserva el derecho al que lo tenga para que proponga la demanda de propiedad.

Quinto.- Se condena a la Compañía, demandada “Las Filipinas, S.A.” en liquidación, al pago de costas, daños y perjuicios causados a la Compañía Ganadera de La Merced, S.A. Así definitivamente juzgándolo, resolvió, mandó y firmó el C. Lic. Librado Cisneros Cantú Juez de letras de este Distrito.- Doy fe.- Lic. L. Cisneros Cantú. C. Moreno. Rúbricas. Lo que notifico a Ud. en esta forma en cumplimiento del Artículo 18 del Código de Procedimientos Civiles.

Parras de la Fuente, Abril 18 de 1910.

México Abril 15/4/10

H. Lic.

Adrián Aguirre Benavides
Correos

Muy querido Adrián:

Ayer recibí tus dos mensajes,
el segundo en claro. Tuve confir-
mación de sus contenidos, y por
apreciación me devolvió ~~los~~ ~~carreos~~
el resultado de las conversaciones
que seré de hoy a mañana

Esta noche celebrare una
conferencia con el Genl. Díaz
que puede ser de importancia.

Si estas cosas, si acaso
llegan a referirse con respecto
al prebendo que conoces, es bueno
no se le admita. Publíquese la
defensa que me ofreciste, en la
inteligencia que se se por eso

de educación como alguien feliz.
 Para nosotros en Montevideo si son
 los mismos libros - pero en cualquier
 caso ya he insistido en el
 valor pedagógico que se consigue
 con el cambio de residencia -

Por supuesto que es imposible
 que se tengan todas las
 por esa altura, pero ya sabes
 mi parecer en caso contrario

Quizá un pariente que era
 albeugo en la época de la
 y le des la mejor publicación
 posible - En mis impresiones
 de los libros que tienen
 20.000 ejemplares y en modo de
 función a las periódicas
 para que se reanude -

Yo creo que será muy
 difícil se atreva a un trabajo

después de la Convención, pero
como es bueno esperar. Preparado
para todas eventualidades. Se
te escribe en presente.

No dejó de comunicarme en
Berlín si cualquier noticia
que se da, y gusto como siempre
de amigos que se quiera

Juan y Madero,

México 21.

México, D. F., 20 de Abril de 1910.

Sr. Lic. Adrián Aguirre Benavides,

Torreón, Coah.

Muy querido Adrián:

Recibí ayer tu grata LS del actual, así como copia de la que escribiste a papá con igual fecha.

Mucho gusto me da ver la actividad y celo que has desplegado en el asunto con los Filipinos, á lo cual es debido en gran parte que parásemos el golpe que estos hombres nos preparaban.

No puedo menos que considerar providencial la oportunidad con que falló el Juez de Parras, lo cual viene completamente á desarmar á nuestros enemigos.

Porque me halla te estaba engañando, pues nunca te dijo que habían librado orden de aprehensión contra mí, lo cual hicieron. Lo que pasó fue que dieron tan precipitadamente la orden, que se la mandaron directamente á Félix Díaz, que es el Inspector General de Policía, y él dijo que no obedecía órdenes del Gobernador de Saltillo sino del Gobernador de Distrito.

Además de eso, tropezaron ahora con el fallo del Juez de Parras y no se atrevieron á cometer ya el atentado contra mí. Creo que con el fallo del Juez de Parras estoy completamente á salvo ya de cualquier atentado en ese sentido, y creo que tampoco podrán hacer nada contra papá, en la reclamación que por daños y perjuicios entablaron los Filipinos. Debemos pues estar de plácemes.

Yo por acá no he hecho nada sobre el asunto, y tuve una entrevista con el Gral. Díaz provocada por Dehesa, tratando la cuestión política en general. También tratamos de la orden de aprehensión contra mí y me dijo que tuviera confianza en la Suprema Corte, á lo cual le contesté con una carcajada de muy buen humor, diciéndole que no tendría absolutamente ninguna confianza en ella, pues comprendía muy bien que si me aprehendían era porque había resultado candidato á la Presidencia de la República, y que á mí me preocupaba muy poco, puesto que la opinión sabría á qué atenerse y sería á él á quien acusarían de ese atentado contra mí, porque mi honradex no está á discusión en ninguna parte.

Te aseguro que el Gral. Díaz me causó el efecto de estar completamente decrepito, no le encontré ningunas de las cualidades que le encuentran todos los que le han entrevistado, pues ni me pareció imponente, ni hábil, ni nada. Por el contrario, tuve oportunidad de "semblantearlo" por completo.

Conoci todos sus proyectos, hasta los que tiene para dentro de uno ó dos ó tres años, mientras que él no cupo nada de los nuestros. Algunas veces quisiera hablarle con la seriedad con la cual probablemente causa tanto terror á los que le rodean, pero la verdad que esa seriedad la tenía con muy buen humor considerándola una bromita. Te

cuanto á sus frecuentes contradicciones que todo el mundo para descom-
pocibidas, porque todos lo admiran de una manera servil, y es si se las
recalcaba.

Puedo pues decirte que no me impresioné absolutamente la entre-
-vista que tuve con él y que mas bien él ha de haber estado convencido
cuido que no logró imponérsenos y que no le tengo absolutamente miedo.

Esta entrevista la creo de algún interés para nosotros, pues
el Gral. Díaz ha comprendido por fin que si hay ciudadanos bastante
viriles para ponérselo frente á frente y que no se le temen abso-
lutamente.

Sin otro particular por ahora, y esperando me escribirás comu-
nicándome el desarrollo de esos asuntos, quedo como siempre tu ami-
go y pariente que te aprecia,

Juan y Sebastián

Recibida la respuesta
recibida de telegrama en
el cual se le contestó de comun
cación de la prensa

Con confianza que este
mensaje me será favorable a
my contrarios en caso de
que aparezca en la
condición de ley de Cuba

Francisco J. Madero
Berlín 21.

México, D. F., 23 de Abril de 1910.

Dr. Lic. Adrián Aguirre Benavides,
Torreón, Coah/

Muy estimado Adrián:

Confirmando mi anterior fecha 19 del actual, que te mandé por conducto de don Abraham González para que llegase a tus manos con mayor seguridad, y acuso recibo á tu grata fecha 20 del mismo que he leído con interés.

Mucho te agradezco tus cordiales felicitaciones por el honor con que me distinguió la Convención Antieleccionista.

Me parece bueno tu plan de defensa y está bien que publiquen uno que otro artículo en los periódicos para contestar los ataques de la prensa enemiga. Respecto á lo que dice Martínez Ortiz, que está dispuesto á fundar un periódico con ese objeto, me parece un poco difícil é innecesario por lo pronto, puesto que tenemos tantos periódicos amigos que nos defienden. Lo que sí puede hacer él es escribir alguno en el "Espectador" y mandarlo también á los periódicos de ésta. Tú también puedes escribir algunos artículos en el "Espectador" y mandármelos á ésta para publicarlos.

Respecto a lo que me dices de la carta de Rafael Hernández, que se desprende existe aun la orden de aprehensión, yo creo que estas en un error al interpretarla de esa manera. Rafael Hernández opina lo mismo que yo, que con el fallo del Juez de Parras, es imposible que puedan intentar ninguna acción criminal. Quizas podrían hacer eso después de que ese fallo fuese revocado por el Tribunal de Saltillo, pero en caso de que ese fallo fuese revocado por el Tribunal, sería cuestión de pedir amparo y por lo menos se les entretendrían en todos estos asuntos unos dos meses y yo confío que para entonces no se atreverán ya a hacer nada y tengo grandísimas esperanzas de que también para entonces haya habido algunos cambios de trascendencia en la cosa pública.

Puedo asegurarte que los trabajos nuestros tienen mucha mayor importancia de lo que se les quiere dar. Debes comprender que para el gobierno era mas fácil haber impedido que se reuniese la Convención que no impedir que los ciudadanos en masa vayan á los comicios.

Ya me dirás lo que acuerdes con papá y quedo entretanto tu pariente y amigo que mucho te quiere,

F. J. Madero

Se celebró pues, la Convención del Tívoli con la presencia de Madero y fueron electos candidatos a la Presidencia y Vicepresidencia de la República, los C.C. Francisco I. Madero y doctor Francisco Vázquez Gómez.

He aquí el acta que se levantó de aquella convención histórica.

CONVENCION NACIONAL INDEPENDIENTE DE LOS PARTIDOS ALIADOS: “NACIONAL ANTI-REELECCIONISTA DEMOCRÁTICO”.

En la ciudad de México, a las nueve de la mañana del día quince de abril de mil novecientos diez, congregados en el salón principal del “Tívoli del Eliseo” ciudadanos Delegados de los Partidos políticos independientes, “Nacional Antirreeleccionista” y “Nacional Democrático”, con representaciones espontáneas y genuinas del Distrito Federal, Territorio de la Baja California, Silverbell (Arizona), E.U.A. y Estados de Aguascalientes, Chiapas, Chihuahua, Coahuila, Colima, Durango, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, México, Michoacán, Morelos, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tamaulipas, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán y Zacatecas; bajo la presidencia del Sr. Lic. Emilio Vázquez, Presidente del “Centro Anti-reeleccionista de México” se instaló la Asamblea, pasándose lista de Delegados, cuyo número ascendió a ciento veinte, de los cuales quince representaban al “Partido Nacionalista Democrático” y cinco al “Nacional Anti-reeleccionista”. En seguida se procedió a nombrar la Mesa Directiva que debía regir los actos de la Convención, la cual por aclamación, quedó integrada de la manera siguiente: Presidente, Lic. José Ma. Pino Suárez; 1er. Vicepresidente, Lic. Jesús L. González; 2º. Vicepresidente, Sr. Abraham González; 3er. Vicepresidente, Ing. Alfredo Robles Domínguez; Secretarios: Sres. Juan Sánchez Azcona, Manuel N. Oviedo y Lic. Roque Estrada; Escrutadores: Sres. Dr. Narciso González, Guillermo Baca y Salvador Gómez (*) y Vocales: Pedro

(*) La delegación por Jalisco fue numerosa; esto dio motivo a una equivocación con respecto al Sr. Gómez, consistente en creérsele delegado; pero él mismo manifestó no serlo.

Antonio Santos, Enrique R. Calleros, Lic. Urbano Espinosa, Aquiles Serdán, Prof. Gabriel Calzada y Rosendo Verdugo. Acto continuo, el señor Lic. Emilio Vázquez hizo la salutación a los Delegados y declaró instalada la Directiva de la Convención, retirándose del recinto en medio de una cariñosa y espontánea ovación. A continuación, el Secretario que suscribe dio lectura a un proyecto de reglamento económico para normalizar los procedimientos de la Convención, el cual fue anteriormente formulado por la mayoría de los convencionistas en juntas previas. Apenas se terminaba la lectura de dicho proyecto, cuando notóse en el salón expectación profunda, seguida por una ruidosa aclamación: fue que penetraba el enérgico y preclaro ciudadano, Lic. Toribio Esquivel Obregón. Se procedió luego a poner a discusión, en lo general, el mencionado proyecto reglamentario, el cual fue aprobado. Puesto a discutir en detalle, fueron aprobados sus primeros artículos, con la salvedad hecha a moción del que suscribe, relativa al segundo artículo, de que deberían discutirse y aprobarse los lineamientos generales de política a que la convocatoria a la Convención se refiere, como requisito previo para proceder a la presentación de candidaturas. El artículo quinto, que prescribía que los oradores, al proponer o apoyar candidaturas, solamente tendrían el derecho al uso de la palabra por una sola vez, y por espacio de diez minutos fue dura y brillantemente atacada por el Sr. Lic. Esquivel Obregón, quien por tal motivo ilustró, deleitó y convenció a una aplastante mayoría, que dio origen a discusiones concienzudas y altamente provechosas, que determinaron, en votación, la reforma de dicho artículo, en el sentido de prorrogar o ampliar el derecho al uso de la palabra por espacio de veinte minutos. Púsose a discusión el artículo sexto, el cual, el Sr. Lic. Esquivel Obregón, con argumentaciones contundentes de orden moral y de orden político, que le merecieron ovaciones aclamatorias a su indiscutible talento y vasta ilustración, fue atacado, pidiendo la supresión de dicho artículo por altamente inmoral, en su concepto. La discusión fue reñida y en ella tomaron parte muy importante y acertada, entre otros, los ciudadanos Lics. José María Pino Suárez y Urbano Espinosa. Agotada la discusión se sujetó por mayoría absoluta de votos. Desgraciadamente, al tomarse lista de delegados para proceder a la votación dicha, surgió un incidente desagradable, aunque natural y lógico; pues como en dicha lista no apareció el nombre del Sr. Lic. Toribio Esquivel Obregón, uno de los Secretarios, el Sr. Manuel N. Oviedo, lo manifestó así a la Asamblea y pidió no se tuviera en cuenta

el voto de dicho señor Licenciado, lo cual produjo protestas por parte de los simpatizadores del Sr. Lic. Esquivel Obregón. Vino la consiguiente discusión y tras algunas consideraciones, la Asamblea concedió voz, pero no voto al expresado distinguido letrado. Debo advertir, que al suprimirse el artículo sexto, pidió el Sr. Lic. Urbano Espinosa que se hiciera constar su voto en contrario. A solicitud del Sr. Lic. Esquivel Obregón, se facultó a la Directiva el nombramiento de una comisión encargada de formular y de presentar a la Asamblea un proyecto de “Lineamientos Generales de Política”; comisión que fue integrada por los Sres. Ing. Alfredo Robles Domínguez, Lic. Urbano Espinosa y Lic. Federico González Garza; señalándose a dicha comisión un término hasta de veinticuatro horas. Con lo cual terminó la primera sesión previa, a las doce y veinticinco minutos de la tarde.

A las tres y treinta minutos de la tarde, bajo la Presidencia del Sr. Lic. Pino Suárez y con asistencia de todos los Delegados se abrió la sesión. Por orden del señor Presidente, el Secretario que suscribe dio lectura a una entusiástica, viril, noble y sentida carta de nuestro correligionario, señor Filomeno Mata, fechada en la cárcel de Belén, en donde cumple una condena por la nobilísima causa de la Libertad, del Derecho y de la Democracia, que ha sabido defender en épocas de dura prueba. El solo anuncio de esa carta produjo una ovación de cariño inmenso por la suerte del autor, y su lectura fue recibida con el entusiasmo que provoca una actitud siempre firme, siempre resuelta, siempre abnegada. Los vivas al gran luchador intelectual, al anciano con corazón de joven, repercutieron en el recinto de la Asamblea. En seguida acordóse devolver al Sr. Mata su salutación y enviar otra a un congénere indomable y siempre altivo: señor Paulino Martínez, mártir en San Antonio, Texas, del ostracismo: El Sr. Filomeno Mata mandó en su carta su voto para la Presidencia y Vicepresidencia de la República a favor de los Sres. Francisco I. Madero y Dr. Francisco Vázquez Gómez. La Presidencia anunció que tocaba entrar a proposiciones de candidaturas para la Primera Magistratura de la Nación, para lo cual y con el objeto de meditación y acuerdo, concedió un receso de diez minutos. Vencido el receso, el Secretario que suscribe, como Delegado por Zacatecas y Guanajuato, y facultado por demás delegaciones del mismo Estado de Zacatecas y de los de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, San Luis Potosí, Sinaloa, Querétaro y Sonora, después de un brevísimo estudio sobre las personalidades

de los señores Fernando Iglesias Calderón, Lic. Toribio Esquivel Obregón y Francisco I. Madero, propuso a este último como candidato a la Presidencia de la República.

El Sr. Enrique Bordes Mangel propuso a su vez la del Sr. Lic. Esquivel Obregón. Hablaron en pro y en contra varios delegados; se lanzó la del Sr. Fernando Iglesias Calderón, y después de reposadas deliberaciones tendentes a aquilatar las tres personalidades, se declaró agotada la discusión y se concedió un receso de veinte minutos antes de proceder a la votación. Fenecido el receso, el resultado de la votación fue el siguiente: Fernando Iglesias Calderón, 3 votos, Toribio Esquivel Obregón, 23 votos; Francisco I. Madero, 159 votos. El resultado fue recibido con aclamaciones, vivas y hurras delirantes. El presidente declaró solemnemente como candidato de los partidos aliados “Nacionalista Democrático” y NACIONAL ANTIRREELECCIONISTA, al integérrimo y probo ciudadano DON FRANCISCO I. MADERO; declaración que hizo estallar el entusiasmo de la Convención y del público, que henchían el local. En seguida, la comisión presentó el proyecto de “Lineamientos generales de política” que debería normar la conducta de los candidatos del Partido, cuyo tenor es el siguiente:

1º. Restablecer el imperio de la Constitución, para que el pueblo disfrute en toda su latitud los derechos que ella le concede.

2º. Reformas a la Constitución, estableciendo el principio general de “No reelección”.

3º. Presentación de iniciativas que tiendan a mejorar la condición material, intelectual y moral de los obreros, combatiendo los monopolios, el alcoholismo y el juego.

4º. Que se fomente y mejore, de un modo especial, la instrucción pública.

5º. Que se fomenten las obras de irrigación y la creación de Bancos Refaccionarios e Hipotecarios en beneficio de la Agricultura, de la Industria y del Comercio.

6º. Reformas a la Ley electoral, a fin de alcanzar la efectividad del voto.

7º. Mayor ensanche del Poder Municipal, aboliendo las Prefecturas políticas.

8º. Fomentar las buenas relaciones con los países extranjeros y especialmente con los países latino-americanos.

El anterior proyecto fue recibido con aplausos. Se puso a discusión y después de extensas deliberaciones se sujetó a votación, resultando aprobado por mayoría absoluta de votos. Se facultó a

la Presidencia para que en lo particular nombrase una comisión, con el objeto de que se ofreciera la candidatura al Sr. Madero. Como una salvedad, debo asentar aquí que, al abrirse la sesión de la mañana se dio lectura a una carta del Sr. Madero, por medio de la cual suplicó a los delegados que trajesen instrucciones de votar en pro de su candidatura, que desde aquel momento procediesen libremente, desligados de todo compromiso. Con lo cual terminó la sesión, a las siete y quince de la tarde, citándose a los miembros de la Asamblea para el día siguiente, a las nueve de la mañana; dando fe de que el delegado por el Partido Nacionalista Democrático, Ing. Alberto Robles Domínguez en oficio dirigido al que suscribe, manifestó no creerse autorizado para aceptar la cláusula relativa a la “No-reelección”, dados los términos del manifiesto-programa constitutivo de dicho Partido. Al día siguiente, diez y seis de Abril de mil novecientos diez, se abrió la sesión, pasándose lista de Delegados. Se dio lectura a una carta dirigida por el señor Madero a la Convención por conducto de su Presidente, en la cual manifestó terminante y decidida aceptación de su candidatura; carta que motivó prolongadas aclamaciones. En seguida se dio lectura a un telegrama fechado en la Cárcel de Belén, en el cual se hacía una salutación a la Asamblea, por los hermanos en desgracia Señores Félix C. Vera, Alfonso B. Peniche, Aarón López, M. Atilano Barrera, Eulalio Treviño, Feliciano Orozco, Lázaro Velázquez, Venancio Aguilar, Casimiro H. Regalado, Arnulfo Zertuche, Cástulo Gómez, E. García de la Cadena, Miguel J. Barrón y Carlos Farfán. La mejor prueba del efecto de tal salutación, fue la de haber pedido y acordado enviar a dichos presos el producto de una colecta. Se pone en seguida a discusión la Vicepresidencia, y el Secretario que suscribe propuso, en nombre de las Delegaciones ya mencionadas, al Sr. Dr. Francisco Vázquez Gómez. Se habló en contra de dicha candidatura y surgió la del Sr. Lic. Toribio Esquivel Obregón; el delegado o uno de los delegados por el Distrito Federal, propuso la del Sr. José Ma. Pino Suárez. Por tal motivo, el delegado por el “N. Democrático” Sr. Marcos González, solicitó que se retirara del salón; solicitud que produjo algunas protestas y cariñosas manifestaciones para el Sr. Pino Suárez, personalidad altamente estimada por todo el elemento independiente. Tal petición fue cuerda y razonadamente apoyada por los argumentos experimentales del versado en cuestiones parlamentarias, Sr. Sánchez Azcona, a quien se adhirió el suscrito. Se

decidió la separación del Sr. Pino Suárez del salón por el tiempo de las deliberaciones consiguientes, quedando en su lugar el Primer Vicepresidente, Sr. Jesús L. González, quien nombró una comisión integrada por los señores Abraham González, Dr. Martínez Baca e Ing. Higareda Reed, para que acompañasen afuera del salón al Sr. Pino, quien al separarse recibió unánime y cariñosa ovación. Siguieron reñidísimos los debates sobre las tres candidaturas, principalmente entre las de los CC. Vázquez Gómez y Esquivel Obregón; tomando, en esos debates, parte casi toda la Asamblea; distinguiéndose en pro de la primera el Lic. G. Rojas y Lic. Calixto Maldonado, y en pro de la segunda el C. Enrique Bordes Mangel y Lic. César González. Llegó la hora de suspender los trabajos, lo cual se hizo, aplazándose a los delegados para continuar las deliberaciones para las tres de la tarde. A dicha hora, abierta la sesión, bajo la Presidencia del Sr. Lic. Jesús L. González, siguieron igualmente reñidas las deliberaciones por más de dos horas: se declaró suficientemente discutidas las candidaturas, se concedió un receso de veinte minutos, concluido el cual se procedió a votación, cuyo resultado fue el siguiente: Fernando Iglesias Calderón, 4 votos, Lic. José Ma. Pino Suárez, 14 votos; Lic. Toribio Esquivel Obregón, 82 votos, y Dr. Francisco Vázquez 113 (ciento trece) votos. El resultado hermanó a los contendientes en un “hurra” atronador y vivas al candidato de la mayoría. La Presidencia declaró solemnemente electo como candidato a la segunda Magistratura de la Nación, por los partidos aliados en la Convención, al eminente y modesto Ciudadano, Dr. FRANCISCO VÁZQUEZ GÓMEZ, quien fue ruidosa y sinceramente aclamado. Surgió un incidente poco democrático, contrarrestado por otro altamente democrático: uno de los Delegados de Veracruz, invitando a otros del mismo Estado, manifestó que por considerar él que las candidaturas triunfantes no llenaban las aspiraciones populares, se retiraba y desligaba del Partido, lo que produjo una elocuentísima protesta, primero por otro delegado de Veracruz, Sr. Gabriel Gavira, quien manifestó que aún quedaba en la Asamblea importantísima representación veracruzana, la cual rechazaba el acto antidemocrático y torpe del delegado Alonso, y luego por todos y cada uno de los demás derrotados, quienes en medio de frenéticas ovaciones y efusivos abrazos, manifestaron

acatar y sostener la voluntad de la mayoría, porque era la voluntad nacional. Un reporter de la prensa se acercó al suscrito para inquirir el nombre del delegado disidente, y espontáneamente otro delegado por el mismo Estado, Sr. Ignacio G. Huerta, suplicó a la Asamblea que no se tomara ningún acuerdo sobre dicho incidente, que se aplazase, con el objeto de evitar una mancha sobre el siempre progresista Estado de Veracruz. (Ovación ruidosa.)

Púsose luego a discusión la candidatura para Magistrados a la Suprema Corte de Justicia; informó el suscrito que procedía la designación de cinco Magistrados; se propusieron varias candidaturas, se deliberó bastante y se aprobaron al fin las siguientes: Lic. Toribio Esquivel Obregón, Lic. Jesús L. González, Lic. Celedonio Padilla, Lic. José Ma. Pino Suárez y Lic. José Ferrel. Como se ve, fue propuesta la designación de quien presidía la Asamblea Sr. Lic. González; por lo cual abandonó el salón, acompañado por una comisión de tres personas, quedando presidiendo los actos de la Asamblea el C. 2º. Vicepresidente, Abraham González, quien hizo la declaración correspondiente de que quedaban designados los ciudadanos referidos para candidatos a la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Después de algunas otras solicitudes que se aplazaron para tratarse a su tiempo, se facultó al Presidente de la Asamblea para que nombrase una comisión, con el objeto de ofrecer al Sr. Vázquez Gómez su candidatura. Terminó la sesión, citándose a los Delegados para el día siguiente, a las 9 a.m., y nombrándose para redactar el manifiesto a la Nación a los ciudadanos José Ma. Pino Suárez, Juan Sánchez Azcona y Lic. Federico González Garza.

A las nueve y treinta minutos de la mañana del domingo diecisiete del mismo Abril, se abrió la sesión, bajo la Presidencia del Sr. José Ma. Pino Suárez, pasando la lista de delegados y habiendo quórum. El Secretario que suscribe dio lectura a la acta de las sesiones anteriores, la que fue aprobada con las modificaciones hechas ya constar arriba. A continuación el Secretario 2º. dio lectura a la comunicación dirigida a la Asamblea por el C. Dr. Francisco Vázquez Gómez, en la cual manifestó su aceptación de la candidatura al cargo de la Vicepresidencia de la República; aceptación que arrancó ovaciones estruendosas. Se nombró una comisión integrada por los ciudadanos Lic. Luis G. Rojas, Juan

Sánchez Azcona, Rafael Martínez y Dr. Narciso González, con el objeto de ir en busca de los ciudadanos Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez, y de llevarlos al recinto de la Asamblea a las once de la propia mañana, a fin de que rindiesen su protesta ante la Convención. El Presidente de la Convención propuso las personas que estimó aptas para integrar el “Comité Ejecutivo Electoral”, proposición que fue impugnada en parte y defendida en total por varios miembros de la Asamblea. Después de discutirse ampliamente y de sujetarse a votación, el referido Comité quedó integrado de la manera siguiente:

- Presidente honorario: Lic. Emilio Vázquez.
- Presidente efectivo: Dr. Francisco Martínez Baca.
- Vicepresidente: Juan Sánchez Azcona.
- 1er. vocal: Lic. Roque Estrada.
- 2º. Vocal: Lic. Federico González Garza.
- 3º. Vocal: Octavio Bertrand.
- 4º. Vocal: Lic. Jesús Munguía Santoyo.
- 5º. Vocal: Ing. Manuel Urquidi.
- 6º. Vocal: J. G. Higareda Reed.
- 7º. Vocal: José de la Luz Soto.
- 8º. Vocal: Rafael Martínez.
- 1er. Secretario: Pedro G. Rodríguez.
- 2º. Secretario: Fortino B. Serrano Ortiz.
- 3º. Secretario: Rafael D. Beltrán.
- 4º. Secretario: Vicente Ferrer Aldana.

En los momentos en que se discutían las anteriores designaciones fueron introducidas al local de la Asamblea los CC. Francisco I. Madero y Dr. Francisco Vázquez Gómez, entre no interrumpidas salvas de aplausos. Se procedió solemnemente a tomarles la protesta de cumplir y hacer cumplir la Ley y los principios y lineamientos de política del Partido, sostenidos y aprobados por la Convención; protesta que se rindió ante la pública expectación, que se tornó al terminar, en una aclamación frenética. A continuación tomaron la palabra, sucesivamente, los CC. Madero y Vázquez Gómez, siendo continuamente interrumpidos con ovaciones delirantes. En seguida salieron los candidatos del recinto, siendo despedidos por los

delegados con conmovedora ovación y seguidos por una gran muchedumbre entre aplausos y vítores. Se discutió si debían darse al Comité ejecutivo facultades expresas para normar su conducta, o si sus facultades estaban imbibidas en los mismos acuerdos de la Convención. Después de algunos debates, se aprobó el segundo extremo de la anterior proposición: el Comité Ejecutivo no tiene más facultades que la de llevar a la práctica las resoluciones de la Convención. A continuación rindieron su protesta ante la Directiva de la Convención, los miembros del Comité. La Presidencia designó al Sr. Lic. Urbano Espinosa para pronunciar el discurso de clausura; terminado el cual, la Convención Nacional Independiente de los partidos aliados: “Nacional Anti-reeleccionista” y “Nacional Democrático” dio fin a sus trabajos en el Salón del Tívoli del Eliseo a la una de la tarde del 17 de Abril de mil novecientos diez, primer centenario de nuestra hegemonía política. Nota aclaratoria: En la sesión de la tarde del día 15, el Sr. Ing. Alfredo Robles Domínguez no pudo asistir a la discusión de candidaturas a la Presidencia de la República; por lo cual y por ser delegado del Partido N. Democrático, él no tenía candidaturas previas y se veía en el caso de salvar su voto. Conste.

El Presidente, José María Pino Suárez, Primer Vicepresidente, J.A. González, 2º. Vicepresidente, Abraham González, Luis G. Rojas, Francisco Martínez Baca, Nicolás Meléndez, Alex Mac Kinney, Ignacio Garrido Huerta, Agustín Arriola Valadés, Bartolo G. Macías, Aurelio Centeno, Agustín Díaz Durán, Valeriano Pérez, Enrique R. Calleros, J. Miguel Sevilla, B. Serrano Ortiz, Juan R. del Castillo, S. Herrera Moreno, Gabriel Gavira, Juan López, Pilar Rivera, Aparicio Sánchez, Manuel N. Oviedo, Narciso González, Alberto Sánchez Vallejo, Manuel Caballero, Gabriel Calzada, Cayetano Trejo, Dr. Ricardo Pérez, Samuel Solís, Carlos G. Vera, Pedro Flores, Jesús Razo, Cándido Aguilar, Miguel Cuevas Paz, Ramón M. Rosales, Nicolás López, Samuel A. Piña, Rafael Herrera, Cesario Castro, José D. Lozano, Franco Cortés, Pedro Álvarez del Campo, Pedro Morales, Fabián Díaz, Porfirio Meneses Córdova, Eutasio Paleta, Guillermo Baca, Agustín Abundes, Daniel Frías, Felipe Riveros, Fernando Lima, Eugenio Morales, Rosendo Verdugo, José María E. Gámez, P. A. Santos, E. Bordes Mangel, Marcos González, Ángel Vera, Ing. J. G. Higareda Reed, Aquiles

Serdán, Rafael D. Beltrán, Manuel Urquidi, Lic. Federico González Garza, Hilario Sánchez, Vicente F. Escobedo, Eulalio Gutiérrez, Marcos López Jiménez, Miguel F. Hernández, José de la Luz Soto, Abraham González, Fortino B. Serrano Ortiz, Pedro G. Rodríguez, Francisco Salinas, Salvador Gómez, José Méndez del Toro, Trinidad Rojas, Eulalio Martínez, Octavio Bertrand, F. Cosío R., F. de P. Sentíes, J. Sánchez Azcona, G. Urquiza, Tomás Silva, Alfredo Ortega, C. A. González, Erban Espinosa, Francisco A. Beltrán, C. Maldonado R., Miguel C. Corona, J. García, Esteban García, Isaac Barrera, Jesús R. Gavaldón. (Siguen firmas.)

El Secretario
R. Estrada

Al aceptar Madero la candidatura, pronunció el siguiente llameante discurso:

CONCIUDADANOS:

Comprendo que si me habéis hecho la alta honra de designarme candidato del Partido Nacional Antirreeleccionista, para el puesto de Presidente de la República, es porque estáis convencidos de que el más puro patriotismo ha guiado mis pasos, y de que en mí encontraréis siempre al ciudadano dispuesto a sacrificarse por la Patria.

Comprendo que los únicos y escasísimos méritos que tengo para que me hagáis tal distinción, son únicamente los de haber luchado con energía y patriotismo al frente de vosotros, durante esta campaña que tiene por objeto reconquistar la soberanía del pueblo.

Comprendo que al haber cristalizado los anhelos del Partido Nacional Antirreeleccionista en mi humilde personalidad, ha puesto sobre mis hombros una carga que sería abrumadora si no contase con vuestra ayuda para llevarla, que estaría arriba de mis fuerzas, si no estuviese resuelto a dedicarlas todas a su cumplimiento, si no estuviese resuelto a sacrificar, si es preciso, hasta mi vida, en aras de la Patria.

Comprendo, por último, que las candidaturas del Partido Nacional Antirreeleccionista, vienen a encarnar el ardentísimo deseo de todos los mexicanos, de verse gobernados por la Ley, de que la justicia ampare a todos los mexicanos, de que los fondos públicos sean

manejados con integridad y gastados en instituciones que beneficien al pueblo. En resumen, yo y a quien elijáis como candidato para la Vicepresidencia, encarnamos las aspiraciones de la Nación, que desea Justicia, honradez administrativa, integridad en el manejo de los fondos públicos y Ley.

En estos momentos, soy la encarnación de esos ideales abstractos, y considero que la próxima lucha tiene por objeto conquistar el triunfo de esos ideales, y no precisamente el triunfo de mi candidatura, pues el pueblo mexicano quiere Ley, quiere Justicia y quiere que se le gobierne constitucionalmente; pero no se empeña en que sea precisamente yo quien lo gobierne.

Íntimamente convencido de esta verdad y resuelto a ser digno de la confianza que vosotros depositáis en mí, me veo en el caso de hacer las siguientes declaraciones:

1º. Acepto la candidatura para la Presidencia de la República que me ofrecéis en nombre del Partido Nacional Antirreeleccionista.

2º. Me dirigiré al actual Presidente de la República y candidato del Partido Reeleccionista para el mismo puesto, dándole a conocer este acuerdo. Le diré que por mi parte, estoy resuelto a acatar la voluntad nacional libremente expresada en los comicios; le haré ver, igualmente, cuán peligroso será llevar a otro terreno que no sea el de la Democracia, la solución de la actual contienda política, haciéndole comprender que el pueblo está resuelto a hacer respetar su soberanía y que será peligroso cualquier atentado contra él.

Espero que el general Díaz se convencerá de mi razonamiento —prosiguió diciendo el señor Madero en este su gran discurso—, nos dejará trabajar libremente y respetará la voluntad nacional, libremente manifestada en los comicios; pero si desgraciadamente el general Díaz olvidando sus deberes para con la Patria, olvidando que el puesto que ocupa lo debe al pueblo y desconociendo las ardientes aspiraciones de la Nación y los vehementísimos deseos del pueblo para reconquistar su soberanía, favorece o permite que se nos pongan trabas en nuestra campaña política, que se nos coarten las libertades concedidas por la Constitución y que se defraude el voto popular en los comicios, con objeto de imponer, por medio del fraude su candidatura y la del señor Corral, declaro solemnemente que en este caso, defenderé vigorosamente los derechos del pueblo; y si el general Díaz, deseando burlar el voto

popular, permite el fraude y quiere apoyar ese fraude con la fuerza, entonces, señores, estoy convencido de que la fuerza será repelida por la fuerza, por el pueblo resuelto ya a hacer respetar su soberanía y ansioso de ser gobernado por la Ley.

Comprendo la gravedad de esta declaración, comprendo los peligros que pueda acarrear al país una revolución, pero sé que el pueblo no permitirá el establecimiento de una dinastía autocrática, no permitirá que sea impuesto como sucesor del general Díaz el señor don Ramón Corral, puesto que indudablemente los males que acarreará sobre el país, serán mil veces superiores a los de un conflicto armado, porque está en todas las conciencias, la idea de que se administración llevará a nuestra Patria a una decadencia vergonzosa y humillante, que nos imposibilitará, para defender algún día nuestra dignidad e integridad nacionales.

Por lo demás, no veo qué derecho pueda tener el general Díaz para desconocer el voto público y para ultrajar la soberanía nacional.

Pero comprendo que es muy difícil que el general Díaz se resigne a dejar el poder, y comparto la creencia general de que recurrirá a todos los medios para sostenerse en él. Por otra parte, la Nación no ve precisamente en su reelección la principal amenaza, sino en la designación del próximo Vicepresidente, puesto que indudablemente éste tendrá que llevar las riendas del Gobierno, porque el general Díaz por su avanzada edad, ya no podrá hacerlo, además de que, según todas las estadísticas de mortalidad, tiene escasísimas probabilidades de llegar con vida al fin del próximo sexenio constitucional.

Tomando lo anterior en consideración, y con el objeto de evitar que el país vuelva a ser ensangrentado con luchas fratricidas, declaro altamente que estoy dispuesto a renunciar mi candidatura, siempre que el general Díaz esté dispuesto a celebrar un arreglo con nosotros, que tenga por base ineludible, seguridades satisfactorias de que en lo sucesivo seremos gobernados por la Ley, seguridades de que en los próximos comicios habrá libertad absoluta para la designación de Vicepresidente, Diputados, Senadores, Magistrados, y, como garantía de que el voto público será respetado, que, desde luego, algunos de los actuales gobernadores sean substituidos por ciudadanos designados en convenciones antirreeleccionistas o, por lo menos, netamente independientes.

Comprendo que aparentemente esto es contra la soberanía de los Estados; pero, señores, estamos hablando con el lenguaje de la

verdad, y sabemos muy bien que en los actuales momentos, la tal soberanía es ilusoria; sabemos muy bien que todos los gobernadores presentarán su dimisión al recibir la más ligera indicación del general Díaz, y que los habitantes de cualquier estado de la República recibirán con inmenso júbilo la noticia de que sus respectivos gobernadores hayan renunciado. Está, pues, en poder del general Díaz poder satisfacer esta aspiración nacional; está en su mano asegurar la pacífica evolución de la República a fin de que en un futuro no lejano, la Ley vuelva a tener todo su imperio y el pueblo recobre su soberanía desde las próximas elecciones.

En el caso de que se llegue a esos arreglos, a fin de que por ningún motivo se vaya a dudar de mi patriotismo y desinterés y no se vaya a tomar por pretexto que mis ambiciones personales son obstáculos para los arreglos expresados, declaro solemnemente que en este caso no admitiré ningún puesto en la nueva administración y sólo solicitaré de mis conciudadanos que me den su voto para representarlos en las Cámaras de la Unión, pues estoy seguro de que allí, como en cualquier otra parte, podré servir a mi Patria.

También declaro que en el caso desgraciado de que el pueblo recurra a la fuerza para hacer respetar su soberanía como sucederá si es ultrajada de algún modo escandaloso en los próximos comicios, y al obtenerse la victoria por parte del pueblo, también renunciaré mi candidatura y no aceptaré, por ningún motivo, se me postule, pues no deseo ascender al poder sobre la sangre de mis hermanos, y deseo abolir, para siempre, el funesto precedente de que la silla presidencial ha de ser ocupada por el soldado victorioso en contienda fratricida. Deseo, sí, subir por el voto de mis conciudadanos; deseo, sí, ocupar ese puesto por el magisterio de la Ley, pues creo que para el engrandecimiento de mi Patria, es preciso desarrollar el siguiente programa, que es el mío, y que será el que norme mis actos como gobernante:

- 1°. La norma de mis actos será siempre la Ley.
- 2°. Cuando las leyes sean de aplicación imposible o inadecuadas, haré que se presenten al Congreso las iniciativas necesarias para reformarlas.
- 3°. En lo referente a las Leyes de Reforma, me limitaré a respetar el “statu quo”, hasta que dichas leyes sean revisadas por el Congreso, integrado por legítimos representantes del pueblo.
- 4°. Mi principal anhelo, será asegurar al pueblo el uso de sus

derechos políticos y, con tal motivo, no apoyaré nunca lo que se ha dado en llamar candidaturas oficiales; por lo contrario, procuraré que el pueblo, en convenciones electorales, designe sus candidatos.

5°. Haré que sean estudiadas detenidamente las leyes electorales, a fin de que se presenten al Congreso las iniciativas de Ley que sean convenientes para reformar la Ley Electoral, para que el Sufragio sea Efectivo y respetado el voto de los ciudadanos.

6°. Haré que se presenten al Congreso las iniciativas de ley correspondientes, a fin de que la Constitución de la República sea reformada en el sentido de que se prohíba la Reelección del Presidente de la República.

7°. Pondré en juego toda la influencia del Ejecutivo para hacer que las Entidades federativas reformen sus constituciones locales, prohibiendo la reelección de sus Gobernadores y Presidentes Municipales dando mayores libertades a los Municipios y aboliendo la institución de las Jefaturas y Prefecturas Políticas.

8°. Haré que se presente la iniciativa correspondiente para que la Ley de Imprenta sea reformada, dando mayores garantías para la libre emisión del pensamiento.

9°. En vez de seguir construyendo espléndidos palacios, teatros, etc., dedicaré los sobrantes del Erario al fomento de la instrucción pública, creando el mayor número posible de escuelas primarias, tanto urbanas como rurales, a fin de que las luces de la enseñanza lleguen al último rincón de la República.

En cuanto a la instrucción secundaria, haré que se introduzcan las reformas necesarias, a fin de que sea más eficaz y efectiva, creando, a la vez, mayor número de escuelas secundarias y quitando las trabas que actualmente tiene la instrucción libre, a fin de que pueda competir en el mismo terreno con las escuelas oficiales, lo cual será un estímulo para ambas, con beneficio del país en general.

10°. Haré que se presenten las iniciativas de ley convenientes para asegurar pensiones a los obreros mutilados en la industria, en las minas o en la agricultura, o bien, pensionando a sus familiares, cuando aquéllos pierden la vida en el servicio de alguna empresa.

11. Además de estas leyes, haré lo posible por dictar las disposiciones que sean convenientes y favoreceré la promulgación de leyes que tengan por objeto mejorar la situación del obrero y elevarlo de nivel material, intelectual y moral.

12. Siendo uno de los principales males del país el alcoholismo, iniciaré una campaña enérgica y constante en contra de él, por todos los medios legales y haciendo que sean presentadas al Congreso, las iniciativas de ley que juzgue conveniente para dicho objeto.

13. Siendo la Agricultura la base de la riqueza pública, procuraré fomentarla por cuantos medios sea posible, favoreciendo la creación de Bancos Refaccionarios e Hipotecarios que la impulsen, así como la construcción de presas, pozos artesianos y obras de irrigación en todas clases.

También favoreceré a la pequeña agricultura, impidiendo, desde luego, que los pocos terrenos que aún posee la Nación no pasen a manos de grandes propietarios, y procurando que sean colonizados por pequeños propietarios mexicanos o emigrantes extranjeros.

14. En cuanto a la Minería y a la Industria, se les seguirá fomentando por cuantos medios sean posibles, siempre que no sean en detrimento de los intereses generales de la Nación.

15. Al capital extranjero le daré toda clase de franquicias, pero ningún privilegio, así como tampoco a los nacionales. Siendo los monopolios una amenaza para las empresas en pequeña escala y para los intereses generales del pueblo, los combatiré con los medios legales, y si las leyes vigentes no son suficientes para ello, haré que se presenten a las Cámaras las iniciativas de ley necesarias para este objeto.

16. Seguiré la política ferrocarrilera iniciada por el Gobierno actual, procurando únicamente acelerar la mexicanización del personal.

17. Procuraré que los impuestos sean repartidos con equidad y proporcionalmente al capital de cada empresa, aboliendo las igualas que propone en condiciones tan desventajosas a las pequeñas empresas.

18. En cuando al Ejército, suprimiré los actuales medios de reclutamiento tan atentatorio y haré que se estudie el medio de reformarlo, de manera que pueda prestar servicios más eficaces, y esté a la altura de su misión, que consiste en defender en cualquier emergencia, las instituciones republicanas, la integridad y el honor nacionales. Como un medio auxiliar y muy poderoso para esto, haré que se establezca la instrucción militar obligatoria en todas las escuelas de la República, procurando que esta instrucción sea eficaz y práctica. De esta manera, y estableciendo algún sistema de milicias que obligue a los ciudadanos a seguir practicando

periódicamente los ejercicios militares, todo ciudadano mexicano podrá ser, en cualquier momento, un buen soldado. Además de que estas instituciones darán más fuerza en nuestras costumbres, haciendo que se popularicen, entre nosotros, los ejercicios físicos, propios a mejorar físicamente nuestra raza.

19. En cuanto a las relaciones exteriores, procuraré siempre que sean cordiales con todas las naciones. Trabajaré por estrechar nuestras relaciones con todas las naciones civilizadas, pero muy especialmente con la América Latina, dirigiendo prudentemente los pasos de nuestra política exterior, a fin de lograr la unión de las cinco Repúblicas centroamericanas en una sola República Federativa. Con nuestro poderoso vecino de los Estados Unidos, procuraré llevar relaciones no solamente amistosas, sino fraternales, si ellos lo desean, pero siempre que tengan por base el respeto a la soberanía, a la integridad y a la dignidad de la República Mexicana. Con este programa, procurando la mayor integridad en el manejo de los fondos públicos, asegurando la independencia de los poderes Legislativo, Judicial y Ejecutivo, y haciendo que la Constitución sea la norma de mis actos, creo se encauzará definitivamente al pueblo mexicano, a su felicidad y grandeza.

Sin embargo, considero que este programa encarna las aspiraciones nacionales y existen muchos mexicanos capaces de llevarlo a cabo. Por otra parte, juzga indispensable, para garantizar nuestras instituciones, que se adopte de un modo efectivo el principio de la No-Reelección. Por tal motivo, declaro solemnemente que aun en el caso, muy poco probable, de que la Constitución no fuese reformada en tal sentido yo, por ningún motivo aceptaré ser reelecto como Presidente de la República.

Además, a los oficiales, acostumbrados a identificar su vida con la Patria, resueltos siempre a sacrificarse por ella, sería hacerles la más tremenda injuria, creer que sus corazones no palpitan al unísono del alma nacional y que dentro de sus pechos no existe ese inmenso amor a la Libertad y a la Ley, que en estos momentos conmueve al pueblo mexicano.

Por tal motivo, el pueblo y el Ejército estarán con nosotros para hacer que la voluntad nacional sea respetada y que, en lo sucesivo, sea la Ley la que rija los actos de nuestros gobernantes.

Que el General Díaz pese, pues, las consecuencias de sus actos, que se resuelva a obrar patrióticamente, aceptando un arreglo satisfactorio, o bien, que se resigne a luchar contra nosotros, lealmente, en el campo de la Democracia, en las urnas electorales. Yo, de antemano, protesto que sumiso acataré el fallo de la oposición nacional. Y si él observa igual conducta, se habrá consolidado, en nuestro país, una de las conquistas más preciadas: la Paz, y se habrá sentado el precedente, de una vez para todas, de que el pueblo es el soberano, y que ante su voluntad deben todos inclinarse. En resumen, señores, en estos momentos la aspiración suprema de la Nación es ser gobernada por la Ley. Para lograrlo, debemos unirnos fraternalmente todos los mexicanos, olvidando toda clase de odios, de rencores, de ambiciones personales e inspirándonos únicamente en el amor a la Patria, ocurriendo a los comicios para allí dirimir nuestras contiendas políticas pues a nadie se le oculta el inmenso peligro para la Patria de que tales cuestiones sean llevadas al terreno de la fuerza bruta así como la inmensa responsabilidad que pesará sobre aquel que desconozca la soberanía popular y cometa el primer acto ilegal, el primer atentado contra la Ley.

Es importante conocer la opinión de Bulnes sobre la composición del Partido Antirreeleccionista que emite en la obra *El verdadero Díaz*, página 417, capítulo sobre la “Extremaunción de la Democracia”, como sigue:

El aspecto de la Convención Antirreeleccionista fue imponente por la significación de sus miembros. Por la primera vez, se vio en una asamblea mexicana de representantes de Clubs Políticos, a sendos aldeanos, a lo más sombrío del medio pelo social, del medio pelo literario, del medio pelo profesional. Se vio a un proletariado intelectual desabrido, sin brillo, sin elocuencia, sin aptitud civilizada, rugiente y desaliñado, firmando las esperanzas de un pronto cataclismo. Aparecieron tipos de campesinos o artesanos, que después fueron –Feld– mariscales de la Revolución: Cándido Aguilar Castro, Gabriel Gavira, Eulalio Gutiérrez, Luis Gutiérrez, Cesáreo Castro, José de la Luz Soto. Como los Clubs eran

Revolucionarios, lo que se encontraba en aquella Asamblea era nada menos que la Revolución Social, que debería devorar al grupo de burgueses que la había organizado. Se sentía que la Mesocracia había caído, para erguirse el peladaje; el proletariado aldeano postergaba al proletariado intelectual. No cabía duda si se dejaba triunfar aquella gente misteriosa, se lograría una Revolución en que todo lo de arriba debía caer, y todo lo de abajo sobreponerse y todo lo civilizado hundirse (???). El apostolado anarquista, desempeñado por maestros de escuela normalista, pastores protestantes mexicanos, periodistas páuperos, abogados de villorrio recién paridos por infectas aulas, masones grasientos y machucados; todo ese elemento de agitación a fondo, hasta escarbar las entrañas sociales, ejecutaría su campaña contra el régimen social clásico, con método estricto de tempestad. Los indios (en Morelos), por la primera vez dejaron de leer en su “Carta Política” el dogma de su tradición “Fuerza y Piedad”, borrando la segunda palabra y decidiendo confiar todo a la fuerza, no a la del Emperador, no a la del Papa, no a la del Misionero, no a la del Cura, no a la de sus apóstoles mesocráticos, siempre traidores y depravados, sino a la fuerza propia y su odio se clavó en tres figuras extraordinariamente aborrecidas: el científico ladrón, el terrateniente colonial, el tirano zapoteca que chorreaba jefes políticos por todas partes, blancos o mestizos, sanguinarios y brutales, enemigos irreconciliables de la raza indígena, de los verdaderos dueños del territorio de las haciendas, de herederos de las riquezas inauditas hechas por sus ídolos de mirada opaca de muerte. *Había acabado la resignación de cerca de cuatro siglos, había acabado el miedo al blanco que ya no se vestía de hierro, ni era de hierro, ni dominaba con hierro...* estaba resuelto a ejecutar algo más grande, a acabar con la imposición de la conquista [Hasta aquí Bulnes].

Es importantísimo reconocer la pobre opinión de los periódicos *El Imparcial* y *El País*, sobre la conveniencia y la personalidad del candidato Madero, a quien se juzgaba inepto, inapropiado e incapaz de enfrentarse al tirano y derrocarlo. *El Imparcial* –fiel servidor del porfirismo– dedicó a la Convención Antirreeleccionista, gran hito en nuestra historia de los últimos cincuenta años:

Publicamos en otra página de nuestro número de hoy, una crónica de la reunión de los delegados a la Convención Antirreeleccionista y por ella, puede fácilmente juzgarse de la absoluta falta de importancia y seriedad de ese conjunto.

No era, por lo demás, difícil predecir tal resultado, dados los antecedentes de un intento que no tiene arraigo ni resonancia en el país. Vanamente ha tratado el reducido número de individuos, que encabeza el movimiento, presentar a éste como la manifestación de una idea compartida por un grupo apreciable de la nación...

Y es inútil el esfuerzo: la famosa convención anunciada por la hoja impresa que forma en las filas, ha pasado totalmente inadvertida para el vecindario, que ni cuenta se ha dado de que el sedicente partido antirreeleccionista, celebrara uno de sus actos más trascendentales. Era natural que así fuera: como que ese partido ni existe en la República, puesto que, como hemos evidenciado multitud de veces, no puede llamarse partido a un puñado de caballeros perfectamente desunidos en tendencias, criterios y aspiraciones, que sólo se agrupan para diferir el resto de sus conciudadanos.

A *El País*, tampoco le convence don Francisco I. Madero como candidato a la Presidencia de la República. He aquí lo que dice en un editorial en que, por otra parte, hace profesión de fe neutralista:

¿Quién es el señor Francisco I. Madero?, un buen propietario del Estado de Coahuila, a quien nadie, fuera de sus vecinos, conocía hace algunos meses y a quien ahora conocemos algunos por un libro trivial que publicó y por las misiones políticas que ha dado últimamente en algunas poblaciones...

Nosotros no podemos juzgar como un acto serio los resultados de la convención. Es absolutamente imposible persuadirse de que doscientos representantes de las agrupaciones políticas independientes del país, es decir, la flor y nata de ellas, hayan creído de veras que el ciudadano, o si se quiere el liberal más prominente de la República, el más prestigiado, el más apto para conducir a grandes destinos; el más acreditado por un cúmulo de antecedentes excepcionales, ya que no gloriosos, el que se halla en la cumbre de la popularidad y desde ella satisface las exigencias

de la opinión nacional en estos instantes, es don Francisco I. Madero.

Esto, repetimos, no puede discutirse seriamente.

Por eso es indudable que toda la labor política independiente ha fracasado. Lo hecho por la Convención es un suicidio.

Con profunda *pena lo reconocemos y lo deploramos.*

Madero llevó a cabo en todo el país una campaña política que tuvo el éxito más feliz, porque despertó el espíritu público adormecido y porque supo inspirarle fe al pueblo y confianza en que lo llevaría a la victoria. Logró así una popularidad arrolladora, que no tiene paralelo en la Historia de México.

En la gira que se hizo por su cuenta, lo acompañaron su esposa que no se separó de él más que en el periodo de la lucha armada, y su taquígrafo Elías de los Ríos, a quien él le había costado su educación. En la primera etapa, fue con él el ingeniero Félix F. Palavicini, y en la segunda Roque Estrada. Madero carecía de estudios literarios españoles o mexicanos. En México sólo había estudiado la primaria que en aquellos años se limitaba a estudios elementales: leer, escribir y contar, puede decirse que apenas conocía las más elementales reglas de la gramática. Nunca estudió literatura. Toda su educación fue en Francia y en Estados Unidos. Siempre fue muy estudioso, sobre todo de Historia Nacional. En consecuencia, no estaba preparado para ser un orador, pero le sobraba empeño y patriotismo. Ya en las campañas de Coahuila se había atrevido a hablar en público, y lo inspiraba la seguridad que tenía de que iba a decir la verdad y para tal empresa, no se requieren galanuras del lenguaje ni la belleza literaria. Su voz iba al pueblo no a una academia de sabios o de literarios; y al pueblo le iba a decir lo que ya sabía y de sobra; que las cárceles

estaban llenas de patriotas que tenían el atrevimiento de reclamar libertades y que en los cementerios yacían los poquísimos que se habían aventurado a intentar derribar al tirano. Palavicini y Estrada llenaban el cuadro satisfaciendo a los oyentes de mayor ilustración.

Con Palavicini, fue el 18 de junio de 1909 por el tren diurno a Veracruz. En Orizaba se incorporó el líder obrero y más tarde general muy distinguido de la Revolución, además de gobernador de ese estado, Heriberto Jara, que aún vive modestamente. Fueron recibidos en la estación del puerto, por centenares de partidarios y desde el balcón del hotel, Madero arengó al pueblo. El día 20 se celebró un mitin en el teatro Dehesa, siendo oradores el licenciado José Hinojosa, de Monterrey, director de *El Dictamen*, Palavicini y Madero al último, con enorme entusiasmo popular. Se embarcaron por la *Ward Line* a Progreso, en donde fueron recibidos por el periodista independiente Carlos R. Menéndez, Delio Moreno Cantón y Pino Suárez con su cuñado Cámara. El día 25 llegaron a Mérida, siendo recibidos por más de 3,000 almas al grito de “Viva Madero, viva la No-Reelección”. Le dio la bienvenida el líder popular Tomás Pérez Ponce, quien tenía muy alto y justificado prestigio de hombre puro y apóstol de los de su clase. A pie y seguido por la multitud, llegaron al hotel en donde quisieron arengar al pueblo, lo que impidió el jefe de la policía. El día 27 en la Plaza de Santa Ana, a las 11 a.m., tuvo lugar un mitin en el que hablaron el licenciado Calixto Maldonado, Pino Suárez y Madero. Millares de asistentes y un entusiasmo desbordante. El 28 por tren a Campeche, en donde fueron recibidos por Salvador Martínez Alomía y Juan Zubarán. Se instaló un club antirreeleccionista y en la noche, en la carpa

de un circo, se celebró un mitin en el que hablaron Palavicini y Madero. El teatro a reventar y cálido entusiasmo. Al regreso para embarcarse en Progreso, tuvo lugar un mitin con inmensa y entusiasta concurrencia. De Progreso, a bordo del *México* de la Compañía Mexicana de Navegación, a Tampico, donde les recibió Alex Mc Keney. Mitin en el teatro Aragón, en donde el público entusiasmado aclamó a Madero. Habló también Palavicini y se terminó esta gira en Monterrey, en donde a la sazón se encontraba Benito Juárez Maza, Rafael Zubarán, José Peón del Valle y Jesús Urueta del Partido Demócrata. Ese día que era domingo se celebraron dos mítines, uno en la mañana por los Demócratas, que fue un sonado fracaso porque la gente no los dejó hablar; y el de Madero en la tarde, en la alameda, presidido por el doctor Rafael Cepeda, mi padre don Rafael Aguirre, el licenciado Jesús L. González y don Gustavo Madero. Más de cinco mil almas que aclamaron a Madero, habiendo también hablado Palavicini.

Con la campaña de Roque Estrada, hizo cuatro giras. La primera, la emprendieron en la segunda quincena de diciembre de 1909 y abarcó Querétaro, Guadalajara, Colima, Mazatlán, en donde los recibió Heriberto Frías con asistencia de más de 5,000 personas predominando el bello sexo. Culiacán, con el ingeniero Manuel Bonilla y Verdugo Falquez. Angostura, Navojoa, con Benjamín Hill, que en la segunda etapa de la Revolución, brilló como astro de primera magnitud en la campaña militar, acaudillada por Álvaro Obregón. Álamos, Guaymas, Hermosillo, Chihuahua, Parral y León. La segunda gira, en la segunda quincena de marzo de 1910, a Zacatecas, con la colaboración valiosísima de una de las más destacadas figuras del partido católico, hombre honorabilísimo, el licenciado

Rafael Ceniceros Villarreal. Aguascalientes, con Alberto Fuentes D. que era queridísimo en el lugar; San Luis Potosí, con el doctor Cepeda y Antonio de los Santos y Guanajuato. La tercera gira, ya candidato a la Presidencia, empezó el 7 de mayo de 1910: Guadalajara por segunda vez, Puebla, Orizaba y Veracruz. Orizaba, en donde pronunció, con motivo del infame paro decretado por los industriales textiles, un discurso ecuaníme y sereno que exhibe a Madero ponderado enamorado de la libertad y de la justicia, de cuyos dones deberían derivar los derechos del obrero.

Considero importantísimo dar a conocer, no propiamente reproducir y traer aquí lo que sobre este discurso relata Lamicq, testigo presencial:

Aquí está, presente en mi memoria. *Estamos en Orizaba*. El propietario del hotel Francia, señor Leroy, le dice en francés: “El jefe político mandó avisar que si usted dice algo que no le agrada, lo mete en la cárcel”. Y el hombrecillo aquel, sin inmutarse, extendiendo los brazos a lo largo de su cuerpo, con gesto de resignación, le contesta tranquilamente: “¿Qué hemos de hacer...?” Media hora después, aquel extraño propagandista salía al balcón, presentándose ante un auditorio que llenaba la ancha calle Real: “Estamos gobernados por hombres que tienen manchadas las manos con la sangre de nuestros hermanos... acuérdense del (fecha de los fusilamientos de Río Blanco)... estamos gobernados por asesinos”. Creí que no acabaría de pronunciar la terrible palabra, pues el jefe político Gómez, el jefe de la policía y varios personajes del gobierno, se habían instalado en el cuarto contiguo, pero el hombrecillo, imperturbable, seguía hablando terriblemente, refiriéndose sin ambages, al dictador cuya caída reclamaba. Le veo, le tengo presente en la memoria... Su semblante no tiene una arruga, ni sus ojos, sus hermosos ojos llenos de luz, una sombra de odio. Este hombre habla infatigablemente, habla como respira, convencido de necesario, de poderoso proselitismo. Habla sin retórica, pero

tampoco esto lo turba. Su valor va hasta afrontar la crítica, porque sabe que es necesario y además comprende, que dice lo que quiere y se le escucha con recogimiento. Su gesto es corto y rápido. Los “pelados”, única clase que “escucha” en México, siguen escuchando ávidamente. ¿Qué dice para que se le escuche así? ¿Ofrece el cielo?, ¿la luna?, ¿la parcelación de las tierras, como tanto se dijo más tarde?, ¿el aumento de los salarios?, ¿o quizás censura a los opresores, a los patronos, a los ricos?, ¿ofrece la reducción de los impuestos? Nada de esto. Tampoco habla de la virgen ni de los curas. Absoluto es su respeto a la opinión religiosa o política. Como era ésta, la primera vez que lo veía dirigirse al pueblo; como por otra parte, conozco los recursos y procedimientos oratorios de nuestros demócratas mexicanos, franceses, americanos y también he oído hablar a españoles, aquella manera tan original, “tan nueva” de buscar prosélitos sin ditirambo, sin propósito de atraer el aplauso, sin emplear la vieja fraseología de seguro efecto, me causó profunda sorpresa. Tampoco habla de religión ni de clases. Su idea es puramente política. Para él, en la libertad está todo. Con la libertad se tendrá todo. En ese capítulo está él de cuerpo entero: “resistir, reprimir, no basta. Es necesario *que tengamos un gobierno surgido de la voluntad del pueblo. Lo que los gobiernos necesitan, es merecer la confianza de la nación y tener fe en el pueblo, el amor del pueblo, el celo de la felicidad de las masas.*

Tan extraordinario orador para nada se preocupa de adular a su auditorio. Por el contrario, el moralista surge a cada instante y le dice que esa libertad, hay que prepararse a merecerla. Muchos meses más tarde, en Monterrey, en el momento de las elecciones que lo elevaron a la Presidencia, se dirigía al pueblo en los siguientes términos:

La suerte de ustedes no se mejorará nunca por la voluntad exclusiva de los gobiernos, sino sobre todo por la voluntad de ustedes. El deber de los gobiernos es instruirlos, pero ustedes deben aprender a conocer sus deberes, antes de merecer el ejercicio de sus derechos... Es preciso que lleven a sus mujeres todo su salario...,

que no se emborrachen. Nuestro pueblo es uno de los más alcoholizados de la tierra y esto es nuestro gran mal...

Y por la noche, en el balcón del casino, en el momento de la más frenética aclamación que yo haya jamás visto, estas proféticas palabras, demostrativas de que aquel gran sincero que no hablaba al pueblo de “vos”, como lo hacen todos los oradores españoles e iberoamericanos, sino de “usted”, no era un cándido; que aquel novicio, al entrar a la gloria en plena juventud, de un solo salto, no se dejaba embriagar por el entusiasmo de las muchedumbres: “Deseo que esta acogida no sea la que se hace siempre a todos los triunfadores...”

La última gira, en junio de 1910, a San Luis Potosí, en donde pronunció un discurso que dio motivo a su encarcelamiento por incitar a la rebelión y que se fundó en la declaración de Juan Orcí, sonoreense al servicio de Corral; Saltillo, en donde estuvo a punto de ser asesinado por el comandante de la policía Arizpe, cuñado del gobernador De Valle; y finalmente Monterrey el 7 de junio, en donde fue encarcelado. Debo hacer conocer algunos detalles valiosos que ocurrieron en estas giras. En Navojua, a pesar de que las fuerzas armadas y la policía trataron de evitar el mitin, se impuso la entereza de Madero respaldado por un fuerte contingente de indios yaquis casi en abierta rebelión desbordantes de valor, lo que provocó que al pronunciar Madero una apasionada arenga, no pudo terminarla *porque el llanto ahogó su voz*. En Álamos, la brutal aparición de la policía, provocó la ira del pueblo y un entusiasmo delirante. Se supo que aquí fracasó un atentado que tenían planeado para asesinar a Madero; se le había ordenado al jefe de la policía Barrón, que se fingiera un ebrio, que provocara

un escándalo gritando vivas a Corral y otros contestaran con vivas a Madero y se aprovechara la refriega, para asesinar a este último, pero la policía se arredró al contemplar la ola de entusiasmo popular. Por la noche, baile en la casa de don Adrián Marcos con la gente de sociedad más distinguida, los Urrea, Tirado, Salcido. En Guaymas también la policía hizo alarde de abusos y atropellos, lo que exaltó a Madero que estuvo positivamente brillante en su arenga. Y en donde el abuso del gobierno sobrepasó todos los récords, fue en Hermosillo, en donde se ordenó a todos los hoteleros que les negaran alojamiento, pero allí había un patriota, que desafiando la ira de los gobernantes, les brindó alojamiento en su casa: el fotógrafo Avitia. En el mitin que se celebró, alborotadores pagados trataron de desorganizar la reunión y Madero dio una de sus notas brillantes, pues se les enfrentó valientemente diciéndoles que no les tenía miedo, ni temía a la muerte, *porque Dios, la Providencia*, cuidaba de su vida para realizar su patriota obra, y los alborotadores *se sumieron*. En Guanajuato la alegría del pueblo fue desbordante. La multitud a pie, seguía el tranvía en el que Madero se dirigía al hotel, vitoreándolo estruendosamente. Fue una verdadera manifestación tumultuosa; lo que dio lugar a un incidente chusco, porque el jefe político en persona, trató de regañar a Roque que altivamente no lo consintió, lo que ocasionó que la multitud se burlara del jefe político que hizo un papel desairado. En Guadalajara el mitin tuvo proporciones grandiosas, pues asistieron no menos de 15,000 personas; allí hablaron además de Roque y Madero, el licenciado Jesús Murguía Santoyo y Pedro Galicia Rodríguez. Pero en donde el entusiasmo fue delirante, fue en Puebla el 14 de mayo, en donde lo recibieron más de 25,000 personas. Hablaron Galicia Rodríguez, Enrique

Bordes Mangel y el entonces estudiante ya distinguido, Alfonso Alarcón. Aquiles Serdán pronunció una vigorosa y valiente arenga que inició:

Abajo los porfiristas, atrás los científicos y dehesistas, todos ellos son los detentadores del pueblo. Nosotros en el estandarte de la libertad que enarbolamos, hemos escrito el nombre de un ciudadano pobre y valiente, el de Francisco I. Madero, del cual no pretendemos hacer un semidios, como de sus candidatos nuestros contrarios, pero estamos resueltos a no abandonar la lucha, hasta no ver en las manos de este gran ciudadano las riendas del poder, pues encarna nuestras aspiraciones: No entonéis el hosana del triunfo, señores porfiristas y corralistas, que aún no hemos los antirreeleccionistas, quemado el último cartucho.

En Veracruz, en el teatro “Dehesa”, con el jefe del partido en el estado Ignacio Garrido Huerta y el colosal orador Diódoro Batalla. Bordes Mangel, cautivó al auditorio con su verbo arrebatador y ardiente.

Madero en sus giras logró su propósito. Y don Ramón Prida en *De la dictadura a la anarquía*, página 166, dice a este respecto:

Así fue que la semilla que depositó don Francisco I. Madero en sus discursos, floreció perfectamente y pudo dar un fruto en cortísimo tiempo. El sentimiento existía, faltaba únicamente el caudillo. Ése es el mérito y ahora será la gloria del señor Madero, haber aceptado una jefatura que todos temían; haberse enfrentado contra un poder a quien nadie se atrevía a desafiar.

El pueblo entero de la República respondió a su llamado. Había sembrado en el alma de las multitudes, el anhelo patriótico de luchar por la libertad humana, por la justicia y por el respeto a la vida que eran entonces la necesidad primordial.

Los izquierdistas de hoy día menosprecian estos anhelos, para ellos nada valen ni nada significan, y todo lo subordinan al reparto de tierras y privilegios, ya no simples garantías, al obrero, al campesino y al proletariado; esto se explica, porque no vivieron aquellos días en los que el osado que censurara al tirano, pagaba en la cárcel o con su vida su atrevimiento; el problema agudo, era conquistar esas garantías; porque primero y sobre todas las cosas, está el derecho a vivir y el derecho de obrar.

Como atinadamente juzga, el distinguido e imparcial historiador José C. Valadés, en aquellos días no estaban en juego los problemas o cuestiones sociales; éstos surgieron con posterioridad y es ilógico y absurdo juzgar el revolucionarismo de Madero, aplicando normas o criterios que sobrevinieran en el mundo años más tarde. En aquel entonces, el problema era darle al pueblo libertades y garantías para la vida. *“Natura non faciet saltum”*...

Para llegar hasta la socialización de la riqueza y el bienestar privado, eran indispensables previamente las garantías a la vida y la libertad, y que imperara la justicia; el bienestar personal, es beneficio que se deriva de las libertades fundamentales. Precisamente porque a Madero le preocupaba el bienestar de los de abajo, se lanzó a la lucha. Nadie más que él al obtener la victoria hizo, la redención del campesino y lo sacó de la esclavitud en que vivía desde la época colonial. Hidalgo, Morelos y Guerrero, los tres grandes héroes de nuestra Independencia, decretaron la libertad de los esclavos pero el anhelo quedó escrito en los Decretos. Fue Madero, con el triunfo de su Revolución, quien acabó con los hacendados, señores feudales, dueños de las vidas y el honor de la peonada;

y tan es así, y tan lo sintieron así los “de abajo”, que hay que ver la realidad. Las chusmas, los hambrientos, los desheredados, las masas, sólo han seguido en México a dos hombres, *a Hidalgo, el primero que decretó la libertad* de los esclavos que sacrificaron a millones sus vidas en el Monte de las Cruces y el Puente de Calderón, y a Madero, a quien esas chusmas lo vitoreaban como libertador. Aún suena en mis oídos aquel grito, verdadero alarido insistente, estentóreo, tenaz de las multitudes que lo recibían a lo largo del camino de Piedras Negras a México, cuando venía triunfante. “Viva Madero, viva el libertador”. Y hay que concluir este párrafo con tristeza viendo que no se ha apreciado en toda su magnitud esta conquista, la primera cronológicamente en orden, y la de mayor importancia. Y esta conquista se hizo sin alardes, sin ostentación, sin buscar aplausos, sin elogios. Al día siguiente del triunfo de Madero, automáticamente se operó el milagro, porque el hacendado, el AMO, huyó del feudo, de la hacienda, temeroso de pagar con su vida la ira de la peonada vejada, ultrajada, robada, vilipendiada. Ya no más el amo intentó nada contra sus trabajadores. La liberación de la esclavitud del peón, no requirió decretos, ni coacción de la autoridad para imponerla. ¡La libertad del hombre, es don de Dios!

Madero aprehendido en Monterrey junto con Roque Estrada, el 6 de junio de 1910, fue mandado con una escolta militar a la Penitenciaría de San Luis Potosí, en donde se radicó el proceso figurando como su defensor, Pedro Antonio Santos. Con motivo de su aprehensión, Madero le dirigió al general Díaz la siguiente carta:

Penitenciaria del Estado.

Monterrey, N.L., 15 de junio de 1910.

Señor general Porfirio Díaz.
México, D.F.

Muy señor mío:

En su carta del 27 de abril próximo pasado, me decía usted: “En la ley encontrarán, tanto las autoridades como los ciudadanos, el camino seguro para ejercitar sus derechos” y que la Constitución no le autorizaba a usted “para ingerirse en los asuntos que pertenecen a las soberanías de las entidades federativas”.

A pesar de ello, la ley, aunque observada por mis partidarios, ha sido frecuentemente violada por los de usted que ocupan puestos públicos, y aunque se desprendía de su carta que la Federación no podía intervenir en los Estados para que se respetaran las garantías individuales, en cambio sí ha intervenido para apoyar los atropellos cometidos por las autoridades locales, como pasó aquí en Monterrey, en donde, para disolver una pacífica y ordenada manifestación, prestaron ayuda fuerzas federales del regimiento de rurales.

Esta intervención directa de las fuerzas federales, no ha venido sino a confirmar lo que dije a usted en mi anterior y es que según la opinión pública, *usted es el principal responsable* de los actos de sus partidarios en toda la República, a pesar de la soberanía de los Estados, que *sólo existe de nombre*.

Eso está en la conciencia de todos y usted mismo lo dio a entender en su entrevista con Creelman, así es que no puede negarse; pero aunque fuera así, el hecho innegable es que en toda la República los partidarios de usted que ocupan puestos públicos, están cometiendo toda clase de atentados contra mis partidarios y hasta contra mí mismo, acusándome de injurias a usted, basándose para ello en el testimonio del C. licenciado Juan R. Orcí que confeccionó un discurso a su gusto y me lo atribuyó como pronunciado por mí en San Luis Potosí. ¡Así es que una calumnia de sus partidarios y la complacencia de los jueces y demás autoridades, me han privado de mi libertad!

Esto ya no tiene nombre, y ha venido a demostrar que si conmigo, que merecía respeto, aunque fuese siquiera por decoro de usted, se

han cometido atentados tan escandalosos, ¿qué no será con mis numerosos partidarios?

Algunos de ellos tratados con crueldad; en Torreón están acusados por sediciosos y el proceso tiene por base ¡anónimos que el Jefe Político pretende haber recibido!

Otros, como en ésta, San Luis Potosí, Saltillo, Puebla, Cananea, Orizaba, etc., etc., son reducidos a prisión porque se ocupan en preparar los trabajos electorales.

De lo expuesto, se desprende claramente que usted y sus partidarios rehúyen la lucha en el campo democrático, porque comprenden que perderían la partida y están empleando las fuerzas que la Nación ha puesto en sus manos, para que garanticen el orden y las instituciones, no para ese fin, sino como arma de partido para imponer sus candidaturas en las próximas elecciones.

Pero no tienen ustedes en cuenta que la Nación está cansada del continuismo, que desea un cambio de gobierno, pues desea estar gobernada constitucionalmente y no “paternalmente” como usted dice que pretende gobernarla. La Nación no quiere ya que usted la gobierne paternalmente, ni mucho menos que la gobierne el señor Corral.

Usted me dijo que “era cierto que está muy desprestigiado el señor Corral, pero que ese desprestigio era injustificado”.

Pues bien, ese desprestigio no es injustificado, como lo demuestra la política de que se está valiendo para imponer su candidatura, cometiendo toda clase de atentados contra las garantías individuales: haciendo que sus amigos, como Orcí, calumnien a sus adversarios políticos como yo; recurriendo a medios reprobados para callar la prensa independiente a pesar de su moderación, que más resalta si se compara con los órganos del partido de ustedes “El Imparcial”, “El Debate”, los cuales emplean intemperancia tales de ‘lenguaje’ que han trabajado más eficazmente que nosotros mismos para el desprestigio de la causa que defienden.

No obstante lo desigual de la lucha, puesto que nosotros no tenemos órganos de gran circulación, porque nunca faltan pretextos al gobierno de usted, para deshacerse de ellos y a pesar de que en muchas partes, son reducidos a prisión los que hacen la propaganda de nuestros impresos y los que organizan clubs, nosotros aceptamos y deseamos vivamente la lucha en los comicios, porque creemos que solamente será el gobierno legítimo y la paz estable, teniendo

por base la voluntad nacional y el respeto a la soberanía popular. Por este motivo, he publicado un manifiesto del cual adjunto a usted un ejemplar.

Verá usted que doy instrucciones a mis partidarios para que obren estrictamente dentro de la ley, y respeten los derechos de sus adversarios políticos; pero a la vez, les indico que los obliguen también a trabajar dentro de la ley y a respetar sus derechos.

Si los partidarios de usted cumplen con la ley; si las autoridades partidarias de usted, investidas de su carácter se erigen en severos guardianes de la ley, el pueblo designará pacíficamente sus mandatarios y habremos entrado para siempre en la vía constitucional, única que podrá cimentar definitivamente la paz y asegurar el engrandecimiento de la Patria.

Pero si usted y el señor Corral, se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional y continuando los atropellos cometidos, recurren a los medios en práctica hasta ahora, para hacer triunfar las candidaturas oficiales y pretenden emplear una vez más el fraude, para hacerlas triunfar en los próximos comicios, entonces, señor general Díaz, si desgraciadamente por ese motivo se trastorna la paz, será usted el único responsable ante la Nación, ante el mundo civilizado y ante la Historia.

Publique usted un manifiesto, en el que haga a sus partidarios la misma indicación que yo les hago y ponga de su parte, todo lo posible para que las autoridades cumplan con su deber, respetando la ley, y habrá hecho a su patria el mayor bien, consolidando para siempre la paz.

En cuanto a mí, desde este encierro en donde me tiene usted recluido, no puedo hacer más que publicar mi manifiesto aludido y tranquilo espero sus consecuencias. Sé muy bien que con jueces obedientes a la consigna y superiores poco escrupulosos en darlas, cuando se trata de beneficiar a su partido, mi suerte está en sus manos y se me podrá procesar y condenar por los mayores delitos: ¡Que así sea!, pero tengo la conciencia de servir a mi patria con lealtad y honradez, y los mayores peligros personales no me han de arredrar para servirla.

Soy su atento servidor,
FRANCISCO I. MADERO

En esta carta Madero con desusada entereza, le hace graves inculpaciones al demiurgo, y lo que es más valioso y significativo *lo amenaza* con la Revolución si se atreve a consumir la última reelección, y termina haciéndole saber que está dispuesto a correr todos los peligros. ¡Inaudito en aquellos tiempos de degradación y cobardía cívicas!

Madero en la cárcel, no dio tregua a sus actividades políticas. Hábilmente consiguió la libertad caucional concedida el 20 de julio y más hábilmente preparó la fuga. Niego enérgicamente la versión de Prida y Lara Pardo, de que obtuvo la libertad caucional por influencia del poderoso obispo Montes de Oca, movida por súplica de Sarita Pérez, la esposa de Madero. Digo esto con pleno conocimiento de causa y precisamente en el momento en que escribo esto, acabo de hablar con Roque Estrada quien me lo confirma.

Como era un andariego, todas las mañanas desde el amanecer y en compañía de su fiel amigo y partidario Julio Peña, salía desde su casa a recorrer la ciudad y sus barrios, encaminándose preferentemente a la estación y así pudo burlar a los agentes que estaban destinados a vigilarlo. Vino a precipitar la fuga, la noticia que le dio el telegrafista Rubén Durán su partidario decidido, que estando a servicio, escuchó la orden que personalmente desde la oficina central del telégrafo en México dio por instrucciones expresas del general Díaz, su jefe del estado mayor, al comandante de la plaza de San Luis de que a la mayor brevedad, se urdiera una riña callejera en el lugar donde se encontrase Madero y se le matara.

A medianoche del 5 de octubre de 1910, llegó a la oficina del telégrafo, situada entonces en el 5 de Mayo, el general Samuel García Cuéllar y se entrevistó con el jefe de la oficina Fernando Marcín, ordenándole llamar al telegrafista que manejaba la “Duplex” de San Luis Potosí, señor José R. Portillo y le ordenó transmitir a su vista, un mensaje escrito en parte en clave numérica dirigido al jefe de la zona militar, que debería ser entregado personalmente y de inmediato al destinatario, recabando su firma. En este telegrama, se ordenaba al jefe militar “suprimir, simulando un alboroto a Madero y a Pedro Antonio de los Santos”. Portillo, que era como sus hermanos de Chihuahua, simpatizador de Madero, se comunicó con Rubén Durán, telegrafista de San Luis Potosí y entusiasta maderista comunicándole todas aquellas cosas sumamente sospechosas.

Esto apresuró la fuga de Madero, que se operó al día siguiente. Esta amenazante noticia, precipitó la fuga que tuvo efecto el 6 de octubre. Aquella mañana caminó a pie en compañía del fiel Julio Peña hasta la estación Peñasco; en donde subió al carro del express, donde ya lo esperaba el agente Doroteo Maldonado. El gobierno vino a saberlo, porque a la llegada de Madero a Laredo, hizo declaraciones a la prensa por conducto de la Prensa Asociada y lanzó un manifiesto al pueblo americano, en el que abiertamente anuncia ya la Revolución, que es como sigue:

Anteayer pisé vuestro suelo libre. Vengo huyendo de mi país, gobernado por un déspota que no conoce más ley que su capricho. Vengo de un país hermano vuestro por las instituciones republicanas y por los ideales democráticos, pero que en los actuales momentos, se levanta contra un gobierno tiránico y lucha por conquistar sus derechos, como sus caras libertades. Si he huido de

mi país, es porque siendo yo Jefe del movimiento libertador, siendo yo el candidato del pueblo para la Presidencia de la República, atraje sobre mí el odio y las persecuciones de mi rival, el déspota mexicano, el general Porfirio Díaz. Para mí ya no había leyes y jueces que me amparasen, pues la primera es substituida, como en todo el territorio mexicano, por el capricho del dictador, y los segundos por instrumentos del mismo, resultando que el proceso que se me inició y tenía por base la calumnia judicial, amenazaba prolongarse indefinidamente. El objeto evidente de tal proceso, era impedirme luchar con los intereses del pueblo; tal situación no podía prolongarse, pues sobre mí pesa una responsabilidad inmensa: el pueblo mexicano, cansado del gobierno despótico del general Díaz, se fijó en mí para que lo dirigiera y gobernase constitucionalmente, pero al llegar el día de las elecciones el general Díaz se valió del poder público para imponerse por la violencia alejando a los ciudadanos de las casillas y llegando a cometer el fraude más desvergonzado. De esa manera logró el general Díaz reelegirse y hacer que fuera electo para la Vicepresidencia el señor Don Ramón Corral y logró también reelegir a los diputados designados por él, cometiendo flagrantes irregularidades. Mis partidarios, queriendo agotar todos los medios legales, pidieron la nulidad de las elecciones, documentos calzados con más de cien mil firmas que lograron reunirse a pesar de las persecuciones y trabas de todas clases. Su justa petición fue rechazada y el Congreso declaró reelecto para un periodo más, al general Porfirio Díaz y al señor don Ramón Corral para los cargos respectivos de Presidente y Vicepresidente de la República. Se me podrá decir que el espíritu de partido falsea mi criterio, pero para justificarme basta que se sepa que veinte días antes de las elecciones fui reducido a prisión; según las declaraciones de un policía disfrazado de paisano, había yo protegido la fuga de mi leal compañero de viaje el Lic. Roque Estrada, cuando que en vez de fugarse, entró a mi casa, en donde estuvo a disposición de las autoridades y voluntariamente se entregó al día siguiente, cuando supo el pretexto porque se me había aprehendido. A pesar de esto, no se me puso en libertad, tomando como base las denuncias calumniosas de un agente de mis adversarios políticos; se me detuvo por ultrajes al Presidente de la República, y por último, por sedicioso. Si el general Díaz me redujo a prisión en tales circunstancias, es la

prueba más evidente de que consideraba perdida la partida en caso de que yo hubiese continuado libre, y no queriendo someterse a la voluntad nacional, inició con mi prisión una era de persecuciones en todo el territorio de la República. Dispensadme que os hable de mí y de mi país, pero he creído de mi deber hacerlo, desde el momento en que he venido a buscar la hospitalidad en vuestro país, cuna de la libertad de América, y deseo que sepáis quién es vuestro huésped; deseo que sepáis que vengo a buscar aquí un seguro refugio para proseguir la lucha libertadora, para cumplir con las obligaciones que me imponen tanto mi amor a mi país, como la confianza que mis compatriotas han depositado en mí, con la esperanza de que los salve de la sombría dictadura que por más de treinta años pesa sobre ellos. No vengo a implorar vuestra ayuda; los mexicanos estamos en aptitud de gobernarnos por nosotros mismos; el pueblo mexicano es bastante fuerte para hacer respetar su soberanía; lo único que reclamo de vosotros, es la hospitalidad que los pueblos libres han dispensado siempre a los hombres que en otros países luchan por la libertad; lo único que os pido, es la simpatía que siempre os han merecido los pueblos que luchan por contar con los derechos de que tan legítimamente os ufanáis y que os proporcionan una felicidad envidiable y duradera. Por este motivo, me dirijo a vosotros por medio de la Prensa Asociada, que ejerce una acción tan benéfica y poderosa en vuestro robusto organismo político-social. Aprovecho esta oportunidad para saludar respetuosamente al pueblo americano y a sus dignos gobernantes, cuya conducta desearía fuese imitada por los nuestros, a fin de que las contiendas políticas se dirimieran con entera buena fe entre los partidos contendientes; que la voluntad del pueblo fuese respetada y el candidato vencido pudiera estrechar la mano de su contrario, sin que ello signifique una traición a la causa del pueblo, como sería la que yo cometería obrando así en las actuales circunstancias, porque sería tanto como sancionar uno de los fraudes electorales más escandalosos, de los atropellos más inauditos que registra la Historia y permitir que, pisoteados los derechos más sagrados del pueblo mexicano, siguiera bajo la opresión del actual dictador, cuya soberanía ha llegado hasta el grado de querer imponer su sucesor, que, dada su avanzada edad indudablemente lo será el actual Vicepresidente de México. Espero

que el pueblo americano sabrá apreciar mi conducta y que comprenderá, que es muy justificada mi ambición de conquistar para mi querida Patria, la felicidad que él disfruta y que conozco por haber permanecido largas temporadas en su territorio, por vivir muy cerca de él y por conocer su historia, tan llena de ejemplos del más puro civismo y del más acendrado amor a la Patria. Mi ideal no es ser yo quien gobierne a mi país, a pesar de ser ésa la voluntad de la inmensa mayoría de mis compatriotas, sino el de salvar a mi Patria de la tiranía que la oprime y restablecer en ella el imperio de la ley y de la justicia, para que mis compatriotas puedan gozar del bienestar que disfruta este gran pueblo, debido al esfuerzo perseverante de sus mayores y el celo tenaz con que sus ciudadanos han defendido tan preciosa herencia.

San Antonio, Texas, octubre 9 de 1910

FRANCISCO I. MADERO

Roque Estrada se fugó el día 8 con la ayuda del correligionario Juan Pepi Nava de Saltillo y en compañía del doctor Rafael Cepeda. En San Antonio encontró a Sánchez Azcona, Aquiles Serdán, Miguel Albores, Enrique Bordes Mangel, los hermanos Vázquez Gómez, Sarita acompañada de Elías de los Ríos, llegó unos días después.

Madero, cuando estaba en San Luis, preparó el Plan que llevó su nombre, el que fue adicionado y perfeccionado con la colaboración de Sánchez Azcona, Federico González Garza y Roque Estrada y dado a la publicidad en tiempo oportuno:

MANIFIESTO A LA NACIÓN

Los pueblos, en su esfuerzo constante porque triunfen los ideales de libertad y justicia, se ven precisados en determinados momentos históricos a realizar los mayores sacrificios.

Nuestra querida patria ha llegado a uno de esos momentos: una tiranía que los mexicanos no estábamos acostumbrados a sufrir,

desde que conquistamos nuestra independencia, nos oprime de tal manera, que ha llegado a hacerse intolerable. En cambio de esta tiranía se nos ofrece la paz, pero una paz vergonzosa para el pueblo mexicano, porque no tiene por base el derecho, sino la fuerza; porque no tiene por objeto el engrandecimiento y prosperidad de la patria, sino enriquecer un pequeño grupo que abusando de su influencia, ha convertido los puestos públicos en fuente de beneficios exclusivamente personales, explotando sin escrúpulo las concesiones y contratos lucrativos.

Tanto el poder Legislativo como el Judicial, están completamente supeditados al Ejecutivo; la división de los poderes, la soberanía de los Estados, la libertad de los Ayuntamientos y los derechos del ciudadano, sólo existen escritos en nuestra Carta Magna; pero de hecho, en México (así puede decirse) reina constantemente la ley marcial; la justicia, en vez de impartir su protección al débil, sólo sirve para legalizar los despojos que comete el fuerte; los jueces en vez de ser los representantes de la Justicia, son agentes del Ejecutivo, cuyos intereses sirven fielmente; las Cámaras de la Unión, no tienen otra voluntad que la del dictador; los Gobernadores de los Estados, son designados por él y ellos a su vez designan de igual manera las autoridades municipales.

De esto resulta que todo el engranaje administrativo, judicial y legislativo, obedecen a una sola voluntad, al capricho del general Porfirio Díaz, quien en su larga administración, ha demostrado que el principal móvil que los guía, es mantenerse en el poder y a toda costa. Hace muchos años, se siente en toda la República profundo malestar, debido a tal régimen de gobierno; pero el general Díaz, con gran astucia y perseverancia, había logrado aniquilar todos los elementos independientes, de manera que no era posible organizar ninguna clase de movimiento para quitarle el poder de que tan mal uso hacía. El mal se agravaba constantemente, y el decidido empeño del general Díaz, de imponer a la Nación un sucesor, y siendo éste el señor Ramón Corral, llevó esa idea a su colmo y determinó que muchos mexicanos, aunque carentes de reconocida personalidad política, puesto que había sido imposible labrársela durante 36 años de dictadura, nos lanzamos a la lucha, intentando reconquistar la soberanía del pueblo y sus derechos, en el terreno netamente democrático.

Entre otros partidos que tendían al mismo fin, se organizó el Partido Nacional Antirreeleccionista, proclamando los principios de SUFRAGIO EFECTIVO Y NO REELECCIÓN, como únicos capaces de salvar a la República del inminente peligro, con que la amenazaba la prolongación de una dictadura cada día más onerosa, más despótica y más inmoral.

El pueblo mexicano secundó eficazmente a ese partido y respondiendo al llamado que se le hizo, mandó a sus representantes a una Convención, en la que también estuvo representado el Partido Nacional Democrático, que asimismo interpretaba los anhelos populares. Dicha convención designó sus candidatos para la Presidencia y Vice-presidencia de la República, recayendo esos nombramientos en el señor Dr. Francisco Vázquez Gómez y en mí para los cargos respectivos de Vice-presidente y Presidente de la República.

Aunque nuestra situación era sumamente desventajosa, porque nuestros adversarios contaban con todo el elemento oficial, en el que se apoyaban sin escrúpulos, creímos de nuestro deber, para servir la causa del pueblo, aceptar tan honrosa designación. Imitando las sabias costumbres de los países republicanos, recorrí parte de la República haciendo un llamamiento a mis compatriotas. Mis giras fueron verdaderas marchas triunfales, pues por doquier el pueblo, electrizado por las palabras mágicas de SUFRAGIO EFECTIVO Y NO REELECCIÓN, daba pruebas evidentes de su inquebrantable resolución de obtener el triunfo de tan salvadores principios. Al fin, llegó un momento en que el general Díaz se dio cuenta de la verdadera situación de la República y comprendió que no podía luchar ventajosamente conmigo en el campo de la Democracia, y me mandó reducir a prisión antes de las elecciones, las que se llevaron a cabo excluyendo al pueblo de los comicios por medio de la violencia, llenando las prisiones de ciudadanos independientes y cometiendo los fraudes más desvergonzados.

En México, como República Democrática, el poder público no puede obtener otro origen ni otra base que la voluntad nacional, y ésta no puede ser supeditada a fórmulas llevadas a cabo de un modo fraudulento.

Por este motivo, el pueblo mexicano ha protestado contra la ilegalidad de las últimas elecciones; y queriendo emplear

sucesivamente todos los recursos que ofrecen las leyes de la República, en la debida forma, pidió la nulidad de las elecciones ante la Cámara de Diputados, a pesar de que no reconocía en dicho cuerpo un origen legítimo y de que sabía de antemano, que no siendo sus miembros representantes del pueblo, sólo acatarían la voluntad del General Díaz, a quien exclusivamente deben su investidura.

En tal estado las cosas, el pueblo que es el único soberano, también protestó de un modo enérgico contra las elecciones en imponentes manifestaciones llevadas a cabo en diversos puntos de la República, y si éstas no se generalizaron en todo el territorio nacional, fue debido a la terrible presión ejercida por el gobierno, que siempre ahoga en sangre cualquier manifestación democrática, como pasó en Puebla, Veracruz, Tlaxcala, México y otras partes.

Pero esta situación violenta e ilegal no puede subsistir más.

Yo he comprendido muy bien que si el pueblo me ha designado como su candidato para la Presidencia, no es porque haya tenido la oportunidad de descubrir en mí los dotes del estadista o del gobernante, sino la virilidad del patriota resuelto a sacrificarse, si es preciso, con tal de conquistar la libertad y ayudar al pueblo a librarse de la tiranía que lo oprime.

Desde que me lancé a la lucha democrática, sabía muy bien que el general Díaz no acataría la voluntad de la Nación y el noble pueblo mexicano, al seguirme a los comicios, sabía también perfectamente el ultraje que le esperaba; pero a pesar de ello, el pueblo dio para la causa de la libertad un numeroso contingente de mártires cuando éstos eran necesarios, y con admirable estoicismo concurrió a las casillas a recibir toda clase de vejaciones.

Pero tal conducta era indispensable, para demostrar al mundo entero que el pueblo mexicano está apto para la democracia, que está sediento de libertad, y que sus actuales gobernantes no responden a sus aspiraciones.

Además, la actitud del pueblo antes y durante las elecciones, así como después de ellas, demuestra claramente que rechaza con energía al gobierno del general Díaz y que si se hubieran respetado esos derechos electorales, hubiese sido yo electo para la Presidencia de la República. En tal virtud, y haciéndome eco de la voluntad nacional, declaro ilegales las pasadas elecciones y quedando por tal motivo la

República sin gobernantes legítimos, asumo provisionalmente la Presidencia de la República, mientras el pueblo designa conforme a la ley sus gobernantes. Para lograr este objeto, es preciso arrojar del poder a los audaces usurpadores que por todo título de legalidad ostentan un fraude escandaloso e inmoral.

Con toda honradez declaro, que consideraría una debilidad de mi parte y una traición al pueblo que en mí ha depositado su confianza, no ponerme al frente de mis conciudadanos, quienes ansiosamente me llaman, de todas partes del país, para obligar al general Díaz, por medio de las armas, a que respete la voluntad nacional.

El Gobierno actual, aunque tiene por origen la violencia y el fraude, desde el momento que ha sido tolerado por el pueblo, puede tener para las naciones extranjeras, ciertos títulos de legalidad hasta el 30 del mes entrante en que expiran sus poderes; pero como es necesario que el nuevo gobierno dimanado del último fraude, no pueda recibirse ya del poder, o por lo menos, se encuentre con la mayor parte de la Nación protestando con las armas en la mano, contra esa usurpación, he designado el DOMINGO 20 del entrante noviembre, para que de las seis de la tarde en adelante, en todas las poblaciones de la República se levanten en armas bajo el siguiente

PLAN:

1º. Se declaran nulas las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, Magistrados a la Suprema Corte de la Nación y Diputados y Senadores, celebradas en junio y julio del corriente año.

2º. Se desconoce al actual gobierno del general Díaz así como a todas las autoridades cuyo poder debe dimanar del voto popular, porque además de no haber sido electas por el pueblo, han perdido los pocos títulos que podían tener de legalidad, cometiendo y apoyando con los elementos que el pueblo puso a su disposición para la defensa de sus intereses, el fraude electoral más escandaloso que registra la Historia de México.

3º. Para evitar hasta donde sea posible los trastornos inherentes a todo movimiento revolucionario, se declaran vigentes, a reserva de reformar oportunamente por los medios constitucionales, aquellas que requieran reformas, todas las leyes promulgadas por

la actual administración y sus reglamentos respectivos, a excepción de aquellas que manifiestamente se hallen en pugna con los principios proclamados en este Plan. Igualmente se exceptúan las leyes, fallos de tribunales y decretos que hayan sancionado las cuentas y manejos de fondos en todos los ramos; pues tan pronto como la Revolución triunfe, se iniciará la formación de comisiones de investigación para dictaminar acerca de las responsabilidades en que hayan podido incurrir los funcionarios de la Federación, de los Estados y de los Municipios.

En todo caso, serán respetados los compromisos contraídos por la administración porfirista, con gobiernos y corporaciones extranjeras antes del 30 del entrante.

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdos de la Secretaría de Fomento; o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetos a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este Plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo.

4°. Además de la Constitución y leyes vigentes, se declara ley Suprema de la República el principio de NO REELECCIÓN del Presidente y Vice-presidente de la República, Gobernadores de los Estados y Presidentes Municipales, mientras se hagan las reformas constitucionales respectivas.

5°. Asumo el carácter de Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, con las facultades necesarias para hacer la guerra al gobierno usurpador del general Díaz.

Tan pronto como la capital de la República y más de la mitad de los Estados de la Federación estén en poder de las fuerzas del Pueblo, el Presidente Provisional convocará a elecciones generales extraordinarias para un mes después y entregará el poder al Presidente que resulte electo, tan pronto como sea conocido el resultado de la elección.

6°. El Presidente Provisional antes de entregar el poder, dará cuenta al Congreso de la Unión del uso que haya hecho de las facultades que le confiere el presente Plan.

7°. El día 20 del mes de noviembre, de las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan. Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación lo harán desde la víspera.

8°. Cuando las autoridades presenten resistencia armada, se les obligará por la fuerza de las armas a respetar la voluntad popular, pero en este caso, las leyes de la guerra serán rigurosamente observadas, llamándose especialmente la atención sobre las prohibiciones relativas a no usar balas explosivas, ni fusilar a los prisioneros. También se llama la atención respecto al deber de todo mexicano, de respetar a los extranjeros en sus personas e intereses.

9°. Las autoridades que opongan resistencia a la realización de este Plan, serán reducidas a prisión para que se les juzgue por los tribunales de la República cuando la Revolución haya terminado. Tan pronto como cada ciudad o pueblo recobre su libertad, se reconocerá como autoridad legítima provisional al principal jefe de las armas, con facultad de delegar sus funciones en algún otro ciudadano caracterizado, quien será confirmado en su cargo o removido por el Gobernador Provisional.

Una de las primeras medidas del Gobierno Provisional, será poner en libertad a todos los presos políticos.

10°. El nombramiento de Gobernador Provisional de cada Estado que haya sido ocupado por las fuerzas de la Revolución, será hecho por el Presidente Provisional. Este Gobernador tendrá la estricta obligación de convocar a elecciones para Gobernador Constitucional del Estado, tan pronto como sea posible, a juicio del Presidente Provisional. Se exceptúan de esta regla, los Estados que de dos años a esta parte han sostenido campañas democráticas para cambiar de gobierno, pues en éstos se considerará como Gobernador Provisional al que fue candidato del pueblo, siempre que se adhiera activamente a este plan.

En caso de que el Presidente Provisional no haya hecho el nombramiento de Gobernador, que este nombramiento no haya llegado a su destino, o bien que el agraciado no aceptara por

cualquiera circunstancia, entonces el Gobernador será designado por votación entre todos los Jefes de las armas que operen en el territorio del Estado respectivo, a reserva de que su nombramiento sea ratificado por el Presidente Provisional tan pronto como sea posible.

11°. Las nuevas autoridades dispondrán de todos los fondos que se encuentren en todas las oficinas públicas, para los gastos ordinarios de la administración y para los gastos de la guerra, llevando las cuentas con toda escrupulosidad. En caso de que esos fondos no sean suficientes para los gastos de la guerra contratarán empréstitos, voluntarios o forzosos. Estos últimos sólo con ciudadanos o instituciones nacionales. De estos empréstitos, se llevará también una cuenta escrupulosa y se otorgarán recibos en debida forma a los interesados, a fin de que al triunfar la Revolución, se les restituya lo prestado.

TRANSITORIO A. Los jefes de las fuerzas voluntarias tomarán el grado que corresponda al número de fuerzas a su mando. En caso de operar fuerzas voluntarias y militares unidas, tendrá el mando de ellas el jefe de mayor graduación, pero en caso de que ambos jefes tengan el mismo grado el mando será del Jefe militar.

Los jefes civiles, disfrutarán de dicho grado mientras dure la guerra, y una vez terminada, esos nombramientos, a solicitud de los interesados, se revisarán por la Secretaría de Guerra que los ratificará en su grado o los rechazará, según sus méritos.

B. Todos los jefes, tanto civiles como militares, harán guardar a sus tropas la más estricta disciplina; pues ellos serán responsables ante el Gobierno Provisional, de los desmanes que cometan las fuerzas a su mando, salvo que justifiquen no haberles sido posible contener a sus soldados y haber impuesto a los culpables el castigo merecido.

Las penas más severas serán aplicadas a los soldados que saqueen alguna población o que maten a prisioneros indefensos.

C. Si las fuerzas y autoridades que sostienen al general Díaz fusilan a los prisioneros de guerra, no por eso y como represalias se hará lo mismo con los de ellos que caigan en poder nuestro; pero en cambio serán fusilados dentro de las veinticuatro horas y después de un juicio sumario, las autoridades civiles o militares al servicio del general Díaz, que una vez estallada la Revolución hayan

ordenado, dispuesto en cualquier forma, transmitido la orden o fusilado a algunos de nuestros soldados.

De esta pena no se eximirán ni los más altos funcionarios; la única excepción será el general Díaz y sus ministros a quienes en caso de ordenar dichos fusilamientos o permitirlos se les aplicará la misma pena, pero después de haberlos juzgado por los tribunales de la República, cuando ya haya terminado la Revolución.

En el caso de que el general Díaz disponga que sean respetadas las leyes de la guerra, y que se trate con humanidad a los prisioneros que caigan en sus manos, tendrá la vida salva, pero de todos modos deberá responder ante los tribunales de cómo ha manejado los caudales de la Nación y de cómo ha cumplido con la ley.

D. Como es requisito indispensable en las leyes de la guerra, que las tropas beligerantes lleven algún uniforme o distintivo y como sería difícil uniformar a las numerosas fuerzas del pueblo que van a tomar parte en la contienda, se adoptará como distintivo de todas las fuerzas libertadoras, ya sean voluntarias o militares, un listón tricolor, en el tocado o en el brazo.

CONCIUDADANOS: Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al gobierno del general Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino para salvar a la Patria del porvenir sombrío que le espera continuando bajo su dictadura y bajo el gobierno de la nefanda oligarquía científica, que sin escrúpulo y a gran prisa está absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales, y si permitimos que continúe en el poder, en un plazo muy breve habrán completado su obra: habrán llevado al pueblo a la ignominia y lo habrán envilecido; le habrán chupado todas sus riquezas y dejándolo en la más absoluta miseria: habrán causado la bancarrota de nuestras finanzas y la deshonra de nuestra Patria, que débil, empobrecida y maniatada, se encontrará inerme para defender sus fronteras, su honor y sus instituciones.

Por lo que a mí respecta, tengo la conciencia tranquila y nadie podrá acusarme de promover la Revolución por miras personales, pues está en la conciencia nacional que hice todo lo posible para llegar a un arreglo pacífico y estuve dispuesto hasta a renunciar mi candidatura, siempre que el general Díaz hubiese permitido a la Nación designar, aunque fuese al Vicepresidente de la República;

pero dominado por incomprensible orgullo y por inaudita soberbia, desoyó la voz de la patria y prefirió precipitarla en una Revolución antes de ceder un ápice, antes de devolver al pueblo un átomo de sus derechos, antes de cumplir aunque fuese en las postrimerías de su vida, parte de las promesas que hizo en la Noria y Tuxtepec. Él mismo justificó la presente Revolución cuando dijo: “Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder y ésta será la última Revolución”.

Si en el ánimo del general Díaz hubiesen pesado más los intereses de la Patria que los sórdidos intereses de él y de sus consejeros, hubiera evitado esta Revolución haciendo algunas concesiones al pueblo; pero ya que no lo hizo... ¡Tanto mejor! El cambio será más rápido y más radical, pues el pueblo mexicano, en vez de lamentarse como un cobarde, aceptará como un valiente el reto, y ya que el general Díaz pretende apoyarse en la fuerza bruta para imponerle un yugo ignominioso, el pueblo recurrirá a esa misma fuerza para sacudir ese yugo, para arrojar a ese hombre funesto del poder y para reconquistar su libertad. San Luis Potosí, octubre 5 de 1910.

Francisco I. Madero.

Los primeros esfuerzos de Madero, se encaminaron a conseguir el nobilísimo y patriótico propósito, ya desde entonces enunciado por Bulnes, de que después del general Díaz, la Ley, esto es que el dictador en aras de la paz, permitiera al pueblo eligiera su sucesor, pero éste se empecinó una vez más en imponer a Corral; y sostengo que Madero previó desde el primer momento que la única solución era la Revolución, y esto sin lugar a duda porque así lo anuncia en sus libros.

La Sucesión Presidencial, página 336 “Campana Electoral y sus Consecuencias Posibles”, dice así:

Las consecuencias de esta política serán funestas para la República, como se desprende del estudio que hemos hecho para demostrar el peligro tan grande que correría nuestra patria si seguimos bajo el régimen del poder absoluto con el sucesor del general Díaz... Veamos, sin embargo, qué podrá suceder si el gobierno recurre a medidas demasiado violentas para obtener su triunfo, puesto que, para llegar hasta la lucha en los comicios se necesitará una relativa libertad... En el caso de que ésta falta por completo, imposible será pronosticar lo que suceda, pues bien puede darse el caso de que la Nación, indignada por las violencias y persecuciones de que son víctimas sus buenos hijos, tan sólo porque quieren hacer uso de sus derechos, *se levante en masa* y presenciemos otra Revolución popular como la de Ayutla. No porque la nación haya permanecido impasible hasta ahora, ha de imaginarse que presenciará con la misma impasibilidad que se cometan numerosos atentados. Ahora pasamos por una época de transición; se nota gran agitación y ansiedad en todas partes, y si las energías del pueblo, ansiosas por manifestarse no encuentran expedita la vía democrática, *podrán desviarse por los senderos torcidos de la revuelta* y acarrearán males sin contar a la patria ... A pesar de lo anterior, la probabilidad existe de que sí se levante la nación si la opresión es demasiado vigorosa. Si es cierto que está acostumbrada a permanecer tranquila y en perpetua paz, también lo está a no presenciar sino muy raros atentados cometidos aisladamente, y si ahora viniera una serie numerosa, como tendrá que suceder, *le causaría una indignación difícil de contener ... En este caso desgraciado, sería el culpable el general Díaz.*

En efecto, en el capítulo “Las Conclusiones”, en los párrafos 13 y 14 asienta:

Esta lucha despertará al pueblo y sus esfuerzos asegurarán en un futuro no lejano, *la reivindicación de sus derechos* [y la conclusión 14 dice]: El Partido Antirreeleccionista tiene grandes probabilidades de triunfar desde luego, pues *nadie sabe de lo que es capaz un pueblo* cuando lucha por su libertad, sino cuando con sorpresa se ve el resultado [y en el apéndice de la segunda edición, dice]: No

creemos que el caudillo acepte conceder tal libertad electoral, pero sí posible en caso de que el pueblo despierte, creemos que sin llegar a una Revolución, es a lo único que se podrá aspirar porque el general Díaz que debe su poder *a la fuerza de las armas, no lo dejará sino obligado por la misma fuerza.*

Y en la carta que estando preso le escribió al general Díaz no pudo ser más explícito. En ella le dice:

Pero si usted y el señor Corral, se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional y continuando los atropellos cometidos, recurren a los medios en práctica hasta ahora, para hacer triunfar las candidaturas oficiales y pretenden emplear una vez más el fraude, para hacerlas triunfar en los próximos comicios, *entonces, señor general Díaz, si desgraciadamente por ese motivo se trastorna la paz, sería usted el único responsable ante la nación, ante el mundo civilizado y ante la Historia* [y para que el general Díaz ni siquiera dudara quién sería el promotor de la Revolución, concluye su carta con este alarde de valor]: En cuanto a mí, desde este encierro en donde me tiene usted recluido, no puedo hacer más que publicar un manifiesto del que le mando copia, y tranquilo esperar las consecuencias ...

Mi suerte está en sus manos y se me podrá procesar y condenar por los mayores delitos: ¡Que así sea!, pero tengo la conciencia de servir a mi patria con lealtad y honradez y los mayores peligros personales no me ARREDRAN para servirla.

Sobrevino pues ineludible la Revolución, único medio de que escapara el país de la tiranía del general Díaz que amenazaba continuarse en manos de Corral.

Hay escritos e historiadores de tendencias izquierdistas, que despectivamente menosprecian la labor revolucionaria de Madero y hasta se atreven a negar que el movimiento que acaudilló sea una verdadera Revolución.

Ostensiblemente incurren en un error de lógica imperdonable, pues aplican un criterio que en los tiempos de Madero no se conocía, porque surgió en el otoño de 1918 cuando al triunfo de la Primera Guerra Mundial, Lenin y Trotski promovieron en Rusia la revolución bolchevique. Un anacronismo manifiesto.

Además, y en el propio campo de las ideas político-sociales preconizadas por el comunismo, no caben los ideales que proclamó Madero y cuya consecución lo llevó a la lucha. En el comunismo no hay libertades de ningún género, no hay libertad política, todo el mundo es necesariamente comunista y quien se opone a sus ideas, a las mazmorras o a la muerte; no hay libertad de expresión, nadie tiene derecho, ni puede censurar al régimen, ni a sus dirigentes; menos, mucho menos hay democracia; la voluntad del pueblo no cuenta; tampoco hay respeto a la vida humana; las sangrías o purgas son periódicas. Y por supuesto, no solamente ni asomo de respeto a la propiedad privada, y esto es básico, fundamental en el régimen comunista. En Rusia el Estado es el dueño de todas las actividades de producción de riqueza; agricultura, industria, comercio, banca, pesca, etc. En materia de propiedad no hay más que un pálido, raquítico respeto al equipo doméstico y lo indispensable para la vida en el hogar. Hasta la familia y los hijos están en manos del Estado.

Madero fue un revolucionario en el sentido técnico que científicamente corresponde a un fenómeno social de este tipo. Madero fue un revolucionario porque acaudilló un movimiento armado para derrocar una tiranía arraigada 34 años y conquistar para el pueblo de México, la redención de la peonada esclavizada, las libertades humanas, la democracia, el respeto a la vida humana y el mejoramiento de los “de abajo”.

Querido Moheno, enemigo reconocido de Madero, que a su caída y asesinato se declaró partidario de Huerta, en la breve y ridícula pugna que sostuvo contra los cuartelaceros de la Ciudadela Félix Díaz, Mondragón y Rodolfo Reyes a quienes les robó el bocado, en una airada discusión que sostuvo contra Rodolfo Reyes en una sesión de la Cámara de Diputados y con ocasión de que aquellos cuartelaceros tuvieron la osadía de calificar su cuartelazo como una Revolución, de una manera inusitada que causó asombro. Querido Moheno dejó escapar estos bellos conceptos de Madero como caudillo de la Revolución del 20 de Noviembre. “Conceptos que califican esa verdadera Revolución”.

SESIÓN DE LA CÁMARA 25 de septiembre de 1913

Moheno y Rodolfo se atacan furiosamente. Reyes dice que al desarrollarse los acontecimientos de la decena trágica, fue presa de la desesperación y que, si *creyó en Madero como Apóstol*, nunca lo consideró como un buen gobernante. Moheno le pregunta:

¿Dónde estaba cuando en los fosos de la Ciudadela rodaron los trágicos cadáveres de don Gustavo Madero y Bassó, cuando ambos merecían el amparo de la ley y la justicia? [Moheno agrega]: *Revolución fue la sacrosanta que acaudilló Madero la que formó el pueblo, para reconquistar sus derechos, no la de febrero, que sólo fue para satisfacer la ambición por los puestos públicos. ¡Qué va a ser Revolución la de febrero! [exclama]. No había en ella un solo móvil; era el pretorianismo de los tiempos de Santa Anna que volvía a levantar su odiosa cabeza [Sólo así tiene valor la palabra de estos hombres cuando para atacarse se acusan]. “Cuando riñen los ladrones descúbrense los hurtos”, dice el viejo adagio español: El País, 26 de septiembre de 1913.*

Es adecuado recordar cómo nuestro gran filósofo Francisco Bulnes tipifica lo que es una Revolución:

Una Revolución es la reacción violenta de un organismo, contra la infección que lo ha invadido... La Revolución es la fuerza orgánica salvadora que emprende la lucha para librar del morbo o de la muerte al organismo infectado; representa siempre, no en sus programas, ni en sus visiones, ni en sus principios, ni en sus hombres, una causa humanitaria, santa, de esplendores filosóficos y místicos, de empuje progresista de fines redentores, y su verdadero objeto es eliminar de la sociedad, instituciones caducas, rancias costumbres, vicios profundos, supersticiones idiotas, creencias absurdas, viejos privilegios, agonizantes atentados impúdicos, errores criminales... La Revolución gusta devorar militares cobardes y ladrones, estadistas vendidos a la lujuria patriótica, facinerosos populares impunes, aduladores que secretan toda su dignidad y chupan miasmas de tiranía, burócratas voraces que roen hasta la misma rapiña, aristocracias ruines, inhumanas, secas de virtudes cívicas. Todo lo que es veneno en la sociedad, la Revolución procura extirparlo, sin que nunca le haya sido posible triunfar más que eliminando excedentes.

Nadie pues, más que don Porfirio, es históricamente el responsable de la Revolución; y no nos pesa, no nos arrepentimos, nos sentimos felices y orgullosos de haber colaborado aunque haya sido en escala humildísima. A pesar de la sangre derramada, de la destrucción causada por el movimiento armado, los sufrimientos de todo orden que la Revolución trae fatalmente consigo; del estado anárquico característico de toda Revolución ella nos trajo, con Madero, la liberación de los campesinos esclavizados, la más completa libertad individual, la libertad de prensa; con Madero la más amplia y completa libertad electoral; los enemigos de Madero y de la Revolución, en los escaños de la Cámara de Diputados para dar desahogo a sus venenosas pasiones y su sectarismo porfirista: con Madero el más cumplido respeto a la vida humana;

ni uno solo de sus enemigos capturados con las armas en la mano, fusilado; con Madero, un equipo de hombres puros, honestos. Ni un ladrón; y después de Madero la Revolución con Carranza, Obregón, Calles, don Lázaro Cárdenas, Miguel Alemán, Ruiz Cortines y ahora Adolfo López Mateos, realizadas las conquistas que han dado al pueblo, al proletariado, “a los de abajo”, tierra, pan, garantías amplísimas al trabajador; bienestar público, paz orgánica, desarrollo de la riqueza pública no soñada, progreso incontenible y hasta “garantías para los ricos”. Estos frutos, a costa de la sangre de Madero y de los innumerables patriotas, que no vacilaron en ofrendar sus vidas en aras de su ideal: Un México libre, y sus hijos pobres y ricos, todos disfrutando de tales dones.

Y hubo un reaccionario odioso y odiado porque habiéndolo llevado Madero al gobierno lo traicionó: Alberto García Granados, que hizo una profecía trágica y que felizmente resultó exacta: “La bala que mate a Madero, salvará al país”; porque de la tumba del héroe surgieron Carranza, Francisco Villa y Emiliano Zapata y brotaron a millares de millares los revolucionarios que prosiguieron la lucha enarbolando su bandera, y entrando al combate enardecidos; airados por su asesinato al estridente grito de “Viva Madero”, que a nosotros los que lo quisimos y admiramos, nos emocionaba hasta las lágrimas. ¡Cuán hondo había entrado al alma popular el espíritu bondadoso del héroe! Muerto Madero, seguía siendo el “¡Viva Madero!” el grito de guerra.

Por supuesto, que aquel desventurado personaje, al hacer su fatídica predicción, locamente soñaba que un nuevo general Díaz, acaso el canalla asesino Victoriano Huerta y no la Revolución, sería la salvadora de México.

CAPÍTULO SEGUNDO

La Revolución

CUANDO MADERO SE FUGÓ de la ciudad de San Luis Potosí, que tenía por cárcel en virtud de la libertad caucional que se le había concedido y llegó a los Estados Unidos, para el gobierno del general Díaz ya no cabía la menor duda de que se venía encima la Revolución; en consecuencia, se puso en movimiento a la policía y se sometió a estricta vigilancia a todas las personas que se suponía estarían involucradas en la rebelión; de este modo se siguieron los pasos de Abel Serratos –valiente como un león– y los del enorme patriota que fue Francisco Cosío Robelo; ambos fueron sorprendidos comprando armas, y ya presos los sometieron a tormentos indecibles, que no los doblegaron porque tenían madera de héroes. También capturaron al jefe del movimiento en la ciudad de México, hombre patriota y desinteresado, ingeniero Alfredo Robles Domínguez con su adicto el profesor Luis G. León; nada descubrió en concreto la policía. En Puebla, el cateo y aprehensión de los entusiastas maderistas hermanos Rousset, los llevó a dirigir su esfuerzo contra el inmortal Aquiles Serdán; y el 18 de noviembre en vísperas de que estallara el movimiento en toda la República, aquel sicario odioso, cuyo nombre no debe olvidar la historia –para eterno baldón–, Miguel Cabrera, llegó a la casa de los Serdán y Aquiles se le enfrentó desde luego marcándole el alto con arrogancia, lo que motivó que Cabrera ordenara a sus genízaros hacer fuego que fue contestado con ardor, cayendo muerto Cabrera.

Aquiles Serdán y sus gentes, todos valientes y decididos a morir, pelearon toda la mañana, habiendo tenido que intervenir el batallón Zaragoza en pleno, tal y como si fuera una verdadera batalla. Máximo, hermano de Aquiles, murió en la refriega; su madre doña Josefa Alatríste viuda de Serdán y su hermana Carmen, pelearon como hombres y se inmortalizaron. El nombre de *Carmen Serdán*, escrito con letras de oro en el muro de la Cámara de Diputados, elevó aquel espíritu privilegiado a la gloria, en la Historia de México. Hubo numerosos muertos y heridos, entre ellos, gravemente, el mayor Fragoso y el coronel Gaudencio de la Llave. Aquiles buscó salvarse porque sabía que la patria necesitaba de su poderoso brazo, escondiéndose en un sótano de la casa donde fue descubierto y cobardemente asesinado.

El gobierno del general Díaz aprovechó este heroico episodio, haciendo en los periódicos publicaciones dantescas para acobardar a los complicados, y debo confesar que la primera reacción del pueblo le fue favorable. Los más valiente y decididos, aflojaron su esfuerzo y sobraron los que al principio nos acobardamos. Fue necesaria la serie de triunfos heroicos de los insurgentes chihuahuenses, para despertar de la cobardía a los que sufrimos el impacto.

El gobierno desató una ola de persecuciones; cuando no podían aprehender a los hombres, se llevaban a las mujeres y a los niños. Sembrar el terror, asustar, meter miedo; ellos eran muy valientes con los indefensos...; pero... Dios estaba con la Revolución y con la patria...; y la Revolución, con Madero en primerísimo lugar, respetó y salvó muchas veces a riesgo de su propia vida, la de sus enemigos que no hubieran vacilado en sacrificarlo, como a la postre resultó.

La Revolución estalló, como estaba previsto, el glorioso 20 de Noviembre de 1910 al amparo del Plan de San Luis que ya he dado a conocer. Y a pesar del miedo, a pesar del pavor que infundió el macabro asesinato de Aquiles Serdán, don Mariano López Ortiz, Orestes Pereyra, Jesús Agustín Castro y Barrera Zambrano, se levantaban en armas en Gómez Palacio, tomando el cuartel el glorioso 20 de Noviembre de 1910, habiendo muerto en la refriega el comandante de rurales Félix Chávez y tres policías. En Parral, Guillermo Baca capturó la plaza. Fueron vencidos, tuvieron que huir, dispersarse, esconderse, pero se habían disparado los primeros tiros, que anunciaban la determinación del pueblo de derrocar la tiranía e implantar en México la libertad.

Madero, fiel a su promesa, estuvo al frente de su reducido grupo, en territorio nacional, aquel glorioso día. A la una de la mañana partió aquel pequeño grupo de patriotas del rancho del Indio, Texas, con Madero a la cabeza. Lo acompañaban su hermano Raúl, el periodista don Paulino Martínez, los hermanos Rubén y Octavio Morales, Arturo Lazo de la Vega, Onésimo Espinosa, Julio Peña, Francisco Flores, Roque González Garza, Rafael Aguilar Olmos y José Díaz, llegando a las ocho de la mañana a la margen del río Bravo, cruzándolo por un lugar llamado Las Islas. En aquel lugar, lo esperaba mi tío, don Catarino Benavides, con diez hombres montados y armados. Allí pasaron tres días esperando el contingente de trescientos hombres que había ofrecido don Eduardo Bustamante, jefe del Partido Antirreeleccionista en Piedras Negras y don Erasmo Anguiano, contingente que nunca llegó, por lo que Madero, ansioso de entrar en acción, penetró a Ciudad Guerrero sin conseguir ninguna ayuda. En vista de aquel fracaso, el grupo se disolvió, y Madero tuvo que ocultarse en los Estados Unidos, buscando desesperadamente lugar apropiado donde operar.

Entre los organizadores de la Revolución figura en primerísimo lugar, don Abraham González, que tuvo la visión y el acierto de organizar sus huestes con la gente que le había de dar el triunfo; los valientes hombres del campo de Chihuahua. Él invitó a Pascual Orozco, guerrillero indomable, al invicto Pancho Villa, a Cástulo Herrera, a Marcelo Caraveo y a don Abraham Oros. El general Villa, por la voz de Martín Luis Guzmán, nos cuenta cómo se incorporó a la Revolución:

El 17 de noviembre de 1910 fue don Abraham González a cenar con nosotros en mi casa de la calle 10ª. acompañado de Cástulo Herrera, yo había sido presentado a don Abraham en virtud de su llamado, por mi compadre Victoriano Ávila, que era persona de toda mi confianza. En el poco tiempo que don Abraham llevaba tratándome, no era fácil que se hubiera dado cuenta cabal de que yo, por mí mismo, podía llevar la campaña de la Revolución. Así, pues, no me sorprendió mucho saber al fin de la cena, cómo era yo nombrado para jefe de los hombres que había reunido y otros más que iba a reunir. Don Abraham nos habló con mucha emoción: “Ha llegado el momento de emprender la campaña, yo me voy al norte del Estado, a Ojinaga y tú, Pancho, te vas al Sur, saldrás para San Andrés a organizar las fuerzas, y todos reconocerán como jefe a Cástulo Herrera, que está aquí presente; espero, pues, que obedecerán sus órdenes y sabrán cumplir su deber hasta morir, o hasta triunfar por la noble causa que perseguimos”. Le respondí yo: Señor, viva usted seguro, que será obedecido y esté usted cierto de que vamos a la lucha como revolucionarios conscientes, como hombres que van a combatir por el bien del pueblo y de los pobres, contra los ricos y poderosos, y que por ser ignorantes, pues nadie los ha enseñado, necesitan que los que más saben los manden y los guíen; le aseguro, don Abraham, que obedeceremos siempre las órdenes de Cástulo Herrera y que mantendremos leales a nuestra causa, y que peharemos por ella hasta el último instante de nuestra vida.

El primer grupo de Villa lo integraban Eleuterio Soto, José Sánchez, Feliciano Domínguez, Tomás Urbina, Pánfilo Solís, Lucio

Escárcega, Antonio Sotello, José Chavarría, Leonides Corral, Eustaquio Flores, Genaro Chavarría, Andrés Rivera, Bárbaro Carrillo, Cesáreo Solís, Ceferino Pérez y su compadre Fidel Ávila.

El 24 de noviembre, Villa tenía ya organizados 375 hombres montados, armados y municionados; ese día, al rayar el alba y bajo la orden de Cástulo Herrera, salieron de su campamento de Sierra Azul y bajaron y sitiaron el pueblecito de San Andrés que estaba ocupado por unos cuantos rurales que apresuradamente huyeron al ver la cantidad de gente que los amenazaba. El tren del Noroeste, debería pasar por el lugar a las 10 de la mañana y apenas se detuvo en la estación, abrió el fuego la gente de Villa, sobre la escolta que daba el 12º. Batallón al mando del teniente coronel Pablo M. Yepes, que fue de los primeros en caer muerto. La refriega duró menos de dos horas, sufriendo muchas bajas la federación y logrando huir a bordo del tren, pero dejando abandonados muchos soldados que cogieron prisioneros. En la misma fecha, 24 de noviembre, hace su aparición el que fuera famoso guerrillero, Pascual Orozco, quien tenía un tren de carros dedicados a transportar metales. Ese día, con más de 200 hombres montados y armados, captura Ciudad Guerrero en la sierra del Noroeste, la cual estaba débilmente defendida por 62 soldados del Tercer Regimiento de Caballería, al mando de tres oficiales de la policía y fuerzas auxiliares, subordinadas al jefe político Urbano Zea, quien se rindió con garantía de la vida. La pluma fulgurante del entonces teniente coronel e ingeniero Vito Alessio Robles, relató, años después, aquella primera página militar de la Revolución:

Hace más de cuarenta años que se dispararon los primeros cartuchos de la Revolución iniciada por el mártir Madero, contra un régimen

vetusto y caduco que se desmoronaba; los primeros después del chispazo enérgico de Aquiles Serán en Puebla.¹

Aquellos primeros relámpagos de una tempestad, fueron las convulsiones iniciales de esos fenómenos de la historia de los pueblos que, según Le Bon, es fácil desatar, pero que nadie es capaz de encauzar y mucho menos terminar en un momento dado. Ocurrieron en una población que lleva el nombre de Ciudad Guerrero, oculta en una hondonada de la Sierra Madre Occidental; en un pueblo hosco formado por gente fuerte, trabajadora, tenaz y levantisca; en un pueblo fertilizado por la corriente del río Papigóchic, que, después de una marcha decidida hacia el Norte, va a sumar sus aguas con el legendario Yaqui para derramarlas en el mar Bermejo.

¿Cuáles fueron las causas de estos relámpagos que repercutieron con voz de trueno en toda la República después de las deslumbrantes fiestas del centenario? Ostensiblemente la imposición del general Díaz, reeligiéndose por enésima vez, y haciendo que Corral fuera reelecto también, para la Vicepresidencia de la República, y las cláusulas vibrantes del Plan de San Luis, que mandaban que toda la República se levantara en armas el 20 de noviembre, como un solo hombre, contra la carcomida dictadura.

Realmente: el cacicazgo brutal y prolongado de una dinastía de próceres, que habían convertido el extenso Estado de Chihuahua en un feudo propicio a abusos, a monopolios y a exacciones de todo género.

Esa dinastía que pasaba de padres a hijos y en la cual participaban también los yernos, a guisa de príncipes consortes, era dueña de la mayoría del territorio chihuahuense, y con la fuerza abrumadora que proporcionaba la enorme riqueza de consumo con el poder sin límites, omnímodamente ejercido durante varios lustros, y con la creación de feudos regentados por odiosos jefes políticos con toda su cáfila de abusos y de infamias, el menos observador se explicará fácilmente, el porqué del entusiasmo despertado en aquel pueblo fuerte y trabajador, por las palabras levantiscas del *Apóstol*.

Aquellos campesinos vigorosos sabían que mientras el general Díaz y don Ramón Corral se mantuvieran en el poder, la dinastía

¹ Ingeniero Vito Alessio Robles. “La Primera Página Militar de la Revolución”. Revista *Todo*, de marzo 25 de 1954.

chihuahuense seguiría esclavizándolos y explotándolos inicualemente y que esa dinastía impediría a todo trance que fueran removidos sus agentes más eficaces: los odiados caciques lugareños que, desde luengos años, pesaban sobre ellos como una maldición, robándoles sus tierras, sus animales, sus mujeres y sus hijas. Esos campesinos enérgicos que no podían implorar justicia a aquellos que los vejaban, animados por un espíritu sencillo y bueno, don Abraham González, y por un decidido y organizador, Francisco Salido, primer jefe de las huestes revolucionarias, injustamente olvidado por la Revolución, para glorificar a héroes de cuarto o quinto orden, con un número reducido de hombres, sin armas, sin municiones, sin elementos de ningún género, se atrevieron a arrojar el guante al gobierno del general Díaz, considerado como omnipotente, convencidos de que, para remover a los caciques inmediatos, era necesario de todo punto arrojar del poder al que desde la capital de la República sostenía a los que los deprimían en su carácter de ciudadanos libres.

El hecho de una dinastía de grandes terratenientes que se perpetúa en el poder, explica el rápido crecimiento que tuvo la Revolución en Chihuahua y más que nada las grandes simpatías con que fue acogida en aquel rico Estado.

Encontrábase a la sazón como jefe de la 2ª. Zona Militar, el general Manuel M. Plata, jefe de gran cultura, honrado a carta cabal, incorruptible y huraño, quien mientras duró su mando, mantuvo relaciones tirantes con los próceres de la dinastía chihuahuense. Dotado de un espíritu fino y observador, se dio perfecta cuenta del descontento latente que sólo esperaba una oportunidad para estallar, y con una gran previsión, que le honra, comunicó al general Díaz sus observaciones anunciando, con mucha anticipación, un levantamiento que sería secundado cuando menos moralmente por casi toda la población del Estado de Chihuahua, y que, según él, cundiría con rapidez, aconsejando que se tomaran medidas de orden político, no en forma de persecuciones brutales, que sólo exacerbaban los ánimos, sino removiendo la causa de tan gran descontento y diciendo que, en todo caso, la guarnición de mil con que en ese momento contaba el extenso Estado fronterizo, sería insuficiente para aplastar cualquier movimiento en su cuna.

Uno de los próceres de la dinastía que fungía como secretario de Relaciones de la dictadura, impidió que se tomaran medidas políticas

que redundarían inmediatamente en perjuicio propio, e impulsado por su deseo de halagar al amo, se empeñó en hacer aparecer ante los ojos del viejo dictador que la situación del Estado de Chihuahua era como una jauja venturosa, en la que los caciques eran amados por los ciudadanos con cariño verdaderamente filial, e impidió que se tomaran las medidas que con tanta clarividencia había sugerido el jefe de la 2ª. Zona Militar. Hizo aparecer estas noticias del general Plata como una medrosidad de aquel honesto jefe y hasta consiguió un acuerdo para que fuera relevado del mando de aquella zona, cosa que se verificó a raíz de haber estallado la Revolución.

¿Fue el de Ciudad Guerrero un combate épico, de grandes proporciones, en el que corriera la sangre a raudales y en el que se registraran actos inauditos de valor? No. En ese lugar había una pequeña guarnición federal compuesta de tres oficiales y 62 soldados del 3er. Regimiento de Caballería. Los revolucionarios, reclutados en su mayoría en Ciudad Guerrero y en sus alrededores, se presentaron según noticias que parecen dignas de crédito, en número de unos cuatrocientos o quinientos en las cercanías de dicha población. El capitán Salvador Ormachea, jefe del destacamento, con una improvisión que pasma y mostrando una notoria falta de acometividad, optó por la peor de las resoluciones en aquellas circunstancias, encerrarse con sus hombres y caballos en el cuartel, edificio de paredes de adobe, situado en el interior de la población y con casas y bardas que podían proteger a los revolucionarios, a una distancia de menos de veinte metros. Los referidos revolucionarios, envalentonados por la falta de decisión del capitán Ormachea, a merced de las sombras, en las primeras horas de la noche del 20 de noviembre de 1910, se acercaron a esas paredes fronteras a los muros del cuartel, las aspillearon, y así de pared a pared, de espillera a espillera, comenzó y continuó por quince largos días un fuego ineficaz, sin que los revolucionarios emprendieran un ataque brillante, sin que los federales hicieran una salida vigorosa. Esta acción, larga y monótona, que puede considerarse como la primera página militar de la Revolución, de la cual el episodio de Aquiles Serdán fue brillante prolegómeno, carece de brillo y esplendor, apenas si esa monotonía fue rota por dos bombas de dinamita que los revolucionarios arrojaron sobre los techos del cuartel, causando desperfectos de poca monta. Los vecinos de Ciudad Guerrero han asegurado al que esto escribe, un mes después

de ocurridos los hechos, que al principio atacaron de cuatrocientos a quinientos revolucionarios mal armados, al comando de Salido, pero que a los dos días, teniendo noticias de que venían refuerzos por ferrocarril procedentes de Chihuahua, la mayoría de los revolucionarios partieron al encuentro de dichos refuerzos que batieron en San Andrés y en Pedernales, dejando a unos cuantos hombres para que mantuvieran en jaque a los soldados de Ormachea, que se habían encerrado en una ratonera.

Después de una lucha en la que no resplandecieron episodios heroicos, cuando los soldados federales habían tenido un solo muerto y los revolucionarios otro, cuando las periferias de las aspilleras se mostraban cacarizas por los proyectiles lanzados y cuando sólo había dos boquetes de un metro cuadrado en los techos del cuartel, los federales, urgidos por el hambre y por la sed que los acosaba en aquella ratonera, capitularon, entregando a Salido 61 carabinas Mausser, 400 cartuchos, 63 equipos completos, 61 caballos y 2 acémilas.

Si las consecuencias materiales de aquel combate fueron relativamente pequeñas, en cambio las morales fueron enormes y de gran trascendencia: un grupo de campesinos vigorosos, aunque mal armados y con una organización rudimentaria, habían vencido a los soldados de la dictadura que muchos consideraban invencibles. Este primer combate, de pequeña importancia militar, mostró al sufrido pueblo chihuahuense, que podría esperar el triunfo y fue un toque de rebato que sembró la alegría de muchos corazones que anhelaban la libertad, y el espanto entre los tiranos y los explotadores del pueblo. Tal fue la primera página militar de la Revolución.

Orozco permaneció en Ciudad Guerrero 4 ó 5 días aumentando sus fuerzas, al grado de que de allí salió rumbo a Pedernales con más de cuatrocientos hombres bien armados.

Entretanto, el gobierno se desbordaba en atropellos e infamias contra los que suponía simpatizadores de la Revolución y así encarceló en Aguascalientes al bravo periodista Enrique Bordes Mangel con su acompañante Jesús García. En México, a Enrique García de la Cadena, César Macarot, J. Dolores Reyes, Manuel

Bueno, Francisco Cebada, Trinidad Pimentel, al doctor Alfredo Ortega, Manuel Pérez Díaz, Teófilo Méndez y Antonio Aragón. En Pachuca, a Antonio Rosales que era el jefe del Partido Antirreeleccionista en el estado de Hidalgo y el notario público, licenciado Jesús Silva; en Orizaba, a las familias de Gabriel Gavira y de Rafael Tapia; en Ciudad Victoria, al ingeniero Jesús Higuera Sevilla. En Chihuahua, al licenciado Aureliano González, Tomás Silva, Pascual Mejía y José de la Luz Navarro, y en Aguascalientes, a la familia, esposa e hijos de Alberto Fuentes.

Y continuaban los levantamientos. En Etna, Oaxaca, 300 indios. En las puertas de México, en Milpa Alta, en la hacienda de San Marcos, inmediata a Ahuatlán. Martín Camargo se subleva en San Luis Potosí. En los primeros días de diciembre, combate Pascual Orozco en la estación de Pedernales y captura el tren de pasajeros derrotando a la escolta.

Y de nuevo Pancho Villa, con temeridad inaudita, casi una locura, se atreve a dar combate al general Juan Navarro, fuerte con más de 800 hombres del 2º. Batallón en el rancho de Las Escobas. En este desigual combate, estuvieron las dos fuerzas contrarias a menos de diez metros de distancia. En ella murieron Eleuterio Soto, José Sánchez y Leonides Corral, y el propio Villa recibió un balazo que le atravesó la pierna. Con extrema audacia y sacrificando muchas vidas, logró Villa escapar del cerco en que las fuerzas federales lo tenían metido. Derrotado y maltrecho, huyó con la fuerza que le quedaba, a reponerse a sus guaridas de la Sierra Azul.

Habiendo tenido noticia Orozco de la derrota que había sufrido Villa, tuvo la gentileza de llamarlo a guarecerse en Ciudad Guerrero

y lo recibió y acogió, con grandes demostraciones de afecto y compañerismo. Era la gente de aquellos lugares tan entusiasta de la Revolución, que las familias desalojaban sus casas para que las ocuparan las tropas maderistas. Pasaron en Ciudad Guerrero varios días, más que de descanso, dedicadas a la reorganización de sus elementos de combate; ordinariamente sucedía que después de una derrota, aumentarían los contingentes rebeldes. Allí, los jefes que se encontraban en el lugar, celebraron el 10 de diciembre una junta de guerra; estaban Orozco, Villa, Cástulo Herrera, Francisco Salido y José de la Luz Blanco, quienes convinieron en formar un plan de ataque contra la columna del general Navarro, el cual, según noticias de los correos, había dormido la noche anterior en San Nicolás de las Carretas; y éste es para mí, el momento apropiado para decir que era el movimiento revolucionario de tal manera apasionante para toda la gente del campo, que propiamente las fuerzas revolucionarias nunca necesitaron servicios de exploración y vigilancia, porque todo el mundo se apresuraba a informar los movimientos del enemigo, aportando informaciones amplias y completas; contrariamente a las fuerzas federales les daban noticias falsas, y lo que es más, y esto es emocionante, cuando las fuerzas federales se aproximaban a las rancharías, se apresuraban a esconder los alimentos y mercancías que pudieran necesitar y las mujeres hasta rompían los jarros y cazuelas, haciéndolos así el vacío y dificultándoles la marcha y aun la comida. La lucha era apasionante. El pueblo en masa apoyaba y servía a la Revolución, y odiaba a muerte a los federales, a los mochos...

En aquella junta se convino que en la madrugada del 11 de diciembre se haría un movimiento envolvente contra Navarro. Se formaron las columnas que estarían en constante comunicación. Iban a la vanguardia Villa y Salido. A las ocho de la mañana se

descubrió que Navarro estaba a punto de entrar al pueblo de Cerro Prieto. Villa, con rapidez de rayo, ordenó a sus fuerzas apoderarse del cerro que hay al sureste de la población y desde el cual se domina el caserío. Apenas acababan de apoderarse del cerro las fuerzas villistas, se rompió el fuego y empezó el combate con sólo la vanguardia; duró la lucha tres horas y media. Villa se encontraba en una situación difícil porque la artillería federal lo bombardeaba con acierto, en tanto que la infantería iba trepando por la falda del cerro y le causaban ambas armas muchas bajas; pero cuando Villa ya se encontraba abatido apareció en el llano la caballería de Orozco, y los federales tuvieron que replegarse. Salido que oyó el toque de retirada, dejó el abrigo de un peñasco que le servía de trinchera, cuando una granada le destrozó el pecho y lo dejó sin vida. Así se perdió un elemento de valía casi en la aurora de la Revolución. En el llano, Orozco trabó un combate con la caballería de Trucy Aubert, en el que se peleó cuerpo a cuerpo y duró casi cuatro horas con resultado favorable para Orozco, a quien no pudo auxiliar Villa por falta de parque y agotamiento de sus soldados; sin embargo, lograron retirarse en buen orden buscando abrigo en la sierra de Los Picachos. Cerca de las doce de la noche, se reunieron los dos grandes jefes de la Revolución en Chihuahua, en el rancho de la Capilla que se encuentra en la falda de la sierra.

Casi al mismo tiempo, en otro lado, sobre la línea del ferrocarril del Noroeste, en Chihuahua, José de la Luz Estrada asalta un tren de pasajeros procedente de Madera y recoge las armas que portaban, otorgando por ellas recibos pagaderos al triunfo de la causa.

Y siguieron los atropellos de las autoridades porfiristas. En Torreón, aprehenden a Manuel Oviedo, jefe del movimiento antirreeleccionista y saquean nuestras casas: la de mi papá, la de mi hermano Rafael y

la mía. Y el acaudalado coronel don Carlos González, rico hacendado de La Laguna, organiza, pagada de su peculio, una fuerza para defender a don Porfirio... pero nunca dispara un tiro.

Se registran en la primera decena de diciembre, un levantamiento en Presidio, Chih., y en Cruces, del mismo estado. Martín Triana aparece con un grupo reducido pero bien armado, por Sapiordia, Durango, en donde libra un ligero combate en el que estuvo a punto de morir el coronel Zúñiga, jefe político de Lerdo.

Barrera Zambrano, uno de los que se apoderaron de Gómez Palacio el 20 de noviembre, fue capturado en Norias de Baján y es internado en la penitenciaría de la ciudad de México, en donde estuvo recluso hasta el triunfo de la Revolución.

Insurgentes chihuahuenses se apoderaron de Miñaca y Temósachic. Orozco y Villa acordaron operar por separado, partiendo el último hacia San Andrés que ocupó desde luego por estar desguarnecido y ocurrió que, debido a que la mayor parte de su gente era de ese lugar, todos los soldados se desparramaron y se fueron a sus casas quedando en el cuartel donde se alojaba Villa con sólo la guardia, lo que dio lugar a que sufriera una súbita acometida por fuerzas federales que lo agarraron desprevenido, teniendo que huir para ponerse a salvo.

A mediados de diciembre fue aprehendida en Juchipila, Zacatecas, toda la familia de Roque Estrada y mandados a la penitenciaría de México.

La embajada en Washington informa que el gobierno del general Díaz ha resuelto que si Madero fracasa en la Revolución, se le

aplicará la pena de muerte y serán confiscados los bienes de toda su familia.

El 16 de diciembre ocurre una nueva acción en Cerro Prieto que estuvieron los revolucionarios a punto de perder, porque sólo eran 200 contra más de 600 federales, pero oportunamente llegó un refuerzo de 230 hombres procedentes de Ciudad Guerrero y el éxito quedó de su parte, sufriendo las fuerzas federales la pérdida de dos oficiales, 12 muertos y 27 heridos; los revolucionarios tuvieron 19 bajas.

Una columna de más de 1,500 hombres bajo el mando del general Navarro, que salió de Chihuahua con el propósito de apoderarse de todos los pueblos situados a lo largo del Ferrocarril del Noroeste, camina lentamente; llega a Cerro Prieto y continúa para Pedernales. La Revolución impera en toda la sierra y los federales sólo dominan la tierra que pisan, de tal manera que apenas desalojan un lugar, inmediatamente es ocupado por los rebeldes y si no los hay en los alrededores, allí mismo se organizan en el acto los simpatizadores que hay en todos los pueblos y rancherías.

El cónsul Edwards, de Ciudad Juárez, informa que en la última acción de armas que ocurrió en Cerro Prieto, los federales tuvieron 150 bajas, por 60 de los revolucionarios. En los hospitales de Chihuahua no hay ya lugar para atender a los heridos que llegan día a día.

El 17 de diciembre, nuevas partidas de revolucionarios toman los pueblos de Mulatos y Presidio en el noreste de Chihuahua.

El 20 de diciembre sigue Navarro estacionado en Pedernales, y llega a Chihuahua el 6º. Batallón de Infantería bajo el mando del

coronel Lauro Guzmán, padre del historiador de la Revolución, Martín Luis Guzmán.

En la Estación Falomir, se registra un encuentro entre revolucionarios al mando del cabecilla Perfecto Lomelí, contra federales al mando del coronel Alberto Dorantes, anunciando el gobierno haber aniquilado a los rebeldes.

Un tren militar de auxilio, mandado de Chihuahua, fue asaltado por los revolucionarios; el general Trucy Aubert, de las fuerzas que acompañaban a Navarro, fue a su defensa y por poco muere o cae en manos rebeldes, pues le mataron el caballo que montaba. Los federales perdieron un capitán, un subteniente y 22 soldados heridos.

En Mapimí, el teniente coronel Dávila combate con fuerzas de Martín Triana.

Un grupo de alzados se apodera del rancho del Zapote en las inmediaciones de Coyuca de Benítez, estado de Puebla. Y en Santa Cruz de Bravo, Quintana Roo, se levantan en armas los indios mayas.

El 21 de diciembre se registró un furioso combate en el ya renombrado “Mal Paso”, por haberse registrado en ese lugar varios encuentros; combatieron fuerzas del 6º Batallón a las órdenes del coronel Martín Lauro Guzmán y 100 jinetes del 12º. de Caballería.

El resultado fue funesto para las tropas de la federación, pues resultó gravemente herido el coronel Guzmán, causándole la bala la fractura del pie izquierdo, clareado de parte a parte, cuya herida

le causó la muerte. Resultaron también heridos el teniente coronel Vallejo, el mayor Vito Alessio Robles y el capitán José Clemente Gallegos; más de 100 muertos entre clases y soldados. El coronel Guzmán, a pesar de estar herido, arengaba valientemente a sus tropas a proseguir la pelea.

Se mandan más tropas a reforzar la guarnición de Ojinaga, que estaba al mando del coronel Alberto Dorantes.

El 22 de diciembre ocurre una refriega entre revolucionarios al mando de Márquez y fuerzas rurales, en San Andrés Contla, Puebla, y otra escaramuza en los límites de Chihuahua y Durango.

El coronel Manuel Gordillo Escudero, al mando de una columna de las tres armas, sale rumbo a Chihuahua a reforzar al general Navarro, que sigue estacionado en Pedernales; y otra fuerza considerable al mando de Samuel García Cuéllar, jefe de Estado Mayor del presidente Díaz, sigue igual camino.

El 24 de diciembre, en la Navidad, tropas de Dorantes salen de Ojinaga a batir a los rebeldes, posesionados del Mulato y combaten cuatro horas, teniendo que retirarse y reportando la muerte del teniente Moisés de la Loma.

Llega a Chihuahua otro convoy de heridos procedentes de Bustillos, a cuyo lugar se retiró el coronel Guzmán, después de la derrota que sufrió en Mal Paso. Los heridos informan a los corresponsales de guerra, que es imposible la lucha contra los revolucionarios, que se guarecen en la selva y las cuevas de la montaña, desde donde los cazan.

La barra de Santa Ana, inmediata a Puerto México, fue capturada por rebeldes al mando del cabecilla Ignacio Gutiérrez, apresando al comisario y al celador fiscal.

El 25 de diciembre fue asaltado el tren de pasajeros entre Ciudad Juárez y Casas Grandes, recogándose armas y diversos. Los americanos que viajaban a bordo, fueron respetados, pero ellos espontáneamente entregaron a los revolucionarios el dinero que llevaban, como su cooperación a la causa del pueblo.

Llegan más refuerzos a Chihuahua al mando del general Gonzalo Luque y coroneles Antonio Rábago y Rafael Eguía Lis.

El general Villa, a quien los periódicos de México daban por muerto, asalta un tren del Noroeste en el kilómetro 40.

A las 5 de la mañana del 26 de diciembre, salieron de Chihuahua a forzar el cruce del ferrocarril por el famoso Mal Paso, a bordo de un tren militar, fuerzas al mando de los coroneles Luque, García Cuéllar, Rábago y Eguía Lis, logrando llegar apenas a San Antonio de los Arenales a cuatro leguas de Mal Paso.

El cabecilla Ignacio Gutiérrez que había ocupado la Barra de Santa Ana, se posesiona de las haciendas, propiedad de americanos, “Pico de Oro” y “Lagunillas”, y en breve combate apresa al coronel Andrés Lara, de la Guardia Nacional.

Praxedes Guerrero, con 20 hombres, captura en estación Terrazas el tren de pasajeros.

La columna del general Luque marcha por tierra custodiando los convoyes militares, a paso lento, y sin encontrar enemigo pasó Mal Paso y llega a Pedernales, sumándose a la columna del general Navarro, que ya llega a la considerable cantidad de 3,700 hombres, y ahora sí ya podrán proseguir su marcha hacia Ciudad Guerrero. El general Navarro, en todo su recorrido ha ido dejando una estela de sangre, pues mata sin piedad a todos los campesinos que declara sospechosos.

El 30 de diciembre muere en Chihuahua el coronel Martín Lauro Guzmán de la herida que sufrió en la batalla de Mal Paso.

Ocurre una refriega en Moctezuma, Son., y el mineral de Guasapares, Chihuahua, es ocupado por rebeldes.

El 1º. de enero de 1911 el general Rafael Tapia captura San Juan de la Punta y San Lorenzo de Cerralvo, en la Sierra Madre Oriental de Veracruz.

A 39 kilómetros de Ciudad Juárez fue asaltado un tren de pasajeros del Ferrocarril Nacional que conducía 130 pasajeros, que fueron obligados a descender, para ser ocupados los carros por fuerzas revolucionarios que obligaron al maquinista a llevarlos hasta Ciudad Guzmán.

Campesinos sublevados se han apoderado del mineral de Batopilas en donde han tenido dos combates con fuerzas rurales.

Los revolucionarios que comanda el general Tapia llegaron al “Remolino”, después de pasar por San Francisco y Rancho Grande, lugares en donde se aprovisionaron y apoderaron de caballos.

Las fuerzas rebeldes al mando de Ignacio Gutiérrez llegaron a la plantación de Las Colmenas.

El día 3 de enero, surge en Veracruz la figura heroica del modesto y honrado general Cándido Aguilar, que había de llegar, al lado de Carranza, a la cartera de Relaciones Exteriores. Con sus gentes se apodera de Potrero Grande.

Navarro, con sus fuerzas divididas en varias columnas al mando de Luque y García Cuéllar, avanza lentamente, pero dejando a su paso un reguero de sangre. Los heridos son tantos, que en el Hospital Porfirio Díaz de Chihuahua, ya no hay dónde alojarlos.

Ya suenan en todos los ámbitos de la República los nombres de los revolucionarios chihuahuenses Albino Frías y sus hermanos Antonio y Graciano, y los de Manuel Domínguez, Braulio Hernández y Emilio Ontiveros.

El 7 de enero, los revolucionarios de Cándido Aguilar se apoderan de Paraje Nuevo y acampan en el rancho de Santa Teresa y Trancas Azules, en tanto que Rafael Tapia merodea por el Pico de Orizaba. Los indios de Zongolica se incorporan a la Revolución.

El 8 de enero, trabajosamente llega el general Navarro a la hacienda del Rosario, de la familia Sáenz. En Pedernales, quedó Gordillo Escudero con 500 hombres. Trucy Aubert acantona en Miñaca.

Juan Cabral, que alcanzó muy bien ganado renombre y que fue muy querido por todos los revolucionarios, ocupa el Durazno, Calabazas y después Nacoziari.

Manuel Contreras y su hermano Calixto, con Severiano Ceniceros y sus indios de Ocuila, que habían sido cruelmente hostilizados por el rico hacendado López Negrete, toman San Juan de Guadalupe. Manuel murió en las primeras acciones de guerra, quedando Calixto de jefe del grupo y había de llegar a ser uno de los más distinguidos generales de la División del Norte, formada por el famoso *Centauro*, general Francisco Villa.

Por fin, el 10 de enero, llega Navarro a Ciudad Guerrero, que había sido previamente evacuada por don Abraham Oros, a quien habían de inculpar los federales las muertes del juez del lugar, licenciado Martín Norman, de Alejo y Alejandro Amaya, de Lázaro y Pedro Espejo con su hijo, así como la de Sánchez Aldana; todos ellos, caciques odiosos del pueblo.

El general Luque está al mando de las fuerzas de Ojinaga, y García Cuéllar de las de Casas Grandes. A mediados de enero, Calixto Contreras se enseñoorea de las haciendas del Zacate, Santa Rosalía y El Aguaje, de la región de San Juan de Guadalupe.

Los núcleos armados de Navarro, en Ciudad Guerrero, Casas Grandes con García Cuéllar y Gordillo Escudero en Pedernales, se encuentran en total aislamiento, circundadas por los revolucionarios de Chihuahua que no los dejan en paz, porque los amenazan por todos lados y a todas horas.

El general Villa se apartó de la Sierra del Noroeste y se lanzó sobre Sotevó, que estaba escasamente guarnecida por 50 rurales que fueron fácilmente vencidos; algunos de ellos murieron en las acciones y todos los supervivientes se incorporaron a Villa, quien se adueñó de sus armas y caballada. De allí pasó a ocupar las

haciendas del Sauz y Santa Gertrudis, abasteciéndose de provisiones y nueva caballada. Bien pertrechado, tomó sin resistencia el mineral de Naica, cuyo gerente espontáneamente le regaló \$15,000.00 que repartió entre sus soldados.

Mientras dejamos a Villa a salvo en Naica, *El Imparcial* se ufana divulgando la falsa noticia de que ha sido capturado el caudillo y será condenado a muerte.

Albino Frías se apodera de la hacienda de Encinillas perteneciente a la acaudalada familia Terrazas, y el general Fidel Ávila, de las fuerzas de Villa, entra y toma un largo descanso en la hacienda de San Juan, de don Carlos Zuloaga.

El gobierno no descansa persiguiendo indefensos, y así encarcela en Aguascalientes al doctor Isaac Ibarra y en Navojoa a Flavio Bojórquez, compañero de don Benjamín Hill, que había de ser una figura gloriosa al lado del *Manco* de Celaya. Talamantes en Sonora, se apodera de Naco y entra después en Nacozari.

Después de breve combate, Tapia y Cándido Aguilar se apoderan de Sayula.

Todos estos hechos se desarrollan en la tercera decena del mes de enero.

El día 24 ocurrió un encuentro en Cuesta de la Aldea, al sur de Ojinaga, en el que perdió la vida un teniente apellidado López y hubo heridos de uno y otro lado.

Hubo también dos combates de mayor importancia en Galeana y San Buenaventura, pues los muertos no bajaron de 80 y hubo mayor número de heridos. El gobierno reclamó haber triunfado en ambos encuentros.

El 25 se registró un levantamiento de indígenas de Ojitlán, inmediato a Tuxtepec. Se mandó a reprimirlo al brigadier Emiliano Poucel y como las noticias eran alarmantes, se mandó un auxilio el 19°. Batallón a las órdenes del mayor Rafael Toffé.

Al sur de Ojinaga, el coronel Alberto Dorantes sufre una emboscada en un desfiladero, habiéndose salvado a pezuña de caballo, pero perdiendo más de cien hombres y gran número de heridos que, instalados en una ambulancia, fue a aumentar el ya crecido número que había en el hospital militar de Chihuahua.

En esa ciudad, al amanecer del 25, aparecen pegados en las esquinas de las calles, en el Banco Minero y el Palacio de Gobierno, carteles muy llamativos con letreros que decían: “Viva Madero”, “Viva la Revolución”, “Muera Porfirio Díaz”, “Abajo Terrazas”.

Martín Triana y Calixto Contreras, se apoderan de Mapimí y engrosan sus filas con numerosos mineros del lugar.

El 26 se confirma el levantamiento de Ojitlán.

Más tropas a Chihuahua. El 18°. Batallón, a las órdenes del coronel Agustín Valdés, el teniente coronel Melquiades Quiroz y el mayor Antonio Gallardo, salen del cuartel de la Piedad. Llevan cuatro piezas de artillería de montaña y una ametralladora.

Medina Barrón logró recuperar el mineral de Batopilas, que estuvo mucho tiempo en manos rebeldes.

Revolucionarios chihuahuenses al mando de Praxedes Guerrero, se apoderan del pueblo de Bachiniva, tras corto combate con rurales. A instancias del pueblo, se busca al odiado presidente municipal Pablo Baray, y no habiéndolo encontrado, se conforman con saquear su casa y su tienda. Otro grupo, mandado por Emilio Campa, entra en el rancho del Fresno, a 20 kilómetros de Chihuahua, apoderándose de provisiones y caballos, extendiendo recibos pagaderos “al triunfo de la causa”.

Chuvíscar, Chihuahua, en manos de los rebeldes con la eficaz ayuda del pueblo del lugar, que odiaba al prefecto Encinas, quien a caballo escapó de la furia del pueblo.

El tren de pasajeros del ferrocarril Durango-Parral, fue asaltado en la estación “Sandías”, llevándose los rebeldes el dinero del pagador que iba a bordo.

El 27 el general Navarro, llevando como guía al jefe político de Ciudad Guerrero, sale rumbo a Santo Tomás y Tejolocachic.

Acción de guerra en Galeana, Chihuahua, que duró seis horas registrándose más de 90 bajas en las filas federales, entre las que se cuentan el capitán del 10º. Batallón R. Gálvez y el teniente y subteniente Ramón Escobedo y Héctor Mejía. Las fuerzas federales, al mando del entonces coronel Antonio Rábago y los revolucionarios de Pascual Orozco.

El secretario de gobierno, licenciado Guillermo Porras, se encontraba en el lugar y huyó, llegando a Chihuahua muerto de pánico.

Llegan a Veracruz, procedentes de Tuxtepec, numerosas familias que huyen de las deprivaciones de los soldados de la Revolución, que no logran controlar sus jefes. Salen de Córdoba fuerzas federales a perseguirlos.

Trescientos indios de Malota, armados con piedras y machetes, se apoderan de San Juan Evangelista, Veracruz, saqueando las tiendas, incendiando los archivos y apoderándose de los fondos municipales.

Llegan a Ciudad Juárez el 18°. Batallón y el 14° Regimiento. García Cuéllar salió de Namiquipa rumbo a Ocampo. Trucy Aubert en Ciudad Guerrero y Gordillo Escudero en Pedernales.

Rebeldes al mando de Praxedes Guerrero se acercan a Chihuahua con el solo objeto de poner en alarma a la guarnición y al gobierno del estado, y regresan a su base de operaciones, en la hacienda de Encinillas.

Los revolucionarios que combatieron en Cuesta de Aldeas, regresan a Cuchillo Parado que estaba desguarnecido.

El mayor Eduardo López, con 200 hombres del 10°. Batallón, sale de Ojinaga a batirlos y se registra un combate en el que murió su comandante, no sin hacer retirar a los rebeldes.

El 30 de enero, substituye el coronel Miguel Ahumada a don Alberto Terrazas en el gobierno de Chihuahua.

En estación Gallegos, Pascual Orozco bate a voluntarios porfiristas, al mando del rico hacendado chihuahuense Enrique Cuiilty, quien huyó a la desbandada a los primeros tiros. Orozco tenía consigo a José de la Luz Blanco, a José Orozco y a José María Dozal.

El coronel Ojeda, con fuerte núcleo de fuerzas federales, intenta recuperar Sahuaripa que estaba ocupada por Severiano Talamantes, y después de un combate muy sangriento, tuvo que retirarse; los soldados que huyeron llegaron a Moctezuma, informando que Ojeda había muerto en la acción.

El grueso de las fuerzas revolucionarias al mando de Pascual Orozco, se encuentran acuarteladas en las haciendas de don Luis Terrazas, denominadas Gallegos, El Carmen, Encinillas y San Lorenzo. El administrador de esta última intentó oponerse a que tomaran las mercancías de la tienda, pero sometido a la fuerza, fue amarrado y encarcelado. En esas haciendas vivía la tropa a costa de los elementos abundantísimos que había en ellas, inclusive dinero en efectivo. Como el grueso de las fuerzas revolucionarias se encontraban amenazantes en las inmediaciones de Chihuahua, se ordenó al general Navarro reconcentrarse en la capital del estado.

Son derrotados, tras de un ligero tiroteo, los revolucionarios que se habían apoderado de Ojitlán, los cuales huyeron yendo a posesionarse de la hacienda de Montebello, siguiendo hasta Soyaltepec, en los límites de Veracruz y Oaxaca.

En esa acción se hicieron 45 prisioneros que se mandaron al castillo de San Juan de Ulúa.

El 31 de enero de 1911, el movimiento armado revolucionario se encontraba en pleno auge, siendo Chihuahua el núcleo más fuerte y más vigoroso, por estar integrado por norteros avezados a la vida ruda del campo, y por ser gente acostumbrada al manejo de la carabina. No eran aquellos guerrilleros propiamente campesinos del tipo del peón de las haciendas, sino gente de más alta categoría acostumbrada a mandar; todos eran hombres de trabajo. El tipo de Pascual Orozco, da una idea de lo que eran en su gran mayoría. Orozco, al empezar la revolución, manejaba un tren de carros para transporte de minerales. La gran mayoría de ellos, eran muy buenos tiradores, y como al principio, en los primeros combates, disponían de poco parque, su puntería los salvó, y su discernimiento, porque sus blancos preferidos eran los oficiales de la tropa; de este modo no desperdiciaban sus municiones. En las crónicas que publicaban los periódicos del sur de los Estados Unidos, hacían mención de esa puntería, llamándolos *sharpshooters*, o tiradores de precisión, y en honor a la verdad hay que decir que la prensa americana, haciéndose eco del sentimiento general, hacía verdadero alarde de simpatía por la causa de la Revolución; y éste es el momento que considero oportuno para que yo diga mis impresiones personales sobre los albores de la lucha armada revolucionaria.

Yo tengo para mí, firmemente arraigada, la idea de que la Revolución triunfó desde que los bravos guerrilleros chihuahuenses dispararon los primeros tiros. Yo palpé, sentí que aquellos valientes entraron a la lucha sobrecogidos de grandísimo temor, pero sin miedo; esa gente no sabe que existe el miedo, ni que haya quien pueda sentirlo; pero sí es indudable que tenían como todo mundo, como toda la nación, la idea, por lo demás fundada, de que el Ejército Federal era invencible. Por eso, cuando en las primeras

acciones militares de Mal Paso, Las Escobas, Pedernales y Cerro Prieto hicieron retroceder a las tropas federales brotó de su pecho un alarido, alarido norteño que se traducía en estas palabras: “Podemos con ellos, somos tan fuertes como ellos”. Y esto lo sintieron no solamente los que ya habían estado en el combate, sino también los que lo supieron y lo vieron, todos ellos ya con el ánimo de entrar a la lucha. Los triunfos sucesivos inmediatos, uno tras otro, fueron confirmando la verdad, la tremenda verdad. El campesino armado valía más peleando que el “pobre mocho forzado de leva”. Síquicamente, en el alma del pueblo, triunfó la Revolución desde los primeros tiros que los valientes chihuahuenses dispararon contra las tropas federales. La Revolución debe el triunfo a los guerrilleros de Chihuahua. La nación entera debe reconocerlo.

Honor a aquellos patriotas.

Debe también de saberse, porque es un orgullo para la Revolución, que los revolucionarios se armaron y municionaron a costa del enemigo en cada triunfo que lograban. La ayuda que a este respecto les dimos los organizadores de la Revolución, desde el otro lado, fue bien exigua y se perdió mucho dinero porque la policía federal americana era muy eficaz, y no solamente capturaba muchas de nuestras remesas, sino que nos perseguía y encarcelaba por violación a las leyes de neutralidad.

No es cierto, como se nos ha calumniado, que el gobierno americano, o compañías americanas con intereses en México, nos prestara la menor ayuda; pero sí es cierto que el pueblo americano, la prensa principalmente, sentía una simpatía desbordante por la causa de la Revolución. La gente llegó a tal extremo, que cuando la toma de Ciudad Juárez, los americanos y pochos de El Paso se

robaron de la plaza, en donde servían de adorno y recordación, unos viejos cañones de la Guerra de Secesión, para llevárselos a los que atacaban la ciudad y que por supuesto de nada les sirvieron.

Prosigamos la narración detallada de aquella odisea, aunque temo cansar a los lectores que tengan poco interés en conocer el desarrollo, paso a paso, de aquellos hechos, pero se justifica, si consideramos que es a ese pasado a quien la nación debe los inmensos beneficios de la libertad, de la justicia, de la igualdad y del mejoramiento de los de abajo, y por la otra, viví aquella vida, estuve con todas las fuerzas de mi alma con aquella causa, y yo mismo me defraudaría si conscientemente omito los detalles de aquel esfuerzo gigantesco del pueblo mexicano para alcanzar la victoria.

El gobierno anuncia haber capturado al cabecilla Teodoro Núñez, de la insurrección de Valladolid, Yucatán.

Combate en Boquillas, Coahuila, situada en la margen derecha del río Bravo.

El gobernador de San Luis, Espinosa y Cuevas, declara a la prensa que la Revolución es un movimiento local en Chihuahua contra Terrazas y que cambiando al gobernador, se acabará por sí sola.

A principio de febrero, regresa a la ciudad de Chihuahua la columna del general Navarro, llevando consigo a todas las autoridades de los pueblos de la sierra del Noroeste, porque sería dejarlas desamparadas, toda vez que apenas abandona un lugar la fuerza federal, éste es inmediatamente ocupado por los revolucionarios que tienen pleno dominio de la citada sierra.

En la región al sur de Ojinaga, hasta Mulatos y Coyame, opera el viejo general don José de la Cruz Sánchez.

Mexicali es recuperada por fuerzas federales al mando del general Leyva.

El comandante Kosterlitski, fue herido en un encuentro con revolucionarios al mando de Juan Cabral y Severiano Talamantes.

En la estación Creel, del Ferrocarril Kansas City y Oriente, tras de breve tiroteo con la escolta de un tren, lo capturan rebeldes de las fuerzas de Orozco y tienen la sorpresa de encontrar un furgón lleno de carabinas Winchester y 500 cajas de parque.

En Córdoba y Orizaba, circula la noticia de que fueron hechos prisioneros los generales Aguilar y Tapia, noticia completamente falsa.

Ha quedado confirmado que fue el general José de la Luz Blanco, quien se apoderó de la hacienda de San Lorenzo, aniquilando a 50 irregulares al mando del hacendado Enrique Cuitly, quien huyó a los primeros disparos.

Llega a Chihuahua un tren repleto de heridos en la batalla de Cuesta de Aldea; se oculta a la prensa el número de éstos.

Mil hombres al mando de Pascual Orozco, hacen una demostración de fuerza a sólo tres millas de Ciudad Juárez, y los vecinos, temerosos de que ataque la plaza, huyen al otro lado, quedando la ciudad desierta.

En Samalayuca ocurrió un sangriento combate que duró más de dos horas, habiendo muerto 32 soldados del 14 de caballería; los heridos fueron pasados al Paso, Texas, para su curación. Los rebeldes sólo sufrieron seis bajas y quedaron dueños del campo.

Los revolucionarios mexicanos en Eagle Pass, festejan el aniversario de la promulgación de la Constitución, siendo orador el licenciado Roque Estrada y el periodista Juan Sánchez Azcona.

El jefe revolucionario Sebastián Ortiz, acantonado en Ojtlán, Oaxaca, ha dirigido una circular a los pueblos de la región, ordenando la aprehensión de Rosendo Pardo, por estar comprobado que se dedica a la venta de indios a las haciendas, a razón de \$50.00 y \$60.00 por cabeza.

El 6 de febrero ocurre un recio combate entre fuerzas federales al mando del coronel Rábago y revolucionarios de Pascual Orozco y José de la Luz Blanco. Los federales se retiran abandonando en el campo de batalla a sus muertos y heridos; Rábago iba a bordo de un tren militar en auxilio de la guarnición de Ciudad Juárez y sus soldados no tuvieron tiempo de salir de los carros de caja en que viajaban, cayendo muchísimos prisioneros.

El mismo día otros rebeldes asaltaron un tren sin escolta que llevaba un carro cargado de dinamita, destinado a la Casa Kraker, York y Mayer, de la cual se apoderaron los alzados.

El general Villa que había estado descansando y organizando sus fuerzas en la hacienda de Santa Gertrudis, determinó tomar Ciudad Camargo, y a ese efecto intimó rendición a las fuerzas federales que la guarnecían, pero el jefe de ellas, dándose las de valiente, le

contestó que si era hombre que se atreviera, lo que no le dijeron a ningún sordo, pues a las 12 del día se lanzó el ataque, tomando la mayor parte de la ciudad y todos los cuarteles menos uno; cuando se estaba a punto de capturar el último cuartel, Villa tuvo aviso oportuno de que llegaban auxilios federales, por lo que resolvió retirarse, lo que hizo en perfecto orden, constituyendo este ataque una verdadera victoria, porque le quitó al enemigo 70 rifles y algo de parque.

Ese mismo día 7, arriba de Ciudad Juárez, la fuerza destrozada del coronel Rábago en la derrota que sufrió en estación Bauche.

Ese mismo día se registra un sangriento combate entre la columna integrada por fuerzas del 18º. Batallón y 17º. Regimiento, al mando de Gordillo Escudero, y una gruesa partida de rebeldes que le obstruían el paso, cuya acción duró ocho horas, logrando los federales rechazar a los revolucionarios.

Otra partida de revolucionarios fue batida por el mayor Enríquez en Sitio Potrero, inmediato a Parral, perdiendo la federación al capitán Cisneros.

Sesenta hombres armados al grito de “Viva Madero”, penetran y se apoderan del mineral de Nieves, Zacatecas.

El día 8 de febrero ocurre un curioso encuentro entre federales bien armados, contra indios tarahumaras armados con hondas y flechas. La desigualdad causó una desgarradora matanza a los pobres indígenas.

Doscientos hombres armados asaltaron la fábrica de los molinos en Atlixco, Puebla, en donde murió el jefe del destacamento, cabo de rurales, de apellido Hernández. Los rebeldes dueños del lugar, dejaron libres a los presos, saquearon la tienda y se apoderaron de armas y parque dirigiéndose a Metepec, donde se les incorporaron obreros de La Carolina y La Covadonga, avanzando sobre San Martín Texmelucan.

Los revolucionarios duranguenses que se apoderaron de Nieves, marchan sobre Nombre de Dios. En el pueblo inmediato a Río Grande, se encontraba desempeñando una comisión el general Sánchez Rivera, que se apresuró a huir.

Orozco y Blanco, a las puertas de Ciudad Juárez, vuelven a inquietar a los vecinos que abandonan la ciudad buscando refugio en El Paso, Texas.

El 10 de febrero el general Gonzalo Luque sale de Ojinaga a batir al general José de la Cruz Sánchez, posesionando del Mulato.

Carrillo y José Granados abandonan Naica y marchan a la Cruz, prosiguiendo hasta la hacienda de Santa Gertrudis, propiedad de la familia Luján, en donde se proveyeron de provisiones y de nueva caballada.

Un grupo de indios mayas se apodera de los campamentos chicleros de Sujax y Nezca.

Encuentro entre fuerzas del 16°. Regimiento y revolucionarios al mando del cabecilla José Reyes en el Bajío el Coyote, cerca de Santa Isabel, que duró dos horas, muriendo el jefe del escuadrón capitán Miguel Garrido.

Los voluntarios de Chihuahua renuncian en masa, negándose a seguir combatiendo a la Revolución.

El 10 de febrero fue capturada la congregación del Gatuño por revolucionarios, que hacen su presentación en escena y que habían de llegar a figuras muy destacadas, como Gregorio García, que no llegaba a la mayor edad, Sixto Ugalde y Benjamín Argumedo. Cortaron la vía del ferrocarril, los puentes sobre el río Aguanaval y Hornos, tras de duro combate se apoderaron de Matamoros, a escasos 30 kilómetros de Torreón.

El general Navarro sale de Chihuahua rumbo a Ciudad Juárez llegando en el día a Villa Ahumada, en donde queda copado, porque los revolucionarios le cortaron la línea del ferrocarril arriba y abajo.

Hasta ahora se sabe que quien manda las fuerzas revolucionarias que tomaron Nieves y Nombre de Dios y después capturaron San Juan y San Miguel del Mezquital, es nada menos que el viejo general Luis Moya, que en unos cuantos días de lucha había de escalar las cimas de la gloria, y ahora se encuentra en vías de capturar Chalchihuites y Sombrerete.

La Junta Revolucionaria de El Paso, Texas, escasamente integrada por Federico González Garza y Alberto Fuentes D., con mi hermano Luis como secretario, había estado preparando la entrada de Madero, y a ese efecto había ordenado la congregación de núcleos armados al mando de diversos cabecillas, en las inmediaciones del río Bravo. El día 9 de febrero, a las cuatro de la mañana y a pie, acompañado por cuatro o cinco simpatizadores de El Paso, llegó Madero al lugar denominado Isleta, sobre la

margen izquierda del río Bravo; y allí solo, descalzándose para cruzar la reducidísima corriente del río, casi una acequia, pasó al lado mexicano en donde ya lo esperaba un fuerte grupo rebelde, integrado por los que más tarde habían de ser generales muy distinguidos de la Revolución: Eduardo Hay, Raúl Madero, Roque González Garza, Manuel García Vigil y José de la Luz Soto; también estaban el ingeniero Salvador Gómez, de Guadalajara; los fidelísimos Rubén y Octavio Morales, Escudero, Rafael Aguilar Olmos, escritor de *Madero sin máscara*; Garibaldi y su adlátere Bentempo. Los núcleos armados estaban integrados por 32 hombres al mando de Mariano Hernández, 30 al mando de José F. Delgado, 22 dirigidos por Fortunato Casavantes, 22 del cabecilla Máximo Castillo, otros 22 de Emiliano Triana, 4 de R. Aldana y un grupo de americanos mandados por Harriman.

A las siete de la mañana del 11 de febrero de 1911, salió la columna montada, armada y municionada, rumbo a Guadalupe, pasando por el rancho de los Arenales. Era en Guadalupe, donde Madero había de tener el primer tropiezo, porque estaba guarnecido por un grupo de magonistas a las órdenes de Librado Rivera, Priciliano Silva y José Ángel Alanís, quienes asumieron una actitud rebelde al desconocer la autoridad de Madero, pretendiendo que la Revolución era magonista y continuación de la que había fracasado en Acayucan, Viesca y Jiménez, a fines de junio del año de 1908. No reconocían más jefe que a Ricardo Flores Magón, que a la sazón se encontraba preso en los Estados Unidos, sin haber nunca osado, ni entonces ni después, tomar parte en la lucha armada. Madero tenía que imponerse; no podía tolerar una rebelión de este tipo; estaba obligado a mantener unidos todos los elementos de la lucha, sin disidencias y mantener su autoridad, por lo que con gran arrojo arengó a las tropas de aquellos cabecillas

rebeldes, quienes reaccionaron patrióticamente reconociéndolo en masa y desconociendo a los cabecillas Rivera, Alanís y Silva. Madero, dueño de la situación, mandó formar un consejo de guerra que juzgó a Rivera, a quien acusaba la gente del lugar de haber violado a una jovencita. El consejo de guerra lo condenó a muerte y Madero lo indultó.

Me veo precisado a apartarme de la relación cronológica que vengo haciendo y darle preferencia a la marcha de los sucesos en torno a Madero, porque la personalidad del mismo lo merece y por mantener la debida unidad de su actuación.

El 17 de febrero sale la columna al amanecer, deteniéndose al mediodía solamente para darle un descanso a la caballada y tomar una taza de café, para llegar al oscurecer al rancho de la Tinaja, donde pernoctaron.

El día 18 sale la columna a las 10:30 de la mañana. Nieva copiosamente y llegan por la noche a Charcos de Grado, en donde permanecen defendiéndose del tiempo inclemente, hasta el día 20, que salen a las 9:30 para el rancho del Papalote. Los exploradores de la columna capturan ese día un tren de carga que les proporciona vituallas para la subsistencia. De aquí salió la columna organizada en esta forma: Vanguardia, a cargo de García Vigil con asistencia del comandante José Hidalgo. El jefe supremo, Madero, con Eduardo Hay como jefe de Estado Mayor. La escolta del mismo, al mando de Máximo Castillo. Cuatro compañías a cargo de Mariano Hernández, Casavantes, Triana y P. Acosta. Fuerzas al mando de C. Arreola, Lázaro Gutiérrez de Lara, J.R. Álvarez y el grupo de americanos mandados por Harriman, a la retaguardia. El tren de carros de equipo y provisiones, a cargo de

Benjamín Vázquez. La instrucción militar se le recomienda al mayor Rafael Olmos; encargado de las armas: Octavio Morales; de “listas”, Eleuterio Hermosillo; proveedor y tesorero, Roque González Garza; víveres, Juan Figueroa; secretario, el ingeniero Salvador Gómez.

El 21 acampa la columna en San José, lugar donde se encontró un tren detenido y abandonado por la tripulación. El 22 de febrero a las 2:30 de la tarde, llegan a villa Ahumada en cuyo lugar Madero perora al pueblo, que lo recibe clamorosamente. Aquí lo dejamos, para proseguir nuestra interrumpida relación cronológica.

El 9 de febrero, día en que Madero entró al país, fuerzas revolucionarias incendian un convoy de reparaciones que trataba de abrirle paso al general Navarro, sitiado en villa Ahumada. Por mera comodidad para sus tropas, Pascual Orozco levantó su campamento en Palo Chino y ocupa el rancho de Las Flores.

Entra en alarma la guarnición de Salina Cruz, por noticias de que merodean en sus alrededores partidas armadas de maderistas.

Los revolucionarios de Ojtlán llegan a la plantación de La Oaxaqueña, en donde se les incorporan peones enganchados de aquella finca.

Otra alarma en Ciudad Juárez que hace huir a sus vecinos.

El 15 de febrero se instala el general Villa con sus tropas, que ya llegan a 1,200 hombres, en la rica hacienda de Bustillos, propiedad de don Carlos Zuloaga.

Navarro convencido de que no puede caminar a bordo de los trenes, se decide a marchar pie a tierra al lado de la vía, que va reparando y avanzando con lentitud de tortuga por estar amagado por todos lados.

La estación Mancha, al sur de Torreón, cae en manos de Calixto Contreras y Martín Triana.

El 16 de febrero, el gobernador Ahumada comisiona a don Crucito González, muy querido y muy popular entre los revolucionarios, para ofrecerles amnistía, dinero y prebendas, y sale para Samayaluca en busca de Orozco.

La hacienda del Fresno, todavía con muchos elementos de vida, principalmente reses y caballos, es tomada por octava vez.

En Puebla se toman precauciones, porque se sabe que Agapito Pozo merodea por sus alrededores.

El gobierno del general Díaz ya perdió los bártulos, pues *El Imparcial* informa que Luis Moya se apareció en la Sierra de los Ajos, entre Cananea y Fronteras. Se trata de Juan Cabral. Luis Moya actúa en el estado de Zacatecas.

El 16 de febrero Calixto Contreras y Severiano Ceniceros se apoderan de su pueblo, Cuencamé, con inusitado regocijo de sus coterráneos. Ese día hace su aparición en la Historia de la Revolución Mexicana un brillante soldado, aguerrido, valiente, honrado y modesto, que se hizo querer por todos los que conocieron su capacidad y cualidades: Gertrudis Sánchez. Después de haber reclutado gente armada en las haciendas comarcanas de Saltillo y

General Cepeda, denominadas Aguanueva, Los Muchachos y El Jazminal, se apodera de Concepción del Oro y Mazapil, Zacatecas.

En Coyame, oficiales del general Gonzalo Luque, apresan a cinco pobres campesinos que declaran cabecillas rebeldes y los fusilan.

Levantados en armas, campesinos tapatíos se apoderan de Zacatepec, los que apoderándose de armas y caballada, capturan la hacienda de San Martín, y marchan sobre Tequesquiltán.

Otro que había de ser uno de los grandes generales de la gloriosa e invicta División del Norte, Toribio Ortega, con notable astucia, puso una emboscada a filas federales de Luque en El Mulato. Hace 35 bajas y se apodera de armas y municiones, logrando que los pocos federales que escaparon, lo hicieran desparadoridamente.

Los revolucionarios chihuahuenses son dueños, amos y señores, de toda la sierra del Noroeste. Los federales, solamente de la tierra que pisan. Aquéllos han establecido sus cuarteles en las ricas haciendas, bien aprovisionadas del Fresno y Santa Isabel, y del pueblo de San Andrés, de donde desprenden columnas para que operen en otras zonas.

Fuerzas de Orozco y José de la Luz Blanco, se han apoderado de Zaragoza y Guadalupe, en el norte de Chihuahua y frente a los Estados Unidos.

El coronel federal Celso Vega combate en las inmediaciones de Mexicali a los cabecillas Patricio Leyva y Benthold.

Agapito Pozo, con 150 hombres a su mando, sorprende a la pequeña guarnición de Coyula, inmediata a Atlixco; aniquila a la fuerza enemiga, quema las casas consistoriales, dan libres a los presos y se apodera de las mercancías de la tienda lugareña, otorgando recibos pagaderos al triunfo de la causa. Las familias de Atlixco huyen del lugar.

El 18 de febrero, el general veracruzano Rafael Tapia, se acerca a Teziutlán, Puebla.

El general Villa se apodera de la Presa de Boquilla, tras un breve tiroteo contra la escasa guarnición de 25 hombres que, con su comandante, caen en sus manos. Allí trabajaban en la construcción de la presa como tres mil trabajadores, muchos de los cuales se le incorporaron. El gerente de la negociación, un americano, alojó en su propia casa al general Villa y le proporcionó gruesa cantidad de dinero.

El 19 de febrero Huaquechula, Puebla, es tomada por rebeldes sin cabecilla reconocido. Los soldados del Batallón Zaragoza, del estado de Puebla, desertan en masa.

Rebeldes potosinos destruyen un puente del Ferrocarril Nacional en San Luis de la Paz, y un tren de pasajeros se precipitó en el abismo. En la vía del Central, los revolucionarios de Triana incendian el Puerto de la Loma, quedando así suspendido el tráfico ferrocarrilero a Torreón. En el combate con los revolucionarios posesionados de Mexicali, resultó gravemente herido el coronel Celso de la Vega.

El Imparcial, al servicio del gobierno, niega que Madero se encuentre en territorio mexicano y dice que desde un lugar escondido de El Paso, Texas, se hace pasar por presente en México. Para dicho efecto, publica su editorial y en el que se dice, con el título de:

EL JEFE BRILLA LUMINOSAMENTE POR SU AUSENCIA

Tinto por fin en sangre el suelo mexicano como era el propósito de los que tras el pretexto de organizaciones políticas, dieron a conocer desde un principio su actitud agresiva y sus impulsos de rebeldía; realizando aunque en mínima parte, el intento sedicioso de los que no encontrando apoyo en el terreno legal, han querido acudir al de la violencia, ofrécese a la opinión pública –que tan evidentes signos ha dado de condenar la revuelta– un grupo de hechos que basta para calificar este movimiento, exhibiendo, al propio tiempo, a los que en él han intervenido.

Y el primero entre esos hechos, el más revelador y significativo, es la ausencia del hombre que ha lanzado a la muerte al puñado de revoltosos que se cobijan en las fragosidades de la sierra; el que organizó el plan destructor cuyos hilos tenían en sus manos los reclusos de la penitenciaría; el que alardeaba de actos heroicos en prédicas destinadas a seducir a las multitudes con el ademán y con el ejemplo; el hombre esforzado y varonil, el “leader”, el “jefe”... brilla luminosamente por su ausencia.

¿Dónde está Madero? ¿En qué lugar de peligro se encuentra este bayardo heroico e imponente?

No, no es en medio de los “suyos”, en los desfiladeros donde se cambian los fuegos; no es en el puesto que el honor brinda al caudillo de una causa sostenida por la fuerza; no es ahí donde encontraréis a Madero.

Rico, sin esfuerzo propio, adinerado sin trabajo personal, dueño de fortuna amasada por otros, Madero, que es de la madera con que se tallan los señoritos cursis, los poetastros de provincia y los estetas de guardarropía, se ha contentado con abrir la bolsa a escritorzuolos y

revoltosos, al modo que hubiera podido abrirla a coristas y bailarinas; pero llegado el momento de las responsabilidades, el momento de la resolución, el momento de la solidaridad... ¡ah, entonces, el “héroe”, el paladín, desaparece prudentemente de la escena!

¿Qué importa que caigan los deducidos [¿inducidos?] por él a esta aventura? ¿A quién interesa el amago de atentados y agresiones, la ocasión de alarma y recelos manejados en contra de la Nación? No es por cierto, al que elude gentilmente el cuerpo en la hora de afrontar la situación por él mismo creada.

Por eso la opinión, que sabe exigir a cada hombre el cumplimiento exacto de su deber, ha querido señalar a Madero dónde está su lugar, y lo ha puesto ya entre el grupo de revoltosos de la ciudad de Guerrero, ya entre los de Ojinaga, trazando de esta suerte, al autor de la asonada la regla de conducta a que su actitud rebelde lo obligaba. Y esta opinión es tan imperiosa, que ha acabado por imponerse a los mismos deudos del intrépido desaparecido, puesto que, según leemos en un periódico de Texas, interrogada la señora de Madero sobre el paradero de su esposo, contestó seguidamente que estaba al lado de sus partidarios y amigos.

Y, en efecto, el organizador, el jefe, el “leader”, el héroe, el que pedía a grito herido que llegara el instante de la virilidad, el que anunció a los “suyos” el día y la hora en que pisaría tierra mexicana ¡no aparece! Los amigos y partidarios luchan tenazmente con el brío que da la desesperación de un intento fracasado, de una acción inútil e insensata... No busquéis ahí a Madero. El que traicionó la legalidad—que proclamaba al iniciar su propaganda— al lanzarse al desorden, no podía menos de hacer traición a los compromisos que contrajo como hombre de conciencia al llegar el momento de peligro.

Hay, no obstante, una manifestación orientadora en el análisis de este movimiento tumultuario: a la opinión que señaló a Madero la obligación de hallarse al lado de los suyos y compartir con ellos penalidades y riesgos, no ha extrañado su desertión. Su presencia que era un deber, no se imponía como una necesidad y aunque el contacto con sus prosélitos se consideró obligatorio, la falta de su personalidad, no amengua el éxito de la causa.

Clara demostración de que la figura de este improvisado caudillo, no da la medida para alentar la acción sediciosa. Madero, que no fue político, menos es un jefe cuya figura como hombre de mando

corresponde a su estatura física; si no llega a la talla de los hombres preparados para gobernantes, menos aún alcanza la de los organizadores de las victorias.

Vencido en el campo de los comicios, no sería otra su suerte en el de la lucha, en el que se ha precipitado... ¡No, a que ha precipitado a un puñado de gente turbia y resuelta, cuyos procedimientos penados por las leyes de todos los pueblos civilizados, dan la medida de la alta moralidad de los sostenedores del intrépido desaparecido!

¡Triste que ese hombre y esos partidarios hayan obligado a hacer correr sangre leal y noble del ejército mexicano!

Red López se apodera el 20 de febrero, del mineral de La Dura, Sonora, derrotando a 25 soldados del 22º. Batallón que guarnecían la plaza.

El 22 los guardas fiscales de Ciudad Juárez abandonan sus puestos y se pasan al lado americano por carecer de agua para mitigar la sed.

Ciento cincuenta revolucionarios poblanos toman San Nicolás de los Ranchos, en tanto que Tapia se mantiene en los alrededores de Teziutlán.

Insurrectos zacatecanos invaden el estado de San Luis y se apoderan de las salinas de Peñón Blanco.

En el estado de Morelos, donde se ha levantado Emiliano Zapata, cunde rápidamente el movimiento.

El 23 de febrero a las ocho y media de la mañana, sale Madero de Villa Ahumada rumbo al Sur, acampando al anochecer en Álamo de Peña, en donde permaneció varios días, por los incidentes que allí surgieron. Uno de ellos fue el consejo de guerra que se instruyó

al soldado Juan Cano, que en una disputa mató a un civil; fue condenado a degradación y se le mandó a servir en los correos del convoy. El otro fue una protesta firmada por Rafael Aguilar Olmos, Roque González Garza, Manuel García Vigil y Octavio Morales por estarse admitiendo en las fuerzas revolucionarias a grupos de aventureros extranjeros, algunos de ellos americanos, tildados de filibusteros, y haberle dado un alto grado militar a Giuseppe Garibaldi. Madero rechazó su protesta con energía:

En contestación al oficio de ustedes, fecha de hoy en que protestan con toda la energía que el caso demanda contra la autoridad de que tácitamente ha sido investido el súbdito italiano José G. Garibaldi, manifiesto a ustedes:

Primero: El hecho de ser extranjero, no es un motivo para privarnos de los servicios del señor Garibaldi, puesto que ninguna ley nacional ni internacional se opone a ello, y el hecho está sancionado por la historia, puesto que siempre que un pueblo ha luchado por su libertad, se ha repetido el ejemplo de que numerosos extranjeros hayan ido a luchar en las filas de los libertadores. Por no citar a ustedes sino los ejemplos más célebres de los tiempos modernos, recordaré los siguientes casos: Lafayette luchó al lado de Washington para conquistar la independencia de los Estados Unidos; el general venezolano Miranda, militó en el ejército francés en tiempo de la Revolución en el año de 93; el gran poeta Byron, fue de los millares de extranjeros que fueron a ayudar a los griegos en su esfuerzo por sacudir el yugo otomano; en México, uno de los héroes cuya memoria honramos, es Mina, súbdito español que luchó en las filas de los insurgentes mexicanos; el general italiano Garibaldi fue fusilado, por defender al lado de Juárez, nuestra autonomía nacional. Por último, el abuelo y aun el padre del señor Garibaldi, siempre han puesto su espalda al servicio de los oprimidos; por tal motivo, él no ha hecho sino seguir el noble ejemplo de sus ascendientes; su conducta en este caso es, por consiguiente, digna de elogio, y nosotros debemos felicitarlos de tener a nuestro lado a un joven de tan nobles sentimientos, nieto de uno de los hombres más grandes del siglo pasado. Por estos motivos, la presencia del nieto de Garibaldi entre nosotros, es un motivo de orgullo

para todos los que consideramos despaciosamente el asunto.

Segundo: Respecto a las aptitudes del señor Garibaldi, yo soy quien debo apreciarlas, y el hecho de haberle dado nombramiento de teniente coronel, del Cuerpo a las órdenes del coronel Soto, es porque lo juzgo apto para desempeñarlo. Para juzgar sus aptitudes, me he guiado de mi propio criterio y no por el número de diplomas o certificados que me hubiere presentado.

Por último: El señor Garibaldi nunca ha solicitado ningún ascenso; más bien declinó el de jefe de Estado Mayor que se le ofreció al principio, alegando que ese puesto corresponde a un mexicano, y, por fin, el señor Garibaldi ha dado pruebas de una modestia y una subordinación que no he encontrado en todos los que me rodean.

Para terminar, sólo diré a ustedes que no es tácitamente como he investido al señor Garibaldi del cargo de teniente coronel del Ejército Libertador, sino de un modo expreso.

Respecto a la suposición de ustedes de si pienso imitar la política del general Díaz, la considero injuriosa para mí; pero para demostrar que ni esas ofensas me afectan en lo mínimo, ni me privan de mi serenidad, les manifiesto que bien conocidas son mis intenciones de respetar todos los derechos del ciudadano, pero también entiendo hacerles cumplir con sus deberes; y uno de los principales, en los actuales momentos, es dar pruebas de disciplina, acatando las órdenes superiores y evitando murmuraciones que pueden traer la desunión y la relajación del Ejército.

“Sufragio Efectivo. No Reelección”.

El 24 de febrero indígenas tlaxcaltecas ocupan las haciendas de San Antonio y Santa Anna, apoderándose de provisiones y caballada, y para evitar ser perseguidos, se ocultan en los bosques de “La Malinche”.

Cabral y Red López se apoderan de los pueblecitos sonorenses, limítrofes con Chihuahua: Barispe, Pandal y Santa María.

En el Valle de Olivos e Hidalgo del Parral, empieza sus operaciones el guerrillero Manuel Prieto. Los hermanos Arrieta, entran en

acción apoderándose de las haciendas de Las Cruces, y la muy rica y bien abastecida de Santa Catalina, propiedad del acaudalado licenciado Pablo Martínez del Río.

Nuevas partidas de alzados en el estado de Jalisco, por Ahualulco y Ameca.

Fueron los más distinguidos cabecillas revolucionarios del estado de Jalisco, los siguientes: Amado Aguirre, Leopoldo Leal y Cleofas Mota, en Tequila; Ramón Romero en Ahualulco; José María Moreno, Enrique Vera, Casimiro Méndez y Adolfo Azuela en Guadalajara; Francisco del Toro, en Los Altos; N. Villanueva en el mineral “La Bautista”; Mota y José Luis Amezcua.

El jefe político de San Juan de Guadalupe, licenciado Jesús Pérez, pomposamente anuncia la falsedad de haber derrotado al general Luis Moya.

Revolucionarios duranguenses, al mando de Maclovio Herrera, que fue uno de los más prestigiados jefe de la División del Norte, se apoderan de Nazas y San Juan del Río y José de la Luz Blanco ocupa el pueblo de La Ascensión.

Combate entre indígenas tlaxcaltecas y fuerzas rurales en Xaltetulco.

El gobierno se ufana de que el general Navarro, haya ocupado Santo Tomás, en la sierra del Noroeste, que estuvo en poder de la Revolución desde que se inició la guerra.

El 7º. Regimiento, al mando del coronel Juan de Dios Arizmendi, tuvo un combate con fuerzas revolucionarias de Guillermo Baca.

José de la Luz Blanco, ocupa Galeana.

Rebeldes de la costa de Sotavento entran a la hacienda de Mata de Agua, propiedad del simpatizador de la Revolución y presidente de la convención zapatista-villista, licenciado Francisco Lagos Cházaro.

Cándido Padua, los hermanos Salas y el doctor Enrique Colmenares Rivas, son los directores del movimiento revolucionario en Valle Nacional. El doctor opera en la región de Acayuca, en combinación con el general Cándido Aguilar.

El general Navarro ocupa con sus fuerzas el pueblo de Miñaca, rumbo a Ciudad Juárez.

El 28 de febrero se registra un combate de escasa importancia entre fuerzas federales, que comanda Antonio Rábago y revolucionarios de Pascual Orozco y José de la Luz Blanco.

El rico revolucionario Sebastián Ortiz, captura por quinta vez el pueblo de Ojitlán, Oaxaca.

El primero de marzo surge en Santa Rosalía, Chihuahua, otra estrella en el cielo de la Revolución, el profesor Manuel Chao, que en la segunda etapa del movimiento llegaría a ser gobernador del estado y uno de los más prestigiados generales de la gloriosa División del Norte, Chao con 500 hombres, tomó la plaza.

Llega trabajosamente a Torreón el tren de pasajeros que procedente de México quedó detenido varios días en la estación Jalisco, del Cañón de Jimulco.

El general Navarro vuelve a ocupar Ciudad Juárez, a donde también se encamina el coronel Antonio Rábago.

El general Pascual Orozco, se estaciona en la hacienda de El Sauz.

El general Leyva, en la Baja California, amenaza Ensenada.

Vicente Almaguer, que fue uno de los que capturaron Matamoros, Coahuila, muere en un ligero tiroteo con los federales.

El 1º de marzo se encontraba Madero en la hacienda de San Lorenzo, de donde salió a las 9 a.m., pasando por el desfiladero de La Cantera para llegar a San Buenaventura a hora temprana de la tarde, a tiempo de celebrar un mitin en la plaza pública, en donde Madero peroró, exaltando el patriotismo y la valentía de los guerrilleros chihuahuenses. Esa plaza acababa de ser tomada por 300 rebeldes que capitaneaba, entre otros, José Flores de la Torre, contra quien llovieron quejas de las familias del lugar, por atentados, atropellos y violación de mujeres. Esto originó que se le formara un consejo de guerra que fue integrado por José María Estévez, Fortunato Casavantes, José Delgado, Felipe Carrasco y Rafael Aguilar Olmos, resultando el acusado condenado a 11 meses de arresto. En San Buenaventura, permaneció la columna dos días.

El 3 de marzo llega a Nueva York procedente de Francia el señor Limantour y, fuertemente impresionado por el tremendo avance

de la Revolución y la aplastante simpatía del pueblo y la prensa americana, busca a don Francisco y a don Gustavo en pláticas de paz, de cuyo asunto me ocuparé en el lugar apropiado de esta obra.

El coronel Reynaldo Díaz, destacado en Jimulco para la protección de la vía, es atacado por fuerzas de Sixto Ugalde, Benjamín Argumedo y Gregorio García, siendo obligado a la fuga.

Hace su presencia en el movimiento libertario la fulgurante figura de Ambrosio Figueroa, quien acompañado de sus hermanos Francisco y Nacho, empieza sus hazañas apoderándose de Huitzucó y venciendo al coronel federal Alfredo Torres.

García Cuéllar, en Casas Grandes.

Una vez más capturaron los revolucionarios poblanos a Chignahuapan, y la gente de Matamoros Izúcar entra en alarma.

Tres revolucionarios laguneros queman un puente entre Santa Lucía y Concordia, en tanto que Martín Triana asalta el tren de pasajeros entre Jimulco y Paso de Calvo, y vuela el tanque de agua de estación Camacho.

El 4 de marzo un grupo de rebeldes tirotea el tren nocturno de Veracruz a México, entre las estaciones de Huamantla y Alta Luz.

Figueroa se hace sentir, sosteniéndose en las inmediaciones de la propia capital de Guerrero y librando en Iguala un combate.

El 4 de marzo, cerca de Álamos, Sonora, el capitán Cota, en un combate que dura más de tres horas, derrota al rebelde Loya, quien muere en la acción.

El mismo día, los revolucionarios de Agapito Pozo, que habían capturado Chignahuapan, fueron desalojados casi sin oponer resistencia, en vista del gran número de tropa que se les echó encima.

Rómulo Figueroa con su hermano Chano, don Martín Vicario y Fidel Fuentes, toman Balsas, fusilando al jefe político.

Aureliano Blanquet, el odioso asesino de Madero, con su 29º Batallón, llega a Torreón, habiendo reparado la vía del ferrocarril en su camino.

Ese mismo día, Madero sale a las dos de la mañana de San Buenaventura, llegando a Galeana a las ocho de la noche en donde se preparó el asalto a Casas Grandes, que se libró el 6 de marzo y resultó un fracaso. Madero fue herido de un balazo en el brazo izquierdo, en esta acción de armas que relata magistralmente Vito Alessio Robles, el patriota e immaculado revolucionario, que sirvió con las armas en la mano en el Ejército Federal por mera disciplina, pero anidando en su alma los bellos ideales de la Revolución, a la cual se incorporó después de haberse retirado honrosamente del Ejército Federal. Vito Alessio actuó en esta batalla como jefe del Estado Mayor del coronel Samuel García Cuéllar y dice lo siguiente:

El día 7 de marzo de 1911, en una hermosa mañana iniciamos el combate de Casas Grandes, se oía el silbar de las balas, crepitante e ininterrumpidamente y el traqueteo acompasado del fuego de la ametralladora, y a nuestros pies en este campo que semejava de esmeralda y en el que mexicanos mataban mexicanos, yacía el cuerpo

de un dragón del Décimo Regimiento, con las piernas en semiflexión y con el cráneo destrozado por una bala, lleno de sangre y de masa encefálica.

En medio del fuego, que era muy intenso, avanzaron las cadenas de tiradores. El capitán 1º. ayudante del 6º. Batallón, Manuel Camarillo, avanzó hacia el Sur con rumbo al rancho de Anchondo; la caballería a las órdenes de Pérez Gil, siguió la margen oriental del río para apoyar el movimiento de Camarillo; otra cadena de tiradores del Sexto, comandada por el capitán primero Francisco de la Rosa, atacó a los rebeldes que estaban posesionados de unas casas al sur del pueblo; otra mandada por el capitán segundo Antonio Ceballos, se dirigió hacia las casas del oriente de la población y una más del 6º. Batallón también, al mando del capitán primero Guillermo Argüelles, atacó a los rebeldes que se habían posesionado de la trinchera norte. La reserva se constituyó con la fuerza del 12º. Batallón y quedó al mando del valiente y cumplido capitán primero ayudante Porfirio Ruiz. La impedimenta quedó al cuidado del capitán segundo Fructuoso Salinas, con una escolta de treinta hombres del 6º. Batallón.

Los Morteros: Eguía Lis

A una distancia de unos doscientos metros, se encontraba una acequia de riego, ocupada por una línea de tiradores enemigos que escarmentaba duramente a nuestras fuerzas y sobre todo a la artillería y a su escolta. De algunas casas aisladas situadas al sur de la población y que, por su aspecto, parecían trojes, se hacía un fuego bastante intenso sobre nosotros, lo mismo que de una eminencia de la que sobresalían grandes paredones.

Fue lanzada una cadena de tiradores sobre la acequia, la que fue tomada en corto tiempo. Los dos morteros de ochenta milímetros fueron colocados en batería. El coronel Eguía Lis, tomó parsimoniosamente un telémetro y con la voz ceremoniosa que era en él peculiar, señaló el montículo e indicando la deriva y el alza, mandó que se disparase indicando una distancia de ochocientos metros.

Se oyó el primer cañonazo, el tubo del cañón retrocedió en su cuna y ocupó de nuevo, instantáneamente, su posición. Nuevo disparo, corregida la distancia a ochocientos cincuenta metros y el cañonazo

dio en el blanco y a continuación los dos morteritos dejaron caer una lluvia de proyectiles sobre aquella ruina arqueológica, conocida en la región, como todas las demás, con el nombre de “Moctezuma”. Después supimos que en ella se encontraba don Francisco I. Madero. En un momento fueron desalojados los defensores de la “Moctezuma” y se les vio salir corriendo, tomando la dirección del Sur y siendo perseguidos por el fuego de los infantes.

La misma operación se llevó a cabo con tres casas de muros de adobe ocupadas por tiradores enemigos. Apenas hacían brecha los disparos de los morteros, se notaba la salida de los defensores que se dirigían siempre hacia el Sur. En una de ellas se observó un incendio que tomó grandes proporciones. Era una troje, llena de pastura seca, que fue destruida enteramente por las llamas.

Captura de caballos, mulas y equipos de los rebeldes

La fuerza del 6°. Batallón, comandada por el ayudante Camarillo, logró batir a la escolta de la impedimenta de los rebeldes, apoderándose de toda su caballada, mulada, carros y equipos; pero los rebeldes que se retiraban hacia el Sur, tuvieron que pasar por rancho de Anchondo y se trabó nuevo combate con la tropa de Camarillo hasta la llegada de los ciento treinta dragones a las órdenes de Pérez Gil; pero los rebeldes, reforzados con todos los que se retiraban hacia la hacienda de San Diego, hicieron un nuevo y desesperado esfuerzo para recuperar sus caballos, equipos y provisiones y se trabó nuevo y encarnizado combate.

Entrada de la artillería en Casas Grandes

A las diez de la mañana se lanzó al ataque la reserva mandada por el capitán Ruiz, dirigiéndola hacia las construcciones del sureste de Casas Grandes y al mismo tiempo se hizo entrar a la impedimenta a la población por el camino que va del puente a la plaza principal y como se notara que era peligroso batir con la artillería las casas de ese rumbo ocupadas por los rebeldes, se decidió hacer entrar la artillería a la plaza. Esta marcha se llevó a cabo bajo un fuego nutrido del enemigo que atacaba por nuestro flanco derecho.

Situada ya en el pueblo la artillería, recommenzó su fuego sobre las casas ocupadas por el enemigo, desalojándolo de muchas de ellas, y batiéndolo con sus fuegos durante la retirada. Con los morterazos se derrumbaban techos o se abrían grandes boquetes en las paredes, en medio de un gran estruendo y entre grandes nubes de polvo.

Otras casas fueron tomadas resueltamente por la infantería, matando o haciendo prisioneros a los que en ellas se encontraban; distinguiéndose por su valor en estos asaltos los tenientes de artillería Manuel Gaspar Ruiz y del 12º. Batallón, Rodrigo Hernández.

Herida del coronel García Cuéllar

A las once cincuenta de la mañana, el coronel García Cuéllar, quien montado en su magnífico caballo negro estuvo siempre en los lugares de mayor peligro, fue herido en el brazo derecho, quedando imposibilitado para continuar combatiendo. El jefe de la columna, se encontraba parapetado tras una barda de adobe y al atravesar por el claro de una puerta, el telegrafista Ramón Cortés fue herido a su vez. Desde ese momento asumió el mando el coronel Eguía Lis y continuó el combate reñido, pues hubo que desalojar al enemigo casa por casa.

El teniente coronel Alfredo Torrea, héroe de Tomochic

A las doce y media de la mañana se recibió un recado urgente del capitán Pérez Gil con un sargento, quien expresó que un compañero de él había sido muerto en el camino. Pérez Gil informaba que se había posesionado del rancho de Anchondo, pero que estaba siendo atacado por fuerzas numerosas y pedía auxilio urgente.

Se reunieron rápidamente setenta hombres que fueron puestos a las órdenes del teniente coronel Alfredo Torrea, aquel famoso soldado combativo que asombraba a todos, con el relato de sus hazañas en los combates de Tomochic y Santo Tomás. Era la primera vez que lo miraba combatir y en la mañana lo vi al iniciarse el fuego, vestido con una ridícula indumentaria; un capote de soldado raso, sin insignias y un quepí al que le había arrancado los galones. La fuerza se componía de setenta soldados y diez auxiliares.

Marcha hacia Anchondo

A las dos de la tarde, llegó un nuevo correo de Pérez Gil, quien manifestó que la situación de nuestras tropas en Anchondo era desesperada. El viejo capitán había enviado esta vez a su segundo el capitán Ruvalcaba, informando que no había llegado el teniente coronel Torrea. En ese mismo momento reuní una pequeña fuerza formada por treinta hombres del 12º. de Infantería. Me puse a la cabeza de ellos y rápidamente me dirigí a Anchondo. De lejos percibimos que se combatía, pero el enemigo al sentir nuestra aproximación huyó y se desbandó en todas direcciones, unos cruzando el río, otros dirigiéndose hacia las montañas del Oeste y los restantes tomando el rumbo del Sur. Fue enviada una pequeña fuerza de caballería en persecución de los fugitivos, pero la marcha de esta fracción fue estorbada por los accidentes del terreno y por el gran número de cercas de alambre.

Fueron capturados en Anchondo ocho carros, setenta sacos de harina, once de maíz, ocho de frijol y saco y medio de tabaco; seis cajas de jabón, un explosor con un rollo de cobre aislado, una bandera tricolor de seda con las armas nacionales bordadas y la inscripción: "Ejército Libertador", doscientos siete caballos, ciento cincuenta y tres acémilas; timbres del impuesto minero por valor de doscientos tres pesos veintiún centavos, cuatro mil cartuchos; documentos importantes y dos prisioneros. Fueron quemados en Anchondo ocho carros, así como ciento cincuenta monturas por haberse dificultado su conducción. Además, los soldados se apoderaron de un gran número de objetos que encontraban en los carros y junto a las monturas: cámaras fotográficas, anteojos y otras cosas, indudablemente "avanzadas" por los revolucionarios en sus correrías. Aquel "avance" de nuestros "juanes", fue pintoresco e incontenible: unos corrían de un lado para otro y los demás, se encontraban agazapados o tendidos en el suelo registrando las cantinas de las monturas y otros apiñados en los carros en donde había provisiones y telas, principalmente percales y mantas, de los que nuestros soldados hicieron buena provisión. Me tocó ver a un dragón del Décimo Regimiento que montado, se introdujo a un comedor y descolgaba cromos con naturalezas muertas y unos cuernos de venado.

El “avance” de nuestros “Juanes”

Fue ruda la tarea para desprender a los soldados del “avance”. Ni a caballazos se retiraban, hasta que, por fin, a las cinco de la tarde, quedaron enganchadas las mulas de ocho carros y recogidos todos los caballos y mulas que pastaban en un potrero inmediato cercado con alambre y se emprendió la caminata de regreso hacia Casas Grandes.

Cuando las fuerzas regresaron de Anchondo con su botín de guerra, fueron recibidos por los vecinos y los soldados de Casas Grandes, con aplausos y vítores. Ya para entonces había cesado el combate y al fragor de la fusilería, había sucedido un silencio triste y respetuoso. En los campos color de esmeralda se recogían muchos muertos nuestros y del enemigo.

Los muertos, los heridos y los prisioneros

En esa noche y al día siguiente muy temprano, se levantó el campo recogándose cincuenta y ocho muertos del enemigo, entre ellos un norteamericano llamado Albert L. Harrington y los cabecillas Francisco J. Estévez y José Dolores Palomino. Se recogieron además: 101 rifles de diversos sistemas y calibres, una espada, dos machetes, 1,396 cartuchos y sesenta bombas de mano.

Se capturaron cuarenta y dos prisioneros, de los cuales diez heridos. Entre los muertos, se reconocieron cinco norteamericanos y de los prisioneros dieciséis extranjeros.

La Sección Mixta expedicionaria tuvo un total de sesenta y tres bajas entre muertos y heridos, de los cuales fueron veinticinco los muertos y treinta y ocho los heridos. La guarnición de Casas Grandes tuvo treinta y seis bajas por total, de las cuales: trece muertos y veintitrés heridos, siendo por lo tanto, el total de bajas de los soldados federales: treinta y ocho muertos y sesenta y un heridos.

El efectivo de los revolucionarios, por informes que pudieron obtenerse, era de un poco más de seiscientos hombres. La columna expedicionaria contaba con un efectivo de 578 hombres. La guarnición de Casas Grandes contaba con un efectivo aproximado de quinientos combatientes, de los cuales 347 de tropas regulares y el resto de rurales, auxiliares, empleados y vecinos voluntarios.

Las menciones especiales

Al rendirse el parte, fueron objeto de mención especial el coronel de artillería Rafael Eguía Lis, el mayor de ingenieros Vito Alessio Robles, los capitanes primeros del 10°. Regimiento Amado Pérez Gil, del 6°. Batallón, Antonio Ceballos y los tenientes: del 12°. Batallón Rodrigo Hernández y de artillería Manuel Gaspar Ruiz. También fueron mencionados especialmente los mayores médicos Manuel Monter y Leopoldo Paullada.

Fue muerto, al asaltar al frente de sus soldados una casa aspillerada, el subteniente del 6°. Batallón Elías H. Hernández.

La escuela, hospital de sangre

El combate había terminado. La escuela acondicionada para hospital de sangre, estaba llena de heridos nuestros y del enemigo. Más de setenta heridos se encontraban tirados en el suelo de los departamentos destinados a enseñanza y en los corredores. El jefe de la columna expedicionaria tenía un brazo destrozado y se encontraba presa de fuerte fiebre. Triste saldo de una jornada inútil para el país.

Mi nuevo caballo “El Characuis”

Enteramente agotado, me acosté la noche del seis de marzo en un cuarto del edificio escolar, lleno de pupitres y de bancos. No dormí bien, pues a cada momento se oían disparos cuyas detonaciones rasgaban tristemente el aire. Me levanté, imaginando un contraataque, pero averigüé que esos disparos eran hechos por los puestos avanzados sobre individuos que huían. Algunos rebeldes que habían permanecido ocultos en algunas casas abandonadas, aprovechaban las sombras de la noche para escaparse.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano. Monté a caballo, un magnífico caballo pura sangre, entero, que había escogido para mí la víspera en el rancho de Anchondo, retinto, hermosísimo y que venía a substituir a un enorme penco texano y achinchorrado que montaba antes y que me había sido facilitado de los caballos de la tropa del escuadrón del 10°. Regimiento. Como no sabía su nombre, lo rebauticé con el nombre de “El Characuis”, en recuerdo de un

caballo alazán que fue de mi propiedad, cuando, siendo oficial de la Comisión Geográfica-Exploradora, desempeñé trabajos topográficos en el Estado de Hidalgo.

La posición ocupada por Madero durante el combate

Recorrí el campo. Inspeccioné las ruinas arqueológicas que se encuentran al sur de la población. Una serie de montículos paralela al curso del río. De algunos de ellos emergen restos de gruesos y altos paredones de adobe. En uno de estos montículos se había apostado desde la víspera don Francisco I. Madero a una distancia de trescientos metros de las defensas de la plaza, sin ser hostilizado en lo más mínimo y desde él presencié una buena parte del combate y hasta que los disparos de nuestros morteros los constriñeron a retirarse.

Registré los canales de riego de que se habían posesionado los rebeldes y que constituían magníficas obras de “aproche”, para llegar a cubierto hasta la plaza.

Las casas batidas por la artillería

Visité las casas que fueron batidas por la artillería y encontré enormes boquetes abiertos en los muros de adobe y los interiores, modestos, hechos pedazos y desordenados. En algunos cuartos había huellas de sangre y en unos muros encalados, encontré que había estampadas con sangre las formas de manos humanas.

Quise examinar, con minucia de profesional, las fortificaciones de la plaza y no pude menos de sonreír despectivamente al mirar aquellos trabajos tan inútiles y ejecutados de tan tonta manera.

Las fortificaciones de la plaza

Por el Occidente, por el Sur y por una parte del lado Norte de Casas Grandes, se colocaron unas alambradas que constituyen, es cierto, excelentes defensas accesorias, buenos obstáculos, pero que por sí solas no pueden constituir una defensa.

Fuerzas del 2º. Batallón a las órdenes del teniente coronel Torres, baten a revolucionarios de Figueroa que se habían adueñado de Chinala, Guerrero.

El mineral de Guadalupe de los Reyes, en Sinaloa, es tomado a la fuerza, derrotando a una guarnición de rurales por insurrectos al mando de Rafael Buelna, que era casi un adolescente y quien fue figura de gran relieve en el movimiento revolucionario.

El 7 de marzo, obreros textiles de Río Blanco se amotinan al grito de: “Viva Madero y muera Porfirio Díaz”, siendo sometidos no sin sufrir más de 30 muertos entre fabriqueros y soldados del 15º. Batallón.

Peto y Taxcoba, en Yucatán fueron asaltados por indios mayas, y el gobernador Ariztequí asustado pide por telégrafo a México, envío de tropas.

Rebeldes de Zacatecas se apoderan de la hacienda de Gamboa en el estado de Zacatecas, teniendo que vencer la resistencia del administrador, el español Manuel Fernández que pereció en la refriega.

Combate en Cananea entre fuerzas federales y revolucionarias de Juan Cabral.

Combate en la hacienda de Vega Larga; La Laguna entre auxiliares sostenidos por los hacendados y revolucionarios de don Sixto Ugalde siendo aniquilados los voluntarios; los que no murieron en el combate fueron fusilados por “voluntarios vencidos”.

En el ingenio azucarero de San Cristóbal y Montes, de Presidio, Veracruz, revolucionarios de Gabriel Gavira ponen en fuga a irregulares que los guarnecían.

El 9 de marzo se registran combates en Arroyo Hondo y Palmeras, en las inmediaciones de Álamos, Sonora, y otro más en el rancho de Otates, Sonora.

El general Díaz pomposa y descaradamente, sin pizca de vergüenza ni el menor decoro, anuncia que el gobierno americano, a su solicitud, ha ordenado la movilización de fuerzas para proteger la frontera con México, dando así a entender al pueblo de la República, para atemorizarla, que cuenta con el apoyo de los Estados Unidos. Díaz fundó su solicitud en que los revolucionarios mexicanos usaban el territorio americano como base para sus operaciones y era necesario evitar la entrada a México de grupos de filibusteros armados; lo que nunca ocurrió.

El gobierno americano declaró que esa movilización tenía por objeto la protección de vidas e intereses de los americanos, a lo largo de la frontera, amenazados por la guerra entre el gobierno mexicano y la Revolución, y además que tal movilización no tenía por qué inquietar a nuestro pueblo.

En mensajes de Nueva York, de la Prensa Asociada, se dice que según los informes de sus corresponsales, Madero y sus hombres no se rendirán jamás, porque saben que Porfirio Díaz los mataría sin piedad, y que pelearían hasta el triunfo, pues no tienen otra alternativa.

Con motivo de publicaciones tendenciosas de los Flores Magón, Madero se apresura a declarar que él es el jefe de la Revolución que el pueblo de México lleva a cabo, y que no tiene vínculos con aquellos señores.

El Diario, periódico de México, asegura que Madero se retirará de la lucha armada para evitar la amenaza de la intervención americana.

El subsecretario de Guerra, general Salamanca, informa de la derrota que sufrió Madero en Casas Grandes, y asegura que pronto caerá en manos de las fuerzas federales.

Pero *El Imparcial*, en su ingrata labor de perfidia habitual, pues para eso le paga don Porfirio, asegura que Madero estaba durante la batalla, escondido en un rancho a dos leguas de distancia y que no es cierto que esté herido; y si trae el brazo en cabestrillo, es para engañar a sus partidarios.

Madero se retiró de Casas Grandes con gran orden, acampando en la hacienda de San Diego, sin ser perseguido, y al día siguiente de la derrota, aumentaron grandemente sus efectivos con patriotas que se le incorporaron. Los federales victoriosos no se atrevieron a perseguirlo, porque sabían de sobra que, de hacerlo, la victoria se hubiera convertido en derrota. Pudieron defenderse atrincherados en casas y cuarteles; a campo raso, hubiera sido otra cosa.

El general Luis Moya ha establecido su cuartel general en la hacienda de Corrales y ahora amenaza Valparaíso.

En un combate con fuerzas rurales, sale herido el viejo y ameritado general Martín Vicario.

Los barreteros del mineral de Santa Eulalia, Chihuahua, se sublevan y se apoderan del lugar.

Un grupo de gente armada, encabezada por José Guadalupe Hernández, entró en el mineral de Meoqui, Chihuahua, el 13 de marzo.

El 14 hay un encuentro en la hacienda del Coyote con revolucionarios de Sixto Ugalde. Navojoa es capturado por Juan Cabral; la escasa guarnición no pudo resistir la embestida de los rebeldes. Temax, Yucatán, capturada por los indios mayas, perdiendo la vida el cabecilla Sabás Ruiz. Acanceh, Yucatán, igualmente capturado por indios de la misma raza. Rafael Tapia toma la hacienda de Palmillas.

El 15 de marzo son capturados por Red López y Juan Cabral: Agua Prieta y Torín. José de la Cruz Sánchez intensifica el sitio de Ojinaga que tiene rodeada por todos lados. Se aclara que la toma de Santa Eulalia por los barreteros de las minas, se logró venciendo a la gendarmería del estado al mando del capitán Mariano Macera. Se mandan fuerzas en auxilio de García Cuéllar. En Douglas, Arizona, no hay médicos suficiente para atender a los soldados federales heridos, que son mandados allá para su curación. El mineral de Topia asediado por los rebeldes.

El 16 de marzo, el Congreso de la Unión dictó una ley de suspensión de garantías, lo que es una burla porque nunca hubo en todo el régimen del general Díaz, garantías para sus opositores.

Llega a Torreón a hacerse cargo de la jefatura de la guarnición de la plaza el general Emiliano Lojero. Se sabe que las fuerzas rebeldes que capturaron Pato y Calmis en Yucatán, están al mando del cabecilla Antonio Reyes.

El 17 de marzo, el general Díaz anuncia a la nación que al terminar la revuelta se mejorarán las condiciones de vida de las clases populares y se hará repartición de tierras a los campesinos; que en breve se harán grandes reformas en el gobierno y habrá cambio de gabinete. Al capturar los revolucionarios la hacienda de Xacat, inmediata a Apizaco, muere el propietario Carlos Hernández de Lara, por oponer resistencia. Muere en una emboscada en el Rodeo, inmediato a Cananea, el teniente coronel Luis Anguiano. Las haciendas de la Perla y de la Fe, en las orillas de Torreón, son capturadas por los revolucionarios laguneros Argumedo y Sixto Ugalde. Aparece la primera partida de revolucionarios en Montemorelos, Nuevo León.

El 18 de marzo, en el combate de Barrancas de la Soledad, Sixto Ugalde derrota a los federales capturando y fusilando al jefe de la columna capitán Manuel Ruiz Durán. *El Diario*, a seis columnas, anuncia a la República que antes de que termine el mes de marzo se rendirán los rebeldes y el gobernador Ahumada en Chihuahua, declara que la Revolución en ese estado está en franca declinación. ¿Ciegos?, ¿sordos?, ¿locos? ¿malvados?, ¿tontos? ¡Tontos de remate! El gobierno declara que dispone de 24,000 soldados en el estado de Chihuahua. “Buenos para nada”.

Topia, Durango, en poder de los revolucionarios que aniquilan la escasa guarnición que la protegía. Los jóvenes generales Ramón F. Iturbe y Rafael Buelna, amenazan San Ignacio, Sinaloa.

El 19 de marzo, Pascual Orozco se establece en la hacienda de Babícora, propiedad del periodista americano Hearst. Sixto Ugalde, en la hacienda de San Miguel, propiedad del presidente municipal Manuel Rodríguez. El revolucionario zacatecano Manuel Ávila, con sus dos hermanos y su tropa, se encuentra en Huanusco, a escasos 80 kilómetros de la capital. Martín Triana ocupa Avino, Durango, derrotando a las fuerzas federales que lo guarnecían y que huyeron. Es encarcelado en Durango don José María Patoni, hermano del ingeniero don Carlos, descendiente del insigne general de la Reforma del mismo apellido. Anacleto Girón, con 400 hombres a su mando, se apodera por segunda vez de Sahuaripa, que abandonó el coronel Ojeda para ir a batir a José de la Luz Blanco, que amenaza Agua Prieta. El general Rafael Tapia, con 1,500 hombres bien montados y armados, amenaza Córdoba. José de la Cruz Sánchez, estrecha cada vez más el sitio de Ojinaga, al grado de que no puede moverse el general Poucell. Luis Moya captura a sangre y fuego Tlaltenango. Chilapa, Guerrero, es asaltada y capturada por los Figueroa. El mineral de Prietas, Sonora, capturado por Red López. Y también caen en poder de la Revolución Batopilas, Villa Coronado y Río Florido. Ha quedado interrumpido el ferrocarril del Noroeste, porque las plazas de Álamos y Navojoa están en manos rebeldes.

El 22 de marzo, Hermosillo, capital del estado de Sonora, es amenazada por revolucionarios de Juan Cabral y Anacleto Girón. Los jefes revolucionarios laguneros Sixto Ugalde y José de Jesús Castro, fueron obligados a desalojar las haciendas de la Loma y de la Goma por fuerzas federales del 1º. y 4º. Batallón, comandadas por el teniente coronel Casillas. Los revolucionarios capturados en la batalla de Casas Grandes el día 6 de este mes, Eduardo Hay entre ellos, serán juzgados militarmente en Chihuahua. Los

revolucionarios de la sierra de Arteaga, con el coronel Ildefonso Pérez y el doctor Rafael Cepeda a la cabeza, han levantado la vía del ferrocarril en Carneros, quedando suspendido el tráfico del Ferrocarril Nacional.

El 23 de marzo, los insurrectos que amagaban Hermosillo se retiran, y se aquietan los ánimos de sus medrosos habitantes. Se teme que las fuerzas de Madero ataquen Chihuahua, y la guarnición se pone alerta. Son reforzadas las guarniciones de Veracruz y Monterrey. Ciento cincuenta rebeldes capitaneados por el cabecilla desconocido José Cruz, se apoderan de la hacienda del Refugio, inmediata a Ciudad Lerdo, Durango, para ser prontamente desalojados por fuerzas destacadas de Torreón. Manuel Loya, con 200 hombres, se apodera del mineral de Guazapes, Chihuahua. El general Rafael Tapia derrotando a fuerzas rurales, captura Gutiérrez Zamora.

El 24 de marzo, el capitán del Ejército Federal Felipe Cejudo, de las fuerzas del general Navarro que guarnecen Ciudad Juárez, se aventura a pasar uniformado a la vecina ciudad del Paso, Texas, y al ser advertida su presencia por americanos del otro lado, simpatizadores de la Revolución, le armaron un gran alboroto, obligándolo a escapar precipitadamente al lado mexicano. Nuevamente es asaltada y tomada la plaza de Chilapa, a donde convergen todas las fuerzas revolucionarias del estado de Guerrero para ir a atacar, bajo el mando del general Ambrosio Figueroa, a la ciudad de Iguala.

Ures, antigua capital de Sonora, capturada por Juanito Cabral. Maderistas en gran número, a las órdenes del general poblano Agapito del Pozo, se apoderan de Huechatlán el Chico, Huamantla,

Metepec, Jolalpan y Teocalco. Fuerzas de los Figueroa, capturan Olinalá. Abraham Casales con una gruesa partida de rebeldes, captura Tepalcingo y Tilapa, y al negarse el jefe político a gritar “Viva Madero”, es muerto por la soldadesca. Silacoyoapan, Oaxaca, en poder de la Revolución.

El 25 de marzo, Tetela, Puebla, es capturada por los hermanos Márquez y los cabecillas Manzano; igualmente capturan Zapotitlán en donde se les reúne el rico del lugar Camilo Rodríguez, quien vende todos sus bienes para lanzarse a la revuelta. De allí pasan a tomar tras breve refriega el pueblo de Necatitlán.

El 26 de marzo renuncia en masa el gabinete del general Díaz, y se anuncia el cambio de la mayoría de los gobernadores, esperando con estas medidas acallar la Revolución. Madero establece su cuartel general en la hacienda de Torreón. Don Luis Moya, activísimo, captura La Quemada y Villanueva, y avanza sobre Rincón de Romos, Aguascalientes. Los generales hermanos Márquez y Federico González, amenazan Zacatlán, Puebla. Juan Cabral captura Carbó. Los rebeldes de la Sierra de Arteaga, coronel Ildefonso Pérez y don Rafael Cepeda, derrotan al viejo coronel Pedro Agüero, que no para hasta llegar a Saltillo, donde alarmado solicita refuerzos, mandándosele al general Juvencio Robles. Ambrosio Figueroa invade el estado de Morelos y captura Jojutla. Llega a Córdoba el coronel Gaudencio González de la Llave, con 200 hombres de refuerzo. El general Rafael Tapia con Cándido Aguilar dominan la región veracruzana de Misantla.

El 27 de marzo, revolucionarios zapatistas capturan Axiuchiapan y Tenextepango, y otro grupo comandado por Tetepan, se apodera de Tlalquitenango. Las autoridades de Santiago Papasquiaro,

Durango, piden auxilio a la capital del estado, porque los rebeldes que se apoderaron de Topia, mandados por Agustín Maciel, avanzan sobre Papasquiario. Martín Triana se apodera de Indé y La Zarca. Toda la región de Nazas se encuentra dominada por Calixto Contreras y Severiano Ceniceros. Revolucionarios al mando de Cándido Navarro, se apoderan de la hacienda del Caracol, inmediata a Salamanca, en donde se aprovisionan de mercancías, caballada y reses para su alimentación.

El 28 de marzo, el nuevo gabinete del general Díaz ha quedado integrado como sigue:

Justicia: Licenciado Demetrio Sodi.

Fomento: Ingeniero Manuel Marroquín y Rivera.

Comunicaciones: Ingeniero Norberto Domínguez.

Instrucción Pública: Licenciado Jorge Vera Estañol.

Relaciones: Licenciado Francisco León de la Barra.

Hacienda: Limantour.

Gobernación: Don Teodoro Dehesa.

Llega preso a la penitenciaría de la capital, acusado de sedición, Rafael Pimienta, el asesino material de Pino Suárez.

El 29 de marzo El Peñuelo, inmediato a Matehuala, San Luis Potosí, cae en poder de la Revolución. Nuevo ataque al pueblo de Ocotlán, Jalisco. José María R. Cabanillas con 240 maderistas, se apodera de Badiraguato, Sonora. Numerosos magonistas connotados, se han ido apoderando de la Baja California. Cañitas y Río Grande, Zacatecas, dominados por los generales Luis Moya y Martín Triana. Calixto Contreras, se apodera de Velardeña y San Pedro del Gallo. Los federales intentan recuperar Tetela de

Ocampo, que está en poder de los hermanos Márquez. En la Mesa de las Tablas, en la Sierra de Arteaga, sufre un nuevo descalabro el coronel Pedro Agüero que llevaba 80 hombres; Pérez y Cepeda lo obligaron por segunda vez a huir; en la refriega, murió el capitán Adolfo Rosales y once soldados. Triunfantes estos revolucionarios coahuilenses, se apoderan de las ricas haciendas de Ciénega y San Juan del Retiro, proveyéndose de caballada y provisiones.

Alberto Carrera Torres, un humilde ranchero, patriota, valiente, denodado, modesto siempre, fiel y aguerrido, con su hermano Francisco y su madre, que era un verdadero marimacho con las carrilleras repletas de tiros atravesadas en el pecho y Saturnino y Magdaleno Cedillo a sus órdenes, se apodera de la región de Tula, Tamaulipas, de donde era originario, y captura San Andrés de la Sierra, amenazando a Ciudad Victoria.

Guanaceví, Durango, ocupado por fuerzas revolucionarias. Refriega sangrienta en San Rafael, inmediata a Ures. Dos partidas capitaneadas por José Acevedo y José María Leyva, operan en Puebla.

El 30 de marzo, en la propia colonia Valle Gómez de la capital de la República, un grupo de hombres armados asalta el ferrocarril pulquero "Hidalgo". La guarnición de la plaza mandó tropas a perseguirlos, pero encontró que los asaltantes o habían huido, o se habían desparramado ocultándose en las casas de la colonia. José María Leyva se apodera de Necaxa. Quedó confirmado que Martín Triana capturó Río Grande, Zacatecas. Los zapatistas en Fierro del Toro. En un encuentro entre Tlaltizapan y Jojutla, cae mortalmente herido el coronel federal Javier Rojas. Los federales

reclaman haber causado una seria derrota a los revolucionarios que ocupan Agua Prieta.

El 1º. de abril, revolucionarios poblanos capturan las plazas de Chinahuapan, Uaxco y Peña de Huatlapan.

La plaza de Ures en Sonora, fue ocupada por tropas de Talamantes.

Los dos jóvenes hermanos Andrés y Francisco Portillo toman el mineral de Santa Eulalia.

Calixto Contreras asalta una vez más el tren de pasajeros que corre de México a Ciudad Juárez en el Cañón de Jimulco.

Los revolucionarios del estado de Morelos, en plena actividad, toman Yautepec y ponen sitio a Tetela.

El general Díaz empieza a convencerse de que no podrá dominar a la Revolución y da pasos definitivos encaminados a poner fin a su mando. Son dos las determinaciones que toma en tal sentido: la separación de Corral por una parte y por la otra trata de desarmar a la Revolución, robándole su lema de “No Reelección”. Para ese efecto, el 4 de abril don Ramón Corral pide a la Cámara una licencia para separarse temporalmente de la Vicepresidencia y salir del país pretextando estar enfermo, al mismo tiempo que el diputado ingeniero Francisco Bulnes, presenta a la Cámara de Diputados una iniciativa de reforma de la Constitución, estableciendo la “No Reelección” del Presidente de la República. Estas medidas produjeron el efecto de aumentar prodigiosamente el número de los levantados en armas, pues en el pueblo ya nadie ponía en duda el pronto triunfo de la causa.

Revolucionarios recién levantados en Campeche, capturan el campamento chiclero de Sibadren.

El cabecilla poblano Pablo Herrera, es capturado en un combate en Chietla y pasado por las armas.

Juan N. Medina, que llegaría a ser jefe del Estado Mayor del *Centauro del Norte* en la lucha contra Victoriano Huerta, se incorpora en la hacienda de Bustillos con Madero.

Los indios mayas de Yucatán asaltan el 6 de abril los campamentos chicleros de Halcho, Maxcann y Rayal.

Ese mismo día, Martín Triana asalta y toma San Pedro del Gallo, Durango, y en la Huasteca Potosina hacen su aparición Manuel Lárraga y Francisco Oyervides.

El 6 de abril, muere en la ciudad de Monterrey, el abuelo de Madero, don Evaristo, cuando ya las bandas de guerra del Ejército Revolucionario estremecían el aire e inflamaban los corazones de los mexicanos con la alegre *diana* triunfal. Su cuerpo fue llevado a sepultar a la hacienda del Rosario, en el Cementerio de los Cipreses.

El 7 de abril, el denodado e incansable general Luis Moya, acompañado del joven Lauro Caloca, captura Calvillo, Zacatecas.

El cabecilla Rodríguez captura Chiautla y Chietla, Puebla.

Un nuevo grupo de valientes y denodados jóvenes coahuilenses se lanzan a la lucha; todos ellos llegaron a ser figuras prominentes

en la Revolución; se trata nada menos que de Eulalio y Luis Gutiérrez, de Andrés Saucedo y de Andrés Vela. Desde luego toman Aguanueva, haciendo estremecer de miedo al gobernador porfirista Jesús de Valle.

Nuevos revolucionarios veracruzanos amenazan el puerto de Tuxpan.

El 8 de abril Moya y Caloca arrasan Sombrerete; se apoderan de Rincón de Romos y avanzan sobre Zacatecas.

Agapito Pozo amenaza con sus huestes la pequeña ciudad de Atlixco.

Una de las brillantes figuras de la Revolución, por su hombría, su modestia, su lealtad y su honradez, y es de los pocos supervivientes de aquella gloriosa época; me refiero al general Ramón F. Iturbe, que vive actualmente en discreta pobreza, en unión de Juan Banderas *el Agachado*, amenaza Culiacán, Sinaloa.

Se levanta en armas en el estado de Tabasco, Aguirre Colorado.

El 10 de abril otro asalto al tren de Torreón, en la división a San Pedro de las Colonias.

Arrieta captura Santiago Papasquiario.

Cándido Aguilar en la región de Papantla.

El 11 de abril publica *El Imparcial* el siguiente telegrama, que en nombre de la compañía petrolera Standard Oil Co., remite el señor H. C. Flores:

Una serie de informes falsos han sido publicados en la prensa inglesa, especialmente en The London Star del día 3 de marzo, que da a entender que la Standard Oil Co. ha ayudado y está ayudando a pagar los gastos de la Revolución de México. Luego circuló la noticia y se publicó profusamente en los periódicos mexicanos bajo el epígrafe de “Aliado con los Revolucionarios”, de que según informes recibidos de Austin, Texas, la Standard Oil ha concedido un subsidio a los revolucionarios *Todos estos informes* y otros por el estilo *son falsos*; la Standard Oil Co. como entidad de los Estados Unidos de América se ha mantenido imparcial, no tomando intervención alguna en los asuntos de la República Mexicana, con los que no tiene ninguna concesión ni material ni moral.

El día 12, revolucionarios chiapanecos merodean en las inmediaciones de Pichucalco.

Huaquechula, Puebla, fue asaltada y tomada por revolucionarios poblanos acaudillados por los cabecillas Francisco O. García, Rafael Genis, Donaciano Hampís, Rosalio Chápero y Bonifacio Rosales.

Santa Eulalia y Mápula, Chihuahua, son capturadas por Luis Gordea y Mucio Uranga.

Topia, Durango, en poder de los Arrieta.

El 13 de abril combate en Arizpe, Sonora, con revolucionarios de Juanito Cabral.

Balderrain se apodera de Batopilas, Chínipas y Arteaga.

Red López –pocho de Arizona– captura Agua Prieta, Sonora, y los Figueroa se apoderan de Puente de Ixtla, Guerrero.

En el entonces territorio de Topia, toma de Canatlán.

Zapata asalta y toma Yautepec.

En Sonora unen sus fuerzas para operaciones de mayor envergadura, Severiano Talamantes, Juan Cabral, Red López y Baltasar García, estableciendo el cuartel general en Agua Prieta.

El 16 de abril, Enrique Adame Macías, con un reducido grupo de hombres montados y armados, a sabiendas de que en pleno desierto, en el rancho de Mala Noche reside el rico Juan González, que tenía un arsenal de armas de lo mejor, asalta la hacienda, mata al dueño y se apodera de muchas armas y magníficos caballos de silla.

Calixto Contreras y Severiano Ceniceros, se vuelven a apoderar de Cuencamé, resguardado solamente por auxiliares.

Los hermanos Arrieta capturan Tepehuanes, Indé, Otaes, Victoria y San Dimas.

En el Bajío, los revolucionarios se apoderan de la zona minera de Luz, Guanajuato.

El 17 de abril, el coronel federal Luis G. Morelos, rechaza el ataque sobre la plaza de Culiacán, emprendido por los generales Iturbe, Bueno y Banderas.

Zuchitepec, Estado de México, en manos de los alzados.

Se registra en Santa Clara, Chihuahua, un fuerte combate entre federales al mando de Rafael Eguía Lis y revolucionarios de José Estrada.

El 18 de abril se pelea en toda la República; el movimiento es ya incontenible; no hay fuerzas federales suficientes para intentar la defensa.

El incansable Luis Moya, con Caloca y Manuel Ávila, se apoderan de Nochistlán y sucesivamente de San Juan el Alto y Valparaíso.

Martín Triana con Calixto Contreras, dueños del Cañón de Jimulco, impiden el paso de trenes.

Los cabecillas poblanos García, Genis, Rosales y su grupo, combaten en Tetela, Puebla, contra el general Eduardo Cauz.

Cándido Aguilar asedia Papantla. Teposcolula, en el mismo estado, es abandonado por las fuerzas federales.

Topilejo, en la sierra del Ajusco, a la vista de la capital, es asaltado por 50 revolucionarios al grito de “Viva Madero”.

Rosalío Ruiz, un rico hacendado de Jalisco, dueño de la hacienda de Santa Ana de los Negros, atemorizado por la actitud insolente y rebelde de sus peones que ya sienten llegada la hora de su redención, denuncia a 12 de éstos, indígenas de raza, que fueron injusta e infamemente fusilados.

Chiautla, Puebla, capturado por Emiliano Zapata, quien fusila al jefe político Andonegui; Calixto Contreras con sus fuerzas captura el mineral de Velardeña, Durango, y Vaquera toma San Juan de Guadalupe.

El día 18 de abril, Jalpan, Zacatecas, ocupada por rebeldes, sin jefe conocido, que fusilan al agente del timbre.

Los revolucionarios de Sonora capturan Ures y Altar.

Los de Sinaloa al mando de Iturbe, Buelna y Banderas, capturan Pánuco y Villa Unión, y marchan sobre Rosario.

La Junta Revolucionaria del Paso, Texas, logra introducir al país, para servicio de las fuerzas alzadas, 200,000 cartuchos y dos ametralladoras.

El día 19 de abril, los indígenas de Sierra Morelos se incorporan al movimiento rebelde; mil quinientos de ellos, van sobre Xochihuehuetlán y Huamuxtitlán.

Aparecen grupos de rebeldes en los alrededores de Chalco y Texcoco, y la ciudad de México se estremece.

El día 20 de abril, Madero, con 6,000 hombres, sale de Casas Grandes que ocupó al ser desguarnecido, rumbo a Ciudad Juárez. Es de esta época la anécdota que se relata en *El Tiempo* por el periodista Fernández Guel:

El señor Madero tenía ordenado a los jefes de los insurrectos que hablaran a éstos y los convencieran de lo mal que hacían fugándose con todo y armas. “Nadie está por la fuerza y por lo tanto cada uno es libre de marcharse cuando le plazca”, dijo el “líder”, “de modo que váyanse pero dejándonos las armas porque nos son muy útiles”. Uno de los jefes, José María Espinosa, permitió que 23 de sus hombres desertaran con armas y esto disgustó al señor Madero quien lo hizo venir a su presencia para reconvenirlo. Espinosa negó, pero como Madero tenía comprobado el caso, hizo que lo arrestaran, entregándolo a José Orozco para que lo condujera a lugar seguro. Espinosa logró fugarse y llegó a su campamento, donde tenía 42 hombres bajo sus órdenes. Les contó que Madero trataba de arrestarlo y los arengó,

haciéndoles prometer que lo defenderían en caso necesario. José Orozco que había ido en busca de un pelotón de hombres, lo encontró con su gente, dispuesto a defenderse. No valieron amenazas ni razones, pues ni por Raúl Madero se dejaba convencer. Enterado el señor Madero, fue hasta donde se hallaba el rebelde y lo intimó para que se dejara arrestar. “No me dejo porque no hay razón”, respondió Espinosa; “enséñeme usted mi causa y entonces me dejaré”. Madero, volviéndose a sus hombres, les ordenó que desarmaran al insubordinado, pero éste preparando su arma y haciendo que las prepararan sus hombres, se dispuso a hacer fuego. Madero comprendió que iban a sacrificarse muchas vidas, pues su gente pelearía con los de Espinosa, y apartándose a un lado para llegar solo hasta el grupo de insubordinados, les presentó el pecho diciéndoles: “Cobardes, antes que matar inocentes, asesínenme a mí”. Y aquellos hombres que habían dado máquina a sus rifles, depusieron su actitud hostil y dejaron que su jefe fuera desarmado y preso. Los mismos que se habían insubordinado se acercaron a Madero y le dijeron: “Mándenos usted fusilar”. Pero no se hizo sino formar consejo de guerra a Espinosa. Madero lo indultó después conmutándole la pena por la de 10 años de prisión, y más tarde le ofreció que quedaría libre al terminar la Revolución.

En Yucatán, son amnistiados y puestos en libertad todos los presos políticos.

Para calmar la tremenda agitación política del pueblo de la capital de la República, se acumulan fuerzas para batir a los revolucionarios de los pueblos inmediatos, y tal se hace en Amecameca.

Hemos dejado a Madero derrotado en Casas Grandes por García Cuéllar, al intentar la toma de esa plaza, de donde se retiró en perfecto orden. Con toda calma y haciendo tres jornadas, fue a acuartelarse a la rica hacienda de Bustillos, propiedad de don Carlos Zuloaga, en cuyo lugar permaneció instruyendo a su tropa y aumentándola considerablemente hasta mediados de abril. Allí

fue entrevistado por corresponsales del *World* y el *Times* de Nueva York, con resultados halagadores que aumentaron su prestigio en el extranjero. *El Tiempo* de México y *El Correo de Chihuahua* mandaron, el segundo a su propio director, el gran periodista de oposición don Silvestre Terrazas y el primero, a su corresponsal Herrerías que gozaba de merecido prestigio, también a entrevistarle, y ésta muy bien lograda, dio al público, ávido de conocer cuanto concernía a Madero, una idea exacta de la vida en el campamento, el estado de sus fuerzas y de sus ideas y propósitos. Como esas entrevistas causaron verdadero revuelo y pintaban una situación novedosa, deben ser conocidas:

“El Correo de Chihuahua”. – 23 de abril de 1911.

INTERESANTE ENTREVISTA CON FRANCISCO
MADERO EN EL CAMPO DE SUS
OPERACIONES

EN EL CAMPO DE LOS SUBLEVADOS

No podía ser mejor la ocasión que se nos presentaba para acudir al campo de los “pronunciados” y tener una entrevista con el “leader” de ellos, don Francisco I. Madero, que la que se nos proporcionó por una mera casualidad, interviniendo el señor C. Harris, quien el sábado último se encontró en el campamento de referencia, en las cercanías de Encinillas. Pasado que hubo en aquel lugar parte del sábado y domingo, regresó a esta ciudad en el domingo mismo, en automóvil, y en la mañana del lunes se sirvió anunciarnos que los señores Madero y Orozco, con quienes había estado, habían expresado buenos deseos de platicar con el director de “El Correo de Chihuahua”, a quien antes, y a su vez, expresó intenciones de entrevistar a los citados antirreeleccionistas.

En esas condiciones, arreglado violentamente lo indispensable, en automóvil magnífico, que con una habilidad y destreza admirables facilitó y manejó el señor Klaffert, nos dirigimos el lunes a las dos y

media de la tarde, rumbo a Ciudad Juárez, acompañándolos, además de los señores citados, el señor doctor don Federico Seyfeert.

Largos seríamos al relatar las peripecias del viaje, especialmente de la granizada, y aire y lluvia que nos alcanzaron por el camino, hasta llegar a

ESTACIÓN TERRAZAS

En ese lugar nos encontramos a cuatro revolucionarios, quienes nos informaron ligeramente sobre algunos encuentros anteriores y de sus resultados, así como de algunos movimientos que se esperaban para ese día y el siguiente, según la posición de los combatientes, acciones que no se realizaron, pues según supimos poco después, aunque estuvieron a la vista de los federales y los sublevados, al mando éstos del señor Madero, no se registró encuentro alguno.

EN LA HACIENDA DEL SAUZ

Al llegar a la hacienda de El Sauz, nos encontramos con el señor general brigadier don Antonio M. Rábago, con quien conversamos algunos momentos mientras se comunica a la 2ª. Zona Militar lo relativo a los pasaportes, que para evitamos dificultades procuramos obtener. Un ayudante del señor Rábago nos hizo saber que acababan de quitar la comunicación con Chihuahua, razón por la que el correcto militar, que nos trató con toda atención, determinó dejarnos vía libre, y a toda máquina nos dirigimos a la hacienda de Encinillas, en donde nos hicieron saber que la gruesa partida de revolucionarios había seguido por el “Cañón de Santa Clara”, cuya entrada está a tres leguas del casco de la citada hacienda, indicación que seguimos, pudiendo percibir muy claramente las huellas de los carros y de la caballada, que nos sirvió de guía.

EN EL CAÑÓN DE SANTA CLARA

Poco después de las seis de la tarde llegamos a la boca del “Cañón”, y seguimos por un camino accidentado, pero que por la habilidad del intrépido “chauffeur” se hizo fácil la travesía, hasta llegar a una distancia como de dos leguas, en donde, ya cerrada la noche, dimos providencia

de “lunchar”, encontrándonos en esa operación cuatro revolucionarios que llegaron a buena hora, como avanzada de dos carros de provisiones que a poco andar, se dirigían de la hacienda de San Lorenzo hasta el campamento del señor Madero.

LA LLEGADA AL CAMPAMENTO

Un poco ruidosa fue nuestra llegada, entre ocho y media y nueve de la noche, al campamento de referencia, pues aunque a una o dos leguas antes del lugar divisamos una de las lumbres del vivac insurrecto, a la llegada pudimos ver numerosas lumbres ocupando toda la falda del cerro, y a la vuelta del mismo y una parte del “Cañón”, que daba un aspecto fantástico, animado por los cantos y risas, y conversaciones de los que allí estaban. En medio de la oscuridad, guiados sólo por los poderosos fanales del automóvil que nos conducía, y al enfrenar cerca del campamento a que nos referimos, se dejó oír un balazo como a cincuenta metros de distancia de donde parábamos, y gritos de “¿quiénes serán? ¿quiénes vienen? y luego personas que se acercaban a rodearnos, preguntándonos alguna de ellas, ¿hizo blanco?, nos hicieron conocer que estábamos en el centro mismo, frente a los sublevados, quienes conocido que nos hubieron, se mostraron grandemente amables, conduciéndonos un buen grupo a donde estaba el señor Madero quien se había levantado ya a recibir a sus huéspedes.

UNA ESCENA MUY AGRADABLE

Los saludos, las presentaciones, las conversaciones sobre diversos puntos, monopolizaron la atención, y todos allí, unos para otros, se mostraban con una llaneza grande, desarrollándose, por lo tanto, una escena que tuvo muchos atractivos, pues oímos de viva voz muchos de los datos que ya teníamos por la prensa, y pudimos rectificar otros que por error de transmisión o de apreciación, habían resultado distintos a la realidad, comentando y mucho, las exageraciones y falsedades, respecto a nombres de muertos, especialmente la de los señores Raúl Madero y José Garibaldi, que la prensa norteamericana había apuntado entre los idos al otro mundo.

Sabrosa conversación nos entretuvo allí hasta las once, o poco después, hora en que quedando en relativo silencio el campamento, nos convidó al descanso, durmiendo en camas “un poco” rústicas, como que eran las de nuestra madre tierra, “adornadas” con colchoneta y cubiertas a cortísima altura con una de las lonas de un carro de transporte, que la hizo de tienda de campaña. Buen sueño nos acompañó a quienes nos posesionamos de aquel lugar, algo así como “cuartel general”, ocupado como hospedería, pues además de los señores Madero y Garibaldi, nos tendimos allí, cabeza con cabeza, casi, ellos y los que por unas horas fuimos sus huéspedes.

EL TOQUE DE DIANA

Un clarín algo feliz en sus toques nos anunció la “diana”, y a ese toque nos levantamos con el alba, yendo cada quien, ya a preparar sus alimentos o a efectuar los que en las filas tuvieran a su cuidado. Por nuestra parte, después de conversar con los señores Francisco I. Madero, Pascual Orozco, Luis García, Juan Dozal, y muchos otros que formaban rueda, procuramos aprovechar los momentos, conversando con el señor Madero, a quien, aunque ya sabía algo respecto a lo que proyectábamos en la prensa chihuahuense en favor de la paz, confirmamos nuestros mejores deseos, siendo uno de los objetos principales de nuestro viaje sondear el ánimo de él y algunos otros compañeros suyos, en pro de una idea que conceptuamos grandemente beneficiadora en favor de nuestra patria.

No se mostró rehacio el señor Madero, sino al contrario, parece estar relativamente dispuesto, pues comprendió desde luego que nuestra acción, grandemente desinteresada, noblemente encaminada en pro de un resultado que nos acarreará tantos bienes, puede quizá realizarse con algún esfuerzo con algunas concesiones por las partes contrarias, y por lo mismo, juzgando interesante sus respuestas, quisimos apuntar palabra por palabra, varias de las contestaciones que el citado “leader” se sirvió darnos, las que ponemos a continuación, para conocimiento de nuestros lectores. Hélas aquí:

Terrazas.- ¿Cómo ha recibido usted la acción de la prensa chihuahuense, referente a la paz que procuramos, apoyándola la “Prensa Asociada de los Estados”, de la que usted ha sido miembro activo?

Madero.- La prensa está en su papel y cumple con su deber al asumir tal actitud, así como lo cumplió excitando al gobierno a que respetara el derecho de sufragio en las pasadas elecciones, a la prensa y sus fueros, y en general al pueblo sus derechos; pero creo que serán infructuosos sus esfuerzos, porque se estrellarán ante la resistencia de nuestros adversarios.

Terrazas.- ¿Cómo recibiría usted una comisión de nuestros periodistas para tratar sobre el asunto anterior?

Madero.- Cualquiera persona que me venga a visitar, será perfectamente recibida, y muy especialmente los representantes de la prensa, cuyo desinterés y patriotismo me es conocido. Además, sabe usted que he sido miembro de la “Prensa Asociada de los Estados”, por cuyo motivo me ligan con esa Asociación vínculos muy estrechos. En cuanto a los deseos de ustedes, de llegar a algún arreglo pacífico, **LOS CONSIDERO ALTAMENTE PATRIÓTICOS Y LOABLES, Y REPITO QUE SUS SENTIMIENTOS ENCONTRARÁN UN ECO FAVORABLE EN MÍ QUE SÓLO DESEO EL BIEN GENERAL DE LA PATRIA, Y PARA LOGRARLO NO ME ARREDRA NINGUNA CLASE DE SACRIFICIOS.**

Algunos puntos más y otras varias preguntas sobre asuntos relacionados con el movimiento armado y con sus acompañantes, le hicimos al señor Madero, pero siendo lo anterior lo de mayor interés, lo de actualidad, lo urgente según nosotros, que en nuestro criterio libre, libre de todas trabas, vemos como bien general, demoramos para otra edición las preguntas y respuestas, y detalles mayores que tratamos con el señor Madero, y que no dudamos puedan llamar también la atención de los lectores de “El Correo”.

EN MARCHA, POR EL CAÑÓN

Cerca de las nueve de la mañana, retardados como una hora por esperar los dos carros de provisiones de que hablamos antes, y unidos que fueron a otros que ya tenían allí, siguieron su camino los revolucionarios, que tuvimos a la vista, sin divisar a los que estuviesen ya acampados en el “Cañón de Santa Clara” o de “Encinillas”, como otros lo llaman, podemos calcular en seiscientos hombres, alguno de los sublevados expresó que el total era de mil cien, y otro dijo ser de

mil doscientos hombres los que traía Madero, cosa que no confirmamos, por la causa que antes expresamos.

VIAJE DE REGRESO

Sin novedad alguna regresamos a Chihuahua, después de la entrevista, llegando a esta ciudad a las dos y media de la tarde, o sea veinticuatro horas después de haber salido rumbo al Norte.

A FAVOR DE LA PAZ

Ante la actitud de que hablamos, respecto a la acción que la prensa chihuahuense ha venido expresando en favor de la paz que tanto deseamos, no podíamos quedar cruzados de brazos, y por lo tanto, citamos, como saben nuestros lectores por la edición de ayer, a todos nuestros colegas en la prensa de la ciudad, y podemos decir que de acuerdo estarán, según cartas recibidas, otros colegas del Estado.

Corrió tan buena suerte nuestra citación, que en la tarde, poco después de la hora indicada, nos encontrábamos en las oficinas de “El Correo” los representantes de todas las publicaciones locales, pues aunque si a la primera citación que hicimos dejó de concurrir alguno de nuestros colegas, ayer estuvimos presentes los de todos los periódicos locales, pudiendo decir ahora con verdadera satisfacción, por lo tanto, que ÚNICAMENTE la prensa chihuahuense se une al movimiento a favor de la paz, y gestiona todo en tal sentido, para bien de nuestra patria, para bien de todos.

DURANTE LA REUNIÓN

Con pleno acuerdo de los presentes, tratamos puntos generales respecto a la comisión que pudiera ir al terreno de los insurrectos, tan pronto como se tengan informaciones exactas respecto al lugar donde se encuentra el grueso de ellos, y en tal virtud, se comisionó por la Junta, al director de “El Correo” para que se sirviera tomar algunos informes y procurar algunos arreglos, dejando listo cuanto fuera del caso, y a ser posible, comunicarse con el señor Madero, a fin de ultimar los preparativos consiguientes, y determinar después en junta que

celebrarán nuevamente el viernes próximo, a la misma hora que la de ayer, el número de representantes de la prensa y quiénes deban hacer el viaje al lugar donde sea factible la reunión concretando entonces algunos puntos para la pacificación, que no tendremos inconveniente en someter oportunamente a la consideración de las autoridades locales o federales.

Este último punto es delicado de por sí; pero creemos que no será imposible llegar a él, pues aunque nos hemos fijado bien en las frases del señor Madero, que él expresa en tono pesimista, no dudamos que el gobierno tome interés también en dicha pacificación, por ir de por medio la salud de la Patria.

De intento acordamos en la primera, y tratamos incidentalmente en la segunda, no tocar para nada las fuentes del gobierno, sino después de conocer la actitud insurrecta y de concretar algunos puntos, pues sabiendo por experiencia lo que pasó una comisión que antes se avistó con los insurrectos, con carácter gobiernista directo o indirecto, ahora deseamos de todas veras que los trabajos actuales puedan alcanzar hasta donde nuestros esfuerzos nos ayuden, encaminándolos por el camino del bien y de la lealtad más puras, a fin de que analizados con el escarpelo más penetrante, se vea más y más claramente la pureza de intenciones que nos guía, sin más interés que el bienestar de nuestra República, obteniendo la paz, con honra y con equidad, sin violencias y sin indignidades, ni para una ni para otra parte.

LA POSICIÓN DE “EL CORREO”

Creemos estar enteramente a salvo de sospechas respecto a la actitud que ha tomado y seguirá tomando, incomunicado y juzgado con todo rigor en la larga prisión que el director de este diario sufrió en los últimos meses; el gobierno federal pudo convencerse de que a pesar de haber poderosísimos arreglos, y perrillos falderos, además, que los secundaban y les ayudaron, cateos y revisiones de papeles, pudo convencerse, decimos, que nuestro director, que ha trabajado siempre por la causa de las libertades públicas, no tenía liga alguna con el movimiento revolucionario, pues su labor ha sido siempre por medio de la “REVOLUCIÓN” que ha deseado y desea la República toda, corrigiendo abusos de caciques y excesos de arbitrarios.

Por otra parte, el personal de este periódico no puede menos que mencionar, llegado como ahora sucede, el caso especial que nos ha ligado grandemente y que por la prensa local y bastante de la nación se sabe, respecto a que estando preso nuestro director, los insurrectos chihuahuenses se dignaron pedir la libertad de él, y hasta canjearlo con algún prisionero que ellos hicieron en la persona del Juez de Letras del Distrito “Benito Juárez”, y por lo mismo, nadie está en mejor posición que el personal de “El Correo”, para pedir con toda franqueza y para trabajar en favor de la paz, que quienes han tomado la iniciativa del importantísimo ideal que nos anima, porque ni interés ni sospechas pueden despertar las acciones que nos guían, si no es el deseo ardiente de trabajar por una causa nobilísima, en favor general, en favor del pueblo, del doble pueblo que nos alienta, y a quien debemos satisfacciones y gratitudes que no pagaremos nunca, pues nos ha hecho, en ocasiones que no nos toca describir, manifestaciones de afecto y de aprecio en nuestro favor, que no se borrarán nunca de nuestra memoria, y que nos obligan más y más a procurar cuanto podemos, a laborar en su favor, con todas nuestras fuerzas para acarrearle cuanto bien podamos, con el corazón rebosante de entusiasmo, de energías, de gratitud imperecedera.

La serie de entrevistas de Herrerías, continuaba con creciente interés y en *El Tiempo* de México, se publicaban, ante la impaciencia de la opinión pública, los relatos de aquel periodista insigne: Ignacio Herrerías.

EL TIEMPO

Año XXVIII, 11 de abril de 1911 al 2 de mayo al mismo año

MI VIAJE A CHIHUAHUA.- LO QUE HABÍA OÍDO DECIR.-
PREPARATIVOS DE VIAJE.- EL PRIMER REVOLUCIONARIO.-
POR EL CAMPO DE LA REVOLUCIÓN.- PASCUAL OROZCO
ME RECIBE.- LOS PRINCIPALES CABECILLAS.- FRANCISCO
VILLA Y SU GENTE.- OTROS CAPITANES ME SALUDAN.-
LLEGADA A BUSTILLOS.- D. FRANCISCO I. MADERO.- LA
ENTREVISTA.- IMPRESIONES.- EL REGRESO.- UNA NOCHE

ENTRE LOS REVOLUCIONARIOS EN CHIHUAHUA

Después de muchos trabajos y largas caminatas de los que hablaremos en otra ocasión, nuestro corresponsal de guerra, don Ignacio Herrerías, logró ver al jefe de la revolución, D. Francisco I. Madero, el día 6 del corriente, y con él sostuvo el siguiente diálogo:

Herrerías.— ¿Qué opina usted de las gestiones hechas en favor de la paz, por el señor Limantour?

Madero.— Me parecen patrióticas, y desearía que tuvieran buen éxito; pero para ello se requiere que el general Díaz se resuelva, no sólo a sacrificar a sus Ministros y a sus amigos, sino también a hacer un pequeño sacrificio personal, *como sería descansar los últimos años de su vida.*

Herrerías.— ¿Qué opinión se ha formado usted del nuevo Gabinete?

Madero.— Creo que los nuevos Ministros traen grandes energías, desplegarán mayor actividad y traerán el bien que siempre reporta un cambio; pero éste no puede considerarse como radical, ni el bien que hagan será mucho, porque ninguno de los nuevos Ministros, aunque los considere bien intencionados, tiene una personalidad bastante fuerte para imponer un cambio serio en la política. La personalidad dominante será Limantour, que tendrá mucho mayor influencia que en el Gabinete pasado, en donde era algo contrarrestada por Corral y Molina. Sin embargo, Limantour encontrará tropiezos, y no podrá desarrollar el programa de reformas que se ha trazado. Para esto último, sería preciso que tuviera completa libertad; que se le dejara hacer lo que crea mejor.

Herrerías.— ¿Qué opina usted del Mensaje Presidencial?

Madero.— El general Díaz ofrece en su nuevo mensaje menos de lo que ofreció en el Plan de Tuxtepec y Palo Blanco, y en la entrevista Creelman. La nación ya no quiere promesas; quiere hechos.

Herrerías.— ¿El padre de usted está autorizado para establecer negociaciones de paz?

Madero.— Cuando salí de los Estados Unidos y me interné en el país, no se había hablado de negociaciones, por cuyo motivo no he nombrado comisionados para el efecto. A pesar de esto, es muy probable que mi padre y correligionarios en Estados Unidos, con el patriótico deseo de que termine pronto esta guerra, hayan aprovechado la primera oportunidad para tratar de preliminares de paz. Yo apruebo cualquier esfuerzo que se haga en ese sentido, por juzgarlo patriótico.

Tal como están las cosas, es indudable que si se llegara el caso de nombrar comisionados para negociaciones de paz, uno de los que yo designaría, sería mi padre.

Herrerías.– ¿Cuáles serían las condiciones de paz?

Madero.– Que se retirara el general Díaz, que se nombrara un Presidente provisional, aunque fuera miembro de la misma administración del general Díaz; que se permitiera a nuestro partido nombrar algunos Gobernadores, y que se convocara a nuevas elecciones. Estas condiciones, se entiende que serían en el estado actual de la guerra, pues si ésta se prolonga más, entonces será preferible terminarla, a fin de implantar las reformas contenidas en mi programa de gobierno y en el Plan de San Luis Potosí.

Herrerías.– ¿Cree usted que los que han tomado las armas en defensa del Plan referido aceptarán las condiciones que usted acordó con el Gobierno?

Madero.– Como los que se han levantado en armas son los principales perjudicados con la continuación de la guerra, y sólo los mueve a seguirla un sentimiento patriótico, se considerarían felices en deponer las armas, cuando estuvieran convencidos de que habían logrado el fin que perseguían.

Herrerías.– ¿No cree usted que esta guerra nos traiga una intervención americana?

Madero.– Desde que escribí mi libro “Sucesión Presidencial”, emití mi opinión, y los actuales acontecimientos no han venido sino a demostrar que tenía yo razón al creer que el gobierno de los Estados Unidos no intervendría en México, en caso de una revolución.

Herrerías.– Si triunfa la revolución, ¿cómo tratará usted a sus enemigos políticos?

Madero.– Las opiniones políticas de mis adversarios no serían motivo para que se les perjudicara en lo más mínimo, ni dejara de hacerles justicia en todo. Los únicos que tendrán que temer el triunfo de la revolución, serán los que manden fusilar, fusilen a los prisioneros de guerra que hagan; y los que se hayan aprovechado de sus puestos políticos para defraudar al Erario Nacional o para despojar de sus propiedades a numerosas congregaciones, Municipios y pequeños propietarios en su mayoría indígenas, pues conforme al Plan de San Luis Potosí haré que se restituya a sus legítimos dueños o bien que se les indemnice.

Herrerías.– ¿Tiene usted la seguridad absoluta del triunfo?

Madero.– Sí, porque el principal factor, que es la opinión pública, es unánime a nuestro favor, y porque he logrado reunir tal número de fuerzas, que ni siquiera intentan ya atacarnos. Prácticamente las fuerzas federales están a la defensiva.

Como lo ofrecimos ayer, al publicar la entrevista que tuvo nuestro corresponsal de guerra con Francisco I. Madero, comenzamos hoy la publicación del relato del viaje que tuvo que hacer nuestro enviado, para ver al jefe de la revolución.

El 27 de marzo del corriente, la Dirección de EL TIEMPO se sirvió nombrarme su Corresponsal de guerra, en la campaña de Chihuahua, y una vez ultimados los arreglos, me dispuse a emprender la marcha, no sin prometer a mis amigos, que haría algo tan bueno o mejor de lo que habían hecho en el lugar de los acontecimientos algunos compañeros míos, quienes habían ido con el carácter de Enviados especiales, agregados, dos o tres, a las columnas de fuerza federal.

Mi promesa consistía principalmente, en atravesar el campo revolucionario hasta llegar al sitio en donde se hallara don Francisco I. Madero y Pascual Orozco, principales jefes del movimiento armado. Yo me había enterado poco de los detalles de la guerra, entregado a mis habituales labores en México, de manera que ignoraba los nombres de los militares que mandaban las columnas en Chihuahua; los de los cabecillas, excepción hecha de Orozco y de Francisco Villa, cuya fama llegó a mis oídos; desconocía los puntos en donde se habían librado los combates más sangrientos y en suma, estaba completamente a ciegas.

A pesar de todo, el 13 del mismo mes salí de México, convencido de que lograría mi objeto, por más que me aseguraban que Madero estaba en lo más abrupto de la sierra; que las comunicaciones eran poco menos que imposibles y que además, y esto era lo principal, los revolucionarios me fusilarían o quedaría prisionero como pasó con tantos otros.

Por fortuna la vía del Ferrocarril Central estaba expedita hasta Chihuahua, y caminamos sin más percance que el de hallar muy cerca de la Estación Camacho –según se nos dijo porque no lo vimos– una partida de revolucionarios al mando del cabecilla Leyva, quien ordenó fueran quemados varios puentes y las líneas telegráficas, pero eso después que hubo pasado nuestro convoy.

EN CHIHUAHUA

Dos días permanecí en Torreón, saliendo de allí el sábado a las doce, y debo hacer constar que en el carro de primera sólo íbamos un médico francés, anciano que conversó largamente conmigo, el auditor, un capitán del ejército retirado ya, y yo.

En Bermejillo tuvimos noticias de que los revolucionarios habían cortado nuevamente la comunicación con Chihuahua, desde Jiménez, pero a pesar de eso el tren continuó su marcha, con algunas precauciones, y pasamos Jiménez y Santa Rosalía sin novedad. Para mí lo fue solamente el hallar reducido a escombros el hermosísimo puente de Ortiz, de cerca de mil metros de largo, incendiado por los maderistas poco tiempo antes. El tren pasó por el cauce del río, que está seco en la actualidad, por una vía provisional.

Más adelante, en un escape, hallamos el tren blindado, provisto de cañones y ametralladoras, y custodiado por doscientos soldados federales. Dicho convoy, recorre constantemente la línea entre Jiménez y Chihuahua para impedir que los revolucionarios la inutilicen.

En todo el camino, la gente se agolpaba en las estaciones esperando inútilmente periódicos de México, pues como antes dije, las comunicaciones estaban interrumpidas en Camacho y la correspondencia había tenido que ser regresada a México para reexpedirla por la vía de Laredo. Se nos dijo, con mucha seriedad, que Madero y su ejército atacarían Chihuahua al día siguiente, dos de abril, y que en igual fecha quedarían destruidas las líneas del Ferrocarril Internacional, de Durango y de toda la República.

Yo imaginaba que no iba a llegar o que llegaría cuando Chihuahua estuviera en estado de sitio, siendo grande mi desconsuelo porque iba a privarme de ver lo más interesante. Otra cosa me inquietaba; no encontrar ningún grupo de revolucionarios. Mi obsesión era recibir la sorpresa, verlos subir al tren, registrarme, quitarme lo poco que llevara, pues en México se aseguraba que tal cosa hacían, pero nada, nadie detuvo el tren ni vi la sombra de un revolucionario.

A las once y media de la noche arribamos a Chihuahua, encontrando la estación desierta. Sólo dos coches de sitio había y ocupé uno.

Por el camino, el auriga me comunicó la noticia de que había habido un sangriento combate en Villa de Aldama, aquel mismo día, y que la victoria fue de los federales, haciéndoles éstos más de sesenta muertos

a los revolucionarios y matando a los cabecillas José y Francisco Portillo, muy conocidos en la población.

Efectivamente, comprobé la veracidad de la noticia, algo exagerada, pues fueron menos los muertos. Me parece que treinta y seis.

No acababa de dormirme, cuando me despertaron los acordes de varias músicas y bandas de cornetas y tambores, tocando dianas. Eran las cinco de la mañana del 2 de abril y la Zona Militar había ordenado tal demostración. La verdad es que sonaron muy tristes aquellas dianas.

BUSCANDO INFORMES

Hice, muy de mañana, un recorrido de la ciudad, sin que notara nada anormal. Me dirigí a las afueras creyendo ver fortificaciones, preparativos de defensa militar, algo que indicara la campaña, pero nada vi.

Más tarde, después de abrazar a varios amigos y de hacer una que otra visita de cortesía, comencé a recoger informes, procurando averiguar en qué sitio se encontraba Madero y su ejército, pues dar con él y entrevistarlo era el objeto capital de mi viaje.

Unas personas me dijeron que estaba en Casas Grandes o sus cercanías, otras que en Madera y las más que en la hacienda de Bustillos, distante ciento veinte kilómetros de Chihuahua, sobre la vía del Ferrocarril Noroeste, antes Ferrocarril Chihuahua al Pacífico.

Corroboré este aserto con el hecho de haber visto dos pasaportes expedidos por Pascual Orozco, firmados así: "Campamento General del Ejército Libertador. Bustillos, Marzo, etc." Y como si esto no fuera suficiente, llegaron a mi poder unas fotografías, representando a don Francisco I. Madero, Pascual Orozco y otros revolucionarios en el patio, bien conocido, de la hacienda mencionada.

La suerte me favorecía, pues me acercaba a los revolucionarios, haciendo más fácil mi empresa. Ciento veinte kilómetros a caballo podía hacerlos en día y medio, dos días a lo más, en tanto que para Madera o Casas Grandes se necesitaban semanas.

Se me dijo también, que la Zona Militar y el Gobernador Ahumada, habían prohibido estrictamente la salida de cualquier persona, pero **CON ESPECIALIDAD A LOS PERIODISTAS**, en virtud de una orden expresa de la Secretaría de Guerra.

Eso me preocupó poco, porque yo pensé salir sin avisar a nadie, a caballo y sin más documento que mi credencial de EL TIEMPO para que se me identificara en un momento dado. Sin embargo, después comprendí que no era correcto callar al señor coronel Ahumada mi viaje, puesto que le había venido recomendado y me recibió amablemente, y le comuniqué mi proyecto, asegurándole que no cometería ninguna indiscreción, pero advirtiéndole también que si regresaba sano y salvo del campo revolucionario, no me pidiera más datos que los que yo quisiera darle, de acuerdo con mi neutralidad de periodista.

RUMBO A BUSTILLOS

Personas que se dijeron bien informadas, me aseguraron que Madero y los suyos me recibirían bien, pero que, cuando menos, no permitirían que regresara; que tenían varios prisioneros, tratándolos con consideraciones, porque se aventuraron a llegar al campamento. Otros, pesimistas, me llegaron a causar temores más serios. “Lo fusilan, amigo Herrerías”. “Lo truenan”. “Si creen que es usted espía lo matan”, etc., etc.

Decidí jugar el todo por el todo. Yo no regresaba a México sin haber entrevistado a Madero y a Orozco, antes aceptaba todos los peligros, que el ridículo.

Fui presentado al señor don Félix Sommerfeld, alemán muy conocido en Chihuahua, antiguo periodista, quien me dijo que él había estado varias veces con los revolucionarios, que conocía a todos ellos, que cultivaba relaciones de amistad con Madero y Orozco y que precisamente trataba de ir a Bustillos para recoger algunos informes. Me ofreció su compañía que acepté gustoso y decidimos emprender la marcha al día siguiente, es decir el jueves seis de abril, partiendo en un caboose agregado a una máquina que nos facilitó la empresa del Noroeste, al saber quiénes éramos. Dicha máquina debía dejarnos en la estación de Santa Isabel, a la mitad del camino entre Chihuahua y Bustillos.

A la sazón, llegó a la ciudad Mr. Thomas W. Steep, representante de la Prensa Asociada y enterado de nuestro viaje nos rogó acompañarnos, a lo que accedimos. Ignorábamos que ya en esa fecha, es decir el día cinco, había transmitido un largo mensaje a la Prensa Asociada,

fechándolo en el campamento de Bustillos, soberbio embuste, pues ni siquiera conocía el camino.

El despacho enviado por dicho señor Steep a la Prensa Asociada, hacía referencia a las opiniones de Madero sobre varias cosas, entre ellas el mensaje presidencial, embuste mucho mayor, puesto que dicho mensaje fue conocido por Madero hasta el día seis, y eso cuando le hice la pregunta relativa, contestándome que desconocía los términos y la esencia del tantas veces citado mensaje.

Otras muchas falsedades asienta el corresponsal de la Prensa Asociada, institución tan seria y tan respetable, pero seguramente la sorprendió, pues de otro modo no se explica el caso.

El señor Steep conocía a Madero el día seis, precisamente cuando llegaba un periódico de El Paso, trayendo su entrevista, que me produjo risa, y a Brandon, corresponsal de guerra de “El Diario”, indignación.

A BUSTILLOS

A las cinco de la mañana del día seis, nos reunimos Sommerfeld, Steep y yo, encaminándonos a tomar un frugal desayuno. Íbamos vestidos de manera que las caminatas a pie o a caballo no nos fueran tan pesadas como lo serían vistiendo el traje ordinario; llevábamos además de nuestros sweters y abrigos de campaña tres magníficos sarapes de lana. Los periódicos de fecha más reciente y un lunch constituían nuestro equipaje. No sabíamos cuándo sería el regreso.

En la estación del Noroeste, encontramos lista ya una máquina y un caboese, en el que tomamos asiento, no sin entregar Sommerfeld un mensaje al jefe de estación concebido en los siguientes términos: “Chihuahua, Abril 6 de 1911. – Sr. Don Francisco I. Madero, Bustillos. –Salgo con dos representantes prensa. Agradeceré mande máquina lugar del coche recogernos. –Félix Sommerfeld”.

Conviene advertir que días antes había habido un tremendo choque de trenes adelante de Santa Isabel como a ochenta kilómetros de Chihuahua, y que la máquina que nos llevaba, no podía pasar de aquel punto. También debe saberse que los maderistas son dueños absolutos de la línea, disponiendo de máquinas y trenes como mejor les parece.

En hora y media llegamos a Santa Isabel, pasando por el pueblo que estaba muy triste. En la estación había cuatro o cinco rancheros que nos miraron con prevención, alejándose después, pero sin perdernos de vista.

EL PRIMER REVOLUCIONARIO

La tensión nerviosa que yo experimentaba era grande. No tenía miedo sino impaciencia. Deseaba que cuanto antes se presentaran los revolucionarios para conocerlos, para verlos de cerca, para hablar con ellos, para pasar la primera emoción fuerte, pero no había nadie. Penetramos a la estación y Sommerfeld me hizo escribir el siguiente mensaje, una vez que supo que el cabecilla Francisco Villa se encontraba algunos kilómetros más adelante, en la Estación de San Andrés: “Santa Isabel, Abril 6 de 1911. –Sr. Francisco Villa, San Andrés.– Favor mandar un correo al superintendente Dewey al lugar del choque, diciéndole que mande aquí máquina inmediatamente. Llevamos asunto urgente señor Madero. También hay aquí mercancías.– Félix Sommerfeld”.

Al entregar este mensaje, el jefe de la oficina se volvió a Sommerfeld y le dijo: “Aquí, arriba de la loma, está la fuerza de don Fortunato Casavantes. Si quiere usted mandarle algún recado ahí está uno de sus hombres”.

Sommerfeld manifestó su asentamiento y un muchacho penetró a la segunda pieza de la estación, apareciendo poco después por la misma puerta un mocetón robusto y colorado, medio rubio, sin bigote, llevando en la diestra un rifle Winchester y cruzadas al pecho dos cananas pletóricas de parque. En la solapa un moño de listón tricolor, sujeto con una medalla de la Virgen de Guadalupe, y en el sombrero otro listón igual.

Avanzó hasta nosotros sin descuidarse, pero sonriente, y escuchó la orden que Sommerfeld le diera de ir a decirle al capitán Casavantes que viniera a la estación, que necesitaba hablarle.

Ante aquel revolucionario, tipo verdaderamente hermoso, experimenté cierta emoción y lo estuve contemplando largo rato, hasta que salió, comprendiendo entonces cuán justificada era y es la simpatía que toda la gente, sobre todo la de los campos, tiene a los revolucionarios. La máquina que nos había llevado silbó, marchando de regreso a

Chihuahua, y nosotros quedamos solos, esperando el resultado de la comunicación que llevaba el mozo aquel.

No habían pasado cinco minutos, cuando vimos descender de la loma una partida como de diez hombres a caballo, marchando hacia donde estábamos resueltamente, de dos en fondo, pero en dos hileras a ambos lados de la vía.

Llamé a Sommerfeld que estaba leyendo un periódico por allí cerca, y juntos marchamos al encuentro de la fuerza. Yo me daba ánimo para que vieran aquellos hombres que no tenía miedo. Estaba haciendo de tripas corazón, como se dice vulgarmente.

A la retaguardia de aquellos jinetes venía uno que nos pareció el jefe y que lo era, según pudimos comprobar. Sommerfeld lo reconoció y estrechándole la mano, hizo mi presentación. Yo apreté fuertemente aquella mano, diciendo con voz fuerte: “Tengo verdadero gusto en conocerlo”. Era el jefe aquel Fortunato Casavantes, muchacho muy conocido en la sierra, bien instruido, pues hizo sus estudios en los Estados Unidos; habla inglés y francés y es de modales correctos.

Nos dijo que ya iba a marcharse cuando había oído llegar la máquina, entonces detuvo a su gente para observar los movimientos, temiendo fuera tropa.

Yo quería granjearlo, conquistarme su simpatía y le obsequié algunos periódicos; después le pregunté si tenía familia, si su mamá sufría mucho viéndolo de revolucionario. Me dijo que no, que sólo al principio se había alarmado. No soltaba su rifle, un 30-30 flamante. Mientras leía un periódico y yo lo interrogaba, Sommerfeld tomó una fotografía del grupo.

Le pedí un recuerdo y me escribió en una hoja de papel: “Recuerdo al periodista don Ignacio Herrerías, durante la Revolución. –Fortunato Casavantes”.

“Puede que Don Porfirio ya conozca mi nombre”, agregó con orgullo. El telegrafista vino a entregarnos un mensaje que nos causó mucho gusto. Decía así:

“Bustillos abril 6 de 1911. –Sommerfeld, Santa Isabel.– Tendré gusto en recibirlo con representantes prensa. Ya sale tren encontrarlos lugar indicado.– Francisco I. Madero”.

Casavantes se despidió de nosotros, montó a caballo y se alejó, perdiéndose tras de las lomas. Iba a reunirse con las fuerzas de Villa, según nos dijo.

Cuando los rancheros vieron que tratábamos a los revolucionarios, se acercaron y ya sin desconfianza hablaron de la guerra, haciendo elogios de “los muchachos”, del valor de todos, de hazañas realizadas en el campo de batalla.

Hubimos de permanecer algunas horas en la estación. Eran las dos de la tarde cuando llegó una máquina, para conducirnos hasta el lugar del choque. No habíamos comido ni teníamos esperanzas de hacerlo, cuando menos hasta llegar a Bustillos. Un dolor de cabeza me tenía agobiado y lo aumentaba la falta de alimentos, con seguridad.

En ese momento, el telegrafista nos dijo que había oído transmitir un mensaje de Bustillos a San Andrés en el cual se ordenaba a Francisco Villa que mandara una avanzada de veinte hombres al lugar del choque, pues don Pascual Orozco venía con su Estado Mayor a encontrar unos periodistas. Esta noticia aumentó nuestra buena impresión.

FRENTE A OROZCO

Apenas se detuvo nuestro tren, cuando vimos acercarse a nosotros un numeroso grupo de gente armada, toda en traje de montar, con los distintivos tricolores en el sombrero y en el pecho, con las cananas cruzadas y llenas de tiros. Entre todos ellos atrajo mis miradas, llenas de asombro, un individuo alto, bien proporcionado, de color blanco y escaso bigote rubio, boca grande, pero de labios delgados.

Vestía saco oscuro, pantalón un poco claro, con las rodillas muy marcadas, indicando sus frecuentes correrías a caballo, sombrero fieltro negro, sin listón tricolor. Empuñaba un primoroso rifle marca “Savage” con anteojos de larga vista.

Era Pascual Orozco, hijo, el alma de la revolución.

Al fin lo conocía, estaba junto a él, iba a hablarle, iba a interrogarlo. Quizá iba a ordenar mi prisión o mi fusilamiento, pero de cualquier modo, me simpatizó grandemente, me causó magnífica impresión. Sommerfeld, después de saludarlo familiarmente, me presentó a él y después hizo lo mismo con Mr. Steep.

Entonces Orozco, después de estrechar mi mano jovialmente, torciendo un poco la boca como si quisiera sonreír, me fue presentando a los jefes de su ejército: El capitán Juan Dozal, el capitán González Garza, el capitán Cárcamo.

Todos me dieron fuerte apretón de manos.

Dozal es un tipo arrogante, más parece americano que mexicano. Es originario de Ciudad Guerrero pero habla correctamente el inglés. Me saludó riendo y me contempló de arriba abajo, como viéndome muy pequeño. Este hombre me fue altamente simpático y más tarde tuve ocasión de ver que no era indigno de tal simpatía. Steep, al serle presentado, le habló en inglés y se sorprendió mucho al oírlo hablar ese idioma. “¿You American?”, interrogó.

–No, señor, mexicano, y a mucha honra –contestó riendo el capitán. El capitán González Garza, hermano del licenciado del mismo apellido, originario de Saltillo, me dio la mano con mucha seguridad. Con su larga barba y su cara de pómulos salientes, cara garibaldina, se me antojó italiano. Me cayó menos bien que los otros en un principio, pero se explica: empezó a interrogarme como si fuera un juez:

–¿Qué hay de noticias? ¿Renuncia Díaz? ¿Es cierto que los estudiantes hicieron una manifestación a Limantour? ¡Pobres estudiantes! ¿Tienen miedo los federales?, etc., etc., etc.

Comprendí que era un nervioso, apasionado de su causa, y contesté algunas de sus preguntas, haciéndole después otras con objeto de saber a qué atenerme en lo que debía preguntar a Madero. Poco a poco fue disminuyendo la antipatía y al final del viaje, éramos buenos amigos. Tuvo después muchas atenciones que le agradezco y que no olvidaré.

Al capitán Cárcamo me lo presentaron y no me llamó la atención. Es un hombre como de veinticinco años, moreno, de fisonomía vulgar, el pelo en desorden, los ojos con huellas de insomnio. Éste, me dijeron al oído, era capitán de artillería; es el que se fugó del cuartel del 12 en Chihuahua, y se vino con nosotros. Aquí conserva su grado.

Orozco me llamó a su lado y comenzó a leer los periódicos, comentándolos en voz alta. “Ya es tarde”, decía, “esto debió hacerse antes”.

Sin que hasta la fecha me lo explique, Orozco y los suyos y el mismo Madero tuvieron para mí tantísimas atenciones, que el representante de la Prensa Asociada debe haberse sentido ofendido. Orozco me cedía los mejores lugares, me llamaba para presentarme el primero, me preguntaba cuanto quería y me respondió a cuanto le pregunté con una sencillez admirable.

FRANCISCO VILLA

El tren se detuvo y González Garza nos “ordenó” que nos apeáramos. Habíamos llegado a la estación y pueblo de San Andrés, Cuartel General del coronel Francisco Villa como le llaman los suyos y repiten en Chihuahua en son de burla.

Yo creo que el señor Madero quiso demostrarnos lo importante de sus fuerzas, porque a lo largo de la estación estaban formados, en hileras, unos ochocientos hombres a caballo, perfectamente bien armados, destacándose entre ellos un grupo como de doscientos, que tenían fusiles y carabinas mausser.

A pie, había un grupo de hombres, en traje de montar de charro, armados, y en el centro de ellos un individuo de complexión recia, de cara redonda, bigote rubio, espeso, colorado como un americano.

Nos vio llegar y quedó en su puesto hasta que Orozco, tomándome por un brazo, me adelantó y le dijo:

–Le presento al señor Herrerías, periodista y –agregó volviéndose a mí–; el señor Francisco Villa, coronel del Ejército Libertador.

Nos dimos la mano mientras Villa me miraba de soslayo, socarronamente. Este don Francisco Villa, es el hombre más respetado entre los revolucionarios, que si quieren y obedecen ciegamente a Orozco, temen más a Villa, porque saben que no se tienta el corazón para hacerse respetar.

Se le atribuyen muchos delitos, antes de haberse lanzado a la revolución, pero se asegura que desde que está en ella, es el más honrado y el más recto, sobre todo impidiendo que su gente cometa abusos de ninguna clase.

Nunca se ha querido dejar retratar, y por eso ni siquiera le hicimos instancia para ello. Por lo demás, de nada habría servido, toda vez que de treinta y tantas fotografías que tomaron Sommerfeld y Steep, pues yo no llevé cámara, sólo dos o tres, de las menos interesantes, salieron medianamente buenas. En cambio, a mí no me consintió Sommerfeld que llevara un fotógrafo bueno, alegando que a Madero no le gustaba. Pasamos revista a las fuerzas de Villa, y subimos a otro tren dispuesto ya, emprendiendo la marcha hacia Bustillos.

Orozco volvió a llamarme a su lado, y conversamos mucho, sobre las campañas, callando él modestamente cuanto pudiera ser digno de elogio.

Pude observar la humildad del jefe de los revolucionarios y sus buenos sentimientos, por algunos detalles que anoté.

El tiempo que tardó el convoy en correr la distancia que existe entre San Andrés y Bustillos, cesaron casi por completo las conversaciones, entregándose los cabecillas y sus hombres, todos con el fusil entre las piernas, a la lectura de los periódicos que les habíamos llevado. El que todos preferían era “El Correo” de Chihuahua, que dirige mi amigo Silvestre Terrazas, y “El País” de México, del que dicen que es el periódico más independiente y que mayores servicios ha prestado a la causa. Madero, en cambio, se mostró más simpatizador de EL TIEMPO que yo iba representando, quizá por galantería, aunque supuse sinceros sus elogios.

–Comprenderá usted –me decía el capitán González Garza para disculpar la poca atención que me prestaban– que cuando cae un periódico en nuestras manos, es como si cayera el manjar más exquisito en las manos de un hambriento; dispénsenos que no le platiquemos. Voy a aprovechar lo que falta para llegar a Bustillos leyendo el Mensaje Presidencial.

Y siguió leyendo, lo mismo que Orozco, quien iba interesadísimo en la lectura de un artículo publicado en “EL NORTE” sobre el combate de Aldama, en el cual un mayor Rivero, del cuerpo de voluntarios de Sinaloa, atacaba a “El Correo”, diciéndole que había denigrado al ejército falseando los hechos al relatar el citado combate.

A cada momento, González Garza, que como dije antes es un joven excesivamente nervioso, daba saltos en su asiento y lanzaba exclamaciones de asombro, de cólera o de burla. El mensaje presidencial era la causa de su nerviosidad.

–Suéltala, suéltala –le decía el capitán Juan Dozal con su carácter chancista– no se la coma que se le indigesta.

–Pues dice Porfirio Díaz que apoyará la NO REELECCIÓN y el SUFRAGIO EFECTIVO, lo que nosotros pedimos, lo que ambicionábamos... pero ya es tarde –añadió.

–Ya ve usted –continuaba dirigiéndose a mí– esto lo han conseguido los bandidos, los latro-facciosos, como nos quieran llamar. Y habían de darnos amnistía... si nosotros somos los que debemos darla.

Un prolongado silbido de la locomotora nos anunció la llegada a Bustillos, el cuartel general de las tropas revolucionarias, la residencia de don Francisco I. Madero y don Pascual Orozco.

UN CAMPAMENTO

Pascual Orozco me cedió el paso, en la portezuela del tren, y descendí el primero, abarcando con una mirada el espectáculo bien curioso que se desarrollaba allí.

A lo largo de la vía, formando grupos o aisladamente, estaban hasta mil quinientos o dos mil hombres, todos con el rifle al alcance de la mano, todos con los distintivos tricolores en el sombrero y en el pecho cargado también de medallitas con santos, imágenes en cartón. Tenían sus monturas, sarapes y ropas formando bultos, como si fueran a movilizarse en aquel momento, y siendo ya las seis de la tarde y la temperatura baja, habían encendido fogatas alrededor de las cuales se calentaban algunos.

Otros estaban tirados, durmiendo a pierna suelta, y muchas mujeres les hacían compañía, calentando los alimentos. Se escuchaban canciones típicas de la frontera, y una, la de los revolucionarios, con música fastidiosa, pero que se pegaba, cuya letra pude anotar, dice así:

*No quiero más Porfirio,
ni Reyes, ni Corral,
al que quiero es a Madero
en la silla presidencial.*

Terminaban esto y lo repetían sin cesar, por todos lados, en todos los tonos, hasta el cansancio.

Es el himno de la Revolución.

Más lejos distinguí un grandísimo corral, improvisado con trancas, en el que comían un sinnúmero de caballos, los de los revolucionarios. El movimiento era grande, como de un pueblo numeroso en día de feria, pero nadie daba un paso sin empuñar el Winchester o el Mausser. Todos con las cananas llenas de proyectiles.

Detalle curioso que observé, es el de que la mayoría de los revolucionarios son hombres de treinta y cinco años en adelante. Pocos jóvenes hay, y me lo explicaron, diciendo que la gente de estos rumbos, respeta mucho a los padres y que éstos dejan a los hijos el cuidado de sus terrenos y de la familia y se lanzan a la pelea. Hombres de más de cuarenta años se cuentan por centenares.

Aquel ejército nos vio descender del tren por curiosidad, pero sin hacer ningún movimiento, a pesar de que el jefe Pascual Orozco debía merecer algunos honores. Nada.

Un hombre se acercó a preguntarle si ocupaban los trenes, si tomaban provisiones, algo por el estilo, y Orozco, no queriendo ser indiscreto, pues estaba yo presente, contestó que al llegar a la hacienda le daría sus órdenes por teléfono.

Un hermoso mail-coach, de la propiedad de la hacienda, nos aguardaba, tirado por cuatro soberbias mulas de gran alzada, y a él subimos, ocupando los asientos delanteros Sommerfeld y Mr. Steep, y los traseros Pascual Orozco y yo.

González Garza y el capitán Dozal montaron briosos caballos, y colocados a ambos lados del carruaje, que partió a escape, levantando espesa polvareda.

Los dos capitanes del estado mayor de Orozco seguían al galope, y detrás en otro carruaje abierto, el resto de los hombres de la escolta del jefe, llevando las carabinas como en una parada militar.

Por el camino, un joven correctamente vestido y montado en buen caballo me saludó afectuosamente, y yo respondí, tratando de distinguirlo bien. Era un amigo mío, Arturo Alcocer a quien supuse agregado a la revolución, sabiendo más tarde que administraba una hacienda cercana a Bustillos.

Seguramente que él se quedó con la duda respecto al objeto de mi viaje y mi compañía con los jefes de la revolución.

Al llegar a las primeras casas de la hacienda, las casas de los trabajadores, vi en casi todas las puertas, grandes cantidades de carne puesta a secar, y muchas cabezas de borrego y pieles, suponiéndome que allí se hacía la matanza diaria para el abastecimiento de carne entre los revolucionarios.

Distinguimos la capilla de la hacienda, hermosa hasta llamar la atención, y poco después se detenía el coche en la puerta principal, que custodiaban ocho o diez hombres armados, pero sin colocación especial, sino simplemente como si descansaran a las puertas de su cuartel.

DON FRANCISCO I. MADERO

Apenas habíamos traspuesto el umbral de la hacienda, cuando hacia la izquierda apareció el “leader” antirreeleccionista don Francisco I.

Madero, a quien había conocido en México, a raíz de la fundación del periódico “México Nuevo”. Juan Sánchez Azcona, a cuyas órdenes trabajé en “El Diario”, me había presentado con Madero, y los múltiples retratos que vi más tarde hicieron que no olvidara su fisonomía.

Iba envuelto en un sarape de color gris, sacando el brazo izquierdo, lo que le daba a aquel abrigo un aspecto de túnica romana. El cuello se lo cubría con una bufanda corriente y cubría su cabeza un sombrero texano, de color gris también, con un desteñido listón tricolor. El barboquejo del sombrero caía por la nuca.

Nos detuvimos frente a frente. Yo experimentaba cierta emoción. Al fin había llegado hasta el “leader”, lo veía, estaba satisfecho.

Sommerfeld hizo las presentaciones:

–Mr. Steep, representante de la Prensa Asociada. El señor Ignacio Herrerías, de EL TIEMPO.

–Ya tenía el gusto de conocerlo –dijo el señor Madero–, sobre todo de nombre.

–Somos cuatro hermanos periodistas, señor, de modo que el nombre se ha dado a conocer un tanto.

–¿Traen ustedes equipajes? ¿Ya comieron? Que sirvan algo de comer –ordenó–. Estos señores deben de tener hambre.

–Por mi parte –dije– lo agradezco; traigo desde por la mañana un tremendo dolor de cabeza, y si como me pondré peor.

–Siento que no esté el doctor, pero en cuanto llegue lo curará. Todo esto pasaba en el mismo corredor, y nos rodeaba mucha gente atenta a cuanto decíamos, sin que Madero pareciera incomodarse por esta falta de respeto.

–¿A qué debo el honor de verlo por aquí? –me interrogó.

–Señor, soy enviado especial de EL TIEMPO en la campaña y he prometido de que entrevistaría a usted. Vengo a entrevistarle.

–¿Y el señor Steep?, ¿quiere lo mismo? –agregó en inglés.

–Sí, señor –contestó el interpelado en el mismo idioma.

La verdad es que la pregunta y respuesta anteriores las adiviné, porque no entiendo jota de inglés.

–Pues si usted me lo permite, señor Herrerías, voy a hablar con el señor, que supongo será breve, y antes de quince minutos quedará a su disposición. Esto lo hago porque con usted quiero hablar largamente y quedaremos más tranquilos.

–Como usted lo disponga.

En ese momento, Sommerfeld se acercó con su cámara fotográfica y tomó una momentánea de Madero hablando conmigo. Steep a su vez hizo lo mismo, viniendo a colocarse junto a nosotros para que de los tres hiciera Sommerfeld un grupo. Más de quince fotografías se tomaron, pero ninguna película resultó buena. Decididamente Sommerfeld y Steep no nacieron para fotógrafos.

—*El Imparcial* ha dicho que no es cierto que esté yo herido —me dijo el señor Madero— pues vea usted —y desenvolviéndose el sarape, con la mano izquierda se levantó la manga del saco, mostrándome el antebrazo. Efectivamente, vi las cicatrices que dejó la herida. El proyectil atravesó de parte a parte, sin fracturar el hueso, pero inmovilizando un tanto la mano por haber lesionado algún nervio.

—¿En qué acción recibió usted esa herida? —pregunté.

—En la de Casas Grandes. Me abrigo con este sarape porque el frío me produce un dolor agudo en el brazo. Además, me contraría mucho por no poder escribir. Pase usted —agregó dirigiéndose a Steep—, hablaremos mientras comen ustedes. Vengan al comedor.

EN LA MESA

Pasamos a un grande y elegante comedor, en cuya mesa estaban ya comiendo el capitán Cárcamo y otros dos individuos, con la mayor confianza.

Madero ocupó la cabecera de la mesa. Sommerfeld su derecha, yo a su izquierda; a mi izquierda Pascual Orozco y en seguida Steep.

Me suplicó Madero que le leyera el mensaje presidencial y le di lectura, estando todos muy pendientes. De cuando en cuando, el “leader” reía a carcajadas, y cabe decir aquí que de continuo sonrío de buena gana. Su carácter es verdaderamente infantil, y parece mentira que un hombre así, haya podido tener la energía suficiente para llevar a cabo una campaña política y un levantamiento armado.

Trató con mucho cariño a Orozco, elogiándolo cada vez que a mano venía, y cuando alguien se acercaba a pedirle órdenes o cosa por el estilo, contestaba que “lo que disponga el coronel”.

Al lado de Madero, entre él y Sommerfeld, pero un poco atrás, tomó asiento un individuo de color moreno, de cabello blanco, rasurado, con aspecto de sacerdote, como de cincuenta años. Llevaba cruzada al pecho una canana, como todos los demás, y un lazo tricolor en el pecho.

–Es don Pascual Orozco padre –me dijeron señalándolo, y me presentaron con él.

–Pero, ¿no había usted muerto? –dije en son de broma.

–Eso dijeron, pero ya ve usted que no.

–Efectivamente. Y, ¿qué dio origen a esa versión?

–Lo ignoramos, tal vez porque me hirieron un caballo en Casas Grandes.

–¿Pelea junto con su hijo?

–A veces juntos y otras separados.

–Y tan valiente es el padre como el hijo –interrumpió Madero.

–¿Tiene usted mamá? –pregunté a Pascual Orozco hijo.

–Sí, señor.

–Debe estar sufriendo mucho por ustedes. Estará asustada.

–¿Ella? –dijo admirado–. ¿Y cómo?, ella fue quien me alentó a entrar en esto.

–Pues nos habíamos puesto de acuerdo más de treinta en Ciudad Guerrero para levantarnos en armas, y ya a última hora muchos de ellos comenzaron a irse para atrás. Mi mamá lo supo, me llamó y me dijo: “Cuidado como tú haces lo mismo que esos sinvergüenzas. Tú cumples tu palabra o no vuelves a decir que soy tu madre”.

–¡Sorprendente! Debe usted quererla mucho.

–¡Y cómo no!

Esta anécdota es rigurosamente cierta, y seguramente pocos son los que la conocen. Orozco me dijo que a nadie le había contado esto antes que a mí, porque no le daba importancia y porque nadie le había preguntado eso.

Pasará a la historia ese rasgo supremo de una mujer chihuahuense, humilde y abnegada, que no vaciló en sacrificar a su esposo y a su hijo en aras de un ideal patriótico.

Steep y Madero comenzaron a hablar. Steep tomaba apuntes y cuando terminó la comida, compuesta de sopa aguada, carne y frijoles, nos levantamos todos, encaminándonos al primer patio del edificio.

LA ENTREVISTA

Don Francisco I. Madero se despojó del sarape en que se envolvía, se descubrió dejando ver su cabeza un tanto calva y pelo lacio, y me invitó a pasar a la pieza que le servía de recámara, ofreciéndome una

silla que a duras penas levantó con la mano izquierda.

Previne el carnet y quedé perplejo, comprendiendo que había sido un torpe en no fraguar desde antes las preguntas que debía de hacerle. La costumbre de hablar con personajes me sirvió del apuro, y cuando Madero, ya resuelto a contestarme cuanto le preguntara, dijo:

—Comience usted a preguntarme y hable.

—Señor Madero: voy hacer a usted diversas preguntas, todas interesantes, pero como no quiero que mañana o pasado diga usted que falseé sus respuestas o como pudiera interpretarlas mal, he de estimarle me dicte sus contestaciones. Usted ha sido periodista y sabe cómo se escriben ciertas cosas y cómo se pasa por otras como sobre ascuas. EL TIEMPO es un periódico independiente, pero no todo lo puede decir.

—Conforme, pregunte usted.

Herrerías. —¿Qué opina usted de las gestiones hechas a favor de la paz por el señor Limantour?

Madero. —Me parecen patrióticas y desearía tuvieran buen éxito, pero para eso se requiere que el general Díaz se resuelva no sólo a sacrificar a sus ministros y a sus amigos, sino hacer un pequeño sacrificio personal, como sería ir a descansar los últimos años de su vida.

Herrerías. —¿Qué opinión tiene usted del nuevo gabinete?

Madero. —Creo que traen nuevas energías, desplegarán mayor actividad y reportarán el bien que siempre trae un cambio, pero éste no puede considerarse como radical ni el bien que hagan será grande, porque ninguno de los nuevos ministros, tienen una personalidad bastante fuerte para imponer un cambio serio en la política. La personalidad dominante será Limantour, que tendrá mucha mayor influencia que en el gabinete pasado, en donde era algo contrarrestada por Corral y Molina. Sin embargo, Limantour tropezará siempre con la personalidad del general Díaz, que le impedirá desarrollar su programa de reformas.

Herrerías. —¿Qué opina usted del mensaje presidencial?

Madero. —El general Díaz ofrece en su nuevo mensaje, mucho menos de lo que ofreció en el plan de Palo Blanco, de Tuxtepec, y en la entrevista Creelman. La nación ya no quiere promesas: quiere hechos.

Herrerías. —¿El padre de usted está autorizado para entablar negociaciones de paz?

Madero. —Cuando salí de los Estados Unidos y me interné en el país, no se había hablado de negociaciones, por cuyo motivo no he

nombrado comisionados para el efecto. A pesar de esto, es muy probable que mi padre y correligionarios en Estados Unidos, con el patriótico deseo de que termine pronto esta guerra, hayan aprovechado la primera oportunidad para tratar de preliminares de paz. Yo apruebo cualquier esfuerzo que se haga en ese sentido, por juzgarlo patriótico. Tal como están las cosas es indudable que si llegara el caso de nombrar comisionados para negociaciones de paz, uno de los que yo designaría sería mi padre.

Herrerías.— ¿Cuáles serían las condiciones de paz?

Madero.— Que se retirara el general Díaz; que se nombrara un Presidente provisional aunque fuera miembro de la misma administración del general Díaz; que se permitiera a nuestros partidos nombrar algunos Gobernadores y que se convocara a nuevas elecciones.

Estas condiciones son en el estado actual de la guerra, pues si se prolonga más, entonces será preferible terminarla, a fin de implantar todas las reformas contenidas en mi programa de Gobierno y en el plan de San Luis Potosí.

Herrerías.— ¿Cree usted que los que han tomado las armas en su favor aceptarían las condiciones que usted acordara con el gobierno?

Madero.— Como los que se han levantando en armas son los principales perjudicados con la continuación de la guerra, y sólo los mueve a seguirla un sentimiento patriótico, se consideran felices en deponer las armas, cuando están convencidos de que se ha logrado el fin que perseguían.

Herrerías.— ¿Cree usted posible una intervención americana?

Madero.— Desde que escribí mi libro “La Sucesión Presidencial” emití mi opinión, y los actuales acontecimientos no han venido sino a demostrar que tenía yo razón al creer que el gobierno de los Estados Unidos no intervendría en México en el caso de una revolución.

Herrerías.— ¿Cómo trataría usted a sus enemigos políticos al triunfar la revolución?

Madero.— Las opiniones políticas de mis adversarios no serían motivo para que se les perjudicara en lo más mínimo, los que tendrán que temer el triunfo de la revolución serán los que manden fusilar o fusilen a los prisioneros de guerra que nos hagan; y los que se hayan aprovechado de sus puestos públicos para defraudar al Erario Nacional o para despojar de sus propiedades a numerosas congregaciones, municipios y pequeños propietarios en su mayoría indígenas, pues

conforme al Plan de San Luis Potosí, haré que se restituya a sus legítimos dueños o bien que se les indemnice.

Herrerías.– ¿Tiene usted la seguridad absoluta del triunfo?

Madero.– Sí, porque el principal factor que es la opinión pública, es unánime a nuestro favor, y porque he logrado reunir tal número de fuerzas que ni siquiera intentan ya atacarnos. Prácticamente las fuerzas federales están a la defensiva.

Hasta aquí la entrevista escrita, leída y perfectamente revisada por Madero, quien dio su conformidad. Después tuve con él una larga plática, de la que me ocuparé más adelante; hice observaciones, abarqué detalles con el método observador del periodista, y manifesté al mismo señor Madero que “adornaría” la tantas veces repetida entrevista, aumentándola con mis impresiones.

–Puede usted hacerlo y lo autorizo hasta para que me ridiculice si le he parecido ridículo. No quiero que guarde usted secreto de nada de lo que vio o lo que oyó; lo que no me conviene que se sepa, no lo he dicho ni he dejado que usted lo vea. Nada es secreto, excepción de las maniobras y el número exacto de nuestro ejército. Puedo decir a usted –añadió– que no estamos tan mal en cuestión de armamento y parque, y en cuanto al ánimo de la tropa, ya lo habrá usted observado.

Cabe decir aquí que, durante el interrogatorio se colocaron en la pieza donde hablábamos, varias ocasiones, dos o tres revolucionarios, y sin ceremonia exponían quejas:

–Señor, vengo a decirle que éste me ha cambiado mi caballo.

–Señor, fulano me quiere quitar mi cobija.

–A ver si le dice a don Pascual que nos den más harina, porque ya se acabó la que teníamos, etc., etc.

A cada uno le contestaba el “leader”, procurando conciliar las cosas, y sin molestarse en lo más mínimo por las interrupciones. Sólo me daba disculpas por entretenerme más.

HABLANDO CON MADERO

El señor Madero y yo, después de escribir la entrevista, de corregirla en uno que otro punto, comenzamos a charlar, teniendo él la discreción de no preguntarme nada referente a la situación en Chihuahua, pues bien comprendió que me ponían en el caso de callar. En cambio, tenía el convencimiento de que yo guardaría silencio sobre aquello

que pudiera dañarle, por más que, repito, insistió en que nada era secreto.

–Hemos sabido –dijo– que en Tacubaya se descubrió un complot, entre los jefes y oficiales de un regimiento de artillería, partidarios nuestros, que fueron pasados por las armas más de quince.

–Lo ignoro. Algo han dicho los periódicos, pero ni creo que los oficiales hayan tenido participación, ni creo tampoco que hayan sido fusilados. Sé que algunos estudiantes están presos, pero nada más.

–¡Qué lástima! –dijo con sentimiento–. ¡Cuán favorable nos hubiera sido eso! ¿Qué se dice de cien soldados federales que vienen a unírseños? Yo sé que salieron de Chihuahua.

–También lo ignoro. Sólo sé que llega más artillería y que usted también tiene un carro de cañones en la estación Gallego.

Madero sonrió con malicia y dijo:

–La verdad es que no estamos mal... ya verá usted.

–Dígame usted, señor: en el caso de triunfar la revolución, ¿el general Bernardo Reyes formaría parte de su Gabinete?

–¡Jamás! Entonces sería peor la tiranía. Ninguno de nosotros es partidario de Reyes.

–¿Juan Sánchez Azcona obtendría un ministerio?

–Indudablemente. Juan es uno de los más inteligentes hombres del partido.

–¿Tiene usted miedo de morir en un encuentro con los federales?

–pregunté de improviso.

–Absolutamente. Nunca, ni estando en los Estados Unidos me sentí tan seguro como me siento desde que entré en la República. Aún allá, pensé que estaba expuesto, pero aquí nada temo.

–¿Qué opina usted del coronel Ahumada como gobernante?

–Que es un hombre de buenas intenciones, honrado y popular en Chihuahua. Bajo su gobierno nunca habría habido descontentos. Entre nosotros tiene incontables partidarios, pero es porfirista hasta la médula.

–¿Obtendría un puesto importante al triunfo de la revolución?

–Si él quisiera... pero lo dudo.

–¿Cree usted que don Ramón Corral haya sido culpable de lo que está sucediendo?

–No, señor, Corral es una víctima del general Díaz, es un capricho de él. Además, los últimos tiempos ha estado muy enfermo y por lo tanto ha sido menos dueño de su voluntad.

–¿Vive, la señora madre de usted?

–Sí, señor. Por cierto que acabo de recibir una carta suya llena de valentía. Es una carta alentadora. La llevo aquí, en la bolsa, porque me ha conmovido.

–¿Aprueba el que se haya lanzado usted a la revolución?

–Al principio tuve que luchar mucho con ella para que permitiera que me lanzara a la campaña política, pero después se ha conformado, lo mismo que mi padre.

–¿Qué me dice usted de Flores Magón?

–Flores Magón, desde hace mucho tiempo estando yo en México, me escribió invitándome a levantarme en armas contra el gobierno, pero yo le contesté una carta muy razonable diciéndole que no era el momento propicio, que había necesidad de preparar el terreno; que yo le prepararía y entonces nos pondríamos de acuerdo. Desgraciadamente Flores Magón se nos ha separado, caminamos desunidos.

–Ha injuriado a usted, ¿verdad?

–Pues... sin razón, en fin, dejemos eso...

Se notará el poco orden que había en mis preguntas, porque quería aprovechar el tiempo y las hacía conforme se me iban ocurriendo.

–Garibaldi, ¿es efectivamente nieto del gran Garibaldi?

–Lo es; puede usted garantizarlo.

–¿Recibe sueldo?

–Ni sueldo ni promesas. Está con nosotros, como varios americanos, por simpatía a la causa. Ninguno de los extranjeros que vienen con nosotros, es mercenario. Y no sólo de los extranjeros digo esto: también de nuestros paisanos. Nadie cobra sueldo. Reciben alimentos ellos y sus familias, pero ni un centavo en efectivo. Una vez quise asignar a mis soldados un peso diario y protestaron indignados. “¡Pelemos por la patria no por dinero!”, me dijeron.

–Es extraño...

–Extraño pero cierto, pregúnteles usted.

–El doctor Wilson, americano, ¿también viene por simpatía a la causa?

–También, y debe usted saber que entra al campo de batalla a recoger heridos en lo más reñido del combate, sin miedo a las balas; y que en Casas Grandes lo iban a fusilar y escapó, viniendo a reunirse con nosotros después de pasar muchas penalidades.

Entró el capitán Cárcamo, trayendo unos papeles en la mano.

–Hay que descifrar estos mensajes.

–Pues usted debe tener la clave.

–No es la que yo tengo la que se necesita.

–Aguarde usted, voy a buscar la mía.

Metió mano a los bolsillos y por fin encontró un papel, cuidadosamente doblado, entregándolo al capitán, que se marchó enseguida.

–¿Qué tiempo se quedará usted con nosotros, señor Herrerías?

–Pues, señor, tan pronto como haya un tren para regresar, lo haré.

–¿Cómo? ¿Tan pronto? Pues en tal caso tendría usted que regresarse hoy mismo. Mañana necesito las máquinas y sería imposible llevar a usted a San Andrés. Quédese usted con nosotros unos días. Estará contento, y si hay combates lo pondremos en lugar seguro.

–No, señor; si hubiera combate, no tomaré las armas, pero estaré muy cerca. Doy a usted mi palabra de que no tendré miedo.

Se rió, llevándolo a la broma.

–Hombre –decía–, cómo siento que se vaya usted tan pronto. ¡Cómo hubiera estado contento teniéndolo de huésped unos días! ¡Pero qué se ha de hacer! Primero son las obligaciones.

Llamó al capitán Dozal, ordenándole que diera las disposiciones necesarias a efecto de que encendieran una locomotora para llevarme a San Andrés, dejándome encargado a las tropas de Francisco Villa, hasta que otro tren, que se pediría por telégrafo a Chihuahua, fuera a recogerme. Eran las nueve y media de la noche.

–¿Por qué ordenó usted a su gente que quemara puentes y destruyera líneas telegráficas? Con franqueza debo decirle que tal cosa es censurada hasta por sus mismos simpatizadores.

–Porque es necesario. Es indispensable cortar el paso a las fuerzas federales y todas las vías que vienen al Norte me perjudican. La revolución no debe andar con contemplaciones.

Orozco entró, y yo le supliqué me extendiera un pase a fin de atravesar sin peligro por entre los cuerpos rebeldes.

Se sentó en una mesita de noche y con lápiz sobre un pliego de papel de cartas corriente, escribió lo que sigue: “El señor Ignacio Herrerías, Corresponsal de EL TIEMPO, pasará a Chihuahua y otros puntos recogiendo detalles de la actual revolución para su periódico. Recomiendo a todos mis correligionarios no interrumpir su marcha. Sufragio efectivo. No reelección. Bustillos, 4, 6, 911. *Pascual Orozco, Rúbrica*”.

Le dije que pensaba ir por El Paso y Durango más tarde, y por eso manifestó que pasaba yo a Chihuahua y otros puntos.

Me entregó el documento, que conservo cuidadosamente.

Al recibirlo, Madero me dijo:

–Rómpalo usted al llegar a Chihuahua, porque si se lo hallan los federales lo fusilan.

–El que iba yo a romper –respondí– es el del gobierno, porque me aseguraron que al encontrármelo ustedes encima, era hombre muerto.

–Ya está el coche listo –dijo un revolucionario.

–¿Nos vamos? –pregunté a Steep.

–Yes.

–¿Quién va a acompañar a estos hombres?

–Quien usted ordene –respondieron a una voz tres de los cabecillas.

–Pues vayan usted, capital Dozal, el capitán Cárcamo...

–Iré yo con ellos –interrumpió Pascual Orozco.

–No, coronel: a usted lo necesito aquí. Que vaya también el señor

–dijo, señalando a un joven de apellido Ríos o del Río.

Steep y yo nos pusimos nuestros abrigos, recogimos los papeles con anotaciones y listos para salir, nos despedimos.

Madero se quitó el sarape y levantando la mano derecha me dijo:

–Voy a ensayar darle la mano, pero no me apriete usted. Es la primera vez que estrecho una mano después de estar herido.

Me abrazó después y Orozco hizo lo mismo. Yo estaba un tanto emocionado.

Me figuré que aquellos dos hombres estaban a orillas del sepulcro, que jamás volvería a verlos.

A la puerta estaba el mismo coche que nos trajo. Subimos a él y partió, en medio de la oscuridad de la noche.

A las diez y media, estábamos en el campamento. Todos dormían a campo raso.

Dozal y sus compañeros, seguidos de nosotros, fueron a la estación a dar las órdenes para que se alistara la máquina, teniendo que buscar a los maquinistas, fogoneros y conductores en los trenes, hasta hallarlos después de un gran rato. De mala gana se levantaron y media hora después, la locomotora estaba lista.

Subimos a un carro de primera clase, y el pequeño convoy partió rumbo a San Andrés.

Steep se recostó lo mejor que pudo, cubriéndose con un sarape que le prestara antes de salir de la hacienda el capitán González Garza, y yo me senté al lado del capitán Dozal, teniendo enfrente a los capitanes Del Río y Cárcamo, que venían muy silenciosos.

Dozal, como he dicho antes, es un hombre simpático, un ranchero alegre y sencillo, un combatiente feroz cuando llega el caso y un enamorado de la revolución.

Su mayor placer es “trabajar”, como él dice a combatir. Su delirio es “echar moquetes”, según le llaman a los balazos. Me hizo reír hasta el cansancio contándome, en lenguaje pintoresco, algunas hazañas, ciertos episodios de la campaña.

—¿Estuvo usted en Mal Paso? —le pregunté.

—Sí, señor, y trabajamos de lo lindo. ¡Ah, cómo llovieron treinta, treinta! ¡Cómo hubo moquetes! ¡Daba gusto verlo! ¡Diablos de pelones! Cada vez que hacían un movimiento y dejaban ver las caramañolas, ¡ah, qué buenos blancos hacíamos! ¡No jerrábamos ni uno! ¡Los mochos abrían los brazos, hacían equis y caían! ¡Ja, ja, ja!

Los revolucionarios llaman a los federales “pelones” y “mochos”. Lo primero porque llevan el pelo cortado a rape, lo segundo por la falta de ala en los kepíes.

—Y, ¿qué tal miedo le tienen ustedes a las ametralladoras?

—¿Miedo? No, señor. Si nomás las oíamos chillar y todo el mundo se está quieto, de panza. Apenas se callan, duro con los moquetes.

—¿Pelean ustedes a caballo?

—A caballo, y a pie, lo mismo da. Por fortuna conocemos bien los treinta, treinta.

Esto de treinta, treinta, se refiere a los rifles de tal calibre.

—Dígame, señor Dozal, ¿usted vio los fusilamientos en Ciudad Guerrero?

—¡Cómo no! Si nosotros los ordenamos.

—Y, ¿por qué causa?

—Pues porque era necesario, para el éxito de la revolución.

—¿Murieron con valor aquellos hombres? ¿El juez Norman estuvo valiente?

—¡Qué valiente, al revés daba coraje ver aquella gente tan cobarde! ¡Y tanto mal que habían hecho, válgame Dios!

—¿Todos estuvieron cobardes?

—Hubo uno que otro que se manejó bien.

–¿Ustedes iban a fusilar a un agente de máquinas de coser llamado Pascual Mier?

–No, señor; lo metimos a la cárcel por tener la lengua muy larga, y le advertí que si seguía hablando lo tronaba.

–Pues yo sé que hasta le formaron cuadro.

–Qué cuadro ni qué cuadro. Si apenas lo detuvimos se puso a llorar diciendo que no lo volvería a hacer.

Yo creo que Dozal exageraba un tanto, porque conozco a Mier y sé que no había de llorar porque sí. Quizás se acordó en esos momentos de algo que le produjo sentimiento, y derramó unas lágrimas.

–¿En dónde va usted a dejarnos?

–En San Andrés. Allí pueden dormir un rato en la estación y después, a las cinco de la mañana, vendrá un tren de Santa Isabel a recogerlos –se echó a reír. Por supuesto, dijo– que a ustedes les ha de caer muy mal una noche de éstas. Como no están acostumbrados. ¿Qué dirán de nosotros que muchas veces no pegamos los ojos y tenemos que dar muchos moquetes?

–La verdad es que no tengo placer –dijo– pero basta con venir en compañía de ustedes para que lamente menos la mala noche.

La locomotora silbó mucho, muy largamente.

–Chilla, chilla para despertarlos –dijo Dozal como si hablara con la máquina.

Ésta se detuvo.

En las sombras de la noche, haciendo un esfuerzo, distinguí muchos hombres a caballo.

–“On tá” el viejo Villa –preguntó Dozal a un revolucionario.

–En el pueblo.

–Pues...

Dozal estuvo hablando en voz baja, y aquel hombre partió a galope, regresando pocos minutos después.

Dozal se acercó y me dijo:

–Pueden dormir aquí, en el carro. Yo voy un rato con el viejo Villa. Que se queden ahí Cárcamo y Del Río.

UNA NOCHE ENTRE REVOLUCIONARIOS

Cuando Dozal se apeó del tren, yo abrí una de las ventanillas y me asomé para ver el camino que seguía. Pude observar que hablaba en

voz baja con dos o tres revolucionarios, y que éstos, a su vez, cuchicheaban con otros, los cuales, haciendo evoluciones en sus caballos, rodearon el tren en que yo me hallaba, quedando silenciosos poco después.

Steep se había dormido, lo mismo que los conductores del tren. Yo entablé conversación con el capitán Cárcamo, quien, haciéndose de confianza, me relató sus aventuras.

Era capitán de artillería, comisionado en la Escuela de Tiro de México cuando comenzó la campaña maderista, con la que simpatizó grandemente, haciéndose un admirador incondicional de Madero y de sus ideas. No conforme con pertenecer él al partido, empezó a buscar adeptos, haciendo activa propaganda entre sus compañeros de cuartel.

Halló a varios bien dispuestos, y concibió el atrevido plan de apoderarse de la Escuela de Tiro, por sorpresa, y bombardear después la ciudad de México, desde San Lázaro, a efecto de producir pánico y hacer que se levantaran contra el gobierno todos los cuerpos de la guarnición.

Habían señalado ya la fecha, cuando recibió orden de la Secretaría de Guerra para ir a Chihuahua a incorporarse con las fuerzas que combatían contra los revolucionarios. Llegó y anduvo con una columna, la de Rábago, si mal no recuerdo, pero como se descubriera que seguía haciendo activa propaganda al maderismo, se le arrestó sabiendo pocos días después, que iba a ser conducido a México para que allí se le juzgara.

Entonces decidió fugarse y puso en práctica su idea, escalando los muros del Cuartel del 12º. Batallón y marchando a pie hasta reunirse con los primeros revolucionarios que halló en su camino, quienes lo condujeron a la presencia de Madero.

Cárcamo había pertenecido antes a la Comisión Geográfica Exploradora, y le tocó medir precisamente al Estado de Chihuahua, de modo que conoce al dedillo la región y ha servido mucho a las fuerzas de Madero para ciertos movimientos estratégicos. El “leader” lo estima bastante, le tiene confianza y lo trata con todo género de consideraciones.

Él es quien instruye de cuando en cuando a los revolucionarios, enseñándolos a obedecer un silbato, por considerarlo en campaña mejor que las cornetas, y sólo se queja de la falta de disciplina y de

orden entre los hombres aquellos, creyendo que pasará mucho tiempo antes de que puedan conocer los movimientos más esenciales.

Como sabe que si cae en manos de los federales, será pasado por las armas sin formación de causa, por delito de deserción en campaña pasándose al enemigo, no tiene más remedio que pelear hasta vencer o morir, pero él asegura que de todas maneras estaría con los revolucionarios, por sus grandes simpatías para la causa.

De Cárcamo, dicen varios jefes de militares que era un oficial de los más inteligentes y que es una lástima que haya cambiado de bandera. Fue secretario del coronel Trucy Aubert, hoy brigadier, y éste lo tenía en grande estima.

El sueño lo rindió y quedóse dormido, lo mismo que Del Río, siendo yo, por lo tanto, el único que permanecía despierto. Mi preocupación era grande.

Tanto se me había dicho de lo sanguinarios que eran estos hombres, de las injusticias que cometían, etc., que llegué a tener la seguridad de lo que iba a pasar. Seguramente Dozal traía orden de Madero para fusilarme, para no dejarnos pasar de aquel punto. Él no había querido hacerlo en Bustillos, por un exceso de galantería.

Corrí la persiana para que no me vieran los que custodiaban el tren, pero luego la descorrí, visiblemente enojado. –No, me decía– es preferible que puedan apuntarme bien con la ventanilla abierta. Así un tiro me dejará muerto sin hacerme sufrir. De otro modo, tendrán que taparme para hacer la descarga o habrán de darme una puñalada. Tonto de mí.

Aquellos hombres que no habían tenido sino galanterías para mí no podían ser tan pérfidos, como no lo fueron. Las precauciones, al contrario, eran para cuidarme, para que no pudiera ser molestado.

Pero yo no dormí ni un momento, y sólo estuve enteramente tranquilo cuando despuntó el día y la luz inundó el interior del tren.

Dozal llegó, muy desvelado, y dio orden de que el tren se pusiera en marcha, para dejarnos en el lugar del choque, tres kilómetros más adelante.

Allí nos apeamos. Dozal me pidió que le pusiera mi firma en un libro de apuntes que sacó del bolsillo, y cuando se lo entregué, me obsequió un libro: “El hombre invisible”, de Wells, con una dedicatoria que dice: “Al periodista D. Ignacio Herrerías, durante la revolución. San Andrés, Abril 7 de 1911. Juan Dozal”.

Nos habíamos acercado al montón de escombros producido por el descarrilamiento, y allí me abrazó, lo mismo que Cárcamo y Del Río, a quienes manifesté mi agradecimiento por sus atenciones, prometiéndoles volver alguna vez en calidad de periodista, para presenciar uno de los combates.

Ellos subieron nuevamente al tren, que partió, metiéndose en el túnel, mientras Steep y yo quedábamos abandonados en el cañón desierto, con la sola esperanza de que un tren iba a llegar, sabe Dios cuándo, para recogernos.

Poco fue lo que duró nuestra impaciencia, porque a la media hora escuchamos el ruido de una locomotora, y poco después apareció, deteniéndose junto a los carros incendiados.

El señor Dewey, superintendente del Ferrocarril del Noroeste, venía a bordo, y fue tan amable que dispuso regresara la máquina con nosotros hasta Santa Isabel, al propio tiempo que telegrafaba a Chihuahua, ordenando saliera otro tren a recogernos en Santa Isabel, para conducirnos al punto de nuestro destino.

A las once de la mañana del día siete, llegábamos a Chihuahua, en medio de la curiosidad de muchas personas que se hallaban en la Estación y que vieron descender sólo a dos pasajeros, con aspecto de desvelados, con abrigos y sarapes, como si vinieran del corazón de la sierra.

La mayor parte de los amigos y conocidos que tenía y tengo en Chihuahua, población que fue mi residencia durante ocho o diez meses en épocas anteriores, aunque no muy lejanas, se enteraron de mi viaje y de mi entrevista con don Francisco I. Madero, y a mi regreso, cuando recorría las calles, no hallaba sino rostros alegres, caras risueñas y brazos abiertos, dispuestos a estrecharme en efusiva felicitación.

–Lo felicito, amigo Herrerías –me decía uno apretándome la mano hasta hacerme gesticular.

–Venga esa mano –agregaba otro– la mano que estrechó la de don Pancho.

–¡Qué hombre!, ¿verdad, Herrerías? –exclamaba un tercero.

–¿Es cierto que Madero es muy chato? –me interrogó una señora, maderista hasta la médula.

–Es chato, pero las huele –respondí aprovechando una frase populachera.

Y la señora rió con estrépito, celebrando lo que consideraba mi agudeza. –Todo lo que está pasando es por no haberse retirado don Porfirio a tiempo –clamaba el dueño de una sastrería céntrica–. Ahora se verá lo que somos los chihuahuenses.

–Ése no es chihuahuense –me susurró al oído un conocido ensayador minero que oyó las frases anteriores–, ése es francés el catorce de julio, americano el cuatro, mexicano el dieciséis de septiembre e italiano el veinte.

–Pero, señores –me atreví a decir–, yo estuve aquí cuando la visita del general Díaz y presencié el recibimiento de ustedes, de los chihuahuenses. Escuché las ovaciones que le prodigaron, me ensordecieron los aplausos y los vivas.

–Bueno –respondió uno del grupo–, eso lo hicimos por el deber de hospitalidad.

–Así se explica...

–Me alegro que se haya usted pegado chasco –dijo como reconviéndome un socio del casino chihuahuense–. Pensaba usted que iba a tratar con bandidos, y ya ve cómo lo trataron.

–Efectivamente, yo estoy muy agradecido; yo no merecía tales consideraciones.

–Pues así son con todo el mundo. Éstos son revolucionarios, no son facinerosos como han dicho algunos periódicos, sobre todo “El Imparcial”.

–Es la verdad. Y seré el primero en hacerlo constar así.

–Yo –me dijo confidencialmente un relojero– simpatizo con los revolucionarios; me iría con ellos, pero la verdad, como no sé si triunfarán, mejor no me meto. Si supiera que estaban ganando, ya estaría allí.

¡Cuántos hay como éste, por desgracia! ¡Cuántos esperarán a última hora, cuando el triunfo esté decidido, para alistarse en las filas de los revolucionarios! ¡Y cuántos se arrepentirán ahora de no haberse inscrito a tiempo, para lograr el favor más tarde!

Entra en mis observaciones el hecho de haber aumentado más que considerablemente, el número de revolucionarios ahora que ya se sabe lo poco que se expone el pellejo.

Y he podido comprobar que muchos jefes Políticos o Presidentes Municipales, odiados en sus departamentos y expuestos a sufrir el castigo a que se han hecho acreedores, no tuvieron más salvación

que declararse cabecillas, levantándose en armas contra el gobierno, de quien han recibido el pan durante muchos años. Éstos son más cobardes que los que huyeron de las poblaciones donde eran caciques, dejándolas abandonadas.

Más tarde, los revolucionarios de corazón; los que expusieron su vida y sus intereses en aras de un ideal noble, sabrán eliminar a estos falsos apóstoles, vergüenza de la patria.

Pero en lo general, cuando menos en Chihuahua, Durango y Coahuila, todos son revolucionarios, todos son maderistas.

La dama aristocrática que apenas se digna responder a un saludo, sombrero en mano y genuflexión exagerada, llega a su casa y habla mal del general Díaz y del gobierno, elogiando la valentía de Madero y la heroicidad de los hermanos Portillo, que murieron batiéndose cuerpo a cuerpo con los federales; las muchachas de la clase media, en los pueblos terminan con los novios que han permanecido impasibles durante la revolución, sin tomar las armas, sin hacerse “pronunciados”, y tapizan de flores las calles por donde han de desfilar más tarde las huestes de José de la Luz Blanco o de José Portillo.

El banquero, el industrial, el agricultor, el artesano y hasta el mendigo, son revolucionarios o partidarios de la revolución, y nada les importa a los primeros que les exijan préstamos o que los plagien, si se ponen pesados, ni a los últimos que la miseria se acentúe, si saben que la revolución sigue progresando.

Pasan los revolucionarios por un pueblo miserable, y de todas partes salen las mujeres, los ancianos y los hombres a ofrecerles gratuitamente tortillas, huevos y aguardiente.

Pasan los soldados, después de largas jornadas, sedientos, con hambre, llevando en la mano algunas monedas de plata y no hay quién les venda una sola tortilla.

–La revolución no puede andar con contemplaciones –me dijo don Francisco Madero cuando lo entrevisté, y tuvo razón. La guerra es salvaje; pero así deber ser la guerra.

Y es curioso que la mayoría de los extranjeros está de acuerdo con los revolucionarios, simpatiza grandemente con ellos, admira su valor y les daría auxilio en caso necesario, solapadamente como es natural, a pesar de que el gobierno se ha cansado de dispensarles consideraciones. La revolución, a no dudarlo, se hizo dueña de la opinión pública.

Tres bandidos asaltaron un tren de Santa Eulalia, robándose ocho mil pesos que llevaba para la raya de una negociación minera americana, y todos los extranjeros de Chihuahua manifestaron que se trataba de ladrones vulgares y no de revolucionarios. Los revolucionarios no asesinan ni roban –dijeron.

Algunas personas a quienes relaté los principales incidentes de mi viaje, mis impresiones sobre Madero y sobre los revolucionarios en general, me desafiaron a que las publicara.

–Ni usted ni su periódico se atreven –decían unos como para comprometerme.

–Lo meten a la cárcel –sentenciaban otros.

–Pero, señores –respondí–, nadie puede impedir la publicación de estos detalles, porque a nadie perjudican. Son la verdad de lo que se ve en el campo revolucionario, ni EL TIEMPO ni yo cometemos ningún delito si los damos a la estampa: crean ustedes que se publicarán.

Ninguno me creyó, y entiendo que el mismo señor Madero y sus capitanes se quedaron con la creencia de que nuestra amplísima conversación permanecería inédita mucho tiempo.

–¿Cree usted –me preguntaron– que Madero sea un ambicioso?

–No lo creo. Y no sólo no lo creo, sino que tengo la seguridad de que obra sólo por cariño a la patria. Sabe que es muy popular en toda la República; no ignora que en el caso de unas elecciones enteramente legales, su exaltación a la primera magistratura sería casi segura, pero todo su esfuerzo tiende a implantar un nuevo régimen, a desarrollar ampliamente su programa.

–¿Y Orozco?

–Orozco, a mi entender, volverá a sus habituales labores cuando termine la revolución. Seguirá en la sierra, trabajando humildemente, como antes, porque no sueña con ningún puesto ni los aceptaría, a menos que se le obligara.

–¿Es simpático?

–Notablemente. Hermoso tipo de virilidad, enérgico y valiente, no conoce la vanidad ni cree que lo que ha hecho vale la pena. Juzga que ha cumplido con su deber, y está contento con demostrar a su madre, que cumplió su palabra de levantarse en armas contra el gobierno.

–¿Es general?

–En las filas revolucionarias no hay generales; el grado más alto es el de coronel, y son pocos los que lo tienen.

–Orozco, ¿es hombre instruido y de talento?

–Instrucción, a mi entender –respondí– tiene muy poca, y en cuanto al talento, sepa usted que tiene el talento de ser callado, de manera que es muy difícil juzgarlo, a menos que se trate largamente.

–¿Quiere a Madero?

–Lo quiere y lo respeta. Siempre está dispuesto a acatar sus órdenes.

–¿Madero le dice: coronel o don Pascual; y Orozco, cuando habla con don Francisco, lo trata de “Señor Madero” o bien de “señor Presidente”?

–¿Es verdad –me preguntaron– que Madero es vegetariano?

–Es verdad. Toma solamente una sopa de verduras y frijoles. Allí no se comen sino tortillas, porque el pan es difícil de hacerse, y menos en las expediciones por la sierra.

La cama del “leader”, aunque era de latón en Bustillos, carecía de colchón y sólo un sarape cubría las tablas. En campaña, siempre se le vio dormir a campo raso.

Por cierto que existe una curiosa instantánea que representa a Madero durmiendo sobre el césped, a la sombra de un carro de ferrocarril y abrigándose con su conocido sarape.

Un amigo incondicional del gobierno, y por lo tanto, enemigo jurado de la revolución, me interrumpió delante de varios jefes del ejército:

–¿Usted cree que fue herido Madero?

–Sí, señor –respondí–, fue herido seguramente; yo he visto las cicatrices de la herida, los orificios de entrada y salida de la bala en el antebrazo derecho.

–Pues es muy extraño –interrumpió uno de los militares– esa herida es inexplicable, porque en Casas Grandes no lo vimos cerca durante la batalla.

–Yo –dijo otro– ni siquiera creo en la tal herida.

–Agradezco el cumplido –contesté con ironía– pueden ustedes seguir creyendo lo que gusten.

Pocos días después se anunció el arribo a Chihuahua del padre de Madero, de su hermano Gustavo y del licenciado don Rafael Hernández, quienes iban rumbo al campo revolucionario a encontrar al “leader” para ver si lo convencían de que hiciera la paz en condiciones ventajosas y dignas.

Ocupando trenes especiales que traían vía libre, pudieron recorrer desde la frontera de los Estados Unidos, por Laredo, hasta Chihuahua,

sufriendo en más de una ocasión retrasos de varias horas por haber incendiado los revolucionarios muchos puentes, ignorando que perjudicaban a la familia del jefe del movimiento.

Una tarde, a eso de las cinco, se detuvo el automóvil que conducía a los señores Madero padre e hijo y licenciado Hernández a las puertas del Hotel Palacio, ubicado en la plaza principal, y la noticia, propalándose con extraordinaria rapidez hizo afluir al sitio indicado un crecido número de curiosos.

–Ése es el padre de Madero –decían unos señalándole.

–Míralo, míralo, es aquél de la piocha. ¡Qué bien conservado está!

–¡Bien haya! –decía un tercero.

Durante cerca de dos horas la multitud permaneció en las afueras del hotel hasta que los señores Madero tomaron un carruaje, que pudo avanzar trabajosamente, dirigiéndose a diversos puntos de la ciudad para hacer algunas visitas.

Antes, todos los periodistas que había en Chihuahua, extranjeros muchos de ellos, pretendieron entrevistar a los tantas veces citados señores Madero, pero éstos se encerraron en un mutismo completo, defraudando las esperanzas de aquéllos.

Por la noche, me les reuní en la plaza, sosteniendo una larga conversación con el licenciado Hernández, a quien relaté mis impresiones del viaje al campamento de Madero, expresándole mis dudas respecto a los arreglos de paz. Pesimista hasta la exageración, no creí que don Francisco I. Madero cediera un ápice en sus pretensiones, sobre todo en lo que se refería al retiro absoluto del general Díaz.

El licenciado Hernández fue optimista y me dijo que tenía mucha confianza en los ruegos del señor Madero y en sus propios razonamientos, para convencer al jefe de la revolución a efecto de lograr la paz.

Con ellos estaba cuando, a eso de las once de la noche, vimos acercarse un numeroso grupo de gente y detrás un pelotón de soldados, pie a tierra, custodiando varios carros abiertos, en los que venían los prisioneros de guerra hechos en Casas Grandes, siendo diecisiete de ellos filibusteros americanos, alemanes, rusos y de otras nacionalidades. El ingeniero Eduardo Hay, de quien tanto se había ocupado la prensa, venía entre ellos, con un ojo vendado y cuatro heridas más en diferentes partes del cuerpo.

Brandon, el repórter de “El Diario”, le gritó:

–¡Halow! ¡Mister Hay!

–¿Quién es? –interrogó Hay desde el carro, tratando de ponerse en pie.

–Yo, Brandon, el de “El Diario”, que lo entrevistó en la Quinta Carolina esta mañana.

–Buenas noches.

–Da lástima ver a estos hombres así –dijo Gustavo Madero.

–¡Cosas de la guerra! –agregó otro.

El convoy siguió su marcha rumbo a la Penitenciaría seguido por los curiosos, y nos despedimos, no sin entregar yo al señor Madero padre, unas fotografías y algunos ejemplares de EL TIEMPO, con mis artículos sobre la entrevista con don Francisco Madero hijo, para que se los entregaran en mi nombre, cosa que me prometieron.

A la mañana siguiente, en un tren especial del ferrocarril Noroeste salieron los comisionados para gestionar la paz, agregándoseles el señor don Federico Moye, vecino de Chihuahua que se había interesado grandemente en la cuestión de la paz.

Poco después se supo que iba a firmarse el armisticio, y hubo mucha alegría por una parte y mucho descontento por la otra.

Los comerciantes, los industriales, los hacendados, veían con la celebración de la paz, el fin de una crisis que amenazaba dejarlos sin un centavo; pero otros, aún con interés y los que no tienen más interés que el bien de la patria, creyeron que al aceptar Madero las negociaciones, dejaba mal parada la revolución.

Firmado el armisticio se supo que la columna del general Rábago iba a salir para Ciudad Juárez, reparando la vía y muchos protestaron.

–Si hay armisticio, ¿por qué salen tropas? –decían unos.

–La suspensión de hostilidades trae la suspensión de todo movimiento de tropas.

–¡Esto es una felonía!

–Eso no es leal, ni decente, ni honrado.

A pesar de todo, la columna se dispuso a salir; pero entiendo que fue detenida en la Estación, ordenando la Secretaría de Guerra que contramarchara, ocupando nuevamente sus cuarteles.

Y digo que lo entiendo así, porque esa misma madrugada salí de Chihuahua con rumbo a Torreón, quedando detenido el tren en Bermejillo, distante cuarenta kilómetros de aquél, pues esa misma

noche un grupo de revolucionarios, al mando del cabecilla Castro, incendió cinco puentes.

No había esperanza de que repararan el desperfecto en muchos días, máxime sabiendo que los revolucionarios estaban por allí cerca y entonces busqué la manera de llegar a mi destino, preguntando a todo el mundo si podría conseguir un carruaje o un caballo que me condujera a Gómez Palacio o Lerdo. Yo no sabía que a esas horas, ambas poblaciones iban a caer en poder de los maderistas.

–El dueño del hotel tiene un guayín –me dijeron.

Me puse al habla con él, y le rogué me alquilara su carruaje; pero en tono seco me respondió que no tenía tiro.

No insistí; pero más tarde volví a acercarme y con cualquier pretexto empezamos a conversar.

Le dije que venía del campamento de Madero, le mostré una fotografía donde estoy con el “leader” y abrió tamaños ojos, llevándome inmediatamente al interior.

Allí empezó a contarme sus penas. Me dijo que las autoridades lo habían tenido preso por creerlo sospechoso; que efectivamente, simpatizaba con la causa y que admiraba a Madero; que se había opuesto a que los voluntarios, al tener noticia de que se acercaban los maderistas, ocuparon las alturas de su finca, y por eso lo extorsionaban hasta el cansancio.

–¡Qué lindo hombre! –decía con los ojos arrasados de lágrimas, mirando el retrato de Madero–. ¿Y usted habló con él? –agregó estrechando mi mano. Lo felicito.

Cinco minutos después, daba orden de que engancharan el guayín, y lo ponía a mi disposición, mediante veinte pesos, recomendándome mucho con el cochero para que hiciéramos el viaje lo más rápidamente que fuera posible.

Yo le regalé las fotografías y corrió a mostrarlas a su familia, saliendo a verme a la puerta cuando el carruaje emprendía la marcha.

Debo advertir que, siendo el guayín grande, invité para que hicieran el viaje conmigo a dos toreros que venían de Chihuahua en el mismo tren y que se quedaron en Bermejillo sin saber cuándo podrían llegar a Torreón.

Eran éstos “Espeletita” y el banderillero Cantoral, andaluces ambos y de tan buen humor, sobre todo el segundo, que calculé de antemano cuánto iban a distraerme.

Aceptaron gustosos la invitación; pero dejando ver el pánico que les causaba encontrar a los revolucionarios, porque suponían que iban a comérselos crudos.

Seis horas duró el viaje siguiendo la vía del ferrocarril, de modo que pudimos ver cómo ardían aún cinco puentes, extrañándonos que los revolucionarios hubieran dejado intactos otros, tanto que al pasar por uno mayor que los otros, donde había cuatro o cinco individuos, descansando al parecer, nuestro cochero les dijo en son de broma.

—¿A qué hora le prenden?

Soltamos la carcajada, porque nos hizo gracia la pregunta.

Después de las diez de la noche llegamos a Gómez Palacio, en medio de un aguacero torrencial, y allí supimos que ya Lerdo estaba en poder de los revolucionarios y que éstos atacarían la última población a la mañana siguiente.

Sigamos nuestra narración de los sucesos de la Revolución.

A mediados de abril, se encontraba Villa después de correrías por Parral, Taraís y Santa Cruz del Padre Herrera, acuartelado en Satevó, en cuyo lugar reconcentró diversas partidas suyas que merodeaban por aquellos lugares. Reunió a 700 hombres aguerridos comandados por don Fidel Ávila, Javier Hernández, Feliciano Domínguez, Encarnación Márquez, Lucio Escárcega y José Chavarría. En Satevó, aprovechó el molino de harinas que puso a trabajar, para hacerse de una buena cantidad de este producto.

Después salió con su columna rumbo a San Andrés, pernoctando en la primera jornada en San Juan de la Santa Veracruz, donde recibió aviso de que fuerzas federales, procedentes de Chihuahua, iban a batirlo por lo que se aprestó a la lucha escogiendo el lugar para darles el encuentro; en el paraje de La Piedra tuvo lugar la batalla contra 150 federales, al mando de un teniente coronel que cayó muerto al empezar la acción. El combate duró tres horas, sufriendo los federales 100 bajas entre muertos y heridos; los 50

restantes huyeron a la desbandada y Villa tuvo 23 muertos y 15 heridos que mandó a un refugio de la Sierra de la Silla, nombrado rancho del Almagre, continuando él para San Andrés. La primera jornada se hizo en Santa Isabel en donde fue recibido con gran halago por el pueblo al grito de “Viva Madero”. Al día siguiente llegó a San Andrés, en cuyo lugar recibió un correo de Madero que lo llamaba a Bustillos, en donde se conocieron, y donde celebraron juntas de guerra con Pascual Orozco que ya desde antes se encontraba en ese lugar. En esa junta se acordó no atacar Chihuahua por falta de parque, y dirigirse al Norte para ver la manera de apoderarse de Ciudad Juárez. Villa, que había dejado el grueso de su tropa en San Andrés, lo invitó a visitar dicho pueblo, lo que hizo Madero al día siguiente, yendo en tren que llegó a las 10 de la mañana, haciéndosele un recibimiento entusiasta. Desde los balcones del palacio municipal, Madero arengó al pueblo.

Se acordó la salida de Bustillos rumbo al Norte, a las 6 de la mañana del 12 de abril, a bordo de trenes, pero como las máquinas no eran suficientes y no tenían la potencia necesaria para dominar las subidas, se ordenó que en Temozachic se ayudara la marcha con nuevas locomotoras. Así se caminó hasta estación Guzmán, en cuyo lugar el 17 de abril, sucedió un episodio digno de recordación. Lo cuenta así pintorescamente el propio Pancho Villa, según Martín Luis Guzmán:

...a los tres días llegaron a Guzmán las otras fuerzas. Uno o dos días después, el señor Presidente me mandó llamar a su alojamiento que era la estación. Conforme llegué a él, me cogió del brazo y salió andando conmigo por la vía del ferrocarril hasta encontrarnos fuera de la línea de tropas. Aquél era paraje donde nadie nos escuchaba. Entonces se expresó él conmigo en los siguientes términos:

–Pancho, ya no hallo qué hacer: ya no como ni duerno tranquilo. Los jefes Salazar, García y Alanís –magonistas– me mandan cartas altaneras, tratando de desconocerme, y hacen propaganda entre la tropa para lograr su propósito. A Orozco le he ordenado dos veces que desarme esa gente, pero él me contesta que para consumarlo tendrá que correr mucha sangre. ¿Tú qué dices de esto, Pancho?

Le respondí yo:

–Señor Presidente, yo hago lo que usted me ordene. Si usted me ordena que desarme a esos jefes, los desarmo a ellos y a sus tropas. Yo le prometo que no habrá más de 8 ó 10 muertos a la sumo.

Y él me dijo entonces:

–Pancho, no me queda otro remedio que hacerlo. Hazlo tú.

Acabada aquella plática secreta, acompañé a sus habitaciones al señor Presidente, y sin perder ni un segundo me dirigí a mi campamento. Mandé formar quinientos hombres de los mejores, poniendo a cada cien, un capitán primero y un segundo. Luego, según estaban ya listos para la acción, les hablé en forma de poner su ánimo propenso a lo que íbamos a intentar. Porque hay horas de la guerra en las cuales un jefe, por grande confianza que tenga en su gente, no debe aventurarse a ciegas, es decir, sin amonestar antes a sus hombres sobre la certidumbre del peligro que les aguarda, pues sabiendo ellos entonces a lo que se exponen, crecen de espíritu, y, si en verdad son buenos entran en combate sin que los riesgos de la sorpresa los aminore.

Les dije yo aquella vez:

–Compañeritos, el ciudadano Presidente me ordena el desarme de las fuerzas de Salazar, García y Alanís. Yo creo contar con ustedes para tan delicada misión, y espero que tanto los deseos del señor Presidente quedarán satisfechos, como serán ejecutadas al pie de la letra las órdenes que yo les voy a dar tocante a este negocio.

Y me contestaron todos:

–Se hará lo que usted nos ordene. Desarmaremos esas fuerzas. Entonces mandé desfilar de dos en fondo, yo a la cabeza de mis hombres y cerqué el campo de los referidos jefes. Luego, penetrando en el campamento pistola en mano, grité a mis tropas:

–¡Muchachos, a lo que venimos, venimos!

Que era la contraseña convenida.

Con grande energía, y a la voz de mando, el cerco que habíamos formado se abalanzó entonces sobre las fuerzas de Salazar, García y

Alanís. Y en cuatro minutos les quitamos todas sus armas y parque, y todo quedó en poder de mi gente sin que hubiera habido un solo muerto, aunque sí uno que otro golpeado entre los que trataron de hacernos resistencia.

Una vez consumado aquel desarme, hice llegar a presencia del señor Presidente los jefes prisioneros. Le di cuenta de que su orden estaba cumplida sin muertos ni heridos, sino con sólo golpeados, y todas las armas y municiones en mi poder. Como el señor Presidente me diera orden de entregar a Orozco todas aquellas armas y parque, yo lo hice así y luego me retiré con mis fuerzas a mi campamento. Esto aconteció el 15 de abril.

El 16 de abril, Madero dispuso que su hermano Raúl, con 150 hombres de Orozco y los 34 americanos a las órdenes de Harrington, avanzaran por el ferrocarril hasta estación Bauche, pero acababan de desembarcar, cuando fueron asaltados por un grupo de federales mandados de Ciudad Juárez para contener el avance, lo que originó un combate que duró toda la tarde, hasta el anochecer que se suspendió; allí murió el americano Craigton que era uno de los más valientes del grupo; otro día, mandado por Madero que tuvo noticia del combate, llegó con refuerzos el general Villa. El combate prosiguió todo el día hasta las cinco de la tarde, llegando a pelear cuerpo a cuerpo, hora en que lograron desorganizar el ataque, retirándose en desbandada rumbo a Ciudad Juárez. La noche que se vino encima, impidió levantar el campo que fue muy extenso, pero otro día al hacerlo, recogieron armas y municiones que los federales abandonaron en la huida, enterrando a 49 federales y 9 revolucionarios, encontrándose diseminados en el campo 24 heridos federales. La tarea de levantar y enterrar a los muertos duró todo el día hasta bien entrada la noche, y estando en esa labor, como a las diez, se divisó un tren militar procedente del Norte que iba en auxilio de la tropa derrotada la que se pudo dar cuenta de la derrota sufrida por lo que dio contramarcha, regresando a su destino,

llevaba una escolta de 40 hombres dotados de un cañón y 2 ametralladoras. Esta acción tuvo lugar el 16 de abril.

Otro día llegó a Bauche, Madero con todo el grueso de sus fuerzas, y tras un breve descanso prosiguieron la marcha a pie, inclusive el propio Madero que iba arrebuñado con un sarape pinto, confundido como un soldado raso cualquiera, llegando al rancho de las Flores la mayor parte de la comitiva ya bien entrada la noche. Madero llegó al otro día con el resto de la fuerza, al rayar el alba. Descansó la columna ese día, y como no había en el rancho agua suficiente salieron el 20 de abril hasta llegar a la mera orilla del río Bravo, a campo descubierto, en donde se instaló el cuartel general.

El 21, los estudiantes de la escuela de agricultura de San Jacinto, organizados por Luis León, Aarón Sáenz, Marte R. Gómez y Juan de Dios Bojórquez, celebran mitin en la alameda de la ciudad, pidiendo la renuncia del general Díaz y lanzando vivas a Madero; el mitin fue desbaratado por la policía montada, que arremetió contra el grupo.

El gobierno, para calmar la excitación de los ánimos cada día mayor, declara que está tratando la paz con Madero.

Ha llegado al estado de Guerrero y ha organizado fuerzas armadas, hasta con flechas y hondas, el general Juan Andrew Almazán, que ocupó después muy distinguidos puestos en el régimen del general Calles. La situación allí es sumamente grave para el gobierno federal, pues puede decirse que toda la entidad está en poder de la Revolución.

Salen fuerzas federales a salvar la plaza de Atlixco.

Enrique Adame Macías captura la ciudad de Parras de la Fuente, cuna del *Apóstol* Madero, a sangre y fuego, usando dinamita para derrumbar una de las torres de la iglesia del colegio de los jesuitas que los federales utilizaban como fortín; la guarnición federal es aniquilada y su jefe, el capitán Teodoro Hernández, herido y prisionero. El capitán Mendoza, con 10 de tropa, logró escapar.

Madero, frente a Ciudad Juárez, exige el retiro del general Díaz.

Los gobernadores de los estados, poseídos de pánico, empiezan a retirarse de sus cargos. Renuncian don Esteban Fernández, en Durango; Cuesta Gallardo, en Jalisco; Pablo Escandón, en Morelos, y Damián Flores, en Guerrero.

El 22 de abril, Cándido Navarro captura las haciendas de Nápoles, Chichimequillas y Salitrillo en el Bajío.

Aureliano Blanquet con su 29º. Batallón, cae en una emboscada en un lugar inmediato a Atlixco.

Jalatlaco, México, es capturado por los maderistas.

Magdaleno Herrera y Manuel Sánchez, capturan Huetlatlanca y Tepeji en Puebla.

En Michoacán, Martín Castrejón con 200 hombres, captura Jamiltepec.

Cándido Navarro se apodera de Romita, Guanajuato.

Revolucionarios poblanos capturan Cuatetilco, Huehuetlán el Grande, Jacapola, Tlaltempan y Chimecatitlán y avanzan sobre Acatlán.

El 25 de abril de la manera más espectacular, Emilio Madero captura San Pedro de las Colonias. Es el caso que a Emilio lo tenían preso en la cárcel del lugar y habiéndose sabido en el pueblo que se aproximan fuerzas revolucionarias, los peones de las haciendas de los alrededores portando sus picos, palos y azadones, empezaron a invadir el pueblo en actitud amenazadora, armando gran alboroto y lanzando vivas a Madero y a la Revolución, y es lo cierto que el presidente municipal Mariano Viesca y Arizpe, se atemorizó y temió que aquella gente sin mando, empezara a cometer desórdenes y atropellos y optó por mandar llevar a su presencia a Emilio, rogándole que se hiciera cargo de la situación y asumiera el mando. Así fue como Emilio se puso al frente de aquella multitud; la escasa guarnición de 60 federales se encerró en el cuartel en actitud de defensa. En tales circunstancias, llegaron al lugar Sixto Ugalde, Benjamín Argumedo y Gregorio García, y con Emilio que tomó el mando, atacaron el cuartel después del tiroteo con los federales que a la postre se rindieron. Emilio organizó aquellas fuerzas aumentadas con mucha gente de San Pedro que se incorporó a la Revolución, entre otros Luis Fernández, Gustavo Gámez y un jotillo, que a pesar de serlo, tenía fama de muy valiente, como en efecto lo era, un tal Adeodato Viveros. Allí estuvieron también Gregorio Núñez y Rafael Castro, quienes llegaron al generelato.

Para fines del mes de abril, la República entera ardía en aras del fuego de la Revolución, de uno al otro confín; el entusiasmo popular era desbordante e incontenible; la federación apenas alcanzaba a mandar hasta donde llegaba la mano; el pueblo

empezaba a sentirse libre, y la alegría y el júbilo estallaban. Los amos de las haciendas, empezaron a abandonarlas con sus capataces y mayordomos temerosos de la furia de la peonada, lastimada y perseguida.

Acciones militares cotidianas en todas partes. Nicolás Torres toma la Villa de Cos, Zacatecas. Los revolucionarios de Puebla, atacan Acatlán y amenazan Tacámbaro, Michoacán.

El 27 toman Chiautempan, Chalco, Estado de México; Teotitlán, Jalisco, Ahuecostitlán, Santa Ana Rayón, Cieneguillas y Zapotlán Lagunas en Oaxaca. La hacienda de Zacatepec en Morelos; Huetamo, en Michoacán y el 28 de abril, los Figueroa aniquilan una escolta federal en las inmediaciones de Iguala. El 29 el rico hacendado lagunero Pablo Lavín, toma Ciudad Lerdo, Durango, derrotando al jefe político coronel Zúñiga. Emilio Madero con más de dos mil hombres amenaza Gómez Palacio. Figuran a su lado Benjamín Argumendo, Sixto Ugalde, Orestes Pereyra, Gregorio García, Espiridión, Pablo y Matías Rodríguez, y como simple soldado raso, Francisco L. Urquiza que había de llegar a general de división y ministro de la Guerra; una de las figuras más limpias y brillantes de la Revolución.

Los amos de la hacienda de Atencingo, ante la amenaza de la peonada ensoberbecida, hacen un asesinato en masa.

El 29 de abril Rafael Buelna ocupa Quila, Sinaloa.

El general Rafael Tapia, aumenta sus efectivos con 60 maderistas procedentes de Santa Ana Atzacan.

Toma de Jaltianguis y captura de Taxco, Guerrero, por el cabecilla Jesús Morán.

Vuelan el Puente de Villa Juárez, en Puebla, y las fuerzas de Zapata toman Tlaltizapan y Jojutla.

El 30 de abril, el infatigable general Luis Moya con su compañero Caloca, captura Río Grande, Zacatecas, derrotando a la guarnición federal que muy mermada por las bajas sufridas, huyó a la desbandada dejando abandonados muertos y heridos.

Casi ya en la agonía del gobierno porfirista, se clausura *El Diario del Hogar*, escapándose don Filomeno Mata de ir a la cárcel.

El 1º. de mayo, Domingo Arrieta con sus fuerzas, captura Durango la primera capital de un estado que cae en manos de la Revolución.

Los estudiantes de México, armando gran alboroto al grito de “Viva Madero”, exigen la renuncia del general Díaz y son disueltos por la caballería de la policía, sable en mano.

El 2 de mayo hace declaraciones Madero, rechazando indignado la imputación que le hace el periódico *El Diario*, de haber pedido la intervención americana.

Siguen en Ciudad Juárez las conferencias de paz, representando al gobierno el licenciado Francisco Carvajal, Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón.

Mazatlán cae en poder de Ramón F. Iturbe y Rafael Buelna, al frente de 2,000 rebeldes.

Los zapatistas atacan Chalco sin lograr tomar la plaza.

Luis Moya amenaza Zacatecas.

Jesús Agustín Castro detiene en Pedriceña, un convoy ferrocarrilero que salió de Durango rumbo a Torreón.

Revolucionarios zapatistas capturan Amecameca.

En los Otates, lugar inmediato a Magdalena, Sonora, los federales caen en una emboscada hábilmente preparada por Juan Cabral.

El 5 de mayo, se celebra en Ciudad Juárez la primera conferencia de paz. Madero exige la renuncia de Díaz y Corral.

Mucio Martínez anuncia que concederá la libertad de la familia Serdán.

El cabecilla Cesáreo Ortiz Bravo captura la Piedad Cabadas, Michoacán.

El 5 de mayo se apoderan los revolucionarios que operan en Oaxaca, de la ciudad de Jamiltepec.

Así llegó el 5 de mayo. El señor Madero quiso conmemorar el aniversario de la batalla de Puebla, y al mediodía una doble fila de soldados revolucionarios estaba tendida sobre los bordes del río Bravo, cerca de la Casa Gris. Pascual Orozco, Francisco Villa, Raúl Madero y Roque González Garza, se colocaron al centro de aquel cuadro de atrevidos aspectos militares. Sobre otro bordo se situó un grupo de músicos pueblerinos; y todo así puesto, don

Francisco I. Madero se sentó al centro de una pequeña mesa. Acompañábanle sus principales colaboradores de la Casa Gris. Los insurgentes, al ver al caudillo, presentaron armas. Un improvisado trompeta vació sus pulmones con los aires de una marcha de honor, y los músicos tocaron el *Himno Nacional*. Y como el punto está colmado de esperanzas, el momento tuvo los caracteres de la solemnidad. De no pocos ojos brotaron lágrimas; don Francisco, con la cabeza en alto, parecía como si le aureolara la victoria.

Este histórico día, publica el periódico *El País* una entrevista con don Francisco I. Madero, en que se asegura que al preguntar el entrevistador qué opinaba el señor Madero de la próxima llegada a México del general don Bernardo Reyes, contesta el jefe revolucionario:

–Conocidas son sus grandes ambiciones personales, sus inclinaciones a una forma de gobierno despótico, como lo ha demostrado varias veces, ya cuando fue miembro del gabinete del general Díaz (como secretario de Guerra), ya como gobernador de Nuevo León.

Si el gobierno del general Díaz trae al general Reyes para proponerlo candidato a algún alto puesto público, los revolucionarios se opondrán absolutamente a que tome parte en la política del país.

A la pregunta de por qué combaten norteamericanos en las filas revolucionarias, contestó el señor Madero:

–Estoy convencido de que sobran mexicanos que quieran empuñar las armas en defensa de sus derechos conculcados. No me agrada que los extranjeros intervengan en nuestras cuestiones interiores. Repudio a la prensa exótica que se inmiscuye en la política mexicana y desaparezca ese medio indirecto de provocar conflictos entre los mexicanos... Declaro terminantemente que no queremos extranjeros en nuestras filas; pero a pesar de esto, se nos unen algunos de buena fe y hay casos en que no es posible rehusar sus servicios, en vista del amor que demuestran a la causa de la libertad...

En otros países, muchos extranjeros han empuñado las armas para ayudar a los que luchan por su independencia, sin que a nadie se le haya ocurrido llamar traidores a los jefes de las revoluciones que los admitieron en sus filas... El total de las fuerzas que combaten bajo mi dirección es de cinco mil, de suerte que por todo habrá cincuenta norteamericanos, y no cientos como dicen en México.

Dice luego el señor Madero:

–La revolución se está haciendo con dinero mexicano, por cierto bien escaso. Se cree que contamos con poderosos elementos pecuniarios, por los éxitos alcanzados, pero la verdad es que más que por nuestros recursos, el resultado obtenido se debe al entusiasmo del pueblo que pelea sin remuneración, comiendo apenas y con toda clase de armas, y aun sin ellas. Por todas partes se han secundado nuestros esfuerzos de una manera admirable, con patriotismo sin límites...

El 6 de mayo los delegados revolucionarios a las pláticas de paz entregan al señor Francisco Carvajal, representante del gobierno del general Díaz, estas declaraciones de don Francisco I. Madero, jefe de la Revolución:

Debo manifestar que si he accedido a tratar bajo estas condiciones la paz de la República, es porque en lo confidencial se me ha informado de las personas que han servido de intermediarios para llegar a estos arreglos, que el general Díaz ha manifestado en lo íntimo su irrevocable resolución de retirarse del poder tan pronto como esté pacificado el país.

Me parece altamente patriótica la resolución tomada por el general Díaz, porque en los actuales momentos, es lo único que puede satisfacer la opinión pública.

Estoy absolutamente convencido de que si el general Díaz hace pública su intención de retirarse del poder, nos permitirá pacificar por completo la República, en muy pocos días, cosa difícil de obtener de otra manera. Por estas razones, dudando de que el patriotismo del general Díaz llegue al extremo de sacrificar sus ambiciones personales, les suplico se sirvan presentar al delegado del gobierno la siguiente proposición para asegurar de un modo rápido la pacificación del país:

Dando un ejemplo que prestigie a nuestra patria ante el extranjero, tanto el general don Porfirio Díaz, como don Francisco I. Madero y don Ramón Corral, renunciarán al gobierno de la República.

Quedará como presidente interino, mientras se convoca a elecciones generales al país, el C. Licenciado don Francisco L. de la Barra, ministro de Relaciones, quien según prescribe la Constitución, debe ocupar este puesto vacante, la primera magistratura.

Por mi parte, hago dicha renuncia desde luego con la mayor satisfacción, pues deseo únicamente servir a mi patria, según lo exijan las circunstancias.

Si el señor general Díaz está inspirado en el mismo sentimiento patriótico, no dudo de que hará público lo que ha manifestado en lo privado.

Suplico a ustedes que al hacer al general Díaz esta proposición sea en los mejores términos a fin de que no se lastime su dignidad en lo más mínimo. Creo conveniente no insistir en que su retiro del poder sea inmediato porque creo que el país se tranquilizará al solo anuncio de su intención de retirarse a la vida privada...

El día 6 de mayo, revolucionarios encabezados por Juan Ramírez y Jesús Flores, capturan Dinamita, estado de Durango.

Cándido Navarro toma tras breve refriega con fuerzas auxiliares, Santa María del Río, San Luis Potosí.

Juan Banderas, *el Agachado*, se apodera de El Fuerte, Ahome y Mocorito, Sinaloa.

La gente de la capital en una manifestación tumultuosa, pide la renuncia del general Díaz.

Emilio Madero, con más de 2,000 hombres a los cuales se les incorpora Pablo Lavín, amenaza la ciudad de Torreón.

En el cuartel general de Madero, a orillas del río Bravo en los primeros días del mes de mayo, se discute, día a día, la posibilidad de atacar Ciudad Juárez, asistiendo a esas juntas Orozco, Villa y el general boero Viljoen, que lo asesoraba en asuntos militares y cuyo consejo lo tomaba muy en consideración, por el alto prestigio que los boeros alcanzaron en la lucha armada por su independencia contra Inglaterra. Orozco y Villa estuvieron decididamente por el asalto, pero Viljoen se oponía abiertamente, sosteniendo que técnicamente era imposible la captura de la plaza. Además, en aquellos días se acentuaba marcadamente la posibilidad de que el general Díaz se resolviera a renunciar, por lo que Madero pensaba que podría alcanzarse el triunfo, sin necesidad de mayor derramamiento de sangre; todo esto contribuía a detener la acción de Madero. Por otra parte, el entusiasmo de los soldados revolucionarios por entrar a la lucha, era incontenible y como la ciudad estaba verdaderamente circundada por las fuerzas revolucionarias; la tropa frente a frente, en contacto constante y los nuestros más que agresivos verdaderamente insolentes y provocativos, los tiroteos a lo largo de la línea eran incesantes. Orozco y Villa se daban perfectamente cuenta que era imposible contener a su gente, de suyo indisciplinada; además, menospreciaban el consejo de Viljoen, reaccionando en contra de su opinión por hombría; su ánimo era que, aun en caso necesario, desobedecer las órdenes de Madero. Así fue como las fuerzas de José Orozco al atardecer del 8 de mayo, hicieron retroceder fácilmente a un pelotón de federales que se sostenía en un punto avanzado por lo que las fuerzas atacantes inmediatas, viendo aquel avance, acometieron también contra el enemigo, tomando el tiroteo tal magnitud, que determinó a Madero a repetir sus órdenes terminantes a Villa y a Orozco de parar el combate, pero ellos, principalmente Villa, le hicieron ver que las tropas atacantes estaban

en tal forma diseminadas, que no había posibilidad material de ordenar el cese del fuego, lo que obligó a consentir en el ataque, diciéndole a Villa: “¡Qué le vamos a hacer!”

A las cuatro de la mañana del 9 de mayo, todas las tropas que rodeaban Ciudad Juárez iniciaron el ataque formal de la plaza. Una por una fueron siendo tomadas las posiciones federales, derramándose por ambos lados la sangre, a torrentes; se peleó día y noche, hasta el mediodía del 10 de mayo en que el general Navarro, valientísimo siempre, después de arengar hasta el último instante a su tropa, se vio obligado a replegarse a su cuartel general, tocar parlamento y rendirse incondicionalmente a las tres de la tarde. Al coronel Félix Terrazas, de las fuerzas de Villa, le tocó hacer prisionero a Navarro y recibir su espada. El jefe federal más destacado, que murió en el combate, fue el coronel Tamborrel. Con Navarro, cayeron prisioneros el coronel Rafael García Martínez, los tenientes coroneles Alberto Batiz y Ángel Jiménez, mayores: Enrique Pulido y Carlos Chávez; capitanes: Agustín Estrada, Timoteo Castillo, Arnulfo Ortiz, Leopoldo Álvarez, Julio Miramontes, Fernández de Castro, Alejandro Vallejo y José A. Granados; subtenientes: Juan Lerdo de Tejada, Adolfo Martínez Landot, Rafael Pérez, Enrique C. Martínez, Ponciano González, Luis Hernández, Federico Sánchez, Alfonso Orellana y Agustín Flores. La vida de todos los prisioneros fue respetada, y Villa tuvo la gentileza de invitar a comer al lado americano a seis de los oficiales federales prisioneros.

Madero consideró que era necesario dar al movimiento fuerza y respetabilidad, y a ese efecto nombró su gabinete, integrándolo como sigue: Relaciones Exteriores: doctor Francisco Vázquez Gómez; Hacienda: Gustavo Madero; Guerra: V. Carranza;

Gobernación: Federico González Garza; Comunicaciones: ingeniero Manuel Bonilla; Justicia: Pino Suárez; Secretaría de la Presidencia: Sánchez Azcona.

La Revolución en el estado de Guerrero está acaudillada por los generales Francisco, Ambrosio, Odilón y Rómulo Figueroa; don Martín Vicario, Federico Morales, Enrique García Aragón y Ernesto Castrejón. La Revolución domina todo el estado y han establecido la capital en Tixtla.

Continúan los levantamientos en Yucatán.

Los maderistas toman Teziutlán, Puebla.

El general Tapia ocupa Paso del Macho, Veracruz.

Los rebeldes de Guanajuato capturan Ayo el Charco.

Y la plaza de Uruapan, Michoacán, a punto de caer.

La Revolución en el estado de Michoacán, se halla encabezada por el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, Salvador Escalante, Martín Castrejón, C. Madrigal, el licenciado Tena y Braulio Mercado.

El 13 de mayo, Madero se encuentra en una de las situaciones más serias y peligrosas de su vida con motivo de la rebelión de Orozco y Villa, rebelión que logró dominar con una audacia y valentía admirables. Las causas que lo obligaron, tuvieron trascendencia histórica en toda la vida de Madero, desde el interinato de don Francisco de la Barra, en su gobierno, hasta su propia muerte. Se trata de la injerencia en esa rebelión de un personaje de

personalidad tan compleja que no me es dable analizarlo por lo absurdo de su actuación. Se trata del licenciado Toribio Esquivel Obregón, cuyas relaciones con Madero debo presentar a la consideración pública para su conocimiento. Este señor se ostentó el año de 1909, al organizarse la oposición contra el general Díaz, como uno de sus más destacados opositores y fue de los primeros que al llamado de Madero se afilió al Partido Antirreeleccionista, llegando a la Convención del Tívoli del Eliseo del 15 de abril de 1910, a figurar como Candidato a la Presidencia o Vicepresidencia de la República. Desde el principio, sus relaciones no fueron enteramente cordiales y hasta hubo distanciamiento y recriminaciones por este motivo.

El hecho paradójico e inaudito es que apareciendo Esquivel Obregón como afiliado a la causa de Madero, llegara a combatirlo a muerte y esto en los mismísimos días en que la Revolución alcanzaba el triunfo. Esquivel Obregón llegó al campo revolucionario como uno de los delegados a las conferencias de paz, de parte del general Díaz, y aprovechando el ambiente que allí reinaba de fraternidad, de compañerismo y de cordialidad, se dedicó arteramente a envenenar el ánimo del “primitivo” Pascual Orozco, infundiéndole la idea de que él era el verdadero y único autor del triunfo de la Revolución; que él era quien debía de ser el jefe y no Madero que ni había peleado ni tenía mando de tropas; que estaba actuando como Presidente de la República, sin siquiera tomar en cuenta a los que sí habían peleado, y que había nombrado ministro de Guerra a don Venustiano Carranza, sin ningún mérito, y que él, Orozco, que sí los tenía, iba a quedar sometido y a las órdenes de aquél. Esquivel Obregón, hombre inteligentísimo, explotó también pérfidamente, el hecho de que Madero se rehusara a fusilar al general Navarro, a quien odiaba Orozco, y toda su

gente, por haber matado encarnizadamente a los prisioneros que hizo en los combates que había librado contra ellos. Seducido Orozco, embaucó a Villa y ambos se rebelaron contra Madero, tratando aparentemente de obligarlo a deponer el recién nombrado ministerio y a conseguir el fusilamiento del general Navarro, pero en el fondo lo que perseguía Orozco era supeditar a Madero, o quizá adueñarse del poder y erigirse en jefe supremo de la Revolución. Estando Madero en el salón principal del edificio de la aduana reunido con todos los ministros y altos directivos de la Revolución, el día 13 de mayo por la mañana, se presentó de improviso Orozco y en forma, más que brusca, altanera, le pidió, o más propiamente, le ordenó que lo siguiera, porque los revolucionarios no estaban conformes con el gabinete y que además exigían el fusilamiento de Navarro. El insubordinado trató de cogerlo del brazo para sujetarlo, pero Madero lo rechazó recriminándole enérgicamente el desacato que cometía, logrando al propio tiempo desasirse y rápidamente encaminarse a la puerta de la calle; entonces Villa se le atravesó, pistola en mano, tratando de agarrarlo, pero como Madero era extraordinariamente ágil, obró con tal rapidez que llegó hasta la calle, en la que había muchísima gente y soldados. Madero, con velocidad de rayo, se subió a un carro que estaba estacionado, y habló a la multitud y a los soldados, diciéndoles que Orozco y Villa se habían rebelado contra su autoridad y pretendían deponerlo. Exaltó tanto a la multitud, con su arenga fácil y apasionada, que fue clamorosamente vitoreado, logrando que pueblo y tropa recriminaran airadamente a sus propios jefes, Orozco y Villa, a quienes se les exigía que se sometieran y le pidieran perdón. Allí mismo, en presencia del gentío, los dos se inclinaron ante Madero respetuosa y sumisamente, y fueron obligados por el clamor público a abrazarse como amigos. Villa, de más corazón que Orozco, le pidió a Madero

que lo mandara fusilar porque no merecía vivir después de aquel arrebato. Fue positivamente milagroso que Madero lograra sobreponerse, salvar la vida y salvar a la Revolución, que sin él hubiera sido caótica. La valentía y el apasionamiento que puso en juego, constituyó la fuerza que movió a aquella multitud subyugada, electrizada por la palabra candente del *Apóstol*. Pero éste, siempre sublime, subió con rapidez a su automóvil –envuelto ya en una aureola arrebatadora de glorificación– y se traslada al Consulado Alemán a suplicarle a su viejo amigo Webb que violentamente envíe a determinado lugar, en la orilla del río, dos caballos ensillados; recoge en el lugar de su prisión al general Navarro y le informa lo que acaba de pasar pidiéndole que suba al automóvil para llevarlo al lado americano, y así salvar su vida, pero Navarro, con asombrosa serenidad y calma, contesta a la conminación de Madero en estos términos:

–Todo es inútil, señor Madero; yo soy la causa de la discordia: va a exponer su vida sin salvar la mía, entrégume a esos hombres.

Los oficiales de Navarro que lo acompañaban en su cautiverio, le ruegan que siga a Madero, y al fin acepta. De allí se van al punto ya designado, en donde encontraron los caballos que mandó el cónsul Webb. Navarro subió al caballo, el río crecido de agua le llegaba a la cintura, pero así pudo llegar, libre, a los Estados Unidos. Madero, desde el lado mexicano levantó la mano despidiéndose del ex prisionero, quien sin duda alguna, si llegan a capturarlo, no hubieran vacilado un momento en fusilarlo. Madero volvió a su cuartel general en el edificio de la aduana en donde estaba reunido aún el gentío agitadísimo, predominando soldados de la Revolución, por lo que volviendo a trepar al carro que había erigido en tribuna, dijo al pueblo:

–Bajo mi responsabilidad he puesto al general Navarro a salvo en territorio americano; si alguno de ustedes cree que por esto debo morir, dispárenme –un clamor inmenso, un estentóreo “Viva Madero”, atronó el espacio.

El general Navarro hizo estas declaraciones a la Prensa Asociada, cuando llegó al lado americano:

–Debo la vida al señor Madero. Él ha expuesto la suya por salvarme, trayéndome a la orilla del río. Me considero prisionero de guerra, no obstante que él me dejó en absoluta libertad, y permaneceré en El Paso hasta que por él sea llamado.

La prensa de los Estados Unidos, que como ya hemos dicho, simpatizaba con la causa de la Revolución, publicó los sucesos exaltando el valor y la entereza que reveló Madero, aplastando con su gallarda actitud y vibrante palabra, la rebelión de Orozco y Villa. *El Paso Mornig Times*, del 14 de mayo de 1911, comentaba:

Madero salvó al general Navarro y domina a los descontentos. El feo espíritu manifestado por Orozco ayer, fue enteramente dominado, y la amistad se restableció en las filas del ejército rebelde, en Ciudad Juárez.

La prueba suprema; un choque entre las autoridades políticas y militares, fue sufrida por el gobierno provisional de México establecido en Ciudad Juárez ayer en la mañana, y el Presidente Provisional Francisco I. Madero, en la noche tenía completamente dominada la situación. Día de conmovedores y espeluznantes incidentes.

Después de un día de espeluznantes acontecimientos, durante el cual las vidas de Madero y de otros de los jefes supremos estuvieron en serio peligro, a causa de un arrebato de pasión del general Orozco, ordenando la aprehensión del líder rebelde y exigiendo la renuncia del gabinete provisional, Juárez, la capital del gobierno provisional estaba otra vez en perfecta calma ya en la noche. El Gral. Navarro, el

derrotado comandante federal, cuya vida fue amenazada ayer en la mañana, muy temprano fue valerosamente extraído del cuartel general, situado frente al parque Washington de esta ciudad, por Madero mismo y conducido por él a la orilla del río Bravo, con objeto de salvarle la vida. Inmediatamente que llegaron a la orilla del río –cerca de las 4:30 p.m. el general atravesó a pie la pequeña corriente de agua y penetró a la Ciudad de El Paso, dirigiéndose a una tienda de ropa para hombres, de donde salió ya vestido de civil y alojándose en la casa de un amigo.

CHOQUE DE MADERO Y OROZCO

Ayer en la mañana, temprano, ocurrió Orozco acompañado de Villa al cuartel general a ver al Presidente Provisional, Sr. Madero, y hablaron solos por un rato. Repentinamente levantaron la voz, y los altos funcionarios de la insurrección que estaban en el salón contiguo, se precipitaron tratando de entrar a la oficina de Madero, donde se encontraban Madero y Orozco, pero fueron detenidos por la guardia de Orozco que les impidió la entrada. Alrededor del edificio de la aduana, donde se encontraba el cuartel general, había una multitud de soldados de Orozco y de Villa, y Madero rápida y enérgicamente se desprendió de Orozco y Villa para dirigirse a la entrada de la aduana; Orozco lo agarró fuertemente del brazo para impedirle salir, pero Madero que es muy fuerte, logró soltarse; entonces villa le puso a Madero la pistola en el pecho y éste le gritó: “Soy su jefe, atévase a matarme, tire”; Villa no se atrevió. Madero de un brinco improvisó de un carro que se encontraba a la puerta de la aduana, una tribuna y arengó a los soldados exponiéndoles la rebeldía de sus jefes; la multitud impresionada por Madero lo aclamó gritándole vivas, pidiéndole que se abrazaran, lo que hicieron. Villa, hincado de rodillas a los pies de Madero, le pidió que lo fusilara por haberse atrevido a rebelarse contra su autoridad.

HISTORIA DEL CHOQUE

Hubo diversas historias sobre el choque de ayer, pero en el fondo, la verdad es que la desaveniencia provino de que Orozco y Villa exigían mejor alimentación para sus tropas; que se fusilara al general Navarro por ser responsable de fusilamientos de prisioneros y campesinos

después de la batalla de Cerro Prieto, y que se retirara a Carranza del Ministerio de la Guerra porque era un civil.

Inmediatamente que terminó ese incidente cerca del mediodía, Madero comprendiendo el grave peligro que corría la vida del general Navarro, determinó salvarle la vida aunque fuera a riesgo de la suya propia.

Madero abordó su automóvil marchando rápidamente a su residencia a donde desde la noche anterior había llevado a dormir al general Navarro, para poner a salvo su vida, y después de una breve explicación, lo condujo a la orilla del río, en donde pasó al lado americano alrededor de las 4 de la tarde. Tropas americanas que patrullan la frontera estuvieron listas para prestar su protección en caso necesario; pero es el caso que los jefes militares de la Revolución ignoraron los movimientos de Madero.

EL GENERAL NAVARRO EMPEÑÓ SU PALABRA

El general Navarro, sin requerirlo Madero, le empeñó su palabra de honor, como militar, de que volvería a México cuando él se lo mandase. La animadversión contra Navarro de parte de los revolucionarios, por las crueldades que cometió, pudieron llegar al grado de pedir a Madero que se le formara un consejo de guerra; pero desde que Navarro se rindió, Madero resolvió salvar la vida del prisionero.

DECLARACIONES DE MADERO

Madero hizo a la Prensa Asociada esta declaración:

—Tengo poco que decir con relación a lo que ocurrió esta mañana. Orozco, excitado por la victoria y probablemente mal aconsejado por personas interesadas en provocar la desunión entre nosotros, cometió una falta que afortunadamente no tuvo consecuencias. Se quejaba de que sus tropas no estaban suficientemente aprovisionadas y quiso culpar al proveedor don Luis Aguirre Benavides; pero la verdad es que nuestros almacenes tienen provisiones suficientes, así que la culpa sería de los proveedores de los cuerpos que no cumplían con su deber. Además me manifestó su desagrado con el nombramiento de los secretarios de mi gabinete, y le contesté que no era él quien podía señalarme a quiénes debería designar.

Había en el lugar un número considerable de soldados y me pareció oportuno dirigirme a ellos explicándoles lo que había sucedido. Ellos manifestaron que deseaban la concordia, y con el objeto de terminar este pequeño, desagradable incidente, y a petición de los soldados, Orozco y yo nos dimos un apretón de manos, y todo quedó perdonado, porque si bien es cierto que Orozco había incurrido en una falta, por la otra parte ha prestado grandes servicios al país.

En consecuencia, no es cierto que yo haya pensado pedirles a mis secretarios de estado que se separaran de sus puestos, ni que alguno de ellos se fuera para El Paso dejando sus deberes, como falsamente lo afirmó algún periódico; todos ellos han continuado en sus puestos desempeñándolos a satisfacción.

Este desagradable incidente me ha proporcionado la seguridad de contar con mis soldados en cualquier caso, aun cuando alguno de sus jefes, extraviado, se rebelara contra mí o desobedeciera mis órdenes. Y como yo temiera que alguno de mis subordinados pudiera cometer algún atentado contra el general Navarro, lo alojé en mi casa, pero como yo no podía tenerlo constantemente a mi lado para salvarlo, determiné pasarlo al lado americano, en donde continúa como mi prisionero de guerra, bajo su palabra de honor.

En honor de Orozco y del propio Villa, debo decir que ambos estuvieron conformes con mi determinación de salvarle la vida. No es tampoco cierto que mis soldados hayan pedido que lo fusile, aunque he sabido que algunos piensan así, pero en lo general no es el deseo de mis soldados que han sido valientes en la guerra y son magnánimos en la victoria.—Francisco I. Madero.

Este acto heroico de Madero no tiene paralelo en la Historia de México y me da lugar a hacer un cuadro comparativo de las dos grandes figuras de esta tragedia: Porfirio Díaz y Francisco I. Madero. Porfirio Díaz realiza su magna obra de imponer la paz a base de terror: “Mátalos en caliente”, “Cananea”, “Orizaba”, Trinidad García de la Cadena, Canuto Neri, Ramón Corona, doctor Martínez, etc. Mata a todos los que se rebelan contra su poderío incluyendo a los simples sospechosos; homicidios preventivos según los califica Bulnes. Derrama la sangre mexicana a torrentes.

Vino al mundo a sembrar la muerte. Madero, exponiendo su propia vida, salva la vida de sus enemigos mortales: Navarro, en Ciudad Juárez; Bernardo Reyes, en Linares; Félix Díaz y Díaz Ordaz, en Veracruz. La vida de los innumerables rebeldes que lo combaten con las armas en la mano y caen prisioneros, están a salvo. Vino al mundo a dar vida. Porfirio Díaz somete al pueblo a su voluntad. Madero lo respeta. El pueblo es el amo. Porfirio Díaz encarcela por vida a sus opositores; Madero los lleva a los escaños de la Cámara de Diputados. Porfirio Díaz denigra, somete y burla a la justicia (caso típico el coronel Clodomiro Cota: “Tenga usted fe en la justicia”, y lo fusila). Madero eleva a su soberanía a los tribunales de justicia, a costa de su estabilidad en el poder, y a costa de su propia vida respeta el amparo de la Suprema Corte de Justicia que manda suspender el fusilamiento de Félix Díaz y su secuaz, Díaz Ordaz. Así la autoridad suprema, el Presidente de la República, acata y obedece los mandamientos de los tribunales de justicia. Porfirio Díaz se apoya y sirve a los ricos y a los poderosos. El supremo anhelo de Madero es la mejoría y el bienestar de los de abajo, el perfeccionamiento del hombre a través de la reencarnación del espíritu. Ciertamente que Porfirio Díaz dio días de gloria a la patria: El 5 de Mayo, el 2 de abril, Mihuatlán y la Carbonera, los asaltos de Puebla y México; ¡pero qué caro cobró a la patria sus preclaros servicios!, se convirtió en amo cruel y arrogante. Para él la patria fue su feudo; Madero fue un humilde servidor de su patria, que pagó con su vida sus anhelos libertarios. Éstos son los dos hombres de la tragedia de la Revolución de 1910. A la posteridad le corresponde hacer justicia.

Continuemos la relación de los hechos de armas de aquel sangriento periodo que le trajo al país la libertad, la justicia y el mejoramiento de su pueblo.

El día 10 de mayo, el general Emilio Madero, con el valioso contingente de los generales Sixto Ugalde, Benjamín Argumedo, Gregorio García, Orestes Pereyra, Gregorio Núñez, Espiridión y Pablo Rodríguez, Rafael Cortés, Luis Fernández, Gustavo Gómez, y figurando en sus filas como humildes soldados rasos dos figuras que habían de llegar a ser luminarias de la Revolución, los dos nada menos que ministros de Guerra: los generales Francisco L. Urquiza y Matías Ramos, quien democráticamente se ufana de haber sido pizcador de algodón de “don Panchito Madero”. Con este heroico contingente y tras de sangrienta batalla que duró dos días, toma por asalto la más importante plaza de Torreón, la ciudad más importante del norte de la República, haciendo huir a mil quinientos soldados federales, que bajo el mando del general Emiliano Lojero la guarnecían.

Así, en tres días, pierde el gobierno del general Díaz dos de las más importantes plazas de la República y su sede se bambolea.

El 13 de mayo, los revolucionarios del estado de Guerrero capturan el Puerto de Acapulco y son dueños de casi todo el estado. El movimiento revolucionario en Guerrero lo encabezan los generales Ambrosio, Francisco, Rómulo Odilón e Ignacio Figueroa, cinco hermanos que llegaron a ser figuras brillantísimas, hombres patriotas y honrados a carta cabal; uno de ellos, Andrés, ministro de la Guerra. Con ellos, el viejo don Martín Vicario, respetabilísimo; Federico Morales, Ernesto Castrejón y el simpático García Aragón. El 14 de mayo llega a Ciudad Juárez a recibir órdenes el ingeniero Alfredo Robles Domínguez, que es el jefe de la Revolución en la capital de la República, y es un profesionalista acaudalado que generosamente ha sacrificado sus bienes para financiar a la Revolución.

En virtud de que la Cruz Roja sólo se ocupa de curar a los heridos federales, porque los heridos revolucionarios no son otra cosa que perturbadores del orden, bandidos roba vacas, señoras mexicanas de la clase media organizan la Cruz Blanca para curar a todos los que caigan en la lucha, aun a los enemigos del gobierno, y llega a Ciudad Juárez una brigada abundantemente equipada, que encabeza la gentil Elena Arizmendi.

Díaz, desesperado, hace la última lucha por conservar el poder y declara que repartirá tierras al proletariado campesino adoptando la divisa de la Revolución: “Sufragio Efectivo y No Reelección”. Ya perdió hasta la vergüenza, pero no quiere soltar el poder.

Gabriel Hernández captura Pachuca y el general Gertrudis Sánchez, Concepción del Oro, en donde se le incorporan Eulalio y Luis Gutiérrez. Salvador Escalante y Braulio Mercado capturan la hacienda de Casas Grandes y Ario de Rosales. Nicolás Torres y Cleto Varela toman Asientos, inmediato a Aguascalientes, y Pinos cae en manos del acaudalado Pérez Castro y su asociado F. Rincón Gallardo.

El jefe de las armas de los Estados Unidos en El Paso, Texas, informa a Washington que los generales Gonzalo Luque y Antonio Rábago han salido de Chihuahua rumbo al Norte a rescatar Ciudad Juárez. Lograron su propósito, pero apenas hicieron una jornada y contramarcharon al punto de su salida. Madero, inmediatamente que supo la salida de Chihuahua de las tropas federales, ordenó a Pascual Orozco salir a su encuentro y batirlos. El general Jerónimo Treviño, amigo y pariente político de los señores Madero, ordenó que las fuerzas federales destacadas para recuperar Parras, bombardearan la ciudad, y el gobierno federal informó a la Prensa

Asociada que en el bombardeo había quedado destruida la fábrica de hilados y tejidos La Estrella, propiedad de la familia Madero. Al informarle un agente de la citada agencia a Madero esa noticia, éste contestó:

–La vida vale más que el dinero y sin embargo la hemos expuesto.
–la noticia resultó falsa.

Después de la ocupación y tiroteo de Pachuca, las masas enloquecidas quisieron saquear las casas comerciales, pero rápida y enérgicamente fueron sometidas al orden. A petición de toda la población se fusiló en la plaza principal a un bandido reconocido: Macario Mohedano.

Cándido Navarro vuela el puente de Tepalcate y avanza sobre Irapuato. Una numerosa partida de zapatistas captura la hacienda de Guadalupe, inmediata a Chalco. La guarnición federal de Altar, Sonora, sin estar siquiera amagada, se desbanda porque ya no quiere pelear.

La prensa de Nueva York del día 18, informa que el general Díaz y don Ramón Corral, renunciarán antes de que acabe el mes.

Coatepec, Veracruz, capturado por el cabecilla Amador Ramírez y con otro rebelde casi ignorado, Rutilo Espinosa, se apodera de Chalchicomula, Puebla.

Surgen motines en Morelia provocados por los estudiantes, aclamando a Madero y pidiendo el fin de la tiranía.

Cosa inusitada que anuncia el fin de la tiranía; se da la libertad a Enrique Bordes Mangel. La prensa americana anuncia la próxima renuncia de Díaz y de Corral y el gobierno envía al Congreso un proyecto de ley de amnistía de los presos políticos.

Los Figueroa capturan Iguala a sangre y fuego. En la acción mueren el mayor Domingo Ortega, el capitán Liborio Sánchez y el teniente Rómulo Rodríguez. Iturbe y Cabral en sangriento combate, se apoderan de Manzanillo.

La legislatura de Morelos renuncia en masa al saberse que el general Emiliano Zapata atacaría Cuernavaca.

Los Figueroa avanzan sobre Puente de Ixtla.

Los generales Rafael Tapia y Cándido Aguilar disponen ya de ametralladoras y artillería, quitada al enemigo, para proseguir la lucha.

Se suceden sin interrupción los triunfos de las armas revolucionarias en toda la amplitud de la República. Los Figueroa capturan Chilpancingo. Los pueblos de Huejotzingo y Zacapoaxtla son capturados. Morelia es evacuada.

El 20 de mayo, el gobierno concede la libertad de un numeroso grupo de presos políticos: Arturo Barrera Zambrano, Antonio Guevara, Porfirio Hernández, Félix Maldonado, Jesús Quintero, Benjamín Camacho, Habacue Corona, Miguel y Alberto Monroy, Salvador Saucedo, Marcelino y Merced Sedano, José Virueta, Rafael Pimienta y Alfonso Chávez.

El gobierno americano oficialmente reconoce la beligerencia de la Revolución acaudillada por Madero.

Entra victorioso en Jojutla, Morelos, *el Tuerto* Morales.

Se dan a conocer los nombres de activos colaboradores en la lucha en Guerrero que encabezan los invictos Figueroa: el doctor Federico López, los generales Jesús H. Salgado, Octavio Bertrand, Leovigildo C. Álvarez y Cosme Procopio Flores Montaña. Se organiza el gobierno del estado eligiendo gobernador al profesor y general Francisco Figueroa. La elección la hicieron las fuerzas armadas.

Los alumnos de la Escuela de Agricultura y Veterinaria en telegrama firmado por José Mares, Luis L. León y J. L. Figueroa, dirigido a Madero en Ciudad Juárez, protestan su adhesión a la causa que acaudilla, y ofrecen sus servicios como simples soldados.

Los jóvenes de las familias ricas de Pinos, Zacatecas, se incorporan al rebelde aristócrata José Pérez Castro, y tras sangriento combate en el que hacen huir a la guarnición federal, se apoderan del lugar.

El general rebelde Asúnsolo, de los ricos de Chihuahua, y que ha operado ya largamente en Morelos, captura Cuernavaca y huye el Ejército Federal.

Los generales Pedro Montoya, Isauro Verástegui y Alfredo Terrazas capturan Guerrero en la Huasteca Potosina.

Manuel Castillo Brito invade Champotón, Campeche.

Félix Avilés y Francisco Zavala, capturan Otumba, en el Estado de México.

Los Carrera Torres y los Cedillo, capturan Temapache y “Juan Felipe”.

Ayotzingo, inmediato a Chalco, casi en las goteras de México, ocupado por los zapatistas.

El general Miguel García Torres telegrafía a Madero, informándole haber capturado la ciudad de Colima. Gabriel Hernández, por telegrama depositado en Pachuca, Hidalgo, formula su adhesión a Madero.

El general Martín Espinosa se apodera de Acaponeta, en Tepic.

Félix Díaz llega a Oaxaca, y al advertir la gente su presencia, es obligado por la multitud a gritar vivas a Juárez y a Madero.

El 21 de mayo se firma en Ciudad Juárez lo que ha dado en llamarse Tratado de Paz, que no es otra cosa que el armisticio que dio fin a la guerra y la rendición del general Díaz. Este valioso documento dice así:

En Ciudad Juárez, a los 21 días del mes de mayo de 1911, reunidos en el edificio de la aduana fronteriza, el C. licenciado Francisco S. Carvajal, representante del gobierno del general Porfirio Díaz, y los CC. Francisco Vázquez Gómez, Francisco Madero Sr., y José María Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la Revolución, para tratar sobre los medios que han de emplearse para hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional, y considerando:

1º. Que el general Díaz ha manifestado su resolución de renunciar a la Presidencia de la República, antes de que termine el mes en curso.

2°. Que se tienen noticias fidedignas de que el C. Ramón Corral renunciará a la Vicepresidencia en el mismo plazo.

3°. Que por ministerio de la ley, el C. Francisco L. de la Barra, Ministro de Relaciones Exteriores, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos generales.

4°. Que el nuevo gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad para satisfacerlos en cada Estado, dentro del orden constitucional, y acordará lo conveniente a indemnizaciones y perjuicios causados directamente por la Revolución. Las dos partes representadas en estas conferencias y en vista de las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el siguiente convenio:

ÚNICO:

Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre fuerzas del gobierno del general Díaz y las de la Revolución, debiendo ser éstas licenciadas a medida que cada Estado vaya dando pasos para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.

TRANSITORIO:

Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas. Este documento se firma por duplicado.

El gobierno interino que presidirá el licenciado Francisco León de la Barra, quedará integrado como sigue: Gobernación: Licenciado Emilio Vázquez Gómez; Justicia: Licenciado Rafael L. Hernández; Instrucción Pública: Doctor Francisco Vázquez Gómez; Fomento: Licenciado Manuel Calero; Comunicaciones: Ingeniero Manuel Bonilla; Hacienda: Ernesto Madero; Guerra: General Eugenio Rascón.

Los días 23, 24 y 25 de mayo la capital de la República fue escenario de motines y tumultos populares que exigían la inmediata renuncia del general Díaz. La prensa informó sobre esos sucesos, verdaderamente pintorescos, porque revelan el exaltado sentimiento

de la gente que durante tanto tiempo estuvo sometida al aborrecido déspota.

EL TIEMPO

México, jueves 15 de mayo de 1911

LA SESIÓN BORRASCOSA DE LA CÁMARA TUVO EPÍLOGO SANGRIENTO EN LAS CALLES

Hubo siete muertos y cuarenta heridos

Después de la sesión borrascosa de la Cámara de Diputados a la que nos referimos en otro lugar, el público que asistió a ella se diseminó por todos los rumbos de la ciudad en grupos más o menos numerosos que a su paso aumentaban con los transeúntes que se les unían.

Fue aquél un desbordamiento, pero hay que convenir como una expresión de verdad, que su forma fue, en sus principios, pacífica. El pueblo se limitaba a vitorear a Madero y de vez en cuando gritaba mueras al general Díaz, a los científicos y a Corral.

La chiquillería andante desfilaba a la vanguardia de todos los grupos, papeleros muchos de ellos. Los chicos con sus voceillas de infantes de coro de Iglesia, iniciaban los vítores y la multitud los coreaba.

No hay que dejar pasar inadvertida la circunstancia de que cada grupo iba presidido por uno a dos directores de las clases bajas populares, que llevaban a la multitud por determinadas calles, imponiendo a cada momento que el orden peligraba, su voluntad. Estos jefes o directores de grupo, repetían frecuentemente: “Orden, señores, orden, no molesten a los transeúntes... ¡viva la libertad, viva Madero!”

Algunos de los grupos detuvieron coches de sitio y autotaxímetros, a su paso, y los tomaron por asalto, subiendo a ellos veinte o más personas. Los automedontes y chauffeurs tuvieron que obedecer las indicaciones de los manifestantes, de pasearlos por donde querían, y así fueron los vehículos por las calles seguidos por la multitud que vitoreaba a Madero y pedía la renuncia del Presidente y la de Corral.

LA POLICÍA ASUME ACTITUD DISCRETA

Era de llamar la atención que la policía se mantuviera, ante las manifestaciones, en actitud pasiva y era de llamar la atención repetimos, porque bien sabido es que sus jefes, no puedan permanecer inactivos en casos como éste de que nos ocupamos y siempre ordenan que se haga fuego sobre el pueblo.

Explicaremos por qué los gendarmes apostados en las esquinas guardaron esa discreta actitud: El Inspector general señor Garita, había prevenido a los comandantes y oficiales que en el caso de una manifestación popular, observara la policía actitud reservada; que no provocara al pueblo empleando en las medidas represivas, exagerada severidad, y que procurara calmar los ánimos si éstos se excitaban, en forma conveniente, prudente, discreta.

A esto se debe que los gendarmes hayan estado a la altura de los policías de un pueblo culto, y los manifestantes no se excedieron respecto de los gendarmes.

En verdad que se registraron escenas como ésta, que tienen más de chusca que de delictuosas.

Los manifestantes se dirigieron a los gendarmes diciéndoles... “Vecino, gritemos que viva Madero”. El gendarme se resistía al principio, como es natural, pero insistía el pueblo, y el policía acababa por decir: aunque con voz débil: “Bueno, pues, que viva, pero sigan ustedes su camino y no alteren el orden”.

Ante esta discreta actitud de los agentes de la autoridad, el pueblo no se excedió, limitándose a dar vivas y mueras, siendo de los más victoreados el general Pascual Orozco.

Respecto de Orozco, recogimos este detalle curioso. En una de las calles de las Damas, estaban presenciando una manifestación dos personas de la redacción de este Diario; llegó el repórter que estas líneas escribe y se puso detrás de sus compañeros de labores, sin ser visto por ellos, y cambiando de voz, dijo “Viva Pascual Orozco”, como una broma amistosa para los redactores. Los manifestantes que estaban cerca y que oyeron el vítor, se dirigieron al repórter y encarándose con él le dijeron:

“No es Pascual Orozco a secas sino el general don Pascual Orozco. Grite usted”.

No hubo remedio, el repórter tuvo que obsequiar la petición del pueblo, y éste tomó en brazos al repórter y lo vitoreó también.

“¡AL IMPARCIAL... AL IMPARCIAL!”

Uno de los grupos que habrían recorrido las calles más céntricas, se dirigía a la calle de Cadena, en donde había centenares de manifestantes; pero como en esos momentos llegara la fuerza federal y algunas patrullas de gendarmes montados, uno de los del grupo que también llegaba, dijo: “¡Al Imparcial, al Imparcial... vamos a apedrearlo!”

A paso de carga se dirigieron a la calle de las Damas, situándose enfrente del edificio que en otra época ocupó ese periódico.

“Aquí están los libertados por Madero, latroimparcialeros”, gritó una voz y contestaron cien: “¡Mueran los latrocientíficos!”

El edificio cerró sus puertas, y los manifestantes, advertidos por algunos de ellos que las oficinas del periódico estaban en la calle del Puente Quebrado, allí se dirigieron todos.

El pavimento de la calle está siendo reconcernido y con ese motivo hay amontonamiento de piedra triturada. Con puñados de ese material empezó a ser lapidado el edificio, entre tanto lanzaban mueras al periódico los manifestantes. Pasó una patrulla de veinte gendarmes montados, pero ello no fue inconveniente para que la demostración hostil contra el periódico continuara.

“Viva Madero, viva el general Orozco, padre de todos ustedes, latroimparcialeros, latrocientíficos”, gritaba la multitud.

Nadie salía del edificio, nadie entraba, nadie se movía.

Los tranvías eléctricos eran detenidos por la multitud, y se les dejaba libre el paso hasta que los motoristas vitoreaban a Madero y al general Pascual Orozco, “libertadores del pueblo”.

¡FUEGO...!

Más tarde pretendió el pueblo incendiar el edificio; los ánimos se habían exacerbado más y más, porque un joven estudiante pronunció un speech en la calle de las Damas, refiriéndose a todos los epítetos denigrantes, calumniosos, difamatorios, infamantes que ha aplicado el periódico, durante seis meses, a Madero, a Pascual Orozco a Vázquez

Gómez, a Francisco Cosío Robelo, a la memoria de Aquiles Serdán, al ingeniero Robles Domínguez y a todo mundo que no era científico. “Se te llegó tu día”, gritaban: “vas a morir como lo mereces, en una hoguera, latroimparcial”.

Fue realmente ésta la manifestación más ruidosa y encamizada que se verificó durante la noche. El edificio empezó a arder, pero los bomberos que se presentaron a tiempo, evitaron que el fuego tomara incremento.

FRENTE A LA RESIDENCIA DEL GENERAL DÍAZ

Decimos en otro lugar que varios de los más numerosos grupos se encaminaron a la calle de Cadena, con el objeto, según oímos decirlo a los directores, de pedir al Presidente que renunciara.

La autoridad estaba avisada de la intención de los manifestantes, y había situado previamente algunos policías en la calle. Sin embargo, eran pocos éstos, y los manifestantes sumaban centenares, por lo que se pidió el auxilio de la Inspección General y de la Comandancia. Ésta envió al batallón de Zapadores, y la Inspección mandó patrullas de gendarmes montados, y fueron además, a la casa del general Díaz el ingeniero don Gonzalo Garita, el secretario de la Inspección, mayor don Celso Acosta; el jefe de la policía reservada, don Francisco Chávez; un comandante de policía y algunos oficiales. Con estos señores estaban también el teniente coronel don Porfirio Díaz y don Patricio Batres, pagador del ejército.

Allí fue más ruidosa la manifestación que en parte alguna, exceptuando la de “El Imparcial”, pero no fue, por fortuna, de consecuencias el incidente. Las fuerzas federales y la de policía mantuvieron hasta donde es posible, el orden, y la cosa no pasó de excitativas, por medio de gritos al general Díaz, para que renunciara. “Que renuncie Corral”, gritaban frecuentemente: “que no vuelvan los científicos a tiranizarnos” gritaban otros.

DOS MANIFIESTOS

Las manifestaciones continuaron en las calles, sin embargo de los esfuerzos de algunas personas interesadas en la conservación de la paz, entre ellas el ingeniero Robles Domínguez, delegado de don Francisco I. Madero, y don Francisco Cosío Robelo, uno de los leaders

más activos de la revolución. El señor Robles Domínguez había dirigido al pueblo dos excitativas, en prevención de lo que ocurrir pudiera. Dicen así:

“Los suscritos, ingeniero Alfredo Robles Domínguez, delegado de paz del Sr. don Francisco I. Madero, y primer jefe de las fuerzas del Ejército Libertador en el Distrito Federal y en los Estados del Centro y Sur de la República, y don Francisco Cosío Robelo, segundo jefe de esas fuerzas en los mismos puntos, habiendo sabido que en estos momentos un grupo de ciudadanos provocan una manifestación tumultuosa en las calles de esta ciudad, hacen un llamamiento al patriotismo del pueblo mexicano para que guarden todo el orden y compostura, y al mismo tiempo disuelvan su manifestación, que, según los infrascritos saben, es debida a que el señor general don Porfirio Díaz no presentó hoy en la tarde su renuncia a la Cámara de Diputados, pues ha recibido el primero seguridades, de que dicha renuncia, como lo anunció la prensa bien informada de hoy en la tarde, será presentada sin falta alguna, en la sesión que se efectuará mañana.

Juzgan los infrascritos que los simpatizadores de la revolución, en la capital, para prestigio de la noble causa que ha hecho triunfar con las armas al señor don Francisco I. Madero, deben ennoblecerla con la medida y circunspección que le es merecida.

ALFREDO ROBLES DOMÍNGUEZ
FRANCISCO COSÍO ROBELO

El otro manifiesto dice:

“Como delegado del señor don Francisco I. Madero y como Jefe del Ejército Libertador en el Distrito Federal, y en los Estados del Centro y Sur de la República, y de acuerdo con los últimos arreglos y tratados hechos con el gobierno del señor general Porfirio Díaz, tengo a bien ordenar.

Primero. Que las fuerzas a su patriótico y digno mando, suspendan en absoluto todo acto de hostilidades contra las fuerzas del gobierno del señor general Díaz, como ataques a poblaciones, rancherías, haciendas; la destrucción de vías de comunicación y en general todo acto de guerra, en la inteligencia de que, aquel que no acate esta disposición será severamente castigado.

Segundo. Que dé usted todo género de facilidades para la violenta reparación de todas las vías de comunicación, prestando su contingente para este objeto, siempre que fuere necesario.

Tercero. Que haga conservar el orden de manera eficaz, dando toda clase de garantías en el territorio de su mando.

Cuarto. Que en caso de necesitar recursos de los vecinos para el sostenimiento de la fuerza de su mando, los solicite personalmente o por medio de persona debidamente autorizada, por escrito, expidiéndose, en cada caso, un recibo por triplicado, del cual uno de los ejemplares quedará en poder del interesado, otro quedará en su poder y el tercero lo remitirá éste al cuartel general.

Quinto. Que las partidas de sus fuerzas que se encuentren en territorios del Distrito Federal, se reúnan a la partida más numerosa e inmediata que se encuentre fuera de ese territorio.

Lo que comunico a usted para su conocimiento y estricta observancia. Sufragio Efectivo. No Reelección.

Cuartel General de la Zona, México, mayo 24 de 1911.

El Delegado y jefe de la zona. ALFREDO ROBLES DOMÍNGUEZ.

LA POLICÍA ASESINA AL PUEBLO

Sin embargo de la actitud discreta que al principio observó la policía, y con todo y las recomendaciones del inspector general, ingeniero Garita, los sucesos de la noche terminaron trágicamente.

No entraremos en detalles minuciosos, porque lo interesante es consignar los hechos capitales; sin embargo, tampoco omitiremos datos de importancia.

En primer lugar, diremos que el señor Garita no cesó de exhortar al personal de la policía para que mantuviera su actitud reservada, a fin de no provocar al pueblo; pero había ocurrido algo en el zócalo, que dio margen al primer ataque, de parte de la policía, para el pueblo.

Uno de los trenes eléctricos que entraba al sitio de parada, frente al Portal de Mercaderes, fue detenido por la multitud: el motorista pretendió arrollar al pueblo, y con ese motivo se entabló una disputa entre el motorista, y el gendarme Francisco Limón de servicio en la esquina de Mercaderes y San Francisco. Continuó, sin embargo, la discusión, y cuando ésta era más acalorada se escuchó una detonación de arma de fuego, a la vez que un muchacho que figuraba en los

manifestantes, caía atravesado el cuerpo por un proyectil. Ésta fue la voz de rebate.

¿Quién hizo el disparo? Los manifestantes dicen que el gendarme, y éste dice que el motorista. El pueblo se abalanzó sobre el policía, creyéndolo matador del muchacho y el gendarme huyó, ocultándose en una casa de comercio del portal de Mercaderes, contigua a la sombrerería de Tardán Hermanos. El pueblo pretendía castigar al gendarme por haber disparado y éste no salía. Siguió el pueblo frente a la casa comercial mencionada donde estaba oculto el gendarme, pero éste no salía.

Esto ocurría a las ocho y media de la noche; media hora después, había como trescientas personas en el portal en espera siempre de atrapar al gendarme.

LA POLICÍA HACE FUEGO SOBRE EL PUEBLO

De improviso, cuando nadie lo esperaba, se dejó oír la primera detonación de arma de fuego; era que la policía rompía el fuego sobre los manifestantes. Los disparos se sucedieron a intervalos cortísimos de 2 a 3 segundos. Conforme se producían las descargas caían hombres en la banqueta exterior del portal, sin vida unos, heridos otros. La multitud, presa de pavor, se dispersó en todas direcciones. La policía siguió asesinando al pueblo. Las recomendaciones del Inspector General habían sido violadas por algún Ramón Castro, el mayor de los enemigos que tiene el pueblo, si no fue por él, sería por algún otro de sus secuaces, partidarios del sistema de disolver las multitudes, aun cuando sean pacíficas como durante la celebración del Centenario sucedió, a cabalazos y sable desnudo. El futuro gobierno debe tomar en consideración que entre los miembros de la policía, entre los que usan uniformes que imitan al del ejército, hay asesinos del pueblo por más que haya directores como lo fue el brigadier don Félix Díaz y como lo es el ingeniero don Gonzalo Garita, discretos, reservados, prudentes.

Resultado: fueron recogidos siete cadáveres de gente del bajo pueblo y cuarenta heridos.

La Cruz Blanca se presentó oportunamente a prestar auxilio a los heridos, los recogió y los condujo a los sitios designados por la autoridad. La Cruz Roja no acudió. ¿Por qué?

Publicamos a continuación una lista, aunque incompleta, de los heridos y otra de los muertos.

HERIDOS

Ricardo Contreras, ferrocarrilero.- Brígido Saldívar, jornalero.- José Castellero, sastre.- Macario Arroyo, albañil.- Pablo Bautista, impresor.- Ambrosio Juárez, papelero.- Aquilino Álvarez, español.- Francisco Escobedo, trece años.- José Villagrán, gendarme de primera.- Gendarme 972.- Luis Rojas, carpintero.- Silvino Bravo, gendarme.- José Guadalupe Tristán.- Manuel Herrera.- Benito López, segundo militar.- Porfirio Díaz, niño de ocho años.- Desconocido.- Pablo Matamoros, artesano.- Sixto Santillán, gendarme.- Casimiro Alcalá, artesano.- José Pérez, gendarme.- Trigio Mendoza, comerciante.- Maximiliano Hernández, gendarme.

MUERTOS

Número 1.- Albañil herido en el corazón. Viste blusa a cuadros pequeños; pantalón a rayas, huaraches, sarape color café. Como de cuarenta años, bigote y piocha entrecanos.

Número 2.- Jornalero. Herido en la boca. De barba y bigote negros. Viste blusa a grandes cuadros, chaleco negro, sombrero de palma blanco y negro. Como de treinta y dos años de edad.

Número 3.- Artesano. Herido en un costado. La bala atravesó el cuerpo y le destrozó el brazo derecho. Viste pantalón de mecánico, camisa blanca a rayas negras. Como de veinticuatro años complexión raquítica.

Número 4.- Jornalero. Herido en el estómago. Viste saco negro, pantalón a rayas, zapatos negros. Como de veintiocho años.

Número 5.- Jornalero. Viste camisa y calzón de manta sin zapatos. Como de veinticinco años de edad.

Arnulfo Hernández. No se sabe el domicilio.

Francisco Covarrubias. No se sabe el domicilio.

SE REANUDA LA LUCHA

Durante toda la noche continuaron los manifestantes recorriendo las calles, aunque no se registraron más encuentros con la policía; pero

hoy en la mañana se registraron incidentes sangrientos, que por falta de espacio y tiempo no podemos reseñar. Bástenos decir que frente a la Secretaría de Relaciones, fue matado un hombre por un oficial del ejército y que en otra de las calles céntricas, cerca de la casa de comercio “El Paje” fueron balaceados los manifestantes, muriendo dos de ellos.

Terminada la lucha armada, Madero se dirigió a la capital de la República a bordo de un tren especial, haciendo el viaje desde Ciudad Juárez a través de los Estados Unidos, penetrando por Piedras Negras, lugar en donde yo me incorporé a su comitiva. Fue un largo y lento viaje triunfal que empezó a lo largo de todas las estaciones del tramo del lado americano, en donde gran mayoría de la población es mexicana. En Piedras Negras, fue recibido por Carranza que ya había asumido el gobierno del estado. A lo largo de la vía por uno y otro lado, las caballerías revolucionarias; las multitudes se aglomeraban en todas las estaciones, siendo aclamado como el libertador. Los ranchos, las haciendas, las minas, todos los trabajos eran suspendidos para irlo a recibir y aclamar. Era tan grande el entusiasmo del pueblo, de los de abajo, que se ensanchaba el corazón de emoción hasta las lágrimas, contemplando el arrobó, la devoción y el cariño que el pueblo le tributaba, y esto fue estación tras estación. Era tan vigorosa, tan efusiva, tan intensa la forma en que lo vitoreaban, que días después aún sentía yo en el oído el eco del grito estridente, persistente, de “Viva Madero”. Hubo momento en que retumbaba en mi oído solamente la sílaba “Ero, ero, ero”; algo que jamás, los que lo presenciamos, volveríamos a ver y a oír. Por supuesto en las ciudades grandes era una verdadera recepción, sobrando oradores. En Monclova, el capitán, literato y poeta Alfonso Zaragoza. En San Pedro de las Colonias a donde llegamos a las siete de la mañana, la recepción alcanzó proporciones apoteóticas, porque allí había vivido Madero desde 1893, en contacto íntimo, por razón de su trabajo en el

campo, con la peonada de las haciendas algodoneras de su padre, y donde había derramado a torrentes la caridad, y donde era adorado por el pueblo por su bondad, su sencillez y modestia; se puede asegurar que en San Pedro y las haciendas y ranchos comarcanos, no se quedó una sola persona en su casa para acudir a la estación a recibirlo. Allí pronunciaron sendos discursos de bienvenida dos egregios maestros de escuela: don Eduardo Maynes, propiamente del régimen que caía, y Gabriel Calzada del que emergía. Más exaltada y más nutrida, fue la recepción en Torreón, plaza que había capturado su hermano Emilio el 10 de mayo, con la cooperación de generales, de allí mismo, muy queridos por el pueblo: Jesús Agustín Castro, Mariano, Manuel y Antonio López Ortiz, Orestes Pereyra, Benjamín Argumedo, don Sixto Ugalde, el joven, ya general, Gregorio García, Enrique Adame Macías y algunos más que se escapan de mi memoria. Aquí en Torreón, las clases altas de la sociedad le dieron un banquete en el casino, con una peculiaridad que causó asombro, el que pronunció el discurso, ofreciéndole la recepción, fue el licenciado Manuel Garza Aldape, diputado porfirista, partidario exaltado del general Reyes y enemigo político, furioso, de la Revolución, que culminó su sucia carrera política, llegando a ministro del chacal Victoriano Huerta. Y lo señalo para hacer ver que hasta los más prominentes vencidos, comprendían y apreciaban el mérito del vencedor, y la conveniencia patriótica del cambio que aportaba el triunfo de la Revolución.

En Torreón abandoné el convoy que llevaba a Madero a la capital de la República; al llegar a mi humilde casa encontré las paredes pintarrajeadas con letreros insultantes, obra del enemigo, y exaltándome, obra de los amigos. La Revolución encendió tremendamente las pasiones.

Madero prosiguió la ruta a lo largo de la vía del Ferrocarril Central, siendo clamorosamente recibido, estación por estación, para llegar a México el día 7 de junio.

Quiero presentar a la posteridad la crónica y el editorial de la recepción que le prodigó el pueblo de la capital, y que publicó el periódico más encarnizadamente enemigo de Madero y de la Revolución: *El Imparcial*, dándole la bienvenida:

EL IMPARCIAL

México, D.F., jueves 8 de junio de 1911

AYER FUE PARA LA CAPITAL UN DÍA DE JUBILOSO REGOCIJO PATRIÓTICO.

POR TODAS PARTES ONDEABAN BANDERAS Y GALLARDETES EN SEÑAL DE BIENVENIDA A D. FRANCISCO I. MADERO.

ENTRE LAS ACLAMACIONES DEL PUEBLO EL SR. MADERO PENETRÓ AL PALACIO NACIONAL PARA SALUDAR AL SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

La recepción que el público metropolitano hizo ayer al señor don Francisco I. Madero, Jefe de la Revolución, fue de lo más entusiasta, y su recuerdo será duradero en cuantos la presenciaron.

Como la llegada del jefe revolucionario fue anunciada para las diez de la mañana, el público, numerosísimo y de todas las clases sociales, empezó a congregarse en la estación del Nacional, desde las ocho, al grado que a las nueve era ya difícil hacerse de lugar entre la multitud compacta. Delegaciones de diversos clubs políticos, portando sus estandartes respectivos, automóviles cubiertos con banderas y ramas se mezclaban en pintoresco abigarramiento, con grupos de soldados revolucionarios que, ya montados o infantes, quisieron dar la bienvenida al "leader". La palabra "orden" veíase multiplicada en estandartes, guiones y gallardetes multicolores, y el orden no fue turbado en la estación del Ferrocarril, sino en parte insignificante, apreturas, empellones, etc., etc., cosas que son inevitables tratándose de multitudes.

LAS CALLES A LAS OCHO DE LA MAÑANA

Presentaban el aspecto de los días de gran fiesta, multitud de casas, tanto en los barrios como en las principales arterias de la ciudad, habían sido adornadas previamente en honor del señor Madero. Vimos, pues, multitud de banderas nacionales y extranjeras ondear en diversas casas; mástiles con jardineras y gallardetes hasta la desembocadura del Paseo de la Reforma, donde se encuentra la estación de Colonia. Compactos grupos de manifestantes en correcta formación, afluían por las bocacalles al mencionado Paseo, y las avenidas Juárez y de San Francisco, para tomar el sitio previamente indicado por los organizadores. A las nueve de la mañana era muy difícil transitar por el centro de la metrópoli.

Continuamente se veían grupos de revolucionarios ir y venir por los puntos donde había mayor tráfico, pues tuvieron la comisión de vigilar el orden, que a decir verdad, no fue alterado. El comité organizador de la manifestación, dividido en varios grupos, recorría sin cesar, en automóvil, todos los lugares donde estaban tendidos los comités de los ciento ventidós clubs inscritos para tomar parte en el desfile. Siguen el orden en que estaban formados los clubs, pudimos anotar los nombres que, en otro lugar, transcribimos.

NO HUBO TRÁFICO DE TRENES

La Compañía de Tranvías interrumpió el tráfico desde hora temprana, y a eso se debe que el número de peatones que circulaban por nuestras calles y el número de personas que ocupaban carruajes y automóviles, particulares y de sitio, fue inmenso. Nosotros recorrimos todo el derrotero que marcaba una doble hilera de manifestantes, hasta llegar a la estación del Ferrocarril Nacional.

Una numerosa comisión de manifestantes montados esperaba cerca de dicha estación. El patio de ésta, se veía literalmente lleno de gente. Una numerosa comisión de revolucionarios del Sur, también montados, se ocupaban de mantener el orden, pues a cada momento la gente pretendía pasar a los andenes de la estación. Las puertas que conducen a éstos estaban cerradas, y sólo se abrían de tiempo en tiempo, dejando pasar únicamente, como estaba dispuesto, a las personas poseedoras de tarjetas expedidas por el Gobierno del Distrito, como antes dijimos.

Una banda uniformada con el traje que generalmente usaron los revolucionarios en la campaña, estuvo tocando durante todo el tiempo que la concurrencia estuvo en espera del señor Madero.

LA FAMILIA DE SERDÁN

Al presentarse en la estación la señora Filomena del Valle viuda de Serdán, el público la recibió con múltiples demostraciones de simpatía. La señora Serdán daba el brazo al Lic. Carlos Mora y Zorrilla, y era seguida por las señoritas Carmen Serdán, Inés y Ángela Alatraste, quienes daban el brazo a los señores Feliciano Rodríguez, Lic. J. Zendejas y José A. Fabián, respectivamente. El grupo iba vestido con severos trajes de luto, y era acompañado por una comisión de señoritas pertenecientes al club “Aguiles Serdán”, vestidas de blanco y portando bandas rojas, cruzadas sobre el busto.

Al lado de la señora Serdán, una persona portaba el bouquet que más tarde sería ofrecido a la señora Sara P. de Madero.

COMISIÓN DE ESTUDIANTES

Todas las escuelas profesionales de la capital enviaron a la estación Colonia sus representantes especiales, acompañados de los portaestandartes de los planteles, en el orden siguiente: Escuela de Agricultura, señor José Marés; de Bellas Artes, señor Alfonso Balarez; de Comercio, señor Gumersindo Méndez; Dental, señor Moisés Ramos; Leyes, señor H. Ortiz; Ingenieros señor J. Araiza; Normal de Profesores, señor Domingo Cáñez, y Conservatorio Nacional de Música, señor J. Gallardo.

Otra comisión de estudiantes tomó parte en cuidar porque el orden no fuese alterado, y cooperó en ello junto con las comisiones de orden, pertenecientes al club “Aguiles Serdán”.

AGRUPACIONES POLÍTICAS

Los diversos clubs políticos anti-reeleccionistas, junto con algunas sociedades mutualistas y con los representantes de varios periódicos políticos, también enviaron sus correspondientes delegaciones y estandartes. Entre los últimos vimos los de las publicaciones “Arte y

Ciencia”, “El País”, “Diario del Hogar”, “Gaceta Liberal”, “Gente Nueva” y “México Nuevo”. Con respecto a los clubs, allí estaban representados los siguientes:

Club 25 de mayo de 1911; Club Mártires de Padierna; Club Democrático Colonias P. y Vallejo; Club Complot de Tacubaya; Club Rito Nacional Mexicano; Club Justicia y Progreso; Gran Liga Unida; 5º. Distrito Electoral; Ex-reos Políticos; B. Juárez Pachuca; Club Baz Nieto; Ambrosio Figueroa; Club Carmen Serdán; F.I. Madero, Cojotepec; C.D. Héroes C. Juárez; Club Occidental Jalisciense; Club Libertador Morelos; Club Mártires de Río Blanco; Club Libertad F.I. Madero; Club Vicente Guerrero; Asociación Cristiana de Jóvenes; Constitución y Reforma; Obreros de Chalco; Obreros Palacio de Hierro; Empleados Federales; Asociación General de Magisterio; Centro Comercial; Sociedad Moralidad Hijos de Hidalgo; Liga Mercantil; Mecánicos de Talleres de Santiago; Dependientes de Restaurants; Mecánicos Talleres del F. C. Hidalgo; Chauffeurs; Gremio de Pintores; Agrupación Columna Guerrero; Círculo de Plomeros; Agrupación Obreros Cemento Armado; Voluntarios para Guerra Extranjera; Agrupación Obrera C. del Rastro; Fábrica de Dulces “La Argentina”; Sociedad Cooperativa de Carruajes, Ramón Rivero; Grupo Juvenil de Obreros; Litografía Española; Enfermeras, Hospital General; C. Aquiles Serdán, Tacuba; Gremio de Cargadores; Comerciantes Lagunilla; Grupo de Tapiceros; Gremio de Albañiles; Club República; Partido Libertador; C. Popular; Club Liberal Morales; Luis Moya.

Partido Antirreeleccionista; Aquiles Serdán; Melchor Ocampo; Ejército Libertador; Prensa Independiente; Club Ley; José María Morelos; Club Chihuahuense; Benito Juárez; Club Anáhuac; Club Prieto; Maderista; Club Justicia; Club Iris; Club N. Bravo; Club Renacimiento; Obreros Antirreeleccionistas; Club Silva; Ferrocarriles (Gremio) y Club Libertad; Ramón Corona; Partido Nacionalista Democrático; Club Licenciado Verdad; Club Hijos de Cuauhtémoc; Unión Democrática; Carlos Pacheco; Joaquín Francisco de Lizardi; Xicoténcatl; Democrático Guerrerense; Guadalupe Victoria; Mártires de la Democracia; Mártires de Veracruz, Cuitláhuac; Ignacio Ramírez; Héroes de Chapultepec; Libertad Progresista; Ignacio Allende; Guadalupe Victoria; Juan Álvarez; Club Femenil Francisco I. Madero; Club Libertador; Club Femenil Sara P. de Madero; Club Hidalgo; Club Carlos Salazar; Club Obreros Libres; Club Francisco I. Madero, Tlalpan; Club Benemérito

de las Américas; Club Cuauhtémoc, Club Héroes de la Democracia; Club Ignacio Zaragoza; Club Plan de Ayutla de Señoritas; Club Francisco I. Madero, Xochimilco; Club Héroes de Ciudad Juárez; Club Santos Degollado; Club Comisión del Estado de Guerrero.

COMISIONES REVOLUCIONARIAS

Varias fueron las representaciones que a la estación enviaron los cuerpos revolucionarios, que hicieron la campaña en diversas partes de la República; además, por parte del cuartel general revolucionario del Sur, allí estaban los señores ingeniero y licenciado Robles Domínguez, acompañados de los señores Juan Tirso Reinoso, Miguel Navarro Angulo, José Aguilar y Luis G. Villalpando, llevando todos trajes amarillos y cascos coloniales. En el interior de la estación, en el andén, formaron valla a ambos lados de las vías, revolucionarios de los jefes maderistas, Asúnsolo, Hernández, Zapata, Estudillo, Coro y otros. Mucho llamó la atención del público la presencia de Esperanza Echeverría, muchacha revolucionaria de Yautepec, que, vistiendo traje masculino, ordenaba, sable en mano, el lineamiento de la valla. Reporteros y fotógrafos la asediaron, y varias veces la ancha falda de su sombrero se llenó de las flores que el pueblo le arrojaba.

ESCOLTAS PARTICULARES

Además de las escoltas y guardias formadas por revolucionarios, hubo otras integradas por elementos particulares; entre éstas figuraba una de cincuenta montados, organizada por el señor José S. Bucher. Todos llevaban buenos caballos y vestían trajes de kaki, polainas y sombreros del mismo género.

Entre estas escoltas, y como la más numerosa y variada, consignamos la formada por un gran número de autos, coches, tilburys y landeaux, mezclados en democrática unión con buggies y aun con carricoches embanderados.

EN EL ANDÉN

Hacia las nueve y media de la mañana, se permitió el paso al andén de la estación a las personas tenedoras de pases especiales siendo una

buena parte de éstas reporteros y fotógrafos de la prensa. Aunque se quiso impedir la entrada del “grueso público”, eso no se logró en una parte pequeña, pues si las puertas permanecían cerradas, las tapias laterales de la estación no estaban muy altas, y aunque es cierto que estaban erizadas de vidrios, éstos desaparecieron como por encanto, no sin cortar pocas ropas, por cierto.

El grupo principal que se formó en el andén era el que rodeó a la familia Serdán, y que poco a poco fue aumentando; allí también vimos a los señores Gobernador del Distrito e Inspector General de Policía, a don Ernesto Madero y al General Loynaz del Castillo, quien fue saludado con ruidosos ¡vivas! a la República de Cuba. El señor Ministro cubano correspondió al saludo del público dirigiéndole unas breves y valientes frases.

LLEGA EL PRIMER TREN

A las once y treinta y cinco minutos, el lejano pitazo de un convoy que se aproximaba, seguido de un toque de “atención”, dado por un clarín revolucionario, indicaron al público que llegaba el primer tren. Era el tren que la víspera había salido a encontrar al Sr. Madero, y lo ocupaban una delegación del club “Águiles Serdán”, los enviados por los gremios estudiantiles, Sres. Santiago González y Luis Jasso. Más tarde, llegó el tren del “Club Ley”; siguió otro que traía fuerzas de Sixto Ugalde y Navarro; vino después el del señor Felipe Barros, y por fin, llegó el del Jefe de la Revolución a las doce y veinte del día. La locomotora de este tren, venía adornada con lienzos tricolores, y al entrar al andén fue saludada con grandes aplausos por el público.

En el coche número 3,504, venía el señor Madero, acompañado por un grupo de parientes, amigos y compañeros en la contienda política. Apoyado a la barandilla trasera del coche, el señor Madero saludó a la multitud repetidas veces; vestía traje negro y sombrero de bola.

La señora viuda de Serdán y la esposa del señor Madero se saludaron con efusión; entrególe doña Filomena el bouquet a la señora de Madero, quien invitó a la obsequiante para que pasara al interior del coche, en donde venían las señoritas hermanas del “leader”, Ángela y Mercedes, don Francisco Madero (padre), don Gustavo y don Raúl Madero, acompañados de sus esposas; el revolucionario Giuseppe Garibaldi y los señores don Francisco Vázquez Gómez, Secretario de

Instrucción Pública; Eduardo Ruiz, Cándido Navarro, Pedro Antonio Santos. Llegaron también los corresponsales de periódicos extranjeros: del “New York Times”, del “Herald”, del “Journal”, de la Prensa Asociada, de la Unida, de algunas publicaciones locales y el señor Juan Sánchez Azcona, nombrado Secretario Particular del señor Madero.

MOMENTOS ANTES DE LA LLEGADA

Tres convoyes llegaron a la estación del tren que conducía al leader de la revolución. Como la multitud que aguardaba afuera de los andenes, no estaba al tanto del número de trenes que antecedian al de aquél, tres veces tuvo que lamentar equivocaciones y esperar nuevamente, hasta que al fin se anunció la llegada del convoy, y entonces se hicieron grandes demostraciones de júbilo. El tren, como dijimos, llegó a las doce y dieciocho. Pero el señor Madero tardó en salir cerca de una hora, pues fue objeto de distintas demostraciones, de que hablamos en otro lugar.

LA BIENVENIDA

Cuando la multitud calmó un tanto sus demostraciones de júbilo, el señor Gilberto Hidalgo de parte de las agrupaciones políticas amigas, dijo un discurso de bienvenida al señor Madero. El orador fue aplaudidísimo. Después las notas de la Banda de Policía y de otras músicas se mezclaron a los toques de la campana de la estación, lanzada a vuelo, y a los pitazos de las locomotoras; y en medio de aquellas entusiastas demostraciones, el desfile se empezó a efectuar, como sigue:

SE ABREN LAS PUERTAS

Al fin se abrieron las puertas para dar paso a los viajeros. En esos momentos, un grito unánime llenó todos los aires, y al presentarse el señor Madero, cayó sobre él una lluvia de flores naturales. Un soberbio carruaje tirado por cuatro caballos de hermosa lámina, fue el designado para el viajero.

Ocupó el señor Madero dicho coche, llevando a su derecha, a la señora Sara P. de Madero, su esposa, y dentro del mismo carruaje, tomaron asiento los miembros de su Estado Mayor, entre los que figuraban Giussepe Garibaldi, Raúl Madero, Eduardo Hay y algunos otros. Se organizó la marcha, llevando a su vanguardia y retaguardia multitud de correligionarios suyos, a caballo. Más de trescientos charros montados formaban el séquito. Además de los señores mencionados anteriormente, llegaron con ellos cerca de doscientos hombres armados, que formaban la escolta del señor Madero.

DE LAS DOCE A LAS DOS DE LA TARDE

Una vez que vimos que se ponía en marcha el carruaje, nos trasladamos al Zócalo, donde pudimos presenciar su llegada. Toda la calle de frente a Palacio y todas las demás por donde pasó la comitiva, estaban totalmente llenas de gente. Los balcones y azoteas se veían también henchidos de público ansioso de ver pasar al huésped de la ciudad de México. Miles de ramos de flores se arrojaron al paso de la comitiva, así como también gran cantidad de confetti y serpentinas.

Cerca de las doce y media comenzó el desfile, siendo muchas veces interrumpido, porque la muchedumbre traspasaba con frecuencia la valla formada. Muchos carruajes, muchos automóviles, centenares de banderas y estandartes y miles de voces saludando al señor Madero. Al fin, hasta las dos y doce minutos de la tarde, se avistó el carruaje donde venía el leader llegando con dificultad a la puerta de Palacio.

EN EL PALACIO NACIONAL

Desde muy temprano presentó el Palacio Nacional el aspecto de un vivac militar. Había una excesiva precaución en el recinto nacional, en que aparecían guardias y destacamentos en las puertas de entrada, los pasillos, los corredores, los patios y al pie de las escaleras. Las armas en pabellón y las cananas llenas de tiros, daban un aspecto doblemente militar al Palacio Nacional.

Costaba un triunfo llegar hasta los salones presidenciales. Los guardias, escalonados en las escaleras y en las puertas dificultaban el paso a todos, inclusive los periodistas, para quienes ni una orden había de la Comandancia Militar que los librara de aquella extraordinaria vigilancia.

Al fin, y gracias a la amabilidad de uno de los secretarios del señor Presidente, pudimos llegar a los salones presidenciales, donde el señor licenciado De la Barra departía con el señor Ministro de Hacienda, don Ernesto Madero, y con sus hermanos, los señores don Bernabé y don Ignacio, en espera del momento en que llegara el “leader” de la Revolución.

LARGO RATO DE ESPERA

La llegada del señor Madero había sido fijada para la diez de la mañana, pero dieron las once y las doce sin que se presentara la comitiva, y empezaron a impacientarse el público que se aglomeraba en la plaza de la Constitución y las personas que aguardaban aquel momento en el Palacio Nacional.

Los honores toques de las campanas de la Catedral anunciaron las doce y dieciocho minutos, hora del arribo del tren especial a la estación Colonia, y se arremolinaban las multitudes que creían llegado el momento que con tanta ansia se esperaba.

(Continúa un párrafo ilegible del periódico)

SE PRESENTA EL SEÑOR MADERO

Hecho el desfile en la forma en que decimos arriba, y que despertó viva curiosidad en el público, que tenía deseos de conocer de cerca a los jefes maderistas de quienes tanto se ha hablado, se presentó el señor Francisco I. Madero en un coche a la “Dumon”, tirado por cuatro caballos blancos, enjaezados lujosamente, y guiado por palafreneros de peluca blanca y media de seda.

La presencia del señor Madero desbordó el entusiasmo del público. Se le vitoreaba sin cesar, y el “leader” inclinaba la cabeza, agradeciendo el homenaje y agitaba el sombrero. En el coche, acompañaban al señor Madero, su hermano Raúl, Giuseppe Garibaldi y algunas otras personas, y le seguían su guardia, la guardia de que tanto hablaron los cablegramas de la Prensa Asociada. Esta guardia está compuesta de buenos jinetes que visten a la usanza nacional, y que portan espada. Entre las aclamaciones del pueblo, el señor Madero penetró al Palacio Nacional y abandonó el coche en el patio central. De allí fue con su

esposa, la señora doña Sara Pérez de Madero, hasta la escalera de honor. Vestía el “leader” un jaquet negro y pantalón a rayas, y su semblante era distinto al que presentaba hace varios meses; se retrataban en él los sufrimientos de la campaña y el penoso viaje en ferrocarril. Eran las dos y media de la tarde, cuando el señor Madero subió por la escalera de honor, acompañado de tres ayudantes del señor Presidente. Penetró por el departamento de los ayudantes militares, siguió por las salas de espera y por el salón de embajadores, hasta llegar al salón verde. Iba con su esposa, y al encontrar en el salón verde al señor Lic. De la Barra, no pudo contener el señor Madero una sonrisa de satisfacción, la misma sonrisa que lo caracteriza en todas sus conversaciones.

PALABRAS CON EL SR. DE LA BARRA

El señor Madero saludó al señor Presidente, quien le dijo entonces que sentía gran satisfacción de su llegada, porque ello significaría un avance en nuestras instituciones democráticas, y la realización definitiva de la paz en toda la República. El señor Madero agradeció las palabras del señor Lic. De la Barra y replicó que era para él, una muy grande satisfacción la de haber hallado con las riendas del Gobierno, a una persona reconocidamente patriótica y hábil. Después hizo una alusión a la nobleza del pueblo, y el señor Lic. De la Barra replicó que de esa nobleza estaba bien convencido, porque el día de su toma de posesión, después de su regreso a Palacio, había salido con su señora esposa, en una carretela descubierta, sin llevar más escolta que la del pueblo que lo rodeó, conduciéndolo con tales demostraciones, que no pudieron menos de impresionar su espíritu.

Entonces el señor Madero dijo:

–Voy a presentarle a usted al general José Garibaldi.

El señor Lic. De la Barra estrechó la mano del nieto del gran Garibaldi.

–Éste es mi hijo Raúl, dijo entonces el señor Francisco Madero, sénior.

–Es grande el parecido que tiene con usted replicó el señor Presidente. Raúl Madero es hermano del jefe de la revolución, y se mezcló en las aventuras revolucionarias cuando apenas había acabado su educación en los Estados Unidos. En el combate de Casas Grandes, estuvo a punto de caer en manos de las tropas federales.

MADERO SE DIRIGE A SU RESIDENCIA

Todos los acompañantes del señor Madero, que han tomado parte en la campaña, vestían de kaki, y llevaban los rifles que emplearon en la lucha que acaba de terminar. El que más buena acogida tuvo fue Pérez Castro, hijo del general del propio apellido y quien cuenta con innumerables amistades en esta metrópoli. Pérez Castro vino en el tren da Madero desde Aguascalientes.

Después de las palabras que arriba transcribimos y que se cambiaron con el señor Presidente de la República...

(Párrafo ilegible del *Imparcial*)

El regreso del “leader” de la Revolución, se hizo por frente a los portales de la Diputación y de Mercaderes, Avenida de San Francisco, Avenida Juárez, Paseo de la Reforma y Colonia Juárez hasta llegar a su casa de la calle de Berlín.

Antes de abandonar el Palacio Nacional, el señor Madero salió al balcón central de Palacio, en compañía del señor licenciado De la Barra, y recibieron ambos las aclamaciones del pueblo que estaba congregado en la plaza. Ésta se veía completamente llena de público. Por la tarde, el “leader” de la revolución recibió muchas felicitaciones.

LA CONDUCTA DEL PUEBLO

Durante todo el día de ayer y hasta las horas de la noche, entusiastas grupos de manifestantes recorrieron las principales calles de la ciudad en perfecto orden y compostura. Corporaciones pintorescas de cargadores, de motoristas, de boleros, de torcedoras, papeleros, etc., etc., iban por la calle dando muestras ruidosas de su alboroto. Su actitud se redujo a cantar el Himno Nacional y a lanzar vivas. Lapidaciones no las hubo, como sucedió en las manifestaciones pasadas. Los grupos de manifestantes solamente querían dar la nota alegre y su júbilo atronó el aire hasta más allá de la medianoche.

Remarcable fue el detalle de que un grupo más entusiasta por ver a Madero se encaramara sobre las estatuas de Colón y Carlos IV y en los eucaliptus y fresnos de la Reforma, pero todo ello fue hecho sin escándalo y tuvo un carácter simpático. La cultura y exquisita

corrección con que se ha portado el pueblo, es una prueba de que ha recapacitado sobre cuál debe ser la conducta de un pueblo digno. No hay que restarle tampoco importancia a las medidas dictadas con alta cordura, y por parte de los clubes organizadores de la recepción, ya por la de los señores Gobernadores del Distrito e Inspector de Policía.

EL IMPARCIAL

Viernes 9 de junio de 1911

FRENTE AL PROBLEMA

NUESTRO SALUDO AL SEÑOR MADERO

Breves, pero sinceras, serán las palabras que nos creemos en el deber de dirigir al jefe de la revolución vencedora, en tanto que descansan los ecos de su fatiga y de reproducir y de llevar por todos los ámbitos de la República, las voces delirantes de una estupenda apoteosis popular. Y esas palabras, no contaminadas por la adulación, no enloquecidas por el entusiasmo, no pringadas por la falsedad, deseamos que en el corazón del hombre aclamado resuenen con la fuerza, de bronce sonoro, de la verdad que no se enmascara ni se enflora, que no se ensaya artificiosas y sutiles sonrisas, que no encubre su desnudez con las galas de las metáforas cortesanas.

EL IMPARCIAL, no está sujeto, por ahora, a las fórmulas de ningún partido político, ni se prepara a presentar ninguna candidatura, ni milita bajo ninguna bandera. Está solo y sin compromisos, y esta ventaja de su situación presente, le permite ver con mayor seguridad, pensar con mayor amplitud, obrar con más reflexionada y serena cordura. Dispuesto a que las actuales agitaciones no le perturben ni lo ofusquen, desea, en primer lugar, por encima de cualquier otro propósito dar su contingente, en esta contribución civil urgentísima, para salvar a la Nación de amenazadoras catástrofes, para ayudarla a sortear no desaparecidos peligros. Y por este concepto, hemos dicho mal al asegurar que EL IMPARCIAL no pertenece a ningún partido. Sí, pertenece a uno, y de suprema importancia, y el único quizás que debe subsistir en estos momentos: el partido de la paz, el partido del orden, el partido de la civilización.

Está bien: el señor Madero ha agitado hasta en sus últimas capas a la sociedad mexicana. Y no vacila nuestra lengua ni tiembla nuestro pulso, al confesar aquí que los hechos han demostrado con bastante evidencia, que sanas energías y nobles impulsos mueven la voluntad y encaminan las acciones del señor Madero. En estos últimos días ha dado las mayores pruebas, en sus palabras y en sus actos, de una simpática buena fe. El señor Madero podrá errar; parece que no quiere engañar. Que esta declaración que hacemos a pecho abierto, se comente con villanía o con rectitud, poco nos importa. Despreciando el insulto o agradeciendo el elogio, no se alterará la tranquilidad de nuestra conciencia. Pero creemos que el señor Madero debe tomar nota de tal declaración, que viene de uno que fue ayer adversario franco, y es hoy, despojado de ese carácter por el empuje de los acontecimientos, un desinteresado y libre obrero en la reconstrucción del bienestar nacional.

El jefe de la revolución ha gritado por todas partes: libertad, libertad. Y el pueblo ha temblado, como el océano sacudido por los brazos de la borrasca. Bien está: que el más santo ideal de la vida entibie y alumbre los bajos fondos de una raza de prehistóricas sumisiones, cuya existencia oscura, al margen de nuestro progreso, constituye un problema étnico de profundidad pavorosa.

Solamente que tememos que la libertad administrada a grandes dosis en organismos sociales no preparados, perturbe el funcionamiento político por anárquica interpretación de las leyes y rompa o debilite los lazos que deben atar entre sí a las autoridades, para que formen éstas la indispensable unidad del régimen. Necesítase, pues, no de la libertad que embriague, sino de que fortifique; no de la que prepondere por la rebeldía, sino de la que discipline por el ejercicio del derecho y el cumplimiento del deber.

Y no basta para esto la buena intención, ni el deseo noblemente sentido y entusiastamente transmitido: es preciso educar la acción, moderar el impulso, refrenar el instinto regresivo que aparece en toda multitud que, cualquier parte del mundo, se pone en contacto con los grandes intereses de la colectividad. No es ésta por cierto, una obra rápida; no se puede pasar de un salto heroico, de un estado civil determinado por viejas causas económicas y sociales, a otro estado mucho mejor y más alto, y no cambiar, porque no está en la posibilidad humana, con igual aceleración esas mismas causas.

Hemos sido siempre, seremos siempre, partidarios decididos del sistema democrático; pero nuestros celos, nuestras dudas, nuestros escepticismos presentes y pasados, no provienen sino de los medios de poner en práctica y de realizar con eficacia ese gran sistema del gobierno del pueblo por el pueblo.

Incesantemente se presenta en nuestros recuerdos la serie dolorosa de nuestras vicisitudes históricas, a las que, por el vigor metódico del raciocinio, aplicamos aquella gran ley de que habla Greef, la de la homogeneidad de los fenómenos sociales, “según la cual, en las mismas condiciones, los propios hechos se producen de idéntico modo en el tiempo y en el espacio, en virtud de la constancia y de la fijeza relativas y primordiales del medio inorgánico y de la unidad fundamental de la constitución fisiológica y psíquica del género humano”.

Pero el señor Madero, entre sus promesas, no trae sólo la de la libertad, sino la de la justicia. Y tiene razón. Aquélla sin ésta no será nunca libertad, sino libertinaje. No queremos vacilar en creer que el mecanismo y el personal del poder encargado de impartir la justicia, será reformado y retocado hasta limpiarlo de impurezas. Ya es ésta una magna labor. Porque en las raigambres de la vida nacional, bullen los jugos de seculares hábitos inicuos, de viejas formas, de jurisdicción imponderada que resistirán, como los árboles añosos de nuestras selvas, a los golpes del hacha más cortante y vigorosa.

No es tampoco obra rápida, ni de buena voluntad, ni de noble anhelo solos, ésta de la reforma y purificación de la justicia. Es preciso meditar mucho y proceder con suma cautela; a este ideal, como al otro, no se va de un vuelo, sino afirmando bien los pies sobre la tierra resistente. Mas si el poder judicial y el legislativo deben caminar con paso seguro y lento, la que sí puede y debe hacer justicia desde luego, y amplia y generosa justicia, es la revolución. Puede y debe borrar fronteras de odio, calmar las agitaciones funestas, hacer respetar en lo de adelante la prosperidad y la vida humana, soliviar, con estricta prudencia, el peso de los infortunios que ha causado, poner la azada en las manos que la dejaron para tomar el fusil, y procurar que un olvido benéfico caiga sobre vencedores y vencidos, para que se aprovechen las fuerzas sanas de unos y otros en provecho de la República.

Nos complace manifestar que algunas disposiciones dictadas por el nuevo Gobierno, como los elogios, recompensas y honores al Ejército

Federal, tienden a estos propósitos. Todavía, sin embargo, se oyen en varios elementos oficiales, los ruidos de la lucha, los toques de clarín rebelde, los vocablos ardientes y vengativos de la arenga incitadora a la crueldad; pero estamos seguros de que esa pomposa y efectista retórica pasará muy en breve, y el lenguaje oficial llegará a perder en brío todo lo que gane en seriedad y persuasión.

El señor Madero ha empezado a ser desde hoy, una figura de incalculable importancia, la primera figura en el Gobierno de la Nación. Pensamos que nada se hará de trascendencia sin su consulta y su consejo, y que él, que ha deseado con tanto ahínco la salud de la Patria, pondrá inmediatamente esa buena voluntad que posee en tan elevado servicio para merecer, con más completa justificación, el triunfo del voto en los próximos comicios.

Y con sus compañeros, de labor y de victoria, meditar ante todo, en un problema que no queremos tratar en este artículo, por delicado y tremendo al mismo tiempo: el problema económico al cual se subordinan los otros y que se está planteando, por la ineludible fatalidad de los sucesos, con terribles factores hechos de tiniebla y amenaza.

Por nuestra parte, sin herir, sin lastimar, sin derramar corrosivos de malignidad sobre carnes heridas o llagadas o punzar con hierros impuros las hojas de laurel que se yerguen en las frentes coronadas, seguiremos nuestro emprendido trabajo, de poner, al igual de los ciudadanos conscientes de su obligación, nuestros esfuerzos de este país que clama ya por la vuelta del orden y la prosperidad.

Madero dirigió un Manifiesto que debe conocerse sobre todo por lo que les previene a los ricos y a los hacendados:

CONCIUDADANOS:

Desde que crucé el Río Bravo hasta la Capital de la República y después en mi gira por los Estados de México, Morelos y Guerrero, he sido constantemente saludado con las aclamaciones del Pueblo. En mí saludan mis compatriotas, el advenimiento de una nueva era, era de libertad que será fecunda para nuestra Patria y desarrollará sus energías en los diferentes campos de acción, permitiendo a la República Mexicana marchar sin tropiezo por el ancho sendero del progreso.

Pero es mi deber declarar con toda lealtad, que el triunfo pertenece esencialmente al pueblo, que sólo tuve el mérito de tener fe en él y de invitarlo a la lucha con la seguridad de que sería el vencedor. Por tal motivo, he aceptado las aclamaciones del pueblo que me proclama como vencedor, únicamente como Jefe y miembro del Ejército Libertador, que es quien, representando las aspiraciones populares y secundado vigorosamente por la opinión, obtuvo el triunfo que todos celebramos con inmenso regocijo.

Hacía muchos años, me había dado cuenta de la triste situación porque pasaba nuestra querida patria y desde entonces principié mis trabajos. Comprendí que el único medio digno de celebrar el Centenario de nuestra Independencia era conquistar nuestra libertad, y me prometí dedicar todos mis esfuerzos para la realización de tan hermoso ideal. El éxito más lisonjero los ha coronado, y junto con el Pueblo Mexicano, tengo la inmensa satisfacción de contemplar a nuestra Patria libre, y al pueblo en posesión de todos sus derechos, como único legítimo soberano.

Los escépticos de todos los tiempos, los que creían que en el pueblo estaban dormidas todas las energías y todos los heroísmos, creen ahora que no será capaz de gobernarse por sí solo. Yo, que siempre he tenido fe en él, estoy convencido que así como fue invencible en la guerra y noble con los vencidos, sabrá gobernarse con serenidad y sabiduría.

Una vez que la Revolución ha triunfado y habiendo yo renunciado a la Presidencia Provisional, he quedado convertido en un simple ciudadano, formando por tal motivo, parte integrante del pueblo. Pero como a los actuales gobernantes los considero también parte del pueblo, porque ya no son sus opresores sino sus mejores amigos, a todos me dirijo en el presente manifiesto:

AL PUEBLO SUFRIDO Y TRABAJADOR,

para decirle que todo lo espero de su sabiduría y su prudencia. Que me considere su mejor amigo; que haga uso moderado y patriota de la libertad que ha conquistado y tenga fe en la justicia de sus nuevos gobernantes; que colabore con ellos para el engrandecimiento de la Patria; que trabaje por elevarse de nivel, pues si su situación bajo el punto de vista político ha sufrido un cambio radical; *pasando del*

papel miserable de paria y esclavo a la altura augusta del ciudadano, no espere que su situación económica y social mejore tan bruscamente, pues eso no puede obtenerse por medio de decretos ni de leyes sino por un esfuerzo constante y laborioso de todos sus elementos sociales. Que tenga seguridad de que el nuevo gobierno y yo también, en cualquier esfera que me encuentre, dedicaremos todos nuestros esfuerzos para que mejor su situación; pero para lograrlo, necesitamos su cooperación constante y laboriosa. Que sepa que su felicidad la encontrará en sí mismo, en el dominio de sus pasiones, en la represión de sus vicios, que la prosperidad y la riqueza sólo podrá lograrlas practicando el ahorro y desarrollando su fuerza de voluntad, a fin de obrar siempre como se lo aconseje su conciencia y su patriotismo y no como le inspiren sus pasiones. Por último, que busquen la fuerza de la unión y tenga por norma en todos sus actos la ley.

A LOS CAPITALISTAS:

Me dirijo también para decirles que el Pueblo ha conquistado sus libertades y su soberanía; que no esperen ya pretender oprimirlo formando camarillas alrededor de los gobernantes, pues éstos, legítimos representantes del Pueblo, inspirarán siempre sus actos en un sentimiento de estricta justicia. Que tengan la seguridad de que se les dará protección siempre que la justicia esté de su lado; pero no cuenten con la impunidad de que en otros tiempos gozaban los privilegiados de la fortuna, para quienes la ley era tan amplia, como era estrecha para los infortunados; que se resuelvan, pues, a entrar francamente en la nueva vía, comprendiendo que la justicia será inflexible para todos; que el más *miserable trabajador de sus haciendas* tiene los mismos derechos políticos que ellos y que será igual ante la justicia y la Ley. Que se resuelvan a entrar en esta nueva vía, tratando equitativamente a sus sirvientes y haciéndoles las concesiones que sean compatibles con el recto sentimiento de justicia, pues deben de considerarlos como sus humildes, pero eficacísimos colaboradores.

A LOS GOBERNANTES:

en quienes el pueblo ha depositado su confianza, me permito recordarles, que inspirados en el sentimiento de justicia a que he hecho

mención más arriba, deben dirigir sus esfuerzos a fin de que los encargados de administrar justicia sean hombres rectos y desapasionados. Que los impuestos sean repartidos equitativamente, para lo cual será necesario hacer una escrupulosa revisión de los catastros, porque hasta ahora los más grandes capitales y propietarios, pagan iguales irrisorias o impuestos en proporción muy inferior a los que pagan los pequeños propietarios. Mientras la ley no determine otra cosa, deben repartirse los impuestos con absoluta equidad. Pero me permito recomendar, como una de las aspiraciones legítimas del pueblo, que se procure disminuir o anular los impuestos a los que *sólo tienen un pequeño pedazo de tierra* o que ejercen el comercio de artículos de primera necesidad en ínfima escala.

También es necesario que investiguen los hechos de la pasada administración, para que se exijan las responsabilidades debidas, y pueda la justicia resplandecer en todo su brillo.

AL EJÉRCITO LIBERTADOR:

le recomiendo que ya que supo estar a la altura de su misión en la pasada etapa y derrocó a la tiranía, sepa elevarse al nuevo rango que le corresponde al ser representante de la Ley y guardián del orden, y que así como supo combatir a los que, como sostenedores de la dictadura, eran enemigos del pueblo, así sepa dominar a todos los que con cualquier pretexto intenten alterar el orden público, pues en lo sucesivo, desde el momento que todos los ciudadanos pueden tener seguridad de que se impartirá justicia, no tendrán razón para hacer ninguna reclamación a mano armada, y debe considerarse como enemigo de las instituciones y de los más altos intereses del pueblo, cualquiera que pretenda alterar el orden.

AL EJÉRCITO NACIONAL:

deseo se regocije junto con todo el pueblo por el triunfo obtenido, por la libertad conquistada; libertad de la cual también disfrutará. Que no hay motivos para que sus miembros se consideren derrotados porque el Ejército no fue derrotado, sino la dictadura. Puesto que las aspiraciones del Ejército eran la libertad y sus simpatías estaban con el pueblo.

¿Cómo podían vencer los miembros del Ejército Federal, si iban a la lucha con repugnancia, convencidos de la justicia de la Insurrección y ellos mismos consideraban que hubiese sido una calamidad para la Patria el triunfo de la dictadura? ¿Cómo era posible que esos valientes soldados fuesen a triunfar, si ellos preferían morir con tal de que el pueblo recobrase libertad?

El Ejército Mexicano en la pasada contienda, ha dado grandes pruebas del heroísmo y abnegación, y se ha captado la admiración de sus compatriotas, aun de los mismos que contendimos con él en el campo de batalla.

Con el nuevo régimen que se inaugura, un ejército como el nuestro es una garantía para las instituciones republicanas.

A LA PRENSA:

que deseo para el nuevo gobierno, su cooperación franca y sincera. Que por mi parte, ya como simple ciudadano, como candidato a la Presidencia de la República o como gobernante, si algún día llego a serlo, consideraré como amigos a los que realmente me hagan conocer las faltas que cometa, pues mi intención será siempre recta, pero no por eso pretenda ser infalible. Los que me ayuden en mi carrera pública señalándome mis errores serán mis mejores amigos, y únicamente me cuidaré de aquellos que desconociendo mi carácter, pretendan atraerse mi amistad aprobando incondicionalmente hasta mis errores. Me he tomado la libertad de dirigirme en los términos anteriores al Pueblo y a sus gobernantes, porque creo que mi carácter de simple ciudadano me faculta para ello, sobre todo, me obliga el hecho de haber sido el Jefe de la Revolución triunfante, pues ella me impone la obligación de dedicar todos mis esfuerzos en cualquiera esfera que me encuentre, a fin de que las aspiraciones del pueblo se vean realizadas, y que la Revolución traiga a nuestra Patria todos los beneficios posibles.

Espero la colaboración franca y sincera de todos mis conciudadanos; que todos se olviden de sí mismos y únicamente piensen en la patria; que borren su personalidad y sólo consideren los intereses colectivos; que repriman cualquiera ambición personal y se inspiren en el más puro patriotismo; y así, unidos bajo el hermoso ideal de progreso y engrandecimiento de la República, nuestros esfuerzos serán fructuosos

y muy pronto, nuestra Patria, marchando por la anchurosa senda del progreso, dentro de la libertad y la ley, llegará a la altura a donde ambicionamos verla los buenos mexicanos.

México, D.F., 24 de junio de 1911.

FCO. I. MADERO

El 26 de mayo a bordo de un tren con fuerte escolta militar al mando del troglodita Victoriano Huerta, huyó hacia Europa el general Díaz. El pueblo le hizo una última demostración de su odio tiroteando el tren en que huía. En Veracruz abordó el vapor alemán Ipiranga, que lo llevó a París en donde pasó los últimos días de su vida, entregado a recapacitar sus crímenes y sus grandezas. ¡Dios lo perdone!, pero México, el pueblo de México, jamás le perdonará sus infamias, por más que los suyos lo proclamaron “Héroe de la Paz” y pregonen que a su sombra florecieron la agricultura, la minería, la industria y el comercio, pobres logros si se tiene en cuenta que por contra, no había ninguna garantía para la vida del que lo repudiaba, ni asomo de libertad; que el peón y el obrero vivían en la esclavitud a costa de desmedidos privilegios a los ricos, los hacendados y los poderosos y que es un mito eso de que él impusiera la paz, acabando con el estado caótico y convulsivo que había sufrido el país durante toda su vida independiente, porque eso es una falsedad que lastima el honor y el prestigio de Juárez y de Lerdo, durante cuyas administraciones no hubo más sublevaciones, que las que Díaz provocó: la Noria, Palo Alto y Tuxtepec; y agregan que no había bandidaje. Eso es mentira y en cambio, sí es amarga verdad que la paz que él impuso fue a base de terror.

No debo terminar esta larga relación del movimiento armado de la Revolución, sin rendir pleitesía, honrando estas páginas con los

nombres gloriosos de los que lucharon por tan noble causa, aun cuando es imposible consignarlos a todos, ya que muchos de ellos sufrieron cárcel ignominiosa, casi todo el periodo armado. Helos aquí:

En Sonora: Juan Cabral, Red López, Trujillo, Antonio Soto, Eugenio Campillo, Juan Antonio García, José María Ochoa, José de la Luz Blanco, Severiano Talamantes, Anacleto Girón, Baltasar García, y a la cabeza de todos como jefe supremo José Ma. Maytorena.

En Chihuahua: Librado Rivera, Priciliano Silva, José Ángel Alanís (magonistas), Manuel Prieto, Francisco D. Salido, José de la Luz Blanco, José Rascón y Tena, Cástulo Herrera, Máximo Castillo, Pascual Orozco, Francisco Villa, Epifanio Coss, Guillermo Baca, José de la Cruz Sánchez, Francisco Vázquez Valadés, Abraham Oros, José y Santos Estrada, Tadeo Vázquez, José de la Luz Soto, Policarpo Bustillos, Manuel F. González, Pascual Muñoz, Apolonio Rodríguez, Praxedis Guerrero, Epifanio Márquez, Amador Hermosillo, Seferino Pérez, José Calzadillas, Albino Frías, Epifanio Frías, Martín Casillas, Benjamín Vázquez, Agustín Castro, Perfecto Lomelí, licenciado Francisco A. Esteves, F. Ávila, Lázaro Alanís, Lázaro Gutiérrez de Lara, Manuel Chao, Toribio Ortega, Trinidad Rodríguez, Maclovio y Luis Herrera, Tomás Urbina, Pánfilo Solís, Lucio Escárcega, Antonio Sotello, José Chavarría, Leonides Corral, Eustequi Flores, Genaro Chavarría, Andrés Ribera, Bárbaro Carrillo, Cesáreo Solís, Seferino Flores, Fidel Ávila, Marcelo Caraveo, Andrés y Francisco Portillo, Manuel Loya, José Ma. Espinosa, Emilio Campa, Juan N. Medina, José Granados, Mariano Hernández G. Arreola, Rosalío Hernández, Eulogio Ortiz, Antonio G. Villarreal, Eugenio Aguirre Benavides, Eduardo Hay.

En Coahuila: Emilio Madero, Gertrudis Sánchez, Eulalio y Luis Gutiérrez, Ildefonso Pérez, doctor Rafael Cepeda y su hermano Abraham, Adolfo Huerta Vargas, Antonio Santos Coy, licenciado Andrés Sánchez Fuentes, Jesús Santos Mendiola, Manuel Ollervides, Gabino Siller, Enrique Adame Macías, Benjamín Argumedo, Vicente Almaguer, Sixto Ugalde, Orestes Pereyra, Mariano, Manuel y Antonio López Ortiz, Francisco L. Urquizo, Matías Ramos, Vela, Gregorio García, Adeodato Viveros, Luis Hernández, Rafael Cortés, Gregorio Núñez, Espiridión y Pablo Rodríguez y los mártires de Rosales, cuyos nombres gravados en placa de mármol en su propio pueblo immortalizan sus hazañas; Juan Montalvo, Leonides Estrada y Anastasio Orta; el general también coahuilense Francisco Pérez Quintanilla escapó de aquella matanza, el bravo, bravísimo general Francisco Coss, Enrique Navarro, general Jesús Valdés Sánchez, Vicente Dávila Aguirre.

En Nuevo León: Pablo Santos, Jesús Santos Mendiola, Caledonio Villarreal y Fructuoso Barreda, José Antonio Santos (*el Cabezón Santos*).

En Tamaulipas: Ponciano Navarrete en la Huasteca, Alberto Carrera Torres, su hermano Francisco y su madre; en Tula, Saturnino y Magdaleno Cedillo, José Rodríguez Cabo.

En Durango: Manuel Contreras, muerto en los primeros combates; Calixto Contreras, Severiano Ceniceros, Francisco Adame, Jesús Flores, José Ramírez y Herrera, Gustavo Martínez, Tiburcio Cuevas y los bravos hermanos Arrieta, Martín Triana y el cura Triana, Juan Ramírez.

En Zacatecas: Joaquín Amaro, Luis Moya, Pánfilo Natera, Delfino Rosales, Mateo Almanza, licenciado José Guadalupe González, electo diputado de la XXV última Legislatura del general Díaz, cuya credencial no pudieron desechar.

En Aguascalientes: Manuel Rincón Gallardo, Luis Illanes, Blanco, José Pérez Castro.

En Sinaloa: Ramón F. Iturbe, Rafael Buelna, Juan Banderas *el Agachado*.

En San Luis Potosí: Pedro Antonio Santos y su hermano Samuel, su hermano Gonzalo no estaba todavía en edad de tomar las armas.

En Hidalgo: El ingeniero Tomás Rosales, Francisco Cosío Robelo, Abel Serratos, Francisco Artigas, Gabriel Hernández y Francisco Castrejón.

En Tlaxcala: Bernardino Zenteno, Luis Hernández, Bernabé Labastida, Hilario Miranda, Vallejo, Priciliano Martínez.

Morelos: Emiliano y Eufemio Zapata, Pablo Torres Burgos, Jesús Morales *el Tuerto Morales*; Genovevo de la O., Gildardo Magaña, Amador Salazar, Pacheco, Zepeda, profesor Edmundo Montano, Jesús Jáuregui, Antonio Luna, Fermín Anaya, Odilón Neri, Manuel Reynoso, José Cruz, Adrián Juárez, Eudosio Batalla, Arcadio Ramírez.

En Guerrero: Los cuatro grandes Figueroa, Ambrosio, Francisco, Chano y Odilón. Juan Andrew Almazán, D. Asúnsolo, Octavio Bertrán, Gabino Bandera Mata, Juan Ojeda y los hermanos Pedro y José Ma. Ramírez, Martín Vicario, licenciado Inocente Lugo.

En Veracruz: Rafael Tapia, Cándido Aguilar, Ángel Barrios, Gabriel Gavira, licenciado Manuel Zamora, Pedro y Clemente Gabay, Alberto Palacios, licenciado Gabriel Raúl Ruiz, Manuel González, Cleofas Mota, Manuel Jiménez, Daniel Herrera, Mauro Gómez, Miguel Domínguez, doctor Enrique Colmenares Rivas, hermanos Salas, Guadalupe Sánchez.

En Tabasco: Domingo Magaña y E. Aguirre Colorado.

En Yucatán: Manuel Mendoza Rosado, Pedro Crespo, Manuel Castillo, Brito, José Dolores Canto, J. Ma. Pino Suárez.

En Tepic: Martín Espinosa.

En Puebla: Agapito Pozo, Luis T. Navarro, Camerino Z. Mendoza, Abraham Martínez, Mauricio Leyva, C. Magaña, A. Hernández, Felipe N. Chacón, Rodolfo Ramos, Manuel Sánchez, hermanos Márquez, Camilo Rodríguez, José Ma. Leyva, Pablo Herrera, Francisco A. García, Rafael Genis, Donaciano Hampis, Rosalío Chápero, Bonifacio Rosales, los Serdán.

En Colima: Manuel Zermeño, José Bueno, García Torres.

En Guanajuato: Cándido Navarro, Bonifacio Soto, Moisés García, Catarino Suárez, Edmundo Guerrero, Miguel Aguinaga, Antonio Madraza, Irineo Contreras.

En Michoacán: Salvador Escalante, Braulio Mercado, Felipe Tena, Felipe Arriaga, Sabás Valladares, Alejandro Abarca, Ramón Bautista, los hermanos Madrigal, Jesús Delgado, Marcos V. Méndez, licenciado Matías Chávez.

En México: Agapito Silva, Alfonso Miranda, Manuel Méndez, Trinidad Rojas, Jesús H. Salgado, Manuel Barbosa por el Estado de México, y muchos otros cabecillas de última hora, cuyos nombres ya no hubo tiempo de que tuvieran eco en las crónicas de la época.

En Jalisco: El ingeniero Amado Aguirre, que en la Revolución Constitucionalista alcanzó elevado y justo prestigio; Leopoldo Leal, Cleofas Mota, Ramón Romero, Enrique Vera, Casimiro Méndez, Adolfo Azuela, Francisco del Toro, M. Villanueva, José Luis Amescua.

En Oaxaca: Sebastián Ortiz.

En Baja California: Patricio Leyva.

PRESOS POLÍTICOS

De Aguascalientes: Enrique Bordes Mangel, Enrique García de la Cadena, Manuel del Valle y la esposa de Alberto Fuentes D. (que no pudo ser encontrado); de Juchipila y Moyahua: doctor José Macías Rubalcaba, Jesús Brandt, Camilo Estrada, Elpidio Estrada, Crispín Robles Villegas, Macedonio y Candelario Estrada, J. Jesús Cortés, Tomás Figueroa, José García, J. Trinidad Herrera, Esteban Guzmán, Rosendo González, J. Jesús González, Macedonio García, Pedro Hoyos, Vicente Legaspi Oliva, Pío Marque, J. Asunción Ortiz, Sebastián Prieto, J. Trinidad Pereyra, Pascual Pozos, Magdaleno y Gabino Romero, Fidencio Ruiz (hijo), Silvestre y Trinidad Reynoso, Leónides Rojas, Cándido y Francisco Sandoval, Maximiano Santoyo, Luis Cruz Villaluzo, Evaristo García, Macedonio y Jesús Ortega y Elalio Oropeza, doctor Isaac Barrera.

En las Tinajas de San Juan de Ulúa: Juan Zarabia que por su débil temperamento salió tuberculizado; Antonio Díaz Soto y Gama, Manuel Díquez, Esteban Calderón y Plácido Ríos.

De Guadalajara: Juan V. Baca (y a últimas fechas, Salvador Saucedo), Marcelino Cedano, Mateo Álvarez, Francisco I. Navarro, director de *La Libertad*, Gonzalo Daniel Larios, Zeferino Huerta, Leandro Gutiérrez, Eliseo Chávez, Porfirio Hernández, José Sevilla, Deogracias Viruete y Santiago Flores.

De Jiquilpan, Michoacán: Rafael Quiroz Cárdenas y J. Socorro Cervantes.

De Silao: Alberto Reynoso, Marcos y Wenceslao Vieira, Julián Cabrera, Francisco Cuéllar, Manuel Navarro, Cipriano Preciado, J. Encarnación Vieira, Antonio Navarro de Cuéllar y José Navarro.

De Guanajuato: Agustín Landero Díaz, Antonio E. Méndez, Nabor Balbuena Villanueva, J. Jesús Chagoya y doctor Antonio Díaz Tinoco.

De Celaya: Manuel Enríquez de la Fundación Hércules.

De Querétaro: Guadalupe Zamora.

De Toluca: Jesús Medina y Modesto Durán.

De Pachuca: Notario Jesús Silva, ingeniero Manuel Valdés, ingeniero Eligio Ramírez, periodista Francisco P. Castrejón, profesor Francisco Noble, Loreto Salinas, Mateo Ángeles, Pompeyo Cravioto, Casimiro Regalado Hernández y María Luz Vázquez.

De San Luis Potosí: El acaudalado señor Lucrecio Montejano, Antonio y Adrián Gutiérrez Saslies, Luis Martínez, Ernesto y Juan Espinosa, Braulio y Concepción Regalado, Fructuoso Padilla, José Rico, José Tamayo, Pedro Torres, José María Espinosa, Francisco Herrera, Antonio Buendía, Antonio Rangel, Ramón Hernández, José Romo y Antonio Lara.

De Ciudad Victoria: Fernando Araujo.

De Ciudad Camargo: Belén Zaragoza.

De Monterrey: Alfredo D. León, Felipe Camarena, Fermín Montenegro, José Garza Pérez, Nicolás y Benito González, Matías Escamilla, Juan Garza, Jesús Saldaña, Epigmenio Aguirre y Salvador Orozco.

De Saltillo: Arturo Barreda Zambrano y Marín Tamayo.

De Cuatro Ciénegas: Adolfo Huerta Vargas.

De Monclova: Gregorio Alcalde, José Ángel Cadena, Francisco de Anda, Juan E. Guerra, Francisco Carranza, Ernesto Treviño y Matías Oviedo.

De Chihuahua: Conrado Alvidreo, Benjamín Alarcón, Francisco Vázquez, Miguel Mendoza, Wulfrano Villalpando, Luis y Gregorio Salgado, Hilario Mendoza, Sebastián Cartas, Juan Chacón, Genaro Chavarría, Rafael Domínguez y Francisco Solís.

De Ciudad Jiménez: Hipólito Sánchez, Victoriano Gallardo y Alberto Almaguer.

De Hidalgo del Parral: Arnulfo Soto, Esteban Valderrama, Valente Lazos, Francisco Sáenz, Reyes Sáenz, Lino Gutiérrez, Feliciano Moreno, Gilberto Portello, Juan Quiñones, Juan Ramírez y Darío Irigoyen.

De Camargo, Chihuahua: Bernardino Varela, Gonzalo Ortega, Agustín Arroyo, Juan Córdoba y José Jurado.

De Torreón: Isidro Luna, Ignacio Reyes, Faustino Ontiveros, V. Martín, Bernabé Hernández, Francisco Luna y Manuel M. Oviedo.

De Gómez Palacio: Manuel Ugalde (hijo).

De Lerdo: Ernesto T. Bernal y Emiliano Zambrano.

De Campeche: Licenciado Calixto Maldonado R., licenciado Urbano Espinosa y Manuel Navarro Angulo.

De San Cristóbal de las Casas, Chiapas: Juan Félix Zepeda y Enrique M. Zepeda.

De Ixtlán de Juárez: Miguel Hernández Ramírez.

De Oaxaca: Pedro León Pacheco.

De Taxco, Guerrero: Francisco López.

De Chilpancingo: Licenciado Mateo Chávez.

De Cuernavaca: Salvador Peña, José y Félix Arroyo.

De Cuautla: Licenciado Efrén Martínez Tavera, Federico de la Colina y Jesús S. Cázares.

De Yautepec: Federico Morales.

De Jojutla: Gregorio Aguirre.

De Puebla: Las señoras de la familia Serdán, los hermanos Rousset, Manuel Asturias y su esposa (Rosa Coblents), Carmen Rivera, María Gamboa de Meyer, Concepción Brito, Petra Torres y Miguel Rosales.

De Teziutlán: A. Michel.

De Villa de Pozos: Hilario Hernández, Silverio Orozco y Julio Medina.

De Ometusco: Antonio Aragón.

De San Aparicio, Puebla: Esiquio Bravo, Bernardo y Lauro Revilla.

De Tlaxcala: Manuel Sánchez, Mucio Ramírez, Gregorio Flores, Trinidad y Nicolás Sánchez, Mariano Pelaro y Abundio Rosales.

Del Batán: Alejandro Meneses.

De Orizaba: Tomás Castillo, Rafael Ramírez, Francisco Sánchez, Gil Sánchez, Eugenio Ganiza, Federico Ortega, Adelaido Calvete, Serapio Carrera, Nazario Ramos, Ramón Betanzos, Jesús Barragán, Fernando Romero, Sinecio Hernández Robledo, Notario

Fernando Noriega y García, Rafael García Rico, Arnulfo Pérez Domínguez, Enrique Cipriano, Darío Ruiz y Joaquín Ariza.

De Nogales: Nazario Alejo, Donaciano Muñoz, Pablo y Alfonso Chicoya, José Gallardo, Ernesto Moreno, Felipe de León, Francisco Morales, José María Peregrina y Martín López.

De Río Blanco: Victoriano S. García, Santiago García, Antonio y Othón Ramos, Cruz Villafranca y la señorita Elena Gavira.

De Santa Rosa: José Ventura Sánchez y Benjamín Rodríguez.

De Jalapa: Gerardo Zavaleta.

De Veracruz: Abacut Corona, Arnulfo Romero, Mauro Luna, Enrique Sosa, Zeferino Mata, Nicolás Final, Pedro O. Reyes.

De Alvarado: Juan Tiburcio Delgado, Guillermo Molina y Trinidad Martínez.

De Paso del Macho: Francisco H. Hernández, Felipe Escandón, Desiderio González, Isaac Manjarrez, Enrique Colmenares y Ríos y Herminio Schentino.

De México: Rafael Martínez (*Rip-Rip*), Antonio de P. Calderón, Salvador Piña, Enrique Laissón Banuet, Octavio y Rafael Beltrán, doctor Alfredo Ortega, Manuel Amador, Francisco Cebeda, Roberto Calderón, Carlos Farfán, Arturo Serrano, Mauricio González, Álvaro Navarro, Teófilo Méndez, Trinidad Pimentel, Manuel López, José Dolores Reyes, Marcos Galván, Porfirio Arriola, Manuel C. Esparza, Miguel Molina, Moisés Pérez Díaz,

Miguel Bueno, Juan Huerta, Santiago Sandoval, Francisco A. Beltrán, Jesús Camacho, Ricardo Lorenzo Arias, Víctor Díaz, Francisco Reyes Rivera, María González, Dolores Jiménez y Muro, María Hernández, María viuda de Jiménez y Elvira Guerrero Montes.

De Atzacapotzalco: José Barreto Linares, Apolonio Valdivia, Amado Gómez, Sebastián Balbuena Ortega, Trinidad Tinajeros y Mancilla, profesor Navarro y Bernardo y Antonio Panojera y Wence.

De Coyoacán: Luis Mondragón, Andrés Rivas, Crispín Viruega, Andrés Iturbe y Epifanio Morales.

De Tizapán: Porfirio Meneses, Maclovio Marín, Luis Gómez, Diego Arenas Guzmán, Santiago R. de la Vega, Filomeno Mata.

De Sonora: Benjamín Hill y Flavio Bojórquez.

CAPÍTULO TERCERO

Errores de Madero

VOY A EMPRENDER UNO de los estudios más penosos y difíciles para mí, como lo es el análisis de los errores que sus innumerables detractores o deturpadores le atribuyen, porque, desde luego no se le ocultará a nadie la simpatía y la admiración que siento por él, pero no soy ciego, para no ver que ciertamente no fue un estadista, un hombre de gobierno, ni un hombre perfecto; quizás no hay en la historia de la humanidad hombres perfectos en la más amplia acepción de la palabra. La reacción que se operó en su contra y de la cual nos vamos a ocupar en su oportunidad, lo juzgó con toda severidad, con tal exigencia, con tal mordacidad, que se puede y debe decir que no perseguía otra finalidad que afeardar, censurar, denigrar, desgarrar, aniquilar su actuación y su personalidad.

Se le señalan preponderantemente los siguientes errores, que vamos a estudiar por su orden:

1. Ingratitud hacia los que colaboraron con él en la Revolución.
2. La llamada transacción de Ciudad Juárez.
3. El interinato de De la Barra y con él:
 - a) Conservar los poderes Legislativo y Judicial.
 - b) Conservar la burocracia porfirista en los Ministerios.
 - c) Conservar el Ejército Federal.

4. La indemnización de los gastos que causó la Revolución.
5. El limantourismo de Madero.
6. El licenciamiento de las fuerzas revolucionarias.
7. La llamada imposición de Pino Suárez.
8. La formación de su ministerio.
9. Nepotismo.
10. Imposición de los gobernadores doctor Rafael Cepeda en el estado de San Luis, y Alberto Fuentes Dávila en el de Aguascalientes.
11. Incapacidad para gobernar.

1. INGRATITUD HACIA LOS QUE COLABORARON CON ÉL EN LA REVOLUCIÓN

Sin eufemismos y como conocedor de los hechos y de los hombres, precisa decir que efectivamente Madero no correspondió debidamente a la gente que estuvo a su lado a las horas del peligro.

Hubo algunos de ellos que esperaban y necesitaban su ayuda; uno de los casos más dolorosos e injustos, a decir verdad, es el de Roque Estrada que lo acompañó como orador en la campaña de propaganda que llevó a cabo en toda la Revolución, que estuvo con él preso en Monterrey y San Luis y después de la organización de la República, en San Antonio, Texas.

Había una marcada rivalidad entre Roque y Federico González Garza, ambos muy allegados a Madero, y que se acentuó más al otorgarle Madero a Federico posiciones destacadas, en tanto que nunca le concedió ayuda o favor alguno a Roque que lo merecía por su patriótica y desinteresada actuación. A mí me duele esta injusta discriminación. Roque era y sigue siendo genio y figura... muy orgulloso y muy firme en sus convicciones y determinaciones.

Nunca abierta y francamente le pidió nada a Madero. Él, durante la lucha en pláticas con los del grupo, no ocultaba que sentía que él debería desempeñar cerca de Madero un papel semejante al que el licenciado Tagle desempeñó al lado de don Porfirio. Creía que Madero debería seguir sus consejos; él se creía con derecho de ser consejero áulico. Su supremo anhelo era ser gobernador de Jalisco, porque a pesar de ser originario de Juchipila, Zacatecas, se consideraba ciento por ciento jalisciense por haberse educado en Guadalajara, en cuya escuela se recibió. Y por cuanto a esta pretensión, Madero no le dio acogida por la poderosa razón de que él, fiel a sus principios, jamás apoyó candidatura alguna a un puesto de elección popular. No sé que hubiera algún motivo de distanciamiento con Madero; pero el hecho fue que Roque, resentido por no haber sido llamado por Madero para algún puesto de importancia, humano al fin, escribió su libro sobre *La Revolución y Madero*, juzgándolo con severidad y censurándolo; pero caballero y hombre noble, en toda la acepción de la palabra, no escatima en su obra elogios a Madero, su esposa, su madre y sus hermanas Mercedes y Angelita. Juzgando *La Sucesión Presidencial*, dice:

Un libro de la índole del que examinamos no puede ser objeto de crítica en su forma netamente literaria, porque ni su autor es literato ni pretende serlo; como tampoco yo lo soy ni pretendo serlo. Las páginas de ese libro sencillas, ingenuas y algunas veces inocentes y cándidas, revelan la gran sinceridad, la *aquilatada* honradez y la nobleza sugestiva de su autor.

Hablando de Sarita, dice: “La señora Pérez de Madero era ilustrada, prudente, discreta y de una energía poco común. Su modestia es un modelo para las esposas”. Y cuando él y Madero fueron aprehendidos en Monterrey, dice: “Entonces pude comprender la fuerte dosis de energía, quien se mostró como se mostraba siempre:

serena, anhelosa de compartir sus peligros”. Y juzgando a Madero y reconociendo su bondad y su modestia, dice:

Frugal estrictamente vegetariano, en la mesa es modesto, sin ostentación de ninguna especie y sé que cuando estuvo escondido durante la Revolución en Nueva Orleans, buscando la manera de organizar una expedición que desembarcara en Yucatán, él mismo, por razones de economía remendó sus zapatos.

Es Roque tan noble que cuando en algún aniversario del sacrificio de Madero habló en la ceremonia en que se conmemoró al lado de su tumba en el Panteón Francés, tuvo la grandeza de alma de confesar como si ‘fuese un pecado haberlo censurado en su obra; de ese error se arrepentía porque Madero fue un immaculado.

Esto expuesto, debo concluir que Madero fue ingrato con Roque Estrada.

Tuvimos otro caso más que de ingratitud de falta de penetración, de visión, de agudeza de Madero, que es el de Máximo Castillo; guerrillero chihuahuense que fue jefe de su escolta y que con riesgo de su vida, sacó a Madero de la zona de peligro, ya herido por un balazo que le atravesó el brazo, en la batalla de Casas Grandes y por cuya heroica actitud fue justamente alabado por llevar a cabo esa hazaña.

Castillo tuvo a su cargo la escolta de Madero en su trayecto victorioso y clamoroso de Ciudad Juárez a la Ciudad de México.

Castillo estuvo al frente de la escolta de Madero hasta que asumió el poder y entonces, obrando con una falta de franqueza imperdonable, ocultando en el fondo sus intenciones, en realidad

engañándolo, le pidió su baja, diciéndole que había cumplido su deber para con la patria y quería volver a sus actividades de antes de la Revolución para ganarse la vida. Madero le creyó; lo que es más, lo alabó exaltando su patriotismo y su desinterés.

Máximo Castillo no tardó en sumarse a las filas contrarrevolucionarias de Pascual Orozco, y desgraciadamente pesa sobre él la muy grave responsabilidad de haber incendiado un tren de pasajeros dentro de un túnel; una verdadera salvajada que dañó aún más al país porque allí murieron varios americanos.

Se le inculpa a Madero haber sido ingrato con Orozco. Lara Pardo, que dedicó su más enconado esfuerzo a denigrarlo, que andaba a caza de todos los gazapos en que pudiera incurrir, le hace el cargo de no haberlo sabido congregar. No hay tal cosa. Madero le dio cien mil pesos de entonces por concepto de licenciamiento, cincuenta mil dólares de ahora. Orozco quería el gobierno del estado de Chihuahua y si se lo hubiera dado (el gobierno provisional, porque el del periodo ordinario quien lo daba bajo el régimen de Madero, es el sufragio libre del pueblo) hubiera sido un error, porque no lo hubiera retenido y solamente le habría dado más poder, más fuerza, que usar en contra de Madero. Orozco que estaba envenenado por la reacción, por Esquivel Obregón primero y por los ricos de Chihuahua encabezados por los Terrazas y los Creel, apenas llegó a Chihuahua, lo atrajeron, lo sedujeron, lo deslumbraron con agasajos, convivialidades, y banquetes en el casino y en las suntuosas residencias de aquellos acaudalados y convites en sus haciendas. Transcribo un telegrama de la Prensa Asociada:

Chihuahua, 5 de julio de 1911. Los representantes de los Sres. Creel y Terrazas en esta ciudad se ha dirigido a los pueblos donde estos caballeros tienen sus negocios, recomendando a sus empleados que

promuevan fiestas y bailes para recreo de los trabajadores, sin reparar absolutamente en gastos y que cuando los ánimos se encuentren propicios les recomienden la candidatura de Orozco para el gobierno.

El mismo Lara Pardo, incansable buscador de fallas de Madero, lo considera ingrato y más que ingrato, muy poco previsor, no correspondiéndole al general Huerta por el triunfo que alcanzó aplastando, deshaciendo la rebelión de Orozco en Chihuahua. Desde luego y en primerísimo lugar, yo supe que además de haber sido muy efusivo con él demostrándole su gratitud y su admiración por el éxito que obtuvo, le hizo regalo de una buena cantidad de dinero. Por supuesto que Huerta quería más, sobre todo quería la cartera de Guerra, pero ni el triunfo de las armas que fácilmente logró lo ameritaba y nunca pensó Madero corresponderle en tal forma, menos aun cuando estaba completamente satisfecho de la actuación del general García Peña, a quien consideraba y efectivamente lo era, uno de los más prestigiados hombres de ciencia con quien contaba el Ejército. Por lo demás, los hechos posteriores demostraron con sobrada elocuencia, que sí Madero llega a encumbrarlo en lugar donde disfrutara de mayor fuerza, pronto lo hubiera traicionado.

Madero, debo decirlo con la debida sinceridad y honradez histórica, nunca apreció la realidad humana de las aspiraciones justas y legítimas, de aquellos que se aventuran a prestar su contingente en una lucha política armada, porque la inmensa mayoría de los que se incorporan a una revolución, no sólo buscan con el éxito de la causa la realización de ideales políticos, y logrados volver a su hogar y a sus viejas actividades para ganar el sustento. La verdad de las cosas es que la gran mayoría busca también su mejoría personal y encontrar una posición en el gobierno, en dónde ganar bien la vida. Esto no es de ninguna manera vituperable. Es un

deseo razonable y justo. Nuestros movimientos políticos y armados posteriores así lo demuestran; y así son las cosas. Madero, a decir verdad, no vio, nunca vio este aspecto de la lucha que acaudilló. No solamente fue una injusticia, sino que ese desdén por los que expusieron la vida, le ocasionó el disgusto general de los que figuraron a su lado en la lucha armada.

El balance del error de ingratitud que se le atribuye a Madero, resulta a su cargo.

2, 5 y 6. LA TRANSACCIÓN DE CIUDAD JUÁREZ. EL INTERINATO DE DE LA BARRA

Verdaderamente sorprende ver cómo se fijan, perpetúan e incrustan en el criterio público falsedades tan notorias como ésta, al grado de que para todo el mundo hubo real y positivamente un Tratado de Paz entre la Revolución y el gobierno del general Díaz; y todo con la única finalidad, con el único objeto de desprestigiar a Madero; y es a no dudarlo, por la formidable y arrolladora fuerza de la reacción, que buscaba por todos los medios y con una inteligencia y una habilidad positivamente admirables, destruir la personalidad de Madero, y lo más triste es que en esa infame labor, coadyuvó una buena parte de los mismísimos elementos de la Revolución, que fue un juguete en las manos expertas en maldad del enemigo.

No hubo tal tratado de paz, pero debe conocerse la historia de los llamados tratados de paz.

El primer esfuerzo que hizo el gobierno del general Díaz en pro de la paz, fue propiamente encaminado a obtener el sometimiento de los revolucionarios, quedándose él en el poder haciendo

ofrecimientos poco substanciosos, tales como y principalmente, la renuncia de Corral a la Vicepresidencia y la reforma a la Constitución instituyendo, para lo futuro, el principio de la No Reelección. Esto ocurrió los días del 20 al 25 de febrero de 1911.

El general Díaz hizo este primer esfuerzo, en realidad como todos los demás, con el consejo del señor Limantour, quien antes de ser su ministro de Hacienda, había sido abogado de los señores Madero, de Madero y Compañía, y quien por consiguiente conocía a los hombres con motivo de esas relaciones profesionales.

El señor Limantour hizo una amistad cordial con don Antonio V. Hernández que era cuñado de don Evaristo y gerente del Banco de Nuevo León, controlado por don Evaristo; esta amistad se tradujo en que el licenciado Rafael L. Hernández, hijo de don Antonio y por recomendación del señor Limantour, llegara a diputado del Congreso porfirista. Limantour, pues, le encomendó al licenciado Hernández la primera misión de paz quien planeó la manera de obrar en todo, de acuerdo con el señor Limantour; y a ese efecto solicitaron la cooperación de don Evaristo Madero Hernández, hermano de don Francisco, el padre de Madero y don Ernesto, medio hermano a quienes atinadamente consideraron como los más influyentes en el ánimo de Madero, para ejercer presión sobre él y obtener la rendición del rebelde. Se pretendía estúpidamente la cesación de las hostilidades y que se solicitara la amnistía general, que por supuesto se concedería. Una rendición honrosa, pidiendo el perdón ¡inconcebible! Y para más impresionar a Madero y a los suyos, en la seguridad del cumplimiento de las ofertas del general Díaz, los acompañó en esa misión el español don Íñigo Noriega, amigo íntimo muy favorecido por el dictador.

Para apreciar el tino de la elección y las consecuencias desfavorables que para Madero tuvo la intervención de sus familiares en esa misión de paz, que desde luego no podemos calificar más que como una tanteada a la mexicana, hay que tener presente todos estos elementos: don Evaristo y don Ernesto eran hombres de negocios aferrados al dinero y, por tanto, distanciados totalmente de las ideas revolucionarias de Madero, conservadores y me da tristeza decirlo por el cariño que les tuve, a ellos lo que les preocupaba era el resguardo de sus intereses, sin importarles la suerte de la Revolución. Don Evaristo aparecía como el más juicioso y discreto de la familia, y por cuanto a Rafael era muy simpático y muy inteligente y hábil y Madero lo quería, lo apreciaba y tenía muy alto concepto de su capacidad y rectitud, cualidades innegables.

Aun cuando creo ya haberlo dicho, no me cansaré de repetir que toda la familia Madero, con la honrosa excepción de sus padres y hermanos, abominaban de la Revolución que amenazaba sus intereses y nunca jamás pretendieron intervenir o influir en lo más mínimo en los asuntos de la Revolución. Ellos sólo deseaban la paz para su tranquilidad doméstica y salvaguarda de sus bienes.

Para llevar a cabo su cometido guardando la más estricta reserva, a escondidas, aquellos señores Madero llamaron a Alfonso y que él llamara a don Francisco. Alfonso se encontraba en San Antonio como delegado de la Revolución, y le encargaron que fuera a Corpus Christi, lejos de los ojos de la prensa, para iniciar sus actividades pacifistas. A todo esto, Madero se encontraba al frente de sus huestes en algún lugar desconocido del estado de Chihuahua. Alfonso, con muy buen juicio, llamó al representante oficial de la Revolución en Washington, doctor Vázquez Gómez, quien tuvo

el feliz acierto de no acudir al llamado, alegando con razón que nada podía hacerse, toda vez que no había ninguna posibilidad material de comunicarse con Madero en Chihuahua y sin instrucciones de él y sin facultades, era ociosa la junta.

El esfuerzo de la misión de paz fue un rotundo fracaso, y sólo dio lugar a que Vázquez Gómez aprovechara la desafortunada intervención de don Evaristo y don Ernesto Madero, para exhibir sus malquerencias a los señores Madero reprochándoles que querían convertir los destinos de la Revolución y del porvenir de la patria en asuntos de familia. Ésta fue la semilla de la discordia y el distanciamiento entre Madero y Vázquez Gómez, que por lo demás era inevitable, porque el doctor Vázquez Gómez menospreciaba a Madero y no desperdiciaba oportunidad para denigrarlo y quería imponérselo, cosa que Madero nunca toleró de él ni de nadie. Digo la verdad. Además, y debo decirlo, no había afinidad de ideas entre Madero y Vázquez Gómez. Madero era ciento por ciento revolucionario y Vázquez Gómez no lo era, no quiero hacerle inculpaciones por no ahondar esa diferenciación. Vázquez Gómez nunca ocultó no ser revolucionario, y así lo declaró sin ambages en su carta a Madero de fecha 24 de marzo de 1911 que literalmente dice: “No vaya usted a considerar esta carta como el producto de mis ideas antirrevolucionarias de siempre”.

Para que aquel primer distanciamiento entre Madero y Vázquez Gómez tuviera la trascendencia que Vázquez Gómez se proponía, era restarle prestigio a Madero, hizo declaraciones a la prensa acusando a la familia Madero de que trataba los graves problemas de la Revolución *como asuntos de familia*, y por otra parte telegrafió a Gustavo y Alfonso sendas cartas con esa recriminación que aquí transcribo:

-1-

"Corpus Christi, 23 de febrero de 1911.
"Doctor Francisco Vázquez Gómez.
"Washington, D.C.
"Estimemos necesario conferenciar con usted inmediatamente para procurar restablecimiento de la paz. Tenemos creencia obtener resultado práctico. Diga si puede venir ésta. Conteste State Hotel.
-Alfonso"

"Washington, D. C. 23 de febrero de 1911.
"Señor Alfonso Madero.
"State Hotel.
Corpus Christi.
"Aunque temo hacer viaje inútil, ire Nueva Orleans. Conteste si puede venir allí. Estaré domingo temprano.- Vázquez Gómez.

"Corpus Christi, 23 de febrero. Medianoche, 24 de febrero de 1911.
"Doctor Francisco Vázquez Gómez.
"Washington, D.C.
"Motivo carnaval dificultaría alojamientos Nueva Orleans. Preferimos aquí, por haber llamado ya demás señores.- Alfonso."

"Washington, 24 de febrero de 1911.
"Señor Alfonso Madero.
Corpus Christi.
"Tengo instrucciones para entrar arreglos previa proposición oficial y poderes formales. Si hay esto, aquí deben hacerse, si no, inútil perder tiempo.- Vázquez Gómez"

"Washington, 25 de febrero de 1911.
"Señor Gustavo Madero.
"Nueva York.
"Estimado amigo:
"Hoy puse a Alfonso el mensaje siguiente: "Razones serias Impideme asumir responsabilidad tratos privados aun director. Necesitaria estar fácil comunicación telegráfica con Pancho; siendo esto imposible, inútil viaje larguísimo. Usted pierde tiempo. Escríbale" Usted comprende que sólo Pancho está en condición de aprobar cualquier arreglo; pero este debe ser escrito, público y hecho en debida forma. De otro modo no se garantizaría el cumplimiento y yo me expongo a no poder aceptar nada, o si lo acepto y después Pancho y los suyos no lo aprueban, me expongo al ridículo. El único medio formal es que Pancho esté en ciudad fronteriza, previo arreglo, para que yo me comunique con él sobre cada base, así como el enviado especial se comunicara con México City. Parece que en Corpus Christi creen que esto es asunto de familia y si es así, yo nada tengo que hacer. Le adjunto copia porque hoy nada se publicó. No pierda usted tiempo. Suyo afmo.- F. Vázquez Gómez.

"Washington, 25 de febrero de 1911.
"Señor Alfonso Madero.
"Corpus Christi.
"Estimado amigo:
"Voy a decirle el porqué de mi negativa a ir. Los que están en el campo de operaciones y Pancho por un lado, y el general Días por el otro, son los únicos que pueden aprobar condiciones de arreglo. Cada uno de ellos tendrá su enviado como intermediario que los represente y deberán tener poderes en forma. Cada uno de estos representantes, o mejor dicho, el jefe de cada representación, podrá estar al habla fácil-

con su representante, a fin de recibir instrucciones o soluciones de asuntos delicados. No basta que enviado especial pueda comunicarse con Díaz, si nosotros no lo podemos hacer con Pancho, fácil y rápidamente, y de ningún modo podríamos imponer nuestra opinión a los que exponen su vida. Corremos el riesgo de que nos desautoricen y nos pongamos en ridículo. Así pues, pida usted lo siguiente:

"I. Poderes en forma para tratar a nombre de los dos gobiernos.

"II. Que Pancho ocupe con sus fuerzas una ciudad fronteriza que tenga comunicación telegráfica.

"III. Que se publique esto para que todos sepan que se está en arreglos de paz y se suspendan hostilidades".

"Propóngalo usted y verá cómo el enviado no acepta. Si acepta, mandare enviado a Pancho con cartas mías en que le exponga el asunto, le pida poderes e instrucciones especiales, diciéndole, además a qué ciudad fronteriza ha de venir con sus fuerzas y cuya ciudad debe desocupar el enemigo. Las conferencias de paz serán en terreno neutral. Recuerde lo reciente de Honduras. Si esto no se hace así, nadie creerá en la garantía de los ofrecimientos hechos en familia: dirán después que nosotros se licitamos perdón, etc. Ya ve lo que, según "El Imparcial", dijo Ahumada en lo de Casillas, lo que dicen Limantour y Creel en la última prensa. Esta es mi opinión; si ustedes en familia arreglan todo y resulta bien, yo me alegraré, pues mi mayor deseo es y ha sido la paz; pero como representante de los que han muerto y de los que están actualmente exponiendo su vida, tengo la obligación de que la transacción sea ventajosa y bien garantizada. No olvide San Antonio. Suyo.- F. Vázquez Gómez."

"Monterrey, 11 de marzo de 1911.

"Señor J.A. Robertson.

"Presente.

"Muy estimado señor:

"En varios periódicos de la ciudad de México y en algunos del extranjero, se publicó a fines del mes de febrero último, una entrevista tenida en Washington con el doctor Francisco Vázquez Gómez, representante que se dice del partido revolucionario mexicano, en la cual manifestó que algunas personas, entre ellas un amigo personal e influente del señor general don Porfirio Díaz, deseaban discutir medidas para el restablecimiento de la paz, y que se citaba al señor Vázquez Gómez para concurrir a una conferencia en la ciudad de Corpus Christi, Tex.

"Con el deseo de evitar interpretaciones torcidas, y para poner estas cosas en su verdadero lugar, cumple a mi deber manifestar públicamente los antecedentes exactos sobre la referida conferencia que en efecto tuvo lugar en Corpus Christi, a fines de febrero, y en la cual tomamos participación solamente el señor licenciado Rafael E. Hernández, mi hermano Evaristo Madero y Hernández, y yo mismo, por una parte, y el señor Alfonso Madero y mi hermano don Francisco, por la otra.

"Al provocar esa reunión, sólo nos guió un sentimiento de patriotismo, deseando cooperar con nuestro pequeño contingente para procurar que cesen y tengan un fin los graves males que sufre nuestro país con la contienda actual de hermanos contra hermanos, y que se ha desarrollado en el Estado de Chihuahua.

"Tanto el señor don Alfonso Madero como el señor don Francisco Madero, quien vino de Nueva York expresamente para concurrir a la referida conferencia, manifestaron muy buena disposición para intervenir con los directores de la revolución, a fin de que cesaran las hostilidades y depositaran las armas, SOLICITANDO UNA AMNISTIA GENERAL, pero desgraciadamente el doctor Francisco Vázquez Gómez se negó desde Washington a discutir con nosotros y pretendió darnos un carácter que no hemos tenido, procurando a la vez mezclar a otras personalidades muy, respetables, enteramente ajenas a estos asuntos.

"No es, pues, el gobierno de México el que ha mandado comisionados a Corpus Christi para tratar la paz, sino nosotros mismos, que formamos parte de la familia Madero, los que hemos tenido esa pretensión por no estar de acuerdo la mayoría de todos nosotros en que se siga derramando sangre mexicana sin que haya causa o motivo para ello, pues somos los primeros en reconocer y reconocemos la legalidad de la auto-
Medidas. Regando a Vol, la tierra de fealdad e otras líneas que de W. G. H. A. Evaristo Madero.

Agencia Confidencial del Gobierno
Provisional de México.
Washington, marzo 10 de 1911.

Señor don Francisco I. Madero.
Estado de Chihuahua.

Muy estimado amigo:

Después de su carta, que recibí en San Antonio, no he tenido noticias directas de Ud. lo que me explico por sus ocupaciones en el campo de las actividades militares. Voy a darle cuenta de lo principal o más importante.

El sábado 10 del corriente fui llamado a Nueva York por su papá y Gustavo para tener una conferencia con Limantour y tuve que ir. Tuvimos cuatro largas conferencias entre el domingo y lunes. El Sr. Limantour nos expuso desde luego que allí debíamos olvidar todo, no hacernos recriminaciones mutuas y sólo debíamos procurar el restablecimiento de la paz en nuestro país. Hecha esta advertencia nos pidió le dijéramos de qué manera pensábamos, podría llegarse a ese resultado debiendo guardar absoluta reserva sobre nuestra entrevista.

Comenzé (sic) por decirle que ninguno de los que estábamos allí presentes (su papá, Gustavo y yo) teníamos facultades para entablar negociaciones de paz y mucho menos para convenir en los términos o especificarlos: que esto sólo Ud., previa consulta con los jefes revolucionarios, podría hacerlo, dándonos instrucciones y poderes; que para esto necesitaría yo que le permitieran a Ud. ocupar con sus fuerzas una ciudad como Juárez o Chihuahua, desalojándolas los federales, con el fin de ponemos en comunicación directa con Ud. y pedir poderes e instrucciones. Usted comprenderá todo el alcance de mi proposición, por la cuestión de la beligerancia. Naturalmente dijo que eso no era posible, y supuesto que tampoco él tenía autorización, nos limitáramos a platicar sobre lo que pudiera hacerse, llegado el caso.

Le expuse entonces que a mi juicio la paz no podría restablecerse con el general Díaz en el poder, por dos razones principales: 1ª.- Porque nadie de los revolucionarios había de tener confianza en que no lo habían de perseguir y aun matar después de irse a sus casas, como

había sucedido otras veces; y 2^a.- Que de todos modos persistiría la opinión de que a la próxima muerte del Gral. Díaz habría otra revolución, lo cual no es bueno para el país ni lo deseamos *los que contra nuestra voluntad hemos tenido que ser revolucionarios esta vez*; pues nosotros deseamos la verdadera paz, basada en el respeto a los derechos ajenos y a la buena administración de justicia. Naturalmente no quiso ni discutir la separación del General Díaz porque de esto, dijo, ni se atrevería a hablarle a este señor.

Continuamos nuestras conversaciones, con el objeto de sondear o bien las ideas de Limantour o las instrucciones que tuviera del Gral. Díaz. El resultado de estas conversaciones lo resumimos en 12 cláusulas, diciendo él por su parte y yo por la que me corresponde que eso no implicaba un convenio ni nada aprobado: tanto él como yo dijimos más bien que estábamos seguros de que nuestros respectivos partidos o jefes no aprobarían aquellas bases, supuesto que les parecerían a unos mucho y a otros poco.

Paso a copiar lo escrito y hablado, dándole después mi opinión sobre el asunto y sobre cada una de dichas bases.

MEDIDAS DE EJECUCIÓN INMEDIATA

1^a.- Tomadas en consideración estas bases, se anunciará que el Gobierno de México está en arreglos de paz con los revolucionarios.

2^a. - En consecuencia se suspenderán las hostilidades inmediatamente, procurando las fuerzas combatientes que en la zona que ocupan se restablezca el tráfico ferrocarrilero; pero en ningún caso se utilizarán los ferrocarriles para transportar tropas o materiales de guerra.

3^a.- Renuncia del señor Ramón Corral de los cargos de Vicepresidente de la República y Ministro de Gobernación.

4^a.- Libertad de todos los presos políticos y suspensión de toda persecución política a los que vivan dentro y fuera del territorio nacional, cualquiera que sea la forma o pretexto que para tales persecuciones se use, incluyendo las de la prensa, que será libre conforme a la constitución.

5^a.- En consecuencia, tan luego como se aprueben estas bases, se expedirá un decreto de amnistía en términos que no sean deshonrosos ni humillantes u ofensivos para los revolucionarios, quienes se retirarán pacíficamente a sus hogares dentro del primer mes siguiente al día en

que se haya cumplido con el contenido de la cláusula Sexta.

6ª. Renuncia de los Gobernadores de los Estados de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Zacatecas, Yucatán, Puebla, Guerrero, Hidalgo, México y Guanajuato, cuyas legislaturas nombrarán como Gobernadores a los que proponga el partido antirreeleccionista y que no haya tomado las armas en esta revolución, con la condición, además, de que sea vecino del Estado correspondiente y cuya posición social sea una garantía para todos los habitantes.

7ª.- Los Gobernadores interinos a que se refiere la cláusula Sexta, convocarán a elecciones sucesivamente, conforme a las leyes electorales vigentes dentro de los ocho meses siguientes al día en que hayan tomado posesión de su cargo, con el objeto de elegir Gobernador Constitucional y Diputados al Congreso de la Unión.

8ª.- Reforma de la ley electoral federal para hacer efectivo y consciente el voto público, reforma que se llevará a efecto según los procedimientos legales.

9ª.- Siguiendo los procedimientos que establece la ley, se iniciará la reforma de la Constitución en el sentido de establecer el principio de no reelección del Presidente y Vice-presidente de la República, de los Gobernadores de los Estados y de los Presidentes Municipales.

10ª.- Cambios en el Gabinete, sobre todo en las Secretarías de Justicia, de Instrucción Pública, de Fomento y de Comunicaciones, poniendo a personas ajenas a la política activa (se entiende de la porfirio-científica).

11ª.- Para realizar uno de los más grandes ideales del partido antirreeleccionista y asegurar definitivamente la paz, serán un hecho la buena administración de justicia y las garantías constitucionales, así como la responsabilidad legal de los funcionarios y empleados de la administración pública.

12ª.- Se abrirá una subscripción nacional a la que contribuirá el Gobierno, con el fin de aliviar en algo las consecuencias de la revolución. Para distribuir los fondos, se nombrará una Comisión de seis miembros, de los cuales el Gobierno nombrará tres y los restantes el partido revolucionario, cuyos principales jefes serán nombrados de preferencia.

Mi opinión sobre las bases en general, es que si esto se llevara a puro y debido efecto, habríamos satisfecho la mayor parte de las exigencias de la revolución; pero la parte grave se encierra en esta pregunta:

¿quién garantiza que el Gobierno las cumplirá de buena fe, cuando tantas veces ha engañado al país? Esto se lo dije a Limantour.

1ª.- El objeto de esta base sería el que de hecho el Gobierno reconocería la beligerancia y que, en general, estaba dispuesto a trabajar sobre estas bases.

2ª.- La segunda base fue propuesta por el señor Limantour, según dijo, para evitar más trastornos y reclamaciones, sobre todo en esos momentos en que los E.U. movían rápidamente sus fuerzas hacia la frontera, lo cual podría traer una intervención armada. Sobre esto hay tres opiniones: una que es para apoyar la doctrina Monroe, evitando que los europeos intervengan; otra que México tiene arreglos secretos con el Japón y otra que EL GRAL. DÍAZ Y LOS SUYOS HAN SOLICITADO ESTE MOVIMIENTO. Las fuerzas contendientes, en México, desempeñarían, en sus respectivas zonas, el papel de policía para evitar robos, etc.

3ª.- Esta cláusula es de mera fórmula, supuesto que según se dice, Corral está muy grave; pero entonces quedaría Creel como Vicepresidente o Limantour, si, como se dice, él será nombrado Srío. de Relaciones, lo cual equivaldría a haber hecho una revolución contra el Gral. Díaz y los científicos, y dejarlos en el poder, lo que sería peor.

4ª.- Ésta no tendría de objetable más que la garantía de su cumplimiento.

5ª.- La primera parte, o sea lo del decreto, nada tiene de particular, supuesto que sería la sanción legal de lo convenido. En la segunda parte no quise ni discutir la deposición de las armas, porque haciéndola inmediatamente como lo pedía Limantour, ya no habría garantías, y por esto no quise ni que se pusiera el concepto de “deponer las armas”; que se irían a sus casas, pero hasta tener un Gobierno designado por los revolucionarios. Limantour decía que los Gobernadores se nombraran de común acuerdo.

6ª.- Razones estratégicas y de mayor sufrimiento me indicaron qué Estados podrían ponerse. El nombramiento por las Legislaturas fue para darle al asunto cierta apariencia legal, nombrando vecinos a los Estados que dieran garantías a todos, por cuyo motivo también se habló que no fueran los que están con las armas en la mano, aunque en las elecciones éstos podían ser electos.

7ª.- Para evitar elecciones al mismo tiempo y no pudiendo reformarse desde luego todas las leyes locales, se puso que la elección sería sucesiva y conforme a las leyes vigentes, poniendo también la elección

de Diputados en los diez Estados, para que en la Cámara tenga representación el partido.

8ª.- Esta base se explica sola, pues la ley electoral actual necesita reformas para que las elecciones no sean una farsa; pero esto debe hacerse con calma.

9ª. Igual explicación tiene la 9ª., aunque Limantour replica que eso equivaldría a que el Gobierno abrazara la bandera de la revolución, no obstante que la reforma demanda tiempo, según los requisitos que requiere la Constitución.

10ª.- Esta cláusula no tiene tanta importancia si es el Ejecutivo quien ha de nombrar a sus Secretarios de Estado; yo le indiqué que como los Secretarios de Estado en general desempeñan funciones administrativas, podían figurar en el Gabinete tres o cuatro miembros del Partido; pero repito, creo que los cambios en éstos vendrían con o sin convenio o arreglo.

11ª.- Esta cláusula no merece más mención que la garantía de que se cumpla y la impresión que le produjo a su amigo, quien dijo que eso equivalía a que el Gobierno reconociera que no existía eso en el país; pero para nosotros es lo más importante, dejando a un lado toda otra consideración.

12ª.- Ésta fue formulada por Limantour, después de hablar sobre las desgracias y víctimas de la revolución.

Repito y subrayo que estas bases no son sino el tema y las generalidades de nuestras conversaciones y sobre las cuales podría tratarse, llegando el caso, pero no envuelven ningún compromiso para nadie.

1ª.- Limantour, el domingo estuvo *casi suplicante* y muy dispuesto casi a un arreglo, un poco menos el lunes en la mañana y mucho menos en la tarde. Este cambio me lo explico o por las órdenes o noticias que recibió de México, por promesas de Wall Street o del Gobierno de los E.U., o porque este Gobierno mandó retirar los buques de guerra que fueron a “bloquear” los puertos mexicanos del Golfo y del Pacífico. Sin embargo, anoche *me habló Gustavo* por teléfono, diciéndome que una vez que yo había salido de Nueva York y cuando don Pancho fue a entregar a Limantour una copia, este señor se manifestó nuevamente muy amable y le dijo que si había cambiado de actitud para con nosotros entre su primera conferencia y las posteriores, fue *porque recibió mensajes* del General Díaz en los que parecía el Gral. haber cambiado de opinión, lo cual casi echaba por

tierra las intenciones de Limantour. Añadió que dicho cambio lo tenía muy disgustado y que justamente por eso violentaba su viaje a México, en el concepto de que si al hablar con el Gral. Díaz no lo encontraba dispuesto a entrar en negociaciones, entonces se retiraría del Gabinete, lo cual sin duda provocaría un escándalo. Advierto a Ud. asimismo que durante nuestras conversaciones advertí que Limantour tenía la creencia de que yo era quien mayores obstáculos oponía a llegar a un arreglo y le expliqué que mis exigencias dependían de que *conocía yo el modo de pensar de usted* y, además de que como *yo no había tomado parte en la organización de la revolución* y por eso se llegó a decir en el seno del partido que yo traicionaba a los correligionarios, ahora que estoy representando al Gobierno provisional, me creo obligado a ser exigente para evitar toda mala interpretación de parte de los antirreeleccionistas. Como Limantour insistiera en hacer comprender sus temores de que yo pudiera influir en Ud. para que no se llegara a ningún arreglo, le dije que, para probar la limpieza de mis actos si las bases llegaban a tomarse en consideración yo escribiría una carta a Ud. exponiéndole con sinceridad la conveniencia de hacer una transacción provechosa y que enviaría al mismo Limantour una copia de la carta que escribiese a Ud. sobre el particular. Así pues, si de México pueden ser principio de una negociación en forma, escribiré a Ud. dicha carta y mandaré copia a Limantour.

2ª.- Limantour tiene la misma opinión que el Gral. Díaz del pueblo mexicano, pues lo considera *sin ningún mérito para votar, y peor idea tiene de los revolucionarios*, a quienes llama *inconscientes que van a la revolución para robar*.

3ª.- En cambio, tiene muy alta idea de los científicos, porque cuando se trataba de los hombres que no podían quedar en el Gobierno nos presentó como modelos de hombres honrados a los dos Macedo y a Corral, etc.

4ª.- Nos expresó su convicción de que en México no hay hombres honrados y capaces, fuera de los que están hoy, para formar un buen Gobierno, buenos Gobernadores y buenos Jueces.

5ª.- Juzgo que quiere aprovechar la revolución para quedarse con ellos en el poder, eliminando tarde o temprano al General Díaz.

6ª.- Confesó lo que yo sabía, esto es, que él tenía el pecado de haber recomendado y apoyado a Corral para Vice-presidente.

7ª.- El cambio de Limantour el lunes lo resumo así: antes había convenido en que el círculo del Gobierno era muy estrecho, que no había buena administración de Justicia, *que no había libertades*; y el lunes en la tarde sostuvo que no teníamos de qué quejarnos, que *se trataba de ambiciones personales*. Ya dije a Ud. cómo explicó Limantour ese cambio a su papá.

Usted conoce mis ideas antirreeleccionistas, mis deseos de que esta revolución no se prolongue y que preferiría una transacción VENTAJOSA Y SEGURA y no el aniquilamiento completo de un partido opuesto en el Gobierno, necesario para el equilibrio político, es lo que ha llevado al país a tan triste estado. Mas para llegar a este resultado, es necesario obtener más y **SOBRE TODO LA SEGURIDAD** de que se ha de cumplir lo pactado.

Mientras estábamos en estas conferencias se fabricaba en México orden de aprehensión en contra de algunos de su familia, y cuando en la última conferencia se dijo esto a Limantour, se limitó a decir que era cuestión distinta. Lo de siempre.

Se había convenido en que Gustavo fuera con un salvoconducto a hablar con Ud., llevándole esta correspondencia, entre tanto él se iba a México. Parece que pidió y obtuvo la autorización para el salvoconducto, pero todo esto se desbarató en la última conferencia y no quedamos en nada.

A pesar de todo, pienso que si ellos presentan la oportunidad de transacción, *no debemos negarnos*; que mientras mayores sean nuestras ventajas en el campo de batalla, más grandes deben ser nuestras exigencias, con el fin de ver si se obtiene un triunfo casi completo, sin imponer al país tanto sacrificio.

Debemos estar pendientes y tener mucho en cuenta que los E.U. han de pescar mucho en los arreglos, supuesto sus intereses materiales y políticos en México.

Mañana mandaré las notas a los Gobiernos y si se gana la batalla cerca de Casas Grandes cuya noticia acabo de leer en estos momentos, todo esto nos pondrá en mejores condiciones.

Algo hemos hecho en la prensa y seguiremos haciendo. Tenga Ud. mucho cuidado y mayor prudencia. No hay que sacrificar inútilmente las fuerzas de allá, entretanto se aumenta las de otros Estados, que hasta hoy ya ganamos veinte, pero que no tienen muchos elementos.

Éxito y acierto le deseo en todo, y que salga ileso. Salude a los amigos y reciba saludos de Sánchez Azcona, que está conmigo. Suyo Afmo.

F. VÁZQUEZ GÓMEZ

Agencia Confidencial del Gobierno
Provisional de México.
Washington, marzo 24 de 1911.

Sr. don Francisco I. Madero
Estado de Chihuahua, México.
Muy estimado amigo:

No vaya usted a considerar esta carta como el producto de MIS IDEAS ANTI-REVOLUCIONARIAS DE SIEMPRE. Recuerde, al contrario, que cuando por primera vez me habló de mi probable candidatura en la Convención de abril próximo pasado, me dijo que, si la aceptaba, podría ayudar a una transacción entre los dos partidos opuestos.

Usted sabe perfectamente QUE HICE TODO LO POSIBLE para obtener, si no una transacción propiamente dicha, al menos algo que permitiera a nuestro país iniciar pacíficamente una evolución política, que andando el tiempo pudiera satisfacer las aspiraciones legítimas de todos los que nos preocupamos un poco por el futuro de nuestra Patria. Y si entonces no pude conseguirla, tal vez fue culpa de MI POCO VALER EN LA POLÍTICA MEXICANA, mas no se valió a mi falta de empeño y de buen deseo.

Las circunstancias actuales vuelven a colocarme en la misma situación que el año pasado, pues tal parece que el destino se empeña en que se realice su previsión; es decir, que mi humilde personalidad sirva de conducto para ver si se restablece la paz en nuestro país. Si esto sucede; si los que combaten en el campo derramando sangre de hermanos, se estrechan mañana en fraternal abrazo y lo olvidan todo, volviendo libres y tranquilos a sus hogares desiertos hoy; si esto sucede, repito, habré cumplido con mi deber de buen mexicano, y podré retirarme con la conciencia tranquila del que ha hecho el bien.

Sabrán usted que fui llamado a Nueva York a hablar con el señor Limantour y procurar de común acuerdo un arreglo a la situación presente. Nadie tenía representación oficial y sólo nos reunió el común

deseo de poner fin a una guerra siempre perjudicial para todos. Mas como era necesario condensar los temas de nuestra conversación para concretar las ideas, les dimos la forma de proposiciones o bases que tengo el gusto de acompañar a esta carta.

Ellas, como verá, tienden a restablecer la paz de nuestro país, a obtener una parte de las ideas perseguidas en la campaña electoral del año pasado y a garantizar la vida, la libertad y, hasta cierto punto, el respeto a que son acreedores los valientes soldados que militan bajo sus órdenes.

Estoy bien convencido de que son justas, desinteresadas y nobles las exigencias de la revolución, porque resumen aspiraciones legítimas de todos los pueblos cultos; pero también lo estoy de que si ellas pueden logarse en una buena parte, sin más sacrificios para la Patria, no debemos vacilar en venir a una transacción si ésta es honrosa, franca, sincera y de buena fe: pero no hay que olvidar que para llegar al fin, es necesario que ambos partidos pongan a un lado todo amor propio y toda preocupación personal; porque de no ser así, se corre el riesgo de que en lugar de una paz verdadera y definitiva, sólo haya una tregua, después de la cual pueda volver a interrumpirse la paz y con ella el progreso incipiente de nuestro pueblo.

Es necesario que la paz sea completa y definitiva para que nuestro país no vuelva a ser víctima de otra revolución. Ahora bien, ¿cómo llegar a una paz verdadera? Creo que nunca hemos hablado personalmente sobre este asunto; pero recuerdo muy bien que en algunas de mis cartas del año pasado, algo le expuse de mis ideas.

A mi juicio la verdadera paz y la buena administración, nunca pueden existir sin que al mismo tiempo existan en el Gobierno dos partidos políticos opuestos desde cierto punto de vista; y lo que he observado en ese país, me permite confirmar mis ideas de una manera absoluta. Cualquiera que sea la forma de gobierno, republicano o monárquico, y cualquiera que sea el partido que esté en el poder, si existe y gobierna solo, nunca traerá lo que tanto deseamos los mexicanos, y que tanto necesitamos.

Ya conozco la cantinela de siempre; que los partidos no pueden existir sin el voto libre; pero también sé por experiencia propia y extraña, que esto último no es posible si no hay dos partidos en el Gobierno y que sirvan de garantía a la libertad de votar. Por esta razón, pienso que si se arregla una transacción franca, sincera y de

buena fe, habremos conseguido lo que el triunfo de la revolución no nos permitirá hacer en varios años o tal vez nunca.

Podría objetarse que por artificial este estado de cosas no sería estable, pero a mi juicio la formación y existencia del partido antirreeleccionista nada tiene de artificial, pues cuenta con partidarios de buena fe, serios y honrados, no podrá desaparecer.

Si en virtud de una transacción, nuestro partido entra en la arena política y en el campo gubernamental, en condiciones que le permitan vivir, la pureza de sus ideales, la honradez de su conducta y la sinceridad de sus hombres, pronto lo hará poderoso y fuerte; pues no soy de aquellos que piensan y creen que en nuestro país no hay hombres honrados y capaces de ocuparse en los asuntos políticos.

A mi juicio éste es el lado más importante de la cuestión, en lo que se refiere al porvenir de nuestro partido y por lo mismo al porvenir del país. No creo conveniente ir de un extremo a otro, porque sería sencillamente cambiar de nombre; volveríamos a lo de siempre; y si esto llegara a obtenerse después de una revolución larga y sangrienta, ¡cuántos odios, cuántos dolores y cuántas venganzas se despertarían y harían imposible una evolución pacífica y provechosa para el país! La prolongación de la guerra tiene otros inconvenientes cuya gravedad no se puede determinar de antemano. No podemos saber hasta dónde nos llevará, ni podemos prever todo lo que traerá como consecuencia, porque si se sabe dónde, cuándo y cómo se empieza, nunca se puede prever dónde, cuándo y cómo se acaba. Entre lo desconocido, a donde nos llevaría una revolución más o menos larga, y lo conocido, a donde iríamos en virtud de una TRANSACCIÓN formal, buena y sincera, creo que no debemos vacilar en resolvernos por ésta.

Hasta donde lo permitieron las circunstancias se trató de asegurar en la transacción, la vida y la libertad de los revolucionarios presos y perseguidos políticos; pero si, como espero de sus altas miras patrióticas, se resuelve a entrar en arreglos o transacciones y con mejor conocimiento de las cosas en el lugar en que usted se encuentra, podrá estudiar estos asuntos y resolverlos con mayor acierto.

Entiendo que el portador de ésta será su hermano Gustavo, quien estuvo también presente en las conferencias con Limantour; él le dirá de viva voz lo que yo no puedo expresar, porque las entrevistas fueron bastante largas y por lo mismo le pondrá al tanto de los detalles.

Con la esperanza de recibir buenas noticias de usted y de que ha

terminado la revolución en virtud de un arreglo satisfactorio, quedo como siempre, su afmo, amigo y S.S.

F. Vázquez Gómez

San Antonio, Texas, 18 de abril de 1911.

Sr. Dn. Francisco I. Madero.
Campo de Operaciones,
Chihuahua, Mex.

Muy querido hermano:

Confirmando mis cartas fechas 2 y 13 del actual y carezco de tus gratas letras a qué referirme.

Hoy llegó nuestra hermana Rafaela de México y trae magníficas noticias con respecto a la situación.

Don Porfirio está completamente obstinado en que para salirse, no habrá más razón que las bayonetas y que mientras quede un soldado, defenderá el puesto. Dicen que Limantour está decepcionado de ver el poco patriotismo del viejo, quien por otra parte, está ya en tal estado mental, que no es más que una momia. Todo el mundo en México es partidario de la revolución. Todos desean el triunfo de ella y el derrocamiento de la dictadura, a la que hacen responsable de esta revolución y que ha traído perjuicios enormes para el comercio, la industria y los negocios en general. Por lo mismo, aconsejan, que no cedamos ni un ápice en cuanto a las negociaciones de paz, porque están seguros de que si dejamos al viejo en el poder, éste procurará hacernos alguna mala parada, como él sabe hacerlas; aunque ahora le faltan las energías y la inteligencia; pero los tiranos, entre más viejos, son más peligrosos. Soy de opinión, pues, que no debemos transigir ni por un momento y que debemos exigir nuevas elecciones, pues será la única salvación para la República.

Cambio de Ministerio, o cambio de Gobernadores, cuando todos ellos son sacados de la misma mata nada significan, y siempre seguirán sumisos a la voluntad del viejo déspota.

Cuando comenzamos a hablar con Limantour sobre una transacción, dada la alta categoría de Limantour y la influencia que éste tiene en

los asuntos mexicanos, así como el prestigio que tiene en el extranjero, me pareció conveniente que se dijera que había ciertas gestiones encaminadas a una transacción, porque ésta nos daría, como nos ha dado, grandes simpatías y gran significación en México y en este país, donde antes se nos consideraba como un grupo aislado sin significación de ninguna naturaleza; pero nunca con el deseo de que llegáramos a una conclusión, pues creía y creo todavía que el viejo tirano jamás ha cumplido con sus ofrecimientos y jamás los cumplirá. Por carta que acabo de recibir de González Garza, sé que el Doctor Vázquez Gómez envió un telegrama a ésta, indicando la conveniencia de suspender el ataque sobre Ciudad Juárez. Después de tu movimiento rápido, que todos hemos considerado como estratégico, pues no solamente hubo rapidez en el movimiento, sino que hubo concentración en un punto determinado, es un error de parte de Vázquez Gómez suspenderlo, con la esperanza de obtener ventajas por otro lado. Las ventajas que se hubieran obtenido haciendo un ataque vigoroso y rápido sobre Ciudad Juárez, el anonadamiento del enemigo por la superioridad de las fuerzas que tú tienes a tu mando, hubiera sido la mayor ventaja que hubieran podido sacar en las condiciones actuales. Si aún es tiempo, yo te aconsejaría que no suspendieras tus operaciones.

A propósito de Vázquez Gómez te diré que se ha portado con nosotros como no podía hacerlo más mal. Después de que mi papá y yo con el deseo de que no se dijera que se trataba de hacer una “cuestión de familia”, lo llamamos a New York para que tratara con Limantour; después de que tuvimos la atención de dejarlo hablar para que Limantour no creyera que eran exigencias nuestras, se ha puesto a hacer declaraciones inconvenientes, como de que *no es asunto de familia* el que se está tratando, que las declaraciones de mi papá y las mías son completamente desautorizadas y QUE ÉL era el único autorizado por ti para entablar negociaciones de paz. Yo estuve por saltarle y ponerlo en su lugar, pues me parece un acto indigno lo que este señor ha hecho, porque ni es verdad que él estuviera autorizado por ti y aún no sabemos si estará autorizado o no, ni es verdad que él solo haya tenido la entrevista con Limantour, puesto que yo también estuve allí en representación del Partido Antirreeleccionista y en consecuencia, me parece a mí (no como hermano del candidato, sino como antirreeleccionista que ha prestado sus servicios, que ya veremos

si son importantes o no) que se ha portado de una manera inconveniente, y si no fuera por la situación en que estamos, yo hubiera dejando al mencionado partido a que se rascara con sus uñas, pues no estoy para que me traten de la manera como me han tratado, cuando he sacrificado todo lo que tengo y aún sigo haciendo sacrificios sin cuento; pues hasta ahora no hemos obtenido ni un solo centavo para la revolución, aparte de un donativo de dos mil dólares que hemos recibido.

Otras de las cosas que he visto yo entre estos señores, es una falta absoluta de práctica para obrar. A González Garza me he cansado de pedirle que me diga qué es lo que necesita, si parque o dinero, para darle a las fuerzas de tu mando y es fecha que aún no me contesta de una manera categórica. En la última carta que me escribe me dice que habiéndole pedido tú agua, se ha ocupado de eso y aun ha tenido que comprar carros para mandarte el agua. Comprar carros en las condiciones en que estamos, no puede ser mayor disparate, pues si compran carros se quedan sin comprar parque y me parece que el parque es más importante que los carros. Le telegrafíe diciéndole que te sugiriera la idea de que trajeran agua por el Ferrocarril del Nordeste, en tanques, que indudablemente tendrán y creo aún que ésta es la única manera de salvar ese inconveniente de la falta de agua. No puede estar el agua a una distancia mayor de dos horas de ferrocarril y una máquina puede echar dos o tres viajes diarios, si es necesario. Por lo mismo confirmo mi idea sobre ese particular, a no ser que existan condiciones especiales, que nosotros no podemos prever desde aquí, como es muy fácil que suceda.

Según los informes que tengo, Agua Prieta se ha perdido por falta de parque. Ahí tienes tú otra imprevisión imperdonable, cuando que las personas encargadas de abastecer de parque deben tener siempre una existencia cuando menos de 100,000 cartuchos en mano. Yo aquí que no tengo ninguna campaña activa en el Estado de Coahuila, antes de terminar con una existencia de 50,000 cartuchos que teníamos en mano pedí 100,000 más, porque sé que se van a necesitar y es la materia prima para la guerra. No me explico, pues, cómo estos señores que tienen precisamente que estar surtiendo a Uds. de parque, no se fijan en ese importantísimo ramo que es más importante que mandar expediciones y que todas las operaciones que pueden tener en mano. La falta de dinero, como te he explicado en mis anteriores, es una de

las causas principales de nuestro malestar, porque ésta aún no se ha posesionado de ninguna plaza de importancia, no obstante la fuerza que todos sabemos que tiene; pero para el judío, que busca una operación financiera, no bastan todos los argumentos patrióticos ni todos los argumentos de justicia que puede uno presentarles. Se necesitan hechos y éstos son los que no hemos podido presentar.

Te llamo la atención sobre este particular, porque me parece que la política que todos los jefes han seguido en esta campaña será todo lo honorable que tú quieras, pero ha traído enormes perjuicios a la revolución.

No me explico cómo habiendo tanta gente en el campo de operaciones, no han podido posesionarse de 20, 40 ó \$50,000.00 y mandármelos aquí para comprarlos de parque. Y te juro, que si aún es tiempo, vean de qué manera lo hacen, pues de otro modo, a pesar de los éxitos, a pesar de lo halagüeño que se presente la situación me temo yo un fracaso.

Don Venustiano Carranza ha estado preparando su expedición, pero la ha estado preparando con tal lentitud, que ya me desespera. Todo cuanto ha pedido se le ha dado y es fecha que aún está esperando ciertas noticias para pasar. El paso lo hará por Ojinaga, pues es el camino más expedito y fue sugerido por mí, pues allí puede con toda calma organizar su expedición sin las zozobras y sin los peligros que hay en otros lugares. La cuestión estaba pendiente simple y sencillamente, a que don Venustiano necesitaba facilitarle caballos a don José de la Cruz Sánchez y no obstante que hace ocho días telegrafíe sobre este particular, aún no me dan una contestación directa y sólo me dicen que creen que no se podrá. No lo creo yo así. Don José de la Cruz Sánchez salió con 200 caballos ensillados a encontrar a la columna de Villarreal; una vez que esa columna llegue a Ojinaga, para nada necesita los caballos. Puede prestárselos a don Venustiano, unos 30 ó 40, que muy pronto devolverá.

Ya tiene don Venustiano 50 rifles Winchester y 15 más que yo tenía en Ojinaga, son 65, número muy competente para comenzar. Por otra parte, Praxedis González entrará por Sanderson con 35 hombres, bien armados y municionados.

A propósito de las operaciones de Coahuila, te diré que hemos recibido noticias muy halagadoras acerca de Monclova, pues en Castaños se pronunciaron. Papela (que llegó ayer) trae la noticia de que Parras y

Viesca habían caído en poder de los nuestros y si esto es cierto, como lo creo, la revolución se hará de muchísimo elemento. Sólo en Parras pueden sacar doscientas carabinas y otros tantos hombres montados. Ojalá y así haya sucedido.

Don Venustiano lleva el encargo de mandarme cuanto antes fondos para la revolución, pues sin esto nada podemos hacer.

Hay que considerar que un millón de cartuchos 30-30 no cuestan más de \$30,000.00, cantidad insignificante para una revolución y enorme cantidad de cartuchos para la circunstancia en que estamos. Si tienen, pues, dinero, mándenlo; si no lo tienen, que impongan préstamos forzosos, pues no es posible que el Pueblo Mexicano quiera que la fortuna de una familia o de un solo hombre, lo salve de la ignominiosa tiranía que por tantos años nos ha oprimido. La verdad es que los ricos de México merecen ser colgados por su egoísmo y su cobardía, y no merecen ninguna consideración y debías imponer préstamos forzosos para poder continuar la guerra, pues como te digo, si no tenemos dinero, veo enormes probabilidades de fracaso.

Hablando de otra cosa, te diré que la desorganización en que hemos estado aquí ha sido completa. Vázquez Gómez, como te digo, se ha portado mal en el incidente de la paz y no solamente eso, sino que no ha tenido ni siquiera a bien contestarme telegramas ni decimos en qué situación se encuentra con respecto a probabilidades. Yo no sé qué pensará este señor, si pensará obrar de por sí o si tendrá instrucciones tuyas, lo cierto es que estamos en una ansiedad tremenda. El licenciado Vázquez publicando decretos descabellados, de los cuales probablemente ya tendrás conocimiento. Es un hombre de magnífica buena fe, pero de una inteligencia recortada completamente. González Garza, hombre de magnífica voluntad, deseo vehementísimos de ayudar, partidario puro de la revolución, pero por desgracia hombre de poca práctica para asuntos meramente administrativos.

¿Qué hacemos, pues, en una situación como la que nos encontramos?

¿No sería mejor que entre las personas nombradas como cabezas de departamento o como las llares, se tomaran acuerdos y se llevaran adelante en la forma en que se acuerde? A mí me parece que eso sería lo sensato y no estar trabajando cada cual por su cuerda, sin la más leve conexión.

Con decirte que tengo tres semanas de estar aquí, y aún no le he visto la cara al Lic. Vázquez, que entre paréntesis cometió una grosería con mi papá, de la cual salió muy mal librado el licenciado, pues muy

pronto encontró una contestación enérgica que lo puso en su lugar. Para que te formes idea del criterio de estos señores Vázquez, te diré que no obstante que Ponciano Navarro se ha portado de una manera tan indecente con nosotros, habiendo escrito cartas verdaderamente ofensivas, lo han seguido protegiendo con la idea de que haga una invasión por Tamaulipas. Por supuesto que el resultado ha sido que este hombre les haya robado todo el dinero que le han dado y con esto han sido castigados lo bastante; pero siempre indica una política enteramente personal, queriendo obrar siempre independientemente del grupo principal.

Parece que el Doctor Vázquez Gómez quiere aún conservar su título de Vice-Presidente, según he podido yo entender y en eso, nadie está conforme y yo el primero, pues un hombre que sólo aceptó la revolución cuando ésta era ya un hecho, como te lo manifesté a ti al principio, casi cuando considerábamos la victoria, me parece que es más un convenenciero que un patriota, y bajo este punto de vista debemos considerarlo.

Yo pienso salir para Washington pronto y allá espero tener una explicación franca con él.

Debo advertirte que la invasión americana con la que siempre nos ha querido asustar, no tiene ningunas probabilidades de efectuarse, porque estos amigos no desean meterse en una guerra costosa y larga porque sus nacionales, residentes en el país, comprenden que ellos serían las primeras víctimas.

Según parece, ésa fue la declaración de Taft en un mensaje que le puso al Gobernador de Arizona.

Concretando mi carta, debo decirte que son tres las cuestiones que tienes que resolver:

1°. La del dinero; si debemos de tener esperanzas o no de que ustedes nos lo manden.

2°. Organización de este lado para que las cosas caminen más en armonía, y

3°. Que no te detengas ante ninguna consideración para atacar Juárez y tomarla si puedes.

Saluda a Raúl de mi parte muy cariñosamente y tú recibe un fuerte abrazo de tu hermano que mucho te quiere,

Gustavo A. Madero

El último esfuerzo culminó con la rendición del general Díaz, porque un armisticio es una rendición.

Apenas llegó Madero con su ejército a las orillas del Bravo, en las inmediaciones de Ciudad Juárez en abril, cuando llegó la comisión nombrada por el gobierno del general Díaz, para tratar con Madero o los delegados que al efecto nombrase, las condiciones bajo las cuales se llevase a término el tratado de paz que pondría fin a la Revolución. De parte del general Díaz y con plenos poderes, figuraban el licenciado Francisco Carvajal, licenciado Rafael L. Hernández, licenciado Toribio Esquivel Obregón y don Tomás Braniff; y Madero por su parte, designó en primer término y por razones de carácter sentimental a su padre, don Francisco Madero, el doctor Vázquez Gómez y el licenciado José María Pino Suárez.

Precisa hacer constar, por la resonancia que tuvo la sucia actitud que observaron los delegados Esquivel Obregón y Braniff, desde que llegaron al campamento en desempeño de su misión de paz, impropia completamente de su altura, de su alta posición económica y social y de la ética que corresponde suponer en personas de tal alcurnia, al grado de que es autorizado suponer que se rebajaron a desempeñar el despreciable papel de genizaros del general Díaz, tratando de desquiciar el régimen directivo de la Revolución, para desorganizado, acabar con ella; y al efecto, valiéndose de las facilidades irrestrictas que había en torno de Madero, estos señores hicieron una labor inteligentísima, envenenando el alma sencilla y desprevenida de los jefes de la Revolución, principalmente Orozco a quien infundieron la idea de que él, el jefe de armas, el guerrero, el que tenía la fuerza, era y había sido el único y verdadero autor del triunfo militar del movimiento, y que Madero era quien, a título de jefe, sin acciones de armas, ni riesgos, ni méritos, era

quien se llevaba el triunfo, la victoria y el poder. Esta actitud de estos señores delegados embajadores de la paz, se pudo comprobar fehacientemente por muchos conductos, y así lo comprueban los hechos. El resultado obtenido por la malévola conducta de Esquivel Obregón y Braniff, produjo la sublevación de Orozco y Villa que intentaron derrocar a Madero y aprehenderlo, de lo que se salvó por verdadero milagro, por su serenidad y valentía que verdaderamente deshizo en su cuna el atentado.

El licenciado Hernández en sus *Memorias*, aún inéditas que su familia generosamente me ha facilitado, así lo comprueba y dice que el general Díaz que había estado atizando tenazmente a sus delegados para que se llegara rápidamente a la firma de la paz, al llegar a su clímax la rebelión, suspendió todas sus gestiones y *arrojó al mundo un torrente de luz para exhibir las asquerosidades de la conducta del general Díaz en aquellas horas atormentado con la amenaza inminente de su derrocamiento*; y para que esta verdad aplane a los escasos admiradores que aún conserve, transcribo lo que Hernández asienta en sus *Memorias*, agregando que Rafael Hernández fue ciento por ciento porfirista hasta el día en que entregó el alma al Creador, dice:

Los Tratados de Paz como en el capítulo anterior dijimos, el telegrama que dirigió Hernández al Sr. Limantour transmitiéndole las bases generales para la celebración de la paz, fue por el Sr. Limantour sometido al Presidente Díaz y al Consejo de Ministros en el cual era motivo de serias deliberaciones; sin embargo de la *urgencia* del caso, informado el Gral. Díaz de los sucesos que se desarrollaban en Juárez el día 13 de mayo (sublevación de Orozco y Villa) creyó seguramente que aquel motín tendría un sangriento desenlace, en el que perecerían Madero, Orozco y otros de los principales jefes militares y políticos de la Revolución quedando ésta acéfala, degeneraría en un movimiento caótico sin brújula y sin dirección que fácilmente dominaría el gobierno;

el Gral. Díaz pues, alentó su última esperanza y *suspendió* la serie de deliberaciones del Consejo de Ministros a que se refiere el mensaje del Sr. Limantour *hasta entretanto no saber el desenlace de las cosas* de Ciudad Juárez, por *si fuere favorable* a sus designios. *La noticia de que el Consejo de Ministros había diferido* esa junta causó pésima impresión en Madero y sus amigos. (Esct. 1-2 12).

Ante esta exhibición de porquería y suciedad del general Díaz y sus genizaros, Esquivel Obregón y Braniff, ¡qué pensará el mundo! Y para esa fecha 13 de mayo de 1911 ya el gobierno del general Díaz ¡estaba militarmente hecho polvo! A esas horas ya se oían en cadena, los alaridos rugientes de las hordas del Sur que clamaban venganza por la esclavitud a que los tuvo sojuzgados el tirano. Y el tirano agonizante, vislumbraba una esperanza de seguir en el trono, ¡a costa de la cabeza de Madero el immaculado! Hombres de ayer, hombres de ahora, hombres de mañana: Abrid los ojos a la verdad, a los hechos y comparad estas dos figuras de la Historia de México: Porfirio Díaz y Francisco I. Madero.

Madero excluyó a Esquivel Obregón de los tratados de paz, tratándolo por su inagotable bondad, con escasa dureza como se ve en la carta que le escribió con este motivo y que al efecto transcribo.

C. Juárez, 16 de mayo de 1911.

Sr. Lic. Toribio Esquivel Obregón.
El Paso, Tex.

Muy señor mío:

Recibí ayer su grata de fecha 14 que no contesté ayer mismo por exceso de trabajo. Brevemente lo hago ahora para manifestarle que el telegrama que Ud. dirigió al Sr. Limantour nada influyó en mi ánimo para tomar la determinación que le anuncié por conducto del Sr.

Sánchez Azcona, aunque sí me trajo mucha luz sobre el modo como Uds. apreciaban mi referencia hacia ustedes y ciertas frases con que procuraba yo determinar las larguísimas conferencias que teníamos, porque no parecía sino que ustedes, con larguísimos discursos, pensaban convencerme de sus argumentos, cuando que yo en breves palabras les manifesté cuáles eran las únicas razones de peso que me llevaban a un arreglo; las tomaron Uds. como vacilaciones que nunca han existido en mi ánimo, y pueden estar Uds. seguros, que las determinaciones que he tomado no ha sido obrando en virtud de ninguna sugestión, sino en virtud de mi íntimo convencimiento, lo cual puede Ud. haber comprendido si se fijó en el calor con que defendí ese punto en la última junta que tuvimos. Ese calor, nacido de mi sinceridad, les debía haber revelado los móviles íntimos que me guiaron al tomar la resolución que parece contrarió a Uds. en alto grado.

Por otra parte, desde el momento en que Uds. por la prensa atacaron de un modo inconveniente al Dr. Vázquez Gómez y al Sr. Venustiano Carranza, miembros de mi Gobierno, son motivo suficiente para que yo hubiese roto relaciones con Uds., pues no debo negar que me desagradó esa conducta de su parte; pero para darles pruebas de mi espíritu amplio en todos sentidos, aparenté que lo pasaba desapercibido, como ellos mismos lo hicieron, desde el momento que nada contestaron por la prensa.

No creo que haya sido Ud. el que aconsejó a Orozco que diera el paso que originó los acontecimientos del día 13, pero sí creo firmemente, que las apreciaciones de Ud. respecto a mis Consejeros y su modo de apreciar su conducta, influyeran poderosamente en su ánimo para que tomase esa determinación y como eso lo considero perjudicial para la causa que perseguimos y como una deslealtad hacia mí, *no quise seguir tratando la cuestión de la paz con Ud.*, tanto más cuanto que lo podía hacer por conducto de otros intermediarios con quienes para mí es más fácil entenderme.

Francisco I. Madero

Por fin ya no hubo caso para tratado de paz, porque el general Díaz se rindió renunciando a la Presidencia de la República y huyendo del país, pero por fórmula legal y principalmente para

evitar que la Revolución asumiera el poder por la violencia y no se interrumpiera el orden legal, se celebró un armisticio o en otros términos, se legalizó la rendición del gobierno con fecha 17 de mayo en Ciudad Juárez, firmando por el gobierno del general Díaz, el licenciado Francisco Carvajal y por la Revolución, don Francisco Madero, el doctor Francisco Vázquez Gómez y el licenciado José María Pino Suárez.

Ha quedado así demostrado que no hubo tratado de paz. Lo que hubo fue rendición del enemigo y huida, fuga del tirano, la cual se documentó mediante un armisticio, que como todos los de su género, puso fin a la guerra y se escrituró por cuanto a la Revolución, para no interrumpir el orden legal y adquirir el poder, no por la violencia, por la fuerza de las armas, sino por la sacrosanta puerta de la legalidad y por la soberana voluntad del pueblo expresada en los comicios.

El armisticio firmado en el histórico carro de ferrocarril en el Bosque de Compienge en Francia, el día 11 de noviembre de 1918, no fue un Tratado de Paz. Por la firma de ese armisticio, las fuerzas alemanas del Káiser Guillermo II se rindieron a las fuerzas aliadas que las derrotaron.

En Ciudad Juárez, a los veintiún días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana Fronteriza los señores licenciado Francisco S. Carvajal, representante del Gobierno del señor general don Porfirio Díaz; don Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero Senior y licenciado don José Ma. Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la Revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional y Considerando:

I.- Que el señor general Porfirio Díaz ha manifestado su resolución de renunciar a la Presidencia de la República, antes de que termine el

mes en curso; II.- Que se tienen noticias fidedignas de que el señor Ramón Corral renunciará igualmente a la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo; III.- Que por ministerio de la ley, el señor licenciado don Francisco L. de la Barra, actual secretario de Relaciones Exteriores del gobierno del señor general Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución; IV.- Que el nuevo gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad, para satisfacer en cada Estado, dentro del orden constitucional, y acordará lo conducente a las indemnizaciones por los perjuicios causados directamente por la Revolución, las dos partes representadas en esta conferencia, han acordado formalizar el presente convenio:

Unica. Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República, las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del general Díaz y las de la Revolución; debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden público.

Transitorio.- Se procederá desde luego, a la reconstrucción y reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.

El presente convenio se firma por duplicado.- Francisco Madero.- Lic. Francisco Carvajal.- Dr. Francisco Vázquez Gómez.- Lic. José Ma. Pino Suárez.

Realmente el problema no es si hubo o no un tratado de paz; el problema es más hondo porque en el fondo lo que más que la reacción, la mismísima Revolución censura a Madero, es no haber llegado a un fin radical, esto es a arrojar del Palacio Nacional en masa a la burocracia porfirista enquistada en las oficinas de los ministerios –desde los mozos hasta los ministros– arrojar de sus pupitres a los falsos diputados y senadores porfiristas, colocados allí por gracia del dictador; arrojar de la Suprema Corte a los señores magistrados dúctiles a la consigna, fieles servidores del

amo –a quienes se les encomendaba dar forma legal a todos los asesinatos políticos y a todos los despojos de los sufridos pueblos– y por último, licenciar al siempre corrompido Ejército Federal desde Bustamante a Iturbide; pasando por Su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa Anna, hasta Félix Díaz y Díaz Ordaz en Veracruz, Félix Díaz, Mondragón, Bernardo Reyes y Gregorio Ruiz en la Ciudadela y rematar su ignominiosa vida institucional, con los trogloditas Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet, asesores y maestros del “Mata Ratas”.

Este problema en toda su magnitud, comprende pues el estudio de los errores 4 y 5 y me parece más acertado estudiarlos en conjunto.

Ya expresé que Madero aceptó la rendición del gobierno del general Díaz, dejando subsistente el armazón oficial porque repudió al tomar el poder, el gobierno por la violencia de las armas. No solamente para él era esto indecoroso, sino en el fondo, la razón fundamental era que él proclamaba que los gobernantes no son otra cosa que los mandatarios del pueblo y que al pueblo y solamente al pueblo, incumbe designarlos y Madero en el cumplimiento de los principios que proclamó, fue inflexible.

No iba a ser el primero que violara su propio programa, agarrando el poder como botín de guerra.

Había pues que pasar por un interinato. Había que tolerar, que sufrir tal interinato, no había disyuntiva; ciertamente que ese interinato fue a caer en manos nefastas. Había en favor de De la Barra un pasado limpio, y esto y el haber estado en cierta forma desligado de la política activa por razón de sus funciones diplomáticas, fueron los títulos que Madero tuvo en consideración

para que él asumiera el mando supremo. La labor de De la Barra fue funesta para la Revolución. Hombre perteneciente a la cimarrona aristocracia mexicana –hombre rico–, completamente desligado del pueblo al que menospreciaba, orgulloso, fatuo, vinculado con todos los prohombres del régimen derribado, su conducta en el gobierno, influenciado por los que lo rodeaban, todos adictos al viejo dictador, no se inspiró más que en servir a los suyos y combatir cobarde y solapadamente a Madero y a la Revolución.

De ninguna manera se puede considerar como error de Madero el haber consentido el interinato; en lo que sí sufrió equivocación, fue en el nombramiento de De la Barra y ya hemos expuesto las razones que hubo para incurrir en tal error.

Es un tremendo error de lógica establecer que el supuesto error de haber admitido el interinato y la equivocación o el error del nombramiento de De la Barra, implica el error de la actuación del gobierno interino. Lo que hay en el fondo es que Madero sufrió, como era inevitable, todas las consecuencias de la transición; y ruego a los lectores fijar su atención y tener en cuenta que esa transición fue un semillero, un conglomerado, una urdimbre de fuerzas y elementos muy poderosos, muy inteligentes, muy hábiles y muy perversos todos, encaminados más que a dificultar, estorbar o entorpecer el advenimiento de Madero y de la Revolución al poder, propiamente a destruirlo, a aniquilarlo, a matarlo. Era lucha, juego de intereses, no contaban las ideas ni los principios. Eran los ricos y los hacendados, los privilegiados, la prensa, la sucísima prensa, la asquerosa prensa porfirista, los intelectuales, todos corrompidos, que no se dejaban arrebatar, ni sus riquezas ni sus privilegios por los hombres del pueblo.

El haber admitido el interinato, importaba fatalmente consentir que *subsistiese el Congreso, la Corte, la burocracia*, integrados sin excepción por gentes del régimen caído; nidada de enemigos que usaron su posición oficial para combatir a los advenedizos; primero a la llegada de las fuerzas triunfantes, oculta y solapadamente por pura cobardía, por miedo a los triunfadores; y más tarde cuando ya se dieron cuenta de la bondad y la justicia de Madero, libres del miedo, atacarla abierta y descaradamente sabiendo que nada arriesgaban, que nada tenían que perder.

El más serio de todos los errores que se atribuyen a Madero, y eso por las consecuencias que tuvo para él mismo, pues lo dice Lamicq: "...la característica de los errores de Madero, fue que fueron a su costa, esto es, que él fue quien sufrió las consecuencias de sus errores", es el haber conservado el Ejército Federal.

Juzgando a posteriori, consumados ya los hechos, consumados los cuartelazos, consumada la traición y el asesinato, bien fácil es asentar que Madero sufrió un error conservando el Ejército Federal.

Pero la situación debe juzgarse en la época en que triunfó la Revolución y Madero asumió el mando, y tener a la vista y tomar en consideración los hechos y las circunstancias tal y como se presentaban en aquellos días, y hay que analizar la situación como la vio y la juzgó Madero. Para Madero, la alternativa era o echarse en manos del Ejército Federal o en manos de las fuerzas Revolucionarias. Hay que decir la verdad, debo decir la verdad, Madero tenía la peor impresión de sus fuerzas, de las fuerzas revolucionarias; falta de disciplina, de moral, desorganizadas. De valor y de patriotismo, nada había que ambicionar. Desde el más humilde soldado hasta el cabecilla y el general, fueron a la lucha

inflamados en el más puro, ardiente y desinteresado patriotismo; y el valor y los actos de abnegación y heroísmo de aquellos hombres, llegan a lo sublime. Hubo a montones actos aislados de valor y sacrificio que emocionan hasta las lágrimas.

En escasos tres meses cuatro días, del 7 de febrero al 11 de mayo que convivió Madero con su tropa, sufrió él mismo tres rebeliones que pusieron las tres veces en peligro su vida. Y tuvo que someter a consejo de guerra otros tres crímenes de sus soldados. Madero había apreciado por sí mismo el grado de desorganización de su tropa, y la verdad es que tuvo miedo de entregar la sociedad en manos de aquellas hordas.

Cierto también que en el fondo de su corazón sentía cariño, gratitud y admiración por sus soldados, pero el conocimiento de que su deber lo obligaba a dar garantías a la sociedad, estabilidad al gobierno y paz al país, se sobreponía a sus sentimientos. Por otra parte aunque no era admirador del Ejército Federal, sí lo consideraba una organización que llenaba su objeto y consideraba que desempeñaba como misión mantener la paz; nunca pasó por su mente disolverlo. Por más que nunca tampoco confió que necesitaba del Ejército para la estabilidad de su gobierno. Él siempre mantuvo una fe ciega en el pueblo, que no perdió ni en los trágicos días de la Ciudadela. Su espíritu confiado no lo llevó nunca a pensar que fuera capaz de una felonía, de un cuartelazo. Se equivocó y con su muerte pagó su error.

El Ejército estaba preparado para la defección. Había sido vencido y humillado por campesinos, labriegos, artesanos y maestros de escuela; los oficiales del Ejército estaban resentidos, en cantinas y cabaretes cantaban *el Pagaré*. Madero era el blanco de sus odios.

Había derrumbado a su ídolo y eso clamaba venganza. Madero debía *pagar* con su vida su osadía. El canto del *Pagaré* era la sentencia de muerte que sus jefes supremos Huerta y Blanquet, hicieron efectiva la fatídica noche del 22 de febrero de 1913.

El Ejército Federal también pagó con su vida el crimen, pero no en las tenebrosas sombras de la noche, sino a la luz refulgente del quemante sol de otoño. Barrido, derrotado, aniquilado por fuerzas improvisadas del pueblo, acaudilladas por guerrilleros de la alcurmia de Villa y Obregón, entonó el angustioso réquiem en Teoloyucan el 13 de agosto de 1913.

4. LA INDEMNIZACIÓN DE LOS GASTOS QUE CAUSÓ LA REVOLUCIÓN

Se inculpa a Madero, a don Gustavo y a don Francisco, el error de haber exigido que el Erario Federal pagase los gastos que del peculio personal de don Gustavo causó la Revolución y que ascendieron a cerca de seiscientos mil pesos.

Este capítulo merece considerarse desde varios puntos de vista.

En primerísimo lugar asentar que para atender a los gastos de organización de la Revolución, Gustavo hechó mano atrevidamente de dineros de la Compañía Francesa del Ferrocarril del Centro, negociación que manejaba Gustavo, quien se entendía con los capitalistas franceses a través de un tal señor Carboneau, quien dócilmente se prestó a servir como instrumento de la dictadura, para pedir la quiebra de don Gustavo y don Francisco en Monterrey, de cuyo incidente nos ocupamos en otro lugar. Y fue Gustavo quien arrojó la financiación de la Revolución, porque ya el caudal de Madero se había agotado.

Gustavo, pues, se aventuró a ir a la cárcel por ladrón si la Revolución fracasaba, pero era hombre de temple para arrostrar ese peligro.

Otra consideración no apreciada, es el caso único en la historia del mundo y especialmente de la convulsiva América Latina, de una revolución financiada pobre, escasa, ruinmente por uno de sus directivos. Todas las revoluciones en el mundo, se han hecho a base de saqueos y pillajes. Los ingenuos hombres de negocios de los señores Madero abrieron sus arcas, y las puertas de la cárcel en caso de fracaso, para afrontar los gastos de toda índole, movilización, armas, municiones, organización de la Revolución, en vez de robar a los ricos y hacendados con las armas en la mano, los dineros necesarios para los gastos.

Todavía están muy recientes las convulsiones que ha sufrido nuestro propio país de Madero acá, y todos los levantamientos que han ocurrido han sido a costa de las fuentes económicas de los pobres y sufridos hijos de la adolorida patria. Dígalo sino la desvalorización, devaluación de cientos de millones de pesos en bilimbiques, hecha valientemente por Carranza a instancias de Cabrera; porque es el pueblo, todo el pueblo, ricos y pobres, desde un bilimbique de a peso, hasta miles de bilimbiques de a cientos y miles de pesos, quien debe sufrir las convulsiones que producen la libertad y el mejoramiento de los de abajo.

Y no debo omitir, porque una historia debe ser completa, que la organización de la Revolución fue de tal manera mezquina, que nuestros compañeros de San Antonio, Texas, entre los que había algunos que habían de ser luminarias: Pancho Múgica, Roque Estrada, Juan Andrew Almazán, Marciano González, padecieron verdadera hambre porque ¡no habría con qué darles de comer! O

para que armados se internaran a pelear en el país, que era su anhelo y para eso estaban allí.

Pensad, medita, recapacita, ¿no fue una ingenuidad de niños de escuela, que Gustavo se atreviera a exponerse a ir a la cárcel por ladrón invirtiendo aquel dinero en organizar la Revolución? Cuando lo debido, lo usual, lo común y corriente, es quitarle el dinero para esas andanzas a los que lo tienen.

Y ciertamente hay tanta ingenuidad, tanta candidez, “marca Madero” en haber dispuesto de ese dinero para la Revolución como ¡en haberlo cobrado! La gente debe absolver a los Madero de este error, de esta tontería, que en realidad y en el fondo, no es otra cosa que exhibición de su honradez por una parte y por la otra ignorancia, desconocimiento de las trácalas que comúnmente como cosa bien sabida, emplea el gobierno para sacar los fondos de las cajas de la tesorería.

Hoy día nadie ignora los múltiples medios de que se valen los gobernantes para extraer cumpliendo con todos los requisitos, no digamos seiscientos mil pesos, sino miles y millones de pesos. Pero aquellos ingenuos señores Madero, ignoraban tales triquiñuelas, propias por lo demás de gentes hábiles, para tales menesteres; y ¡cándidos!, ¡ingenuos! los señores Madero creyendo como formalmente lo creían, que para resarcirse de aquella suma, había que hacerlo saber al pueblo con magnavoz y someterlo a un acuerdo presidencial o a toda una ley expedida por el Congreso.

Y lo más serio del error, las consecuencias, hábilmente explotadas por los enemigos, por la reacción, el desprestigio, el deshonor –de Madero–, el deseo de rapiña, los honrados dejando la cola de

fuera, ¡los seiscientos mil pesos!, ¡los seiscientos mil pesos! Tema de artículos denigrantes del homosexual Chucho Rábago y su socio el doctor Leopoldo Escobar y del propio padre Cuevas; y caricaturas y chistes de “Multicolor”. Tema fecundo para deturpar a Madero.

Y la víctima del error, Madero. “Si tuvo errores, éstos no fueron contra la nación, sino contra sí mismos. Contra la conservación de su poder, jamás contra sus principios. Contra su interés terreno, jamás contra su gloria. Madero fue ante todo, *un lógico*”. Lamicq.

5. LIMANTOURISMO DE MADERO

Infortunadamente desde la mismísima campaña antirreeleccionista y más exacerbada aún, durante la lucha armada, el doctor Vázquez Gómez asumió una actitud solapada contra Madero tendiente a desacreditarlo; absurdo al que no encuentro aplicación, porque para mí, ni siquiera era celo del de abajo hacia el de arriba, pues Vázquez Gómez nunca ambicionó ocupar el lugar de Madero y por supuesto, carecía absolutamente de capacidad, carácter, valor y resolución para asumir las funciones y responsabilidades de jefe y ni siquiera deseaba ser el jefe del movimiento, pero quizá sí aspiraba a imponerle a Madero su criterio, pero sin emplear medios suaves y cordiales, sino imponerse sobre él a base de pretender ser más inteligente y tener mejor preparación cultural. Como quiera que sea, el hecho es que nada lo detenía para rebajar a Madero y buscando en su imaginación medios para desprestigiarlo, él fue quien inventó el infundio del limantourismo de Madero, que fue acogido con fervor por la reacción porfirista como arma de combate con el ánimo perverso de presentarlo ante los revolucionarios, como un reaccionario detestable vinculado con el corrompido partido científico jefaturado por Limantour.

Vázquez Gómez llegó en su ciego atrevimiento hasta asentar que Madero propugnaba porque Limantour fuera el Presidente Provisional de la República a la salida del general Díaz, lo que implicaba nada menos que entregar la Revolución en manos del enemigo, o sea que se había derramado a torrentes la sangre del pueblo, para entronizar al corrompido enemigo mismo. ¡Horror!

Una calumnia demoledora.

Como axiomáticamente afirma el sabio filósofo inglés Herbert Spencer: “En el fondo de toda mentira hay algo de verdad”, y eso sirvió de base a los calumniadores para exhibir a Madero como un adicto político del señor Limantour.

Creo haber ya dicho que Limantour, siendo abogado postulante antes de encumbrarse al Ministerio de Hacienda, fue abogado de don Evaristo Madero, quien le pagaba una iguala mensual por sus servicios profesionales.

De allí que cuando fue ministro, los señores Madero y el mismo Francisco I. Madero, acudieron a su influencia para buscar conseguir medianas garantías no para él, sino para sus partidarios perseguidos y encarcelados, y así fue como se cruzaron las cartas que en seguida transcribo:

Hotel México.- Tehuacán, Pue.
18 de noviembre de 1909.

Sr. Lic. José Ives Limantour.
México, D.F.

Muy estimado señor mío y amigo:
Aunque las relaciones que llevan algunos miembros de mi familia

con usted son relativamente estrechas, las que yo llevo son tan escasas, que casi no me autorizan a escribirle la presente.

A pesar de ello, razones de interés general me mueven a dirigirme a usted.

Demasiado conocidos le son los móviles del Partido Antirreeleccionista, del cual soy uno de los jefes. Creemos sinceramente que al país no conviene la próxima reelección del Gral. Díaz y, sobre todo que sería una amenaza terrible para las instituciones republicanas la próxima reelección del señor Corral.

Las razones que tenemos para ello las hemos expuesto en multitud de artículos y folletos. Creemos que nuestro país necesita que funcionen con regularidad las instituciones democráticas y que volvamos francamente al régimen constitucional.

La historia, con elocuencia irresistible, demuestra cuán funesto ha sido para los pueblos, el absolutismo. Si hasta ahora, bajo la administración del Gral. Díaz sólo hemos recibido parte de los males que trae consigo tal régimen, en cambio, hemos conquistado la paz que bien puede indemnizarnos. Pero ya no existe motivo alguno para perpetuar este régimen de gobierno, y esto sucederá indefectiblemente si el señor Corral es reelecto Vicepresidente. Si antes sólo teníamos presunciones para temer cuál sería la política del señor Corral, ahora ya tenemos hechos en que basarnos para saber que no gobernará a la Nación constitucionalmente, que no respetará la soberanía de los Estados ni los derechos de los ciudadanos. De ello nos ha dado un ejemplo palpable con sus procedimientos para imponer candidatos partidarios suyos en Sinaloa y Coahuila.

Si el señor Corral llega a ser reelecto y sucede al Gral. Díaz en el poder, está en la conciencia de todos los mexicanos que por ningún motivo lo dejará y hará lo posible por ocupar la Presidencia mientras viva, valiéndose para reelegirse de los mismos procedimientos que ha empleado en los Estados ya mencionados.

También es muy probable que el pueblo y el ejército no soporten su gobierno, pues como le digo más arriba, ya ha demostrado de qué manera gobernará. Estamos, pues amenazados de una revolución a la muerte del Gral. Díaz, o de que se establezca prácticamente en nuestra Patria una dinastía autocrática. Quién sabe cuál será más temible.

Es posible que los amigos del señor Corral piensen ejercer alguna influencia sobre él cuando esté en el poder y por ese motivo de buena

fe apoyen su candidatura. Que estas personas recuerden lo que pasó al señor Benítez con el Gral. Díaz, a fin de que no se hagan ilusiones, pues una vez en el poder supremo, raros son los hombres que admiten mentores.

Los antirreeleccionistas, convencidos de tan grave peligro, hemos iniciado franca y lealmente la lucha. Creemos estar en nuestro perfecto derecho y nos creemos en la capacidad suficiente para ejercerlo y para comprender lo que conviene a la Patria. Digo esto porque el principal argumento de quienes desean perpetuar el actual régimen de cosas, es que no estamos aptos para la democracia, y sí lo estamos. Es posible que los indios ignorantes no lo estén pero en ningún país del mundo son las masas ignoras las que dirigen la opinión pública, sino pequeños grupos de intelectuales que van a su cabeza.

Pues bien; nosotros estábamos en el derecho de esperar que así como hemos trabajado lealmente, así se portase el gobierno con nosotros. Hemos confiado en el patriotismo del Gral. Díaz y en el de los que lo rodean, para iniciar esta campaña democrática, porque si en esta vez no se deja al pueblo que ejercite sus derechos, ya no habrá esperanzas de que vuelva a ejercerlos durante la administración del señor Corral, y en el corazón de todo mexicano ansioso de libertad se irá preparando seriamente la idea de conquistarla por medio de la fuerza.

Nuestras esperanzas han sido en parte satisfechas, pues se nos ha dejado relativa libertad para trabajar. Sin embargo, un artículo anónimo publicado por una distracción o ligereza del Director del “Antirreeleccionista”, fue motivo para que encarcelaran a todos los empleados y clausuraran nuestra imprenta, lo cual es inaudito y contra la ley.

En Puebla ha sido reducido a prisión valiéndose de indignos procedimientos, el señor Aquiles Serdán, y, por último, en Yucatán no solamente han hecho lo posible porque triunfe contra la opinión pública la candidatura oficial, sino que el elemento gobiernista ha dado rienda suelta a sus pasiones más violentas, ejerciendo toda clase de persecuciones y dictando órdenes de aprehensión hasta contra los candidatos independientes y contra los hombres más prominentes de esos Partidos, valiéndose de fútiles pretextos o acusándolos de imaginario delito de sedición.

Las elecciones han terminado y las órdenes de prisión siguen vigentes y las cárceles públicas pletóricas de ciudadanos que no tienen más delito que no ser partidarios del candidato oficial.

Esto desacredita a la actual administración pues hasta se ha salido de la política del Gral. Díaz, que era la de emplear el *mínimum* de terror. No es esto lo grave, sino que tal conducta aleja cada vez más al gobierno, del pueblo, hace más tirantes las relaciones y puede acarrear consecuencias muy serias en un porvenir no lejano. El movimiento democrático se está manifestando de un modo tan vigoroso en la República, que será una locura pretender reprimirlo por la fuerza.

Hasta ahora aún predomina la idea de aceptar cualquier arreglo con el gobierno con tal de que se asegure el restablecimiento del régimen constitucional. Nuestro Partido Antirreeleccionista, el más radical en ideas, no tiene ninguna cláusula en sus bases constitutivas, ni en su reglamento para la convención, que impida algún arreglo para consolidar todos los intereses; pero si el gobierno sigue atropellando los derechos de los ciudadanos y empleando el régimen del terror, todo arreglo será imposible, y quién sabe lo que podrá suceder, pues la historia nos demuestra lo funesto que ha sido siempre querer sofocar por la fuerza movimientos democráticos, que, como el actual, están sostenidos por la casi unánime voluntad del pueblo.

Como sé que usted tiene ideas democráticas y en el seno del Gabinete siempre ha trabajado porque volvamos a un régimen constitucional y en todos sus actos se ha ceñido siempre a la Ley, me dirijo a usted para llamarle la atención sobre los acontecimientos de Yucatán y demás que he apuntado, para ver si logra con su poderosa y justificada influencia, que cesen esas persecuciones que tanto desprestigian al gobierno y tan graves consecuencias pueden tener haciendo perder al pueblo toda esperanza de elegir sus mandatarios según las prescripciones de la ley. No he querido mencionar lo que pasó en Coahuila, porque allá no quisimos hacer oposición en las elecciones por considerarlo inútil, pues ya sabíamos las instrucciones que llevaban los encargados de imponer a toda costa la nueva candidatura oficial. Allá sí se empleó el *mínimum* del terror.

Le suplico dispensarme que le haya dirigido una carta tan larga, pero sé que usted es un buen patriota y procurará remediar los males que le indico.

No escribo sobre estos mismos puntos al Gral. Díaz, porque ya otra vez le dirigí una carta y no me hizo el honor de contestarme, y sólo le volveré a escribir cuando los intereses que represento en la actual contienda política me obliguen a ello.

Si usted se sirve tener en cuenta de alguna manera mis indicaciones, se lo agradeceré a usted altamente, pero con toda lealtad le digo que no por ello disminuirán nuestros esfuerzos porque triunfen los principios que defendemos y en los cuales creemos estriba el porvenir de la Patria. Precisamente los últimos atropellos demuestran irrefutablemente, lo indispensable de nuestro movimiento antirreeleccionista.

Si no se puede hacer nada por nuestros amigos en Yucatán, le agradeceré se sirva decirme si por lo menos el señor Lic. José María Pino Suárez y el señor Delio Moreno Cantón pueden tener garantías en esa Capital, a fin de que en último caso abandonen el Estado donde viven, pues actualmente se encuentran ocultos y es imposible permanezcan allí más tiempo.

Vuelvo a repetirle que le suplico dispensarme por haber distraído su atención con tan larga carta, y me es honroso repetirme una vez más su afectísimo amigo y seguro servidor.

Francisco I. Madero

La respuesta a esta carta es la siguiente:

Correspondencia Particular del Ministro de Hacienda.

México, 25 de noviembre de 1909.

Señor don Francisco I. Madero
Hotel México, Tehuacán, Pue.

Muy señor mío y amigo:

Dice usted muy bien en su carta del día 18, a que me refiero, que desde hace muchos años llevo relaciones estrechas con varios miembros de su familia, y aunque no hubiese tales antecedentes, está usted autorizado para dirigirse a mí cuantas veces lo estime oportuno. Permítame que no entre a discutir las consideraciones políticas que toca su expresada carta, porque si bien perseguimos uno y otro ideales democráticos, diferimos totalmente respecto del camino que para su

realización conviene seguir. También nos separa la apreciación de muchos hechos y la manera de presentar la verdad. Pero basta que acuda usted a mí apelando a razones de humanidad, para que, a pesar de mi firme propósito de alejarme de las cuestiones de mera política, procure yo hablar con quien corresponda en el sentido de los deseos de usted.

Sólo sé hasta ahora, que las personas por quienes usted se interesa dependen de los Tribunales, y de ninguna manera de las Autoridades Administrativas, por lo que me parece muy difícil, que puedan intervenir los altos funcionarios a quienes usted alude. Sin embargo, si algo pudiera conseguir me apresuraría a comunicarlo a usted; mi silencio significaría lo contrario.

De usted afectísimo amigo y atento seguro servidor.

J.I. Limantour

Evaristo Madero.-Monterrey, N.L., Méx.

Noviembre 22 de 1909.

Señor Francisco I. Madero

Hotel México, Tehuacán, Puebla.

Muy querido hijo:

Correspondo a tu grata carta 19 del actual, incluyéndome copia de la carta que escribes al señor Limantour. Si esa carta no se la enseña al señor Presidente, sería una falta de atención de su parte y si se la enseña, será peor para ti. *Tú crees que estás hablando de nación a nación* y te equivocas, lo peor de todo, es que mientras nosotros *estamos trabajando por levantarle el palo que le tienen encima a Francisco, tu padre, con el cual le hacen perder muchos miles de pesos, tú, por otro lado, te empeñas en echarle mocos al atole*, pues no les ha de faltar pretexto para seguimos mortificando, pues creen que la obra no es tuya sino de todos nosotros, en lo cual se equivocan de medio a medio, porque yo prefiero estar quieto en mi rincón que querer tapar el sol con una mano.

Yo he estado malo desde hace días, me vine aquí para ir a Saltillo y de allí ir a México a ver el señor Presidente con el cuento que tiene

Francisco en el juzgado de Saltillo, pues dirán y dirán bien que mientras nosotros perseguimos que le hagan justicia a tu padre, tú le echas la amenaza de que harás y tornarás, y así bien te quedarás diciendo y no harás nada, pues estás muy lejos de conocer el país en que vivimos. Espero que no volverás a poner una carta semejante a ninguno de los Ministros ni al señor Presidente, *pues se parecería al desafío de un microbio con un elefante.*

Me alegro saber que estás tan aliviado y vale más que te quedes en ésa todo el año, hasta que te pongas completamente bien. Ya sabrías que Barbarita dio a luz un niño el 18 del actual, quedando bien madre e hijo.

Recibe con Sarita un cariñoso abrazo de tu papá que tanto te quiere.

Evaristo Madero

Por supuesto que el esfuerzo de Madero a favor de sus partidarios, fue totalmente inútil, porque la persecución fue cada día más encarnizada.

Son interesantísimas las cartas últimas que se cruzaron Madero y Limantour. En esa ocasión, es Limantour quien se queja con Madero de ataques en su contra y contra la corrompida administración del general Díaz, y Madero, tajantemente, a su vez, contesta con su franqueza habitual, señalándole casos concretos de tal corrupción, debiendo considerarse estas dos cartas como demostrativa de la total diferencia de ideas y sentimientos entre ellos.

La transcribo en seguida, por ser interesantísima y dejar dilucidado que no hubo ni asomos del fementido limantourismo de Madero:

Deauville, 15 de julio de 1911.

Sr. D. Francisco I. Madero.

Señor de toda mi estimación:

Por informes recibidos de fuentes diversas y especialmente por el Manifiesto de usted a la Nación, de fecha 14 del mes pasado que acaba de llegar a mis manos, veo que es también de usted el deseo que, en tono más o menos virulento (sic), han expresado algunos periódicos de que el Gobierno practique una minuciosa investigación de los actos de la pasada Administración, para que se elijan las responsabilidades debidas.

Desentendiéndome de los fines políticos que se persiguen, con ese propósito y del interés que algún particular tiene, sin duda, en fomentar la referida idea como arma de combate en otro terreno, aseguro a usted a nadie podría serle más satisfactorio que a mí el que se llevara a efecto una concienzuda investigación de los actos de la Secretaría de Hacienda, correspondientes al periodo durante el cual estubo a mi cargo la mencionada Secretaría.

Es ya exasperante la tenacidad con que algunos espíritus inquietos y apasionados persisten en tachar de corrompida la administración del señor General Díaz, cuando para todo hombre sereno, es evidente que ninguna otra en nuestra historia la ha superado en moralidad, patriotismo y buenas intenciones.

Contribuiría, tal vez, a que resaltase la verdad y resplandeciese, como usted dice, la justicia con todo brillo, el que examinaran imparcialmente las disposiciones y contratos de las Secretarías de Estado, desde el punto de vista en que ha sido atacada con más saña dicha Administración, por los que se dicen abiertos partidarios de usted.

Esta esperanza me basta para adherirme, por lo que se refiere al ramo de Hacienda, al pensamiento de que se trata, que mientras fue enunciado solamente por personas desautorizadas no mereció más que el silencio de parte de los que directamente o indirectamente podíamos considerarnos aludidos, pero que prohijado en forma oficial por usted, me induce a tomarlo en serio, apoyándome, como lo hago, por medio de las presentes líneas.

Tengo la plena confianza en que practicándose la averiguación con todos los documentos que tiene en su poder el nuevo gobierno, las

conclusiones servirán para confundir de una vez para siempre a los que por el odio, espíritu de venganza, u otras malas pasiones se han empeñado en desacreditar a hombres que seguramente han cometido errores, pero con abnegación, honradez y el mayor empeño a procurar el bienestar y la prosperidad de la República.

Protesto a usted las seguridades de mi especial consideración.

J.I. LIMANTOUR (Rúbrica)

La respuesta de Madero fue la siguiente:

Tehuacán, Puebla, 3 de agosto de 1911.

Sr. Lic. José Ives Limantour
Deauville, Francia.

Muy estimado señor:

La grata de usted fecha 14 del pasado me fue remitida por el señor Elguero, por cuyo conducto remito a usted la presente.

La carta que tengo la satisfacción de contestar, honra a usted y al actual gobierno de México, porque demuestra que tiene usted confianza en su rectitud y en su espíritu de justicia y a la vez porque desea usted esa investigación, como la mejor comprobación de la honradez de su gestión hacendaria.

Quizás no haya usted podido observar cuál ha sido mi modo de expresarme desde que principió la campaña hasta los últimos tiempos, pues siempre he creído que la gestión hacendaria de usted fue buena para el país y nunca he dado crédito a los que pretendían acusar a usted de defraudar, en cualquier forma que sea, el tesoro nacional.

Ahora me es satisfactorio repetir a usted, que tengo el mismo concepto de antes respecto de usted, y más le diré, de las Secretarías de Estado, la que tenía más bien arregladas sus cuentas, era la de Hacienda; pero el hecho de que usted haya hecho una gestión útil para el país y que haya manejado los fondos públicos con honradez, no significa que todos los miembros de la administración porfirista lo hicieran, pues desgraciadamente tenemos pruebas evidéntísimas de la corrupción administrativa.

Me permitiré citar a usted dos o tres ejemplos, únicamente para justificar lo dicho:

En la Ciudad de Aguascalientes, para hacer un servicio de drenaje que no se necesitaba y que a lo sumo constaría unos \$300,000.00 se han gastado \$1,200,000.00, lo cual constituye un cargo formidable y desproporcionado para aquel pequeño Estado.

En la Baja California, que por la situación debemos cuidarla con tanto celo, y el mejor modo de asegurar nuestra propiedad era haberla colonizado con mexicanos, *ha sido repartida entre extranjeros*, en condiciones que no han producido nada al gobierno, entre seis u ocho compañías, y le aseguro a usted que cuando vi el plano de esa Península me causó verdaderamente tristeza e indignación.

En la fertilísima zona del Yaqui, sin discutir las causas que promovieron esa funesta guerra que yo siempre he reprobado, existe una región inmensa, muy rica, que podría haber servido para contentar a los yaquis en cualquier momento dado y *que el gobierno vendió a una compañía extranjera por \$80,000.00*, cuando que la guerra costó millones. Esos terrenos que el gobierno vendió en \$80,000.00 y que tienen 600,000 acres los están vendiendo a razón de \$2,000.00 oro por acre y colonizándolo con *colonos americanos* que no dejan de constituir una amenaza en un lugar tan cercano a la Frontera.

Desgraciadamente la mayor parte de esas concesiones ruinosas para el país, han sido hechas a compañías extranjeras y en tal forma que será muy difícil reparar el daño causado, pero nosotros haremos todo lo posible por remediarlo hasta donde se pueda.

Por lo demás, tenga la seguridad de que el actual gobierno inspira todos sus actos en la más estricta justicia y la única consigna, invariable o inflexible que se dará a los jueces, es aplicar la ley por igual a los ricos y a los pobres, sin que se escapen los más altos potentados.

Puede usted, pues, tener la seguridad de que ningún sentimiento de odio ni de venganza inspirará los actos del nuevo gobierno, y que, por el contrario, procuraremos obrar con la mayor magnanimidad posible dentro de la ley, a fin de que sean castigados los culpables y que los actos de los hombres honrados se depuren y se aprecien debidamente los servicios prestados a la Patria. Nunca he dudado que usted pertenecerá a los últimos, por cuyo motivo puede tener la seguridad que la estimación que le he tenido permanecerá invariable. En los momentos en que dictaba a usted la presente, llegó a mis manos

una carta del Lic. Anda y Siliceo, y para que vea usted cómo piensan personas cuya imparcialidad no puede ponerse en duda y que era y sigue siendo un gran amigo de usted, le transcribo este párrafo:

“Con lo anterior quedará encarrilado ese Estado, y el día que efectivamente nombren a sus diputados, lo que será cuando llegue su tiempo, quedará en esa entidad federativa, realizada la revolución respecto a la cual, hoy que me estoy enterando de la asquerosa corrupción que había en la administración del General Díaz y que ni siquiera me supuse, pues la suponía únicamente en los Estados, tengo que decir: Bendita revolución a pesar de todo lo que pasa (que no es ni la milésima parte de lo que debería pasar) y a pesar de lo que aún acontece; pues si esta revolución hubiera estallado a la muerte del General Díaz, como forzosamente habría acontecido... ¿qué habría acontecido sin haber, como no habría habido un candidato popular que pudiera encauzar a esa revolución? Pues habría sucedido... que habríamos perdido hasta la Patria”.

Protesto a usted las seguridades de mi atenta consideración.

F. I. Madero

Es también valiosísima para conocer las relaciones entre Madero y Limantour, la falta de influencia que el propio señor Limantour, reconocía en el padre de Madero, sobre su hijo, en materia política. La declaración que Limantour hizo a la Prensa Asociada en Nueva York el 23 de marzo de 1910 y que emitió con motivo de sus gestiones, para lograr que Madero se sometiera bajo la base de que el gobierno del general Díaz aceptara los postulados de la Revolución sobre la No Reección y cambios de Ministerio y gobernadores y eliminación de Corral como Vicepresidente de la República. Estas declaraciones dicen así:

El Sr. Limantour no considera probable el que pueda haber una reconciliación con los rebeldes. Refiriéndose a sus anunciadas conferencias en Nueva York con don Francisco Madero padre del líder (sic) rebelde, dijo que había abrigado la esperanza de poder, por su conducto, encontrar algún medio de hacer cesar las hostilidades;

pero que supo que el padre ya no ejercía influencia sobre el hijo... No conozco a Francisco I. Madero –continuó el Ministro– he conocido a su padre y a su abuelo por muchos años y también por mucho tiempo he sido su apoderado. Por conducto de ellos, esperaba llegar hasta el hijo pero vi que era imposible. El hijo seguirá adelante y el Gobierno no tiene alternativa que oponerse a sus miras.

6. EL LICENCIAMIENTO DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

Éste para mí, y estoy seguro de que para todos los compañeros de la Revolución, sí fue un grave error, una grave injusticia contra los patriotas que abandonaron la dulce paz del hogar por los azares de la guerra, impulsados por los altos y nobles anhelos que perseguía Madero.

El licenciamiento ocurrió en circunstancias sumamente desfavorables para Madero mismo, para la causa de la Revolución y para la nación, porque coincidió con el triunfo de la candidatura de Pino Suárez para la Vicepresidencia de la República en la Convención del Partido Constitucional Progresista en el Teatro Hidalgo, y siendo Ministro de Gobernación en el interinato de De la Barra el licenciado Emilio Vázquez Gómez que fue quien la llevó al cabo.

Los dos hermanos Vázquez Gómez reaccionaron contra Madero por la eliminación del doctor a la candidatura Vicepresidencial, odiándolo a muerte y pusieron en juego sin el menor escrúpulo, todos los medios de que pudieron hacer uso para combatirlo. De esto ya nos ocuparemos en el momento oportuno.

Por ahora, y con relación al licenciamiento, hay que decir que don Emilio aprovechó la ocasión suscitando entre los licenciados el movimiento armado de rebeldía contra Madero. A uno por uno de los licenciados los exhortó al levantamiento inculpándoles que Madero traicionaba a la Revolución, sin ocultar sus ambiciones políticas encaminadas a sustituir ellos, cualquiera de ellos, a Madero en la jefatura de la Revolución, cosa imposible de alcanzar por ellos, por carecer totalmente de capacidad para convertirse en líderes. No pasaron nunca de agitadores, sin alteza de miras políticas ni patrióticas, y lo que es más, sin ser ni haber sido nunca revolucionarios, según propia confesión del doctor en sus cartas a Madero. La labor de don Emilio fue funesta, aprovechando para sus fines de verdadera disolución social el ambiente creado por la prensa porfirista encargada de desprestigiar a Madero a todo trance, explotando el ánimo casi rudimentario de los revolucionarios para sus funestos fines, inculcándoles la sobada tesis que usaron como caballito de batalla, de que Madero no cumplía con las promesas revolucionarias y estaba traicionando a la propia Revolución. Don Emilio sembró esa semilla, con el mejor éxito, en el ánimo bien dispuesto para recibirla de los incultos zapatistas. Alguna sangre mexicana se derramó para satisfacer las malsanas pasiones de este personaje.

Solamente escaparon del licenciamiento muy escasas tropas revolucionarias, con las que se formaron cuerpos auxiliares del tipo de las Fuerzas Rurales, que quedaron al mando de Cándido Aguilar y José Agustín Castro en el carácter de comandantes de rurales.

Este grave error de Madero sí tuvo más serias consecuencias además de haber debilitado a la Revolución y a la estabilidad del futuro

gobierno de Madero, y desde luego constituyó una injusticia de la que fueron víctimas los que militaron en las fuerzas revolucionarias.

Los descontentos aumentaron el número de los que ya estaban alzados en armas con todas las consecuencias inherentes: alteración de paz, falta de garantías en los campos, desprestigio de Madero y del gobierno y la más lamentable de todas, la pérdida de sangre de gente valiente y patriota que, equivocadamente, mal aconsejada, fruto del ambiente que reinaba en aquel convulsivo periodo, sacrificó inútilmente sus preciosas vidas.

Juzgando a posteriori con los hechos ya consumados, fácilmente se ve que Madero *debió* haber organizado aquellos valiosísimos elementos en forma estrictamente militar, poniendo oficiales del Ejército Federal de instructores y capacitando, educando, formando a los mismísimos jefes, una gran mayoría de ellos jóvenes fácilmente adaptables. El gobierno *hubiera* tenido un sólido apoyo, *hubiera* podido irse licenciando el Ejército Federal, nidada de adoloridos malquerientes, los propios oficiales federales instructores, en minoría, y aislados, *habrían* modificado su criterio en contacto con elementos revolucionarios y... Habría, hubiera o hubiese... a la manera del formidable maestro en sofística, ingeniero Francisco Bulnes.

Ineludiblemente carga en el debe de Madero, con este error.

7. LA LLAMADA IMPOSICIÓN DE PINO SUÁREZ

Desde luego, abiertamente debe decirse y es la más estricta verdad, que tal imposición fue y ha sido la más infame calumnia de que fue víctima Madero. En este asunto ha predominado en tal forma

la pasión política, que para el vulgo, para una gran mayoría que se deja llevar por la publicidad y la voz de la calle, es un hecho consagrado. Nada más infame y más injusto y más falso. Desgraciadamente está tan arraigada esa falsedad en el espíritu de mucha gente, que no seré yo quien tenga la suerte de hacer variar a esos obcecados. Hay entre ellos un furioso combatiente, a quien no solamente aprecio desde los remotos años de jurisprudencia antes de empezar el siglo XX, sino a quien quiero, porque con todo y esa obcecación, es hombre de grandes méritos. Se trata nada menos de Aquiles Elorduy, vazquista ciento por ciento en 1910, en 1913 y en 1960.

Precisa puntualizar: Madero no apoyó en la Convención del Teatro Hidalgo del Partido Constitucional Progresista, que tuvo lugar en los primeros días de septiembre de 1912, la candidatura para la Vicepresidencia de la República del licenciado José María Pino Suárez y someto al buen juicio de mis lectores estos escuetos datos publicados entonces. Quien los lea y persista en esa falsedad, no será un apasionado ni un obcecado, sino simple y sencillamente una víctima de una aberración rayana en ceguedad. Sólo de ciegos. Madero, en su manifiesto de julio 9 de 1912, que creó el Partido Constitucional Progresista como sucesor del Partido Antirreeleccionista, dice literalmente: ...

Por último, deseo hacer constar a este Comité y a las personas a quienes está dirigido este Manifiesto, que el doctor Vázquez Gómez y yo, creemos haber contraído un compromiso solemne con la Nación al publicar nuestro programa de gobierno, a raíz de la Convención del año pasado, supuesto que las agrupaciones que nos han postulado lo han hecho sobre base de dicho Programa. Por tal motivo, esperamos que las agrupaciones políticas que en lo sucesivo *nos nos nos* postulen lo harán bajo la misma inteligencia.

Nosotros, nos, significa nosotros, los dos de nosotros, *Vázquez Gómez y yo*. Esto es, esto significa, apoyo a Vázquez Gómez o la candidatura de los dos. Él y Vázquez Gómez. Asegurar, pues, que Madero apoyó o apoyaba, la candidatura de Pino Suárez, es como lo afirmo y sostengo, una falsedad.

El famoso asunto de la imposición se trató en la convención en forma franca y abierta; en la sesión final del día sábado 2 de septiembre se presentó Madero en la asamblea. El presidente de la misma, Juan Sánchez Azcona, dio a conocer al señor Madero, que habían sido descartados dos candidatos a la Vicepresidencia y le hizo saber que el Partido Liberal no daría sus votos por Pino Suárez, por *considerársele rodeado de una atmósfera de imposición*, y tampoco por Vázquez Gómez, porque se sabe que no marcha de acuerdo con Madero y que no le quieren llevar a la Vicepresidencia un hombre que le estorbe. Y le pidió pues al jefe de la Revolución, una opinión *familiar que aclarara las versiones*.

Y dice el periódico reconocidamente independiente *El País*, que más tarde se declaró abiertamente hostil a Madero:

El Sr. Dn. Francisco I. Madero, contestando a la interpelación que se le hacía, se expresó aproximadamente en esta forma: Conciudadanos: *Os confieso que se me ha puesto en un trance difícil; bien sé yo que no hay hombres perfectos, y a los que tengo que tratar, los juzgo por el conjunto de sus hechos que es el medio por el que me he guiado siempre. No me gusta expresarme mal de mis amigos y considero de más peso un servicio prestado a la causa, que una ofensa personal. La lucha que tuvo por objeto derrocar la tiranía, empezó hace tres años; algunos de los que entonces me ayudaron han flaqueado, otros hasta se han declarado mis enemigos, pero siempre los he perdonado (gritería en la galería: “Porque eres noble”).*

No hay consigna, si la hubiera querido hacer, no habría tenido inconveniente en recomendar a alguno, creo que no se opone a las prácticas democráticas; naciones muy avanzadas como los Estados Unidos, así lo practican. (Ahora mismo, año 1960, Eisenhower, siendo Presidente, no sólo recomienda a Nixon para Presidente del próximo periodo, sino hace campaña política abierta a su favor. Madero no era Presidente, carecía de autoridad y de mando.)

... El Dr. Vázquez Gómez ha colaborado bien en la causa, aun cuando ha tenido flaquezas, pero os hablaré con franqueza (la franqueza es una de las características de Madero que hasta sus más enconados detractores han reconocido). Tomando en consideración su conducta hacia mí, yo no deseaba que la fórmula Madero-Vázquez Gómez fuera discutida, pero un grupo numeroso de correligionarios deseaba con insistencia que se discutiera porque no convenía. Vino después el asunto de la separación de su hermano, el Lic. Emilio Vázquez Gómez, en que se publicó un manifiesto diciendo que el Sr. De la Barra representaba los intereses de la reacción y él, el Lic. Emilio, los de la Revolución. Yo opino que no era prudente hacer esas declaraciones, porque el Sr. De la Barra representa el poder legítimamente constituido, a quien debemos ayudar. El Dr. se alarmó por esa situación y me dijo que consideraba a Madero como el suicida político y que por tanto me abandonaría. (Bravos.) No quise contestar y esperaba la renuncia, pero como no ha llegado, el Dr. recapacitó y volvió conmigo. Más tarde se forma un Club, el Centro Antirreeleccionista; en ese Club me insultaron de un modo indigno, me interpellaron en Tehuacán, y sabéis cómo les contesté, con dignidad porque no podía tolerar que a título de amigos me insultaran. El Dr. aceptó la candidatura de ese Centro, pero yo le recomendé que les hiciera ver que formaban una parte del Gran Partido. Debo decir que si me he expresado así, es en primer lugar, porque se me ha interpellado y en seguida, porque he visto con pena que se reciben mal las votaciones en favor de Pino Suárez, cuando no debe ser así, pues los pinistas de hoy pueden ser los vazquistas de mañana. Temí que al terminar esta convención, se produjera una división y he venido a evitarla. Si yo hubiera querido atacar al Sr. Dr. Vázquez Gómez lo habría hecho en días anteriores. Permitidme que haga ahora una defensa de mi hermano Gustavo. Yo le impedí desde el principio, que hiciera propaganda en favor de determinado candidato, y me dijo: “He gastado mi dinero en la Revolución y no he

tenido ni aceptado ningún puesto; quiero pues, que se me deje ejercer mis derechos como ciudadano”. Siento haber venido en estos momentos en que se discuten dos candidatos; *no he venido a atacar al Doctor, quien ha prestado grandes servicios a la causa, y no creo que deba excluirse*. Pino Suárez también tiene muchos méritos por sus servicios en la misma causa. Y concluyo proponiendo un candidato de transacción.

Pero hay algo más, que una vez más exhibe la grandeza de Madero. En la Convención del Teatro Hidalgo, Cabrera, el luminoso Cabrera, el valiente y cáustico Cabrera, el hábil político que era, que fue un exaltado vázquezgomista, sometió a Madero a una hábil interpelación. Transcribo literalmente esta interpelación que consta en todos los periódicos de aquellos días, es así:

Sr. Madero: ¿Hay diferencias políticas entre Ud y el Dr. Vázquez Gómez, de carácter suficientemente grave, que ameriten la ruptura de la fórmula Madero-Vázquez Gómez? ¿Cree Ud. que el Señor don Francisco Vázquez Gómez ya no siga garantizando los intereses de la Revolución y del Partido, para que deba ser retirado de la política? A estas preguntas, contestó el Sr. Madero que las diferencias entre el Sr. Vázquez Gómez y él *no amerita la ruptura de la fórmula*, ya que, además, *el mismo doctor sigue mereciendo la confianza de la Revolución y del Partido*.

Esto expuesto: hechos, hechos, verdades, realidades, ¿habrá todavía ciegos o desequilibrados que afirmen que Madero impuso a Pino Suárez? Para que el futuro conozca cómo operó la democracia a raíz del triunfo de la Revolución del 20 de noviembre de 1910, transcribo las crónicas que publicó el periódico *El País*. ¡Aquella pureza exalta la admiración a los hombres de la Revolución de aquella jornada!

En la convención del Teatro Hidalgo, el resultado de la votación fue como sigue: Pino Suárez, 876 votos; Vázquez Gómez, 469.

EL PAÍS.
AÑO XIII. NÚM. 3,664. Méjico.
Pág. 1-6.
Domingo 3 de septiembre de 1911.

EL LICENCIADO PINO SUÁREZ ELECTO CANDIDATO A LA
VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA MEJICANA

LA CONVENCION TERMINÓ SUS LABORES A LAS NUEVE Y
MEDIA DE LA NOCHE Y PROCLAMÓ SOLEMNEMENTE
A SUS CANDIDATOS EN EL TEATRO HIDALGO

Por una mayoría de *ochocientos setenta y seis votos*, eligió la Convención del Partido Constitucional Progresista, candidato para la Vicepresidencia de la República al licenciado don José María Pino Suárez. Es probable que con este motivo, el agraciado renuncie su candidatura para gobernador del Estado de Yucatán y en consecuencia quedará como único candidato el licenciado Delio Moreno Cantón.

SESIÓN DE LA MAÑANA

Ayer fue el séptimo día en que se reunieron los convencionistas en el Teatro Hidalgo, a las diez de la mañana, instalada la Mesa Directiva, empieza la votación para disputarse el triunfo entre los tres candidatos que han quedado.

Desde el principio se notó un aumento de votos en favor del señor licenciado Pino Suárez, aumento que fue más notable al final de esta segunda elección.

Durante toda la mañana la asamblea estuvo más o menos quieta, interrumpida tan sólo por los siseos de algunos de las galerías, no contentos con los votos emitidos por tal o cual candidato.

Como resultado final, quedó descartada la candidatura Iglesias Calderón, quedando en pie para disputarse el triunfo en el tercer escrutinio, los señores Vázquez Gómez y Pino Suárez.

SESIÓN DE LA TARDE

En la sesión de la tarde, el señor Sánchez Azcona, dirigiéndose a los delegados, les manifestó que pronto llegaría a ese lugar el señor Madero, para hacer las declaraciones respecto a las discusiones surgidas entre él (Madero) y Vázquez Gómez. Se ha dicho –agregó– que una declaración de Madero, sería en estos momentos impolítica, pero eso no es así. Sus declaraciones demostrarán que estamos procediendo democráticamente.

El señor Don Francisco I. Madero llegó a la Convención muy cerca de las cinco de la tarde, en medio de los aplausos y gritos de entusiasmo de los que allí estaban presentes.

El señor Azcona, después de suplicar al público que guardase compostura para que no se interrumpieran los debates, pone en conocimiento del leader el resultado de los escrutinios anteriores.

Se dio a conocer al Sr. Madero que habían sido descartados dos candidatos y se le hizo saber que el Partido Liberal no daría sus votos por Pino Suárez, por considerársele rodeado de una atmósfera de imposición, y tampoco por Vázquez Gómez, porque se sabe que no marcha de acuerdo con Madero, y que no le quieren llevar a la Presidencia un hombre que le estorbe.

Se le pidió, pues, al jefe de la revolución, una opinión familiar que aclarara las versiones circulantes.

HABLA EL SEÑOR MADERO

El señor don Francisco I. Madero, contestando a la interpelación que se le hacía, se expresó, aproximadamente, en esta forma:

Conciudadanos:

“Os confieso que se me ha puesto en un trance difícil; bien sé yo que no hay hombres perfectos, y los que tengo que tratar los juzgo por el conjunto de sus hechos, que es el único medio por el que me he guiado siempre. No me gusta expresarme mal de mis amigos y considero de más peso un servicio prestado a la causa, que una ofensa personal.

“La lucha que tuvo por objeto derrocar la tiranía, empezó aproximadamente hace tres años. Algunos de los que entonces me

ayudaron han flaqueado, pero siempre los he perdonado. (“Porque eres noble”, replicó uno de la galería, y otros oyeron “doble” en vez de “noble”, y esta confusión de palabras originó que a grandes voces pidieran que abandonara el salón quien tal cosa había dicho.)

“No hay consigna, si la hubiera querido hacer no habría tenido inconveniente en recomendar a alguno, creo que no se opone a las prácticas democráticas; naciones muy avanzadas, como los Estados Unidos, así lo predicán.

“En la Convención pasada así lo hice, diré de qué manera; me escribió Abraham González pidiéndome mi opinión sobre candidatos para la Vicepresidencia, y le recomendé a tres; diré quienes fueron: Iglesias Calderón, Esquivel Obregón y el doctor Vázquez Gómez.

“Entonces eran otros tiempos, estaba yo decidido a entrar a una transacción y me fijé en la persona más apta, y a mi juicio, para tal cargo. Lo demás ya lo sabéis...

“El doctor Vázquez Gómez ha colaborado bien en la causa, aun cuando ha tenido sus flaquezas; pero os hablaré con franqueza. (Bravo.)

“Tomando en consideración su conducta hacia mí, yo no deseaba que la fórmula Madero-Vázquez Gómez fuera discutida, pero un grupo numeroso de correligionarios deseaba con insistencia que se discutiera porque no convenía.

“Vino después el asunto de la separación de su hermano, el licenciado Emilio Vázquez Gómez, en que se publicó un manifiesto diciendo que el señor De la Barra representaba los intereses de la reacción y él, el licenciado Emilio, los de la Revolución. Yo opino que no era prudente hacer esas declaraciones, porque el señor De la Barra representa el Poder legítimamente constituido, a quien debíamos ayudar.

“El doctor se alarmó por esa situación y me dijo que consideraba a Madero como el suicida político y que por tanto, me abandonaría. (Bravos). No quise contestar y esperaba la renuncia, pero como no ha llegado, el doctor recapacitó y volvió conmigo. Más tarde se forma un club, el Centro Antirreeleccionista; en ese club me insultaron, de un modo indigno, me interpelaron en Tehuacán, y ya sabéis cómo les contesté, con dignidad porque no podía tolerar que a título de amigos me insultaran. El doctor aceptó la candidatura de ese Centro, pero yo le recomendé que les hiciera ver que formaban parte del Gran Partido.

“Debo decir que si me he expresado así, es en primer lugar porque se me ha interpelado y en seguida, porque he visto con pena que se reciben mal las votaciones en favor de Pino Suárez, cuando no debe ser así, pues los pinistas de hoy pueden ser los vazquistas de mañana. Temí que al terminar esta Convención se produjera una división, y he venido a evitarla.

“Si yo hubiera querido atacar al señor doctor Vázquez Gómez, lo habría hecho en días anteriores.

Permitidme que haga ahora una defensa de mi hermano Gustavo:

“Yo le impedí desde el principio que hiciera propaganda a favor de determinado candidato, y me dijo: “He gastado todo mi dinero en la revolución y no he tenido ni aceptado ningún puesto; quiero pues, que se me deje ejercer mis derechos como ciudadano”.

“Siento haber venido en estos momentos en que se discuten dos candidatos; *no he venido a atacar al doctor, quien ha prestado grandes servicios a la causa, y no creo que deba excluirse. Pino Suárez también tiene muchos méritos por sus servicios en la misma causa”.*

Al final de su discurso, el señor Madero propuso un candidato de transacción, pero no fue aceptada su proposición.

INTERPELA LUIS CABRERA

En seguida el señor licenciado Luis Cabrera pide la palabra para dirigir dos interpelaciones al señor Madero, en esta forma:

“Señor Madero: ¿Hay diferencias políticas entre usted y el doctor Francisco Vázquez Gómez, de carácter suficientemente grave, que ameriten la ruptura de la fórmula Madero-Vázquez Gómez?

“¿Cree usted que el señor don Francisco Vázquez Gómez ya no siga garantizando los intereses de la revolución y del Partido, para que deba ser retirado de la política?”

A estas preguntas, contestó el señor Madero *que las diferencias entre el señor Vázquez Gómez y él, no ameriten la ruptura de la fórmula, y que, además, el mismo doctor sigue mereciendo la confianza de la revolución y del Partido.*

Terminado este asunto, el señor Madero se retiró, recibiendo, como a su llegada, muchos aplausos y ovaciones.

Dio principio pocos momentos después la votación para el tercer escrutinio, registrándose como en los anteriores, algunos incidentes de poco interés.

PINO SUÁREZ TRIUNFÓ

El resultado del tercer escrutinio, fue el siguiente:

Lic. José María Pino Suárez 876 votos
Dr. Fco. Vázquez Gómez 469 votos

En consecuencia, salió *triumfante el licenciado José María Pino Suárez*, con un exceso de 407 votos.

Terminado el escrutinio, el licenciado Serapio Rendón lo dio a conocer a los señores delegados, leyendo en seguida un telegrama del Partido Liberal de Veracruz, felicitando a la Convención por el resultado de sus esfuerzos, lo mismo que a su delegación en ésta, por sus trabajos en pro de las Leyes de Reforma.

El señor Carballo, que se encuentra un poco enfermo debido al exceso de trabajo que ha tenido, haciendo un esfuerzo dirigió la palabra a los delegados, manifestándoles que Veracruz donde se habían promulgado las Leyes de Reforma, con todos sus hijos siempre estaría pronta para sostener la democracia.

El señor Carballo fue aplaudido entusiastamente.

EL COMITÉ ELECTORAL

El señor Sánchez Azcona, dijo a los delegados que por aclamación proponía que se hiciera la elección del Comité Electoral, que debería trabajar en las próximas elecciones para sostener las candidaturas emanadas de la Convención, agregando que no se creyera que su proposición entrañaba alguna coacción contra el sentir general de la asamblea, y habiendo sido aceptada la moción del señor Azcona, se leyeron los nombres de las personas que integran el Comité; algunas solicitaron formar parte de él, y previa la autorización de los delegados fueron admitidos.

Acto continuo, el señor Sánchez Azcona, de pie, lo mismo que todos los delegados a la Convención y el público declaró solemnemente

elegido por la Convención, como candidato a la Vicepresidencia de la República, en las próximas elecciones, al licenciado José María Pino Suárez. Entre grandes aplausos de parte de los pinistas, fue recibida la anterior declaración, así como entre gritos de desagrado por los vazquistas.

Un delegado principió a tocar en el piano una diana, habiendo sido notificado por el señor Sánchez Azcona, para que no hiciera tal cosa.

TELEGRAMA A PINO SUÁREZ

El señor Azcona leyó un telegrama que, a nombre de la Convención, dirigiría al señor Pino Suárez, y cuyo texto es el siguiente: “La Convención del Partido Constitucional Progresista, en tercer escrutinio, eligió a usted candidato para la Vicepresidencia, por 876 votos, contra 469 que obtuvo el doctor Vázquez Gómez. En nombre de la Convención comunicó a usted”.

Después propuso el señor Azcona dar un viva a los candidatos vencidos, aceptando todos los delegados que se hallaban en el teatro. El señor ingeniero Hay protestó contra una hoja suelta firmada por el señor Aquiles Elorduy, intitulada “La Mentira”, porque la consideró injuriosa para los delegados.

El señor Carballo propuso que todos los delegados hicieran una enérgica protesta contra la hoja en cuestión.

Por último, a las nueve y veinte minutos de la noche, el señor Juan Sánchez Azcona declaró solemnemente clausurada la primera Convención Nacional, convocada por el Partido Constitucional Progresista.

En los comicios triunfó arrolladoramente la fórmula Madero-Pino Suárez.

No debo concluir este tema sin decir, ¡oh, ludibrio!, que a la cabeza de los propagadores de la falsedad de la imposición de Pino Suárez, denostadora y alharaquenta, estaba la prensa porfirista. ¡A gritos destemplados, los siervos redimidos, clamando por la libertad y efectividad del sufragio!

8. LA COMPOSICIÓN DE SU MINISTERIO

Al asumir Madero, el 1º de noviembre de 1912 la Presidencia de la República, su primer gabinete quedó integrado como sigue:

Relaciones Exteriores: Licenciado don Pedro Lascuráin; subsecretario, licenciado Julio García.

Gobernación: Licenciado Manuel Calero; subsecretario Federico González Garza.

Comunicaciones: Ingeniero Manuel Bonilla; subsecretario, ingeniero Manuel Urquidi.

Hacienda: Ernesto Madero; subsecretario, ingeniero Jaime Gursa.

Guerra: General José González Salas.

Justicia: Manuel Vázquez Tagle; subsecretario, licenciado Jesús Flores Magón.

Fomento, Colonización e Industria: Rafael L. Hernández; subsecretario, ingeniero Francisco Díaz Lombardo.

Educación Pública: Licenciado Pino Suárez; subsecretario, licenciado Miguel Díaz Lombardo.

Secretario Particular: Juan Sánchez Azcona.

Salta luego a la vista, que había un mínimo de revolucionarios, y son: Bonilla y Urquidi, Federico González Garza, el licenciado

Vázquez Tagle, los dos hermanos Díaz Lombardo, Pino Suárez y Sánchez Azcona. Dos prominentes católicos los dos de Relaciones: Lascuráin y don Julio García.

Y sus parientes íntimos don Ernesto y Rafael L. Hernández, realmente porfiristas. Los dos procientíficos principalmente por su amistad, su afinidad y la admiración que por Limantour sentían, abiertamente limantouristas.

Madero, me consta porque él mismo comentó conmigo la composición de su ministerio, lo integró así, y es verdad, porque él se sintió elegido a la Presidencia de la República, no por su partido, la Revolución, el partido Antirreeleccionista, el Constitucional Progresista, sino por la voluntad soberana de la nación; y así fue, y se sentía obligado a gobernarla con elementos destacados que representasen a toda la nación. Ésta es la explicación auténtica y verdadera de por qué Madero integró su gabinete en esa forma.

Según el criterio revolucionario actual y que prevalece desde Carranza hasta nuestros días, ése es un error, un grave error, porque se debe gobernar al país con verdaderos elementos revolucionarios o pseudo revolucionarios. Ahora en estos días y digo y repito desde Carranza hasta hoy mismo, el país está o debe estar gobernado desde la altura máxima del señor Presidente de la República, hasta el más humilde policía sin uniforme, del más insignificante poblado, por puros revolucionarios.

Sobrarán izquierdistas y principalísimamente pseudo revolucionarios, que no tendrían el menor embarazo en ser “victorianohuertistas” si el troglodita llega a ganar, que en los más

duros términos, ataquen sin miramiento y sin piedad a Madero por haber sido más nacionalistas que revolucionarios, porque para políticos revolucionarios que sólo buscan el poder y no les importa sacrificar la democracia y el sentimiento de unidad nacional, ¡la Revolución está primero, por encima de la patria!

Yo me he metido a la dura y pesada tarea de historiar aquella época, diciendo la verdad y no grabaré mi conciencia queriendo halagar multitudes. Soy y me siento revolucionario, porque mi madre fue mi primera maestra y recuerdo el episodio de la temprana niñez, con emoción que me hace derramar lágrimas. Yo era un niño bien, abominable, y un buen día regañé con dureza a una pobre sirvienta, y al oírlo mi mamacita me llevó a su recámara y me dijo:

Esa pobre mujer a la que injustamente has lastimado, tiene la desgracia de ser pobre, servimos en la forma más dolorosa y humillante, por la necesidad de comer y tú en vez de agradecerle ese sacrificio, olvidándote de que ante Dios todos somos iguales, ricos y pobres, que Dios manda amar al prójimo como a sí mismo, y por caridad el rico debe ayudar al pobre, aumentas su desgracia humillándola y lastimándola.

Hermosa lección que desde entonces me hizo sentir que el primer deber del que puede más, es servirle y ayudarle al que puede menos. Por eso amo a los de abajo; ¡perdón por exhibir el orgullo que siento de haber recibido esa enseñanza!

Y entremos a analizar el grupo.

Lascuráin y don Julio García, fueron hombres ejemplares, patriotas, católicos practicantes, honrados a carta cabal, ninguno de los dos fueron porfiristas y muchísimo menos científicos; si no me atrevo

a decir que sentían a la Revolución, sí es evidente que tenían gran afinidad con los principios que proclamó.

A este respecto debe tenerse presente que todos los elementos católicos del país simpatizaron efusivamente con la Revolución y como prueba de ello, basta ver la propaganda que a su favor hicieron los periódicos reconocidamente católicos. *El País*, dirigido por el gran periodista Sánchez Santos y *El Tiempo*, por el patriota y honorable don Victoriano Agüeros y por último, recordar que el propio Partido Católico, en la Convención que celebró el 18 de agosto de 1911, apoyó la candidatura de Madero a la Presidencia de la República. En esa Convención figuraron como los representativos más encumbrados del Partido Católico, hombres eminentes como don Francisco Pascual García, don Francisco Elguero, de ingrata memoria, porque tuvo la desgracia de acabar al lado del chacal Victoriano Huerta, Ortiz Monasterio, Rubio Alpuche, don Manuel Fernández de la Hoz, Emmanuel Amor y don Luis García Pimentel, que también acabó loando a Huerta.

Y el maderismo no debe olvidar que estuvieron con él sin claudicar a la hora de la lucha, en su gobierno y a la hora fatal de la caída, católicos eminentes como don Rafael Ceniceros Villarreal, que fue gobernador de Zacatecas y el licenciado Antonio Correa.

Lascuráin y don Julio García fueron absolutamente adictos y leales a Madero y compartían su anhelo de llevar a la práctica los principios de la Revolución. En el lugar oportuno, se mencionará la labor que hicieron en Relaciones Exteriores que fue en todos sentidos laudable. Quiero insertar aquí la exaltación que de la figura noble, patriótica y serena del señor licenciado Lascuráin, hace el para nosotros amadísimo ministro de Cuba don Manuel

Márquez Sterling en su soberbio libro sobre la caída de Madero, porque la posteridad debe hacer justicia al ministro Lascuráin. Dice así:

El papel más doloroso en aquellos trances era el de Ministro de Relaciones Exteriores, obligado a entenderse con un Cuerpo Diplomático en su mayor parte hostil y, sobre todo, con Mr. Wilson que tramaba, y hacía cuestión de amor propio, la ruina del Gobierno. Hombre de elevada estatura, de rostro sereno y gesto amable, muy culto, muy discreto, muy cortés y de una ética severa, don Pedro Lascuráin dio en el angustioso drama un admirable ejemplo de nobleza y patriotismo. Educado en la escuela del bufete y para labores puramente sedentarias, encontrábase fuera del campo de sus actividades en medio de los combates; él, acostumbrado a las bregas de la inteligencia y no a la gimnasia de los brazos. Pobre, en la juventud, por sí mismo, sin el favor de la dictadura, supo enriquecerse; antigua y respetable su familia, pertenecía, desde luego, a la alta clase aristocrática, sin afiliarse a la intransigencia “porfirista” ni al partido científico; fervorosísimo católico, no chocó su alma devota con el espiritismo de Madero, ni llevó al gabinete consejo clerical; demócrata, por la sencillez de sus hábitos y por la tolerancia de su ánimo piadoso, vivía, como un vástago de reyes, en su palacio exquisito que había construido, con el cual rivalizaban el buen gusto, el arte delicado, la elegancia irreprochable y la opulencia. Entró en el gobierno y a la vez en la política, por servir a la tendencia unificadora de Madero y colaborar en la obra de paz y concordia que tanto beneficio hubiese reportado a la nación. Su buena fe, su amor sincero a la República, su desinterés de todo egoísmo, los demuestra el hecho significativo de amoldarse a una situación que no provenía de la clase aristocrática, ni de la clase enriquecida, ni de la iglesia romana. Y es que la doctrina de Madero, asentada en la caridad, en el respeto a la ley, en el amor a la virtud y a la patria, tenía de común con todo hombre de bien, esos cuatro puntos cardinales de su programa y de su moral. En el fragor de la pelea, Lascuráin es, de los ministros de Estado, incluso de la Guerra, el que en más peligro pone su vida, el que más decepciones y sinsabores recoge, el que más responsabilidades echa sobre sí. Sus excelencias, los plenipotenciarios, jaqueénlo continuamente, en el

tablero diplomático; y alguno, alevoso, cruel, exígele, como en época normal, cuando el Canciller no puede cumplir; las grandes potencias descargan todo su peso en el atribulado corazón del patriota; y con las manos crispadas, bajo una lluvia de proyectiles, quiere detener la avalancha que se aproxima, que lo amenaza, que lo arrolla. Entra en la embajada con el semblante adolorido y la mirada triste y se encierra con los tres ministros del secreto, y dura mucho el pugilato, y sale erguida la cabeza y torturado el corazón. Lo acompaña un general y con él parte veloz en su automóvil. Parece que revientan bajo el asfalto cien volcanes. Y llega, por el azar, sano y salvo, a la bombardeada residencia del Poder Ejecutivo. Pero, a su esposa, una dama de noble alcurnia, doña María Flores, descendiente del Virrey quincuagésimo primero de Nueva España, don Manuel Antonio de su mismo apellido, sucesor del arzobispo D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, y antecesor del segundo Conde de Revillagigedo, el insigne D. Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, le comunica un malvado, por teléfono, que apenas ya funciona, la muerte del Canciller en el trayecto. La señora Lascuráin, desesperada, hízome llamar, ante el espanto de aquella noticia. “Me consta, le dije, que el Ministro está en Palacio sin novedad” y en esos instantes el propio Canciller llamaba a la conturbada esposa desde su puesto de honor, junto a Madero. El llanto se convirtió en alegría; la primogénita del abnegado Ministro, suave como una hoja de clavel, abrazaba y cubría de lágrimas a la madre; y orando, con las manos entrelazadas, daban al cielo gracias por la ventura de que fuese yo afortunado nuncio y que tan patente confirmación tuvo en seguida. De noche pasé a visitar al Sr. Lascuráin que, al abrigo de su familia, daba reposo al cuerpo y al espíritu. “Señor Ministro” –dijo al verme– “su última nota acerca del cruce Cuba, ha causado, en el gobierno, en el Presidente Madero, y, naturalmente en mí, el efecto de un abrazo que se dan nuestras dos patrias...”

Don Ernesto Madero, tío de Madero y Rafael Hernández su primo, merecen un capítulo especial. Acabo de decir que estos señores eran abierta y totalmente simpatizadores del antiguo régimen y en el fondo, los dos, y apenas lo medio ocultaban, detestaban y abominaban de la Revolución. Por temperamento, por educación,

por sus relaciones de amistad, de negocios, y por su propio interés, estaban contra la Revolución, contra los principios que proclamaba y contra sus hombres, a quienes menospreciaban. Lo único que los detenía, era su cariño a Madero y su gran sentido de responsabilidad, solidarizándose con él al aceptar sus nombramientos. Madero los nombró porque tenía muy justamente un altísimo concepto de su capacidad, de su intachable honradez y de su fidelidad hacia la persona de Madero; quien sabía de sobra que no eran afines a la Revolución pero los consideraba tan leales, que por mera lealtad y alto sentido de moralidad, sobrepondrían sus ideas antagónicas a las suyas y dominarías sus antipatías antirrevolucionarias en aras de esa lealtad a su persona; y así aprovecharía los buenos servicios que de ellos esperaba. Tenía en ellos una confianza ciega. Puedo asegurar que conscientemente ellos fueron en toda la línea absolutamente leales a Madero y acallaron, dentro de sus pechos, sus malquerencias revolucionarias. Pero lo que no pudieron ocultar ni impedir, fue que ellos no sacrificaron, ni negaron, ni rehusaron sus amistades y relaciones profesionales, sociales y de negocios con la gente del antiguo régimen; y esas gentes buscaron en ellos protección para sus negocios e intereses que las más de las veces, les brindaron y hasta con holgura. Por razón de esas relaciones de los dos ministros con sus viejos amigos del régimen caído, los revolucionarios por una buena parte, desde el mismísimo Gustavo que franca y abiertamente reprobó sus nombramientos; y la reacción, la prensa reaccionaria que no desperdiciaba nunca la ocasión de denigrar a Madero, se formó una atmósfera de desprestigio en contra de Madero que le hizo un daño tremendo, de tal magnitud, que es imposible negar que los nombramientos de don Ernesto y Rafael Hernández le hicieron más daño que bien a Madero. Sin olvidar que estos nombramientos dieron pábulo a la malhadada falsedad

que brotó en la mente del doctor Vázquez Gómez del limantourismo de Madero, falsedad que le restó muchos elementos valiosos de la Revolución.

No debo ocultar que uno de los desaciertos de Rafael Hernández fue el esfuerzo que hizo para llevar a la Cámara de Diputados maderista a un grupo de los que habían sido sus compañeros en el último Congreso del general Díaz, a quienes había hecho promesas para conseguir que rechazaran el aplazamiento de la elección presidencial, que fue una de las maniobras del general Reyes en la lucha electoral, que llevó a Madero a la Presidencia de la República.

Rafael tuvo la osadía de pedir a Madero su apoyo para ese mal propósito, que Madero rechazó en buena forma pero enérgicamente, pues se trataba nada menos que de uno de los postulados básicos de la Revolución como es el Sufragio Efectivo. Otro de los desaciertos de Rafael y en el cual persistió reiteradas veces, fue que Madero persiguiera a la prensa que hacía una labor de libertinaje exaltado, deturpando a Madero en forma positivamente ignominiosa, con el resultado de que Madero firmemente mantuviera la libertad estricta de la prensa, inmolándose como víctima de aquel desenfreno.

El doctor Lara Pardo, con su inquina característica, calumnia a don Ernesto atribuyéndole una quiebra fraudulenta en Nueva York. Yo conozco bien los hechos y paso a relatarlos para desvanecer tal infamia.

Don Ernesto y Salvador, estando en el destierro en Nueva York, en la época de don Victoriano, organizaron una Sociedad Mercantil para manejar, comprar y vender productos químicos y drogas,

que operó bajo la denominación “Madero Bros”. Un químico austriaco los indujo a emprender ese negocio.

Don Ernesto dejó el manejo del negocio en manos del químico austriaco, como estaba acostumbrado a hacerlo con sus negocios en México. Pero el austriaco no era un ingeniero Felicitas Villarreal, gerente de la Metalúrgica de Torreón, ni un Edmundo Fuentes Beraín que manejaba los molinos de harinas, ni un Valentín Treviño, gerente de los negocios de Monterrey, ni un Domingo Valadez Llano, gerente de la Explotadora Coahuilense, ni un Manuel Garrido, que era gerente de Rosita, personas a quienes nombro porque me complace rendir pleitesía a su capacidad y su honradez.

El austriaco era un perfecto ladrón y robaba para el negocio y él robaba al negocio. Y, efectivamente, llegó un día en que se vino encima la quiebra.

Pero don Ernesto resueltamente hizo frente a la eventualidad y como carecía de dinero en efectivo suficiente para salvar su reputación, en mayo de 1920, hizo el enorme sacrificio de vender a la American Smelting Co., las riquísimas minas carboníferas de Rosita y la Compañía Carbonífera de Sabinas. Y don Ernesto pagó hasta el último centavo que debía aquella negociación. ¿En dónde está el fraude, señor doctor Lara Pardo?

El primer ministro de Gobernación del gabinete de Madero, fue el licenciado Manuel Calero que gozaba de grandísimo prestigio. Había sido, desde que se recibió, un abogado prominente al lado de un abogado brillantísimo, de una inteligencia rutilante, el licenciado Jorge Vera Estañol de pura cepa india, en tanto que Calero era castellano por los cuatro costados. En este bufete se

formaron abogados muy inteligentes y batalladores: el famoso Aquiles Elorduy y Armando Ostos. Vera Estañol y Calero, porfiristas discretos, gozaban, repito de muy buena reputación. Calero figuró en el último gabinete que el general Díaz organizó, con el propósito de refrenar el desarrollo avasallador de la Revolución y quitarle el desprestigio de sus viejos colaboradores. Ese gabinete fue, en cierta forma, una contemporización del general Díaz con la opinión pública, con el ánimo de halagarla y atraérsela.

Madero, llevado de su deseo de gobernar para todo el país, quiso llevar a alguien que moderada y discretamente, pudiera considerarse como elemento del régimen derrocado que infundiera confianza en los enemigos. Ciertamente el error fue tremendo. Calero no supo, no pudo, no quiso adaptarse a las ideas renovadoras de la Revolución. La Prensa, la reacción, el ambiente en que se movía, lo mantuvieron al lado del porfirismo y sus secuaces; por lo demás su criterio, sus ideas, sus amigos y compañeros, sus propios intereses, estaban firmemente arraigados por el otro lado. Él creía, como la inmensa mayoría de la nación, por no decir casi la totalidad de los mexicanos, que México, que el pueblo alebrestado de México, no podía ser gobernado más que con un puño de acero, por un dictador; nunca tuvo la menor fe en la democracia, que sólo provocaba disturbios y desenfrenos, con su cortejo de robos, pillajes y asesinatos. Al pueblo debía de tenerse sujeto y bien sujeto para que no alborotara. Y la actuación de Calero en el gabinete de Madero, imbuido de tales ideas, transpiró marcadamente y surgieron las desaveniencias y los desajustes.

Calero, entre otros de los suyos, llevó al licenciado Carlos Trejo Lerdo de Tejada, a la Procuraduría del Distrito Federal y al licenciado Manuel Castelazo Fuentes, a la Procuraduría General de la República.

Al dejar Calero su ministerio, Madero, que seguía cautivado por su inteligencia, lo mandó de embajador a Washington. Es para mí un enigma cómo es posible que un hombre como Calero, de buena familia, nada menos que Sierra de los de Yucatán, de don Justo por parte materna, de la más refinada educación, honesto lo que no puede negarse, de buenas costumbres, indudablemente también de la más alta moralidad, ¿cómo es posible, señor, que un hombre de su cultura, cayera tan bajo y tan ignominiosamente a la inmunda charca de la más vergonzosa “traición”? Pero ése es el doloroso hecho. Siendo embajador había estado informando continuamente al Departamento de Estado de Washington, de la marcha de los asuntos mexicanos. Entre ellos, como muy principal para los Estados Unidos, los relacionados con la paz en la República. El hecho inusitado que provocó asombro, fue la declaración que ya en las postrimerías del gobierno de Madero hizo, diciendo que confesaba que había conscientemente estado engañando al gobierno americano, dándole informes falsos sobre la actuación de Madero y el esfuerzo de su gobierno para dominar las partidas rebeldes que alteraban la paz. Inexplicable, increíble, pero cierto, ciertísimo. ¿Qué puede pensarse de este hombre, capaz de tamaña ignominia, de tal asquerosidad?

No se le puede inculpar a Madero el error de haber elegido a Calero como representativo de los elementos porfiristas pseudo independientes. Hubo razones fundadas dentro de su criterio de unidad nacional para hacer este nombramiento. El hombre, que llegó a la ignominia, no supo corresponderle a Madero; se dejó llevar por la ola nauseabunda, pero arrolladora de la reacción, cosa perfectamente explicable porque la verdad es que Calero era reaccionario por los cuatro costados.

Considero importantísimo para el conocimiento de estos dos personajes –Madero y Calero–, traer aquí las opiniones favorables y adversas que Calero se formó del *Apóstol*. Hélas aquí:

La bondad rebotante de su corazón, ahogaba en Madero toda pasión aviesa, aún las legítimas... que hay trances en la vida en que parecen justificarse las más vehementes y negras reacciones del espíritu... Lo que hace grande la figura de Madero, es su amor romántico por la libertad con el cual supo encender la llama del civismo, llama efímera como fuego fatuo, en la conciencia de millones de mexicanos... Reyes no se contagió de la borrachera popular y no se dio cuenta de lo que Madero pudo comprender, que el pueblo representaba la fuerza activa capaz de imponerse, *en forma legal*, a la voluntad del Presidente Díaz... A Madero no le faltaba la penetración necesaria para comprender un negocio complejo, por complicado que fuera, ni era raro que le ocurrieran soluciones felices para los asuntos que los ministros llevábamos al acuerdo presidencial...

Pero a pesar de esa opinión favorable de su capacidad e inteligencia, no cesa de motejarlo de tonto, incapaz, desequilibrado, extravagante y así dice:

Madero no tenía la ecuanimidad necesaria, *ni la exterioridad* indispensable para ser un Presidente de México. *Tenía, además, los defectos de sus virtudes*. Su bondad se imponía sobre sus decisiones y *no puede consentir* en la consumación de actos intrínsecamente *inhumanos*, aun *cuando fueran una exigencia imperiosa de salud pública*. Madero era capaz de actos sublimes de magnanimidad aun con riesgo de su misma vida, como cuando en Ciudad Juárez salvó al general Navarro de la furia de la indisciplina soldadesca. Era incapaz de cometer un asesinato.

Tuvo en las manos al general Reyes, rebelado, y no lo mató. Tuvo a Pablo Lavín, rico hacendado lagunero, antiguo revolucionario maderista y después rebelado contra su gobierno, no lo mató. Tuvo a Félix Díaz y lo dejó escapar del patíbulo; dejó que los tribunales le arrebataran su presa y se alegró de ello, sin

prever, ¡ay!, lo que poco después había de dársele en pago de este acto de magnanimidad y de respeto a la ley. Qué más, preso, destronado, befado por la canalla pretoriana, no salió de sus labios una sola frase que denunciara odio, sed de venganza, resentimiento siquiera. El testimonio de Márquez Sterling es irrecusable; durante la noche que pasó en la prisión al lado de Madero no le oyó hablar mal de nadie, ni siquiera de sus propios enemigos. Y criticando su aspecto físico, dice:

Madero nunca llegó a comprender que el mando supremo de que estaba investido, exigía ciertas exterioridades de dignidad y discreción, sin las cuales un gobernante no puede conservar el respeto de los gobernados. Ya he dicho que el pueblo de México estaba habituado a ver en el poder a un hombre que jamás desentonaba y cuyos modales y aspecto exterior (un ídolo vestido en Inglaterra) infundían respeto y respiraban circunspección. Ciertamente que la *naturaleza* no había *dotado a Madero de la prestanza* con que favoreció (?) al general Díaz, pero una persona de buen sentido, capaz de darse cuenta de sus propias deficiencias naturales y de las *exigencias del medio*, habría procurado neutralizar *aquellas con estudiada* discreción. A cualquiera que conozca la psicología de nuestro pueblo tan propenso a convertirlo todo en objeto de burla sangrienta, no puede sorprenderle el que Madero se hubiera hecho pronto *el blanco de la fisga* universal. No se puede desconocer que una de las circunstancias que más contribuyeron a la fuerza de Carranza, es su aspecto físico (el austero *Varón de Cuatro Ciénegas*). El hombre que no presenta frases expuestas al ridículo, puede desafiar hasta el odio popular, mientras que al ridículo nadie resiste impunemente. A nadie se le ocurrió llamar a Madero “Varón” a pesar de que había dado pruebas superiores de valor y de su hombría. Su *solo aspecto físico provocaba la nota cómica* y más aún sus expresiones, su tic y sus ademanes.

Subleva al más moderado y resignado maderista esa crueldad para tratar a Madero. No era su aspecto físico, ni su tic, ni sus ademanes, ni sus expresiones, lo que provocaba la nota cómica, fue la asquerosa maldad de sus detractores, de la inteligentísima

reacción ávida de destruir a Madero, en venganza de haber derrocado a su ídolo, lo que con habilidad suma fue creando en el ambiente de aquella turbulenta época la malquerencia pública y nada más eficaz que buscar y encontrar el aspecto ridículo del hombre, porque como asienta Calero, “nadie resiste la fuerza demoledora del ridículo”.

Pongámonos, como es debido, para examinar este “hachazo”, no de Calero ciertamente, sino de la vil y asquerosa reacción que encontró la manera de fulminar a su enemigo. Dentro del temperamento de Madero estaba fuera de su idiosincrasia, de su educación, de su alta y estricta moralidad, *aparentar* una exterioridad apropiada para infundir respeto o miedo, despojarse de su aspecto jovial y sonriente para “calarse la máscara de la tragedia griega”; le repugnaba la falsedad, la hipocresía y aparecer en forma distinta de cómo era y lo hizo la naturaleza; creía llegada la hora de la sinceridad y de la honradez y el propio antecedente de la prestanza del ídolo zapoteca que tan bien le encajaba a don Porfirio, para infundir al pueblo más que respeto, temor, miedo, terror, lo compelió a presentarse con sencillez ciudadana en su carácter típico de plebeyo norteño; odiaba la aristocracia y las “exterioridades” tendentes a “ostentar superioridad sobre los demás hombres”, porque le nacía sentirse igual a los demás hombres, igual a todos, porque temperamentalmente era un demócrata por excelencia y gustaba de hacer ver a todo el mundo que todos somos iguales. Y precisamente a este respecto traigo a colación que no una, sino mil veces, se lo dijo a personas allegadas a él y a mí mismo, que su gran anhelo era que México fuera una democracia al tipo de Suiza, en donde así lo decía y así es, el Presidente de la Confederación se mezclaba con el pueblo como un ciudadano cualquiera y llegaba al Palacio de Gobierno a pie, o en tranvía, o en autobús; y queriendo él, que predicaba con el ejemplo, ser así, recuerdo con dolor la impresión

que causó en público, cuando recién elevado a la Presidencia y viviendo todavía en la casa de su padre en la calle de Berlín, salimos a pie una buena mañana encaminándose a Palacio, lo que provocó que los muchachos y la gente que lo veía encaminarse a su oficina como un ciudadano cualquiera, lo mirara con azoro, se parara a verlo pasar como si se tratara de un espectáculo o un “convite de circo”, lo que lo obligó a abandonar su democrático esfuerzo. Y es que tal manera de obrar de parte, de nada menos que del señor Presidente de la República, no lo entendía, no lo podía entender la gente capitalina acostumbrada a la “aparatosidad”.

Considero interesante que se conozca el aspecto de la rancia, apestosa, cimarrona aristocracia de la época porfiriana, en relación con Madero y nada más apropiado que transcribir este vívido pasaje de la obra de Calero, exhibido después de criticar “la falta de prestanza de Madero”:

A esto agréguese una falta completa de acierto *para ponerse al tono* de las situaciones, para tratar a cada quien como correspondía a su edad, reputación y posición social. Una vez aconteció que un grupo de ciudadanos respetables, viejos casi todos y de los más *distinguidos de la sociedad*, se presentó a Madero a ofrecerle su apoyo y sus servicios con motivo de la sublevación de Orozco. Madero, amable y sonriente, *pero frívolo*, contestó con vaguedades al valioso ofrecimiento y ostentó ante sus visitantes *posturas indecorosas* en un sujeto de su posición. En efecto, mientras uno de aquellos *solemnes viejos* le dirigía sesuda exposición llena de respeto para el Primer Magistrado de la República, éste escuchaba nerviosamente de pie junto a una mesa, *sobre cuya esquina había encaramado uno de los mulos, entretanto zarandeaba con violencia* la parte de la pierna que le daba al aire, fija la vista en la fugitiva extremidad de su zapato. Todo esto causó a los visitantes detestable impresión. *Este Presidente es un títere y si yo lo hubiera conocido antes, no habría votado por él*, me decía uno de los testigos de la penosa escena.

Replico, interpretando espero, con fidelidad, lo que bullía en el cerebro de Madero con ocasión de esa “visita de adhesión”. Madero era enemigo por naturaleza de *esa clase* de “adhesiones” falsas, de lambiscones que buscaban su acomodo o simplemente *ser gratas* para sus fines personales. Sentía en lo íntimo de su ser, repugnancia por esos pseudodistinguidos personajes de la alta sociedad, frívolos, insustanciales, incapaces del menor esfuerzo o sacrificio por sus semejantes o por la patria; los recibía a regañadientes por mera cortesía oficial y puede asegurarse que no tenía el menor deseo ni interés en “agradarles” y atraérselos, porque para él, todas las cortesías sociales eran teatralerías impropias de una verdadera democracia y carecían de seriedad y de hondura. Así se explica su indolencia o indiferencia ante aquel grupo que dadas las características de “edad y distinción”, que Calero les atribuye, no eran en verdad más que reaccionarios emboscados.

Con estas reducidas excepciones, todo el demás alto personal de su ministerio era de principios revolucionarios y aun los generales González Salas primero y Ángel García Peña después, a quienes no se les puede clasificar como porfiristas, a pesar de ser viejos y ameritados miembros del Ejército, fueron absolutamente leales a Madero y apoyaban dentro de su órbita de acción su política revolucionaria.

Bonilla, don Abraham González, don Manuel Vázquez Tagle que había sido siempre un antiporfirista moderado y discreto, los dos hermanos Díaz Lombardo, Pino Suárez, Manuel Urquidí, Federico González Garza, revolucionarios a carta cabal, modestos, sencillos, patriotas y de una honradez inmaculada, formaban un todo perfectamente homogéneo al lado de Madero. De don Abraham y de Bonilla, que fueron blanco de todas las diatribas

burlescas y canallescás de aquella calañá de la prensa reaccionaria, dice Calero en su obra *Un Decenio de la Política Nacional*:

... Debo rendir un respetuoso homenaje a la memoria del hombre que por la malevolencia de los detractores de Madero, pasó a la Historia con el despectivo nombre de “Ñor Abraham”, contra lo que yo me imaginaba, el señor González resultó no sólo un hombre de buen sentido como lo llamaba nuestro flamante Presidente, sino honrado a carta cabal, patriota y animado del más vehemente deseo de acertar en sus difíciles funciones. Era además humilde y comedido con todos [Y califica a Bonilla de]: respetable, capaz, laborioso, honrado sin igual [sigue Calero juzgando a los colaboradores de Madero en los siguientes términos]: Un Ministro que honraba a Madero era el de Justicia, don Manuel Vázquez Tagle. Miguel Díaz Lombardo de cultura y superior inteligencia.

Éste es el gabinete híbrido con que gobernó Madero el año tres meses que lo zarandéó la reacción porfirista, hasta que, pletórica de regocijo, lo asesinó para substituirlo con un asesino troglodita por el que suspiraban aquellos miserables.

He querido presentar el alto equipo humano con el que gobernó Madero y las razones que tuvo para escogerlo.

Nosotros, los revolucionarios que luchamos a su lado, siempre anhelamos y propugnamos en el sentido de que debía tener a su lado solamente a miembros de la Revolución.

9. NEPOTISMO

La prensa reaccionaria porfirista, que desde la caída del tirano dedicó su máximo esfuerzo a hostilizar a Madero y a la Revolución, llegando a un libertinaje nunca visto y verdaderamente

inimaginable, fue la que descubrió en el llamado nepotismo de Madero, una fuente inagotable de censuras y vamos a analizar este cargo para que la posteridad, con conocimiento de los hechos, juzgue el caso y dicte la sentencia.

Los parientes de Madero que colaboraron en su gobierno fuimos: Ernesto Madero, en la Secretaría de Hacienda; Rafael Hernández, primero en Justicia y más tarde en Gobernación; Jaime Garza, subsecretario de Hacienda; mi padre don Rafael Aguirre, en la Administración del Timbre en Puebla; su tío político don Leandro Aguilar, en la de Monterrey; el licenciado Jesús L. González, su primo hermano jefe de la Campaña Antirreeleccionista en Monterrey, en la Suprema Corte de Justicia; sus hermanos Gustavo y Alfonso, los dos antirreeleccionistas en la lucha política y colaboradores en la Revolución armada y yo con iguales títulos y su primo Jesús M. Aguilar, los cuatro diputados electos por el pueblo. En total, diez. Únicamente los cinco primeros nombrados por él, los otros cinco nombrados por el pueblo. A estos diez parientes de Madero se les podría considerar como los agraciados, los favorecidos, los que recibimos el favor del gobierno.

Paso ahora a pasar lista de sus parientes que dieron la vida en aras de la Revolución, de los altos y nobles ideales que lo llevaron a la lucha, al poder y a la muerte.

Su primo hermano Lorenzo Aguilar, fusilado en Pedriceña, Durango, por el contrarrevolucionario Emilio Campa.

Su primo Víctor Manuel Navarro, muerto en combate en Coyame, Chihuahua.

Salvador Treviño, muerto en el asalto a Laredo, Tamaulipas.

Alfonso Barrera Zambrano, uno de los primeros que tomaron Gómez Palacio el 20 de noviembre, muerto en acción de guerra en el estado de Morelos.

Su primo hermano Marcos Hernández, muerto en el Palacio Nacional cuando la rebelión de Izquierdo y Riverol.

Sus primos Lázaro Hernández y doctor José María Benavides, fusilados en Sierra Hermosa.

Mi hermano el general de la División del Norte, Eugenio Aguirre Benavides, asesinado por Emiliano Nafarrate.

Y su hermano Gustavo, vilmente traicionado por Huerta y entregado para su ingnomioso sacrificio, por los “niños bien” que se arrimaron a la hora del triunfo, a la soldadesca capitaneada por Félix y Manuel Mondragón en la Ciudadela.

Son nueve los parientes de Madero que sacrificaron sus vidas en aras de su patriótico ideal.

¿Puede ser vituperable, puede considerarse bochornoso que un Presidente de la República lleve a colaborar en su administración a cinco de sus parientes? Y óigase bien: a colaborar, a trabajar desquitando su salario, no a robar, ni a recibir granjerías.

En su gente, y no hay exageración, nunca ha habido ladrones.

Ahora, y sólo para comparar, y que la posteridad juzgue, traigo a colación lo que Bulnes habla del nepotismo del general Díaz, pero antes de entrar en materia y también para comparación, hay que decir que los Madero ya en aquellos días eran una tribu, mientras que la familia del general Díaz era reducidísima, y por lo que se sabe, todos ellos recibían su tajada. Su único hijo hombre, Porfirito, favorecido por contratos de obras y miembro del Estado Mayor de su padre para tener una soldada fija. Sus hijas casadas con don Ignacio de la Torre y Mier, además de ser rico, y muy rico, gozando de contratos, concesiones y prebendas y otro tanto de la casada con el general Rincón Gallardo; todos copartícipes en los negocios del gobierno. Su suegro, don Manuel Romero Rubio, ministro de Gobernación, y su cuñado el licenciado Lorenzo Elízaga, diputado perpetuo y representante de negociaciones extranjeras, que le pagaban generosamente las facilidades que obtenía del gobierno. Su sobrino preferido, Ignacio Muñoz, diputado e inspector de ferrocarriles, cargo que desempeñaba sin trabajar y bien remunerado por la propia empresa y por orden del soberano. Su tío político el licenciado Justino Fernández, ministro de Justicia e Instrucción Pública y todos sus hijos y yernos en puestos del gobierno. Su hijo adoptivo don Teodoro Dehesa, gobernador de Veracruz. De los 227 diputados que había en aquella época, 62 eran oaxaqueños; era oaxaqueño su ministro de Relaciones Exteriores, licenciado Ignacio Mariscal, que en honor de la verdad, era una lumbrera y un immaculado. “Honor a quien honor merece”. Su paisano el licenciado Manuel Dublán, fue su primer ministro de Hacienda y subsecretario, también oaxaqueño, don José Antonio Gamboa. En toda la República hasta en puestos de categoría ínfima, las gentes de Oaxaca. Y nepotismo y más nepotismo en las segundas figuras: el general Manuel González Cosío, como el licenciado Mariscal, hombre que merece respeto,

colocó en posiciones destacadas a sus yernos los señores doctores Fernando López, oculista y Julián Villarreal cirujano, ambos muy distinguidos en su profesión, pero con la chamba. El señor Limantour, a su suegro don Eduardo Cañas, su hermano Julio y el ingeniero Pedro Corospe. Y otro tanto sus ministros don Joaquín Baranda y el propio licenciado Mariscal.

Resultado: Madero se quedó chiquito, pero la prensa agrandó el escaso número de cinco parientes, capaces y honrados, haciendo jugoso negocio para sus perversos fines... ¡el nepotismo de Madero! Y esa prensa bravísima contra Madero, porque sabía de sobra que nada arriesgaba, mansa y dócil con el general Díaz, por servilismo y por miedo, nunca le sacó a relucir su nepotismo, verdadero nepotismo, para censurarlo, pues sólo se ocupaba, por paga o por miedo, a exaltarlo hasta la grandiosidad. Comparad, comparad.

10. IMPOSICIÓN DEL DOCTOR RAFAEL CEPEDA EN SAN LUIS Y DE ALBERTO FUENTES DÁVILA EN AGUASCALIENTES

La reacción –el enemigo formidable– que ridiculizó, desprestigió, fulminó y consumó su infamia asesinando a Madero, inventó esta calumnia, porque debo repetir una vez más que no ha habido en toda la Historia de México, desde la Colonia hasta nuestros días, otro Presidente que haya respetado como él la soberana voluntad del pueblo para elegir a sus mandatarios. El doctor Luis Lara Pardo ocupó la mitad de su vida en la ingrata labor de deturpar a Madero, y él acoge con fruición, porque gozaba con escupir al cielo, esta calumnia. Y volviendo a recordar al gran filósofo evolucionista Herbert Spencer que decía que “en el fondo de toda

mentira latía un germen de verdad”, en estos dos casos lo encontramos en que *los dos impuestos*, no eran nativos de los estados que gobernaron, sino coahuilenses. Paso a explicar la situación en los dos estados:

El doctor Rafael Cepeda, que fue un revolucionario de corazón, de limpísima conducta y desempeñó posiciones muy distinguidas al lado de Madero y de Carranza, nació en la villa de Arteaga, en las inmediaciones de Saltillo, pero por azares del destino estudió en San Luis Potosí desde la preparatoria y allí se recibió de médico, y allí ejerció su profesión con una generosidad y sentimiento de caridad propios de su temperamento, era el médico de los pobres, a quienes servía hasta regalándoles las medicinas. El doctor Cepeda fue el fundador del Partido Antirreeleccionista en San Luis Potosí y con él colaboró prominentemente otro gran revolucionario: Pedro Antonio Santos. Debo completar esta breve reseña histórica del doctor Cepeda, agregando que él prestó inestimables servicios a Madero cuando estuvo preso en aquel lugar y que él arrastró a la lucha a todos sus hermanos, llegando Abraham al generalato, haciendo un papel distinguido y dando su vida a la causa, pues murió en combate.

Esto explica cómo, al triunfo de la Revolución, el pueblo de San Luis lo eligió para gobernador en las primeras elecciones libres que hubo en aquel estado, a pesar de no ser nativo del estado, requisito que no exige o que al menos entonces no exigía la Constitución del Estado.

El doctor Cepeda gobernó con puros elementos del estado y recuerdo la muy agradable impresión que me causó cuando, durante el régimen de Madero, fui a San Luis, el grupo homogéneo de sus

ayudantes, todos jóvenes entusiastas formados por él; desde allí arrancaba Juanito Barragán.

Otro tanto pasó con Alberto Fuentes D. en Aguascalientes. Siendo muy joven, hombre de empresa y de negocios, estableció allí un servicio de funerales. Allí se casó y formó una familia ejemplar. Fue también él el Jefe del Movimiento Antirreeleccionista en el estado, y al iniciarse el movimiento armado, abandonó o bien, dejó en otras manos su negocio y se fue a incorporar con Madero a Chihuahua y a la toma de Ciudad Juárez, fue nombrado por Madero administrador de la aduana, en tanto que la dictadura encarceló en Aguascalientes a su esposa y sus hijitos.

Cuando Alberto llegó a Aguascalientes con Madero, en su viaje triunfal en junio de 1911, de Ciudad Juárez a México, el pueblo de Aguascalientes lo recibió clamorosamente.

No hay, pues, nada de raro que al sobrevenir las elecciones el pueblo sufragara a su favor y lo hiciera su gobernador, a pesar de no ser hijo del estado, porque había hecho por la Revolución lo que no hizo ninguno de sus propios hijos.

Alberto, como el doctor Cepeda, arrastró a sus hermanos y a sus familiares a la causa de la Revolución y allí surgieron los generales sus hermanos, Jesús y Guillermo Fuentes Dávila.

Alberto, como el doctor Cepeda, fue elemento fiel de alta valía al lado de Madero y de Carranza. De esa cepa provienen hijos muy distinguidos de la Revolución: Federico, Florencio y Luis Barrera Fuentes.

No debo terminar este capítulo sin exhibir el más valioso elogio de Madero, de su propio enconado detractor el doctor Lara Pardo, que, juzgando de las elecciones de gobernadores en aquel turbulento periodo, dice:

No creo que los gobernadores hayan sido electos irreprochablemente. El sistema electoral adoptado, no se presta a una elección bien hecha. Pero Madero dio un paso firme que pudo haber sido muy eficaz para estabilizarse el gobierno sobre el sistema federal. *Dio* (?) a los Estados una mayoría de gobernantes civiles y con sólo dos excepciones (Cepeda y Fuentes) hijos de la entidad que gobernaban.

Lo que no acepto, es que Madero *dio*, porque nunca, nunca *dio* a nadie puestos de elección popular. *Quien los dio* fue alguien más grande que Madero: el pueblo libre de México.

11. INCAPACIDAD PARA GOBERNAR ¿TONTERÍA Y DEBILIDAD DE MADERO?

Se dice que el que no se sabe hacer respetar ni se sabe hacer temer, no puede gobernar.

Aplicando este falso principio, es como se llega a la conclusión de que Madero no supo gobernar. Pero es que en el criterio generalizando de aquella época, para gobernar era necesario encarcelar y matar, lo que no otra cosa implica que admitir, consentir que no se puede gobernar más que con “puño de acero”, a la usanza del dictador. Y precisamente la Revolución no tuvo otro objeto que acabar con ese sistema de gobierno, alcanzar la paz orgánica. La cárcel y la pena de muerte, entiéndase bien la pena, son para los delincuentes, no instrumentos de gobierno. Yo creo y sostengo que no es necesario hacerse respetar y temer para gobernar.

Además y con toda humildad confieso que no entiendo la inculpación: no sé, no concreto, no palpo, no traduzco en hechos el cargo de que no supo gobernar. Hay una vaguedad que para mí no toma realidad.

Para mí, la base fundamental para gobernar es respetar y aplicar la ley, y desarrollar, poner en práctica, convertir en realidad el programa de gobierno que haya formulado el gobernante o el partido que lo llevó al poder.

Y Madero cumplió amplia y cumplidamente como gobernante, como paso a comprobarlo: Veamos lo que hizo primero en el orden político y en seguida en el orden social.

En el orden político desde luego:

1°. Restablecer el imperio de la Constitución, y con ella el respeto por las autoridades de las garantías individuales. Independencia de los poderes, Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

2°. Como consecuencia de eso: Libertad individual, libertad de expresión y con ella libertad irrestricta de prensa; sufragio efectivo, o sea libertad electoral, y por encima de todo, respeto a la vida humana.

3°. Supresión de las jefaturas políticas y consiguientemente, la soberanía del Municipio.

Como ya lo hemos afirmado muchas veces, Madero fue descarada y atrocemente calumniado. A raíz de su derrocamiento y asesinato, hubo unos periodistas José Fernández Rojas y dos hermanos

Melgarejo que se atrevieron a decir: "...dijose que al régimen dictatorial substituirá el régimen constitucional y la Constitución HA SIDO Y SIGUE SIENDO HECHA PEDAZOS; se pregonó que el Sr. Madero era un demócrata y se EXHIBE como el más ABSOLUTO de los TIRANOS”.

Todo el mundo sabe que esos cargos son absolutamente falsos, ridículos. Nadie puede señalar un solo caso concreto de abuso del poder por parte de Madero. No hubo un solo encarcelamiento por razones políticas. Por el contrario hasta los levantados en armas, capturados en combate, eran consignados a los jueces de distrito que comúnmente hasta les concedían la libertad caucional, dígalo si no el general Juan Andrew Almazán, que fue uno de ellos.

No ha habido gobierno más respetuoso de la Constitución que el de Madero. Durante el gobierno del presidente Madero sus propios enemigos, enemigos mortales, enemigos que lo mataron, ya lo hemos visto y comprobado, porfiristas encasillados que clamaban odio, venganza, muerte, los periodistas, los intelectuales (que fueron respetados e intocados), los ricos, los hacendados, todos gozaron sin límite de todas las garantías constitucionales. No hubo un solo despojo, una sola expropiación, un solo caso de paracaidismo. En toda la vasta extensión de la República puedo afirmarlo con orgullo, no hubo una sola detención arbitraria. Solamente los delincuentes y por orden estricta de la autoridad judicial eran aprehendidos... y los borrachitos en las comisarías.

No hubo en todo su periodo de gobierno un solo amparo contra actos del Presidente de la República. Ahí están los archivos de la Suprema Corte de Justicia que hablan muy elocuentemente.

Esa patraña de “déspota y de tirano”, fue escrita para que lo crean en China. Aquí, en México, hasta las piedras conocen su sencillez pueblerina.

Sin la menor exageración, puedo orgullosamente afirmar que tampoco ha habido Presidente más respetuoso de la independencia de los poderes Legislativo y Judicial y de la soberanía de los estados. Traigo aquí pruebas suministradas por el enemigo.

Habla nada más que uno de sus más furiosos enemigos, uno de los del cuadrilátero, Querido Moheno. En *El País* del 26 de septiembre de 1913 puede verse la siguiente declaración del diputado Moheno:

Cuando gobernaba el Sr. Madero, el poder judicial recobró su independencia, la que volvió a perder por completo al asumir la cartera el Lic. Reyes. La Suprema Corte es menos respetada ahora que un juzgado de paz. El Lic. Reyes debió habernos dicho cómo ha dignificado a la justicia que hoy es tan asquerosa como en tiempo de la dictadura porfiriana.

Y a este respecto y con la autoridad de mi humilde aserción por el contacto íntimo y constante que tuve con Madero, puedo afirmar que hubo casos en que ni siquiera conocía a los que resultaron electos gobernadores. Entre ellos puedo asegurar que conoció, después de ser electos, a I. Trinidad Alamillo, de Colima; a don Carlos Loyola de Querétaro, y al licenciado Allende, de Jalisco.

Marcó el clímax del respeto a la libertad electoral de parte de Madero, el caso de Oaxaca en el que figuró, como candidato con bandera desplegada de opositor, Benito Juárez Maza, que ganó por la aplastante fuerza histórica de su nombre.

Con esta ocasión creo debido dar a conocer quiénes fueron los gobernadores de los estados que colaboraron con Madero:

Sonora: José María Mayotorena. Chihuahua: don Abraham González. Coahuila: Venustiano Carranza. Nuevo León: Viviano L. Villarreal. Tamaulipas: licenciado Matías Guerra. Veracruz: Antonio Pérez Rivera. Michoacán: doctor Miguel Silva. Jalisco: licenciado Sebastián Allende. Zacatecas: licenciado Guadalupe M. González. San Luis Potosí: doctor Rafael Cepeda. Aguascalientes: Alberto Fuentes Dávila. Guerrero: Ambrosio Figueroa. Sinaloa: Manuel Bonilla, substituido al ocupar el Ministerio de Comunicaciones por Celso Gaxiola. Colima: I. Trinidad Alamillo. Durango: ingeniero Carlos Patoni. Chiapas: Flavio Guillén. Yucatán: licenciado José María Pino Suárez, substituido por Alfredo Cámara al ocupar la Secretaría de Educación Pública. Morelos: Patricio Leyva. Hidalgo: ingeniero Ramón Rosales. Querétaro: Carlos Loyola. Oaxaca: Benito Juárez Maza. Guanajuato: licenciado Lizardi.

2º. Libertad individual. Total, absoluta.

3º. Libertad de expresión, libertad de prensa.

Estudiaremos este asunto, a propósito de la reacción en la forma más amplia.

SUFRAGIO EFECTIVO

Como ningún gobernante de México, desde Hernán Cortés hasta nuestros días, respetó la soberana voluntad del pueblo.

Acabamos de ver cómo se hizo la elección de gobernadores de los estados, y ahora pasamos a la brillante culminación de la conducta democrática con la elección de senadores y diputados al Congreso de la Unión.

La XXVI Legislatura que pasará a la Historia como ejemplo único en toda la vida de la nación, quedó integrada por elementos de todos los partidos, grupos y tendencias de aquella agitada época; y a ese efecto paso a hacer una revista de todos sus componentes:

RENOVADORES

Aguilar Antonio, Aguilar M. Jesús, Aguirre Benavides Adrián, Alardín Miguel, Álvarez del Castillo Enrique, Amador Elías, Anaya Silvestre, Ancona Albertos Antonio, Arce Francisco G. de, Aspe José R., Argüelles Carlos, Aznar Mendoza Alonso, Balderas Márquez Benjamín, Barrera Isaac, Berlanga Rutilo, Bordes Mangel Enrique, Borrego Ignacio, Cabrera Alfonso, Cabrera Luis, Canalizo Antonio G., Cárdenas Emilio, Carranza Antonio, Carrión José Trinidad, Castillo Negrete Gonzalo del, Couttolene Octavio, Gravioto Alfonso, Curiel Rafael, Chaparro Luis G., Díaz Mirón Salvador, Escudero Francisco, Esquerro Carlos M., Fabela Isidro, Farrera Rómulo, Figueroa Gabriel G., Frías Juan N., García de la Cadena Enrique, Garmendia Gustavo, González Garza Roque, Gurrión Adolfo C., Hay Eduardo, Hernández Antonio J., Hurtado Espinosa Leopoldo, Ibáñez Emilio, Isassi Adolfo M., Lomelí Juan L., López Jiménez Marcos, Luna y Parra Pascual, Llaca Constantino, Llano Valentín del, Macías José M., Madero Alfonso, Madero Gustavo A., Malváez Luis G., Méndez Manuel F., Munguía Santoyo Jesús, Navarro Luis T., Navarro Tranquilino, Nieto Rafael, Novelo José I., Ordorica

Guillermo, Orive Adolfo, Ortiz Rodríguez José, Ortiz Rubio Pascual, Oseguera José, Palavicini Félix F., Pérez Vicente, Pesqueira Roberto V., Rendón Serapio, Reynoso José I., Rojas Luis Manuel, Santos Pedro Antonio, Sánchez Azcona Juan, Silva Herrera José, Ugarte Gerzayn, Unda Luis G., Urueta Jesús, Vicencio Mariano, Vidal y Flor Luis A., Villaseñor José, Zavala Pedro R., Zetina Carlos B., Zubarán Juan, Zubiría y Campa Luis, Acereto Albino, Alarcón Alfonso G., Alba Pascual, Álvarez Alfredo, Arredondo Eliseo, Carrillo Hilario, Galván Ignacio, Garza José María de la, Guzmán Luis G., Martínez Alamía Salvador, Medivil Aureliano, Ortega Alfredo, Padilla Manuel, Pérez Romero Manuel, Ramírez Francisco M., Ramírez Martínez Julián, Randall Carlos E., Ríos Adalberto, Rivera Cabrera Crisóforo, Rivera Felipe, Rodiles Manian Enrique, Rodríguez Cabo José, Romo Jacobo, Santos M. Samuel, Treviño Jesús J., Ugarte Alejandro, Valle J. Felipe, Jara Heriberto.- 111.

DIPUTADOS LIBERALES INDEPENDIENTES

Álvarez Pedro B., Aranda Manuel G., Arias Francisco S., Bello Rodolfo, Cabrera Florencio, Camarena Jesús, Carvajal Manuel, Castelazo Fuentes Manuel, Castellanos Abraham, Castellanos César, Castillo Calderón Rafael, Díaz Infante Miguel, Delorme y Campos Jorge, Estrada Faustino, García Moisés, Gómez Arturo, Gómez Anorve Eliseo, González Rubio José, Grajales Adolfo E., Hernández Fidencio, López Demetrio, Llave Miguel de la, Maldonado Prisciliano, Malo y Juvera Manuel, Márquez Rosendo, Meixueiro Guillermo, Murguía Francisco, Oropeza Gabriel M., Ostos Armando Z., Peláez Ignacio, Pontón José Mariano, Ruiz Gonzalo, Ruiz Gregorio, Rivero Caloca Ángel, Torre Rómulo de

la, Valle Eleazar del, Varela Alfonso, Vázquez Luis G., Verdugo Falques Francisco, Villaseñor Manuel, Zesati Francisco, Jaso Luis, Sarabia Juan, Trejo y Lerdo de Tejada Carlos.-42.

OBSTRUCCIONISTAS Y REACCIONARIOS

Braniff Tomás, Castellot Jr. José, Elourduy Aquiles, Galicia Rodríguez Pedro, García Naranjo Nemesio, Hernández Jáuregui Miguel, Lozano José María, Mascareñas Francisco T., Moheño Querido, Olaguíbel Francisco M. de, Torres Rivas Javier.-11.

CATÓLICOS E INDEPENDIENTES

Acevedo José M., Aceves Victoriano, Barroso Carlos, Casdo J., Cortina Jacinto, Domínguez Villarreal Antonio, Elquero Francisco, Esteva Gustavo A., Galindo y Pimentel Juan, García Ramos José María, Gea González Manuel, González Flavio, González Macario, Govea Carlos, Gutiérrez Hermosillo José, Herrera Gonzalo, Herrera Trinidad, Herrera Próspero, Hoz Manuel F. de la, Inurreta Tirso, León Eusebio P., López Emilio, Lozada Pablo, Martínez Rojas Jesús, Mayoral José, Montaña José M., Mora Castillo Luis, Mora Rafael de la, Morales Román, Moreno Arriaga Salvador, Múgica Leyva Ramón, Muñoz Ignacio, Muñoz Ruiz Nicolás, Núñez y Domínguez José de J., O'Farril Enrique, Olivera Manuel, Ortiz Sánchez Miguel, Palomino Ismael, Pascos Ricardo, Peña Francisco de la, Pérez Sahagún Juan, Pérez Salazar Ignacio, Puig José Manuel, Ramírez Castillo Manuel, Ramos Roa Joaquín, Rodarte Luis, Reyes Rafael, Rodríguez Bonifacio, Romero Francisco, Rosal Jesús del, Roveló Argüello Manuel, Solórzano Salchaga Agapito, Tamariz Eduardo, Torres Joaquín, Vargas Gabriel, Vargas Galeana Carlos, Velázquez Francisco R., Vergara Alfredo, Villasana Telésforo, Zapata Manuel Gregorio.

Surgió en las sesiones preparatorias del Congreso, en el estudio de las credenciales, un incidente que quiero recordar para que se vea cómo se respetó la voluntad popular y más que todo, el empeño personal que puso Madero en ese sentido.

La comisión dictaminadora que estudió las credenciales y por consiguiente el expediente electoral de cada uno de los diputados, estaba presidida por Serapio Rendón. Y aconteció que al poner a discusión y votación el dictamen referente a Aquiles Elorduy que le era desfavorable, éste pidió al presidente de los debates que designara a uno de los secretarios para que lo acompañara a la biblioteca, que era el lugar donde se reunía la comisión dictaminadora y en donde se encontraban todos los expedientes. Causó verdadera expectación que, al volver al recinto de la Cámara, Elorduy mostrara a la asamblea su expediente que no había sido abierto; se encontraba cerrado y sellado. No había sido, pues, estudiado. El dictamen carecía absolutamente de fundamento, y la consecuencia fue que la asamblea en masa votara contra el dictamen y Aquiles fuera declarado diputado electo a la XXVI Legislatura. Un hecho bochornoso que redundó en tremendo y fundado desprestigio del grupo renovador, adicto a Madero.

Pues bien, y ésta fue la intervención directa de Madero. Al día siguiente muy temprano, cuando Madero supo lo sucedido, me mandó llamar y me dijo verdaderamente airado contra Rendón:

Como quizá a Pedro Galicia Rodríguez (compañero y fiel seguidor de Elorduy, ambos vazquistas encarnizados enemigos de Madero) quieran también esos señores dictaminadores desconocer su credencial, te suplico que veas que no vayan a cometer con él una injusticia a título de que es mi enemigo. Galicia Rodríguez fue un antirreeleccionista connotado, fue perseguido y encarcelado y es indudable que ha ganado la curul.

Cumplí discretamente el encargo y Galicia Rodríguez nunca supo la intervención de Madero a su favor.

La XXVI Legislatura fue un campo de batalla. La lucha entre opositoristas y maderistas fue encarnizada, duelos oratorios en que además de lucir los contendientes su talento y su galanura, hicieron los opositoristas derroche de odio contra Madero, porque lo único que perseguían era desacreditarlo, minar su poder, derrocarlo y acabar substituyéndolo con el troglodita de Victoriano Huerta.

Fueron figuras brillantes en el lado de la oposición verdaderamente demoledores, el cuadrilátero José María Lozano, Nemesio García Naranjo, Francisco M. Olaguíbel y Querido Moheno. Los cuatro lograron el premio. Los cuatro alcanzaron el grandísimo honor de ser ministros del chacal; sus colaboradores y amigos adictos. No quiero ensuciar más mi pluma.

Con Madero en primerísimo término, un orador contundente, tenaz, brillantísimo: Luis Cabrera, el orador más florido que ha producido México; Chucho Urueta y Salvador Martínez Alomía, Alfonso Gravioto y el propio Serapio Rendón, infamemente sacrificado por Huerta.

Se puede asegurar sin exageración, que la XXVI Legislatura fue una perfecta exhibición de democracia parlamentaria.

RESPECTO A LA VIDA HUMANA

Quiero otra vez darle fuerza a esta excelsa virtud del *Apóstol*, trayendo aquí la opinión de sus propios enconados enemigos. El

doctor Lara Pardo que dedicó media vida a escribir en los periódicos deturpándolo, no puede en ocasiones, pocas veces, sustraerse al impacto de los rasgos sobresalientes del *Apóstol* y comentando su arrojo, cuando salvó a costa de su vida la del general Navarro, deja escapar estas alabanzas: “Madero desplegó allí extraordinaria entereza y valor a toda prueba. Madero no era sanguinario, era hombre civilizado”.

Sin duda alguna, Madero ha sido *el único; el único* Presidente de la República que respetó la vida de sus enemigos levantados en armas. No hay para qué señalar nombres.

Siguiendo el orden establecido en el Programa de Gobierno del Partido Constitucional Progresista, debo decir que durante el régimen del presidente Madero, se suprimieron las odiosas jefaturas políticas y gozaron los municipios de plena autonomía, pero este adelanto se debió a los señores gobernadores de los estados, a quienes correspondía por razón jurisdiccional. Así, los pueblos eligieron sus autoridades locales, y por razones sentimentales, señalo que el primer presidente municipal electo en Torreón fue mi hermano Eugenio.

OBRA SOCIAL DEL PRESIDENTE MADERO

El 1º. de septiembre de 1911, todavía antes de asumir la Presidencia de la República, concertó la paz con la tribu yaqui, celebrando un tratado que me satisface hacer conocer:

Los que suscribimos, general José Sibalaume, general Ignacio Mory, Gobernador Gregorio Matus, Gobernador Domingo Tecauma, Gobernador Juan Luis Mapaumes, Gobernador Juan Ríos, Gobernador Juan María Rosas, Gobernador Francisco Almera, Gobernador Juan

Sipol, enviado especial del general Espinosa, Benito Matus y capitán Pedro García, en representación de la tribu yaqui, hemos celebrado el siguiente convenio con el señor don Francisco I. Madero, en representación del Gobierno Federal:

1^a.- El Gobierno Federal cede a los indios yaquis los terrenos de propiedad nacional que tiene en los ejidos de los pueblos de Torín, Vicam, Potam y Rahum, así como el Canal de Vicam.

Todos estos terrenos se abrirán al cultivo por cuenta del gobierno, haciendo los trabajos los mismos yaquis, a los cuales pagará el salario de \$1.00 diario. Cuando estos terrenos estén abiertos para el cultivo y con sus canales de irrigación necesarios, los ingenieros del gobierno, de acuerdo con los gobernadores de los yaquis, repartirán el terreno de la manera siguiente:

A cada matrimonio se le asignarán tres hectáreas; a cada mayor de edad, ya sea varón o hembra, se le darán dos hectáreas y a cada menor de edad, una hectárea.

Una vez hecho el reparto, a cada quien le expedirá el gobierno sus títulos de propiedad con la condición expresa de que estas propiedades no podrán ser vendidas, ni hipotecadas, ni gravadas en forma alguna por el espacio de 30 años.

Si no hay bastantes terrenos para estas adjudicaciones en los ejidos de los pueblos que ya se han señalado, el gobierno adquirirá los terrenos necesarios en los pueblos cercanos para completar la cantidad asignada.

2^a.- El reparto de los terrenos en la forma indicada lo hará el gobierno tan pronto como se haya levantado la primera cosecha general, a fin de que se conozca cuáles son los terrenos que pueden producir frutos. A cada familia que en el reparto tenga cinco a diez hectáreas de terreno, le dará el gobierno un tronco de mulas con los aperos igualmente.

3^a.- El gobierno pondrá una proveeduría para ministrar las provisiones necesarias a todos los nuevos colonos hasta que levanten su primera cosecha.

4^a.- El gobierno establecerá el número de escuelas que crea conveniente para ambos sexos, y todos los yaquis se comprometen solemnemente a cumplir con las leyes de instrucción primaria, obligando a todos los niños en edad de asistir a la escuela, hasta los catorce años que vayan a ellas.

5^a.- El gobierno construirá una iglesia en los ejidos de cada pueblo.

6^a.- Los colonos yaquis quedan exentos de contribuciones por el espacio de 30 años.

7^a.- Los yaquis nombrarán sus autoridades locales; pero reconocerán la general del Estado y la de la República Mexicana.

Este documento fue firmado por quintuplicado: dos que llevaron los yaquis y tres que conserva el señor Madero, de los cuales uno será para el Gobernador del Estado de Sonora y otro para el Gobierno Federal.

Todos los suscritos nos obligamos solemnemente a cumplir con lo pactado, y en caso de que surgiere alguna diferencia, será arreglada por los Tribunales de la República y en ningún caso se recurrirá a las armas, pues los yaquis protestan sumisión completa al actual gobierno, al que están dispuestos a ayudar, como todos los mexicanos, sólo en caso de una guerra extranjera.

Mejorar y fomentar la Instrucción Pública y quitar las trabas que actualmente tiene la libertad de enseñanza.

Mejorar la condición material y moral del obrero, creando escuelas, talleres, procurando la expedición de leyes sobre pensiones o indemnizaciones por accidentes de trabajo. Igual solicitud se tendrá respecto a la raza indígena, especialmente de los indios yaquis y mayas, repatriando a los deportados y fundando colonias agrícolas en los terrenos nacionales, o los que puedan adquirirse con tal objeto.

Acelerar la mexicanización del personal ferrocarrilero.

Otra conquista lograda por Madero poco después de que asumiera la Presidencia de la República, fue la mexicanización del personal ferrocarrilero, que había sido una verdadera lacra, pues desde que se construyeron en México las vías férreas, todo el personal que manejaba los trenes era americano, desde los maquinistas, conductores, jefes de estación, hasta los garroteros y engrasadores, y lo más lamentable era que trataban a los pasajeros mexicanos

sobre todo a la gente humilde, con el más ofensivo menosprecio, grosería y altanería, lo que provocó el más justo y noble anhelo del pueblo de México de sustituirlo por personal mexicano.

Por esa razón, este punto formó parte del programa de gobierno que formuló la Convención del Partido Constitucional Progresista, que se reunió en el Teatro Hidalgo la primera decena del mes de julio de 1911, que literalmente es como sigue: “Punto VI... acelerar la mexicanización del personal ferrocarrilero en todas sus jerarquías, instituyendo al efecto los centros de educación especial que sean necesarios”.

La mexicanización del personal de referencia quedó totalmente hecha en el mes de abril de 1912, a los seis meses de haber recibido el poder don Francisco I. Madero.

El gobierno tuvo que afrontar perturbaciones que causaron los gringos, pero Madero, con la enérgica serenidad que empleaba para realizar sus patrióticos designios, la llevó al cabo “sin bombos ni platillos”, con la natural espontaneidad de todos sus actos y a este efecto, inserto las publicaciones que sobre aquellos sucesos hizo el periódico *El País*, que ya entonces se había convertido en un encarnizado enemigo de Madero y de la Revolución.

EL PAÍS

Abril 18 de 1912.

CUATROCIENTOS CONDUCTORES SE DECLARAN EN HUELGA

En contestación a preguntas hechas en las oficinas generales de los Ferrocarriles Nacionales de México, se dijo ayer que según últimas noticias llegan a 400, más o menos, los maquinistas y conductores extranjeros que han abandonado el servicio de la compañía. El plazo

que la empresa les fijó para que resolvieran si permanecían o no en el servicio, expiró ayer tarde.

También se han recibido telegramas procedentes de todas las Superintendencias de División y puntos de descanso, indicando que se cuenta con el número necesario de maquinistas y conductores para correr todos los trenes, con excepción de un Distrito, y para ése ya se han mandado los que sobran en otras divisiones.

La Dirección de los Ferrocarriles desea asegurar al público que todos los trenes de pasajeros, así como los regulares de carga, harán su recorrido como de costumbre. Además, la dirección manifestó que de hecho hace ya varios días que los trenes de pasajeros están a cargo de maquinistas y conductores mejicanos, debido a que en cuanto los extranjeros fijaron la fecha de su partida, muchos de ellos dejaron sus corridas inmediatamente con el fin de poderse ocupar en arreglar sus asuntos particulares, para estar listos y salir de la República en la fecha que fijaron para ello.

LOS FERROCARRILEROS MEJICANOS ESTÁN SATISFECHOS

Todos los empleados nacionales que prestan sus servicios en las Líneas Nacionales como maquinistas, conductores, auditores y garroteros, se muestran satisfechos de la actitud asumida por sus compañeros los norteamericanos, pues gracias a su separación, podrán ascender rápidamente en su carrera ferrocarrilera.

En una entrevista que tuvo uno de nuestros reporters con varios de esos empleados, le manifestaron lo siguiente:

“No ignoramos que aun cuando la compañía tiene suficientes conductores, auditores y garroteros, los maquinistas mejicanos son escasos, pero éstos se han brindado a prestar servicios dobles hasta que salgan nuevos operadores de la escuela con el fin de que el tráfico en nada sufra y la compañía no vea disminuir sus entradas, porque se tenga que paralizar alguna división por falta de maquinistas”.

El señor San Germán, maquinista mejicano, ha sido favorecido por la Dirección, con haberle dado la línea que va de esta capital a Nuevo Laredo, Tamaulipas, comenzando desde ayer a prestar sus servicios. El tráfico, por lo tanto, no quedará interrumpido como se esperaba en

algunas líneas, debido a la buena voluntad de los empleados, que están decididos a ayudar a la Compañía para que no sufra en sus intereses.

EL PAÍS

Abril 23 de 1912.

LA HUELGA DE CONDUCTORES AMERICANOS

Desde el 15 del corriente, que quedó el movimiento de trenes en manos de empleados mejicanos por renuncia que hicieron los conductores y maquinistas americanos, el servicio se ha estado haciendo con bastante exactitud, y gustoso pongo en conocimiento del público que tanto el servicio de pasajeros como el de la carga, no ha sufrido en lo más mínimo.

Las pequeñas demoras que ha sufrido el tren de Laredo en estos días, se debe a haber tenido que esperar la conexión con el tren de los Estados Unidos en Laredo, y no obstante que estas demoras han sido de cuatro y cinco días, respectivamente, ganando dos horas en la carrera reglamentaria entre Laredo y esta ciudad.

Con lo anterior, queda plenamente demostrado que no en balde venían pidiendo, desde hace años, los empleados mejicanos puestos de confianza y responsabilidad para demostrar su habilidad.

La sociedad de conductores y maquinistas mejicanos exigen de sus miembros fiel cumplimiento en el desempeño de sus obligaciones, así como la más estricta moralidad y temperancia, cualidades necesarias para captarse las simpatías y confianza, no sólo de sus jefes, sino del público en general.

ALREDO GARCÍA

Garroteros y Fogoneros

Presidente de la Unión de Conductores, Maquinistas.

Justo y debido es hacer constar que la mexicanización del personal ferrocarrilero, fue iniciada por el escaso personal mexicano que hacía este servicio y que en ese movimiento obrero tomaron participación don Felipe Pescador y el actual director de las Líneas

Nacionales, don Benjamín Méndez en julio de 1909, todavía bajo la égida del general Díaz, esfuerzo de gran mérito porque era contrario a los designios del dictador.

En materia educacional, siendo su ministro Pino Suárez por decreto del 1° de junio de 1911, se asignó el presupuesto necesario para instalar 50 escuelas rudimentarias que se distribuyeron en los estados de la República. Es de justicia elemental reconocer que fue Pino Suárez quien inició de esta manera la alfabetización del bajo pueblo de la República. Se transformaron dos escuelas secundarias en industriales, la de varones “Vasco de Quiroga” y la de mujeres “Gertrudis Armendáriz de Hidalgo”, y se estableció además una academia nocturna para hombres.

MADERO, ZAPATA Y EL PROBLEMA AGRARIO

Se le ha dado al problema agrario tal preponderancia y se le ha vinculado con la fuerte figura de Zapata en tal forma, que debo asumir el estudio de este asunto, respetando el arraigo que se ha creado en el ánimo nacional y así doy a conocer en seguida las relaciones que hubo entre Madero y Zapata y la labor que desarrolló Madero.

Hubo muchos factores que determinaron la separación entre estos dos hombres, que tan prominentemente figuran en los anales de la Revolución.

Emiliano Zapata se levantó en armas incorporándose al movimiento armado acaudillado por Madero bajo la jefatura del general Pablo Torres Burgos que fue asesinado poco después por el hacendado don Enrique Dobbadié en el pueblo de Mayotepec. Por esta

desventurada circunstancia, Zapata, a quien le sobraban bríos, asumió la jefatura de la Revolución en el estado de Morelos.

No se debe ocultar la labor de destrucción que infortunadamente llevó a cabo Zapata, sin razón alguna que lo justificara. Durante el periodo de lucha armada que debe considerarse legalmente terminada el 25 de mayo, fecha en que se firmó en Ciudad Juárez el armisticio de la rendición del gobierno del general Díaz, se registran las siguientes, no pueden llamarse funciones de armas, sino positivas atrocidades.

Su pronunciamiento ocurrió precisamente en el pueblo de Ayala, el nombre de cuyo lugar lleva su famoso Plan. Su primera acción fue apoderarse de la hacienda de San Juan Chinameca que estaba desguarnecida. Fue un verdadero saqueo, habiéndose destruido con bombas de dinamita los muebles de la casa y la oficina, y los aparatos de elaboración de azúcar. Entró en Axochiapan apoderándose de armas y caballos, quemando los archivos municipales y judiciales y dando libertad a los presos, que en su mayoría se le incorporaron. Igual cosa en Matamoros, en donde aniquiló una escasa guarnición de 20 rurales.

Capturó Cuautla débilmente defendida por 30 hombres que estaban bajo las órdenes del jefe político Andonegui, quien se rindió con garantía de la vida, siendo, a pesar de ese ofrecimiento, fusilado por orden del propio Zapata. Saqueo del comercio y casas de los ricos y libertad de los presos, que se le incorporaron. Con 500 hombres ataca Zacatepec apenas defendido por 40 soldados, repitiéndose la hazaña de fusilar al capitán y tres oficiales, escapándose el jefe político Esnaurrizar, a pesar de haberles ofrecido la vida por la rendición. Saqueo del comercio; la tienda principal

de don Gonzalo Aragón, quemada hasta quedar reducida a cenizas, después del saqueo. Asalto y saqueo de la hacienda de Tenango, que era propiedad del único hacendado públicamente reconocido como enemigo abierto del general Díaz y simpatizador de Madero y de la Revolución.

El 1º. de mayo atacó, con 4,000 hombres, a Cuautla, bravamente defendida por el entonces coronel Eutiquio Murguía con sólo 300 hombres que lo rechazaron; peleó toda una semana y Zapata tuvo que retirarse.

Murguía, pocos días después, abandonó la plaza por falta de auxilios y de parque. Apenas evacuada, penetró Zapata llevando a cabo un saqueo horroroso. No quedó casa con muebles, ni tienda con mercancías y acabaron incendiando el Palacio Municipal y 29 fincas contiguas y hasta el hospital en donde había 20 soldados federales heridos, que no se pudo llevar Murguía y que murieron algunos achicharrados y los pocos que pretendían salir del incendio, vilmente asesinados por los hombres de Zapata. Aprehensiones y asesinatos, causando indignación el de un don Carmen García, muy apreciado por la gente del lugar, a quien personalmente Zapata le dio dos tiros y, vivo aún, ordenó que lo arrojaran a una noria profunda. Ésta fue la obra revolucionaria de Zapata hasta la caída y fuga del general Díaz.

El primer punto de distanciamiento entre Madero y Zapata, se debió como atinadamente lo asienta Taracena, a que Zapata encariñado con el mando que apoyaba en sus hombres armados, no solamente no se sometió en realidad a Madero, a quien solamente de nombre reconocía como jefe, llegando a exigir a título de que así lo quería el pueblo y él se erigía en su portavoz que salieran del estado de Morelos las fuerzas federales.

Desde luego hay que observar que lo que pedía Zapata, era algo inusitado y un privilegio exclusivo, porque habiendo consentido Madero en la subsistencia del Ejército Federal, su misión era guarnecer toda la República y correspondía al Presidente de la República mandar las tropas a donde a él le pareciera.

Esto determinó un choque que fue tremendo, porque los hacendados faltos de garantías para sus propiedades, haciendas e ingenios azucareros, pedían a De la Barra protección para sus intereses, y De la Barra que muy cordialmente los apoyaba, mandó luego fuerzas federales que guarnecieron los lugares más importantes del estado, Juvencio Robles, Aureliano Blanquet, Victoriano Huerta, todos ellos, es la verdad, operaban contra los zapatistas con gran encono. Hubo desde luego varios encuentros causados por diversos pretextos.

De lo expuesto resulta que Zapata, aunque hubiera ya triunfado la Revolución, siguió en plan de guerra y nunca estuvo en paz, pues durante el periodo gubernamental de Madero y muerto éste, con Huerta, y derrotado el chacal, contra el propio don Venustiano, él siempre se mantuvo levantado en armas.

Otro factor de distanciamiento entre Madero y Zapata, fue la pugna entre Zapata y los Figueroa. Los immaculados patriotas hermanos y parientes Figueroa, empezaron a tener choques durante el periodo de la primera etapa de la Revolución, pues los Figueroa extendieron la acción de sus armas hasta el estado mismo de Morelos y había una marcada diferencia en la calidad de unas y otras fuerzas, porque en tanto que las de los Figueroa estaban integradas por gente de orden y disciplina, las fuerzas de Zapata, justo es decirlo, eran hordas integradas en su mayor parte por presidiarios y ladrones,

y Zapata y sus compañeros jefes, su hermano Eufemio, *el Tuerto* Morales y todos los demás, ni ejercían la menor autoridad sobre sus chusmas, ni lo intentaron nunca. Este distanciamiento entre unas y otras fuerzas, culminó con el fusilamiento que llevó a cabo Ambrosio Figueroa de un jefe zapatista llamado Tepepa, que no era otra cosa que un bandido. Con relación a este punto, procede recordar el acto heroico de Madero que ocurrió en Tlalquitenango, lugar en donde fue fusilado y enterrado Tepepa. Cuando Madero recorría el estado de Morelos procurando un entendimiento con Zapata que trajera la paz de esa entidad, encontrándose en Cuernavaca (agosto 17 de 1912) resuelto a ir a Cuautla, la multitud que lo recibió y lo aclamaba, le pedía a gritos fervorosamente que no fuera porque allí los zapatistas y soldados de Zapata lo asesinarían. Madero, desoyendo tales advertencias, fue a Cuautla en donde como en todos los pueblos de Morelos que visitó, fue recibido entusiastamente, y abordado en la peroración que les dirigió, el punto relativo al fusilamiento de Tepepa por Ambrosio Figueroa, justificó la actitud de Figueroa, condenando los crímenes de Tepepa; y contra todo lo que se temía, Madero habló con tal elocuencia que la multitud lo vitoreó estentóreamente.

Hubo otro factor más de distanciamiento entre Madero y Zapata, cuando como resultado de la Convención del Teatro Hidalgo el Partido Constitucional Progresista adoptó la fórmula Madero-Pino Suárez, se hizo necesaria la separación de los hermanos Vázquez Gómez de las Secretarías de Instrucción Pública y Gobernación que desempeñaban en el gabinete de De la Barra, y como salieron de allí odiando, tal es el calificativo justo, a Madero, los dos dedicaron toda su capacidad a hacerle daño. Y así fue como don Emilio, que tenía a su cargo el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias, se dedicó en cuerpo y alma a envenenar el alma

primitiva de Zapata y le proporcionó armas, municiones y dinero para que prosiguiera sin tregua la lucha armada contra el gobierno entonces en manos de De la Barra, siendo en realidad el movimiento propiamente contra Madero. Tengo para mí que don Emilio utilizó para sus fines a Antonio Díaz Soto y Gama, al profesor Montañón y a los pocos hombres de letras que giraban en torno de Zapata, y hasta llegué a suponer que él tuvo injerencia en la redacción del Plan de Ayala. Don Emilio, como muchos otros que tomaron parte en la Revolución, luego que Madero logró el triunfo, les pareció muy fácil revolucionar y triunfar y a él se le despertó el apetito y quería llegar a la Presidencia de la República pero... muy resguardado en su casa o en el extranjero, sin exponer el pellejo... Fue, pues, don Emilio, un elemento de distanciamiento entre Madero y Zapata.

Otro factor más y muy venenoso, fue la actitud del nuevo ministro de Gobernación del gobierno del Presidente Interino De la Barra, don Alberto García Granados. Este raro personaje aristócrata, rico, muy inteligente, apasionado hasta la virulencia, había sido opositor del general Díaz y llegó a ser hasta antirreeleccionista, pero su temperamento, su educación, su posición social y su dinero, no lo llevaban por el camino polvoso, duro, doloroso, riesgoso que había de recorrer la Revolución para alcanzar con la libertad y la justicia, la redención de los de abajo.

Este conspicuo personaje, que se reveló como su enemigo furioso, mortal, real y positivamente mortal de la Revolución, hasta el extremo de convertirse en asesino en potencia del propio Madero, “la bala que mate a Madero salvará al país”, con una bravura insolente, respaldada por su alta investidura, mató toda esperanza de un arreglo pacífico, intensamente anhelado por Madero con

Zapata al declarar firme y resueltamente que el Gobierno Interino de De la Barra “no trataba con bandidos”. Esta declaración cerró definitivamente las puertas a toda posibilidad de sometimiento de Zapata. Esta bravuconada de García Granados que haría creer a la gente que él, y con él los suyos, De la Barra, desde luego, no trataban con bandidos por respeto a su alta y exquisita moralidad, se encuentra contradicha por hechos posteriores que demuestran muy elocuentemente, no sólo que carecían de tal moralidad, sino que no tenían, ni el menor pudor, ni la menor dignidad, y que no tenían ni siquiera vergüenza, pues uno y otro fueron en el gobierno del troglodita Victoriano Huerta, socios, amigos y compañeros de toda la caterva de asesinos ejecutoriados que tenían a su servicio, desde el propio Huerta y ellos mismos, sus ministros, que en solemne sesión acordaron el asesinato de Madero y Pino Suárez, hasta el torvo gobernador Enrique Cepeda, que no solamente se limitó a asesinar en la cárcel al general Gabriel Hernández, sino que hasta lo mandó quemar y con Enrique Cepeda, Gonzalo Enrile y el doctor Aureliano Urrutia, que le arrancó la lengua al valiente y noble senador Domínguez y con ellos, todos asesinos, hasta los de la más baja estofa como Aureliano Blanquet y el insigne *Matarratas*.

Este culminante aristócrata personaje, don Alberto García Granados que se rehusó a tratar con el bandido Zapata, obrando así para sólo dañar a Madero, *sí trató, se conllevó y fueron sus compañeros y amigos los destacados asesinos* Victoriano Huerta, el doctor Urrutia, Enrique Cepeda y *el Matarratas*.

Reanudemos la historia de las relaciones entre Madero y Zapata.

Desde junio que llegó triunfante Madero a México, una de sus primeras ocupaciones fue conectarse con Zapata, a quien llamó y quien fue a verlo, habiendo tenido una entrevista muy cordial.

En julio, cuando ya se apuntaba la actitud rebelde de Zapata, fue Madero a Morelos a verlo y la verdad es que tanto Zapata como sus fuerzas y sobre todo el pueblo de los lugares que recorrió, lo recibieron entusiastamente.

Madero trató abierta y francamente con Zapata sobre el necesario licenciamiento de sus tropas, cosa que se estaba llevando a cabo en toda la República y no había motivo para que allí no se efectuara; sin embargo, Madero, a solicitud de Zapata, llegó a aceptar que una parte de sus fuerzas quedara como reserva, auxiliares o rurales mandados por algún jefe que no fuera gente de Figueroa, con quien, como ya hemos dicho, estaba en abierta pugna y Madero llegó hasta a indicar que se podría poner a Juan Andrew Almazán, con quien Zapata en aquel entonces, estaba en buenos términos. Entonces torpedeó el arreglo don Emilio Vázquez Gómez, que como ministro de Gobernación tenía a su cargo el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias.

Madero volvió a insistir en agosto buscando algún arreglo con Zapata, pero ya la situación era más difícil porque De la Barra ya había mandado, contra el parecer de Madero, fuerzas federales al estado de Morelos, lo que aumentó la desconfianza del caudillo suriano. Más enérgicamente aún, se opuso Madero a que se mandara al general Blanquet, porque sabía que con su sola presencia se levantarían en armas gentes de Matamoros que estaban agraviados por sus desmanes. Madero propugnaba porque se nombrara gobernador y jefe de las armas a personas de la simpatía de Zapata, para siquiera aliviar la situación y evitar inútiles derramamientos de sangre.

Madero, empeñado tenazmente en mantener la paz en el estado de Morelos a base de un arreglo con Zapata que sin duda alguna era el factor decisivo, emprendió una gira los días del 14 al 20 de agosto, tocando Cuernavaca, Cuautla, Yautepec y Ayala. En Cuernavaca, como ya dije, el pueblo le pedía que no fuera a Cuautla que se encontraba en manos de Zapata, pero Madero no desistió y allí pronunció un bello discurso en el que entre otras cosas dijo:

Sé muy bien que ayer en este histórico lugar se gritó: “Muera Madero”, pero siento en el fondo de mi corazón que los que tal hicieron han sido perversamente engañados, por eso no temí venir porque como dije ayer en algunos pueblos en que me rogaban que no viniese a este lugar, el pueblo mexicano no es asesino, y si a mí me han respetado las balas de la dictadura, tengo la convicción de que no sólo las balas del pueblo mexicano me respetarían, sino que serán siempre mi mejor coraza y mi mejor defensa.

En Cuautla, Zapata convino con Madero en los puntos siguientes:

- 1°. El licenciamiento del Ejército Libertador.
- 2°. Que una vez licenciado el Ejército Libertador, se retiraran las fuerzas federales del Estado.
- 3°. Que la seguridad pública del Estado quedaría a cargo de las fuerzas insurgentes de los Estados de Veracruz e Hidalgo.
- 4°. Que el gobernador provisional de Morelos sería el ingeniero Eduardo Hay.
- 5°. Que el jefe de las armas sería el teniente coronel don Raúl Madero.
- 6°. Que el sufragio en las próximas elecciones sería efectivo sin amenazas y sin presión de bayonetas.

7°. Que los jefes del Ejército Libertador tendrían toda clase de garantías para ponerse a cubierto de sus calumniadores.

Madero nada pudo frente a la solapada y malévolas actitud del Presidente, que pinta admirablemente la carta que el 25 de agosto le dirigió Madero y que debe conocerse, así como la que dirigió a Huerta, haciéndole inculpaciones; y asimismo la que, el 30 de julio, le escribió a Federico González Garza, que pinta fielmente el ambiente político de aquellos agitados días.

Tienen igual valor las cartas que se cruzaron Federico González Garza y Madero, y el valientísimo discurso que pronunció en Cuautla el 22 de agosto.

DE DON FRANCISCO I. MADERO AL LICENCIADO
FRANCISCO LEÓN DE LA BARRA

México, D.F., a 25 de agosto de 1911.

Sr. Lic. Francisco L. de la Barra,
Presidente Interino de la República.
México, D.F.

Muy estimado y fino amigo:

Como no tenía usted ayer Consejos de Ministros, no me fue posible terminar los puntos que principié a tratarle, por cuyo motivo me tomo la libertad de poner a usted la presente, tanto más cuanto que por escrito se condensan mejor las ideas y se expresan con mayor claridad y precisión.

Voy a tratarle dos puntos: la cuestión general de la República y la del Estado de Morelos.

Respecto a la cuestión general de la República y me permito recordarle que desde que llegó usted al puesto que ocupa, no tanto por el ministerio de la ley, sino porque el Partido Revolucionario estuvo de acuerdo

con usted, me manifestó en conversaciones privadas, y lo ha demostrado elocuentemente en sus actos públicos, que *aceptaba los principios del Partido Revolucionario en todas sus partes y se adhería a él, siendo considerado* desde entonces por todos nosotros, como uno de los miembros mas conspicuos y respetables.

Y era natural que para gobernar tuviese usted que apoyarse en algún partido político y ese partido no podía ser otro que el nuestro, que acaba de triunfar y que representaba las aspiraciones unánimes de la República, pues sólo quedan fuera los elementos que se han dado en llamar partidarios del orden y que son los del antiguo régimen y algunos de los aristócratas que hacían grandes negocios con él y que ansían volver al poder bajo la bandera de un Reyes o un Vera Estañol.

Hasta hace poco tiempo había marchado perfectamente.

El prestigio de usted había ido creciendo porque la nación entera veía que estaba usted enteramente de acuerdo con nuestro Partido, que representa sus aspiraciones. Yo he ayudado a usted con entera lealtad, sin ostentación alguna, sin ejercer ninguna presión sobre su ánimo y haciendo en público las declaraciones que he creído convenientes, para robustecer su prestigio personal y el de su gobierno. Guiado siempre por su espíritu de justicia y patriotismo, no vacilé ni un solo momento en romper con el licenciado Emilio Vázquez, que fue uno de mis más fieles y constantes colaboradores y que se había considerado como uno de los miembros más conspicuos de nuestro Partido. Eso le demostrará a usted aún más la lealtad, desinterés y patriotismo con que le he servido.

Ahora bien: me dijo usted ayer que quería que le dejasen con más libertad, dándome a entender que no quería que me mezclase para nada en los asuntos del gobierno. Como no me guía ninguna ambición personal, ni soy impaciente, ni timorato, estoy dispuesto a obsequiar sus deseos, y le aseguro a usted que no volveré a importunarle con mis visitas; pero debo aclarar a usted lo siguiente:

Le seguiré ayudando con toda lealtad: pero no podré impedir que mis partidarios o amigos critiquen los actos de usted y sus ministros, que sean criticables. Tampoco podré impedir manifestaciones de desagrado que haga el pueblo, si se encarcela a sus leaders, como en Guadalajara; si se quiere burlar su opinión, como en Aguascalientes y como se pretende hacerlo en San Luis; si se permite a las legislaturas porfiristas que depongan a gobernadores revolucionarios, como en

Tlaxcala; pues ya que su Ministro de Gobernación sólo atiende a las observaciones que le hacen los que él llama gente de orden, de la cual le dije a usted mi opinión más arriba, y trata de demagogos a todos los sinceros demócratas que sufra las consecuencias de su conducta; yo lo único que lamento es que usted se empeñe en sostenerlo en su Gabinete, haciendo que sobre usted se refleje la impopularidad de su Ministro.

Usted comprende que yo estoy en una situación muy difícil.

Al celebrar la paz y admitir a usted como Presidente de la República, los revolucionarios creían que puesto que el Partido nuestro era el triunfante, tenían derecho a todas las prerrogativas que les da el haber salvado a la patria, y el hecho de que se vean postergados, que vayan a ver al Ministro de Gobernación y no los quiera recibir o los trate con desdén, el hecho de que sean reducidos a prisión algunos de ellos porque hacen manifestaciones de desagrado contra la candidatura de Reyes, como pasó en Monterrey; que reduzcan a prisión y juzguen militarmente a un americano en Sonora, porque simpatizó con la revolución y ayudó en aquella época a que algunos soldados del Ejército Federal se pasasen a las filas revolucionarias y, por último, ver la política que se sigue en Morelos, adonde se manda al frente de las fuerzas a los jefes que mayores desmanes cometieron durante la guerra, esto último lo consideran los revolucionarios como un insulto. Ahora bien: sabe usted las condiciones con las cuales vino Reyes al país, los compromisos que contrajo conmigo, con usted y el modo como se ha portado. Este general que toda la República lo considera como un hombre funesto, que se considera como la amenaza más terrible para nuestras libertades, está intrigando activamente en todos los ramos de la administración. Ha logrado que el gobernador de Jalisco y el del Estado de México sean amigos de él, así como lo es también el de Nuevo León. Ha logrado hacerse de amigos en el Ejército y él es el que ha fomentado algunos disturbios en el país, pues hasta el levantamiento de Salgado me aseguran que fue inspirado por Reyes, quien le dio una fuerte suma de dinero para que lo hiciese. Reyes, además, recibe dinero de numerosas personas, entre ellos, se me asegura, de don Íñigo Noriega. Pues bien: siendo el general Reyes una amenaza, estando perfectamente comprobado que conspira y que prepara un levantamiento de armas, veo con profunda pena que usted no ha tomado ninguna clase de medidas para impedir esos preparativos

bélicos y para salvar el depósito de nuestras libertades que hemos puesto en sus manos.

Usted, con una fe ciega en la fidelidad del Ejército hacia usted, olvida que no es contra usted contra quien medita el levantamiento, sino contra mí, y en el banquete de Chapultepec se ha de haber dado cuenta del sentimiento del Ejército hacia mí. Y no solamente no toma usted ninguna clase de medidas para evitar que Reyes siga con su propaganda funesta, sino que se permite a don Íñigo Noriega, partidario de Reyes, que tenga gran cantidad de armas de la Nación en su hacienda y se ordena el licenciamiento de las tropas ex revolucionarias que había en Toluca. Su Ministro de Gobernación sé muy bien que no es reyista, pero con su inclinación a guiarse por lo que él llama la gente de orden, inconscientemente trabaja para Reyes. Usted también, rodeado por no sé qué influencias, inconscientemente facilita a Reyes su obra; para ponerle a usted el ejemplo más saliente, me referiré al envío de Huerta a Morelos. Este general es bien conocido en todas partes por sus antecedentes reyistas. Usted ha visto el modo tan indigno como me trató en Cuernavaca, pues a pesar de que tenía instrucciones de usted de obrar de acuerdo conmigo, no sólo no lo hizo, sino que se burló de mí. Además, todos sus actos han tendido a provocar hostilidades en lugar de calmarlas. Pues bien, el nombramiento del general Huerta, no fue sugerido por su actual Subsecretario de Guerra, que era el indicado para ello, sino por personas extrañas, puesto que usted hizo la designación direccional, en perfecto derecho de hacerlo; pero si usted siguiera obrando de acuerdo con el Partido nuestro, que es el 99% de la nación, hubiera preferido inspirarse en su Subsecretario de Guerra y no con personas extrañas.

En resumidas cuentas, los del antiguo régimen, aliados bajo la bandera de Reyes y de Vera Estañol, en vista de las consideraciones con que usted los trata, se han ensoberbecido, a tal grado, que conspiran abiertamente en toda la República, y en un mitin celebrado en un teatro, se pusieron a pedir que sea procesado uno de los ministros más íntegros que usted tiene.

Ahora es más necesaria que nunca la unión entre todos nosotros, y si usted se siguiera considerando miembro de nuestro Partido y las intrigas de nuestros adversarios no hubieran logrado hacerlo vacilar respecto a la única conducta que debe usted observar y que tiene por principal objeto conservar celosamente el precioso depósito que le hemos hecho

de nuestras libertades, no habría nada que temer, bastaría con que usted nombrase otro Ministro de Gobernación más hábil para contrarrestar los trabajos del enemigo común y más hábil para conocer y respetar la opinión pública. Pero no siendo así y empeñándose usted en seguir sosteniendo al señor García Granados, que completamente desoye la opinión pública y que está cayendo en las redes de nuestros adversarios, en vez de combatir sus intrigas, sí, veo grandes peligros para lo porvenir y considero casi segura la guerra civil. Quizás me encuentre usted pesimista; pero yo le aseguro que nunca lo he sido, que nunca me creo de chismes y de cuentos y que con la más perfecta serenidad aprecio todo. Pero son tan innumerables los datos que tengo respecto a los preparativos que se hacen de Reyes para levantarse en armas, que no abrigo la menor duda respecto a ello. Usted no quiere ver ese peligro y no lo conjurará. Yo ya puse alerta a la nación. A pesar de todo eso, creo que es necesario que usted siga en el poder, porque lo considero un punto de dignidad personal y de mi Partido, porque si usted se retirara de la Presidencia, podría creerse que era porque le habíamos sido desleales y por la ambición de que el poder cayera en manos de los nuestros le habíamos creado dificultades. Lo único que haré será tomar mis precauciones para prepararme yo también para la guerra civil.

Desde luego, me permito suplicarle que se lleve a efecto lo que usted me ofreció y que dijo había acordado en Consejo de Ministros, y es no licenciar más tropas insurgentes. A pesar de lo que usted me ha repetido en ese sentido, el general Villaseñor me dice que únicamente tiene orden de dejar en total 9,600 soldados rurales, y como 4,800 son los antiguos, resulta que sólo tenemos 4,000 ex revolucionarios, lo cual es completamente insuficiente para asegurar el triunfo de los principios proclamados en la Revolución, pues aunque usted crea en la lealtad del Ejército, yo no tengo confianza en él mientras no se hagan los cambios de jefes que tantas veces he indicado a usted y que usted me ha ofrecido hacer.

A propósito de esto, si usted gusta, puede mandar que lo vea un señor diputado Juan Tablada, quien podrá asegurar a usted que el general Huerta le ofreció \$8,000.00 porque se hiciera reyista “El Hijo del Ahuizote”.

Además, le suplico se disponga no se le retiren a Figueroa algunas ametralladoras que tiene y que capturó desde la guerra. Por último,

terminaré el viaje rápidamente que voy a hacer a Yucatán, porque ya lo tengo prometido, y me retiraré a la Frontera, en espera de los acontecimientos.

Yo recomendaré a mis amigos y partidarios la mayor medida cuando se refieran a usted; pero le repito, no puedo impedir que manifiesten su desagrado contra actos como el de Aguascalientes, en que la Legislatura no quiere respetar la voluntad del 80% de los ciudadanos que votaron y como lo que se prepara en San Luis.

Le repito, igualmente, que si en estos casos no se demuestra que usted está completamente de acuerdo en hacer respetar la voluntad popular, cuando se reúna el Congreso de la Unión, va a ser más difícil tratar con él, pues entonces él se creará la voluntad suprema de la nación, no vacilará en cometer un fraude electoral de los que está muy acostumbrado a hacer y el Ejército apoyará al Congreso y, de ese modo, respetando el formulismo pasado, volverá a caer la República en una dictadura más peligrosa que la del general Díaz. Todo esto puede conjurarse obrando desde ahora con energía y uniéndonos.

Yo, por mi parte, pondré todo lo posible; pero no soy el único factor, de usted depende lo demás.

Respecto al segundo punto que le quiero tratar, lo de Morelos, me permito recordarle que usted me dijo que podía ofrecer que Hay sería gobernador, y que las tropas federales se retirarían tan pronto como hubieran ellos depuesto las armas y que entrarán en el Estado fuerzas ex revolucionarias en número suficiente y al mando de Raúl, mi hermano. Pues bien, aunque el desarme no se efectuó en la escala que hubiese sido posible si se hubieran seguido las indicaciones que yo hacía desde el teatro de las operaciones, y, por consiguiente, en mejores condiciones de apreciar los acontecimientos, sí se ha logrado que depongan las armas los principales cabecillas y si acaso siguen algunos disturbios, no tendrán ya ninguna bandera política, sino que serán algunas cuantas partidas de bandidos que prontamente serán reducidos al orden por las tropas ex revolucionarias.

El hecho de que Hay, como una figura de retórica para dar más lustre a sus pensamientos, manifestara que iba a ser tan imparcial para respetar el voto del pueblo que si Zapata resultaba electo gobernador, a él le entregaría el mando, no es suficiente para que no se lleve a cabo el compromiso que yo, con autorización de usted celebré con las fuerzas de Zapata.

Usted comprende que en este caso sí va mi honor de por medio.

Si yo intervine en ese asunto, exponiendo mi vida, como a usted le consta, y haciendo grandes sacrificios, fue movido por el deseo de evitar un serio conflicto; pero no quise ir sin las proposiciones de usted que sabía yo serían admisibles para ellos.

Estas condiciones las acordaron ustedes en Consejo de Ministros, y me las comunicó usted en presencia de Ernesto.

Si ahora no se cumple con lo que yo ofrecí en nombre de usted, con aprobación del Consejo de Ministros, yo quedo en ridículo y no sólo eso, sino que pueden creer que fui a traicionarlos engañándolos y a esto sí no puedo resignarme, por cuyo motivo si no se cumplen esos compromisos contraídos en Morelos, en la forma que usted guste, pues deseo que el Gobierno salve completamente su decoro, si no se arregla esto, digo, me veré en el forzoso caso de hacer declaraciones públicas, a fin de que todo el mundo sepa cuál fue mi procedimiento en este caso.

Le repito que esto último me será muy sensible; pero mi dignidad y mi honor me obligan a ello, pues yo nunca he sido de los políticos que van a engañar al adversario para desarmarlo; siempre he atacado a mis enemigos frente a frente.

Puede usted contestarme esta carta por escrito o verbalmente, si usted gusta, en cuyo caso acudiré a su llamado, a la hora y día que se sirva indicarme. Si logro solucionar satisfactoriamente todas las cuestiones pendientes, no publicaré esta carta. Tampoco lo haré en caso contrario, sólo que lo juzgue indispensable y que me vea apremiado por las circunstancias, pues mi deseo es no crear dificultades a su gobierno, sino contribuir todo lo posible por robustecerlo; pero esa fuerza sólo se encuentra en la unión de todos los elementos que tenían por única aspiración el bien de la Patria, a fin de con toda energía combatir a los enemigos de estos grandes ideales.

Me repito, una vez más, su amigo que mucho lo aprecia y su atto. y S.S.

Francisco I. Madero

DE DON FRANCISCO I. MADERO A VICTORIANO HUERTA

Noviembre 2 de 1911

Señor general de brigada don Victoriano Huerta:

Hasta hoy me enteré de la carta que se sirvió usted enviarme con fecha de octubre próximo pasado, y que ha sido publicada por la prensa. Con gusto obsequio sus deseos, expreso por qué me pareció inexplicable la conducta de usted en Morelos. Apenas llegó usted a ese Estado, fui personalmente para procurar un arreglo pacífico a la cuestión. Llevé una comunicación para usted del señor Subsecretario de Guerra, que le explicaba claramente mi misión y le daba a entender que procurase obrar de acuerdo conmigo, a fin de no entorpecer mis gestiones pacificadoras.

Amante de traer a mi lado a todas las personas de valer en cualquier sentido, en el ramo militar como en los demás, traté a usted con todas las consideraciones posibles; lo llevé a comer varias veces a la casa donde me alojaba, y lo invité a mis paseos por la población, con el deseo de formar lazos de verdadera amistad entre usted y yo, y todo me hizo creer que usted compartía el mismo sentimiento, pues sus atenciones hacia mí y sus protestas de amistad y adhesión, no podían dejar duda en mi ánimo. Fue por esta circunstancia precisamente que me sorprendió de un modo tan penoso el hecho siguiente: Cuando creía haberme dado cuenta de la situación de Morelos, y antes de ir a Cuautla, a donde proyecté ir a caballo, quise ir a la capital de la República para conferenciar con el señor Presidente, y pocos momentos antes de tomar el auto para la capital, se me informó que las columnas de usted estaban en marcha rumbo a Yautepec. Mandé hablar a usted, y me aseguró que no era exacto, que únicamente iban sus tropas a hacer ejercicios militares en las afueras de la población y que regresaría pronto. Pues bien, llegando a esta capital de la República, supe que me había engañado usted, pues efectivamente habían avanzado sus tropas rumbo a Yautepec. Este movimiento en sí no hubiera tenido tanta importancia, si no hubiera sido por haberme usted informado lo contrario.

Después, cuando estaba yo en Cuautla, en los arreglos con Zapata, siguió usted avanzando a Yauhtepec, y acercándose a Cuautla sin recibir órdenes expresas del Presidente de la República, ni del Secretario de Guerra, con lo cual entorpeció mis gestiones y al fin se rompieron las hostilidades, haciendo infructuosos mis esfuerzos y hasta habiendo puesto en peligro mi vida, pues Zapata muy bien hubiera podido creer que yo lo engañaba, porque en Cuernavaca telegrafíé que usted no avanzaba sobre Yauhtepec, sino sólo hacía una marcha instructiva, como usted me lo había asegurado, y después le dije que las tropas de usted no se acercarían a Cuautla, habiendo sido lo contrario, puesto que hasta se dijo en Morelos que usted había capturado la escolta que Zapata había mandado para que me fuera a recibir cerca de Cuernavaca, lo cual no he podido confirmar. Pero de todos modos, todo esto podía haber despertado la desconfianza de Zapata o en sus soldados. En cuanto a lo que usted afirma que el Estado estaba completamente pacificado cuando usted se separó del mando de las tropas, no sé hasta que punto pueda asegurarse así, puesto que aún en los actuales momentos la prensa informa de depredaciones que cometen las fuerzas de Zapata.

Respecto a la pericia con que usted dirigió las operaciones contra Zapata, no quiero emitir un juicio en estos momentos, pues no me corresponde a mí hacerlo; únicamente haré notar que, cuando las hordas que venían a juntarse con Zapata entraron en Jojutla y la saquearon y pidieron auxilio a usted los habitantes, y encontrándose a una distancia que podía haberse franqueado en una jornada de marcha, no dio usted auxilio a los habitantes de aquel pueblo, que por tres días fue saqueado e incendiado. No sé qué razones tendría usted para eso, pero contaba usted con cerca de tres mil hombres, y con unos trescientos que usted hubiera destacado, hubiera sido bastante para proteger aquella población. Y si usted obró en virtud de instrucciones amplias que tenía, no me explico por qué no fue usted a proteger a Jojutla. O bien se atenía usted al pie de la letra a las instrucciones que tenía usted de México, entonces tampoco me explico esa marcha que hizo usted para salir de Cuernavaca, pues fue lo que excitó los ánimos en Morelos e hizo que se aumentaran las fuerzas de Zapata y se levantaran los que fueron a saquear a Jojutla.

No hubiera hecho mención de la actitud de usted en Morelos, si no hubiera sido por la circunstancia de que se atacó injustamente al general

González Salas, que era Subsecretario de Guerra y me pareció de justicia decir la verdad, a fin de que se sepa quién provocó aquella guerra y a quién se debe no se haya podido terminar. Desde el momento que yo iba con una misión de paz, y aunque con carácter extraoficial, sabía usted muy bien el verdadero carácter de que iba yo investido, y si usted hubiera estado inspirado en el mismo patriótico sentimiento, hubiera obrado de acuerdo conmigo y no hubiera entorpecido mis planes, como lo hizo.

Tomo nota de que ha declinado usted el honor que el señor Presidente le había conferido nombrándolo vocal de la Junta Superior de Guerra, y que el señor Subsecretario de Guerra pide a usted su licencia absoluta del ejército.

Espero quedarán satisfechos los deseos de usted y con la anterior declaración, me repito su afectísimo atento y seguro servidor.

Francisco I. Madero

Correspondencia Particular
del
Sub-Secretario de Justicia.

México, 18 de julio de 1911.

Señor don Francisco I. Madero.
Tehuacán, Pue.

Mi siempre estimado y distinguido amigo:

Ha de saber usted que desde la fecha en que salió para ésa hasta hoy, he observado tales cambios en la opinión, que juzgo un deber de amigo fiel, de correligionario sincero y de ciudadano que anhela el bien para su patria, llamar fuertemente su atención.

Quería hacer un viaje especial para hablar con usted; pero como no sé si me lo permitirán mis labores en esta oficina, creo ganar tiempo escribiéndole.

Lo primero que quiero decirle es que no vea con indiferencia esta carta, pues creo que sus amigos leales tenemos el derecho en toda ocasión y especialmente en los momentos supremos, de ser oídos por usted; pues de no corresponder con su confianza la antigua lealtad

que le profesamos, no sé con qué título exigiría usted de nosotros a su vez esa misma confianza.

Reconozco que ese optimismo desmesurado que hasta hoy ha sido el rasgo más saliente del criterio político de usted, es el que sin duda alguna pudo despertar de su sueño de abyección a nuestro pueblo, y llevarlo más tarde a la victoria; reconozco también que ha llegado usted al triunfo usando en muchas ocasiones procedimientos del todo inusitados, atrayéndose a sus enemigos con actos de suprema nobleza, en vez de emplear los medios comunes a que apelan la mayoría de los hombres públicos; pero yo creo sinceramente que, aquel optimismo ha dejado de ser en usted una gran virtud para empezar a convertirse por el simple juego de las circunstancias, en un grave defecto, y creo además que es llegado el tiempo en que el pueblo vea que usted posee toda la elasticidad necesaria de un verdadero estadista, para saber emplear contra sus enemigos, diversidad de medios según las circunstancias lo exijan.

De esta creencia mía participan, créalo usted, amigo mío, todos los que se toman el trabajo de observar los hechos; pues son los acontecimientos los que nos traen la convicción de que usted sigue mirando las cosas tras el prisma engañoso de su optimismo, y empleando aún los primitivos procedimientos para dominar la situación, olvidándose de que una vez pasados los días heroicos en que el anhelo único de todo el pueblo era sacudirse una vieja tiranía, vienen ahora días de mezquindad y deshonor, en los que en muchos hombres empiezan a despertarse y a florecer pasiones malsanas, producto de su desenfadada ambición y su carencia de patriotismo.

Que aquel noble proceder de usted es ya inadecuado para las actuales circunstancias, lo demuestra el hecho de que ahora cada individuo se permite censurar la conducta de usted, encontrándolo un hombre lleno de honradez y buena fe, pero sin la desconfianza precisa para no ver más que amigos y partidarios en todos los que lo rodean.

Cáusame dolor advertir el crecido número de personas que en estos momentos empiezan a vacilar y manifiestan tendencia a una franca indisciplina y a buscar nuevas orientaciones.

Ahí tiene usted al antiguo Centro Antirreeleccionista arrojándole el guante y desconociéndole autoridad para nombrar un Comité Directivo; ahí tiene usted a una confederación de 12 clubes convocando por su cuenta una Convención con tendencias a desconocer la autoridad de

ese mismo Comité; lo estamos viendo en la represible conducta de todos los periódicos de la Capital, con excepción de uno o dos, los cuales parece que han olvidado que es usted el salvador de un pueblo, según es de ver cómo están sembrando la alarma y la desconfianza en el seno de las masas, exagerando dolosamente el asunto más insignificante y provocando rencores entre ambos ejércitos. Más allá contemplamos a otro grupo que se reúne bajo el nombre de “Comité de Salud Pública”, siendo su primer acto, invitar a una gran manifestación de desagravio por los “viles asesinatos” cometidos en Puebla en las personas de varios alemanes, llevando su imprudencia y su deseo de escándalo, hasta invitar a los representantes diplomáticos para que presencien aquel acto, como invitándolos a que presenten sus reclamaciones; y todavía más, vemos a este mismo grupo declarar que si los hombres de la Revolución nos mostramos incapaces de realizar lo que ella proclamó y no sabemos encauzar a la República por el camino del orden, entonces, que lo digamos de una vez para que otros hombres se encarguen de la tarea, y venga un nuevo dictador. Volvemos la vista, y vemos a un viejo crapuloso de lo más corrompido que guarda la Cámara de Representantes¹ presentar ante la misma, una acusación contra todo el Ejecutivo por los sucesos de Puebla, y cosa más escandalosa aún, escuchar al orador oficial en la ceremonia de hoy a Juárez, que el único responsable de que la paz no se haya restablecido aún en la República, es usted, quedando libres de toda censura, De la Barra y su Ministerio. Peón del Valle va más allá: inculpa también a todos los partidos por tolerar este estado de cosas, así como a los demás poderes de la Federación, e interpela al Legislativo, por qué ha permanecido mudo frente a atentados como los de Puebla, sugiriendo la idea de que debe convocar a sesiones extraordinarias, y todo esto es recibido con nutridos aplausos, ¡siendo felicitado personal y calurosamente por el Sr. De la Barra y cada uno de sus Ministros! Añádase a todo esto un malestar y una inquietud general, la idea persistente y cada día más intensa de que la contra-revolución, está para estallar, y comprenderá usted que andar ahora con optimismos, es justificar plenamente ese sentimiento de desconfianza que con tanta rapidez ha comenzado a desarrollarse contra usted. Y sólo señalo

¹ El licenciado José María Gamboa.

unos cuantos ejemplos, omitiendo otros muchos que corroboran lo que yo deseo que llame enérgicamente su atención, y es lo siguiente: que usted está perdiendo prestigio, porque no se le considera bastante enérgico para dominar a los numerosos elementos anárquicos cuya agitación va siendo cada vez mayor.

El resultado de esa creencia, entre otras consecuencias, es que los enemigos que al principio se hubieran contentado con dejárseles misericordiosamente con vida, o permitiéndoseles que se ausentasen del país, hoy se han soliviantado de tal modo, que poco ha de faltar para que la Cámara, compuesta en su mayoría de bribones que si tuvieran vergüenza ya no estarían allí, promueva y acuerde alguna ley o resolución especial, para considerar a usted culpable de cuantos crímenes se cometan en adelante.

Abra usted los ojos, amigo mío, por cuyo prestigio y gloria comienzo a sentir tantos temores; vuelva usted a escuchar como en otros tiempos a sus amigos que nunca lo han engañado; explore usted la verdadera opinión pública; no tenga usted tanta fe en su buena estrella que no siempre ha de estar en el zenit; no vaya a Campeche o Yucatán, permanezca en ésa o transládese a una hacienda cercana a esta Capital a la que no tenga acceso el ferrocarril; decídase usted a que se cambie Secretario de Gobernación; que no se licencien del Ejército Libertador más tropas que las que hayan demostrado que sólo sirven para alterar el orden y no para mantenerlo; que se formen grupos integrados por los elementos más sanos, deshaciéndose resueltamente de los nocivos; que estos cuerpos sean situados en lugares o plazas en donde no existan federales, mientras los federales deberán estar en donde no haya insurgentes para evitar con esto todo choque; que los mismos cuerpos tengan jefes escogidos que se den cuenta completa de su misión y de sus responsabilidades, de manera que no se vacile en hacérselas efectivas cuando en ellas hubieren incurrido; conducirse de tal modo con el Sr. De la Barra, que éste cambie de política en el sentido de hacer experimentar al pueblo y especialmente a nuestros enemigos, una impresión de fuerza y no de debilidad, como la que hoy se está experimentando; castigar con mano enérgica cualquier desafuero de los insumisos que conspiran en la sombra, así como toda intentona para trastornar el orden y desprestigiar al Gobierno Provisional; dirigirse con alguna frecuencia al Comité que usted ha creado estimulándolo para que trabaje sin descanso y con verdadera

actividad en el sentido de preparar cuanto antes y eficazmente, la próxima campaña electoral; pues que los enemigos no duermen y su actividad es manifiesta.

En estos momentos ya Robles Domínguez no oculta sus pretensiones a la Vice-presidencia, las cuales algunos de nosotros le habíamos descubierto con anterioridad; su oposición a los Vázquez Gómez es bien conocida y yo le he escuchado censurar acremente la conducta de su otro posible competidor, Pino Suárez.

Naturalmente esto nada significaría, si no fuera porque para lograr su objeto, ha tenido que producir y sigue fomentando una lamentable escisión en el seno de nuestro partido, tratando de desconocer al Comité y formando un núcleo de clubes disidentes, cuyos trabajos, de no armonizarlos con los de aquél, producirán en los ciudadanos de fuera que no pueden darse cabal cuenta de sus manejos, la confusión y desconcierto a la hora de ser convocados por ambos grupos, cada cual por su parte. A la fecha y por fortuna, ya los clubes confederados han comprendido el juego de Robles Domínguez y pronto sabremos su última determinación.

Día 22.- Ayer dije a usted que había vuelto a renacer cierta tranquilidad que nos hacía falta por completo. El nombramiento del Gral. González Salas para la Sub-Secretaría de Guerra, que tanto se había hecho esperar, ha contribuido en gran parte para que renazca la calma; pero sigue flotando en la atmósfera cierta sensación de un mal oculto cuya llegada se presiente, y yo no lo puedo atribuir sino a lo que antes dije: a que ni usted con todo su inmenso prestigio, ni el Sr. De la Barra con todo su tacto y los grandes elementos del Gobierno, logran con su actual política causar en las masas y mucho menos en nuestros enemigos; que están sin descanso espiando y aprovechando nuestras debilidades, la impresión de fuerza y poder que es tan necesaria para que un gobierno inspire el respeto suficiente a reprimir el abuso de la libertad. Va otra muestra: Un amigo de Saltillo me escribe lo siguiente: "Recordarás que el 21 de noviembre, en los momentos mismos de estallar la Revolución por ustedes organizada, nos encontramos en Eagle Pass; allí te referí las persecuciones que por mis ideas había sufrido. En mi destierro tuve oportunidad de unirme con los amigos del pueblo (en aquel entonces los Flores Magón) y tomé participio en los asuntos de Jiménez y las Vacas; y dada mi amistad con el personal de tal partido, puedo asegurarte que en Eagle Pass, Del Río, San

Antonio y otros puntos, los Magonistas, de acuerdo con los “Científicos”, con toda actividad preparan una contra-revolución. Estos trabajos restan a nuestro partido como una tercera parte de sus elementos... etc.”.² Este señor me escribe para anunciarme que en la próxima convención de clubes, que en Coahuila se verificará la designación del candidato para gobernador; que mi nombre va a figurar, e insiste, al igual que la Comisión que vino a ofrecerme esa candidatura, que la acepte. Ya me apresuro a contestarle lo mismo que expresé a dicha Comisión, y voy a escribir al Sr. Carranza para comunicarle cuáles son los motivos que alegan algunos de nuestros paisanos para estar descontentos con él, a fin de que pronto ponga el remedio.

Lo que se me dice de Coahuila, queda confirmado con el informe que Robles Linares envía desde Ensenada y que ayer remití a usted traducido.

En vista de todo lo anterior, insisto, para bien de nuestra causa y para que no disminuya por ningún motivo el prestigio personal de usted, que suspenda por ahora su proyectado viaje a Campeche y Yucatán; pues además de los peligros inherentes a toda expedición por esa zona, por virtud de su clima, la presencia de usted cerca de esta Capital, es indispensable a fin de estar listo para toda emergencia y poder influir en el Gobierno en un momento dado, de un modo eficaz y estar al tanto de los acontecimientos para obrar en consecuencia.

Me alegro mucho que usted haya designado a mi hermano Roque como segundo jefe de las fuerzas del Estado de Puebla; pues aunque el desempeño de ese puesto está erizado de dificultades y peligros, podemos estar tranquilos de que su presencia fortalecerá más la fidelidad y disciplina de las fuerzas revolucionarias.

Sírvase dar mis recuerdos a Sarita, y deseando vivamente que acierte usted en todos sus actos en esta última parte de nuestra campaña, quedo como siempre su devoto amigo, atto. correligionario y S.S.

F. González Garza.

² Estos datos procedentes del doctor Cepeda, se corroboran con declaraciones de Heriberto Barrón en *El Gráfico*, de octubre de 1930, contestando ataques de Jesús Flores Magón.

P. D.- Ya para enviar esta carta, leí en un periódico el recorte que le envió y que viene a confirmar que hoy todo el mundo hace y dice lo que quiere, porque no temen ni a usted ni al Gobierno, y es mi humilde sentir que de seguir así las cosas, cuando llegemos a las elecciones, probablemente presenciaremos que, así como hoy esos Sres. Generales y Coroneles (?) advierten al Gobierno los riesgos que correrá si se cambia un Ministro, también le advertirán que no se someterán al voto público si acaso éste resulta adverso para sus fines muy particulares. Todo esto me hace suplicar a usted que desista de su viaje a la península yucateca.

Suyo

Tehuacán, Puebla, julio 30 de 1911

Sr. Lic. D. Federico González Garza.
México.

Muy estimado amigo:

Recibí su larga carta que principió el 18 y terminó el 22 y posteriormente la que me escribió con fecha 26.

Como quería contestarlas extensamente, quise reservarme hasta disponer de suficiente tiempo para hacerlo con la debida calma.

Se muestra Ud. alarmado en sumo grado por la situación porque atraviesa el país y me repite Ud. lo que otros me han dicho: que si mi optimismo y mi fe fueron los que aseguraron el triunfo de la Revolución, son ahora una amenaza porque me impiden ver los inminentes peligros porque atravesamos. A mi vez le contestaré lo que siempre he contestado en iguales casos: la fe que me animaba para entrar a la lucha contra la dictadura no era una fe ciega, sino la fe que me inspiraba el estudio concienzudo de nuestra historia, de los antecedentes de nuestra raza y por consiguiente, la seguridad que tenía yo de sus posibilidades. Este mismo estudio, sereno y desapasionado, es el que sigue normando mi conducta y es el que me inspira fe para el porvenir.

Es curioso que todos Uds., mis amigos, que me rodearon en la lucha pasada, que siempre demostraron tanto valor, tanta abnegación y tanta serenidad frente al enemigo, vivan presa de un terror pánico ahora

que hemos obtenido el triunfo más hermoso y que no tenemos ningún enemigo al frente.

Como yo no veo esos temores, permítame Ud. que siga con lo que Uds. llaman optimismo y que no es sino una absoluta serenidad de espíritu para apreciar debidamente los acontecimientos, serenidad que en los momentos de prueba fue una brújula, segura, y que no lo dude Ud., seguirá dirigiendo todos mis actos.

Quizás no hayan Uds. meditado cuán peligroso sería que un gobernante fuese impresionable y se dejara guiar por impresiones de momento y por temores infundados. Para que se convenza Ud. y mis demás amigos, a quienes quiero les haga Ud. conocer la presente, de que tengo razón, voy a hacer un análisis fiel de la actual situación política porque atraviesa la República.

Desde luego le demostraré que no tenemos ningún enemigo al frente de temer. Y efectivamente, el partido científico que se pretende ver como una amenaza de la revolución triunfante y como poseído de una actividad y una astucia diabólicas, no existe. Los miembros más prominentes, más activos y que forman las personalidades políticas más salientes de aquel partido, han huido al extranjero y se han quedado únicamente los que nunca tomaron una parte muy activa en la pasada administración, y por consiguiente, comprenden no deben temer nada. Entre éstos puede contarse el Sr. Lic. Vera Estañol que siempre se mantuvo separado del Gobierno y que sólo a últimas fechas ingresó al Gabinete del General Díaz, pero sin que pueda decirse que su gestión se atrajo los odios del país, ni que su personalidad fuese bastante saliente para constituir una amenaza al actual Gobierno. Él ha intentado trabajar dentro de la esfera democrática, plagiando la mayor parte de los principios de la Revolución, haciéndose la ilusión de que con esos principios salvadores, que efectivamente lo son, pero proclamados con honradez y virilidad, va a atraerse multitud de adeptos, porque desconociendo las causas de la pasada revolución, se imagina que nuestra fuerza estaba únicamente en hacer oposición al pasado Gobierno, y cree que cualquiera persona que haga oposición a un Gobierno tendrá los mismos éxitos. Muy pronto se convencerá el Sr. Vera Estañol, cuán distinto es atacar a un gobierno perverso y atacar a un gobierno honrado, y cuán distinto es que los principios salvadores sean proclamados por personas que arriesgan todo por hacer triunfar y que en todos sus actos demuestran ser consecuentes con esos

principios que se proclaman; a ciudadanos como él, que una vez perdida la esperanza de gobernar autocráticamente al país, se echa como sobre una tabla de salvación, sobre esos principios, imaginándose que ellos pueden darle el triunfo. Por consiguiente, el partido científico, propiamente dicho, no existe ni mucho menos es una amenaza para nosotros.

Sus miembros se contentan únicamente con conservar los puestos públicos que ocupaban, para lo cual intrigan por su propia cuenta, sin que los guíe ningún espíritu de solidaridad con los demás, ni liga alguna con un partido político.

Otros, pretenden ver un peligro en el Gral. Reyes:

Desde el momento que el Gral. Reyes al llegar a territorio nacional, se dirigió al Sr. De la Barra y a mí diciéndonos que él no quería lanzar su candidatura porque según él una campaña política en los actuales momentos podría causar algunas perturbaciones en el país y ofreció sus servicios de un modo franco y sincero al nuevo gobierno, hubiese sido tener miras muy mezquinas y obrar con muy poco tacto y patriotismo haber rechazado su ofrecimiento, porque entonces sí, aunque el Gral. Reyes hubiera permanecido tranquilo en su casa, el hecho de que lo fuesen a ver numerosos amigos suyos, era suficiente para que la intranquilidad y la zozobra existiese en el ánimo de los timoratos, que quieren ver en él un eterno conspirador contra el actual orden de cosas. Mientras que habiendo ofrecido yo un puesto en mi Gabinete si llego a la Presidencia de la República, la conducta del Gral. Reyes no puede ser motivo de sospechas, pues el hecho de que reciba numerosos amigos no demuestra sino la actividad que le caracteriza y que indudablemente ha puesto con anticipación al servicio del nuevo orden de cosas.

Pero puesto que a pesar de mi convicción de que el Gral. Reyes ha sido sincero en sus ofrecimientos, hay quien dude de esa sinceridad y es precisamente lo que está a discusión, agregaré que en las actuales circunstancias, le sería imposible al Gral. Reyes hacer algo contra el actual orden de cosas, pues no le quedan sino dos caminos: el democrático y el del cuartelazo. El primero no es de temerse, porque si el Gral. Reyes a pesar de su manifiesto en que renunciaba la candidatura, la lanzase de nuevo, se vería en una situación muy difícil para explicar su cambio de actitud ante el público, pues aunque no había contraído ningún compromiso conmigo, respecto a lanzar o no

su candidatura, puesto que él hizo un ofrecimiento espontáneo, el cual se refleja en su manifiesto respectivo, sí lo contrajo en cierta forma ante la Nación; pero, repito, si a pesar de ello la candidatura del Gral. Reyes prosperase y lograra atraerse la mayoría de los votos, yo no vería ninguna amenaza en él, pues el pueblo mexicano es muy dueño de darse los gobernantes que guste y yo sería el primero en respetar el voto de la mayoría de mis conciudadanos, pues nunca he pretendido como recompensa a los pocos servicios prestados a la Patria, se me dé un puesto y estoy íntimamente convencido que los pueblos nunca deben manifestar su agradecimiento a los ciudadanos que les sirven, dándole puestos públicos, pues éstos deben reservarse siempre a los más aptos. No necesitamos recurrir a la Historia Universal para encontrar cuán funesto ha sido para los pueblos el querer recompensar con puestos públicos a los ciudadanos que han prestado importantes servicios a la Patria.

En cuanto al camino del cuartelazo, lo creo sumamente difícil, porque ¿con qué pretexto invitaría el Gral. Reyes a los Jefes militares para que lo secundaran en su cuartelazo?, ¿qué podría decirles después del manifiesto que ha publicado en que se adhiere al nuevo orden de cosas? Sería preciso que el Gral. Reyes, así como los jefes militares a quienes invitara, estuviesen desprovistos de toda idea de dignidad personal y de patriotismo para lanzarse a una empresa tan injustificada, y de un modo tan felón.

Si cuando el Ejército y el pueblo invitaban al Gral. Reyes para que se pusiese a su cabeza para derrocar el régimen pasado, éste no aceptó por espíritu de disciplina y pundonor militar y ese sentimiento de lealtad, innato en nuestros militares, ¿cómo es posible que ahora fuesen a hacerlo? Ahora que ni el pueblo ni el Ejército desean una nueva revolución y que al frente de este último se encuentra en calidad de Sub-Secretario de Guerra, el Gral. José González Salas, cuyo prestigio entre sus compañeros de armas es grande y fundado, cuya adhesión a los principios de la revolución es conocida y cuya lealtad al nuevo orden de cosas está fuera de toda duda.

En resumen, tengo la convicción de que el Gral. Reyes no intentará, ni remotamente piensa, en ser desleal al nuevo régimen de cosas. Pero ya he demostrado, para los timoratos, que aún en el caso en que no fuese así tampoco podrá hacer nada porque no puede.

Por último, se muestra usted alarmado porque considera que ha

disminuido mi prestigio, sin comprender que esa pérdida de prestigio es sólo aparente y muy relativa, y sobre todo muy explicable.

Cuando llegué a la Capital de la República, rodeado por la aureola de la victoria recién obtenida, el entusiasmo de todo el pueblo era indescriptible, y los pocos que estaban descontentos con el triunfo de la Revolución, no se atrevían a expresar su opinión, porque ignoraban cómo serían tratados por el nuevo gobierno. Ahora que han visto que se les deja en absoluta libertad para expresar sus opiniones y que por este hecho no deben temer nada del gobierno, han vuelto a atacarnos como lo han hecho siempre, y por tal motivo los ataques del “Imparcial” y “El Diario” no deben extrañarnos. Por el contrario, hubiese sido sospechoso que se hubiesen pasado con armas y bagajes a nuestro lado. En cuanto a la actitud de algunos otros periódicos que han sido amigos nuestros, como “El País” y “El Diario del Hogar”, no se puede decir que sean completamente hostiles a nosotros; pero se dejan guiar por las impresiones del momento, por las noticias falsas propaladas en esa capital y atacan al gobierno y a mí sin considerar las inmensas dificultades con que tenemos que luchar para terminar la obra para la cual ellos nos ayudaron en un principio; parece que se sienten completamente desligados del partido revolucionario desde que triunfó e inconscientemente ayudan a nuestros enemigos. En algunos casos, como pasa en “El Diario del Hogar”, toman para atacarme un acto mío que fue el haber invitado al Gral. Reyes a formar parte de mi Gabinete, sin considerar que hasta ahora todos mis actos como hombre público han merecido siempre su aprobación, que siempre me he guiado en todas mis determinaciones por el más puro patriotismo y que para servir a mi causa nunca me han arredrado peligros de ninguna naturaleza. Por consiguiente, deben de comprender que este acto aislado que ellos critican, debe estar en armonía con los demás y que tuve razones poderosas para darlo, pues un hombre público no debe ser juzgado por un acto aislado de su vida, sino por el conjunto, especialmente cuando se trata de actos que pueden ser calificados y apreciados diversamente.

En los estados, donde se han palpado los beneficios de la Revolución, la prensa en general es favorable y únicamente están contra nosotros los órganos de los partidos políticos vencidos, integrados generalmente por elementos de la pasada administración y que en su despecho de ver frustradas sus esperanzas, atacan al nuevo orden de cosas.

Advierto cómo también entre nuestros adversarios actuales, entre los que han dejado de ser partidarios del actual régimen de cosas, hay numerosos decepcionados que se imaginaban que el triunfo de la Revolución significa para ellos Secretarías, Sub-Secretarías, Gobierno de los Estados y puestos de importancia y una vez viendo frustradas sus esperanzas y que no hacen lo posible por desprestigiar a la revolución triunfante. Y para contrarrestar todo esto nos hace falta prensa completamente nuestra, porque durante la lucha contra la dictadura, ésta acabó con casi todos nuestros elementos periodísticos y únicamente lograron sobrevivir los periódicos que en alguna forma transigieron con el gobierno pasado o no demostraban francamente sus simpatías hacia la Revolución. Pero esto pronto se remediará con la publicación de “Nueva Era” y no dudo que algunos otros periódicos amigos de la Revolución irán surgiendo poco a poco. De todos modos, no debemos alarmarnos por la actitud de alguna prensa, porque el pueblo tiene un admirable instinto y no se le engaña fácilmente. El pueblo ve perfectamente que periódicos como “El Imparcial” y “El Diario”, defendían al gobierno del Gral. Díaz, gobierno enemigo del pueblo, y es natural que esos mismos periódicos ataquen al nuevo gobierno que sí es amigo del pueblo.

También se alega como causa de mi desprestigio, mi debilidad. Es curioso que se me juzgue débil para gobernar ahora que no estoy gobernando nada, pues el Presidente es el Sr. De la Barra y aunque yo tengo alguna influencia con él, eso no quiere decir que yo sea el que gobierne. Que se me juzgue a mí por mis actos, hasta el día que renuncié la Presidencia de Juárez. De entonces acá, el señor De la Barra es quien gobierna el país y él no rehúye las responsabilidades, así como también todos estamos conformes en que a él le corresponde el mérito de haber gobernado en esta época difícil al país con tanto acierto y patriotismo.

En resumen, cuando llegué a México era ídolo indiscutible de un pueblo ebrio de entusiasmo, y ahora soy el candidato a la Presidencia de la República de un pueblo democrático que conoce sus derechos, y que, consciente de las responsabilidades que le incumben al ejercerlos, examina serenamente los méritos de un probable futuro gobernante.

No se alarme usted, pues, de mi desprestigio, puesto que en fin de cuentas lo que resulta, es debido a la libertad de que disfruta actualmente

la nación y haciendo uso de ella, están volviendo a sus puestos los eternos enemigos del pueblo, que antes militaban al servicio del gobierno del Gral. Díaz y ahora están en contra del gobierno del Sr. De la Barra. Eso es natural y lógico y prestigia al nuevo orden de cosas.

En cuanto a los cargos que también se le hacen al actual gobierno de ser débil, tienen por base la torcida interpretación del sentimiento que los guía. A la magnanimidad del gobierno se le considera como debilidad, sin comprender que es precisamente una manifestación de la conciencia que tiene de su fuerza. Efectivamente, desde el momento que el gobierno no trata de estorbar los trabajos que hacen nuestros adversarios, mientras que los hagan dentro de la Ley, ni se ha preocupado en satisfacer las ambiciones personales de los que se adhieran a la Revolución, con fines torcidos, demuestra que se siente bastante fuerte para resistir a los ataques de los unos y los otros y considera que su coraza más invulnerable es la ley.

En cuanto a la organización que usted sugiere para las fuerzas insurgentes, como principal remedio, es la que se ha dado: elegir los mejores elementos de orden y organizarlos en cuerpos rurales. Para terminar, le diré que desde que estaba en Ciudad Juárez, me tracé la línea de conducta que debía observar a mi llegada a México. Calculé que un mes, poco más o menos, era suficiente para ayudar al gobierno del Sr. De la Barra a establecer el nuevo orden de cosas y, desde entonces, decidí venir a Tehuacán a pasar un poco más de un mes y el resto de las vacaciones que me quiero dar en Campeche. Como nada anormal e inesperado ha sucedido de entonces acá y le he demostrado a ustedes plenamente que no existe ningún temor, voy a seguir realizando mi plan tal como lo había concebido, tanto más cuanto que aquí en Tehuacán mi descanso ha sido muy relativo; pero afortunadamente el clima, el agua tan benéfica y el ejercicio que hago, ha hecho que me sienta muy bien.

La última modificación que voy a introducir en mis proyectos es que antes de ir a Campeche, daré una vuelta a Quintana Roo. Esto lo juzgo indispensable y de ninguna manera inútil para la nación, y así puedo utilizar esas vacaciones que quiero darme, pues me daré exacta cuenta de la situación en que se encuentra aquel apartado rincón de la República, que tantos sacrificios ha costado hasta ahora a la nación sin darle fruto alguno. Me propongo hacer una rápida gira por aquella

región; pero para que mi estancia allá sea más fructuosa, ya desde ahora me he dirigido a algunos de los Ministros pidiendo todos los datos que tengan respecto a aquella región para estudiarla concienzudamente y cuando llegue al terreno de los hechos poderme formar un criterio más exacto.

Ya ve usted cómo yo sigo imperturbable por el camino que me he trazado y seguiré siempre sirviendo a mi Patria en cualquier puesto en que me encuentre, sin que me preocupen los ataques injustificados de mis adversarios, ni me inquieten las altas o bajas del termómetro que marca mi prestigio. Tengo fe en el pueblo mexicano, en su patriotismo, en su cultura, en su recto criterio, y lo repito una vez por todas, una vez conquistada la soberanía del pueblo mexicano, tengo fe absoluta en que él sabrá gobernarse con acierto. Yo me limitaré, como parte integrante del mismo pueblo, a servir siempre sus intereses en cualquier forma que sea.

Además, no veo los peligros que ven algunos y esa intranquilidad de que me habla, se ha exagerado grandemente. Son rarísimos los casos que ha habido de desórdenes y aunque sumamente lamentables, no por eso deben alarmarnos. Sería rarísimo que después de una revolución como la nuestra, se restableciera el orden tan pronto, y los que estudien la situación de México con serenidad, comparando con lo que ha pasado en otros países y hasta aquí mismo, se admirarán de la rapidez con que se ha restablecido el orden y la paz.

No quiero terminar esta carta sin manifestar a usted que si me separé de la política activa, cuya separación será más eficaz cuando me vaya a Quintana Roo y al Estado de Campeche, es porque, como le digo, tengo fe en el pueblo mexicano y confianza absoluta en el actual Presidente de la República, Sr. Francisco L. de la Barra y los que colaboran con él en el Gabinete y como Gobernadores de los Estados. El Sr. De la Barra ha dado pruebas de comprender perfectamente su patriótica misión, que en una palabra es asegurar la efectividad del sufragio en las próximas elecciones. Ha demostrado tal espíritu de justicia y tal apego a la ley en todos sus actos, que cualquiera que resulte electo Presidente de la República, digna encarnación de sus aspiraciones, primero renunciaría al alto puesto que ocupa, antes de prestarse a cometer algún fraude electoral o ejercer alguna presión en el ánimo de sus conciudadanos.

Por esta circunstancia, su gobierno es fuerte, pues esta actitud le atrae la ayuda decidida de todos los buenos mexicanos. Por mi parte, he de dirigir todos mis esfuerzos hacia el mismo objeto y estoy satisfecho de haber cumplido con mi deber, colaborando en la esfera de mis posibilidades al prestigio de su gobierno, a cuyo servicio he puesto y seguiré poniendo todas mis energías.

Como podrá ser interesante que esta carta se publique, desde ahora le manifiesto que puede hacerlo, pues quizás sirva para orientar mejor la opinión pública y traer un poco más de tranquilidad a los ánimos, haciéndoles ver que no existe ningún peligro en perspectiva, y por tal motivo es infundada toda alarma, tanto más cuanto que tienen por base noticias falsas y sumamente exageradas que publican los que tienen empeño en desprestigiar los actos del actual gobierno.

Sin otro particular, me remito una vez más su amigo que mucho lo aprecia y su att. S.S.

Francisco I. Madero

CONCIUDADANOS:

Muy fresca está en nuestra memoria la lucha terrible que tuvimos que sostener para derrocar la dictadura y conquistar nuestras libertades.

Yo, que fui el Jefe de la Revolución triunfante encarnando en mí los sentimientos del pueblo mexicano que siempre ha sido invencible en la guerra y magnánimo en la victoria quise, después de que habíamos vencido al enemigo y que habíamos demostrado que las virtudes heroicas no estaban muertas en el corazón mexicano, quise, repito, demostrar que estábamos también a la altura de los héroes más magnánimos que ha tenido nuestra historia: de los Morelos, de los Bravo, de los Juárez, y quise, en representación del Pueblo Mexicano, ser noble y magnánimo con los vencidos.

Nunca me imaginé que ellos fuesen a agradecer esos nobles sentimientos nuestros; yo sabía muy bien que a la sombra de esa libertad que habíamos conquistado y que les habíamos arrancado a ellos mismos, pretenderían luchar contra nosotros, pretenderían levantar de nuevo la cabeza, y ya que en el campo de la batalla habían sido derrotados, cobijándose bajo esa misma libertad conquistada, encubriéndose bajo esos principios democráticos, que han sido el

anhelo supremo del Pueblo Mexicano, pretenderían engañar de nuevo al Pueblo, pretenderían luchar contra nosotros, ya sea por medio de la mentira, de la calumnia y de la intriga; y ya veis, señores, cómo lo han intentado; pero en cambio, demostremos nosotros que tenemos bastante juicio, que tenemos bastante cordura y bastante inteligencia para confundir a los enemigos y hacer fracasar sus intrigas.

Ya veis lo que ha pasado aquí en el Estado de Morelos; todo ha sido cuestión de intrigas de nuestros enemigos que no descansan, de nuestros enemigos que quieren reconquistar el poder de nuevo, de nuestros enemigos que no se resignan a la derrota que han sufrido y que se imaginan que pueden engañar al Pueblo, o bien, que pueden por medio de la fuerza, volver a imponer las cadenas al Pueblo Mexicano. Pero, señores, si por la fuerza estamos seguros de que no lo podrán hacer, porque ya hemos demostrado de lo que es capaz el pueblo mexicano luchando por sus libertades, demostremos también que por medio de la intriga serán impotentes, y se estrellarán ante un buen juicio y patriotismo.

Las calumnias de nuestros enemigos habían hecho aparecer que en este Estado de Morelos había efervescencia, había inquietud; que el Ejército Libertador no guardaba el orden debidamente; se contaban miles de calumnias y miles de mentiras; yo siempre protesté contra ellas, pero, sin embargo, ya que era el único reproche que le querían hacer a la Revolución, al partido nuestro, dije: Voy, pues, a arreglar esa cuestión satisfactoriamente, y esas tropas del Estado de Morelos se licenciarán. ¿Por qué?, porque sabía muy bien que aunque estuviesen licenciadas, cada uno de vosotros al llegar a vuestros hogares con la satisfacción del triunfo y del deber cumplido, estaría siempre dispuesto al primer llamado de nosotros, y empuñaría las armas para defender nuestras libertades.

Pero como os dije, nuestros enemigos no descansaban; querían hacer aparecer que yo no tenía prestigio sobre los mismos jefes que me ayudaron en la Revolución, y si ustedes han leído los periódicos de México y enterándose de las caricaturas burlescas que representan, habrán visto a su valiente general Zapata pintado como un gran asesino. Y por eso había crecido la idea, y decían que yo era un gran patriota y un hombre sincero, pero que me faltaba energía, que me faltaban dotes para gobernar, porque no había mandado fusilar al General Zapata, y ustedes comprenderán, señores, que para eso no se necesita valor ni energía, se necesita ser asesino y criminal para fusilar

a uno de los soldados más valientes del Ejército Libertador (estruendosos aplausos).

Ayer, nada menos, grandes cartelones aparecieron en la capital de la República donde se dice que, una nación que tiene 25,000 hombres sobre las armas y setenta millones de pesos de reservas, no debe tratar con Zapata. Eso dicen nuestros enemigos; eso dice Reyes, ¿por qué?, porque Reyes nunca ha acostumbrado a tratar con los enemigos cuando son menos fuertes que él, y Reyes, que siempre se ha humillado ante los poderosos como se ha humillado ante Porfirio Díaz, y Limantour, y ante el señor De la Barra y ante mí mismo, el General Reyes... (interrumpido con estrepitosos aplausos y “muera a Reyes”). El General Reyes, señores, anda haciendo ahora alardes de valor y dice que con veinticinco mil hombres y setenta millones de reservas no trata con un Pueblo, porque éste necesita todavía un tirano, una mano de hierro que lo gobierne, que sepa imponer su voluntad; y es lo que él trata, lo que él pretende como un principio salvador para la República. Por eso, señores, cuando me di cuenta de que debido a las intrigas de nuestros enemigos y a la ignorancia de vosotros que no os dábais cuenta de lo que pasaba y que, hasta llegasteis a dudar de mí, porque sé muy bien que algunos gritaron “Muera Madero”, sabía que estabais engañados, por eso no temí venir, porque como dije ayer en algunos pueblos en que me rogaban no viniese a esta ciudad, “el pueblo Mexicano siempre ha respetado a sus gobernantes, y si a mí me han respetado las balas de la Dictadura, tengo la convicción de que no sólo las balas del pueblo Mexicano me respetarán, sino que serán siempre mi mejor coraza y mi mejor defensa”.

Y cuando supe, señores, que debido a esa circunstancia se iba a derramar sangre hermana, comprendí inmediatamente cuál era mi deber y me vine aquí en medio de vosotros, a evitar que se cometiese una falta tan tremenda, que no sólo hubiese empapado en sangre este Estado, que no sólo hubiese hecho herir a multitud de mis valientes soldados y también de ese Ejército Federal que está formado por hermanos nuestros, que también han vitoreado cuando han entrado a sus cuarteles. He venido a evitarlo y tengan la seguridad que lo conseguiré. Puedo decir que he conjurado el peligro y que todo se solucionará satisfactoriamente a fin de seguir sin traba alguna hacia el gran ideal que perseguimos, que es el restablecimiento completo de la paz en la República para ver de un modo definitivo el triunfo de

nuestros principios e instalado un gobierno emanado de la voluntad Nacional, manifestada en las urnas electorales. Para ello necesitamos mucha cordura y mucha prudencia; necesitamos decir a nuestros enemigos que no damos cabida a sus intrigas y que ustedes nunca duden de mí, como yo no he dudado de ustedes y que tengan fe en mí.

Nuestros enemigos lo que deseaban era traer a la República la anarquía, a fin de demostrar que yo soy impotente para dominar la situación, a fin de desprestigiarme; eso quieren ellos para decir: “Madero no puede gobernar al país; necesitamos una mano de hierro”. Quieren provocar la anarquía para decir que el único remedio para dominarla es la dictadura y quieren justificar esa dictadura provocando la anarquía. Pero yo suplico a todos los mexicanos, no solamente a los aquí presentes, sino a toda la República a donde llegará mi voz por medio de la Prensa, que no se crean de nuestros enemigos, que ellos están constantemente intrigando. La mayor parte de las huelgas son provocadas por intrigas de Reyes; no tengo las pruebas materiales, porque ha sido difícil, pero tenemos la prueba moral y certidumbre de que así pasa; él es el que las está fomentando y dándoles hasta dinero efectivo; está provocando esta situación para decir que hay anarquía y que él solo, es el hombre que puede dominarla. Pues bien; yo no quiero que me ayudéis, que véáis que no se necesita de un machete para conservar la paz; que basta con un hombre honrado en quien tengáis confianza.

Ya que aquí, señores, en esta heroica ciudad el inmortal Morelos escribió una de las páginas más brillantes de nuestra Historia Patria; escribamos ahora otra página más modesta, no tan brillante; no será ya escrita con las armas en la mano, sino la que escribe un pueblo demócrata y consciente de sus deberes; será el triunfo del derecho, de la fraternidad.

Demostremos que hemos entrado en una nueva vida, en la vida de democracia y del civismo, y demos un ejemplo ideal de cultura y de que estamos aptos para la democracia, y encaucemos al país por la nueva senda, quitando los obstáculos que han querido poner nuestros enemigos, y uniéndose todos efusivamente de un modo sincero, a fin de que podamos llevar a la República hacia el fin que hemos perseguido los buenos mexicanos: la prosperidad, la grandeza y el bienestar, pero dentro del orden, de la Ley y de la Libertad.

Ahora, señores, vengo a deciros: He venido aquí a traer la calma, la tranquilidad y saldré de vuestro Estado hasta que no estén todas las conciencias tranquilas; hasta que no tengáis la seguridad de que vuestros derechos serán respetados en todos sentidos. Tened fe en mí como yo lo tengo en vosotros y seguiremos marchando sin tropiezo alguno por la nueva senda de la Democracia y de la libertad.

Una consecuencia de la labor pacificadora de Madero en Morelos, fue este documento:

Hago constar que en vista de la actitud pacífica y respetuosa de todos los jefes subalternos del GENERAL ZAPATA, que nunca han intentado rebelarse contra el gobierno ni su autoridad, y en atención a los servicios que prestaron a la Revolución y considerando igualmente que me han ayudado de modo eficaz a la obra de licenciamiento de las fuerzas a su mando, les he ofrecido: Que por los servicios prestados a la Revolución, como es natural y legítimo, no se permitirá que se les siga ningún perjuicio. Muy al contrario interpondré toda mi influencia para que el Gobierno aproveche sus servicios según sus aptitudes; pero desde luego y como primera providencia, que se consideren como oficiales en depósito a los siguientes:

Prof. Otilio Edmundo Montaña, Jesús Jáuregui, Amador Salazar, Dr. José Trinidad Ruiz, Esteban Álvarez, Wenceslao González, Antonio Luna, Fermín Amaya, Odilón Neri, Manuel Reinoso, José Cruz, Adrián Juárez, Eudocio Batalla, Arcadio Ramírez, Leopoldo Reinoso, Jesús Morales, José Rodríguez, Jesús Navarro, Próculo Capistrán, Eufemio Zapata, Lorenzo Vázquez y Catarino Perdomo.

Queda claramente estipulado que lo anterior no ampara a ninguno que haya cometido algún delito del orden común, pues el ofrecimiento que les hago, lo consideraré muy merecido para los que han prestado sus servicios a la causa de la revolución; pero no para alguno que la haya deshonrado, cometiendo algún crimen.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.

Cuautla, Morelos, 22 de agosto de 1911.

Francisco I. Madero

EL PAÍS

Año XIII. Núm. 3,659

Página 3. Cols. 3 y 4.

26 de agosto de 1911.

LOS ESFUERZOS DE MADERO PARA LA PACIFICACIÓN DE MORELOS SERÁN ESTÉRILES

Con apoyo de los mejores informes, podemos predecir que los nobles esfuerzos de la Revolución para lograr la paz y el imperio de la ley en el Estado de Morelos sin efusión de sangre, resultan estériles en plazo más o menos corto.

Muchas personas veraces, ajenas a la política y procedentes de aquel Estado, nos han dicho, lo mismo que otras igualmente fidedignas, aseguraron en Cuautla a nuestro representante; esto es: que el licenciamiento y desarme de las fuerzas zapatistas está siendo una farsa, una vil comedia por parte de éstas.

Con excepción de algunos hombres honrados que proceden legalmente, los demás se presentan a entregar cualquier arma vieja, reservándose el buen rifle o carabina, y luego que reciben su dinero, se retiran para volverse a reunir en algún punto convenido con otros, a fin de continuar sus hazañas de bandidaje, en la primera oportunidad. Eso reconoce tres causas:

1ª. Que casi todos los individuos que constituyen esas fuerzas, no se levantaron en armas para sostener los principios de la Revolución, sino para poder producir una guerra de exterminio de la propiedad, especialmente la agrícola, y repartírsela.

2ª. Que con excepción de tres o cuatro centenares de hombres, todos los demás fueron extraídos de las cárceles por Zapata para engrosar su ejército y, naturalmente, no pueden volver al trabajo, porque no salieron de él, sino de las prisiones.

3ª. Porque es imposible que en las haciendas, fábricas, talleres, etc., se quiera dar trabajo a hombres tan temibles y de tales antecedentes.

Esas razones producen esta conclusión llamada a fijar el criterio de la conducta del Gobierno: LA CUESTIÓN DE MORELOS, NO ES REVOLUCIONARIA, SINO ANÁRQUICA. Por tanto, el licenciamiento tiene que ser nugatorio para la paz y el orden público.

Si los terribles sucesos y espantosos crímenes perpetrados en Jojutla y otros lugares, en los momentos mismos en que el señor Madero se afanaba en Cuautla por conseguir la disolución pacífica de las fuerzas de Zapata, no fueron bastantes para caracterizar la índole de éstas y definir con exactitud sus propósitos, abundan los elementos para ello en los antecedentes de las mismas, comenzando por su ya famoso jefe.

Zapata se pronunció el 4 de marzo del año corriente en la Villa de Ayala, bajo las órdenes de Pablo Torres Burgos, a quien poco después dio muerte en Mayotepec don Enrique Debbadié.

Quedó entonces Zapata como jefe de un puñado de hombres, y desde luego se dirigió a la hacienda de San Juan Chinameca, que saqueó horriblemente, apoderándose de cuanto dinero había y destruyendo con bombas de dinamita muebles y aparatos de elaboración de azúcar. Fue ése el principio de una irrupción, por la barbarie, digna de Atila. Entró en Axochiapan y levantó cuanto dinero, armas y caballos había; quemó los archivos municipales y judiciales; libertó la prisión y libertó a los representantes de la autoridad; pasó a Matamoros, hizo lo mismo y además saqueó el comercio, siguió por Cuautla, donde el jefe político Andonegui no tenía más que treinta hombres; le envió una embajada ofreciéndole la garantía de la vida si le entregaba la plaza. Andonegui aceptó, se rindió, y después de rendido fue fusilado por Zapata; llegó a Jonacatepec, pidió la plaza, defendida sólo por cuarenta hombres contra 500 que llevaba, prometiendo garantías de vida al prefecto Esnaurrizar y a sus soldados. Entró bajo esas condiciones, y desde luego fusiló al capitán y los tres oficiales; quiso matar a Esnaurrizar; pero éste se salvó gracias a la intervención de don Urbano Alcázar. Siguió el saqueo, y de la tienda principal que fue de don Gonzalo Aragón, sólo quedaron cenizas, pues mandó quemarla. Había ofrecido solamente no causar daño alguno. En seguida asaltó y saqueó la hacienda de Tenango, no obstante ser propiedad de uno de los mejores amigos que ha tenido el señor Madero, y que fue el más franco y desinteresado enemigo de la dictadura de Díaz, lo que era proverbial tanto en Méjico como en Morelos.

El 13 de mayo, esto es, en los momentos de la paz, atacó con cuatro mil hombres a Cuautla, defendida sólo por 300 al mando del coronel Munguía. En toda una semana no pudo tomarla. Munguía al fin rompió el sitio sin que Zapata lo sintiera, sino cuando el enemigo iba ya por el

cerro del Hospital, a ocho kilómetros de Cuautla. Entonces Zapata se vengó en la ciudad. Mandó entrar todas sus chusmas, dice “La Justicia”, y era de ver con espanto cómo toda aquella soldadesca desenfrenada penetraba en todas las casas, con excepción de muy pocas, que Zapata señaló anticipadamente; sacaba de ellas cuanto había: catres de latón, de fierro, colchones, almohadas, ajuares, loza, vestidos, baúles con ropa y cuanto de mejor había en ellas; parecía que todos los habitantes de la ciudad, presas de terror por un próximo y terrible cataclismo, se apresuraban a vaciar sus habitaciones violentamente para buscar refugio en sitio más seguro. Tal era el ir y venir de aquellos malvados removiendo los mobiliarios de todos los hogares. Siguieron después los incendios que enumeraron hasta 29 fincas, incluso el Palacio Municipal, el saqueo del comercio y los asesinatos. Las primeras víctimas fueron veinte soldados federales que heridos estaban en el hotel Morelos, a quien mataron vilmente en sus propios lechos y después los quemaron juntamente con el hotel.

Siguieron las aprehensiones brutales y los asesinatos, como el de don Carmen García, a quien de la manera más espantosa mató personalmente Zapata, disparándole dos tiros en la cara, sin haber cometido delito alguno. Vivo aún el infeliz García, fue arrojado por orden de Zapata en un pozo.

La pluma se niega a seguir enumerando crímenes; pero bastan los reseñados para fundar esta pregunta: gente de esa talla, ¿es licenciable, o procesable? ¿Se debe proceder respecto de ella, convenciéndola, o destruyéndola? Quien tantas veces violó su palabra de honor matando a los que garantizó la vida, ¿podrá de corazón cumplir los ofrecimientos hechos a un hombre magnánimo y caballero, como lo es sin duda el jefe de la Revolución?

Además, aunque Zapata cumpliera, sus hordas no lo obedecerán, porque ellas no van más que tras el bandolerismo, el saqueo, la anarquía.

Vivamente deseamos errar en este punto; pero los hechos no tardarán en demostrar que la generosa como paternal gestión de don Francisco I. Madero ha fracasado; que él quiso amparar revolucionarios que no son sino ácratas; que al fin y al cabo, la fuerza tendrá que imponer allí el imperio de las leyes.

No desconocemos la cuestión agraria de Morelos que es la misma en toda la República, y de tal cuestión nos ocuparemos próximamente.

Pero desde luego afirmamos que jamás ha sido ni será el crimen el instrumento de la justicia, jamás el camino por donde ella regrese al seno de una República acribillada en sus pulmones y su corazón por el puñal de la justicia, arma que no soltó ni un instante la mano abominable de la dictadura.

Entretanto fuerza es repetirlo: deseamos con toda el alma, ser nosotros y no el señor Madero quienes se hayan equivocado.

Por desgracia tenemos la convicción de que el salvador de Navarro no puede ni debe ser el salvador de Zapata.

¡Y no lo será!

¡Quiera Dios que al llegar al Poder Supremo, no tenga que emplear las primeras gotas del tintero presidencial en la firma de una orden terrible!

¡Y quiera Dios que con ella logre el remedio, cosa difícil, después de que se ha querido convencer al mal en vez de vencerlo!

Para cuando Madero asumió el poder, el distanciamiento había sido ya más hondo, pues entre otras cosas habían acontecido las atrocidades de las fuerzas zapatistas en la Cima y Ticumán. Todavía Madero ya en la Presidencia de la República, hizo un esfuerzo más buscado un entendimiento con Zapata por conducto del licenciado Gabriel Robles Domínguez, que infortunadamente no alcanzó éxito.

Desde el punto de vista meramente revolucionario, debe decirse que Zapata inculpaba a Madero no cumplir con las promesas relativas a la distribución de tierras. A este respecto hay que decir en primerísimo término, que Zapata en este punto fue verdaderamente instrumento y juguete de la aviesa reacción, con el malévolos propósito de desprestigiar a Madero ante los ojos de sus propios partidarios. Casi antes de asumir la Presidencia, ya proclamaba que Madero no cumplía con sus promesas, tema que gustó día a día, provocando el descontento de los propios revolucionarios y de las masas populares. El cargo era a la simple

vista inoportuno, porque era material y prácticamente imposible abordar un estudio tan complejo y tan grave y resolverlo atinadamente en horas, en días, en escasos 15 meses que duró Madero en el Poder. Para comprobar la *inoportunidad del cargo* hay que ver las fechas. El 4 de septiembre de 1911, todavía Madero no asumía la Presidencia de la República, y ya en junta celebrada en Tlalcala, estado de Puebla, por los generales zapatistas Amador Salazar, Francisco Mendoza, Eufemio Zapata, Próculo Capistrán, Jesús Jáuregui y José Cruz, clamaban contra Madero que no repartía tierras. Y el propio Plan de Ayala lleva fecha 28 de noviembre de 1911, veintiún días después de que Madero asumió la Presidencia de la República, demuestra con evidencia mi afirmación, de que era absolutamente inoportuno el cargo que se le hacía de no cumplir las promesas de la Revolución y concretamente no hacer la repartición de tierras, porque es práctica y materialmente imposible ¡hacerlo en veintiún días de gobierno!

Con relación al problema agrario, hay que puntualizar que a Madero le preocupó este problema desde a raíz de que publicó *La Sucesión Presidencial* como lo enseña Taracena en su *Biografía*, página 205, al relatar la contestación que le dio Madero a una carta de Esquivel Obregón en la cual dice:

... estoy muy de acuerdo en que el fraccionamiento de la propiedad influirá grandemente en que se desarrolle la agricultura y la riqueza nacional. Creo más. Creo que la fracción de la propiedad será una de las bases firmes de la democracia. Ese problema es uno de los principales que deberá preocuparnos cuando podamos trabajar por su realización de un modo efectivo, que será cuando se obtenga un cambio en el personal de la administración.

Propiamente el Partido Antirreeleccionista no se ocupó en su programa del problema agrario, y esto es fácilmente explicable,

porque entonces el problema agudo que absorbía toda la atención, era únicamente acabar con la larga tiranía del general Díaz; pero cuando Madero aceptó la candidatura que aquel Partido le ofreció para la Presidencia de la República, en el discurso que pronunció dijo sobre esta materia:

También favoreceré a la pequeña agricultura, impidiendo, desde luego, que los pocos terrenos que aún posee la Nación, pasen a manos de grandes propietarios, y procurando que sean colonizados por pequeños propietarios mexicanos o emigrantes extranjeros:

y en el programa de gobierno que formularon él y el doctor Vázquez Gómez, como candidato a la Vicepresidencia, se ofrece: "... Octava: Fomentar la grande y muy especialmente la pequeña agricultura y la irrigación, a la cual se destinará una parte de los fondos públicos..."

A su vez el Partido Constitucional Progresista en la Convención que celebró en el Teatro Hidalgo a fines de agosto de 1911, adoptó en sus propios términos el programa de gobierno que debía desarrollar Madero adicionándolo en los siguientes términos: "IV: Leyes que favorezcan la creación y subsistencia de la pequeña propiedad agraria".

Pues bien, Madero, a pesar de haber estado en el poder el brevísimo periodo de un año tres meses, veamos lo que hizo en materia agraria en un año, porque tomo los datos del Informe Presidencial que rindió al Congreso de la Unión al expirar su primer año de gobierno, por lo que, lógicamente, hay que considerar que en los tres meses más que duró su administración, sin duda alguna se hizo por lo menos una cuarta parte más en esa actividad agraria.

Copia textual del Informe Presidencial que rindió Madero al Congreso de la Unión:

De enero a junio del presente año, se expidieron por la Secretaría de Fomento seiscientos tres títulos que amparan una superficie de ciento ochenta mil hectáreas, produjeron al Erario la suma de ochenta y un mil setecientos ochenta y cinco pesos.

Con objeto de que los vecinos de los pueblos de los diversos Estados y Territorios de la República, puedan tener en propiedad terrenos agrícolas y lo necesario para subvenir a sus necesidades, el gobierno expidió, con fecha 8 de enero y 17 de febrero del corriente año, circulares dando en la primera, instrucciones precisas a fin de que los Ayuntamientos o Corporaciones Municipales promuevan y procedan al deslinde y ocupación de los ejidos de los pueblos, y en la segunda, encareciendo a los ciudadanos Gobernadores de los Estados y Jefes Políticos de los Territorios, presten toda su atención a este asunto.

Como resultado de estas instrucciones, se presentaron a la Secretaría de Fomento, ciento treinta y siete Ayuntamientos, solicitando las autorizaciones del caso, y actualmente en la mayor parte de ellos, se practican dichos deslindes; siendo de advertir que muy pocas son las dificultades que se han suscitado con estas operaciones.

El 24 de febrero pasado, se expidió un decreto que manda medir y fraccionar los terrenos nacionales existentes en los diversos Estados y Territorios de la República y practicar el deslinde y medición de los baldíos, con objeto de fraccionarlos en lotes y venderlos a precios módicos, y aún cederlos gratuitamente o arrendarlos, según el caso. En la actualidad están ya fraccionándose terrenos en los Estados de Veracruz, Chiapas, Tabasco y San Luis Potosí.

El gobierno cuenta en la actualidad con veintiún millones, aproximadamente, de hectáreas de terrenos nacionales, siendo de advertir que la diferencia notable entre esta cifra y la que consigna el decreto de 24 de febrero, procede de que han vuelto al dominio de la Nación, grandes extensiones de tierras que estaban amparadas por concesiones ruinosas para el erario, otorgadas a compañías deslindadoras y que no obstante su liberalidad, han sido declaradas caducas por falta de cumplimiento de sus estipulaciones, por parte de los concesionarios.

La Secretaría de Fomento ha puesto todo su empeño en este sentido y seguramente podrán rescatarse nuevos terrenos nacionales, y desde luego se procederá a fraccionar.

Como reserva forestal, se cuenta con una superficie de cerca de siete millones de hectáreas.

A fin de acondicionar estos terrenos para la agricultura, el Instituto Geológico ha enviado comisiones de geólogos a estudiarlos y proceder en los lugares apropiados, a la perforación de pozos artesianos para captación de aguas subterráneas.

La Comisión Geodésica ha practicado diversos trabajos de Astronomía de precisión y de Geodesía en varios puntos de los Estados de Oaxaca, Hidalgo y Tamaulipas.

Se han nivelado 135 kilómetros de Veracruz a México y de Tampico a la Cruz, Tamaulipas, instalándose un medimareómetro en Veracruz y otro que se está instalando en Tampico.

Se han hecho cuarenta y cinco determinaciones sobre gravedad y los correspondientes cálculos astronómicos, geodésicos, de nivelación y de gravedad.

La Comisión Geográfico Exploradora, ha practicado trabajos de determinación de coordenadas geográficas y levantamientos topográficos en diversos puntos del Estado de Coahuila; se han hecho ya los cálculos para la determinación de las coordenadas geográficas de varios puntos en Sinaloa, Oaxaca, Yucatán y Tepic y se han terminado la construcción y dibujos de varios trabajos de la Carta General y de corrección en cartas de los Estados.

A principios del mes de abril del corriente año, se creó la Comisión Agraria Ejecutiva.

Tiene esta comisión por objeto, poner en práctica las conclusiones de la Comisión Nacional Agraria; estudiar las proposiciones que se presenten para la venta y fraccionamientos de tierras, indicando las resoluciones que convengan e indicar las medidas que juzgue oportuna y que tiendan a facilitar los propósitos del gobierno, para la más pronta y eficaz resolución del problema agrario de la Nación.

Dicha comisión ha presentado ya el programa de sus trabajos y establecido la base para los subsecuentes; presentando estudios sobre ejidos de los pueblos, propiedad comunal y sobre el "Homestead" o patrimonio familiar inalienable.

Preferente atención ha dedicado la Comisión Agraria Ejecutiva al estudio del problema que se ha presentado en el Estado de Morelos, tratando de descubrir las causas del malestar que hay en aquella región del país. Con este fin, formuló cuestionarios a los principales hacendados del referido Estado y se comisionó a un ingeniero competente para que pasara a aquella Entidad, como lo ha hecho, a examinar los terrenos que se han propuesto en venta al gobierno, y las bases para que haga investigaciones relativas a la manera como los pueblos perdieron sus terrenos y aguas, y especialmente sus ejidos; y, en general, para que practique todas las investigaciones que tiendan a descubrir las causas del malestar, y pueda el gobierno, con conocimiento pleno, seguir el rumbo más acertado para la resolución del mencionado problema. La comisión estudia también el fraccionamiento y colonización de la gran propiedad, fomentando la iniciativa de los propietarios, y procura encontrar la forma en que el gobierno pueda favorecerlos, apoyando y ayudando a las empresas de fraccionamiento y colonización, con el objeto de formar el pequeño propietario. De enero a junio últimos, se ajustaron doce contratos para aprovechar aguas como riego; nueve para generación de fuerza y dos para usos industriales. Estos contratos representan el aprovechamiento de trescientos dos mil cuatrocientos sesenta y siete litros de agua por segundo. Se hicieron cuatro confirmaciones para el aprovechamiento de aguas de riego y una como generación de energía, representando juntas, las cinco, seis mil ciento treinta y cuatro litros por segundo. Se reformaron los contratos celebrados en la Compañía Agrícola del Río Bravo y Compañía Agrícola del Río de San Diego, para regar, fraccionar y colonizar, de los terrenos de la segunda en el Estado de Coahuila, veinticinco mil hectáreas. Debiendo de advertir, en lo que toca a este negocio, que la compañía renunció a la subvención que le otorgaba su primitivo contrato, de seis millones de pesos que se consideraban como fondo perdido, por la irrigación de cien mil hectáreas de tierras, mientras que ahora tiene esa misma obligación, en cambio del préstamo que, por conducto de la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, se le hizo en números redondos de cinco millones de pesos, cediendo en cambio la compañía, al gobierno, veinticinco mil hectáreas de terreno con riego, como compensación.

Se otorgó un permiso para atravesar las márgenes de los ríos de jurisdicción federal con cañerías para conducir petróleo dentro de los límites del Estado de Veracruz.

Entre los graves problemas que el gobierno tiene respecto de la utilización de las aguas de jurisdicción federal, está el del Río Colorado, cuya importancia ha exigido la presencia, en el lugar, del señor Secretario de Fomento; pues es para el país de gran trascendencia la distribución y el aprovechamiento de las aguas de dicho río, porque ello entraña nada menos que el desarrollo de la parte Norte de la Baja California, que cuenta con tierras en grande extensión y de notable feracidad.

AGRARISMO

El servicio de experimentación agrícola se ha ensanchado, habiendo comenzado a funcionar tres nuevas granjas experimentales que estudiarán en la región árida del país los métodos de cultivo de secano. Para el establecimiento de un campo de experimentación en Guadalajara, se concedió una subvención a la Cámara Agrícola Jalisciense, lo mismo que al gobierno del Estado de Colima, el que adquirió con fondos del Estado, un predio en el que se propone fundar una estación experimental y una escuela regional de agricultura.

Funcionan actualmente 7 instituciones dedicadas a la experimentación agrícola: en el Distrito Federal, Ciudad Juárez, San Luis Potosí, Oaxaca, Tabasco, Jalisco y Colima, y, además, tres granjas para el estudio experimental de los métodos de cultivo de secano en el Estado de Nuevo León.

También se otorgó al gobierno del Estado de Zacatecas una subvención de diez mil pesos para ayudar a la construcción de una Escuela de Agricultura.

La propaganda agrícola con plantas, semillas y publicaciones, ha tenido el éxito más lisonjero, especialmente la venta, a la mitad de su precio, de árboles frutales. Así se han vendido varios centenares de millar de árboles y plantas de varias clases.

Para asegurar la buena colonización de las tierras libres en los ríos Yaqui y Mayo, se han dictado disposiciones que tienden a impedir la especulación que ha tratado de hacerse por aquellas tierras, y ponerlas en manos de jefes de familia que las cultiven personalmente. Para

lograr este resultado, en lugar de acordar la enajenación definitiva a favor de los solicitantes, se piden permisos de ocupación equivalentes a contratos de arrendamiento por extensiones hasta de cincuenta hectáreas obligando a los permisionarios a establecerse en la región y cultivar personalmente y desde el primer año la cuarta parte cuando menos, del terreno concedido. Estos permisos se reservan a los jefes de familia.

Y por último agrega:

En sólo seis meses, de enero a junio del presente año, se expidieron por la Secretaría de Fomento reduciendo a pequeña propiedad agraria, seiscientos tres títulos que amparan una superficie de ciento ochenta y ocho mil hectáreas, que produjeron al erario la suma de \$81,785.00... El gobierno cuenta en la actualidad con veintiún millones aproximadamente de hectáreas de terrenos nacionales, que el gobierno se propone acondicionar para ser utilizados como terrenos agrícolas.

Quiero terminar trayendo a mis lectores la cita que en su reveladora obra sobre *La Labor Nacional del Presidente Madero* hace el conocido historiador don Alfonso Taracena, quien dice: “Molina Enríquez en un libro publicado en 1936 proclamó; “Con el Cuartelazo de la Ciudadela, terminó el Gobierno de Madero... que debe ser considerado *como el gobierno más agrarista que hemos tenido. Duró un año y de haber durando los cuatro de su periodo, la cuestión agraria probablemente habría sido resuelta*” y el historiador agrega: “Y debe advertirse que en 1936 el general Lázaro Cárdenas (que ha sido exaltado como el campeón del agrarismo) estaba en el poder”.

Es también revelador del ambiente de aquellos días, el capítulo que Márquez Sterling dedica a esta materia y que por su gran importancia histórica, inserto a continuación.

La democracia tenía, para Madero, un punto de apoyo: las altas clases; y, desde el asiento de ellas, pretende resolver los conflictos que deja en pie el dictador. La desigualdad y el despotismo proceden siempre de arriba; y de arriba quiere que descendan la fraternidad y la justicia. A su entender, la Revolución, metida ya en todas las conciencias, obliga a los intelectuales y a los gobernantes a ser benignos, a ser honrados, a ser piadosos; la Revolución, además, en su pensar sincero, enseña a los ricos el amor a los pobres, enseña a los dichosos el amor a los desgraciados; la Revolución, finalmente para Madero, al convertirse de partido armado en partido civil, modifica, repara, enmienda, pero no destroza, ni aplasta, ni menos incendia. Por el instinto y por la dulzura del ideal filosófico, es un demócrata de cuerpo entero. Posee, la capacidad indispensable al agitador sublime; arrastra, subyuga a las muchedumbres mexicanas; y su predica es, no obstante, defectuosa como una arenga de Licurgo, a quien guarda parecido por el concepto que tiene de la patria y el deber. A su juicio, la Revolución ha concluido como la siembra de un erial, poblado ahora de trigo, y comienzan ya los cortes de la pródiga cosecha; a su juicio, las fuerzas inteligentes que sirvieron a la dictadura servirán a la democracia; a su juicio, la Revolución ya curando las llagas, ya borrando las máculas, va poniendo el bien donde quiera que estuvo el mal, con sólo haber pasado por la historia y fundirse luego en la existencia de la nación. Y profunda su contrariedad, inmensa su sorpresa, cuando se entera de la rebeldía de Zapata que no licencia sus tropas, ni abandona su cuartel de Cuautla. De la Revolución caballerescas, de guante de cabritilla, que él ha dado por terminada nace la Revolución frenética, implacable, de Estado de Morelos: una Revolución que Madero tarda en comprender, porque no es contra un dictador porque no admite promesas de arriba, en el clamor de abajo, porque sube del fondo, húmedo y fétido, y no llega a la superficie, ni escala, por su violencia, las capas superiores, ni reclama burocracia, ni perdona. Es un retoño de la Revolución capitaneada por Madero, más fuerte que Madero, como el “porfirismo” era más fuerte que D. Porfirio. Y he aquí un escultor que teme el peso de su escultura. Madero, a las veces *Apóstol* y enemigo de Zapata, ama en Zapata a un correligionario y a un discípulo y ve, con recelo y con tristeza, en Zapata, a un infidente. Ambos, cada uno en su plano de acción, estímense recíprocamente responsables; y quisieran estar

unidos y quisieran, también, reñir y, juntamente, seguirse y, después, para siempre, separarse. Zapata, astuto y torvo, acude a un llamamiento de Madero y recorre, con aire de héroe romano, las calles de México; ofrece, sin idea de cumplir; y se vuelve a la montaña y a su conquista de Cuautla y a su consejo de zorras y a su rifle. Y no aquí todas las inquietudes que amargan al Caudillo “antiporfirista”. El Ministro de Gobernación es ya un disidente y no anda acorde con Madero, ni es grato al señor De la Barra, ni observa la disciplina del tránsito; y más revolucionario cuando tocan a serlo menos, pretendiente a ser electo, en vez del *Apóstol*, cuando la elección del *Apóstol* está en el alma popular y vale tanto, para las multitudes, como un principio de la pregonada y maltrecha democracia, pierde su carrera y conspira contra su antiguo Jefe. El Ministerio, entonces, no pasa a manos de un amigo de Madero sino a las de un amigo del Presidente provisional. Y se destaca, del híbrido consejo, la estampa de D. Alberto García Granados que da una vuelta al cerrojo “porfirista” del gobierno. Por todas partes registrábase asonadas, escándalos, motines. Sonora y Sinaloa se desgarran; en Durango aumenta el bandolerismo; gavillas de salteadores estremecen a Jalisco; y los hacendados de Morelos relatan asesinatos y robos que cometen los leales de Zapata. García Granados no “parlamenta con bandidos” y el General Huerta recibe orden de avanzar contra Cuautla y caer, como un torrente de lava, sobre el cabecilla.

En gravísimo predicamento situaba aquella disposición a Madero; y turbados urgiéronle a intervenir los de su grupo. Al efecto, expuso el Jefe de la Revolución al Presidente de la República la importancia de un reto a las legiones de Morelos y obtuvo palabra de que la columna federal no seguiría la marcha mientras él, personalmente, no entrevistase al *Atila suriano*, como la prensa, aficionada en México a estos motes, llamaba al capitán alzado. Un automóvil, a toda máquina, lo traslada, con su hermano Raúl y otros edecanes de confianza, a Yautepec, donde tiene Huerta su campamento y, después de breve charla, continúa su viaje de exaltación. Le han prevenido los de Huerta, que peligra su vida en Cuautla, hervidero de malvados; y presárganle un golpe; mas, no siente miedo el Caudillo, que lleva, por guía, la Providencia, y hasta el centro de la plaza no se detiene. La excitación es, en ella, indescriptible; cada brazo es una carabina; el pecho de cada hombre escarapate de balas relucientes; y machetes y cuchillos

y pistolas, como en remate, pendientes de cada cinto. La sorpresa paraliza y enmudece a los rebeldes. Y el hercúleo Zapata, a quien hacen rueda sus ayudantes, por invencible impulso de respeto y sumisión echa garras al sombrero galoneado y saluda a Madero, que salta y va a su encuentro decidido. No lleva otra arma que su inmensa fuerza moral. Y convence a Zapata y ajusta, con los comandantes de la forajida tropa, un convenio de inmediata y fácil ejecución; será Raúl Madero encargado del mando militar en toda la zona; y un revolucionario de grandes méritos, don Eduardo Hay, Gobernador; y no quedará, en puesto alguno, un solo soldado federal. El Presidente De la Barra, entretanto, envió pagadores que licenciaran a los rehacios guerrilleros y uno a uno fueron éstos entregando pistolas viejas, carabinas enmohecidas y sin gatillo, machetes que sólo harían servicio de serruchos. Acusan desconfianza o engaño o perfidia los montones de hierro viejo que produce la tarea. Y no iba desacertada la precaución de guardar los rifles nuevos y el espléndido parque. El gobierno interino rechaza el tratado volviendo por los fueros de la inmarcesible autoridad: “el Ministro García Granados no trata con facinerosos como iguales; y el General Huerta reanuda su avance sobre Cuautla”. Las vanguardias avisan que ya se acercan los federales. Zapata se demuda y ruge como una pantera enjaulada y va de un lado a otro y amenaza blandiendo un fusil. “¡Muera el chaparro!” claman todos considerándose traicionados por el Caudillo. Madero no pierde su sangre fría. Dominará a Zapata como dominó a Orozco. Y desde el balcón de la Jefatura de Armas, habla a los rebeldes; y los rebeldes lo vitorean, sugestionados por su palabra, y en jauría se dirigen a la batalla. Suenan muy distantes los primeros disparos. Y Madero va en su automóvil al encuentro del General Huerta.

En México, la ansiedad crece. Se teme por la vida de Madero, que Madero es todavía un ídolo popular. Y se aglomeran las gentes en el Paseo de la Reforma. Al pie del monumento de la Independencia, un tribuno estupendo, Jesús Urueta, exclama: “El señor De la Barra nos brinda toda clase de seguridades y nos anuncia que las fuerzas federales no se han movido de los contornos de Yautepec. Pero, Huerta avanza y avanza a sabiendas de que en Cuautla está Francisco I. Madero, el libertador del pueblo mexicano; y mientras nosotros deliberamos, la vida del Caudillo corre un peligro inminente y Huerta avanza... avanza... avanza...” La exaltación llega al paroxismo. Y vociferando

“¡A Chapultepec!” Millares de hombres dirígenle al castillo. La guardia se interpone y una comisión llega con su demanda al Presidente. A poco, la multitud que cubre la colina, pronuncia con delirante alegría el nombre de Madero. El señor De la Barra aparece en lo alto del alcázar... El Caudillo está seguro y regresa a la Capital.

Tan raro acontecimiento fue objeto de rumores y comentarios y debates de todo estilo, ya por los que desentrañan perversidad, ya por los que acusan de ligereza a Madero, ya por los que tejen, al canto, principios de buen gobierno o, en la réplica, teorías del buen revolucionario, espabilando la neodemocracia. Desde luego, el *Apóstol*, irritadísimo, censura al General Huerta y no regatea inculpaciones al General Reyes, que ha recobrado su libertad de acción, respecto a su compromiso ministerial, para oponerse a Madero y funda un comité al que llama Republicano y desea presentar su candidatura al “sufragio efectivo”, que él no ha recabado en el combate. Agriñan los ánimos... Divídense los pareceres en el Congreso y en la prensa. Y un orador feliz, que no inspira sospecha de apasionado en la materia, adversario del *Apóstol*, amigo y, al cabo, Ministro de Justicia y panegirista de Huerta, después de la tragedia final, José María Lozano, salió a su defensa en la Cámara pronunciando estas palabras: “D. Francisco I. Madero creyó que en el fondo de aquella expedición se agitaba un complot y fue con grave riesgo de su vida a cumplir a Cuautla un doble deber: deber de patriota, deber humanitario, a ver si lograba por la persuasión, calmar a Zapata y evitar así a la República un derramamiento de sangre hermana; y deber de Caudillo, deber de candidato, salvar a un correligionario del peligro. Madero –agregaba– no puede ser censurado ni desde las altas cumbres de la moral eterna, ni desde las llanuras de la moral política”.

Zapata se encoge de hombros, apura con sus camaradas un jarro de aguardiente y prosigue las correrías de la víspera. Aquello de la paz “era una exigencia de Madero”, que se hacía intolerable bajo la careta del disimulo. La paz, para su gente, implicaba inmenso sacrificio, era como volver a la esclavitud y doblar la espalda al trabajo duro y sufrir hambre y morirse de tedio en espera de mejores tiempos, que no verían sus ojos alborear. “El señor Madero –piensa– ha caído en el lazo de los científicos, actúa, sin saberlo, o sabiéndolo, para su ruina, a los fines del despotismo que usa traje de etiqueta y sombrero de copa, y ya no es el defensor del pueblo porque la paz, que ahora

pregona, es garantía para el rico y azote para el indio”. Además, entiende Zapata que, en Cuautla, Madero le había traicionado, le había mentado y, sin darse cuenta, se le había escapado.

“El hombre de letras, el abogado, el industrial y el clérigo –añade para sí–, han torcido al pobre señor Madero” y aunque no le detesta, ni se propone perseguirlo, ni si lo coge fusilarlo, ha de combatir, ya eternamente, en su contra; el sarape en guerra con la levita. Y sus batallones asaltan los trenes y saquean los ingenios y dan horribles testimonios de crueldad. Forman a su manera, un ejército con su ordenanza: pocos generales y muchos coroneles y menos que los coroneles los soldados”. “El gobierno tiene la convicción de que el problema de Morelos es, en el fondo, de carácter económico”, dice el Ministro García Granados a la Cámara; y no va en ello descaminado el gobernante, pero, a toda evidencia, no sería parte a resolverlo, ni someterían a Zapata unas cuantas leyes agrarias, ni la aplicación, letra por letra, del Plan de San Luis, que dio la llamada al reparto de las tierras. Observé en páginas anteriores que a Madero, en sus comienzos, la Providencia le habló, a secas, de la democracia estrujada; y punto es ya de advertir que más tarde, en los días de propaganda, la dio en mencionar, a sus oídos, el despojo de predios, y puso en sus labios párrafos de política social, económica y agraria, entresacando, para su escalpelo oratorio, embustes leguleyos y arbitrarios latifundios; y la Carta Revolucionaria, sin rodeos, declaró que, por abuso de la ley de terrenos baldíos, “numerosos pequeños propietarios indígenas, ya por acuerdo de la Secretaría de Fomento por fallo de los Tribunales de la República”, perdieron su minúscula propiedad; y reconoce de justicia “que sean restituidas, las tierras, a los antiguos poseedores”. La noble idea se acomoda al sentimiento popular; el reparto ha de ser inmediato y abundante: y felonía, después, negarse a la mensura en los ricos feudos de la aristocracia porfiriana. En el campamento, hay quien hace memoria de los plateados, que fueron, en rigor, los precursores, y enternécense, los más fríos en el castigo, al enterarse de cómo los rurales de D. Porfirio, sin piedad, destruían los ranchos de sus antepasados y a veces ahorcaban a sus abuelos.³ El indio es agricultor en miniatura; y siembra con esmero y recoge su cosecha y la vende en el mercado vecino. Paga más contribución, proporcional, que los grandes terratenientes. Y lo absorbe

³ Merecen ser conocidas estas cartas que Madero escribió en aquellos días aciagos a Zapata y a Ambrosio Figueroa.

el latifundio y entrega, por un ochavo, su jacal, o lo ejecuta, sin motivo, el juez prevaricador y de orden del gobierno se le mete, por las puertas de su cabaña, un amo que habla inglés o un descendiente, por línea recta, del Cid Campeador.

EL CASO ZAPATA

El general Emiliano Zapata, en Morelos, se resistía a deponer las armas, se dice que porque no creía que la Revolución había triunfado plenamente y porque se negaba a que en Morelos mandasen las fuerzas federales. Lo probable es que porque le había agradado la vida guerrillera. Madero quiso aprovechar el ascendiente que sobre Zapata tenía, para consumir su obra admirable de pacificación. Llamó a Zapata una vez a México y el cabecilla acudió sumiso prometiendo obedecerlo. Pero los federales, mandados por un beodo, el general Victoriano Huerta, comenzaron a hostilizarlo, y Madero lo llamó nuevamente. A este llamado Zapata respondió con la siguiente carta:

H. Cuautla, Mor., julio 28 de 1911.

Sr. D. Francisco I. Madero.
Tehuacán, Pue.

Señor de todo mi respeto:

Las personas que, como enviados especiales fueron a esa ciudad en mi representación a recibir las órdenes que tuviera que comunicarme, me han manifestado que usted desea pase personalmente, no tan sólo a recibir órdenes, sino para permanecer en su estimable compañía algún tiempo. Con todo placer pasaría desde luego al lado de usted, pero tengo razones, en mi concepto, de peso, para temer que una vez reunidos en esa ciudad, varios de los Jefes del Ejército Libertador, nuestros enemigos, en su anhelo de debilitar los elementos sostenedores de la causa de la democracia, atenten contra nuestras vidas, cosa que sería de muy alta trascendencia para mi amada patria.

Esto, señor, no es un vano recelo, sino que reconoce por causas las revelaciones que, aunque anónimas, han llegado a mi poder.

Nada importaría que se perdiese mi vida, si de mi sola individualidad se tratara, pero como me considero uno de los que están dispuestos a sacrificarse hasta el último momento en defensa de nuestra santa causa, creo que la pérdida de mi existencia, por una maquinación increíble de nuestros enemigos, sería de alguna significación para el fin que perseguimos todos los buenos mexicanos.

Por estas razones, me permito rogar a usted tenga la bondad de dispensarme de obsequiar sus deseos, aceptando mi formal e irrevocable protesta de ser siempre fiel a los principios por usted sostenidos y proclamados y personalmente a usted, nuestro gran libertador.

Ruego a usted se sirva hacer presente a su heroica esposa, las más sinceras manifestaciones de mi respeto y admiración, aceptando usted con mi particular aprecio y deseo por su prosperidad, la subordinación y respeto de su afmo., atto. y S.S.

Emiliano Zapata

Madero insistió para que el viaje de Zapata se realizara a Tehuacán —en donde él seguía un tratamiento médico—, con esta otra carta un tanto extraña, pues está fechada en México, D.F., el 7 de agosto de 1911, cuando que estaba en Tehuacán por esos días, y, además, trata a Zapata de “muy estimado señor mío”, cuando era bien sabida la cordialidad con que se dirigía al cabecilla:

Contestando su última carta, me es grato manifestarle que aplaudo sinceramente su actitud y lo felicito por la lealtad desplegada, tanto por Ud. como por toda su gente, y le recomiendo seguir la misma línea de conducta que hasta ahora.

Vuelvo a repetirle que las aguas de Tehuacán son magníficas para curar la enfermedad que Ud. padece. Le aseguro que si pasa una temporadita allá se mejorará notablemente. Por lo tanto, vuelvo a repetirle que creo conveniente se vaya a pasar conmigo unos cuantos días.

Sin más por ahora, quedo como siempre su afmo, amigo y at. S.S.

DE DON FRANCISCO I. MADERO AL GENERAL
DON AMBROSIO FIGUEROA

México, D.F., a 9 de agosto de 1911.

Señor General Ambrosio Figueroa.
Iguala, Guerrero.

Muy estimado amigo:

En vista de las circunstancias tan difíciles porque atraviesa el Estado de Morelos, se ha decidido nombrarlo a usted Gobernador y Comandante Militar del Estado de Morelos. A la vez, seguirá usted con el mando de las tropas del Estado de Guerrero, a fin de que pueda usted movilizar libremente las tropas de un Estado a otro y llevar a Morelos todas las que necesite para pacificar completamente el Estado. Obre usted de acuerdo con las tropas federales que se van a mandar a Cuernavaca y que obrarán de acuerdo con usted.

La presente será puesta en sus manos por un enviado del señor Alberto García Granados, actual Ministro de Gobernación, persona apreciablesima a quien me permito recomendarle a usted en todos sentidos, para que atienda sus indicaciones como si fueran mías.

Espero de su patriotismo aceptará esa invitación y nos pondrá en su lugar a Zapata, que ya lo aguantamos, y me permito su amigo que mucho lo aprecia y Atto. S.S.

Francisco I. Madero

Lo que hace respetable y digna de admiración la figura de Zapata a pesar de todos sus excesos (fruto maduro de nuestra adolorida raza por herencia sanguínea de las dos líneas ancestrales; sacrificios humanos de los aztecas; matanzas del padre de la patria en Guadalajara y Alhóndiga de Granaditas; las abominables de Calleja) en su grande y tenaz amor por el mejoramiento de los campesinos de su clase, noble sentimiento del que se dio perfecta cuenta Madero, supremo anhelo de la Revolución, y que compartió, justo

y debido es decirlo, rindiendo tributo a la verdad, el otro gran primitivo, el genial guerrillero Francisco Villa. Este patriótico ideal une a las tres grandes figuras de la Revolución en la inmortalidad. Termino este tema trayendo a la memoria la feliz culminación de las relaciones de estos dos grandes hombres en los azarosos días del cuartelazo cuando Madero abandonó el Palacio Nacional y fue a Cuernavaca a traer el auxilio del fiel y adicto general Ángeles. En esa angustiosa situación, Zapata, con una grandeza de corazón que lo eleva a cien codos sobre las más altas cumbres humanas, olvidó recriminaciones y querellas y dio órdenes a sus tropas diseminadas a lo largo de la ruta, para que no molestaran ni perturbaran la acción que desarrollaban Madero y Ángeles para combatir el cuartelazo.

La obra de Madero en materia laborista, se inició casi a raíz de la toma de posesión de la Presidencia de la República, con la creación del Departamento del Trabajo que inició sus funciones en enero de 1912, en el local número 3 de la calle de Tacuba, siendo el primer director el licenciado Antonio Ramos Pedrueza. El Departamento del Trabajo se creó en virtud del Decreto del Congreso de la Unión, que promulgó Madero, y que es como sigue:

FRANCISCO I. MADERO, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed: Que el Congreso de la Unión ha tenido a bien comunicarme lo siguiente: El Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, decreta: Art. 1. Se establece una oficina denominada “Departamento del Trabajo”, dependiente de la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria.- Art. 2º. El Departamento del Trabajo estará encargado: I.- De reunir, ordenar y publicar datos e informaciones relacionados con el trabajo, en toda la República.- II.- Servir de intermediario en todos los contratos de braceros y empresarios, cuando los interesados lo soliciten.- III.- Procurar facilitar en el

transporte de los obreros a las localidades donde fueren contratados.- IV.- Procurar el arreglo equitativo en los casos de conflicto entre empresarios y trabajadores, y servir de árbitro en sus diferencias, siempre que así lo soliciten los interesados.- México, D.F., a 15 de diciembre de 1911.- Diario Oficial, Tomo CXVII, No. 41, de fecha lunes 18 de diciembre de 1911.

Esa Navidad, a medianoche, inauguró una escuela destinada a hijos de los numerosos obreros de la Colonia de la Bolsa, escuela que se convirtió años después en el internado para hijos de obreros, que lleva el nombre de “Francisco I. Madero”.

Madero, en su único Informe Presidencial a las Cámaras Legislativas, dice a este respecto:

En el Departamento del Trabajo de reciente creación, se hacen estudios de leyes sobre el trabajo, que se presentarán oportunamente a las Cámaras Federales para su aprobación.

La labor del departamento hasta hoy, ha sido de notoria utilidad, pues en el curso de este año, ha intervenido con éxito en el arreglo de SETENTA HUELGAS que se han efectuado en diversas fábricas, y ha prestado sus buenos oficios en todas las dificultades suscitadas entre obreros y patrones por diferentes motivos y en varias regiones del país, alcanzando buenos resultados con su intervención, porque casi siempre contó con la buena disposición de los industriales.

El trabajo más importante realizado por este departamento, es la *Convención de Industriales y Obreros*, llevada a cabo con el propósito de mejorar la condición de los operarios de las fábricas de hilados y tejidos, reglamentando el trabajo y *estableciendo una tarifa mínima uniforme y obligatoria* para todos los fabricantes de la República. *Estuvieron representadas en esa Convención, ciento quince fábricas, de manera que puede decirse que la mayoría de los fabricantes han hecho el pacto solemne de reducir la jornada de trabajo, elevar los salarios y establecer reglas equitativas para la valorización del trabajo.* Las ventajas obtenidas por los obreros nacionales con el reglamento y las tarifas aludidos, *han costado muchos años de lucha a obreros de*

otras naciones, y ese solo hecho constituye un timbre de satisfacción para el departamento del Trabajo y explica perfectamente la conveniencia de su erección.

Bajo el régimen de Madero, se constituyó la Confederación Nacional de Obreros de Artes Gráficas.

El comité organizador de la Confederación Nacional de Trabajadores.

En Rosita, la Unión Minera Mexicana.

En Torreón, la Confederación del Trabajo.

En Tampico, el Gremio de Alijadores.

En Veracruz, la Confederación de Sindicatos Obreros de la República Mexicana.

Y por último, la Confederación de Obreros Católicos.

El ya insigne historiador José C. Valadez, dice a este respecto estos bellos conceptos:

¡Hermosos días fueron éstos para México! Madero había ido más allá de las promesas políticas contenidas en La Sucesión y el Plan de San Luis; porque después de las primicias de una reforma política educativa, iniciada en diciembre de 1911 y de los primeros ensayos acerca de la economía rural, ahora el gobierno de Madero establece la jornada de diez horas de trabajo, proyectada la reglamentación de las labores fabriles para las mujeres y los niños y considera que las actividades del anarcosindicalista español Francisco Moncaleano, llevadas al fin de fundar una agrupación obrera nacional, son parte de las libertades públicas ganadas por la revolución.

Y de aquellas diligencias de Moncaleano, realizadas gracias a las libertades, empezó la organización de sindicatos, primero; de la Casa del Obrero Mundial, después; y como las luchas de los obreros, con las cuales quedaba inaugurado un nuevo capítulo de la Revolución, para obtener mejores condiciones de labores, se acrecentaron pronto, el señor Madero ordenó el establecimiento del departamento del trabajo.

Así, en octubre de 1912, los obreros de ciento catorce fábricas y talleres del ramo de hilados y tejidos en la república, quedan organizados sindicalmente, y en consecuencia, tratan directamente sus problemas con los industriales, y fijan una tarifa de *salarios y un reglamento de trabajo*; y el sueldo promedio diario, que era de un peso en Veracruz y de cincuenta y cuatro centavos en Querétaro, aumenta en un veinte por ciento. Sin embargo, como el gobierno desea seguir una política de “equivalencias”, con motivo de las ganancias obreras procura, a manera de compensación, un impuesto de ocho por ciento sobre el valor real de cada venta de hilazas y tejidos.

Todo eso da vuelo para que los adalides políticos penetren en otro campo de ideas sociales; y los nombres de Carlos Marx y Fernando Lasalle, no sólo suenan en el recinto del Congreso, sino que dan lugar a frases inesperadas y audaces, como ésta de don Jesús Urueta: “El origen de la propiedad está en la violencia”.

Madero siempre creyó que el Ejército debía integrarse por medio del servicio militar obligatorio, incorporando e instruyendo a jóvenes de todas las clases sociales al llegar a la edad apropiada y a ese efecto, presentó al Congreso la iniciativa correspondiente y pronunció un brillante discurso el 15 de octubre de 1912. Terminó ese discurso con esta bella frase:

Recuerdo que cuando don Benito Juárez, en Veracruz, promulgaba las Leyes de Reforma, alguien le dijo que no diera más leyes para que se calmara la opinión pública y contestó: “Pues si hemos de tener una guerra por cada nueva ley, que en una guerra se resuelvan todas”. Yo tengo la seguridad de que esta crisis porque atraviesa la República es transitoria, es una crisis saludable, crisis de crecimiento.

En materia de gobernación durante el breve régimen del presidente Madero, cabe decir que ciertamente no hubo paz en el país.

Cuando ascendió al poder ya estaba levantado en armas Emiliano Zapata y debo decir que Madero lo combatió para someterlo porque era imperioso, como supremo bien, que hubiera paz en el país, y hubiera sido posible resolver de acuerdo con él el agudo problema de tierras en el estado de Morelos, pues Madero de sobra sabía que ese problema era la causa de la perturbación en aquel estado, pero Zapata rehusó plegarse, no quiso ceder pretendiendo imponer sus ideales por medio de la fuerza de las armas.

Había además, algunos, bien pocos grupos armados de bandidos, que se habían incorporado durante el movimiento armado a cabecillas de la Revolución y que no se quisieron someter, porque se quedaron acostumbrados a las delicias del mando; partidas que ciertamente hacían daño por sus depredaciones, pero que nunca constituyeron un problema.

El primer levantamiento contra Madero, que murió sin haberse siquiera hecho sentir, y sin ser combatido, fue el del general Bernardo Reyes, pero las relaciones que este personaje de relumbrón tuvo con Madero, deben históricamente ser conocidas.

Ya hemos dicho que cuando estuvo Limantour en París en febrero de 1911, proyectaron que al regreso de Limantour a México, consiguiera que el general Díaz llamara al general Reyes para que asumiera la dirección de la campaña militar contra la Revolución, y no fue hasta que ya la Revolución estaba triunfante con las tomas de Ciudad Juárez y Torreón y la multitud armada rugiente en torno de la capital, cuando el gobierno le ordenó venir a México.

Ya venía en camino cuando el general Díaz se rindió y, entonces, sabedor Madero del plan en que regresaba a la patria el general Reyes, exigió al gobierno interino que lo detuviera en La Habana porque podría ser un peligro para la paz pública.

Entonces Rodolfo, por conducto de su compañero y amigo, el licenciado Rafael Hernández, gestionó con Madero su aquiescencia para que Reyes llegara a México.

Ya en México, Reyes buscó un acercamiento político con Madero, que casi llegó a ser amistoso y de buena voluntad. Reyes, que ya no tenía otro pensamiento que alcanzar la Presidencia de la República, creyó que al amparo de la libertad electoral proclamada por Madero, podría realizar el gran sueño de su vida; y así fue como Madero y Reyes convinieron en que guardando una amistad cordial cada uno de ellos, buscaría el triunfo de los comicios; y Madero, con su generosidad característica y creyendo que Reyes realmente era un patriota con valimiento propio, llegó hasta ofrecerle la Cartera de Guerra si él triunfaba. Y para sellar ese convenio, ambos firmaron en Tehuacán, el 2 de agosto de 1911, una carta dirigida al presidente interino De la Barra, en la que el general Reyes aseguró, *bajo su palabra de honor* (que nunca tuvo y que no cumplió), que si Madero triunfaba, respetaría la voluntad popular y que jamás ocurriría a la fuerza de las armas.

Reyes quiso imitar los procedimientos populares que empleaba Madero en su campaña política de propaganda; y organizó un mitin un domingo determinado que no pudo realizarse porque lo desbarataron a gritos, palos y pedradas, los residuos del viejo Partido Liberal encabezados por el ingeniero Camilo Arriaga, hondamente lastimados por aquel atentado salvaje que por órdenes

de Reyes, cuando era gobernador de Nuevo León, organizó y consumó su secuz, el licenciado Heriberto Barrón, disolviendo a balazos una convención política que ese partido trató de celebrar en el Teatro de la Paz en San Luis Potosí; alboroto en el que ciertamente tomaron parte algunos maderistas de Nuevo León, exaltados enemigos del general Reyes, encabezados por Vidal Garza Pérez.

Reyes, sin la menor pizca de razón, imputó a Madero este atropello, sabiendo de sobra quiénes eran sus verdaderos autores.

Esto sirvió de pretexto al general Reyes que, movido otra vez, ciego por su ambición de llegar al solio del Palacio Nacional para que a un mes escaso de haber asumido Madero la Presidencia de la República, tratara de levantarse en armas para derrocar a Madero.

La noche del 13 de diciembre de 1911, el general Reyes, acompañado del aristócrata licenciado David Reyes Retana, de su protegido Miguel Quiroga que disfrutó durante su gobierno del estado de Nuevo León la concesión de la jugada, y de su fiel Santos Cavazos, cruzó el río Bravo soñando que se le incorporarían seiscientos hombres armados (que traía en los sesos) y que por supuesto no los hubo. Así anduvo vagando, escondiéndose de rancho en rancho, hasta que, convencido de que nadie lo seguía, el día 14 espontáneamente, sin haber siquiera disparado la pistola, se presentó humildemente y se rindió al cabo de rurales Plácido Rodríguez, sin pena ni gloria.

Estuvo preso a disposición del juez de distrito, primero en el cuartel de zapadores y más tarde en la prisión de Santiago Tlaltelolco, soñando en la Presidencia de la República hasta el amanecer del nefasto 9 de febrero de 1913, en que fue ex carcelado por los

sublevados Félix Díaz y Mondragón, para ir a encontrar la muerte tratando de asaltar el Palacio Nacional, ¡el Palacio Nacional, su sueño dorado!

El general Pascual Orozco, que había hecho un papel brillantísimo en la primera etapa de la Revolución desde Malpaso, Pedernales y Cerro Prieto el 20 de noviembre de 1910, hombre rudimentario que por razón de su escasa cultura no supo controlarse al ser justamente aclamado como el jefe militar más encumbrado de aquella gloriosa epopeya, se dejó seducir por las prédicas pérfidas de los enemigos jurados de Madero, Esquivel Obregón y Oscar Braniff, y más tarde por la turba y numerosa satrapía, Terrazas Creel; y convertido en enemigo de Madero, con la ambición de llegar a la Suprema Magistratura, se sublevó contra el gobierno de Madero y, desde luego, fácilmente, toda vez que era el comandante militar del estado de Chihuahua, se apoderó de Ciudad Juárez el 27 de febrero de 1912.

El 5 de marzo siguiente celebraron los sublevados, con Orozco de jefe máximo, Emilio Campa, José Inés Salazar, Lázaro Alanís, Marcelo Caraveo; Antonio Rojas, Felipe S. González, J.J. Campos, Benjamín Argumedo, Demetrio Ponce, José Córdoba, David de la Fuente, una junta en la que acordaron reconocer como jefe de la Revolución al licenciado Emilio Vázquez Gómez y lanzaron un manifiesto en ese sentido, fundando su actitud en estos falsos y groseros términos:

La Revolución *Maderista fue nociva a la Patria*, porque desde que se inició, *fue incubada en germen de traición*; porque llevaba como principales elementos de combate, el *dinero yankee* y la *falange de filibusteros mercenarios* que sin ley, sin honor y sin conciencia, fueron a asesinar a nuestros hermanos. Porque sus *miembros directores eran*

solamente ambiciosos vulgares y sin escrúpulos; por la historia de traiciones y vilezas de los antecesores de Madero y porque aquella cuadrilla de bandoleros engañaban al pueblo e iban al nepotismo, al robo y a la VENTA DE LA PATRIA.

El pobre hombre don Emilio, voló a Ciudad Juárez a asumir el cargo de Presidente de la República que le otorgaba aquella sublevación; pero infortunadamente llegó cuando Orozco recibía de las generosas manos de *don Luis Terrazas cien mil pesos* para la revuelta y llegaba incorporándosele Gonzalo Enrile; Orozco cambió de rumbo, declaró glorioso y benemérito al Ejército Federal y lloró “el destierro del señor general Díaz, destierro que era una vergüenza nacional”. Pascual Orozco mandó encarcelar a don Emilio y casi en seguida lo libertó corriéndolo de Ciudad Juárez para el lado americano.

Fácilmente logró Orozco reunir una fuerza poderosa que llegó a seis mil hombres. Entre sus valiosos elementos de combate, se encontraban el general Luis Fernández con mil hombres, Marcelo Caraveo con quinientos, José Inés Salazar con mil quinientos. Además de los muchos ya mencionados en el Manifiesto, estaban con él Luis Murillo y Cheché Campos, ambos de La Laguna.

Su primer empuje hacia el Sur fue formidable y victorioso. En Rellano obtuvo un triunfo arrollador. Utilizó casi al empezar el combate una máquina loca de ferrocarril cargada con dinamita que hizo explosión en el centro mismo de las fuerzas del gobierno, provocando verdadero pánico y un desastre total, una derrota vergonzosa de las fuerzas federales, por mera falta de la debida precaución: cortar la línea del ferrocarril. El jefe del Ejército Federal era el ministro mismo de la Guerra del gabinete del señor Madero, general José González Salas, tan pundonoroso que no pudo soportar

la vergüenza de la derrota y sobre el campo mismo que combate se suicidó. Se mencionaron actos de heroísmo del teniente coronel Nicolás Martínez, de Monterrey, jefe de su Estado Mayor.

Todavía después lograron otra espectacular victoria capturando Canales, Campa Argumedo y Anaya el mineral de Pedriceña, Durango, muriendo Azcárate y el capitán Antillón. Victoriosos, fusilan al capitán Lorenzo Aguilar, primo de Madero.

Fueron muy fuertes las consecuencias de esta derrota para el gobierno de Madero, porque además del desprestigio consiguiente, alentó en otras partes de la República a otros pequeños grupos de rebeldes. La situación en La Laguna, en torno de Torreón, llegó al extremo de que quedó incomunicado por todos rumbos, rodeado de enemigos muy agresivos entre los que se destacaba el formidable guerrillero Benjamín Argumedo.

A la sazón era mi hermano Eugenio presidente municipal de aquel industrioso centro agrícola, y tuvo valerosamente que hacer vigoroso frente al enemigo para conservar la plaza a favor del gobierno. Mi hermano era muy popular y muy querido de toda la gente, y así logró formar dos grupos de patriotas acérrimos partidarios de la Revolución, un batallón con nada menos que tres mil hombres, que llevaba el prestigiado nombre de “Torreón”, y otro de sólo seiscientas plazas integrado en su totalidad por ferrocarrileros que se aprestaban valientemente para abrir y mantener las comunicaciones ferrocarrileras y que precisamente por eso se denominó “Batallón de Ferrocarrileros”.

Madero se apresuró a formar bajo el mando del general Huerta un nuevo núcleo de fuerzas federales, que combatiera la sublevación de Orozco.

Huerta, como quiera que sea, era todo un general, con ya larga experiencia, muy inteligente, astuto, ésta era su cualidad característica, valiente sin duda alguna, muy bien preparado en el Colegio Militar, discípulo con notas superiores en su carrera de estudiante. Había hecho al frente del tercer batallón de infantería la campaña contra los rebeldes en el estado de Guerrero que encabezaba el general Canuto Neri que se rindió con la condición de que se salvara su vida y allí cometió su primera felonía asesinándolo. Más tarde tuvo a su cargo la campaña contra los indios mayas en el territorio de Quintana Roo.

Huerta, muy avezado en las lides militares, preparó y organizó con toda calma la columna militar con la que iba a derrotar a Orozco. Llevaba un grupo de técnicos artilleros de lo más selecto a las órdenes de Rubio Navarrete, Enrique Gorostieta, Lauro Cejudo, los dos hermanos Caloca, zacatecanos, que disuelto el Ejército Federal lealmente se incorporaron a la Revolución, Miguel Barrios, Alberto Rodríguez. Sirvió de retén de la artillería en los combates que tuvieron efecto el Batallón de Ferrocarrileros con mi hermano Eugenio a la cabeza, haciendo un papel brillante. Huerta llamó pomposamente División del Norte a sus fuerzas que llegaron a sumar cinco mil hombres. Llevaba el 15, 17 y 23 Batallones, el 8º. y el 56 Cuerpos Rurales, el 20 Regimiento de Zapadores, los voluntarios de Xico, un cuerpo denominado Carabineros de Nuevo León formado por el general Jerónimo Treviño y mandado por Emilio y Raúl Madero. Los generales más destacados que iban al mando de las unidades federales eran Antonio Rábago y Trucy Aubert. En Torreón se incorporó mi hermano Eugenio con sus tres mil seiscientos hombres. Ya tenía noticia de que en lugares determinados de la ruta se le incorporarían fuerzas revolucionarias al mando de los generales revolucionarios

Francisco Villa, Maclovio Herrera y Manuel Chao, que se habían mantenido leales y andaban en Chihuahua a salto de mata y con ellos como jefe y patriarca, el grande, el heroico, el leal entre los leales, don Abraham González.

La División del Norte del general Victoriano Huerta, llamémosla así para distinguirla de la que formó y mandó el general Francisco Villa que acabó con él, con su gobierno, desgobierno y con el cuartelero Ejército Federal, salió de Torreón rumbo al Norte a batir a Orozco el 12 de abril de 1912.

El 10 de marzo, cuando Huerta ya estaba organizando su División del Norte, el general Francisco Villa se enfrentaba valerosamente a los rebeldes de Orozco y en un encarnizado combate contra los rebeldes de Cheché Campos, reforzado durante la refriega por el general Luis Fernández, les arrebató la entonces hacienda del Tlahualilo.

Iba en camino el general Huerta y al llegar a Mapimí cometió una de sus innumerables infamias, pues temeroso de que los revolucionarios que iban con él y los que se le incorporarían en la ruta, sobrepasaran en número a sus fuerzas federales, una bella y calurosa mañana, a pretexto de práctica de ejercicios militares mandó preparar un largo tren con carros de caja vacíos, provistos de puertas con rampas, y como si se tratara de una de tantas evoluciones militares, fue metiendo a los voluntarios de Torreón, que iban todos desarmados, en los carros de caja; cerraron con candados por fuera las puertas y los devolvió, no ciertamente para dejarlos libres en Torreón, que hubiera sido suficiente para sus designios, sino que por medio de las Comandancias Militares más lejanas los dispersó en toda la vasta extensión de México.

Valientemente protestó mi hermano Eugenio pero la infamia estaba consumada.

Al llegar la columna a Jiménez, Villa iba a la vanguardia y ya sabía que los ricos señores Ruseck, enemigos como todos los ricos, de la Revolución, tenían caballos muy finos y apenas entrados a la plaza se apoderó de una yegua finísima. Al llegar Huerta alguien le informó de aquello y como Huerta no tenía otra preocupación que abatir y dominar a los revolucionarios; aprovechó la oportunidad para deshacerse de él y sin consejo de guerra ni la menor formalidad legal inmediatamente le mandó formar cuadro para fusilarlo *por ladrón*, pero intervinieron rápidamente a su favor Emilio y Raúl Madero y hasta el general Rubio Navarrete; Huerta le perdonó la vida, pero lo mandó preso a México, consignado a Justicia Militar por el delito de pillaje.

Yo fui su defensor y nada pude hacer en su favor. No cabía la libertad bajo fianza. Sobraron lastimados, alentados por Huerta, que declararon en su contra. Madero, fiel a sus ideas y principios, justa y debidamente no atendió mis súplicas de recomendarlo dejando a los jueces en completa libertad de acción. Villa nunca pudo entender que Madero no pudiera darlo libre y tenía un secreto e injusto resentimiento en su contra. Hasta que al fin se fugó.

La primera gran batalla se libró en Conejos el día 11 de mayo; fue muy dura y sangrienta, duró unas doce horas, acabando con la retirada en más o menos orden de los rebeldes de Pascual Orozco.

Las fuerzas de Orozco en su retirada encontraron un lugar muy apropiado para la defensa sobre la vía del Ferrocarril Central, el Cañón de Rellano en donde se atrincheraron adueñados del lomerío.

Allí los batió Huerta con completo éxito, que se debió a la eficacia de la artillería manejada por técnicos expertos de primer orden, la que hizo mortandad. El combate tuvo efecto los días 22 y 23 de mayo y duró veintidós largas horas. Durante la noche Huerta, que no descansa, que no duerme y que sólo tenía su coñac para entonarse, astutamente los envuelve. Al amanecer casi en la semioscuridad de la alborada, los batallones Xico y Mariano Escobedo atacan de frente dos veces, y las dos veces son obligados a retirarse. Pero con toda oportunidad acuden en su auxilio las fuerzas de Villa y los carabineros de Emilio y Raúl Madero, con los tres a la cabeza del ataque, además del Batallón de Ferrocarrileros con mi hermano Eugenio al frente y, al filo de las tres de la tarde ocupan el último reducto rebelde en el Cerro del Triángulo dejando en el campo seiscientos muertos, más de mil heridos que se quejaban lastimeramente, en tanto que las bajas del ejército comandado por Huerta apenas llegaban a cien entre muertos y heridos. El enemigo huyó a la desbandada.

En el cañón ya tan renombrado de Bachimba, se celebró el día 3 de julio la última función de armas, que duró de las ocho de la mañana a la dos de la tarde con la definitiva derrota del ejército rebelde de Pascual Orozco, sin quedar siquiera guerrillas dispersas que alteraran el orden. Orozco y los principales jefes huyeron a buscar refugio en el lado americano.

Todavía ocurrió otro movimiento armado que alteró la paz y fue motivo de agitación e inquietud, pero que también como el de Orozco, fue fácilmente sometido.

Félix Díaz, el sobrino de su tío el dictador, pretendía tener derecho al trono y hábilmente sedujo al coronel Díaz Ordaz, jefe del 21 Batallón que guarnecía la ciudad de Orizaba.

El día 15 de octubre, en la noche y en trenes especiales que ordenó, salió con sus tropas rumbo a Veracruz adonde llegó la mañana del 16, apoderándose rápidamente de la plaza, haciendo prisioneros al comandante militar brigadier José Hernández, proclamando la caída del gobierno de Madero y al brigadier Félix Díaz, presidente interino de la República, rindiéndole desde luego los honores militares correspondientes a tan alto grado.

Se incorporaron a los rebeldes una fracción del 19 Batallón que estaba de destacamento en el puerto y la batería fija con seis cañones nuevos y algunos antiguos de escaso valor táctico.

El general Hernández logró escaparse del cautiverio y, leal al gobierno, se atrincheró en el castillo, prisión de San Juan de Ulúa. La armada del puerto, gracias también a la lealtad del comandante Azueta, quien removió y apresó a los oficiales de la armada que estaban comprometidos con los alzados, se mantuvo leal al gobierno de Madero.

El gobierno organizó una columna al mando del general Joaquín Beltrán para ir a recuperar la plaza, que estuvo formada por los Batallones 2, 11 y 18, al mando del teniente coronel Ocaranza, coronel Jiménez Castro y brigadier Agustín Valdés. Los voluntarios de Xico al mando de los capitanes Limón y Preciado; dos baterías de campaña al mando de los capitanes técnicos de artillería Oropeza y Prida, y tropas irregulares al mando del general revolucionario Rafael Tapia. Se movilizaron también contra Veracruz fuerzas que estaban en el Istmo de Tehuantepec a las órdenes del brigadier Zozaya, las que se encontraban en Jalapa a las órdenes del general Celso Vega; cuerpos de rurales integrados por ex revolucionarios que guarnecían Tehuacán, Perote y Tierra Blanca, y a los brigadieres Dávila y Gustavo Maas para que cooperaran en el ataque.

El general Beltrán, al llegar frente a Veracruz, circunvaló la plaza con sus tropas, aprestándolas para el ataque. Félix Díaz le envió emisarios y misivas invitándolo a entrar en la rebelión e igual hizo con los demás generales que mandaban las fuerzas que lo iban a atacar, y a pesar de que rotundamente rechazaron sus invitaciones, ingenuamente creyó siempre que no se atreverían a atacarlo y acabarían uniéndosele.

El 23 de octubre se lanzó el ataque: avanzó por el norte Jiménez Castro con sus tropas, entró hasta la terminal, internándose por las calles de Morelos, Independencia y 5 de Mayo. Al oriente, por el Parque Ciriaco Vázquez, entró el general Valdés. Por el sudoeste, Celso Vega hasta llegar al Hospital Militar. La artillería, a las órdenes de Maas, desde los primeros disparos dominó a los rebeldes. La casa redonda fue desalojada al segundo disparo. El oficial que mandaba la fuerza que la ocupaba, comprendiendo que la construcción no tardaría en desplomarse, abandonó el edificio replegándose hacia el centro de la ciudad, y el coronel Jiménez Castro que mandaba la fuerza de ataque por ese lado vio el movimiento y los atacó rudamente, los puso en desorden y emprendió su persecución.

El teniente coronel Ocaranza llegó con sus tropas hasta la jefatura política sin encontrar resistencia, se adueñó del edificio, subió la escalera y allí se encontró con Félix Díaz, quien acompañado de varios paisanos y dos ayudantes, descendía de la azotea.

–Es usted mi prisionero –dijo el jefe federal.

–¡Cómo! –replicó Díaz –, ¿no se ha pasado usted a mi causa?

En esos momentos se presentó el coronel Jiménez Castro y le exigió sus armas. Félix se quitó entonces la capota de hule y entregó al general Valdés, que también llegaba, un máuser que llevaba terciado y la pistola que portaba en la cintura. Sus acompañantes también dócilmente entregaron sus armas y la plaza quedó en poder del gobierno.

Rendido Félix Díaz, todas sus fuerzas se desbandaron y los jefes y oficiales corrieron a esconderse y a huir. Díaz Ordaz, el más comprometido de todos, fue escondido por unos comerciantes españoles y cuando se relajó la vigilancia salió de la ciudad disfrazado de lechero. Al salir de la ciudad en un changarro de las orillas se detuvo a tomar unas copas, pero un policía que entró lo reconoció, lo aprehendió y lo entregó al cuartel general.

Al saber Madero la captura de Veracruz y la aprehensión de Félix Díaz, mandó en el acto al capitán Garmendía, yerno del general Beltrán, con instrucciones para que se sometiera al rebelde a un consejo de guerra y si era condenado a la pena de muerte, se le ejecutara sin demora. El consejo, que estuvo integrado por los brigadieres Celso Vega y Gustavo Maas, coroneles Zaldo y Figueroa y presidido por el brigadier Rafael Dávila, se reunió el 24 de octubre, y sin interrumpir sus funciones, dictó sentencia el 25 condenando a la pena capital a Félix Díaz, al coronel Migoni, y al mayor Eduardo Zárate; al teniente coronel Salustio Lima, a los capitanes Manuel Mallén, Hermilo Martínez y teniente Óscar Camacho, a la pena de prisión por diez años. Absolvió al teniente de la Armada, Vicente Solache y al paisano Tejedor Pedroso.

Los parientes, amigos y partidarios de Félix Díaz, tuvieron tiempo para pedir con toda oportunidad amparo ante el juez de distrito de

Veracruz, el cual concedió de inmediato la suspensión de la ejecución. Y Madero, seguramente con íntimo secreto anhelo, acató la orden del juez y Félix Díaz salvó su vida para, tres meses más tarde, corresponderle asesinandolo.

No quiero desaprovechar esta ocasión para exhibir una vez más la actuación del embajador Henry Lane Wilson, en boca del imparcial historiador Mancisidor, quien a este respecto dice:

A Mr. Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos, le pareció excelente la idea de una restauración y expuso en la prensa americana su criterio favorable al brigadier, y con absoluta falta de instinto político, seguro del éxito de la nueva rebelión, auguró bienandanzas a México, bajo un segundo porfiriato.

También quiero hacer conocer la contestación que Madero les dio a las damas de la aristocracia que fueron a verlo al Castillo de Chapultepec, implorando la salvación de la vida del caudillejo:

Señoras: Yo no soy más que el ejecutor de la ley, y *tan indigno sería para mí el perdón como la venganza*. Yo no aconsejé al Sr. Félix Díaz que se alzara en armas apartando de la obediencia a dos batallones y tampoco lo he condenado a muerte por su deslealtad y rebeldía. Un consejo de guerra lo ha juzgado en que tomaron parte jefes pundonorosos del ejército. Yo no he de interponerme entre la ley y Félix Díaz. Si algún recurso legal puede amparar su vida, que se ponga en práctica (aconsejando el amparo). Yo no lo salvaré pero tampoco lo ajusticiaré. Una coincidencia providencial hace que un consejo de guerra condene a muerte a Félix Díaz en el mismo lugar donde inicuaamente fueron asesinados tantos infelices por orden del dictador. Esos individuos tenían madres, esposas e hijos y nadie imploró por ellos misericordia, y se les vio fusilar fríamente con suprema indiferencia. ¿Y cuál fue su crimen? Amar a México y anhelar su libertad. También los soldados leales que acaban de caer en Veracruz en defensa de las instituciones tenían madres, esposas e hijos y Félix

Díaz fue la causa de su muerte. Yo no soy vengativo creo haber dado pruebas de lo contrario. Pero la piedad tiene su límite y en un jefe de Estado es un crimen lo que en un particular es una virtud.

Hubo, durante el breve régimen maderista, disturbios de otro orden que deben conocerse, y algún complot de ópera bufa de los que paso a hacer mención.

Los estudiantes de la Escuela de Jurisprudencia, una vigorosa y agitadora minoría, se sumaron a la reacción porfirista y aprovechando alguna medida disciplinaria del director que era nada menos que el veterano, inteligentísimo, honrado y valiente, gran patriota y gran revolucionario licenciado Luis Cabrera, organizaron mítines escandalosos y alharaquientos, con el objeto de que lo quitara Madero de la dirección de la escuela. La finalidad no era otra que cooperar con la reacción al desprestigio del gobierno y de la Revolución. Y Madero, como de costumbre, se mantuvo firme; los estudiantes reaccionarios, con la ayuda eficaz de las lumbreras del Partido Científico, los licenciados Macedo, Rabasa, Rodríguez, etc., en son de protesta fundaron la Escuela Libre de Derecho, fueron campeones, líderes máximos de aquel movimiento reaccionario, me causa pena decirlo, los licenciados Ezequiel Padilla y Emilio Portes Gil, más tarde revolucionarios nada menos que izquierdistas, con Obregón y con Calles.

En la Escuela Nacional Preparatoria de San Ildefonso, los turbulentos muchachos imitaron el ejemplo, se declararon en huelga y el gran maestro e inmaculado revolucionario José Vasconcelos, también fue derrocado de la dirección en esa escuela.

Ciertamente no todos los estudiantes de aquella azarosa época fueron hostiles a la Revolución; creo haberlo dicho ya, y me

complace repetirlo. En agricultura, San Jacinto, dieron una excelsa nota de valor, patriotismo y revolucionarismo muchachos que llegaron a estrellas fulgurantes de la Revolución: Luis L. León, Marte Gómez, Bojórquez y otros que no llegaron a la cumbre, pero que deben figurar en las páginas de la Historia: Guillermo Fuentes Dávila, Iturrios, y quizá se me escape de la memoria algún otro.

En medicina se destacaron Francisco Castillo Nájera, de una inteligencia y cultura portentosa, que hizo un papel brillante como embajador en Washington, y en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el doctor Alfonso Alarcón, firme en sus principios, hombre limpio y gran orador.

El complot de ópera bufa lo organizó nada menos que el general Reyes, su hijo Rodolfo y sus secuaces; lo encabezaban dos generales de escasísimo prestigio: Melitón Hurtado e Higinio Aguilar, creyeron corromper a fuerzas de la guarnición y descubiertos, fueron a esconderse en tumbas vacías del cementerio de Dolores, de donde los sacaron casi muertos de hambre, para volver quietamente a sus hogares; pretendían asesinar a Madero, libertar a Reyes y que Aguilar asumiera la Presidencia Interina haciendo la elección a favor de don Bernardo.

Otra grave perturbación de la paz que ocurrió antes de que Madero asumiera el poder, casi al triunfo de la Revolución y que debe mencionarse aunque sea fuera de orden cronológico, fue la invasión que provocaron los Flores Magón con aventureros americanos del territorio de la Baja California, arrebatándola del pabellón mexicano para establecer allí una República Independiente Socialista; aventura, pues no fue otra cosa, que fracasó debido al

heroico patriotismo del pueblo de la Baja California, que se levantó en masa airado contra ese repugnante atentado que fue el trágico, triste y bochornoso fin de la valiente obra patriótica que tiempo antes llevaron al cabo como opositores del régimen autocrático del general Díaz, que en aquel entonces inflamó al pueblo de la República.

Y vuelvo a rebatir la mendaz calumnia de la incapacidad de Madero.

Cumplir con el deber no es una función intelectual. Es un imperativo sentimental. Sentido del deber para con nuestros semejantes, altruismo; para con el Estado, civismo; para con la patria, patriotismo. Abandonar la plácida vida del hogar, las comodidades que proporciona la riqueza, los goces sanos y lícitos de la vida social de la provincia, deberes que no percibe ni discute esa gente que sólo se preocupa por sus comodidades e intereses, no es tontería ni cosa que se le parezca, es grandeza de corazón, nobleza del alma, espíritu ansioso de buscar, de encontrar, de conquistar el bienestar de los otros, para lo que se requiere arrostrar molestias, sinsabores, peligros, sufrimientos porque sólo a ese gran costo, se alcanzará la realización de los ideales. Y Madero se lanzó a la lucha plenamente consciente de lo que significaba su esfuerzo.

Pertenezco por nacimiento a la clase privilegiada, mi familia es de las más numerosas e influyentes en este Estado y ni yo ni ninguno de los miembros de mi familia, tenemos el menor motivo de queja contra el general Díaz ni contra sus ministros, ni contra el gobernador del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales. El único sentimiento que me guiará, será el amor a la patria.

Otros de los enemigos no pudiendo inculparle cargos de gravedad, ni robos, ni asesinatos, ni atropellos, ni encarcelamientos, ni atentados contra la libertad o contra la propiedad, se contentan con darle arañazos declarándolo tonto porque carece de malicia, *porque no es mal pensado, porque carece de sagacidad y astucia*. Cualidades o capacidades, abiertamente opuestas a las virtudes características de su temperamento.

Su ministro Calero, que era sin duda alguna una gran inteligencia, muy observador y muy capaz para juzgar atinadamente a las personas que trataba, dice de él con grandísimo acierto: “Madero tenía todos los defectos propios de sus virtudes”. Madero no podía ser malicioso o pensar mal de las gentes, porque era un espíritu puro, limpio y creía que manchaba su pensamiento aceptando las insinuaciones, sospechas, inculpaciones o cargos que se hacían a las gentes y no las aceptaba hasta tener la evidencia de ser ciertas.

Es evidente que tal pureza de pensamiento es una virtud, NO TONTERÍA.

Para aquella gente, ¿gente?, ¡gentuza! Un presidente que los domingos paseaba a caballo en compañía de un ayudante por los alrededores pintorescos de la capital, o jugaba tenis en la cancha del castillo y que por las tardes asistía al Club Campestre, Country Club, a solazarse bailando. Un presidente afable, que tenía la sonrisa a flor de labio y que se enternecía y dejaba brotar las lágrimas al oír la sentida y emotiva oración fúnebre que Chucho Urueta pronunció en los funerales del maestro Justo Sierra. Un presidente que lloraba, no podía ser otra cosa que un tonto, un tonto de solemnidad. Para ellos, un presidente debe ser todo un

“macho”, macho a la mexicana: mujeriego, jugador de gallos y albures, a lo Santa Anna; un matón asesino, a lo Leonardo Márquez, a lo Porfirio Díaz, a lo Victoriano Huerta. Pero un hombre sencillo, bueno, puro, que sonríe y no encarcela, ni mata, no tiene la capacidad, ni la inteligencia, ni la habilidad necesarias para ser Presidente de la República.

Hay, historiador y por cierto muy inteligente y muy leído, que declara tonto a Madero por espiritista. Un espiritista es necesariamente un tonto. ¿Medirá Blanco Moheno con el mismo rasero a sabios consagrados como Camilo Flamarión, como César Lombroso, como Mauricio Maeterlinch, espiritistas tan espiritistas como Madero? Para él tontos, tontos.

Pero, ¿era Madero real y positivamente “un tonto”?

Sin duda alguna, su actuación demuestra su alta capacidad intelectual, porque lo que él hizo, lo que llevó a cabo es, quiéranlo o no sus enemigos, extraordinario. Supo desarrollar una lucha política que no tiene paralelo en la Historia de México y supo alcanzar la victoria, derrocar al tirano y firme y tenazmente, hacer efectivos convirtiéndolos en realidad los altos ideales, los principios que lo impulsaron a la lucha. ¡Y eso no lo hace un tonto!

Recorrió el país haciendo propaganda a su noble causa, pronunciando discursos improvisados que no serían modelo de retórica, pero que llegaban al corazón del pueblo, lo conmovía y lo arrastró a la lucha armada. ¡Y esto no lo hace un tonto!

Inteligencias superiores de la más alta categoría, reconocen y admiran no sólo sus actos sublimes, sino su alta capacidad intelectual.

Su ministro Manuel Calero, que se convirtió en su enconado enemigo, ya lo dijimos en otra ocasión, pero me complace repetirlo, dice así:

...A Madero no le faltaba la penetración necesaria para comprender un negocio complejo por complicado que fuera, ni era raro que le ocurrieran resoluciones felices para los asuntos que los ministros llevaban al acuerdo presidencial” (*Un decenio de la vida política de México*, página 81).

Y Vasconcelos en *Ulises criollo*, juzgando el desacertado nombramiento de Huerta como comandante militar para combatir el cuartelazo de la Ciudadela, dice:

... Toda la ciudad vio la carnicería y la traición. *Y Madero no ve*, exclamaban todos. O no vio a tiempo o creyó más oportuno contemporizar, entregándose a lo irremediable; extremándole a Huerta la confianza para desarmarlo, y por lo mismo que ya se sentía en sus manos. Esta hipótesis, sin embargo, parece contraria al carácter decidido de Madero. Su valentía instintiva se hubiera rebelado de transigir con un canalla. Lo más probable es que el destino al consumir fines tortuosos, *ciega a los más lúcidos* en el instante en que va a destruirlos. Sobreviene una especie de parálisis la víspera de las derrotas injustas pero inevitables. *La maldición que pesa sobre nuestra patria*, OSCURECIÓ LA MENTE DEL MÁS DESPEJADO de sus hijos. Entorpeció la acción del *más ágil* de sus HÉROES. A Madero *lo envolvió LA SOMBRA*. ¿Qué gran destino ignora estos eclipses? De la penumbra *saldría él* limpio y GLORIOSO, cometa rutilante de la historia patria.

Y en el capítulo *La apoteosis del crimen* [página 255, dice]: No era Madero un político de oficio, ni un demagogo. *Su ideología iba más allá de sus planes*. Lo sostenía la convicción *de que es el ideal una fuerza*, el progreso sí encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino, y sí liberal tolerante *con programa agrario*. *Creía en el poder del espíritu*, sobre el complejo de las cosas y los sucesos. Era, en suma, *una de esas figuras llamadas*

a forjar la historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros.

La Revolución tuvo un único caudillo limpio que precisamente no quería hacer Revolución sino civilización: ese caudillo, fue Madero. Después de Madero no ha habido, sino demagogos al servicio del capitalismo yankee, perfectos, malvados algunos de ellos, como el maestro de toda la situación actual. Plutarco Elías Calles, perturbador de toda la economía nacional.

El licenciado Flavio Guillén, intelectual consagrado, que fue gobernador del estado de Chiapas durante el fugaz régimen de Madero, dice así:

Primeramente, Madero no fue ni escaso de facultades, ni débil como otros creen. *En cuanto a inteligencia, imaginativa, penetrante y rápida, indudablemente que pertenece a los talentos superiores. Lo que es inteligente, Madero fue en grado sumo.*

También quiero repetir, porque hay que incrustar en el pueblo a machamartillo, con barrena, tal y como la reacción obró difundiendo la infamia de la tontería de Madero, la opinión autorizadísima del brillante literato Andrés Iduarte sobre la inteligencia de Madero:

No lo entendieron quienes no tenían sus quilates y lo siguen ignorando quienes no lo han leído. *¿Cuántos recuerdan su libro, inteligente, penetrante “La Sucesión Presidencial en 1910”?* No fue un erudito, no era escritor, pero SÍ UN HOMBRE TAN ALTO Y TAN HONDO, de los hombres que saben más y *escriben mejor que los eruditos y los escritores; llegan arriba y adentro AL CIELO Y AL CORAZÓN* y él llegó a los del pueblo. La jauría lo mordió y él no tuvo más que compasión por la jauría, A MIL CODOS de ella, *no la temía* sino la AMABA, triste parte pero parte al fin de la HUMANIDAD que era su arcilla.

Lamicq, el autor francés de *La Parra, la Perra y la Porra*, que posteriormente, muerto ya Madero, bautizó sus posteriores

ediciones con el nombre de *Madero*. Era en la primera década del siglo, agente vendedor de vinos franceses en México, recorría continuamente para hacer sus ventas, todos los pueblos de la República y así fue como conoció a Madero, que era su cliente desde antes de que Madero iniciase sus trabajos políticos; y desde un principio, tanto por su trato directo con él, como por la información de las personas del lugar y de los demás pueblos de La Laguna, se formó un concepto muy alto de Madero y siguió su carrera patriótica con verdadero apasionamiento, hasta llegar a ser uno de sus más exaltados admiradores, totalmente desinteresado, como extranjero en este país, al grado de escribir su libro al principio con su nombre original, como una réplica contra la malévolos reacción que se cebaba en Madero, de allí su nombre *La Parra*, alusiva a la planta, la vid productora de uvas característica de Parras, lugar del nacimiento del *Apóstol*; *La Perra*, alusiva a la canallezca caricaturización de la fidelidad de su esposa Sarita y *La Porra*, creación de la mente malévolos del periodista Sánchez Santos con la perversa finalidad de atacar a don Gustavo. Y hago la presentación de Lamicq, que publicó sus obras bajo el seudónimo de "*Crater*", para que el lector se dé cuenta del mérito que tiene, del más absoluto desinterés del autor. Fue un exaltado admirador de Madero, porque le nació serlo al conocer su grandeza.

El epígrafe de su obra, que adoptó Taracena al escribir la biografía de Madero y que ahora yo mismo adopto para mi libro, pinta la exaltada admiración de su autor. *Los espíritus más justos y eminentes, se asombrarán un día, hasta el éxtasis, de la ideal perfección de Madero.*

Sigue adelante Lamicq, en la página 41 del capítulo "*El dolor mexicano*", nos informa la alta opinión que el doctor Paul Viollet,

presidente de la “Sociedad para la defensa y protección de las razas indias” y catedrático de sociología en la Escuela de Derecho de París, tenía de Madero, en cuya boca pone estas palabras: “Admira que la figura de Madero tan original por su obra y por sus virtudes, y no obstante ser una de las más originales figuras de la historia contemporánea, fuera tan desconocida en Europa”.

En Estados Unidos, durante el gobierno del presidente Madero, gobernaba aquel país el presidente del Partido Demócrata William Taft y cuando ocurrió su derrocamiento, estaba a punto de inaugurar su administro el sabio profesor de la Universidad de Princeton Woodrow Wilson, también demócrata, que era como Madero un idealista, con el cual la prensa americana lo asemejaba, y es así como Lamicq, en la página 49 de su capítulo “El dolor Mexicano”, expresa el criterio que sobre Madero y su muerte sustentaba el presidente Wilson. Dice así:

Ni Roosevelt ni Taft habrían detenídose seguramente en considerar los asuntos del Estado bajo este especial punto de vista; pero Woodrow Wilson es una personalidad fuertemente idealista. Un hombre que no pretende otra gloria, que como dice él mismo: “un maestro de escuela que sueña con la honradez entre los pueblos y que no servirá de instrumento a las ambiciones solapadas de maquiavelos mexicanos”; un hombre que orgulloso de su título de primer ciudadano de un gran pueblo, se enfrenta a los *trusts* en nombre de los intereses de las masas; un hombre, en fin, *que por mil conceptos tiene que haber sentido tanta admiración por Madero*, con quien tenía tantas afinidades, tanta semejanza, o podía experimentar por su asesino otro sentimiento que el de la más invencible repulsión. Tan franca es esa repulsión, tan alta la dignidad de este gran repúblico, que cuando tiene que referirse al traidor, pasando por todos los usos protocolarios, lo llama simplemente Victoriano Huerta.

Muy valiosa es la opinión del presidente Taft sobre la inteligencia y virtudes de Madero, la cual también se encuentra en la misma obra de Pierre Lamicq, página 98. Dice así:

En su número del 31 de abril de 1914, *El Heraldo de Cuba*, publica un artículo del Presidente Taft relativo a la política mexicana de Woodrow Wilson. De él extraigo el siguiente párrafo que no dejará de sorprender a ciertos mexicanos que, sin atreverse ya a desconocer la buena fe de Madero, se empeñan en declararlo loco o en negar por lo menos su inteligencia: “Madero se equivocó también (Mr. Taft se refiere en los párrafos anteriores a los errores del general Díaz), él no estaba indicado para aquella situación porque no era militar y porque era un hombre *generoso y caballeroso*, un Woodrow Wilson mexicano y, entiéndase bien que esto no significa *desdén* por nuestro Presidente, sino *por lo contrario, mi convicción del talento y virtudes* de aquel desgraciado víctima de... las circunstancias ayudadas por Huerta.

No se puede hablar de la obra de Lamicq sin traer aquí algunos de los elevados conceptos que este escritor expresa sobre Madero y lo hago para que el lector comprenda bien las grandes virtudes que lo adornaban.

Juzgando su obra caritativa en años de sequía en La Laguna:

En una palabra su corazón noble y bueno, siempre estuvo dispuesto a consolar y aliviar las desgracias de los de abajo, y su bolsillo siempre estaba abierto para toda obra benéfica o caritativa. Practicó la caridad sin mira bastarda alguna: *hizo el bien por amor, al bien mismo y sin alarde ni sonrojos, para el desgraciado en la forma de sus dádivas, pues la delicadeza de su corazón fue siempre excesiva.* (Madero, página 10)... De Madero puede decirse lo que Humboldt de Lamartine: Un cometa cuya órbita no ha podido calcularse aún. Cuán pocos son, en efecto, los contemporáneos del Apóstol capaces de abrazar con la mirada todo el curso del astro (*Dolor mexicano*, página 94)... El valor santo y sereno de Madero, no se manifestó nunca en la fuerza bruta,

sino en una formidable lucha intelectual que puso en juego estos tres altos y hermosos atributos que tan raro es ver reunidos: Rectitud, valor y benevolencia... Simboliza en Madero el moderno pensamiento de *fraternidad ibero-azteca*, porque Madero fue el *único de los gobernantes de América*, Juárez inclusive, *cuya inteligencia pudo abarcar en toda su extensión, el gran problema de justicia y de paz que tanta sangre ha costado a la desventurada patria de Cuauhtémoc*. Criollos, indios, mestizos (página 45)... Cuán difícil es conformar su vida con sus sentimientos, sus ideas con sus actos; también en este punto, Madero es perfecto, amaba a los animales y no comía carne, ¿qué apóstol ha tenido, como él, la oportunidad de demostrar su sinceridad? Predicó las virtudes privadas y cívicas y *jefe de su país, practicó todas (bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad)*... Madero es el hombre lógico por excelencia ... Madero, alma pura, alma de aurora...

Cuando yo le exponía mi proyecto de redención del indio por el criollo, aquel Presidente de 40 años, aquel gran obstinado de la fe, contestó moviendo expresivamente la cabeza: *Yo sólo tengo fe en el pueblo humilde*. ¿Con quién hicimos la Revolución? Y volviendo hacia uno de sus amigos que lo acompañaba: ¿Verdad que no la hicimos con los bombines? Con la libertad todo vendrá de añadidura como en el evangelio. Transmito estas palabras a la Historia, expresan el estado de alma de aquel gran sincero, un mes antes de su caída.

Madero fue siempre Madero.

Madero no rehuyó nunca a ningún acto útil o benévolo, por duro y doloroso que fuera; sabía que el valor de las acciones se mide por el espíritu con que se hacen... Madero no se turbó nunca cuando sintió el desprecio de los aristócratas y las multitudes ... Cuando Madero erró, cuando lo comprendió, corrigió siempre su error... Madero no fue nunca sectario. Madero no llevó carteles ni por dentro ni por fuera, y fue plenamente humano... Madero, antes de obrar, se preguntó siempre, ¿qué mandan la justicia y la nobleza? Y por eso murió en paz consigo mismo, porque practicó durante toda su vida hasta su muerte, las veinte máximas del más sabio de los filósofos contemporáneos: Thomas Davidson.

He aquí el hombre.

Y se le tildó de débil. ¿Podría un hombre débil gobernar a un pueblo acostumbrado desde la Colonia a ser gobernado con puño de acero? “México era irredimible, sólo obedece a la fuerza bruta”, proclamaba la reacción. Madero no perseguía, no mataba. Calumniaba al pueblo de México, la verdad, la vergonzosa y triste verdad, es que fueron las clases superiores, los ricos, los periodistas, el Ejército falso, los intelectuales, los privilegiados de la fortuna, los que no dejaron gobernar a Madero, y todavía más triste y más vergonzoso, por pasiones malsanas, por pretender restaurar un régimen que los favoreciera y sepultando a las clases bajas en la esclavitud por bajos y malsanos intereses; y todavía más triste y más vergonzoso por espíritu de venganza, matar a Madero por el crimen de haber derrocado al tirano y darle libertades nunca soñadas al pueblo. No son los pobres, las clases humildes, los de abajo, los irredimibles. La Revolución los redimió y los redimió para todos los siglos de los siglos. ¡Alabado sea Dios!

Madero no fue débil, Madero tuvo firmeza inquebrantable para mantener en toda su vigencia los ideales que proclamó y que lo llevaron a la lucha. A todos los que lo aconsejaban refrenar la prensa, burlar el sufragio, encarcelar, matar, aun cuando acompañaran el consejo con la prevención de que le costaría la vida, replicó siempre una y muchas veces: “No lo haré aunque venga lo que venga el derrocamiento y la muerte, no fui a la Revolución para conquistar poder ni me importa morir”. Sus hechos así lo demuestran. Éste es el hombre, el hombre fuerte, vigoroso, resuelto a cumplir con su deber, enarbolando hasta el último instante de su vida el estandarte que lo hizo abandonar la plácida comodidad, rico y feliz, para buscar el bien de la patria aunque le costara, como le costó la vida.

El brindis o discurso que en el banquete que ofreció en el Palacio Nacional a los miembros del Congreso de la Unión el 16 de septiembre de 1912, es un modelo de patriotismo, de sinceridad y de valor que demuestra su fe en el pueblo mexicano, la firmeza de sus ideales políticos, su energía y su determinación inquebrantable de cumplirlos aun a costa de su vida.

Señores representantes del pueblo, señoras y señores:

El Ejecutivo quiso dar a las fiestas que se celebran con motivo del aniversario de nuestra Independencia, inusitado esplendor, porque a la vez que conmemorábamos tan glorioso aniversario, veíamos reunido por vez primera un Congreso libremente electo. Este acontecimiento que será de trascendentales consecuencias para la República Mexicana, viene a constituir un cumplimiento de las promesas de la Revolución de 1910.

Los que de todos pretextos se valen para atacar al gobierno, pretenden que la Revolución de 1910 contrajo innumerables compromisos con la Nación y no es exacto, señores. Yo, que había sido designado como candidato para la Presidencia de la República en una convención verdaderamente popular, al ir a reivindicar los derechos que yo consideraba usurpados por medio de unas elecciones fraudulentas, iba únicamente a hacer respetar el derecho sagrado del pueblo, de designar sus mandatarios y por eso la principal promesa de la Revolución, fue asegurar la libre emisión del voto, fue la del Sufragio Efectivo.

Yo he tenido la convicción de que desde el momento que un pueblo tiene aseguradas sus libertades políticas, tiene asegurado igualmente su futuro engrandecimiento y su prosperidad, porque desde el momento que todo el pueblo colabora para la cosa pública, que es quien designa sus mandatarios y sus legisladores, tengo la convicción absoluta de que con su maravilloso instinto, se ha de fijar en los hombres más dignos y apropiados para sus destinos.

En el Informe Presidencial que tuve la honra de leer en las Cámaras, debí ser lacónico en cuestiones políticas por exigirlo así la índole de tal documento; pero he querido aprovechar esta oportunidad, que

considero solemne, por haber concurrido la gran mayoría de los representantes del pueblo, para extenderme algo sobre las importantísimas cuestiones políticas que actualmente preocupan a todos los mexicanos.

Quiero principiar por hablar de la actitud del gobierno, a fin de desvanecer los cargos que se le han pretendido hacer.

El primer cargo que hacían los que de todo sacaban partido para atacar al gobierno, era que habíamos violado la soberanía de los Estados. Al principio pudieron decirlo; pero muy pronto la corriente de opinión ha sido tan poderosa para justificar al gobierno en su actitud, que no hay quien se atreva a repetirlo, y en efecto, ¿qué podía y qué debía hacer el gobierno a mi cargo cuando en algún estado, so pretexto de ser soberano, algún Gobernador de esos que aún no se han compenetrado con los sagrados principios de la Revolución quiere violar el Sufragio, quiere imponer por la fuerza a algún otro para Gobernador? Indudablemente el gobierno a mi cargo tiene contraído con la Nación el solemne compromiso de velar en toda la extensión de la República por las garantías constitucionales, y no hay una garantía de las que otorga la Constitución, más sagrada y que yo tenga más obligación de respetar y hacer respetar, que la que asegura la libertad de emitir el voto popular.

Por esa circunstancia, cuando en algún Estado he sabido que se pretende violar ese sagrado derecho del pueblo, he procurado, valiéndome de los derechos que me da la Constitución, y más que todo, por medios amistosos, influir para que esos Gobernadores respeten la voluntad del pueblo. Creo que observando esa conducta cumpliré con mi deber, porque éste no se limita únicamente a lavarme las manos como Poncio Pilatos y manifestar que no debo o no puedo influir en tal o cual Estado para arreglar las dificultades que haya; no, señores, yo creo que por mayores dificultades que sean, siempre debo afrontarlas a fin de hacer que esa sagrada conquista de la Revolución no vaya a ser ultrajada, no vaya a ser un mito.

Si alguna vez llega a suceder que los esfuerzos del gobierno no alcancen el éxito que se desea, no tendré por qué afrentarme, por lo contrario estaré orgulloso, porque, por lo menos habrá demostrado con esos esfuerzos, que no apoyo atentados de esa naturaleza, que no me hago cómplice de ellos y en mi actitud, se verá la protesta del gobierno a mi cargo contra esa clase de usurpaciones, y el pueblo se

acostumbrará a considerar al Ejecutivo de la Nación como el principal defensor de sus derechos electorales.

En cuanto a las elecciones para Diputados, el gobierno sabía que dejando libertad al pueblo, éste mantendría a sus representantes más dignos; ni un solo momento vaciló en ello el gobierno, ni pretende tener mayor sabiduría que el pueblo.

Y ahora recuerdo el primer artículo que escribí en la primera lucha política hace seis años y que se llamaba “Vox populi, vox Dei”, desde entonces estaba firmemente convencido de que “la voz del pueblo es la voz de Dios”, que el pueblo nunca se engaña y que dejándole libremente que elija sus gobernantes, siempre sabrá elegir a los más apropiados para regir sus destinos.

La mejor prueba de esta conducta del gobierno sois vosotros mismos, los representantes del pueblo lo constituís, vosotros sabéis cuán legales son los títulos que os han traído a las Cámaras.

El gobierno desea, ha deseado que en toda la República, las elecciones sean completamente libres. Debo confesar que en algunas partes de la República no hubo esa libertad que se deseaba; pero no fue debido al gobierno de mi cargo, que hizo cuantos esfuerzos estuvieron a su alcance porque se respetara el voto público, y la prueba es que la opinión sancionara la conducta del gobierno en este caso, es que aplaude la conducta de los Ministros de Gobernación y Justicia que son los que han debido intervenir en estos casos. En esta línea de conducta, sus esfuerzos no tan sólo han merecido mi constante aprobación, sino mi estímulo cuando ha sido preciso, y por esa actitud tan digna, se han hecho acreedores a toda mi confianza y a toda mi estimación.

Únicamente queda un cargo que se hace al gobierno. Se dice que es un gobierno *débil*, que es un gobierno que no está unido, que *no está fuerte*. Se considera al gobierno débil, porque se ve a los que más le atacan disfrutar de todos sus derechos, pasearse libremente por las calles de la metrópoli y por todo el territorio de la República. Pues, no señores, eso no es prueba de debilidad, eso es prueba de que el gobierno tiene la conciencia de su fuerza que está basada en la Justicia y en la Ley. Ya la prueba de que el gobierno es fuerte, es que en muy pocos meses ha logrado dominar la revolución más poderosa que ha llegado a haber en México.

Cuando se firmaron los tratados de Ciudad Juárez, cuando el dictador tuvo que salir huyendo de la República, la revolución de 1910, no tenía en su poder las importantes plazas que llegó a tener la actual revuelta, no contaba con la tercera parte de los elementos de guerra que tuvo la actual revolución, y, ¿por qué venció entonces?, porque contaba con la opinión pública, y porque el actual gobierno sigue contando con ella, después de la retirada de Rellano que parecía presagiar el triunfo de la rebelión orozquista y la caída del gobierno, permanecemos impávidos, ni un solo momento vacilamos, ni un solo momento perdimos la fe, porque sabíamos que arriba de la fuerza de las armas estaba la fuerza del derecho, que contábamos con el pueblo y que podríamos armar tantos soldados cuantas armas tuviéramos disponibles. En aquellos momentos, el pueblo tuvo oportunidad de estar en contacto conmigo, y con unas frases que no olvidaré jamás me repitió su adhesión y me dijo que estaba dispuesto a morir por sostener al gobierno que él mismo se había dado.

Si pues, al gobierno anterior se le consideraba fuerte, ¿cómo no pudo vencer una revolución que no era tan fuerte como la actual? Por consiguiente, el actual gobierno se puede considerar fuerte, y si yo me siento orgulloso de ello, no es por lo que me atañe, sino porque yo considero íntimamente ligada la estabilidad del actual gobierno, con la viabilidad de las instituciones democráticas.

Porque si un gobierno como el mío, que ha cumplido honradamente con sus promesas, que ha hecho todo lo que su inteligencia le alcanza por el bien de la República, que ha llegado al poder por el voto casi unánime de todos los mexicanos, como nunca había sucedido, si un gobierno así no pudiese subsistir en México, señores, deberíamos decir que el pueblo mexicano no estaba apto para la democracia, que necesitábamos otro nuevo dictador que viniese con su sable a acallar todas las ambiciones, a sofocar todos los esfuerzos que hacen los que no comprenden que la libertad únicamente puede ser fructuosa dentro de la Ley.

Se dice también que en el gobierno no hay unidad porque se considera que en mi Gabinete hay elementos de tendencias políticas opuestas, se cree que al lado de católicos hay jacobinos, y señores, es un error muy grande, la cuestión religiosa en México está definitivamente solucionada desde hace muchos años. Las Leyes de Reforma han llegado a la conciencia de todos los mexicanos, el católico más

fervoroso de la República no se atreve a atentar contra otra persona que piense distinto a él, todos están convencidos de que es indispensable respetar la libertad de conciencia, y esa libertad encuentra un defensor en cada mexicano, cualquiera que sea el credo a que pertenezca.

La situación actual en que se encuentra la República, en lo relativo a la libertad religiosa no puede ser más satisfactoria: lo que nos faltaba en México era libertad política, que la libertad de pensamiento en cuestión religiosa, jamás intentó el general Díaz nada contra ella, porque él se preocupaba únicamente de la libertad de pensamiento en cuestiones políticas, única que podía, tarde o temprano, arrojarlo del poder.

Por lo expuesto, se verá que la cuestión de las Leyes de Reforma no está actualmente al debate; yo considero que los problemas que actualmente preocupan al país; son de índole muy diversa, por eso estimo que la constitución de los actuales partidos políticos en la Cámara, es ficticia; no puede ser definitiva, porque no se van a tratar cuestiones de religión, ni las Leyes de Reforma, van a tratarse dos órdenes de ideas bien distintas, la principal es el problema democrático; existen en los actuales momentos en la República dos partidos de tendencias distintas; los que aspiran a consolidar al actual gobierno porque lo consideran legítimamente constituido, porque tienen fe en la Democracia, a ese grupo podemos llamarlo a grandes rasgos el Partido Democrático, y existe otro que no olvida el régimen antiguo, que quiere que volvamos a él, y que ya sea reclamando libertades o derechos o cualquiera cosa que nunca ha pensado dar al pueblo, está agitando a la nación, para provocar una reacción, con el objeto de volver al régimen antiguo tan propicio para ellos, para sus grandes negocios, para sus grandes especulaciones. Siempre estarán contra el gobierno actual, contra el actual régimen de cosas, todos aquellos que no saben vivir de su trabajo, así como los que se han enriquecido con negocios fáciles, con grandes especulaciones; y aunque constituyen una minoría insignificante cuentan con muchos elementos, porque todavía tienen los elementos que les legó el régimen pasado. Pero no importa, nosotros, cuando triunfó la revolución, no aniquilamos al enemigo, a los adversarios les tendimos generosamente la mano, ellos no han comprendido a nuestra generosidad, no han correspondido a nuestra patriótica actitud, y dicen que somos débiles, y se burlan de

nosotros porque los perdonamos...

Otro problema, el más importante y en el cual se cree habrá más divisiones en la Cámara, son los problemas sociales y agrario.

Desde que el cura Hidalgo dio el Grito de Independencia, desde que el inmortal Morelos congregó a los representantes del pueblo en Chilpancingo y después cuando fuimos gobernados por Juárez, todos esos grandes hombres han aspirado a *levantar el nivel del pueblo y hasta ahora no se ha logrado casi nada. El pueblo sigue en la miseria y en la ignorancia. Ése es uno de los grandes deberes de todos los mexicanos: trabajar por su engrandecimiento.* Ese pueblo tiene grandes virtudes, grandes posibilidades, y la prueba de ello es que siempre que la patria se ha encontrado en momentos de peligro, en momentos de angustia, ese pueblo al que tanto se desprecia, y por el cual tan poco han hecho los gobiernos pasados, siempre ha estado dispuesto a derramar su sangre por la patria. Y no únicamente ha demostrado que *sabe morir*, no únicamente ha demostrado que posee el más alto grado de las virtudes guerreras, también posee el sentimiento democrático, y la prueba es, fijaos bien, que no le han podido engañar todos los que han pretendido hacerlo. Treinta años, durante los cuales la prensa casi en su totalidad cantaba loores al dictador, no lograron engañarlo y al primer grito de libertad respondió lleno de entusiasmo, y ahora que, como dijo muy bien el señor Urueta, la mayor parte de la prensa, la que únicamente pudo vivir durante la dictadura y que es la que subsiste ahora, ha querido seguirlo engañando, no lo ha logrado; y por más que dice que el gobierno es impopular, que no ha cumplido con sus promesas, el pueblo, siempre que ha llegado el momento de peligro, se ha agrupado alrededor del gobierno dispuesto siempre a defenderlo con su voto y con su pecho.

En ese problema, señores estoy seguro que estarán de acuerdo todos los representantes del pueblo; diferirán en los métodos que deban seguirse, habrá algunos que quieran ir demasiado aprisa, pero habrá otros que impedirán esos ímpetus y de allí vendrá el equilibrio; entonces tendremos los verdaderos partidos políticos, de los jóvenes impetuosos que quieran ir aprisa, y de las personas reposadas, de los ancianos, que moderarán esos ímpetus, esas dos tendencias opuestas traerán el equilibrio y permitirán que las Cámaras legislativas lleguen a representar la gran misión que la República espera, puesto que por primera vez han podido elegir libremente a sus representantes.

Y ya que hablo de los partidos políticos en las Cámaras, debo decir que en los actuales momentos en que se discuten las credenciales de los Diputados, existen hondas divisiones en la Cámara, esas divisiones son únicamente de los partidos políticos que actualmente existen; pero estoy seguro que tan pronto como terminen su tarea de revisión se unirán. Únicamente me permito recomendar a los partidos políticos que aún están en brega en esa lucha terrible, que como norma de su conducta, que como guía infatigable, busquen siempre la justicia, que las pasiones políticas puedan considerar como un mar embravecido por una tormenta deshecha; la única brújula que puede llevar el barco de la patria en estos momentos a puerto seguro, es la justicia, pues de otro modo a la pasión o interés de partido, es imposible seguir el camino recto, único que puede llevar a feliz puerto.

En los problemas políticos que se presentan a cada momento a la resolución de la Legislatura y a los miembros del Poder Ejecutivo, es muy difícil saber cuáles son las consecuencias de tal o cual determinación. Yo nunca he querido convertirme en profeta, nunca he querido asegurar lo que pueda suceder, únicamente he tenido siempre la seguridad de que obrando con justicia, los resultados son forzosamente favorables, aun en el caso de que a primera vista parezca lo contrario. Por eso, sólo tengo por norma de conducta la justicia; porque la justicia, permitidme que lo repita, siempre tiene que traer buenos resultados; es imposible que obrando con justificación, se recojan frutos amargos, y en cambio, es imposible esperar buenos resultados de una injusticia.

A la justicia debe considerársela más alta que la razón, más que la inteligencia, debe considerársele como a una deidad infalible.

Por último, señores, algunos de los que siempre están en acecho para ver de qué modo hostilizan al gobierno, dicen que éste no cuenta con las Cámaras. Pues están equivocados. Si yo pensara establecer un gobierno personalista, *si yo pensara cometer arbitrariedades, si yo pensara llamar a mis amigos a los grandes negocios y a las grandes explotaciones*, yo sé muy bien que no contaría con los representantes del pueblo, puesto que todos tienen aspiraciones honradas. Pero es muy distinto al tratarse de laborar por el bien de la patria, de resolver serena y patrióticamente los grandes problemas que están íntimamente ligados con su engrandecimiento.

Para esa labor que será la mía, tengo la convicción de que cuento, si no con la unanimidad, si con la casi unanimidad, porque nunca faltará algún traidor en medio de una Asamblea tan numerosa.

Y permítanme ustedes, señores, que en este momento solemne brinde porque el actual Congreso llegue a ser un motivo de legítimo orgullo para la patria y que nuestros hijos, nuestros nietos, recuerden este Congreso con la misma satisfacción, con el mismo orgullo, con que nosotros recordamos al Congreso Constituyente de 1857.

Francisco I. Madero

Y termino este capítulo engalanándolo con la sólida y valiosa opinión del ya insigne historiador don José C. Valadez –recto, imparcial, justo– en su admirable obra *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, que tiene el extraordinario mérito de fundarse, no ciertamente en el conocimiento personal y directo del personaje, sino que conoció al hombre y apreció su obra a través de cuanto se ha escrito y dicho de Madero, pinta al héroe y su obra tal como fue en toda su maravillosa perfección humana y me satisface traer aquí recortes, frases aisladas en las que exalta su grandeza.

Hablando del grupo que figuró con Madero en la etapa pre revolucionaria (página 187), dice:

... y es que dentro de *Molina Enríquez*, con ser su prosa prolija y a veces farragosa, *hay un arquitecto social* de tanta magnitud que hace asombroso lo que parecía despreciable. ¿Quién, anterior a Molina Enríquez, había incluido en la vida de la República a las *familias indígenas* a la lengua española? ¿Había pensado México en los hijos que amargada y calladamente vivían extraños a la felicidad y progreso de la nación y de la sociedad?... ¡Qué hombres!, ¡qué de principios! Allá el doctor Agustín Rivera, predicador incansable de la pureza liberal; acá, el inigualable genio revolucionario de Ricardo Flores Magón. Frente a nosotros don Francisco I. Madero *maestro* político para muchas generaciones. A la izquierda, los profesores de derechos cívicos: Victoriano Agüeros, Filomeno Mata, Paulino Martínez, Carlos

R. Menéndez, Silvestre Terrazas. A la derecha, los doctrinarios: el de la individualidad don Fernando Iglesias Calderón; el moralista Luis Cabrera; el del pauperismo Andrés Molina Enríquez; el de las rentas públicas, don Toribio Esquivel Obregón; el de la enseñanza popular, don Francisco Vázquez Garza...

Juzgando la seriedad y serenidad de *La Sucesión Presidencial* asienta (página 205):

La cabeza de Madero no era de ésas llamadas a despertar los apetitos populares ni a declamar la vulgaridad política [agrega, página 234]: Consideremos también a ese hombre que solo, él solo, sin más instrumento que su privilegiada cabeza; *sin más enseñanza que las angustias ajenas captadas por un noble corazón*, iba a hacer yendo de un individuo a otro individuo, los adeptos a una causa que, extraña a los intereses personales, *estaba totalizada en el bienestar político de la patria*. Deténgase, pues, el lector, a observar cómo sin promesas que generalmente se dirigen a la excitación del egoísmo humano, *Madero fue sumando ideas e individuos*, hasta que a consecuencia de incalculables esfuerzos *conmovió al país*. ¡Dichosos y grandes serán siempre los pueblos de donde se producen criaturas de tal estirpe!

Y juzgando su capacidad en estudios económicos dice así (página 275):

Verdad es que lo dicho por el señor Madero no constituía una lección académica, pero sí una enseñanza de crematística aplicada, con lo cual *se probaba que aquel hombre, dueño de un voluminoso y brillante talento*, no vivía ajeno a los problemas económicos de su patria...

Y termina Valdez su tomo I con éste muy significativo párrafo –sobre la sobada falsedad reaccionaria de su insania mentalidad (página 276)–. ¡Cuán grande, arduo y dificultoso no sería el designio de Madero, que muchos y muchos eran los individuos que lo tenían por maniaco!

Juzgándolo sobre la labor democrática que Madero desarrolló en la Convención del Tívoli del Eliseo el 15 de abril de 1910. Valadez deja escapar estas bellas alabanzas de su alta capacidad para mandar y dirigir (páginas 41 y 49): “... ¿podría alguien adelantar tal idea *ante el foco de luz humana* que era don Francisco I. Madero?...” ¿Quién, después de escuchar ese discurso, dudaría que Madero era una cabeza de las que guían y mandan?

Y juzgando la carta que en la prisión le dirigió Madero al general Díaz, Valadez lanza esta vibrante interrogación (página 63): “¿Quién en la historia constitucional de México precedió a don Francisco I. Madero con un documento de tal magnitud”? ¿Quién, quién, digo yo?

Comentando el revolucionarismo de Madero, Valadez recuerda esta expresión:

...Siempre he creído que tratándose de salvar a la patria no debe uno de fijarse en la ley. Por eso ya hice mía aquella frase... La Revolución es la Revolución. No fue, pues, tal locución únicamente de don Luis Cabrera ni de don Venustiano Carranza. Fue también de don Francisco I. Madero.

Y sobre su inteligencia y su energía asienta (página 195, volumen II):

Como hombre de grande y brillante talento, don Francisco no fiaba fácilmente en el talento extraño a par de que tenía desdén por los políticos ignorantes: *y lejos de ser corto de mando, era muy autoritario*. Mas esa autoridad no la hacía imperio absoluto; la caracterizaba en la moderación de sí propio y como persona que mucho se había preparado para el gobierno de su voluntad y de la República [y en otro párrafo agrega]: ...Yo no me alarmo por noticias o sucesos

adversos, porque todas las veo como naturales... Pues no todos tienen mi serenidad y consideran mi optimismo como obcecada ceguedad... En efecto, más que optimismo, *era templanza* de gobernante lo que vivía dentro de don Francisco [página 215, volumen II]. Mas si se quiere saber cuál es la médula de Madero, habría que reconocerle como individuo que amaba intensamente a su patria y a las libertades de la patria.

CAPÍTULO CUARTO

La Reacción

TODAVÍA NO TRIUNFABA la Revolución a la caída de Ciudad Juárez cuando ocurre, como ya lo hemos relatado, la rebelión de Orozco y de Villa seducido por Orozco, obra de don Toribio Esquivel Obregón y su adlátere don Tomás Braniff.

No puede concebirse mayor desatino, porque lo que perseguían impulsados por un odio a Madero, era crear una situación anárquica, puesto que si hubiera caído Madero en esa ocasión, la Revolución se hubiera encontrado acéfala y, quizá con la mira de que debilitada ésta, por falta de jefe, que reconocieran otro caudillo y entonces fuera posible que el gobierno la derrotara.

¿Es que Esquivel Obregón, por odio o envidia –envidia inexplicable–, se convertiría en porfirista?

El interinato de De la Barra, con él a la cabeza, no fue otra cosa que una fecunda incubadora de los elementos reaccionarios. Paso a analizar todas las poderosas fuerzas que se pusieron en juego, lo que perseguían y lo que lograron:

La reacción contra Madero y contra la Revolución, perseguía dos fines esenciales: el primero, buscar la restauración del régimen; el segundo, vengarse, castigar a Madero por su osadía de haber derrocado de su solio al tirano.

Integraron, pues, la reacción, los adoloridos, los humillados y los despojados de las prebendas y privilegios que gozaban del todopoderoso, en este orden:

1. LA PRENSA, encabezada por *El Imparcial* y enseguida *El Diario*, que perdieron la subvención que recibían del general Díaz. El periódico semiamericano *El Herald*, por solidaridad y simpatía; a éstos más tarde se les unió, y con verdadera furia, *El País*, periódico católico, manejado muy hábilmente por don Trinidad Sánchez Santos, el que se disgustó porque Madero no quiso apoyar su candidatura para gobernador de Puebla, pues como se sabe, Madero nunca quebrantó su programa de libertad electoral y sufragio efectivo. *El País* se convirtió en un enemigo feroz y enderezó todas sus fuerzas en calumniar a Gustavo Madero, atribuyéndole mantener una porra destinada a apalear enemigos. Fue tremendo el daño porque era un periódico de mucho prestigio y explotaba desorbitadamente su mercantil catolicismo. También se unieron *El Mañana* y el *Multicolor*.
2. LOS RICOS, los hacendados y la aristocracia.
3. LA FAMILIA del dictador.
4. LOS INTELECTUALES, algunos de ellos por mera afinidad de ideas, otros por repugnancia a toda actitud renovadora y mera antipatía a “los de abajo”, y muchos de ellos porque perdieron las prebendas de que gozaron.
5. EL EJÉRCITO, vencido y humillado.
6. LOS REVOLUCIONARIOS, seducidos por la prensa reaccionaria y sus asociados, los vazquistas.
7. LOS CATÓLICOS: Elguero y el padre Cuevas, que olvidaba el sacerdocio en aras de sus vínculos con la aristocracia.
8. LOS PSEUDOINDEPENDIENTES.

9. EL CUADRILÁTERO
10. Y POR ENCIMA DE TODOS, como elemento demoledor,
el embajador americano, Henry Lane Wilson.

Manuel Márquez Sterling, dice a este respecto:

... Fueron las clases dominantes de la época porfiriana las que con saña sin igual combatieron a Madero y a su régimen soñando con un retorno al pasado, con un volver a la prosperidad de su negocios bajo la vigilancia del sable porfiriano.

El distinguido escritor Jorge Flores D., en sus *Mosaicos históricos*, escribe:

... Fue una etapa de libertinaje que jamás sufrió gobierno alguno. Hasta los españoles que no tenían ninguna conexión con México, individuos sin cultura, se ensañaron en denigrar al Presidente, a miembros muy cercanos de su familia, a sus secretarios de Estado; los zaherían, los ridiculizaban, los injuriaban. Esto y los errores presidenciales, hicieron propicio el clima para el cuartelazo que realizaron hombres sin capacidad moral, empequeñecidos y vencidos antes por el mismo Presidente.

Y don Luis Chávez Orozco citado por el propio señor Flores D., dice:

... Entre septiembre de 1911 y febrero de 1913, hubo ciertamente en la ciudad de México una gran agitación política promovida por grupos aislados, que habían estado en estrecho contacto con el gobierno del general Díaz hasta mayo de 1911; y cuya actitud y fines ocultos eran cuidadosamente solapados por la más violenta, desaforada e injuriosa campaña de prensa, a cargo de ocho o diez diarios y revistas que escribían personas inteligentes y experimentadas en la materia. Detrás de esos grupos, peligrosos por los intereses que defendían y representaban, pero inofensivos porque entonces, como ahora y

siempre, han tenido un santo horror –yo diría miedo– a tomar parte en una contienda armada en la que hay que sacrificar vida y bienes terrenales; no existía masa popular, ni grupos proletarios con que pudieran contar para un asalto al poder...

El imparcial historiador don José Mancisidor, afirma:

La acometida reaccionaria no tenía límites y Madero se hallaba colocado entre las fuerzas progresivas de la Nación, que reclamaban el cumplimiento de los compromisos contraídos con él y las fuerzas reaccionarias que frenaban toda aspiración legítimamente popular, haciendo esfuerzos por adueñarse del poder. Se conspiraba en las cámaras legislativas, en el Ejército, en las oficinas públicas, en los medios católicos, en los centros sociales, en todas partes; pero era la prensa, perdido el miedo y desbordado el rencor, lo que tocaba con su audaz propaganda, todo lo trocaba sucio y abominable. Señaladamente la prensa gráfica, que ya en dibujos o en caricaturas, presentaba a Madero, a sus amigos, y a sus familiares en formas tan ridículas, como falsas y punibles por la ley. Algunas de esas revistas dirigidas por periodistas extranjeros.

Los temas utilizados por la prensa para desprestigiar a Madero, tuvieron, debe confesarse, un aplastante éxito porque fueron muy bien escogidos para ese propósito y manejados con extraordinaria habilidad.

Uno de ellos fue encaminado a conseguir que los revolucionarios se disgustaran con Madero y lo abandonaran y, lo que es más, se rebelaran en su contra y fue propagar, valiéndose de los más nimios pretextos, que Madero no cumplía con las promesas que había hecho en su programa de gobierno, y, concretamente, que no hacía repartición de tierras. Salta a la vista que no era ciertamente la prensa porfirista la autorizada para hacer tales cargos; pero hay que decirlo desde ahora, la prensa de aquel periodo careció

totalmente de ética, de pundonor y de vergüenza, cosa que para nada los preocupaba. Ellos lo único que perseguían, era desprestigiar y debilitar a Madero, y con Madero, a la Revolución.

Desgraciadamente fueron muchos los revolucionarios que cayeron en la trampa; desde luego Zapata y Camerino Mendoza, con quienes también operó el vazquismo, y hasta personas de cierta cultura como Juan Andrew Almazán, y muchos otros. Fue formidable el éxito de la prensa reaccionaria. Al grupo de Chihuahua encabezado por Orozco y que atrajo hasta revolucionarios de La Laguna, como el muy valiente Argumedo y Mariano López Ortiz, que aun cuando no fue en persona porque siempre trató de estar escondido, sí mandó a su hijo mayor, Lauro, el cual murió en la contienda. Como decíamos, a dicho grupo lo movieron otros móviles: el dinero y la habilidad de los Terrazas y los Creel, los convirtió en admiradores del general Díaz, como lo prueba el manifiesto que firmaron formulado por Gonzalo Enrile, en el que lo llaman el “Gran Desterrado”.

La prensa reaccionaria, segura de su impunidad, con la libertad asegurada por Madero, que sí sabía cumplir, usó desenfrenadamente de toda clase de calumnias, falsedades y artificios para denigrarlo, así como a sus colaboradores y su familia, especialmente a su esposa, Sarita, criticándole su apego y lealtad infinita a su marido; a su hermano Gustavo, blanco de todas las infamias, lo incriminaban como más ladrón que Alí Babá y sus numerosos ladrones.

Quiero exponer un ejemplar de las calumnias que usaba la reacción y nada más a propósito que lo que los historiadores José Fernández Rojas y los dos hermanos Melgarejo, escribieron sobre *La*

Revolución y Madero en obra que fue publicada en abril de 1913, a raíz de la caída de Madero:

Aquel propagandista de la democracia que como nuevo Mesías recorrió todo el país de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, difundiendo entre las multitudes doctrinas de igualdad, predicando justicia, prometiendo libertades, apenas llegado al poder, empieza a faltar a sus compromisos, voltea DESPÓTICAMENTE la espalda a los suyos, se rodea de una camarilla de ineptos y ambiciosos PEOR MIL VECES y más funestos para el país que la CAMARILLA CIENTÍFICA y asume una actitud francamente DESPÓTICA... díjose al país sobrecogido de espanto y de temores –¿miedo a Madero? –, que al día siguiente de la renuncia del general Díaz habría paz... y la paz es sólo un anhelo, una esperanza que se esfuma; díjose que al régimen dictatorial, substituiría el régimen constitucional y la Constitución ha sido y sigue siendo hecha pedazos; se pregonó que el señor Madero era un demócrata y se exhibe como EL MÁS ABSOLUTO DE LOS MONARCAS... (?)

Dentro del gremio de periodistas sobresalieron con calificación de “excelentes” por su labor demoledora, *El Mañana* dirigido por el homosexual Chucho Rábago y el refinado católico, grado sacristán mayor, don Leopoldo Escobar y *Multicolor*, periódico de caricaturas. La posteridad no debe olvidar los nombres conspicuos de los mejores caricaturistas de ese periódico, de capital y empresa españoles: Ernesto García Cabral y Mario Victoria, español, bajo la dirección del mexicano José F. Elizondo.

Los lectores, quizá deseosos de conocer en detalle esa labor pérfida y demoledora que hizo garras, trizas, sucios y asquerosos harapos a las personalidades más conspicuas del fugaz régimen maderista, comprobarán esa labor aniquiladora del *Mañana* y *Multicolor*, leyendo unos cuantos y breves recortes que transcribo enseguida:

De *Multicolor*: CARICATURA: Una piñata con un letrero “Plan de San Luis”. Un elegante le dice a Madero: “¡Truévalo, manito!”

CARICATURA: Don Gustavo en un escritorio frente a Calero que le dice: “Conque quedamos en que Emilio se va al Japón, Carlitos al Perú, Raúl a Bogotá –tres hermanos de Madero–. El de el monóculo: “Usted ya lo sabe, a “La Plata”.

CARICATURA: “Galería de Ministros”. El retrato de Rafael L. Hernández. “¿Es un Ministro excelente?” “No, señor, pero es pariente”.

CANCIONERO POLÍTICO:
“COUPLETS DE LA GATITA BLANCA”

Un ranchero chihuahuero,
que se llama Ñor Abraham,
fue a cantarle sus tristezas
al gobernador local.

Se agachó el jarano
con muy mal humor,
y por un colmillo
con rabia escupió:
y “veasté” que Pancho,
se ha portado mal
y que me está haciendo
de chivo el tamal.
Pero yo le juro,
como soy Abraham,
que pa’hacer un buche de agua,
chico me parece el mar.

Tiene Don Francisco un tío,
financiero superior
que pagó todos los vales
que firmó el libertador.
Y al rendir las cuentas,

ante la nación
de lo que ha importado
la revolución,
hubo un chequecito
pacificador
que un tal Don Gustavo
se contrachecó.

Y en Hacienda dice,
cierto pagador,
que aunque no
hubo comprobantes
todo al fin
se comprobó.

CARICATURA: Rafael Hernández proyectando en un muro la sombra de Limantour. Una leyenda: “Dicen que tiene buena sombra”.

De *El Mañana* –página 93– “RÍETE AGAPITO”: Dice el señor Joaquín Piña que es una cosa incomprensible que habiendo hecho Maderito la revolución, se eche a reír como niño por la cosa más nimia.

El señor Piña no ha entendido todo el alcance de la autodefunción del ciudadano simple.

Tampoco sabía el señor Piña que Maderito sufre ataques de risa, que felizmente se le han retirado con los lavados de gordolobo, fórmula revolucionaria del señor doctor Vázquez Gómez.

NO QUIEREN A MADERITO: Doscientos noventa y ocho clubs, ayer maderistas medulares, de grito y canana, acaban de destituir de sus conciencias democráticas, al gran espectador, 33..., pontífice del espiritismo y ciudadano simple, por haber renegado de los sacrosantos principios, roto el Plan de San Luis, y declarándose científico, para puntilla de los científicos.

Maderito está liquidando a gran prisa la lotería popular que le había caído con el billetito de Ciudad Juárez, que le compró el pundonoroso general Navarro.

FUTURO ESCALAFÓN DE DIVISIONARIOS.- Tomo I. Núm. 1.- De acuerdo con lo que ordenó el Plan de San Luis Potosí, los rebeldes armados que favorecieran la revolución, adquirirían el grado militar

correspondiente al grueso de las fuerzas que mandaran. Con estricta sujeción al documento legal aludido, han conquistado esa jerarquía diversos caballeros que operaron con sus tropas en Estados como: Chihuahua, Guanajuato, Hidalgo, Morelos y Guerrero, y cuyos nombres han sido estampados constantemente en los periódicos de información al narrar episodios de armas tan importantes como los de San Felipe –Guanajuato–, Pachuca, Los Cajones, Cuautla, Yautepec, Jojutla, etc., etc.,

Como una consecuencia necesaria y directa de las promesas de la revolución, y como justa y legítima recompensa a los que expusieron su vida para darnos libertad, es de completa seguridad suponer que el ejército contará con nuevos divisionarios que vengan a darle impulso y a coadyuvar a su moralidad y a su progreso.

Dentro de este criterio, presumimos con fundamento que el nuevo escalafón de grado tan honroso, quedará constituido con el siguiente personal:

Señor General de División don Emiliano Zapata.
Señor General de División don Gerónimo Treviño.
Señor General de División don Cándido Navarro.
Señor General de División don Bernardo Reyes.
Señor General de División don Francisco Villa.
Señor General de División don Manuel González Cosío.
Señor General de División don Ambrosio Figueroa.
Señor General de División don Alejandro M. Pezo.
Señor General de División don Gabriel M. Hernández.
Señor General de División don Porfirio Díaz.

De *Business* –diciembre 10 de 1912 (página 200)–. Que el señor don Gustavo A. Madero nunca ha vivido de la política, ni está en la política para hacer negocios, es asunto indiscutible, a pesar de lo que en contrario digan los reaccionarios, que esgrimen en su contra, desde mentidos contratos y concesiones, hasta fantasmagóricos negocios de reventa de boletos.

Y lo que asegura el señor Madero de que “jamás ha recibido un centavo de nadie, como obsequio ni como herencia”, es otro hecho incontrovertible, a pesar de la gritería que forman los traidores, sacando a cuenta el cheque de los 700,000 pesos, los 300,000 pesos para

pago de viáticos al Japón y otros piquillos fantásticos.

Ésa es nuestra opinión respecto al enorme financiero tendencioso que nos trajo la supersantísima revolución; pero en prueba de imparcialidad, admitimos la siguiente nota que entre signos de duda que envuelve, nos trae una información oficiosa, encontrada en nuestro apartado postal.

Uno de los miembros del grupo renovador de la Cámara de Diputados, trae entre manos una sensacional iniciativa por medio de la cual pretende que sean declaradas zonas de libre importación, los Territorios Federales de Baja California, Tepic y Quintana Roo. Esta novedad, planteada así sencillamente, dice muy poco al criterio de las masas; pero vista en su verdadero fondo, entraña una reforma que trae consigo problemas muy complejos, y que es necesario estudiar con mucho detenimiento y sin festinación, so pena de que el país sufra graves consecuencias, mientras que un corto número de individuos, pueden aprovecharse de los resultados. El abnegado padre de la patria que anda buscando aprobaciones para su iniciativa, representa en la Cámara a uno de los distritos de la Baja California e invariablemente ocupa la curul contigua a la del señor don Gustavo A. Madero.

Estábamos leyendo la anterior nota cuando se presentó nuestro jefe de información, e interrumpiéndonos dijo:

—Dicen ustedes que me ha picado la mosca de la erudición, y es verdad. Voy a recitar aquí mismo, de memoria, el siguiente trocito de Lord Macaulay. —Y antes de que pudiéramos contestarle, él empezó en esta forma—: Las generaciones que se suceden cambian de moda de moral como cambian de moda de vestir, y al tomar bajo su protección nuevos estilos de perversidad, se admiran y como que se espantan de la perversidad de sus antepasados. Aún hay más: la posteridad, ese tribunal supremo de apelación que en todo momento encarece la rectitud y la excelencia de sus fallos, ejerce su ministerio en estas circunstancias, como los dictadores romanos después de las sediciones, porque, hallando que los delincuentes son demasiado numerosos para castigarlos a todos, escoge a la ventura una parte de ellos y descarga sobre sus cabezas el peso de la venganza, sin advertir que aquellos pocos no son más culpables que los demás que se salvan libres.

TELEGRAMA.- Pág. 218. Febrero 25-1913.- Nuestro enviado especial en Chihuahua nos dirige el siguiente mensaje, un poco retrasado en su transmisión:

Entrevisté a Ñor Abraham, preso por causas veterinarias y políticas. A preguntas especiales sobre su detención, que ha causado risas a todo el Estado, díjome:

–Tengo flojas corvas por atropellos científicos y crímenes dictadura, pero tengo seguridad que triunfará el efectivo, porque es macizo como el tortugo y ha de brillar fino en la chaquira. Es cierto que horita estoy como los malos músicos que hasta las uñas le estorban, pero luego que vuélvanos a agarrar a la democracia de la cola, verán los felicistas si les queda lugar donde un piojo les haga maromas.

“Creo que ando mal en los números de pesos que me dejó a guardar el pueblo de Chihuahua y es lo único que se me atora en el gañote a la hora de cantar; mas no hay que arrugarse mucho; porque la tela es de lana y la vela de sebo y más vale un trago que un vómito. Y que me saquen la plata con tirabuzón de patente, porque yo no vuelvo nada, sino es el tasajo cuando me lo degluto sin sal y sin limón.

“Y dígale a mis conciudadanos que yo estoy gordo porque sólo enflaquece el tarugo que vive en tierra extraña y deja pasar las águilas sin apretarles la barriga, que soy pura porra y que me aguanto en la bartolina, porque como dijo Esopo: “éstas son leyes naturales que respetan los mismos animales”.

“Y lo dicho, dicho, y aquí me quedo hasta que me vuelvan mi Secretaría del Ramo, porque ya que perdí, me siento felicista y soy capaz de enseñarle a tocar la diana al tambor mayor.

Nada nos dice nuestro enviado de las causas, por qué ha reducido a prisión a nuestro viejo y querido amigo Ñor Abraham, político de talla e intelectual de rompe y rasga.

¿QUE SE FUE?- Pág. 217.- Las turbulencias habidas y la sangre prodigada en estas horas de cafrería mexicana, no han dado a los observadores tegua para tener a dedo abierto el catálogo de los renovadores fracasados y seguir a la memoria las diversas maniobras personales a que hubo de condenarlos el implacable destino.

Tal nos ha acontecido con Federico el Chico, quien por vía de coda, mandó incendiar “El País”, saquear “La Tribuna” y amagarnos con pistola Colt reformada, por medio de un tal Duque, de quien se avergonzaría la nobleza del centro de África.

Bueno, pues Federico el Chico, no parece, y de él ni de quién dé razón, no obstante las señas que podían procurarse; viste pantaloncito crema, corbata de plastrón color café solo, saquito rabón mezclilla,

chaleco, jaqueca, es decir, a ruedas amarillas, sombrerito de bola ya muy usado y botines bayos con punteras de charol y tacones negros. Señas particulares: boca grande y bigotes López Figueroa en los tiempos de la renovación.

Federico el Chico ha sido, por vía de guasa, Subsecretario de Gobernación, Secretario 2º. del señor Madero, y Gobernador del Distrito. Pensó en Ciudad Juárez ser Vicepresidente de la República, a raíz de la pérdida de un juicio de desocupación, seguido ante el Juzgado 4º. Menor de esta Ciudad.

Al que dé razón del funcionario perdido, se le gratificará sin averiguación alguna, con un bono del Ferrocarril del Centro Mexicano. Febrero 9 de 1912.- Decoración, la de costumbre.- Personajes: casi los mismos de siempre.- Se encuentran entre ellos el altivo Sr. Pino Suárez que, aunque no es ministro, da su manita de vez en cuando a la política, en calidad de Vicepresidente procelario. A su lado está colocado el señor Bonilla, muy elegante, aunque él no tenga la culpa. En cambio, como no hay en el mundo dicha completa, falta el señor Abraham, que está trasroscado en su tierra.

Al levantarse el telón, el señor Presidente levanta el hombro izquierdo, y abre el Consejo.

El señor Presidente. –Creo que ya estamos completos, ¿no? Vamos comenzando. ¿Qué me dicen los señores Ministros?

El general don Ché. –¿De lo de Zapata, señor Madero? Pues ahora sí ya mero se arregla. Yo creo que en un plazo de...

El señor Presidente (sonriendo). –De tres días, ¿no general? ¿Y cómo andan las ambulancias?

El general don Ché. –Pues de andar, andan con mulas. Pero no se vaya a creer de lo que dicen los periódicos, que no hay melecinas... Mister Calero, benévolo. –Medicinas general; dispense usted que se lo indique.

Don Ché (enojado). –Ya lo sé; pero yo así lo hablo. Y el caso es que en Morelos nada les falta. Ahora estoy pensando cómo les mandaré zarapes y unas estufas para los fríos, que creo que ya vienen.

El señor Bonilla. –Señor, ¿por qué le dicen fríos al mal que da en tierra caliente? ¿Pues que en el Polo Norte no dan los fríos? ¿Y en cuántos días llegaría uno al Polo Norte, andando a buen paso?

El señor Presidente. –Hombre, don Manuel, parece usted un Ripalda. Díganos qué tal le fue de viaje.

El señor Bonilla. –Muy bien, señor, pregúntele usted a Pipo digo, al señor Vicepresidente. Yo estaba muy contento y eché muchos discursos, y me aplaudieron muchísimo y más el de las víboras venenosas, que salió bonito.

El tío don Ernesto. –¿Qué víboras, señor compañero?

El señor Pino altivamente. –Los periodistas de oposición. El señor Bonilla dijo que eran unas víboras, pero que también servían para algo.

El señor Bonilla (amable). –Sí, señor, porque se comen a los sapos.

El tío don Ernesto. –¡Hombre! ¿Los periodistas?

El señor Bonilla. –No, señor; las víboras.

El tío don Ernesto. –Bueno, ¿y quiénes son los sapos?

El señor Bonilla (mortificado). –¿Cómo quiénes? Pues los que están en las zanjas; los maridos de las ranas.

El tío don Ernesto. –Pero, ¿a quiénes llama usted sapos?

El señor Bonilla (mortificado). –¿Yo? A nadie. Si a mí no me gusta molestar a ninguna persona.

El tío don Ernesto. –Pues, la verdad, no entiendo lo que quiso usted decir.

El señor Bonilla (amable). –Menos lo entiendo yo. Pero, ¿qué fuerza es entender lo que uno dice?

El señor Presidente (terciando). –Yo sí entiendo lo que dijo el señor Bonilla, y tiene razón: esa prensa es la que tiene la culpa de todo, ¿no? Ahora quieren que quite yo a tres ministros.

Todos, a una. –¡Qué barbaridad! A mí, no...

El señor Presidente (resuelto). –A ninguno; ya se los dije, aunque se cansen de atacarme, ¿no?

El señor Bonilla (tímidamente). –Señor, ¿y por qué dicen que usted es espiritista?

Mister Calero (al quite). –Espiritista, señor compañero. Es una filosofía religiosa de la que hay muchos adeptos.

El señor Bonilla (curioso). –Señor, ¿qué es lo mismo adepto que inepto? Yo, ¿cuál de las dos cosas soy?

El general don Ché. –Hombre, no diga tonterías. Inepto es un hombre que sirve para todo, como yo; y adeptos son como las moscas y las cucarachas...

Mister Calero (en funciones). –Ésos son insectos, señor general.

El general don Ché. –¿Las cucarachas, insectos? ¿Y entonces las

pulgas?

El señor Pino Suárez (con una altivez de cinco metros sobre el nivel del mar). –También son insectos.

El general don Ché. –¡Adió! A poco dice que son iguales las pulgas que las cucarachas...

El señor Bonilla. –Señor, ¿y a usted le gustan las pulgas vestidas?

El señor Presidente. –No las conozco, ¿no? Pues dicen que el Sr. Calerito no es revolucionario, y que el general mi pariente no da en el clavo, pero a mí todo eso no me importa, ¿no?, porque entonces para qué soy Presidente.

El tío don Ernesto. –Oye, Panchito, ¿y qué sucede con los primos?

El señor Presidente. –Nada; todo está muy bien en la República ya le tomé el pulso a la situación.

El señor Bonilla. –Señor, ¿y qué doctrina es ésa de los americanos, que siempre sacan?

Mister Calero (sapiente). –La doctrina Monroe; de James Monroe, ¿no la conoce usted?

El señor Bonilla (humilde). –No, señor; yo de doctrina no conozco más que ésa de “todo fiel cristiano está muy obligado”; era la que enseñaban en Culiacancito.

El general don Ché. –Señor, ¿a quién se le da el mando de la columna para mañana? Yo había pensado en el general Navarro.

El señor Presidente. –Nuestro amigo de Juárez, ¿no? Me parece muy bien. Mañana nos veremos. No dejen de ir todos, ¿no?

Mister Calero. –Yo no puedo, señor, tengo catarro.

El señor Presidente. –Bueno, señor Calero, pues cuídese. Ahora sí ya hemos trabajado bastante...

Y Madero, el ingenuo, soportaba impertérrito todas las suciedades, las asquerosidades, ¿y por qué no decirlo?, la mierda que arrojaban a su rostro aquellos manejadores de cloacas, porque fue uno de sus grandes méritos, respetar ante todo, uno de los principios que proclamó al ir a la Revolución: la libertad de prensa. Es interesantísimo lo que sobre su inquebrantable firmeza de mantener la más absoluta libertad de prensa, dice su colaborador el licenciado Rafael L. Hernández en sus memorias:

...Al propio tiempo y cuando desempeñé la cartera de Gobernación, aconsejé que se tomaran medidas enérgicas contra la prensa libertina y sediciosa que a ciencia y paciencia del gobierno, le hacía una campaña inmoral y escandalosa. Creí que aquel asqueroso libertinaje de los periódicos de oposición, era funesto para la paz pública; los artículos incitando al ejército a la rebelión, eran constantes y cada vez eran más procaces contra el gobierno y contra el Presidente mismo, a quien atacaban de una manera vergonzosa hasta en su vida íntima. Recuerdo que una ocasión estando el licenciado don Manuel Vázquez Tagle, ministro de Justicia, mostré al Presidente un artículo que pasaba a extremos inconcebibles de audacia, de vergüenza y de perversidad; le dije que en mi concepto, era preciso poner coto a aquella licencia y aunque no había ley de imprenta, había otras leyes que penaban aquellos excesos. El Presidente *sonriente e inflexible* como siempre, se opuso a mi proposición. Don Manuel Vázquez Tagle también opinó lo que el Presidente: que la Revolución en los pliegues de su bandera, había escrito entre otros principios el de la libertad de la prensa; que él servía al gobierno del Presidente Madero, mientras se respetaran los principios y que en consecuencia dejara yo libre a los periódicos: “La prensa se combate con la prensa” volvió a causar una segunda catástrofe nacional. Don Sebastián Lerdo de Tejada fue la primera víctima. Ciertamente que ambos señores en el campo meramente moral, en el de los principios abstractos, tenían razón. En el de la política práctica, en el de las necesidades del momento esa vez se engañaban... Madero, pese a sus detractores, fue un hombre que se apegó a sus principios..., tuvo la fortaleza y grandeza de alma necesarias para no perder la ecuanimidad frente a la perversidad de sus enemigos.

2. LOS RICOS, LOS HACENDADOS Y LA ARISTOCRACIA

Los ricos y los hacendados, combatieron a Madero a su uso y costumbre, tirando la piedra y escondiendo la mano; porque lo que los caracteriza es su ancestral cobardía y cuidan más que la vida, los intereses. Así financiaron a escondidas a todos los que causaron perturbación al país, y descrédito a Madero.

Algunos huyeron, otros se escondieron; pero los hacendados nunca volvieron a sus haciendas. Le tenían miedo a la peonada redimida, a las nuevas autoridades municipales electas por el pueblo. Algunos de los ricos quisieron congraciarse con Madero, y hubo uno, cuyo nombre callo, que lo quiso hacer compadre, Madero no le dio acogida.

La aristocracia, por obra de sus mujeres, pues los hombres estaban escondidos, hizo ostentación de desprecio a los plebeyos encaramados en el poder y que estaban manchando el castillo de Chapultepec. Supimos a ciencia cierta de una linajuda dama que a grito herido decía en los salones que ellas, las damas, matarían a Madero a alfilerazos para que sufriera el justo castigo que merecía por haber derrocado a su amo, y haberlas alejado de la vida social oficial. Como buenas mujeres, no se ocupaban de otra cosa que chismorrear a costa de los advenedizos, comentando sabrosa y regocijadamente los artículos del *Mañana* y las caricaturas de *Multicolor*.

En esta ingrata labor se destacaron sin guardar el menor decoro los familiares de don Porfirio, más que nadie agraviados; y por eso, en su oportunidad, veremos la parte prominente que públicamente tomaron a la hora del cuartelazo y el asesinato de Madero. Desde luego, el sobrino, el caudillejo de la Ciudadela, como lo motejaban los huertistas; de los despreciables huertistas que fue el alma de la Ciudadela, hasta que le sumió los humos el chacal.

3. LA FAMILIA DEL DICTADOR

Los miembros de la familia del señor general Díaz, pusieron toda la pasión humanamente posible en vengar la osadía de Madero

derrumbándolo del trono, e hicieron gala de su sed inagotable de venganza.

Una encopetada y por cierto bellísima dama de aquella linajuda familia, la esposa del ingeniero Enrique Fernández Castelló, sobrino carnal de la “reina”, la señora doña Carmelita, en desahogo con sus amigas de la aristocracia, se proclamaba la “líder” del grupo de damas de la aristocracia que “gozaría”, ésa era la expresión, *matando a Madero a alfilerazos para que supiera lo que costaba despojar al héroe de su “solio imperial”*.

Y desde luego, a nadie más que al general Félix Díaz, el sobrino del caudillo, le correspondía “heredar el trono”; y así lo demuestran sus hechos. Primero se rebela en Veracruz, pero las fuerzas federales leales al gobierno, contra toda su voluntad, lo abaten, lo capturan y es encarcelado. Madero, respetando el amparo de la Suprema Corte de Justicia, salva su vida.

Y de nuevo, en febrero de 1913, fragua otro cuartelazo, a falta de fuerzas combatientes del pueblo, los “mochos”, al mando de generales y oficiales porfiristas enemigos en el fondo de su alma de Madero y del pueblo, esclavistas desde la Colonia; y esta vez no atrapa el poder porque se lo arrebató de las manos un troglodita; pero sí alcanza el anhelo de matar a Madero. Don Porfirio estaba vengado por el fiel sobrino.

Y cosa increíble pero ciertísima: para los gastos del cuartelazo de Veracruz, la señora doña Carmelita cooperó mandando desde París, cincuenta mil pesos; así lo afirma don Ramón Prida en la nota complementaria que aparece en la página 505 de su obra, misma que transcribo:

Sobre esto de los fondos para la rebelión de Don Félix Díaz, William Bayard Hale, según noticia publicada en el *World* de Nueva York, ha dicho que los científicos que estaban en Europa proporcionaron el dinero. El Sr. Hale está mal informado. Los científicos no dieron ni un centavo, ni podían darlo, porque don Félix Díaz fue su enemigo. Don Gonzalo Garita, ayudante que fue del general Díaz, fue encargado de recoger los fondos para sostener la rebelión de la Ciudadela, y fueron algunos mexicanos y gran número de españoles, quienes contribuyeron con su dinero para la rebelión. De Europa sólo fueron para la rebelión de Veracruz, cincuenta mil pesos, que parece envió don Guillermo de Landa y Escandón, dinero que según se dijo, enviaba la esposa del general Díaz. Los fondos para el cuartelazo de la Ciudadela, los proporcionaron los enemigos de los científicos: los felicistas, los reyistas y algunos españoles. Contribuyeron con pequeñas cantidades algunos mexicanos por conducto del licenciado Ignacio Bravo Betancourt.

Y derrocado y capturado Madero, Félix Díaz en el consejo de ministros que celebró Victoriano Huerta para resolver sobre el destino de Madero y Pino Suárez, exigió la muerte de los dos funcionarios. Madero debía pagar con su vida la osadía de haber derrumbado del solio imperial a su tío.

Además otros familiares del dictador intervinieron gozosos en el asesinato: el ingeniero Enrique Fernández Castelló, sobrino de doña Carmelita y de la mera rancia aristocracia porfiriana, que estaba entre los sublevados de la Ciudadela, fue uno de los que tomaron participación activa entre los victimarios de don Gustavo Madero en dicho lugar. El ingeniero Alberto Murphy, cuñado del ingeniero Fernández, casado con una sobrina de doña Carmelita, presurosamente ofreció su coche y su chofer para que Madero fuera conducido al suplicio; el propio yerno de don Porfirio, el acaudalado don Ignacio de la Torre y Mier, facilitó a su sirviente, un asesino profesional, el mayor de rurales Francisco Cárdenas,

para que matara a Madero y algo más, también facilitó su coche *Peerles* placa 2273, y su chofer para que llevaran a Pino Suárez al sacrificio.

La familia del general Díaz tuvo la inmensa satisfacción, el legítimo orgullo de haber cooperado activamente a la muerte de Madero, para vengarse de su atrevimiento de haber derrumbado al ídolo. ¡Cumplieron su misión!

4. LOS INTELECTUALES

Desde luego, me causa repugnancia catalogarlos entre las filas de las hordas de inmorales, carentes de cordura y patriotismo, que caracterizó a los que combatieron el gobierno del señor Madero por motivos tan pobres; además de ese título, el de réprobos merecieron por su actitud. Duele en el alma que no se aúne la inteligencia y la alta cultura con la moralidad.

Hay que tener en cuenta las finalidades de la reacción: resurgir el pasado y acabar con Madero. Solamente la pasión, explica semejantes aberraciones. Aferrados como estaban a los favores, dádivas y privilegios, que sin decoro a su alta capacidad de “intelectuales”, recibían como una gracia o una compra de sus ideas, del tirano. No tenían embarazo los más destacados de ellos en denigrar por todos los medios posibles; la injuria, la burla, la calumnia a Madero, se vertía a torrentes, así como antes habían servilmente enaltecido y loado al dictador. Lo más florido, lo más granado, las inteligencias cumbres; casi todos se dedicaron con pasión a esa ingrata tarea.

Encabezan el grupo los pontífices del partido científico: Emilio Rabasa, Joaquín Casasús, Pablo y Miguel Macedo, Rosendo Pineda, y seguían los diplomáticos, literatos, poetas, artistas de la talla de Federico Gamboa, Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón, que era un veleta, pues en la Cámara hizo alarde de maderismo y bajo Huerta llegó a bajezas imperdonables; Luis G. Urbina, Francisco A. de Icaza, Balbino Dávalos, José López Portillo y Rojas, Manuel Puga y Acal, José Juan Tablada, Luis y Antonio Pérez Verdía, Luis González Obregón, Jesús Galindo y Villa; los padres Cuevas y Andrade, Jorge Vera Estañol, el sabio licenciado Agustín Rodríguez, don Francisco Elguero, Agustín Garza Galindo, Aureliano Urrutia, Ramón Ibarrola, José Aguilera, Manuel Marroquín, el filósofo y gran maestro don Ezequiel A. Chávez, con Alfonso Pruneda y Antonio Caso, sin faltar don Francisco Bulnes, Esquivel Obregón y los cuatro del “Cuadrilátero”: José María Lozano, Francisco Olaguíbel, el vate Nemesio García Naranjo y el versátil Querido Moheno, porfirista, antiporfirista, maderista, antimaderista y acaba en el lodazal del chacal Victoriano Huerta, y culminando como rabiosos: Don Victoriano Salado Álvarez, Carlos Pereyra y el doctor Luis Lara Pardo, que de eso hizo un remunerador oficio. Quizá me haya quedado corto y no incluya a todos los detractores.

¿Y todo esto para qué? Para asesinar a un hombre bueno, puro, patriota, bien intencionado, respetuoso como nadie de la libertad y de la vida del hombre. ¿Acaso por el delito de ser ingenuo, por no saber amordazar ni matar? ¿Para sustituirlo por un canalla asesino, como Victoriano Huerta? ¿Ésas eran las aspiraciones patrióticas de esos encumbrados señores intelectuales? ¿Darle al país un gobernante de tal calidad y gobernar con él?

Márquez Sterling inserta en su obra lo que a ese respecto dijo Pereyra:

...Todo es un error y parte de base equivocada. El régimen del general Díaz pasó para siempre; y nadie en México desea ni reclama su aborrecido sistema... la situación política *hábilmente* “creada” por el Gral. Huerta, es nueva, corresponde a los ideales que no amasó el porfirismo, y conducirá a la Nación a su engrandecimiento”. Hasta estos extremos llegó el grupo selecto de intelectuales de primera fila: troglodismo, canibalismo, canallismo, ¡infierno!

Éste fue el regalo que la reacción hizo a México, derrocando a Madero.

No encuentro expresiones suficientemente cáusticas para fustigar tal barbarismo de la intelectualidad mexicana de aquel entonces. Lo único que explica, no que justifica, tal perversión del concepto, del sentido de la moralidad y del bien, es la exaltación vesánica de las pasiones políticas; aquellos cerebros privilegiados perdieron la noción del bien y del mal, de la moral, de la rectitud, de la justicia; no cabía en su alma otro anhelo, ni otra idea que derrocar a Madero y matarlo; y ¡oh, locura!, acabar, destruir los ideales de libertad y justicia, de amor al prójimo y más que a nadie a los de abajo, que ellos abominaban, que eran los justos y legítimos anhelos de la Revolución.

Una triste y dolorosa nota que comprueba esta tesis, la de nada menos que una de las figuras más brillantes y altísimas de la literatura nacional, el propio don Federico Gamboa, a quien a pesar de esto, creo, casi tengo la seguridad de que en su vida privada era respetuoso de la más estricta moral y además católico, apostólico, romano practicante. Pues bien, poseído de la locura o

presa del efluvio diabólico, dice en sus *Memorias*, que se publican justo en los momentos que escribo estas líneas:

17 de Abril... De visita con monseñor Tristschler, leyóme el padre Hernández el telegrama interrogativo que publicó el “Diario de la Marina”, de la tarde, sobre la muerte en un reencuentro con tropas carrancistas, del general Blanquet... ¿Estaría dándole Carranza el sol de cara? Ayer, Zapata, 10 de abril de 1919, hoy Blanquet..., ¿quién será el próximo? ¿Villa?... Habría que repetir lo que el padre Rivadeneira, S. J. asienta en su maravilloso “Tratado de Tribulación” al reproducir distintas preguntas de San Agustín en el Capítulo XIX del libro I: ¿Por qué Dios Nuestro Señor da en esta vida *bienes a los malos y males a los buenos*? A lo que contesta San Jerónimo: Quise saber la causa de esto, y halléme embarazado, y vi que no la puedo entender, hasta que entre en el Santuario del Señor, y vea *el fin de los malos*; porque los juicios de Dios son un abismo sin suelo, y Dios es bueno, y todo lo que hace Él, bueno necesariamente lo ha de hacer.

Y yo no entiendo lo que dice Gamboa, o tengo el juicio extraviado. Entiendo que a Gamboa le duele que Blanquet muriese a manos de Carranza, y lo que es más, que Carranza tuvo un regio regalo al recibir la cabeza de Blanquet. El malo, Carranza, recibió un bien que no merecía – “bienes a los malos” – y el general Blanquet recibió un mal que no merecía – nada menos que morir – “males a los buenos”.

¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿bueno Blanquet? Sí que era pero muy bueno, bueno... para matar, para asesinar, para traicionar. ¿Ignoraba Gamboa, que este hombre fue uno de los asesinos de Madero y Pino Suárez? ¿Ignoraba los múltiples asesinatos que cometió siendo ministro de la Guerra de Victoriano Huerta, el cual era otro de sus “santos”? ¿Ignoraba el asesinato colectivo que Blanquet, con su 29º. Batallón, cometió en la estación de Apizaco, matando a sinnúmero de burócratas carrancistas que venían de

Veracruz a la capital, a servir aquí en las oficinas del gobierno? A mí, que comento estas atrocidades de los máximos exponentes de la altísima intelectualidad mexicana de aquella agitada época, me desconciertan de tal manera, que acabo por no saber distinguir lo bueno de lo malo. Don Porfirio, sus discípulos Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Félix Díaz el “mata ratas”, etc., ¿buenos?, ¿santos?, ¿inmaculados?, ¿virtuosos?, hijos directos del Ser Supremo?

La labor que desarrollaron estos grupos de la reacción: la prensa, los ricos, los hacendados, la aristocracia y la intelectualidad, cargan además con la responsabilidad de los excesos, de los atropellos que llegaron al crimen, cometidos por los revolucionarios en su contra, porque en el campo de la Revolución arraigó la idea de que esos enemigos del movimiento eran irremediables, que había que acabar con ellos y no se les podía perdonar, porque si no acababan con ellos y recuperaban el poder, quedarían en aptitud de cometer cuanta infamia fuera posible si no se les eliminaba radicalmente.

Y se llegó, en el ardor de la lucha armada a tal extremo, que tengo presente en mi memoria la infinidad de casos en que se informaba a los jefes de la Revolución de la captura de prisioneros y preguntaban: “¿Traen corbata?, ¡fusílenlos!”. Para aquella gente no cabía en sus mentes que pudiera haber amigos del pueblo que trajeran corbata. La corbata era significativo de cultura, intelectualidad; y ellos, los cultos, los hombres de letras, los intelectuales, eran los enemigos irreconciliables de los de abajo.

Podría contar un caso concreto personal: a la llegada a México de un alto oficial del Ejército de la Revolución, capturó en mi presencia

a uno que había atacado a Madero en la tribuna de la Cámara, a quien mandó preso para ser ejecutado. No pude convencerlo que no debía hacerlo, y como yo no podía consentir aquella infamia, fui a ver inmediatamente a los jefes de aquel oficialito y gracias a mi valimiento, obtuve que no precisamente se le dejara libre, sino que se le diera oportunidad para que se fugara; porque querían evitar que se supiera que se le había dejado sin castigo.

Y para qué mencionar los excesos que, primero el movimiento armado y después los gobiernos revolucionarios, han llevado a cabo contra los hacendados, a quienes han dejado en cueros, dándole gracias a Dios de no haber perdido también la vida. Caro, muy caro, pagaron haber colaborado con la reacción y haber derrocado a Madero, quien fue como nadie, respetuoso de las garantías a la propiedad.

5. EL EJÉRCITO

El Ejército Federal no perdonó haber sido vencido por la Revolución y llegó hasta el extremo de hacerse la ilusión de que la Revolución triunfó sin haber sido derrotado. Esta falsedad –que para el Ejército llegó a convertirse por arte de magia en realidad–, fue obra perversa y dolosa de la reacción. La prensa inició la falsa tesis. El glorioso Ejército Mexicano no fue derrotado por los incultos y bárbaros “rancheros chihuahuenses”.

Recuerdo el vibrante discurso que, sosteniendo esa falsedad, pronunció en la Cámara Chema Lozano, y tanto lo dijeron, que el Ejército cándidamente lo creyó.

La oficialidad resentida por las múltiples y repetidas, constantes, diarias derrotas que sufrieron en todos los pueblos del país, desde

la más humilde ranchería hasta Ciudad Juárez y Torreón, en donde mordieron el polvo, enderezó su actitud vengativa contra la persona misma de Madero. El Ejército estaba ansioso de venganza, y es así como se puso de moda la canción *El Pagaré*, que en realidad no era otra cosa en boca del Ejército, que una sentencia y una amenaza de muerte: “Pagaré con mi vida haber derrocado al ejército, haber derrocado al general Díaz”. Ésta era la canción favorita de los oficiales del Ejército Federal en juergas, bochinchas, cantinas, cabarets. ¡Matar a Madero, su supremo anhelo!

Por lo demás, y como ya lo hemos dicho y precisa repetirlo, nuestro extinto Ejército Federal no fue otra cosa, desde Iturbide y Bustamante en 1821-22, hasta 1912-13, más que una serie constante y repetida de cuartelazos: Bernardo Reyes, Félix Díaz, Díaz Ordaz, Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, Aureliano Blanquet. ¡Cuartelazos y cuarteleros!

Por andarse creyendo de la reacción de que eran invencibles, sufrieron más tarde derrotas tras derrotas, a manos de Obregón y Pancho Villa, hasta expirar quieta y mansamente en Teoloyucan el 13 de agosto de 1914.

6. LOS REVOLUCIONARIOS SEDUCIDOS POR LA REACCIÓN Y SUS ASOCIADOS LOS VAZQUISTAS

Causa tristeza, positivamente, que los propios nuestros se hicieran nuestros enemigos; pero así es.

Unos, los del grupo de Orozco, fueron atrapados en la red que los porfiristas les tendieron, y muerto Madero, se incorporaron a Huerta; así pues se convirtieron real y positivamente en

reaccionarios. Vencido Huerta, volvieron por sus fueros y se reincorporaron a la Revolución; en Chihuahua, Marcelo Caraveo y los Quevedo; y en el sur, Juan Andrew Almazán.

Orozco, en su manifiesto de rebelión contra Madero, llora por el gran desterrado; y para darle cariz a su metamorfosis, se le incorporan conocidos elementos porfiristas-reyistas como Manuel Garza Aldape y David de la Fuente; y sobre todo, el hecho de incorporarse a Huerta, comprueba plenamente su reaccionarismo.

Otros, todos los del sur, Zapata a la cabeza y los vazquistas, aun cuando combatieron a Madero no fue por reaccionarios, fue por inconformes con Madero; pero en honor a la verdad, siempre se mantuvieron revolucionarios de la más limpia cepa. Infortunadamente se alejaron y combatieron a Madero, a mi juicio, equivocadamente; porque ya he demostrado que Madero siempre cumplió con las promesas de los revolucionarios y concretamente con la repartición de tierras. Muerto Madero, combatieron a Huerta. Vencido Huerta, se unieron a Villa; y aun cuando también hayan combatido a Carranza, eso tampoco les quita su revolucionarismo; tan es así, desaparecido Carranza, ya abierta y francamente, se incorporaron a la Revolución.

Los vazquistas, que eran un grupo bien reducido en el que sobresalían Aquiles Elorduy, Pedro Galicia Rodríguez, Xicoy, etc., fue un grupo enemigo personal de Madero, a quien no querían con el falso pretexto de haber impuesto a Pino Suárez y lo combatieron arduosamente al lado, tristeza es decirlo, de los auténticos reaccionarios que soñaban con la restauración. Este grupo, justo es reconocerlo, siempre fue revolucionario. Apenas muerto Madero, sus componentes con Aquiles Elorduy a la cabeza, valientemente atacaron a Huerta.

7 Y 8. LOS CATÓLICOS Y LOS PSEUDO- INDEPENDIENTES

Los católicos que espontáneamente, sin solicitud, ni siquiera desearlo Madero, habían apoyado su candidatura en una convención política que al efecto se celebró el 18 de agosto de 1911.

Transcribo a continuación un editorial del periódico católico *El País*, comentando la actitud de su partido y alabando a Madero, para que se vean las razones que tuvieron para postularlo. Dice así:

LA CONVENCIÓN CATÓLICA Y LA CANDIDATURA MADERO

Era de esperarse. Apenas fue conocida la actitud política de la Convención del Partido Católico, cuando los elementos contrarios se han desatado en rudas oposiciones a éste. Trata de pulverizarlo, de anonadarlo, de convertirlo en sombra de ridículo, bajo la mole de un argumento fútil y baladí por más que a sus autores parezca una masa que no podría soportar en sus hombros el Coloso de Rodas. “¿Cómo es, dicen, cómo puede concebirse dentro de la lógica de convenciones políticas, de una religión que proclama este principio “el que no está conmigo está contra mí”; cómo explicarse que siendo Madero libre pensador y por ende espiritista, el partido católico se adhiera a su candidatura, y por lo tanto, se lance a trabajar por ella con el afán y ardor, la actividad y la conciencia que exige toda lucha política?”

¿Por qué, agrega otro periódico, así como lo han sostenido “El País” y sus colegas, las consecuencias de la política afectan necesariamente a los destinos temporales de la religión, del partido católico se adhiere a la candidatura de un enemigo, proclamado por liberales, y el cual si ha de cumplir en el poder tendrá que seguir una política liberal y por lo mismo anticatólica? Esa argumentación, que repetimos, es para sus autores algo como una masa planetaria, no resiste el análisis. La Convención del Partido Católico, al decidir adherirse a la candidatura

a Madero, han obrado y procedido dentro del más puro criterio católico, y ha dado una lección de prudencia y patriotismo, digna de las mayores alabanzas. Vamos, pues, a exponer la doctrina católica aplicable con exactitud al caso.

De lo anterior, resulta que el deber del ciudadano católico en una lucha electoral es: 1°.- Si hay lucha entre un candidato católico y otro no católico, votar por el primero. 2°.- Si la lucha se libra entre candidatos no católicos, votar por el MENOS INDIGNO, esto es por el que ofrezca mayores probabilidades de causar MENOR MAL. Esto es lo que ha dicho la Convención Católica. Siendo inviable la candidatura del señor Presidente actual de la República, porque se ha comprometido bajo su honor, bajo su grande y esplendoroso honor a no aceptarlo, y porque de esa no aceptación depende gran parte de la paz de nuestra patria, quedan sólo las candidaturas Madero y Reyes. ¿Cuál de los dos ofrece mayores garantías de causar a la libertad católica, a los derechos de la Iglesia un mal menor? El señor Madero es liberal ciertamente; pero el señor general Reyes es algo más; nadie ignora su furor de propaganda masónica en la frontera. El señor Madero se distingue por esa tolerancia que se apoya en profundas convicciones de justicia. Lejos de ser un impulsivo, un perseguidor, un fanático, reconoce que un ciudadano de México no pierde un ápice de sus derechos civiles y políticos, por razón de tributar a la divinidad culto en determinada forma aprobada por las leyes. El señor Madero jamás ha profesado el principio febril de que la libertad consiste en que nadie ha de pensar en materia religiosa sino como él piensa (que es la libertad del jacobinismo); de que una institución legal como es la Iglesia, puesto que vive dentro de nuestro Derecho Público, ha de ser perseguida sistemáticamente por el Estado. Mas independientemente de la moderación y espíritu de legalidad que es imposible desconocer en Madero, hay una razón poderosísima para que cuente con el voto de los oprimidos en su conciencia religiosa: él ha iniciado el pensamiento del régimen parlamentario entre nosotros, es decir, el de la gobernación efectiva y detallada por medio de la mayoría. He aquí sus palabras en el brindis que pronunció durante el banquete ofrecido por el elemento militar al señor licenciado don Francisco I. Madero: “Que el Presidente de la República sea la augusta representación de la Nación, que se aleje de toda clase de intrigas de partidos políticos y representando únicamente a la Nación, sea el regulador, el moderador

y el fiel representante de la Ley”. En este caso, la República sería gobernada por **MINISTROS RESPONSABLES** ante las Cámaras de las Legislaturas y éstas llegarán a constituir el Poder Supremo de la Nación. Esto lo hará un Congreso, fiel representación del pueblo, integrado por conscientes ciudadanos que vengan de toda la República. Con una corporación constituida así, es imposible que llegue a faltar a los compromisos que contrae con sus votantes, con la Nación y que deje de ser la fiel representación de las instituciones democráticas. Pues bien, allí, donde una mayoría es oprimida por una minoría sectaria armada de la fuerza bruta, el régimen parlamentario es la salvación. Por tanto, la Convención Católica, al adherirse a la candidatura Madero, ha obrado dentro del criterio católico, y ha hecho también labor patriótica, poniendo sus esfuerzos al servicio del triunfo patriótico de la Revolución, cuyos ideales representa el jefe que, con el apoyo de la voluntad nacional, le dio la victoria.

EL PAÍS

22 de agosto de 1911.

Año XIII. Núm. 3.655.

Página 3, Cols. 3 y 4.

El hecho es que a pesar de haberle brindado su apoyo sus representantes en la Cámara, a donde llegaron –por única vez en la Historia de México–, por obra y gracia de la efectividad del sufragio popular que proclamó y acató Madero, se convirtieron en opositores de su gobierno y se aliaron con la reacción. Ingratitud inconcebible, porque, repito, ha sido la única vez en toda la Historia de México que los católicos, como partido, hayan llegado al poder. Fue obra de sus dirigentes, que obraban buscando su acomodo personal y fue así como su grupo, alejándose de Dios y de la Iglesia, brindó su apoyo al gobierno usurpador del general Huerta, y consintió y aprobó todos sus crímenes. Inconcebible, pero cierto.

9. EL CUADRILÁTERO

Entre los enemigos más poderosos que tuvo el régimen de Madero, figura en primera línea este grupo de altos y distinguidos intelectuales: José María Lozano, Francisco M. Olaguíbel, Nemesio García Naranjo y Querido Moheno; que convirtieron la tribuna de la Cámara de Diputados en altoparlante que difundiera sus enconados ataques a todo el país. Eran oradores inteligentísimos que cautivaban al auditorio con la zalamería de su verbo florido. Se turnaban en su labor desarrollando los temas apropiados para una sola finalidad: derrumbar el gobierno de Madero, acabar con la Revolución, volver al jugoso pasado, restaurando un gobierno reaccionario. Y lo lograron; le obsequiaron a México —rico regalo— el gobierno abominable, más sucio, más detestable que ha tenido el país, y el mar de sangre y destrucción que provocó la reanudación de la Revolución. Los reaccionarios que derrocaron a Madero soñando con la restauración, fueron ciegos que no alcanzaron a ver que el pueblo mexicano no se dejaría arrancar las conquistas que Madero había logrado. Y fue así como su muerte dio lugar a que nuevos elementos más radicales lo substituyeran con ventaja, haciendo realidad los anhelos revolucionarios de mejoramiento de los de abajo.

Pero... a ellos, ¿qué les importaba el país?, ¿qué patria?, ¿honor?, ¿vergüenza?, ¿decoro? Ellos no lo buscaban, no lo deseaban. Se sintieron jubilosos, felices, orgullosos de haber participado en forma destacada en el derrumbamiento del régimen popular de Madero; y sus esfuerzos fueron debidamente premiados, alcanzando el “altísimo honor” de ser ministros del gobierno del “chacal”.

10. HENRY LANE WILSON

El embajador americano Henry Lane Wilson, fue el más poderoso aliado de la reacción; sin él, ni triunfa el cuartelazo, ni Madero muere.

Bien pronto, Madero se echó encima a este poderoso enemigo. Apenas inaugurado su régimen, Wilson acudió al licenciado Rafael L. Hernández, ministro y primo hermano de Madero, a quien quería muchísimo y a quien apreciaba en muy alto grado; la elección del conducto no podía ser más adecuada. Wilson le pidió a Rafael Hernández que Madero le asignara un subsidio mensual decoroso; le dijo que así lo hacía el general Díaz muy generosamente y que no le bastaba la asignación del gobierno americano para cubrir sus gastos. Madero no aceptó. Lo rechazó por indecoroso para él, su gobierno y la soberanía nacional. Rafael Hernández trató de convencer a Madero de la conveniencia de acceder a la petición del embajador, y de los peligros y perjuicios que no solamente para Madero en lo personal, sino para el propio país significaba echarse encima la malquerencia del embajador. Madero, firme, no se doblegó.

Esto lo supe por la boca misma de Rafael en Nueva York, cuando huimos allá a la caída de Madero, y me lo confirmaron después don Francisco y Sarita Pérez, la viuda de Madero, y ella me añadió que también a ella acudió en igual forma la esposa del embajador Wilson.

Yo no puedo, ni debo, ocultar lo que sé, porque me he echado encima la responsabilidad de escribir esta historia y no quiero eludir este asunto por cobardía y por temor de que no se me crea;

siendo como soy, uno de los pocos supervivientes de aquella azarosa era, en contacto bastante íntimo con los actores principales de aquel drama. Con tanta más razón, cuanto que mi pobre labor, mi propósito de escribir sobre aquella época es la de presentar a Madero tal y como real y positivamente era; y que las generaciones futuras le hagan justicia; porque su inquebrantable firmeza de cumplir sus deberes para con la patria, por encima de su conveniencia personal, es un mérito que lo engrandece. Por lo demás, ni hago una revelación, ni soy yo el único que sabe esto; Lamicq (Crater) asienta lo mismo en la página 178 de la obra que escribió sobre Madero en 1915. Literalmente afirma: “... El embajador americano dio todo su apoyo al golpe de mano. Había solicitado de Madero diversos servicios y concesiones que siempre le fueron negados”.

Wilson no le perdonó a Madero aquella ofensa y pagó con su vida no satisfacerlo; porque según todos los elementos de convicción que obran, Wilson fue factor decisivo en su derrocamiento y en su muerte.

En julio de 1911, antes de que Madero asumiera el Poder Ejecutivo y de que Wilson sufriera la decepción de que Madero se rehusara a concederle los dineros que le pedía, informó al Departamento de Estado, según publicación del *New York Sun* de agosto de 1916 en este sentido:

... Madero es en apariencia insignificante, de modales tímidos, de palabra vacilante y parece estar altamente nervioso e inseguro, por lo que se refiere al curso que debe darse a los numerosos e importantes problemas públicos. Él tiene, sin embargo, una característica redentora, un par de ojos excelentes que indican seriedad, veracidad, lealtad y pueden ser reservas de energía y fuerza de carácter que el tiempo podría más plenamente revelar.

En noviembre 30 de 1911, 13 días después de haber tomado posesión del gobierno, Wilson informa a Washington:

Mis observaciones hasta el momento actual, me hacen pensar que el señor Madero es un hombre honrado y patriota con una situación en sus manos de lo más difícil y desconcertante, debido a la dificultad en la reconciliación de su propio credo político y el programa de la Revolución, con la situación reinante y las duras necesidades del momento.

Apenas Wilson vio rechazada su demanda de dinero, inicia una labor de falsedades y mentiras contra Madero, rindiendo a su gobierno informes tendenciosos todos encaminados a desprestigiarlo. Igual hace con el Cuerpo Diplomático, dentro del cual tiene una preponderancia decisiva por la formidable fuerza del poderoso país que representa y hace extensivas sus actividades en la colonia americana.

Y es, naturalmente, cuando el cuartelazo de la Ciudadela, en donde desarrolla en toda su capacidad su malquerencia. Y para dar fuerza a esta afirmación, invoco los informes de uno de sus propios detractores, el doctor Luis Lara Pardo, y la copiosa e imparcial de don Ramón Prida en su obra intitulada *De la dictadura a la anarquía*.

El doctor Lara Pardo hace esta suculenta confesión:

El embajador Henry Lane Wilson, se hizo el campeón de la renuncia de Madero, pero no halló eco en la mayoría de los diplomáticos y cita un memorándum de Wilson a su gobierno en el que informa: “Esta mañana el señor Cologan fue a Palacio y entró un poco antes que 30 senadores venidos con igual misión. Tan pronto como los hubo recibido el Presidente, expuso los puntos que habíamos tratado la

noche anterior y dio a conocer la conclusión a que habíamos llegado, diciendo ser nuestra opinión unánime que él debía renunciar. El Presidente respondió que no reconocía a los diplomáticos el derecho de intervenir en un asunto interior y que su renuncia precipitaría al país en el caos. Dijo que no renunciaría jamás y si era necesario, moriría en defensa de sus derechos como Presidente elegido legalmente [Lara Pardo agrega]: Indudablemente que Cologan fue a hablar, tomando el nombre del Cuerpo Diplomático. Al decir “opinión unánime” mentía, porque cuatro diplomáticos no eran todos, y no sabía la opinión de los demás... la respuesta de Madero fue digna, enérgica, terminante.

Las funestas actividades de Henry Lane Wilson están tan vinculadas con el cuartelazo de la Ciudadela, y el derrocamiento y asesinato de Madero, que no se puede eludir entrar de lleno a historiar aquellos trágicos sucesos.

EL CUARTELAZO DE LA CIUDADELA

Fracasado el cuartelazo que dieron en Veracruz los generales Félix Díaz y Díaz Ordaz, la reacción, ahora en manos de generales del Ejército Federal, se dedicó con entusiasmo y ardor a organizar otro cuartelazo en la ciudad de México, figurando como directores del movimiento, los generales Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón, quienes contaban con el 1°. y el 2°. Regimientos de Artillería que mandaba el coronel Antillón, el Primer Regimiento de Caballería, mandado por el coronel Anaya y la Escuela de Aspirantes; los dos primeros acuartelados en Tacubaya y la Escuela en Tlalpan.

Los comprometidos se reunieron durante la noche del sábado 8 de febrero en el cuartel de San Diego, en Tacubaya. El primero en llegar, fue Martín Gutiérrez, hijo del general Alejandro Gutiérrez,

propriadamente sin grado militar, pero jefe de una brigada auxiliar que cuidaba el camino del Ajusco; fueron llegando el capitán Armiño, el mayor Frías, el teniente coronel Gamboa, los oficiales Dubart y Ramón Díaz, los tenientes Peña, Vázquez y Patiño. Hubo dos únicos jefes, hombres de honor, que valientemente se rehusaron a incorporarse a la rebelión: el teniente coronel Catarino Cruz y el mayor Baldomero Hinojosa. Tampoco quisieron adherirse los dos jefes del Regimiento de Ametralladoras, quienes se limitaron a ignorar la sublevación; pero el cuerpo en masa con el capitán Romero Hernández a la cabeza, sí aceptó entrar al movimiento.

Durante esa noche, al terminar un banquete que los diputados renovadores daban en honor del ingeniero José Y. Reynoso con motivo de su nombramiento de Subsecretario de Hacienda, Gustavo, que había sido informado del levantamiento, con sus ayudantes Leopoldo Gallardo y mi primo Eugenio Aguirre López, fue en su carro a hacer una investigación personal en los alrededores de los cuarteles de Tacubaya, en donde estuvo a punto de ser capturado por los oficiales ya en estado de rebelión; y pudo comprobar la realidad de la sublevación.

Al amanecer del domingo 9 de febrero de 1913, partió de los cuarteles de Tacubaya la fuerza federal sublevada al mando de los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, rumbo al cuartel de San Cosme, en donde aumentaron sus efectivos con catorce ametralladoras, y llevando ya del cuartel de Tacubaya dos piezas de artillería. De allí, se dirigieron a la prisión militar de Santiago, que gobernaba el teniente coronel Sardaneta, quien dócil al requerimiento de los rebeldes, con la cooperación de los ayudantes, y a pesar de la honrosa oposición del mayor Mayol, consintió en

entregar al general Reyes, que ya garbosamente engalanado con su uniforme, salió acompañado del capitán Romero López. En las afueras ya lo esperaban, escondido en el jardín, su hijo Rodolfo y en el lugar inmediato, el mayor Zozaya con el caballo del prisionero. Con Samuel Espinosa de los Monteros y el licenciado Ramón Cosío González; allí también se unió a la columna el escuadrón de la Escuela de Aspirantes a las órdenes de los oficiales instructores: Escoto, García, Armiño y Zurita.

Se organizó la columna al mando del general Reyes y marchó a la penitenciaría a rescatar a Félix Díaz. Alboreaba la mañana. El jefe de la prisión, don Octaviano Liceaga, cuyos hijos estaban con los sublevados, ante la amenaza de un cañón abocado contra la puerta de entrada, consintió que uno de sus propios hijos entrara para sacar al “sobrino del tío”, quien se rehusaba a salir, temeroso de que se le tendiera una celada —era muy valiente—, pues no se le había advertido la fecha exacta del levantamiento.

Entretanto los infantes de la Escuela de Aspirantes, que se habían apoderado en Huipulco de un tren que iba a Xochimilco, obligaron al motorista a llevarlos al zócalo, en donde se juntaron con la caballería, apoderándose sin disparar del Palacio Nacional.

Libres los dos jefes de la sublevación en los momentos en que la columna se desprendía de la penitenciaría, llegaron despavoridos dos de los aspirantes a dar aviso de que el general Lauro Villar, comandante militar de la plaza, entrando por la parte de atrás de Palacio, los había sorprendido y lo había recuperado.

Se organizó la columna rebelde para asaltar el Palacio Nacional bajo el mando del general Reyes, yendo a la vanguardia el general

Gregorio Ruiz y el coronel Anaya al frente del 1er. Regimiento de Caballería. Al llegar a la calle de la Moneda, se incorporaron algunos aspirantes dispersos de los que habían sido desalojados de Palacio por el general Villar; el licenciado Emilio Pérez de León, a pie, empuñando una carabina Winchester, el capitán Cervantes y el ingeniero Enrique Fernández Castelló, sobrino carnal de doña Carmelita, porque era necesario que la familia del dictador hiciera acto de presencia.

Félix Díaz y Mondragón mandando el resto de la fuerza considerada como reserva, se estacionó en la calle del Licenciado Verdad.

La columna a cuyo frente iba el general Reyes, llevaba a la vanguardia al escuadrón de la Escuela de Aspirantes y dos escuadrones del 1er. Regimiento de Caballería. Mandaban la vanguardia el general Gregorio Ruiz y el coronel Anaya. A cincuenta pasos iba el general Reyes ufano, ostentoso, en actitud de victorioso, como conquistador; un piquete de artillería con cuatro cañones al mando del capitán José Tapia, soldados de los Regimientos de Artillería 2º. y 5º. que iban a pie.

En este orden, la columna del general Reyes desembocó por la calle de la Moneda, doblando a la izquierda frente a Palacio Nacional, que ya se encontraba en manos de las fuerzas leales, bajo las órdenes del comandante militar de la plaza, el bravo y pundonoroso general tamaulipeco Lauro Villar.

Este distinguido jefe militar, sereno, inmutable hasta la heroicidad, sin temores ni vacilaciones, se había aprestado a la lucha en cumplimiento de su deber desde las dos de la mañana, hora en

que fue despertado por una llamada telefónica del inspector general de policía López Figueroa, quien le informó del inusitado movimiento que a esas altas horas de la madrugada se observaba en los alrededores de los cuarteles de Tacubaya. En el acto, por teléfono, dio órdenes al mayor de la plaza y capitanes de vigilancia, para que investigaran y le informaran a la debida brevedad por la misma vía. Vuelto a informar de la seriedad del movimiento por López Figueroa, a las cuatro de la mañana se vistió y tomó su coche, escapando por milagro de ser aprehendido en el camino por un grupo de aspirantes que no lo reconoció, dirigiéndose al cuartel de San Pedro y San Pablo, y haciéndose reconocer, ordenó que se apostara la tropa del 28 Batallón mandado por el coronel Morelos y fuera a ocupar Palacio y entrando por el Cuartel de Zapadores, desalojara a los rebeldes y él, con sólo dos soldados, se volvió a dirigir en su coche al cuartel de Cerritos, en donde ya se encontraba, informado del levantamiento, el general Villarreal a quien ordenó que con muy escasas fuerzas del 24 Batallón, rápidamente fuera a ocupar la Ciudadela para evitar que la sorprendieran los sublevados.

Villar, al frente de reclutas del propio 28 Batallón, se dirigió al Cuartel de Zapadores que dominó con su sola presencia; mandó destrozarse la puerta que comunicaba al cuartel con el interior del Palacio y entró dividiendo su pequeña fuerza en tres grupos: 30 hombres al mando del mayor del 24 Batallón, que se dirigieron a la puerta principal; 22 hombres al mando de un capitán que deberían posesionarse de la puerta de honor, y 15 de caballería al mando del capitán Malagamba, como sostén de ambas fuerzas. El general Villar, pistola en mano, al frente de tres pelotones con la bayoneta calada, cayó intempestivamente sobre la guardia de la puerta de honor, intimándoles rendición, que logró. Los rebeldes fueron

desarmados y conducidos a las cocheras, en donde ya había buen número de aspirantes presos.

Entretanto, el coronel Morelos entró por la Secretaría de Guerra por la puerta de la calle de Correo Mayor y tomó las alturas para dominar desde las azoteas; pero no encontró resistencia y pronto se puso en contacto con el general Villar.

Al recuperar Palacio, encontraron presos a don Gustavo Madero y sus ayudantes en las garitas.

En esos momentos llegó también a Palacio el ministro de la Guerra, general Ángel García Peña, quien también estuvo a punto de morir a manos de los aspirantes rebeldes, que antes de rendirse hicieron fuego sobre él. Confiado ya que se había recuperado el Palacio Nacional, se dirigió en su automóvil a Chapultepec a informar al Presidente.

Una vez que el general Villar dominó la situación de Palacio, dispuso sus tropas que apenas ascendían a 150 hombres, en condiciones de defender el edificio. Apenas había distribuido sus fuerzas frente a Palacio, se presentó la avanzada de los rebeldes al mando del general Ruiz, quien desplegó sus tropas desleales. El heroico comandante militar, rápidamente se dio cuenta de que sólo la avanzada de los rebeldes era superior en más del doble a las tropas con que contaba; pero no vaciló un instante y con voz estentórea ordenó a su gente que nadie se moviera. El general Ruiz, al ver el estoicismo con que el general Villar esperaba los acontecimientos y la poca fuerza de que disponía, creyó posible atraerlo acercándose hasta la puerta del centro. El general Villar adelantó unos pasos sin abandonar su línea y se puso al habla con

su enemigo, quien recordándole viejos lazos de amistad y compañerismo, lo invitó a unirse al movimiento. El general Villar, iluminado por la Providencia, con la velocidad del rayo, se dio cuenta de la posición de sus fuerzas y maliciosamente, lentamente, retrocedió, hasta el grado de que el general Ruiz, que también avanzó, quedó colocado entre las fuerzas del 20 y 24 Batallón; avanzó, entonces el general Villar, audazmente, tomó con la mano izquierda las riendas del caballo del general Ruiz y empuñando con la derecha la pistola, le dijo:

–Es usted mi prisionero. Jamás he defecionado desde la intervención francesa. Baje usted del caballo o se muere. –Ruiz intentó desenfundar su pistola, pero Villar airado, le previno–: ¡Arriba esa mano! ¡Soy su jefe y le ordeno que baje del caballo! –Obedeció y lo puso preso en manos del general Cauz, diciéndole–: Usted, señor general, me responde de este hombre. A su honor de soldado lo confío.

Como dato curioso, mencionaré el hecho de que una vez que Huerta fue nombrado por Madero comandante militar de la plaza y jefe de las operaciones contra los sublevados, uno de sus primeros actos de mando fue fusilar al general Ruiz de este episodio, en el jardín de Palacio.

Rápidamente volvió el general Villar al frente de sus tropas, en los precisos momentos en que el general Reyes, con más de tres mil hombres, con seis cañones y catorce ametralladoras, desembocaba en la plaza del zócalo por la calle de Moneda. El general Villar dijo a sus muchachos, que ya llegaban a 500:

–Vamos a morir, ése es nuestro destino; pero muramos defendiendo el honor del Ejército.

En seguida ordenó a su corneta de órdenes corriese a situarse en el extremo norte de Palacio, dándole instrucciones reservadas. Reyes llegó parsimoniosamente al frente de la puerta del centro, donde estaba el general Villar, quien le marcó el alto; pero el general Reyes o no lo escuchó, o no quiso detenerse, pues siguió de frente arengando a la multitud que lo vitoreaba. En esos momentos empezó el tiroteo iniciado por los soldados rebeldes. Villar hizo funcionar las ametralladoras y a los primeros disparos cayó Reyes muerto con un balazo de pistola en la cabeza y muchos en las piernas causados por las ametralladoras. Más tarde, a la hora sombría en que se consumó la traición, Rodolfo Reyes reclamó la vida de Adolfo Bassó, atribuyéndole haber sido él quien disparó.

Las fuerzas leales, debido es decirlo, tuvieron en aquellos momentos vacilaciones que sólo la presencia heroica de Villar pudo reprimir. La muerte de Reyes fue decisiva; los rebeldes retrocedieron, huyeron, se dispersaron. La acción no duró más de media hora. Un hombre solo, un héroe epónimo, el general Lauro Villar, había derrotado y puesto en fuga con 500 hombres ¡a cerca de tres mil!

Las fuerzas leales sufrieron fuertes bajas. El general en jefe, herido por una bala que le fracturó la clavícula. Murieron el coronel Morelos, el teniente Anaya y otro oficial, doce soldados muertos y dieciséis heridos.

Tan pronto como el presidente Madero se enteró de la sublevación, dispuso inmediatamente ir a ocupar Palacio, que era el lugar en donde oficialmente debía residir mientras no se dominase la

rebelión y resguardado por los siempre heroicos alumnos del Colegio Militar que dirigía el coronel Víctor Hernández Covarrubias, ocupaban la planta baja del castillo y otros pequeños contingentes, una compañía del Batallón de Seguridad y un Escuadrón de la Gendarmería Montada al mando del teniente coronel inspector general de policía, Emiliano López Figueroa, con el cuerpo de bomberos a la vanguardia.

Madero, montando a la inglesa un caballo árabe blanco tostado, se colocó en el centro, en medio del contingente del Colegio Militar.

Debo asentar, en justicia, que al grupo de Madero se incorporaron valientemente varios civiles que eran sus partidarios entusiastas; entre ellos que yo recuerde, estaban Mariano Duque, Eduardo Ortiz Ramos, ambos pistola en mano, y así aparecen en la histórica fotografía de esa escena.

El enconado detractor de Madero, el doctor Luis Lara Pardo, comparándolo con sus enemigos los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón, dice esto: ...

Madero era mil veces más activo, más decidido y más bravo que los dos generales juntos [página 314]... Madero, prevenido, aunque demasiado tarde, dio la medida de todo su valor y de una energía que sus enemigos ni sospechaban siquiera. En vez de fortificarse en Chapultepec, en donde no era fácil desalojarlo, reunió una pequeña fuerza, en su mayoría formada de cadetes del Colegio Militar y bajó a caballo descubierto, sereno, magnífico, y se dirigió al Palacio Nacional, objetivo de los sublevados. Por el trayecto la gente maravillada de tanta hombría, lo aclamaba y pedían armas para defenderlo. Los papeles se trocaban: los autores del cuartelazo audaz, los sobrevivientes, que creían haberse podido adueñar con sólo quererlo,

del gobierno de la República, iban despavoridos a encerrarse con su potente artillería tras los muros de una vieja fortaleza y el Presidente civil, aquél a quien pensaban derrocar con un soplo, salió gallardamente a tomar la ofensiva [páginas 315 y 316]... Todavía cuando un pelotón de soldados penetró al despacho del Presidente donde estaba Madero rodeado de varios ministros, ayudantes y otros funcionarios, no se creyó abandonado por toda su fuerza militar. Bravo hasta la temeridad, resistió y bajó tranquilamente por el ascensor para buscar a Huerta. No se convenció de la traición hasta que Blanquet, poniéndole el revólver al frente, lo hizo prisionero [página 319]... No sin que Madero le espetara “es usted un traidor”... La prisión de Madero costó tres vidas humanas: Riveroll, Izquierdo, Marcos Hernández; que sus enemigos, persiguiéndolo más allá de la tumba, le atribuyeron. Relatos de testigos acordes en que Madero no disparó.

Y comparando el asesinato, la muerte de Madero con la forma en que él salvó la vida de Félix Díaz respetando la sentencia de la Suprema Corte de Justicia que lo amparó, dice: “... Ese escrúpulo de Madero lo honra mucho. Contrasta con los horrores que vinieron después. Hay que hacerle justicia” [página 304].

Madero prosiguió su ruta no desprovista de tiroteos aislados; al llegar a las inmediaciones del Palacio de Bellas Artes, sus partidarios materialmente lo obligaron a buscar refugio en la histórica fotografía Daguerre, en donde con las miras aviesas más sucias, se le presentó el general Victoriano Huerta ofreciéndole su espada. El primero, equivocado indudablemente de buena fe, en proponer a Madero el mando de las fuerzas del gobierno para su defensa, fue el ministro de la Guerra, general Ángel García Peña. No ocultó Madero –nunca engañó, ni supo engañar– sus sentimientos; su antipatía y a la primera sugestión de García Peña, ni siquiera dio respuesta. Al llegar a Palacio, el general García Peña insistió argumentando que era el primer general que se había apresurado a ofrecerle su contingente. El diablo metió la cola. En ese mismo momento,

Huerta, como defendiéndose de las sospechas que infundía a Madero, se dirigió a la multitud que se encontraba frente a Palacio aclamando a Madero, lanzó a grito herido un –falso, falso, refalso–: “¡Viva Madero!”

Madero, con aire de disgusto, le dijo a García Peña:

–Bien, nómbrelo usted. –En ese momento quedó condenado a muerte.

Hay que penetrar dentro de la clara y definida sicología de Madero para explicarse cómo influyó en su ánimo el “¡Viva Madero!” que tan oportuna como perversamente lanzó Huerta, y lo decidió a darle el mando de las fuerzas que deberían defender su gobierno. Para Madero, para su espíritu, eso era demostración de lealtad espontánea que significaba un compromiso de honor, nacido del corazón; y ésta es la ocasión de decir que la teoría firmemente arraigada en el espíritu de Madero era que se debe siempre, imperiosamente considerar a todo hombre, bueno y recto, merecedor de crédito y confianza –mientras no haya evidencia, prueba plena en contrario–. Constantemente, una y mil veces, lo vi indignarse porque se hacían inculpaciones y deshonras a las gentes; su reacción inmediata en su espíritu y en su rápida acción, era rechazar la imputación degradante. Para él era imperioso pensar bien de todo mundo y no solamente eso, sino que abominaba de la gente mal pensada. “Dios nos dio el espíritu para pensar en cosas buenas”. *Honni soi qui mal y pensoo*. Real y positivamente, Madero, si no fue un santo, fue un hombre superior y de perfección admirable. Esta manera de pensar, de sentir y de obrar, es la que dio nacimiento a la maledicencia, considerándolo ingenuo, cándido y tonto.

Prosigamos: Los generales Mondragón y Félix Díaz, que permanecían cautelosamente en la calle del Licenciado Primo de Verdad en espera de que Reyes se apoderara del Palacio Nacional, se enteraron luego de la derrota que les infligió el general Villar y de su muerte; se dirigieron por las calles de Mina, Rosales y Bucareli hacia la Ciudadela. En el trayecto, se les incorporaron el mayor Frías y don Enrique Zepeda –asesino de infausta memoria– quienes con mayor capacidad de organización, pusieron cierto orden en la columna. Prepararon luego el ataque a la Ciudadela e intimaron la rendición con la que contaban de antemano, pues por conducto del capitán Isunza, habían conquistado al brigadier Dávila; pero como ya se ha dicho, el general Villar había encomendado al general Villarreal que se hiciera cargo del mando de aquella fortaleza y su presencia echó por tierra aquel compromiso y a la amenaza de rendición, contestó el fuego de los leales. Quiso la fatalidad que a los primeros disparos cayera muerto el leal general Villarreal, por lo que los oficiales comprometidos izaron bandera blanca entregando la fortaleza a los alzados.

Debo, por espíritu de justicia, hacer constar que apenas tomada la Ciudadela, en donde se encontraba el cuartel de la Guardia Presidencial, Mondragón intentó inmediatamente que se incorporaran a la rebelión, aprovechando que el jefe de guardia, el pundonoroso capitán Manuel Blázquez, se encontraba en Veracruz atendiendo a la salud de su esposa; pero a pesar de ello, los oficiales y tropa se rehusaron enérgicamente, aprovechando la oscuridad de la noche para desertar y honrosamente fueron a presentarse a Chapultepec.

Apenas empezada la rebelión, el lunes 11 de febrero buscó luego Félix Díaz entrar en componendas con Huerta y, a ese efecto, a

las diez de la mañana salió de la Ciudadela acompañado de Enrique Zepeda y Celso Acosta, para ir a la dulcería El Globo, donde debía conferenciar con el coronel Guasque, enviado al efecto por el general Huerta. Allí se concertó una conferencia entre los dos militares que tuvo lugar el martes 12 en la casa del ingeniero Zepeda. En esa conferencia quedó convenido entre ambos jefes el derrumbe del gobierno de Madero, reservándose Huerta el derecho de fijar el momento preciso.

Rodolfo Reyes en *Memorias de mi vida*, afirma que cuando preparaban el cuartelazo de la Ciudadela, invitaron al general Huerta, y los convenció de que era mejor que él no figurara a su lado, porque él tendría seguramente la oportunidad de cooperar en forma decisiva. Véase la perfidia con que ya obró presentándose a Madero en la fotografía Daguerre, el domingo por la mañana, ofreciéndole su espada. Ya este monstruo de maldad, premeditadamente planeaba desde entonces la traición.

Ya fijado el plan, Huerta preparó el desarrollo con perversidad diabólica, y lo puso luego en obra: aterrorizar a la ciudad para que llegara el momento psicológico en que la gente angustiosamente clamara paz; y empezó y duró diez largos días el cañoneo de la ciudad. Matar, matar civiles pacíficos, ajenos a la contienda y acabar de paso con los pocos elementos militares leales a Madero. Y así fue como el propio martes 11 en la mañana, lanzó sobre la Ciudadela a los rurales de Jesús Agustín Castro, para que fueran villanamente ametrallados.

Madero tenía gran confianza en la capacidad militar y la lealtad del general Felipe Ángeles, a quien por sus altas cualidades humanas y su simpatía bien reconocida a los principios

revolucionarios, se le había encomendado la campaña en el estado de Morelos que más que militar, era un angustioso problema de tierras. Madero quiso que Ángeles viniera con sus tropas a la capital de la República a cooperar en la defensa de las instituciones, y resolvió ir en su busca, y así fue como dio una nueva nota de inaudito valor, abordando su automóvil para ir con la sola compañía de su taquígrafo Elías de los Ríos y su ayudante civil Enrique García de la Cadena, a Cuernavaca, cuyo camino estaba infestado de zapatistas.

Pero traigamos a cuento la intervención de Wilson en estos acontecimientos que, como veremos, fue decisiva.

Ya hemos dicho que la actitud del embajador Wilson había sido siempre contraria a los intereses del pueblo mexicano, a los de la Revolución y a los del presidente Madero, a quien quería castigar por haberle rehusado los favores de dinero que se había atrevido a pedirle por conducto del licenciado Hernández; y así fue como apenas iniciado el cuartelazo, la tarde misma de ese día, convocó al Cuerpo Diplomático para cambiar impresiones sobre la situación y en el fondo, provocar el descontento y organizar la agresión contra el gobierno de Madero, cooperando valiosamente con los sublevados; y al día siguiente telegrafió al Departamento de Estado de su país:

En estos momentos hay unos seis mil americanos y tal vez veinticinco mil extranjeros sin protección alguna contra las hordas zapatistas que aprovechando el levantamiento militar registrado en la ciudad ayer, avanzarán sobre esta capital con intenciones de saqueos y desórdenes. Nuestro gobierno, por razón de la vecindad, debe dar protección a nuestros nacionales y demás extranjeros. No puedo indicar cómo podría el gobierno de los Estados Unidos protegerlos. No me cabe

duda en cuanto a la necesidad inmediata en previsión de levantamientos simultáneos en puertos mexicanos, de que se envíen formidables buques de guerra a los puertos del Golfo y del Pacífico y que se desplieguen en la frontera actividad visible y vigilancia.

Esa misma tarde insistió en forma más enérgica y concreta, alegando razones de humanidad para que se presionara al gobierno y a los alzados a ponerse en paz.

José Mancisidor –páginas 190 y 191 de *La Revolución Mexicana*–, dice:

“Las actividades de este sombrío personaje durante la Decena Trágica, constituye todo un proceso delictuoso. Intervení en los asuntos de nuestro país ayudado en su insana pasión, por los representantes de las demás potencias imperialistas, el almirante Von Hintz, de Alemania, señor Strong, de Inglaterra y Cóloman de España. Unidos los cuatro en una común intención, acudieron a Palacio para amenazar a Madero en nombre del gobierno yanqui.

Esta narración es solamente cierta en el “acuerdo” que tuvieron, no para amenazar a Madero, sin exigirle la renuncia. Y la verdad es que comisionaron al ministro español Cóloman, en consideración a vínculos de raza para que él fuera autorizado por los cuatro a desempeñar el espinoso cargo.

Nada más ajustado a la verdad que lo que a ese respecto publicó años después en el mundialmente conocido periódico *ABC*, el propio señor Cóloman, quien literalmente dice en lo sustancial:

Sereno, pero consciente de lo solemne del momento, me presenté en Palacio el sábado a las nueve de la mañana, y a solas con el señor Madero, permaneciendo de pie, le dije:

–Señor Presidente, el embajador Wilson nos ha convocado esta madrugada a los ministros de Alemania, de Inglaterra y a mí; nos ha expuesto la inmensa gravedad, interior e internacional, proponiéndome como ministro de España y por cuestión de raza, así dijo, fuere yo quien lo manifestare a usted.

El señor Madero, acorralado en el Palacio Nacional, como dije antes, cazado como una fiera, reducido al pequeño círculo de sus ministros y de algunos pocos íntimos, palpando quizás un inmenso vacío, no podía menos, aunque muy animoso, de experimentar los efectos de una alta tensión nerviosa, al cabo de siete días de tremenda agitación, y me hizo una inesperada pregunta:

–¿Qué opinaron ustedes los ministros?

Mis colegas no se habían de oponer a lo que sólo a mí concernía, según la forma que desde luego dio el embajador a su pregunta.

–¿Y usted?

Toda objeción mía habría sido completamente inútil. Mister Wilson no hizo afirmaciones terminantes y he venido a cumplir un penoso encargo... El señor Madero, que mucho antes había declarado a los periodistas que sólo saldría de Chapultepec en carro fúnebre, cuyo amor propio y dignidad venían de tiempo atrás excitados por esta causa (bien sabía yo por él mismo cuán firme era su propósito) y abedeciendo a un impulso de altivez que no había de ser yo quien lo extrañara, me dijo con viveza:

–Los extranjeros no tienen derecho a intervenir en la política mexicana. Y salió precipitadamente de la pieza, dejándome solo.

Robert H. Murray, en *Huerta y los dos Wilson*, juzga así a Henry Lane: "...Era irascible, quisquilloso, nervioso, egoísta, vano".

Años después, el senador Harrison de Mississippi, juzgando la labor de Henry Lane en México, dice: "... no ha caído una mancha más negra en las páginas de nuestra historia diplomática, como son los incidentes que comprenden esa época de México".

El insigne y noble ministro de Cuba en México, don Manuel Márquez Sterling, que se convirtió en el empeñoso defensor de la vida de Madero, y cuya memoria es para nosotros, los maderistas, venerada, asienta sobre las actividades del embajador Wilson: “La Embajada Americana fue, y no otra cosa, el centro de una verdadera conjura en contra del gobierno y su política, desde antes de la sublevación”.

Y añade Mancisidor:

...Tan empecinado se mostró Henry Lane Wilson en derrocar a Madero, que no cesaba de repetir:

–Madero es un loco, un *fool*, un lunático, y debe ser legalmente declarado sin capacidad mental para el ejercicio de su cargo.

Tanta fue su obsesión por declararlo loco, que ya no lo llamaba de otra manera...

Pero, felizmente, un agente de la Prensa Asociada, destacado para informar y quien para el desempeño de sus labores tenía acceso a todas las dependencias del Palacio Nacional, en donde pasaba los días enteros muy cerca de Madero, informaba así después de su muerte, al mundo entero:

Me impresionaba mucho la extraordinaria compostura y la fría discreción con que Madero hacía frente a la emergencia y manejaba sus responsabilidades; no obstante la tensión nerviosa a que estaba sujeto, la ansiedad, la falta de sueño y la gravedad de la prueba. Estaba siempre sonriente, animado. Sus nervios aparecían bajo un dominio perfecto, mucho mejor que los míos propios. Si él hubiera sido víctima del más ligero desequilibrio mental [como lo aseguraba Wilson], ciertamente era de esperarse que se hubiera manifestado en esos momentos. De las numerosas críticas que le fueron arrojadas a ese infortunado hombre por sus detractores y enemigos, ésta fue la superescandalosa en su malevolencia y cruel mendacidad.

Hay otro testimonio valiosísimo de la conducta de Madero en los últimos instantes de su corta y heroica vida, que aun cuando creo que ya en alguna ocasión anterior hice conocer, debo repetir; aunque no sea más que para martillar con la misma tenacidad de taladro que empleó la maldecida reacción, para incrustar a macha-martillo en el espíritu público, la mendacidad de su “locura”, de su ingenuidad y candidez y tontería; con el ánimo de contrarrestar tales infamias y de que queden definitivamente consagradas no sólo su perfecta normalidad, sino sus admirables virtudes. Es el ministro de Cuba, Márquez Sterling, que pasó a su lado buscando la salvación de su preciada vida los últimos días que estuvo preso en la Comandancia Militar del Palacio Nacional, quien en su obra, cita transcrita y comentada por su enemigo mortal, el licenciado Manuel Calero: ...“¡Qué más! Preso, destronado, befado por la canalla pretoriana, no salió de sus labios una sola frase que denunciara odio, sed de venganza, resentimiento siquiera”. El testimonio de Márquez Sterling, es irrecusable, durante la noche que pasó en la prisión al lado de Madero, no le oyó hablar mal de nadie, ni siquiera de sus propios enemigos. La bondad rebosante de su corazón, ahogaba en Madero toda pasión aviesa, aun las legítimas... , que hay trances en la vida en que parecen justificarse las más vehementes y negras reacciones del espíritu.

Sangra el corazón ver cómo había gente mendaz como Lane Wilson, que pudiera atreverse a calificarlo de “loco”, “lunático”, “fool”. Las admirables virtudes que lo adornaron justifican plenamente el epígrafe de esta obra, mismo que usó el historiador don Alfonso Taracena y mismo con el que ornó Crater su obra *Madero*: “Los espíritus más justos y eminentes, se asombrarán un día hasta el éxtasis de la ideal perfección de Madero”.

Un reducido grupo de senadores, los más connotados porfiristas antimaderistas—don Sebastián Camacho, don Guillermo Obregón, el licenciado Emilio Rabasa, Ricardo Guzmán, Juan C. Hernández, Carlos Aguirre, José Castellot, Rafael Pimentel, Gumersindo Enríquez—no despreciaron la ocasión para cooperar con los alzados en su esfuerzo por derrumbar el gobierno electo por el pueblo del presidente Madero; y el 18 de febrero se encaminaron en grupo hacia el Palacio Nacional a exigir a Madero que renunciara a la Presidencia de la República.

Desde luego, naturalmente, buscaron el apoyo de Huerta a quien encontraron en la Comandancia Militar; y el senador Obregón le espetó un breve pero contundente discurso. Le manifestó que las circunstancias por las que atravesaba el país se hacían cada vez más graves y el peligro de intervención americana era más inminente, por lo que era indispensable que por conducto de los altos jefes del Ejército se pidiera, con el apoyo del Senado de la República, la renuncia del presidente Madero.

Huerta contestó que oía la súplica y deseaba que fuese escuchada por sus compañeros del Ejército y especialmente por el ministro de Guerra, general Ángel García Peña, que a la sazón llegaba acompañado de los generales Blanquet, Garza y José Delgado. Obregón de nuevo expuso al general García Peña la solicitud de referencia, a la que el ministro, airado pero sereno, replicó que era inaudito que un grupo de senadores pretendiese prostituir al Ejército, mezclándose en un movimiento de tal naturaleza, pues estaba seguro que el Ejército, “símbolo del honor nacional”, rehusa tal pretensión. Los senadores—Obregón, Enríquez, Castellot—trataron de convencer a García Peña que no se trataba de cohechar al Ejército y acabando por rogarle que interviniera para que el Presidente los recibiera, lo cual hizo.

Una vez en presencia de Madero, Obregón, a nombre de sus aliados, en difusa y deshilvanada oratoria no decía nada concreto, por lo que el ministro de Justicia, licenciado Vázquez Tagle, lo increpó con gesto enérgico: “Hable usted claro”. Obregón, entonces reclamó el patriotismo de Madero que para evitar la intervención americana, renunciara a la Presidencia de la República. Madero, dominando su marcado disgusto, con serenidad y entereza, les dijo que no le extrañaba que viniera con tal objeto un grupo de senadores que hubiera deseado que jamás saliera del Palacio el general Díaz; pero que él, que ocupaba la Presidencia de la República POR LA LIBRE VOLUNTAD DEL PUEBLO, estaba resuelto a mantenerse en el gobierno hasta que su periodo terminase y ese día lo haría con plena felicidad, y que antes no saldría del Palacio Nacional, sino muerto. Continuó manifestándoles que el motivo principal que alegaban, el temor a la intervención extranjera, era infundado porque acaba de recibir un telegrama directo del presidente Taft, asegurándole que de ninguna manera intervendría el gobierno americano en los asuntos interiores de México y para mayor seguridad, les leyó el contenido, mismo que transcribo:

Por el texto del mensaje de Vuestra Excelencia que recibí el día 14, se desprende que ha sido mal informado respecto a las medidas morales o de cualquier otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son precaución natural, y ya el embajador me telegrafió que cuando Vuestra Excelencia fue bastante bondadoso de mostrarle su telegrama dirigido a mí, le hizo notar este hecho. En consecuencia, Vuestra Excelencia debe estar advertido de que los informes que parece le han llegado relativos a que se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos. Sin embargo, el embajador, que está plenamente informado, ha recibido de nuevo instrucciones para proporcionar a Vuestra Excelencia las informaciones que desee...

Además le dijo que la rebelión militar estaba a punto de dominarse.

Ese mismo día –18 de febrero de 1913– a mediodía, se derrumbó el gobierno de Madero víctima de la infame traición de Huerta, quien hábilmente preparó todas las cosas para llegar a ese fin. En primer término, hizo que el 29 Batallón, al mando del otro odiado infidente –el superasesino Aureliano Blanquet, cuya muerte llora don Federico Gamboa–, ocupara el Palacio Nacional. Por otra parte, planeó la manera de capturar a Gustavo Madero a quien justamente temía por su acometividad, su hombría, su extraordinaria energía; y para lograr atraparlo, ideó dar un banquete en Gambrinus con el pretexto de festejar el ascenso del general Francisco Romero, uno de los leales y muy adicto a Gustavo. Las dos operaciones –la captura de Madero y Pino Suárez en Palacio y la de Gustavo en Gambrinus– debían de coincidir.

En los momentos que terminaba el banquete, Huerta, aparentando súbita necesidad de ir a algún lugar donde se solicitaba su presencia, y sin darle tiempo a reflexionar, le pidió a Gustavo prestada su pistola pretextando haberla olvidado; Gustavo cayó en la trampa. En aquel preciso momento llamaron a Huerta al teléfono; Blanquet le informaba haber cumplido felizmente las órdenes recibidas. Apenas retirado Huerta del salón del banquete, el capitán Luis Fuentes se acercó a Gustavo –que nada sospechaba– y con gesto enérgico le dijo:

–¡Está usted preso!

–¿Por orden de quién? –interrogó el hermano del Presidente.

–De mi general Huerta.

Gustavo y su leal amigo y compañero en la hora de la muerte, el intendente Bassó, fueron conducidos en automóvil del Ministerio de la Guerra a la Ciudadela.

Postas de carne a la jauría, burlas, injurias, rugidos; Cecilio Ocón lo abofetea a la vista de Félix Díaz; la soldadesca envalentonada –con ellos, los niños bien de la aristocracia porfiriana– lo insulta, lo golpea, y un Melgarejo –más tarde diputado huertista– le pincha con su espada el único ojo con que ve, y es acribillado a balazos. Tocó su turno a Bassó. A él lo fusilarían en cuadro. Alguien quiso vendar sus ojos; protestó él rechazando a quien intentaba cegarlo.

–Quiero ver el cielo, ahí está, resplandeciente. –Y añadió–: Conste que muero a la manera de un hombre.

Entretanto, en Palacio, el teniente coronel Jiménez Riveroll con el mayor Izquierdo y de testigo de honor Enrique Zepeda –primer gobernador del Distrito Federal bajo Huerta, asesino del general Gabriel Hernández, cuyo cadáver asó en una hoguera–; con treinta hombres del 29 Batallón, penetraron a la sala de espera de la Presidencia, atravesaron la sala de ayudantes, llegaron al salón de Acuerdos y desembocaron en el salón donde se encontraban Madero y Pino Suárez, algunos ministros y los ayudantes del Presidente. Jiménez Riveroll informó al Presidente que el general Rivera había llegado a la capital en actitud de rebelión y como temían que la guarnición cometiera una deslealtad, se consideró que el señor Presidente debía ponerse en lugar seguro. Madero se sorprendió de tal noticia, pues no podía creerlo, porque se le acababa de ascender. Jiménez Riveroll trató de forzar a Madero para llevárselo; pero el capitán Gustavo Garmendia, leal entre los leales y valiente entre los más valientes, comprendió que aquello era

una traición diciendo: “¡Al Presidente nadie lo toca!”, lo hizo morder el polvo de un certero disparo de su pistola. El mayor Izquierdo se separó rápidamente del grupo y trató de sacar su pistola; pero otro certero balazo de otro leal entre los leales y valiente entre los más valientes, el capitán Federico Montes, lo derribó sin vida. El grupo salió a la sala donde estaba la tropa y, al verlos, Zepeda y la tropa los recibieron a balazos, muriendo Marcos Hernández, primo hermano del Presidente que lo había acompañado durante la sublevación. El capitán Montes dominó a la tropa con gran arrojo personal, haciéndola abandonar el salón.

Madero se asomó al balcón por uno de los que daban a la hoy avenida Emiliano Zapata, en donde estaban apostadas las fuerzas rurales al mando de Jesús Agustín Castro, que al verlo lo aclamaron, y jugando el todo por el todo, bajó por el elevador al Patio de Honor, en donde el capitán Hernández, del mismo 29 Batallón, trató de detenerlo, pero el capitán Garmendia gritó:

–¡Soldados! ¡Viva el Presidente de la República! –La fuerza presentó armas y el capitán Hernández se escurrió.

En esos momentos apareció Blanquet, densamente pálido, seguido por veinte soldados, y empuñando una pistola, le dijo:

–Señor Madero, es usted mi prisionero.

Entonces el Presidente, con ademán de indignación profunda, revistiéndose de toda la dignidad que su puesto y sus convicciones le imponían, le contestó apostrofándolo:

–Es usted un traidor.

–Es usted mi prisionero –repitió Blanquet.

El Presidente, con más virilidad y a grito herido, repitió:

–¡Es usted un traidor!

No pudiendo resistir la fuerza bruta, es llevado materialmente en peso a la Comandancia Militar. Todos los ministros (con excepción de Bonilla que logró escaparse) incluyendo a Pino Suárez y a Federico González Garza, quedaron presos.

¡Consumatum est!

Consumada la aprehensión, Huerta lanzó inmediatamente el siguiente manifiesto a la nación:

En vista de las circunstancias difícilísimas porque atraviesa la nación, y muy particularmente en estos últimos días la capital de la República, la que por obra del deficiente gobierno del señor Madero bien se puede calificar su situación casi de anarquía, he asumido el Poder Ejecutivo, y en espera de que las Cámaras de la Unión se reúnan desde luego para determinar sobre esta situación política actual, tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor Francisco Madero y su gabinete, para que, una vez resuelto ese punto y tratando de conciliar los ánimos en los presentes momentos históricos, trabajemos todos a favor de la paz, que para la nación entera es asunto de vida o muerte.

Y para acentuar los lazos que lo unían con el embajador Wilson, le comunicó acto seguido, de la consumación del tercer cuartelazo (obra de Mancisidor, página 199).

Atendiendo a la solicitud de Huerta, el embajador convocó al Cuerpo Diplomático. El ministro de Cuba, Márquez Sterling,

relatando la escena, asienta que el embajador no cabía en sí de gozo; se movía hacia todos lados y celebraba, sin disimulo, lo acontecido.

–De hoy en adelante habrá paz, progreso y riqueza –e indiscreto se ufanaba–: La prisión de Madero la sabía yo hace tres días.

Esa misma noche, en la propia Embajada Americana, con la concurrencia en pleno de todos los diplomáticos extranjeros, teatralmente, los contendientes hermanados, pactaron el porvenir de la República y se distribuyeron el botín. Ese pacto ha pasado a la Historia con el deshonroso título de “Pacto de la Embajada”.

Con ello exhibieron aquellas gentes su absoluta carencia de dignidad mexicana, de vergüenza nacional, del más insignificante decoro y pundonor. Ellos, que en aquellos momentos eran o se creían los representantes de México, resolvieron el porvenir del país en tierra extranjera, al amparo de la bandera de las barras y las estrellas.

He aquí el Pacto de la Embajada para perpetuo baldón (copia Mancisidor, página 200).

Acta levantada al asumir el Poder Ejecutivo el Sr. General Huerta.

En la Ciudad de México, a las nueve y media de la noche del día dieciocho de febrero de mil novecientos trece, reunidos en el edificio de la Embajada Americana, los señores Félix Díaz y Victoriano Huerta, asistidos el primero por los licenciados Fidencio Hernández y Rodolfo Reyes, y el segundo por los señores teniente coronel Joaquín Mass e ingeniero Enrique Zepeda, expuso el señor general Huerta, que en virtud de ser insostenible la situación por parte del gobierno del señor Madero, para evitar más derramamiento de sangre y por sentimientos

de fraternidad nacional ha hecho prisioneros a dicho señor, a su gabinete y a algunas otras personas; que desea expresar al señor general Díaz sus buenos deseos para que los elementos por él representados, fraternicen y todos unidos salven la angustiosa situación actual. El señor general Díaz expresó que su movimiento no ha tenido más objeto que lograr el bien nacional y que en tal virtud, está dispuesto a cualquier sacrificio que redunde en bien de la patria.

Después de las discusiones del caso, entre todos los presentes arriba señalados, se convino en lo siguiente:

PRIMERO.- Desde este momento se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba. Comprometiéndose los elementos representados por los generales Díaz y Huerta *a impedir por todos los medios*, cualquier intento para el restablecimiento de dicho poder.

SEGUNDO.- A la mayor brevedad se procurará solucionar en los mejores términos legales posibles la situación existente y los señores generales Díaz y Huerta pondrán todos sus empeños a efecto de que el segundo asuma, antes de setenta y dos horas, la Presidencia Provisional de la República, con el siguiente gabinete:

Relaciones.- Lic. Francisco León de la Barra.

Hacienda.- Lic. Toribio Esquivel Obregón.

Guerra.- General Manuel Mondragón.

Fomento.- Ing. Alberto Robles Gil.

Gobernación.- Ing. Alberto García Granados.

Justicia.- Lic. Rodolfo Reyes.

Instrucción Pública.- Lic. Jorge Vera Estañol.

Comunicaciones.- Ing. David de la Fuente.

Será creado un nuevo Ministerio que se encargará de resolver la cuestión agraria y ramos anexos, denominándose de Agricultura y encargándose de la cartera respectiva, el Lic. Manuel Garza Aldape. Las modificaciones que por cualquier causa se acuerden en este proyecto de gabinete, deberán resolverse en la misma forma en que se ha resuelto éste.

TERCERO.- Entre tanto se soluciona y se resuelve la situación legal, quedan encargados de todos los elementos y autoridades de todo género, cuyo ejercicio sea requerido para dar garantías, los señores generales Huerta y Díaz.

CUARTO.- El señor general Félix Díaz declina el ofrecimiento de formar parte del gabinete provisional en caso de que asuma la Presidencia Provisional el señor general Huerta, para quedar en libertad de emprender sus trabajos en el sentido de sus compromisos con su partido en la próxima elección, propósito que desea expresar claramente y del que quedan bien entendidos los firmantes.

QUINTO.- Inmediatamente se hará la notificación oficial a los representantes extranjeros, limitándolo a expresarles que ha cesado el Poder Ejecutivo, que se provee a su sustitución legal, que entre tanto quedan con toda la autoridad del mismo los señores generales Díaz y Huerta y que se otorgarán todas las garantías procedentes a sus respectivas naciones.

SEXTO.- Desde luego se invitará a todos los revolucionarios a cesar en sus movimientos hostiles, procurándose los arreglos respectivos.

El general
VICTORIANO HUERTA

El general
FÉLIX DÍAZ

Años más tarde Rodolfo Reyes, uno de los actores principales en aquel drama, hizo pública confesión condenando a sus asociados y a sí mismo, y dijo:

... Ese terreno, designado por los contratantes –Huerta, Félix Díaz– como neutral, no fue otro que el recinto de la Embajada de los Estados Unidos, que conforme a la aceptada ficción internacional, disfruta de los privilegios de extraterritorialidad. Lo que ahí se pactó, bajo el patrocinio del embajador de los Estados Unidos y al amparo de la bandera de las barras y las estrellas, fue algo monstruoso, algo que tiene que ser enérgicamente repudiado y condenado por la más elemental filosofía del derecho de gentes.

Coaccionados por Huerta, Madero y su leal Vicepresidente Pino Suárez, renunciaron a sus altos cargos bajo la promesa de respetar sus vidas, en los siguientes términos:

Ciudadanos Secretarios de la Honorable Cámara de Diputados: En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer acá en la Nación y para mayor tranquilidad de ella, hacemos formal renuncia de nuestros cargos de Presidente y Vicepresidente respectivamente, para los que fuimos elegidos. Protestamos lo necesario. México, 19 de febrero de 1913. *Francisco I. Madero, José Ma. Pino Suárez*, rúbricas.

Debo rendir pleitesía al patriotismo y valentía de los siete únicos diputados renovadores que no aprobaron las renunciaciones: doctor Alfonso M. Alarcón, licenciado Francisco Escudero, Luis M. Navarro, Román Morales, Manuel J. Méndez y Leopoldo Hurtado Espinosa.

EL CRIMEN

El sábado 22 de febrero se reunió el Consejo de Ministros, estando además presente el general Félix Díaz y el general Aureliano Blanquet, quien manifestó que era necesario definir la suerte de Madero, pues no quería incurrir en responsabilidades legales en cuestión de tanta trascendencia. Iniciado el debate sobre la suerte de los dos ex funcionarios, el ministro de Justicia, licenciado Rodolfo Reyes, manifestó que era indispensable matarlos para evitar que surgiera una contrarrevolución. El general Mondragón, ministro de Guerra, apoyó la opinión de su colega. El ministro de Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil se opuso en estos preciosos términos: *que él también creía necesaria la muerte de Madero y Pino Suárez*, pero que había pasado la oportunidad de hacerlo. Insistieron los demás ministros, y uno de ellos, el más caracterizado (cuyo nombre se oculta), repuso que era un crimen mayor lanzar a la nación a una nueva revuelta, que difícilmente encontraría eco en el país, si no existían las dos cabezas de los ex funcionarios, *pues*

la restauración sólo en nombre de ellos podía iniciarse. Huerta, que había estado callado, dijo que sobre todas las necesidades políticas estaba su honor (?), que él se había comprometido a respetar sus vidas y, por último, que nada resolvería sin el consentimiento del Consejo de Ministros, retirándose para hablar en el salón contiguo con el ministro de Hacienda, Esquivel Obregón, que fue el único que no había hablado una sola palabra. Apenas salió Huerta, el comandante militar Aureliano Blanquet hizo presente a los ministros que si ellos juzgaban una necesidad la muerte de los señores Madero y Pino Suárez, había *que matarlos a espaldas* del Presidente, simulando una fuga de los prisioneros. Se reanudó la discusión y al fin convinieron los presentes, contra el voto de Robles Gil, en que la salud de la República exigía el sacrificio de aquellas dos vidas. Acordada la muerte, Blanquet exigió una orden escrita del ministro de la Guerra, mandando entregar los prisioneros al de Gobernación, Alberto García Granados, firmó el recibo que también suscribió Rodolfo Reyes, guardando ambos documentos Blanquet.

Mientras estos sucesos se desarrollaban, los ministros del Japón y de Cuba y los familiares de Madero, hacían gestiones para que interviniera el embajador Wilson y se salvara la vida de los prisioneros; todo en vano, y no cabe la menor duda de que estaba bien enterado del desenlace que habían de tener aquellos hechos y de que si no los incitaba, por lo menos tenían su aprobación.

La noche del 22 de febrero, aniversario del natalicio de George Washington, el general Chicarro, jefe de las Residencias Presidenciales, el mayor Francisco Cárdenas, el oficial de rurales Rafael Pimienta y el cabo segundo Francisco Ugalde, con dos rurales, penetraron a la pieza de la Comandancia Militar donde ya

dormían Madero y Pino Suárez, los despertaron y les comunicaron la orden que tenían de trasladarlos a la penitenciaría. Madero fue conducido al sacrificio en el automóvil cerrado, marca *Protos*, propiedad de Alberto Murphy –esposo de una sobrina de doña Carmelita, apellidada Fernández Castelló manejándolo el chofer Ricardo Romero–. Murphy brindó el coche a Cecilio Ocón para que desempeñara esa comisión e iba custodiado por el mayor Cárdenas, el cabo Ugalde y dos rurales. Pino Suárez fue conducido al suplicio en un *Peerles* placa 2273, propiedad del yerno de don Porfirio, el acaudalado don Ignacio de la Torre y Mier, que se puso a la disposición de los asesinos en el garaje de Frank Daughy por orden del ayuda de cámara del señor De la Torre y Mier. Iba piloteando por Ricardo Hoyos Fernández y su ayudante Genaro Rodríguez. Iba custodiado por el capitán primero de Artillería Agustín Figueras y el cabo de rurales Rafael Pimienta. El mayor Cárdenas estaba al servicio del yerno de don Porfirio, en su hacienda de San Nicolás Peralta.

Se emprendió la marcha por las calles del Reloj, Cocheras y Lecumberri, hasta llegar a la penitenciaría.

El grupo de esbirros preparados para simular el asalto popular que intentara rescatar a los prisioneros, estaba al mando de Cecilio Ocón, apostado en el costado sur de la penitenciaría. Al ver Madero que al llegar a la puerta central de la penitenciaría, proseguía adelante la comitiva, Madero le preguntó a Cárdenas:

–¿A dónde vamos?

–Vamos a entrar por atrás –contestó Cárdenas. Llegaron y paró el coche. Cárdenas le ordenó a Madero–: Baje usted.

Al hacerlo, al poner el pie en tierra. Cárdenas le disparó por atrás, en la cabeza, un tiro que le hizo caer instantáneamente. Pino Suárez fue más desafortunado, pues Pimienta y Figueras lo bajaron del coche a golpes y al primer tiro que le disparó Pimienta, lo hirió levemente; menos estoico que Madero, al ser herido y maltratado, gritó angustiosamente clamando socorro; a la gritería acudió Cárdenas, cuya misión de asesinar a Madero había concluido y en auxilio de sus camaradas le asestó un tiro en la cabeza que tampoco lo mató. Entonces los rurales le hicieron una descarga cerrada y Cárdenas, sediento de sangre, volvió sobre Madero a quien, ya bien muerto, le dio otro tiro en la cabeza. Ocón y su comparsa desempeñaron el papel que tenían asignado en la tragedia, y acribillaron a tiros a los dos coches, ya vacíos.

Blanquet, por teléfono, comunicó al presidente Huerta que había pasado toda la noche en la Embajada Americana –seguramente habían acordado estar juntos esperando la noticia–, haberse ejecutado el doble asesinato; Huerta le ordenó citar inmediatamente a los ministros, para una junta en Palacio para informarles de los acontecimientos.

Por acuerdo ministerial, se informó al público la muerte, atribuyéndola, como ya estaba acordado, a un falso asalto popular para rescatar a Madero, versión que nadie creyó, quedando en el pueblo bien arraigada la idea de que el autor principal del crimen fue Victoriano Huerta.

Ésta fue la información oficial publicada por *El País*, el 23 de febrero de 1913:

En virtud del acuerdo tomado en el último Consejo de Ministros, el Presidente de la República dispuso que los señores Madero y Pino Suárez fueran trasladados con buena escolta a la penitenciaría.

En la Secretaría Particular de la Presidencia de la República, nos fue facilitada, la noche de ayer a las dos de la mañana, la siguiente información:

El señor Presidente de la República reunió a su gabinete a las doce y media de la noche para darle cuenta de que los señores Francisco I. Madero y Lic. José Ma. Pino Suárez que se encontraban detenidos en el Palacio Nacional a disposición de la Secretaría de Guerra, fueron conducidos a la Penitenciaría, según estaba acordado, cuyo establecimiento se había puesto bajo la dirección de *un jefe del Ejército esta misma tarde, para mejores y mutuas garantías*. Que al llegar los automóviles a un punto situado al terminar el tercio final para llegar a la penitenciaría, fueron atacados por un grupo de personas armadas y habiendo bajado la escolta para defenderse, al mismo tiempo que el grupo se aumentó, pretendieron huir los prisioneros; que entonces tuvo lugar un tiroteo del que resultaron dos de los agresores heridos y uno muerto, quedando destrozados los automóviles y muertos los señores Madero y Pino Suárez.

El mismo día del asesinato, la gente pobre de la región levantó dos montones de piedra en los lugares exactos en donde cayeron muertos Madero y Pino Suárez y todas las mañanas amanecían flores frescas cubriendo los montículos.

Todos estos datos los he tomado de la obra de don Ramón Prida *De la dictadura a la anarquía*, y debo agregar que tanto en su texto como en las notas complementarias, da razón fundada de su información, por lo que debe considerarse como verdad ejecutoriada.

Al triunfo de la Revolución Constitucionalista, el mayor Cárdenas huyó buscando refugio en Guatemala, en donde fue capturado por órdenes del presidente Estrada Cabrera. Cárdenas, cuando se

dio cuenta de que sería extraditado y entregado al gobierno constitucionalista, se suicidó. Estando preso, fue entrevistado por un periodista del *Paso Morning*, *Time* misma entrevista que íntegra inserto:

DECLARACIÓN DE FRANCISCO CÁRDENAS,
ASESINO DEL SEÑOR MADERO

Francisco Cárdenas declara que Huerta personalmente le dio la orden al propio Cárdenas para que asesinase, como lo hizo, al Presidente Madero. Está preso en Guatemala esperando que se pida la extradición en forma. En el proceso, declaró que Huerta personalmente le dio la orden para que matara al Presidente Madero y al Vicepresidente Pino Suárez.

Guatemala, 6 de junio de 1913.

En la cárcel de esta capital se encuentra preso Francisco Cárdenas quien llegó a esta ciudad hace algunos meses, disfrazado de traficante de mulas. Tan pronto como el señor Presidente Estrada Cabrera supo que Cárdenas estaba en Guatemala, ordenó su aprehensión; Cárdenas, al principio, negó su identidad, pues se había dejado crecer la barba y vestía traje de arriero pretendiendo hacer creer que no era el asesino del Presidente Madero. El señor Estrada Cabrera ordenó que se hiciera una minuciosa investigación, en libertad bajo fianza que otorgó un señor mexicano que se condolió de la situación del acusado, quien juraba y perjuraba que era inocente del crimen que se le imputaba. A los pocos días, Cárdenas salió de la capital furtivamente, y la policía que lo custodiaba, avisó al señor Presidente Estrada Cabrera, quien dio al fiador tres días de plazo para que presentara a Cárdenas. El fiador, al verse engañado y comprometido por Cárdenas, salió en su busca logrando alcanzarlo muy cerca de la frontera con El Salvador. De regreso a Guatemala, Cárdenas ya no pudo negar su identidad y aunque al principio negó haber intervenido en el asesinato del señor Madero, después de varios interrogatorios ha declarado ampliamente, relatando todos los detalles del suceso; dice Cárdenas que el día veintidós de febrero, cerca de la una de la tarde, se presentó en su

hotel un ayudante de la Comandancia Militar ordenándole se presentara inmediatamente con el general Blanquet con quien él tenía buenas relaciones; que obedeció el mandato y que cuando llegó a la Comandancia Militar, el general Blanquet le hizo pasar a su despacho y le dijo que el país necesitaba de un gran servicio de él y que era matar al señor Madero y que la brusca manera como se lo dijo, el caso lo desconcertó y, sin atreverse a negarse, manifestó que esas cosas en la capital solían salir muy mal; que Blanquet pretendió convencerlo que era un acuerdo del Consejo de Ministros y al efecto lo llevó al Ministerio de la Guerra donde estaban reunidos los señores generales M. Mondragón, Félix Díaz, don Cecilio Ocón. Que al llegar el general Blanquet, se separó del grupo el general Mondragón y hablando algunas palabras con el comandante militar y después dirigiéndose a él, le dijo: “Para esos servicios sólo se pueden nombrar a gentes de toda confianza y usted sabe que son pocos en quienes se puede depositar una confianza absoluta”. Que aunque estas palabras le halagaron él temió que pudiera tener alguna responsabilidad y preguntó que dónde debía efectuarlo. Que entonces, Ocón dijo que no se trataba de un fusilamiento en forma, sino de simular un asalto a la escolta y que en la refriega murieran el señor Presidente Madero, el Vicepresidente Pino Suárez y el general Ángeles, pues los tres deberían ser trasladados al mismo tiempo; que como él insistiera en que este caso en la capital no saldría bien, el general Mondragón le dijo: “No se haga de remilgos que no ha de ser la primera vez que despache usted a un hombre”. “Sí, mi general, dice Cárdenas que le contestó, pero no de este tamaño”. “Pues bastante chaparrito es”, replicó don Félix Díaz. Que Ocón dijo entonces que si él, Cárdenas, era rajón, pues desde el día dieciocho había dicho que si le daban la orden lo despacharía. Que el general Mondragón, a pregunta del general Blanquet le aseguró que era acuerdo tomado por todo el gobierno. Que entonces, le dio su conformidad; pero pensándolo bien, regresó a poco a la Comandancia Militar y dijo al general Blanquet que a la verdad el caso era muy serio y que él deseaba hablar con el Presidente. Que el general Blanquet ya bastante malhumorado le respondió que no había inconveniente y subió otra vez al Ministerio de la Guerra, pero en vez de entrar por las oficinas, pasaron por una puerta contigua a la galera del Senado,

y de ahí por el corredor del Patio de Honor, entraron a la presidencia, lo llevaron al comedor donde estaba el general Huerta; que el general Blanquet habló unas palabras con el Presidente, y entonces Huerta, tomándolo del brazo, después de darle una copa de coñac, lo llevó a un pasillo donde hay una silla de peluquería y ahí le dijo que el Congreso de Ministros había tomado aquella resolución en bien de la patria, y que lo habían designado a él por ser de los pocos hombres de confianza que el gobierno tenía. Que en vista de lo que le dijo el Presidente, le preguntó nada más si habían de morir los tres, y Huerta le dijo: “Bueno, pues que se quede Ángeles, pero los otros dos sí hay que matarlos hoy mismo sin falta”; se regresaba a la Comandancia Militar y ahí estaba Ocón quien dijo que Acosta le daría diez gendarmes montados que serían los que atacarían a la escolta; que habló con Ocón y convinieron en que él no tiraría ni tampoco los gendarmes, para evitar que fueran a herir a alguno de los soldados que iban a intervenir en el asunto o quizá él mismo.

Que entonces quedó convenido que él personalmente mataría al señor Madero y *un oficial de rurales al señor Pino Suárez*, y que habiéndole preguntado al general Blanquet si tenía un oficial en quien pudiera tener confianza, dijo que sí. Que acordó con Ocón lo que debían hacer, *se fue en busca del cabo de rurales Rafael Pimienta, de quien se hizo acompañar desde ese momento hasta que llegó la hora designada*. Que poco antes de la hora y después de haber hecho beber unas copas a Pimienta, fueron a la casa de don Ignacio de la Torre y Mier y ahí envió a uno de los mozos a que le trajeran dos automóviles, sin decir a nadie del caso, adónde iban ni para qué los querían. *Que ya dentro del auto y cuando iba en camino de Palacio, fue cuando dijo a Pimienta la comisión que tenía sin que el oficial dijera una sola palabra*.

Que llegaron a Palacio y hablaron nuevamente con el general Blanquet, quien ordenó al general Chicarro, que era el jefe de Palacio, que entregara los presos para que fueran conducidos a la penitenciaría, que los automóviles entraron por la puerta principal hasta el Patio de Honor y ahí subieron a los vehículos el señor Madero en el primero, y *el señor Pino Suárez y Pimienta en el segundo, acompañado cada uno de un rural*.

Que una vez en marcha, se dirigieron a la penitenciaría, pero que los

gendarmes que venían a asaltarlos no les salieron en el camino, y al llegar a la penitenciaría, se detuvieron los autos y él bajó para preguntar qué había pasado. Que entonces el general Ballesteros le dijo que Ocón y los suyos estaban esperándolos al costado sur del edificio y montando nuevamente en el auto se dirigieron para allí. Que el señor Madero quiso bajar al pasar el auto frente a la penitenciaría, pero que él le dijo que iban a entrar por la puerta de la espalda y como en esos momentos habían encontrado al grupo de gendarmes que mandaba Ocón, le dijo al Presidente Madero que bajara, y al hacerlo le disparó el balazo en la cabeza. Cárdenas insiste mucho que como soldado, estaba obligado a obedecer la orden y que lo único que debía hacer fue lo único que hizo; que el general Huerta era el Presidente legítimo y a él estaba obligado a obedecerlo y, además, él supo que todos los ministros estaban conformes con la muerte, pues cuando regresó y les dijo que ya había quedado arreglado el asunto, el general Blanquet habló con varios de ellos por teléfono, y les repitió lo que él había dicho; que una vez muertos los señores Madero y Pino Suárez, llevarían los cadáveres a la penitenciaría, de ahí, metidos en uno de los automóviles, simularían el ataque trayéndose cuatro cadáveres al Hospital Militar en uno de los carros de la ambulancia, y fue cuando se dispararon los tiros y se armó el escándalo.

El Presidente de Guatemala, al regresar Cárdenas, habiendo sido hecho ya preso y su acta de fuga, ordenó que fuera encarcelado en la penitenciaría, en espera de que haya un gobierno legítimo en México, para entregarlo, pues cree que será inmoral que el crimen quedara impune. Además, conforme a los tratados últimos, se convino en La Haya que todos los autores de atentados contra los Jefes de Estado o contra los miembros de su familia, serían entregados sin que pudieran excusarse con la impunidad que se otorga a los reos de delitos políticos. El señor Estrada Cabrera está dispuesto a entregar a la autoridad mexicana, no sólo a los autores y cómplices de los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez, sino a los empleados y funcionarios que hayan cometido robos al erario, fundándose también en el texto de los últimos Tratados de La Haya.

EL PASO MORNING TIME.

Viernes dieciséis de junio de mil novecientos quince.

Diario Español.

Y para que la posteridad juzgue sobre la responsabilidad que en el derrocamiento y asesinato de Madero y Pino Suárez corresponde al embajador americano Henry Lane Wilson, inserto a continuación la acusación formal que le hizo el diputado renovador jalisciense, licenciado Luis Manuel Rojas:

Yo acuso al Mr. Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos en México, ante el honorable criterio del gran pueblo americano, como responsable moral de la muerte de los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, que fueron electos por el pueblo Presidente y Vicepresidente de la República Mexicana en 1911. Lo acuso igualmente, de haber echado en la balanza de los destinos de México toda su influencia como representante de Washington para inclinarla en favor de un gobierno espurio. De haber manejado la amenaza de una intervención armada norteamericana para favorecer sus fines particulares. De haber tenido, a tiempo, noticia del golpe de Estado contra el gobierno legalmente constituido, apoyando a los conspiradores. De haber demostrado su parcialidad en favor de Félix Díaz desde la vez en que éste se sublevara, en octubre de 1912, en Veracruz. De haber actuado contra Madero, aconsejado, simplemente, por sus resentimientos particulares. De haber “presumido” que tanto Madero como Pino Suárez, podían ser sacrificados. De no amparar a los prisioneros bajo la bandera de las barras y las estrellas. De no haber informado exactamente a su gobierno de los sucesos que en México se desarrollaron en los días de febrero de 1913. De haber aconsejado a Huerta que hiciera legalizar su situación por el Congreso de la Unión. Y de influir, sobre algunos miembros de la colonia norteamericana en nuestro país, con el propósito de permanecer en su puesto de embajador aquí, a pesar de no ser grato, como realmente no lo era, a la mayoría de la población mexicana.

El idealista y probo presidente demócrata de los Estados Unidos de Norteamérica, Mr. Woodrow Wilson, mandó practicar una investigación sobre la conducta del embajador Henry Lane Wilson, y como resultado de ella lo destituyó de su cargo, por indigno de ser un funcionario del gobierno americano.

Este largo capítulo sobre la reacción debe terminar con el valioso comentario que en uno de sus jugosos *Mosaico histórico*, publica el sesudo historiador Jorge Flores D., que para que el lector aprecie aquel fenómeno histórico, transcribo como sigue:

Lo mismo puede decirse de la responsabilidad por la muerte de Madero. Madero fue asesinado por la reacción mexicana encabezada por Huerta.

Entre septiembre de 1912 y febrero de 1913, hubo, ciertamente en la ciudad de México, una gran agitación política, promovida por grupos aislados que habían estado en estrecho contacto con el gobierno del general don Porfirio Díaz hasta mayo de 1911; y cuya actividad y fines ocultos eran cuidadosamente solapados por la más violenta, desaforada e injuriosa campaña de prensa a cargo de ocho o diez diarios y revistas, que escribían personas inteligentes y experimentadas en la materia. Detrás de esos grupos –peligrosos por los intereses que defendían y representaban, pero inofensivos porque, entonces como ahora, han tenido un santo horror a tomar parte en una contienda armada, en la que hay que sacrificar vida y bienes terrenales– no existía masa popular, ni grupos proletarios con que pudieran contar para un asalto al poder. Sin el general Huerta y los cuerpos de la guarnición de la plaza de México, *los desplazados caballeros porfiristas, aristócratas, profesionales, negociantes y terratenientes*, no se hubieran lanzado a la calle, como no se lanzaron durante los diez días que duró la trágica y confinada lucha militar. Todos ellos optaron por quedarse tranquilamente en sus casas y sólo sabemos de un aristócrata que se presentó en la Ciudadela: el señor ingeniero Fernández Castelló. *Y sin la dirección, consejo y apoyo del embajador Wilson, es evidente que Huerta se hubiera mantenido quieto, al igual que los senadores que le azuzaron a llevar a cabo el siniestro plan urdido por el embajador de los Estados Unidos. La inmundada trama en la que Wilson embarró al ministro español Cologan para oprobio de las reglas diplomáticas, puede seguirse, paso a paso, en los documentos y testimonios que no dejan la menor duda de quién fue el director intelectual y quién el instrumento en el sombrío drama. No hay tal destino inflexible. Sólo una mera cuestión de policía. El gobierno del señor Madero carecía de policía política y de eficaces*

servicios de seguridad. De ahí, la falla que permitió al embajador y al comandante militar obrar a mansalva. También entre 1876 y 1879 el primer gobierno del general Díaz afrontó la hostilidad de grupos aislados descontentos; de militares conspiradores; de periodistas que no se podía o no se quería reducir al silencio por medio de los fondos secretos o por vil asesinato en la vía pública. Pero el Presidente Díaz contaba con una policía política de primer orden y con servicios de seguridad siempre alerta y en actividad constante.

Madero tuvo la muerte que lógica e históricamente correspondía... y alcanzó realidad el vaticinio de uno de sus encarnizados enemigos y asesinos, el aristócrata ingeniero Alberto García Granados, de que la bala que lo matara, salvaría al país; pero no ciertamente por el oprobioso camino de la reacción que el asesino añoraba, sino por la ancha, clara y luminosa *avenida de la Revolución que Madero, iluminado por la Providencia Divina, inició y que con admirable sentido práctico, Carranza consumó.*

Vasconcelos, tan exaltado admirador de Madero como yo, piensa lo mismo sobre la muerte de Madero. Quiero concluir mi libro transcribiendo lo que él escribió en *Ulises criollo* (editorial Luz, 1958, página 321), al respecto:

... En cambio, si los salvajes obedecían a su natural instinto, si el drama nacional profundo de Quetzalcóatl [para Vasconcelos el espíritu de Quetzalcóatl reencarnó en Madero] contra Huitzilopochtli se consumase esta vez, ya no sólo con la expulsión de Quetzalcóatl sino con su sacrificio en el altar que despedazó Cortés, ¡entonces quizás la misma iniquidad sin nombre, *provocaría reacción salvadora!* Madero perdonado era inútil para sí mismo y para su patria... En cambio, qué perfecto mito legaría a la Historia si con su muerte vilipendiaba a los traidores, si su sacrificio provocaba la vindicta nacional. *Madero, asesinado, sería una bandera de la regeneración patria. Hay ocasiones en que el interés de la masa reclama la sangre del justo, para limpiarse las pústulas. Cada calvario desnuda la iniquidad del*

fariseo. Para remover a las multitudes era preciso que se consumase la maldad sin nombre. Lo peor que podía ocurrir, era un perdón otorgado por los usurpadores.

Tomándolo del notable psicoanalista Steven Sweig, quiero, como lo hace él, coronar esta mal pergeñada obra sobre la genial figura de Madero (ética heroica), engalanándola con este bellísimo pensamiento que cierra su biografía apologética de otro iluminado idealista que ha producido la humanidad: León Tolstoi (ética heroica). La lucha contra sí mismo es un ejemplo para todas las generaciones. Todo sacrificio en el pensar; todo lo realizado heroicamente nunca queda limitado a sí mismo, sino que tiene efectos para todos. Todo lo que un hombre alcanza en su grandeza es, al fin y al cabo, grandeza que alcanza la humanidad. Solamente en la confesión de sí mismo, en la verdad pasional, puede adivinar el espíritu inquieto sus límites y las leyes que le rigen. Gracias a la plasmación que de su propia alma hacen los artistas, el alma de la Humanidad toda, se hace humanamente visible y el genio se convierte en figura.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO	
PRÓDROMOS DE LA REVOLUCIÓN	21
CAPÍTULO SEGUNDO	
LA REVOLUCIÓN	197
CAPÍTULO TERCERO	
ERRORES DE MADERO	389
CAPÍTULO CUARTO	
LA REACCIÓN	591

Madero el immaculado

Historia de la Revolución de 1910

Adrián Aguirre Benavides

200 | 100
Independencia | Revolución
C o l e c c i ó n
No. 2

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos
“*Profr. Arturo Berrueto González*”
Septiembre de 2010

El tiraje fue de 500 ejemplares